KASEY STOCKTON
LOS HERMANOS
Bradwell
SENSIBLEMENTE CASADA
AGRADABLEMENTE PERSEGUIDA
HONORABLEMENTE COMPROMETIDA

Los hermanos Bradwell

Kasey Stockton

Contenido

Página del título
Sensiblemente casada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Agradablemente perseguida
Capítulo 1

Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Honorablemente comprometida
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Una nota de la autora
¿Quieres estar informado(a)?
Agradecimientos
Otros libros de Kasey Stockton
Acerca de la autora

Sensiblemente casada

Kasey Stockton

Capítulo 1

Londres, 1817.

No hay nada en el mundo menos divertido que un baile. Bueno, tal vez un té íntimo con las amigas de mi mamá es casi tan horrible, ya que sus voces estridentes transmiten más chismes de los que toda la alta sociedad produciría con precisión. Observé la animada reunión en la casa de los Hutton, en Londres, y seguí a mi madre hacia un par de sillas vacías, al lado de una de sus amigas. Al parecer, yo estaba siendo castigada por mi aversión al baile, porque ahora tenía que soportar dos de las cosas que menos me gustaban: la otra era escuchar chismes en un baile.

Mamá se sentó junto a la señora Ormiston y yo permanecí de pie, buscando una salida a este salón de baile tan sofocante y recalentado. Mi piel se erizó de inquietud y mi corazón se aceleró. Tanta gente reunida en un espacio tan pequeño, y tantos extraños con ojos altivos y perspicaces. Todo esto fue suficiente para provocarme uno de mis ataques de intranquilidad. Me tragué mi malestar y sacudí la sensación, enderezando los dedos de mis guantes para tener algo en qué concentrarme.

Necesitaba calmar mi corazón acelerado porque todavía no podía escapar de este salón. La temporada estaba llegando a su fin y todavía tenía que conseguir a un pretendiente. Era poco probable que mamá aceptara abandonar el baile, antes que yo hubiera bailado dos veces, lo que nos puso en un callejón sin salida, debido a que no tenía intención de enfrentarme con ninguno de estos caballeros esta noche. Simplemente, ella tendría que esperar a que pasara la noche hasta que la fiesta llegara a su bendito final.

El señor Peel captó mi mirada por encima de la pluma temblorosa de mamá y rápidamente me dejé caer en el asiento junto a ella. Me retracté de mis dos declaraciones anteriores, debido a que prácticamente los pretendientes no deseados son lo más deplorable de todo. Sin embargo, esos pretendientes siempre conducen al baile.

—¿Y quién dices que está aquí esta noche? —Mamá se apoyó en mí para poder observar la reunión, en busca del hombre del que seguramente estaba chismorreando con la señora Ormiston.

La señora Ormiston asintió vigorosamente.

—Se dice que tiene seis mil al año.

—¡Por la bondad! —Mamá estaba sin aliento.

Estiré el cuello para mirar en la dirección en la que estaba el señor Peel, esperando que ese él estuviera preguntando por alguien más con quien bailar, sin embargo, no pude localizarlo desde mi posición. ¡Maldita sea! Si él se dirigía hacia mí, solo contaba con un minuto para desaparecer.

No es que deplorara al señor Peel. Era un hombre bastante amable. Pero olía extremadamente fuerte y no era mi señor Bradwell.

No es que el señor Bradwell fuera mío para reclamarlo, exactamente. Pero él era la hermosa criatura que se había metido en mi corazón el verano pasado. Mi familia había sufrido un accidente de carruaje y se había refugiado en su cobertizo de caza, y yo todavía tenía que determinar cómo encontrarlo en una sociedad educada para reanudar nuestra amistad. Hasta ahora había tolerado toda una temporada con la esperanza de volver a verlo, pero eso fue en vano. Al respecto, a ese hombre no le gustaban los eventos sociales.

Nuestro encuentro casual, el verano pasado, había producido un sentimiento que todavía no había podido apagar por completo, y que tal vez nunca tuviera la oportunidad de crecer.

Levanté mi bolso y lo dejé descansar sobre mi regazo, dándole a mi muñeca un respiro de la pesadez.

—Me gustaría que no llevaras eso a cada baile, Felicity —susurró mi mamá. Sus ojos se dirigieron a mi pequeño bolso de cuentas.

—¿Y ser atrapada sin un libro? ¡Esto es absurdo!

—También se dice que él está buscando a una esposa —continuó la señora Ormiston.

Mamá agitó su abanico frente a su cara y reanudó su búsqueda por el salón.

—Un hombre que busca a una novia, ¡esto es sí es halagador!

—En efecto. —La señora Ormiston se inclinó hacia adelante y me miró detrás de su espejo, entrecerrando un ojo arrugado, mientras el otro se agrandaba—. ¿Debo buscar al hombre para presentarlo?

Retrocedí, mi estómago revoloteaba desagradablemente.

—No... Se lo agradezco, señora Ormiston, pero no tengo ningún interés en seis mil al año.

—Por supuesto que no. —Mamá sacudió la cabeza con tristeza—. ¿A menos que fueran seis mil libros?

—Bueno… Eso sí suena bastante atractivo.

La señora Ormiston me miró con astucia.

—Apuesto que con sus seis mil podrías comprar muchísimos libros.

En verdad, se trataba de una perspectiva maravillosa. Les di a ambas mujeres una sonrisa que reflejaba paciencia. Necesitaba irme pronto, o el señor Peel me pediría un baile. Y no debía bailar con él.

—Mamá, este calor es insoportable y me siento un poco débil. ¿Puedo invitarte a dar un paseo por la terraza?

Mamá vaciló. Compartió una mirada con la señora Ormiston, antes de dejar escapar un suave suspiro.

—¡Muy bien! Quizás encontremos un compañero dispuesto en nuestro camino a través del salón.

Dado el calor, ese era un riesgo que estaba dispuesto a correr. Además, el único hombre que constantemente me buscaba para bailar fue visto por última vez en el lado opuesto del salón.

Nos levantamos y mi mamá me tomó del brazo. Mientras avanzábamos entre la multitud, ella insinuó:

—Lissy… Solo quiero que encuentres un marido. Pero, no te pido que te cases con el primer hombre que te sonríe.

—Eso es fortuito de tu parte. Sin duda, ya sería la señora Peel, si ese fuera el parámetro, a partir del cual elegiremos a mi marido.

A mamá no le hizo gracia mi comentario. Tampoco le tenía cariño al señor Peel, debido a que el hombre siempre emitía una espantosa nube de ajo, a donde quiera que fuera. Acaso, ¿él se bañaba?

—Pero, si no estás dispuesta a conocer a ningún hombre, nunca encontrarás a alguien que te ame. Solo quiero que seas tan felizmente cuidada y adorada como yo, Lissy.

Mi corazón dio un vuelco de anhelo. Quería amar y ser amada de la misma manera, pero hasta el momento, solo un hombre había entrado en mi corazón y no estaba en este salón de baile esta noche. No, probablemente, él estaba en Northumberland, solo, leyendo junto a un cálido fuego. Era tan parecido a mí en gustos y preferencias que no podía imaginarlo en otro lugar. No

era como si pudiera simplemente elegir un hombre que me amara y me comprendiera, como creía mi madre, quien también tenía la impresión que yo podía simplemente elegir no caer en un ataque de nervios, cuando me colocaban en el centro de atención, o me obligaban a bailar ante una multitud de extraños.

Si tan solo fuera así de fácil.

Pasamos junto a la mesa de refrigerios y me acerqué más a mi madre para evitar golpearme el hombro con un hombre que buscaba una bebida. Él le entregó a la delicada debutante, que estaba a su lado, un vaso de limonada y una sonrisa sorprendentemente hermosa. Ella se rió.

Me abstuve de burlarme. Esa joven nos hizo a todos parecer ridículos, cuando se rió por una sonrisa. ¡Esto fue realmente absurdo! ¿Qué tenía de gracioso la limonada y una sonrisa gallarda? Quizás, yo era demasiado práctica para un romance.

—Una bebida refrescante para una joven refrescante —dijo el hombre, y su voz profunda provocó otra ronda de risitas. Era alto con hombros anchos y lucía un porte un poco relajado, aunque reflejaba dignidad. Su cabello castaño enmarcaba un par de ojos de color marrón verdoso, que estaban fijos en la debutante frente a él. Reprimí un resoplido irritado por esa pura insipidez ante mí.

Mamá no había terminado su campaña.

—Quiero que encuentres a un hombre que te ame tanto como tu padre me ama a mí.

Asentí hacia la escena romántica por la que estábamos pasando.

—Puedo garantizar que ninguno de estos hombres me amaría como papá te ama a ti.

El hombre levantó la vista y me miró a los ojos, y rápidamente di la vuelta, tirando del brazo de mamá para movernos más rápidamente por el salón. ¿Él había oído lo que dije? Hablé en voz baja, igual que mamá, pero la forma en que él levantó la vista y sostuvo mi mirada me dejó una piedra en la boca del estómago. Sus cejas se fruncieron y sus ojos se entrecerraron, como si hubiera escuchado mis pensamientos de censura.

¡Oh! Necesitaba permanecer en la terraza el resto de la noche.

Mamá soltó un suspiro de sufrimiento que llegó hasta mi pecho y me llenó de remordimiento. Ella deseaba una hija que disfrutara de los eventos sociales, tanto como ella, y yo no deseaba nada más que la soledad y el consuelo de mis queridas amigas. Si pudiera cambiar mis deseos innatos para adaptarme mejor a la hija que ella quería que fuera, lo haría. Sin embargo, tal como estaban las cosas, no podía hacerlo. Mi corazón se aceleró y mis dedos temblaron ansiosamente. Necesitaba que me sacaran de este salón abarrotado de inmediato.

La señora Plumpley se interpuso en nuestro camino, reflejando sus brillantes ojos fijos en mi madre. Incluso de una manera que alertaba sobre el principal chisme que quería compartir. Una mirada a mamá demostró que ella prefería quedarse sola para oír este rumor.

—Cynthia, ¿lo has oído? —preguntó la señora Plumpley.

Me aclaré la garganta.

—¿Por qué no te quedas aquí, mamá? Acabo de ver a la señorita Hutton salir y puedo acompañarla en un rápido respiro.

Mamá me miró dubitativa y se inclinó para que la señora Plumpley no pudiera oírme.

—No quiero que te escapes y te quedes leyendo el resto de la noche, Lissy. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez que lo hiciste?

El libro que había traído precisamente para ese propósito pesaba mucho en mi bolso, hundiendo el mango con cordón en mi muñeca enguantada. Ese era exactamente mi objetivo, pero esta vez planeaba ser más discreta, esperando no ser descubierta por un par de amantes ardientes y recién comprometidos.

Había sido una bendición que en aquella ocasión, ninguno de los dos quiso ser descubierto, de lo contrario podría haberme metido en problemas.

No obstante, la frente preocupada de mamá necesitaba suavizarse, así que le dediqué mi sonrisa más conciliadora.

—Solo tengo la intención de pedirle a la señorita Hutton que camine conmigo por el jardín.

—¿A la vista de los sirvientes?

—A la vista de todos —dije señalando la terraza abierta llena de gente.

Mamá sostuvo mi mirada.

—Es mi deber proteger tu reputación, Lissy. No estoy tratando de arruinar tu velada.

—Debo darme prisa o no podré encontrar a la señorita Hutton entre la multitud.

Mamá parecía insegura, pero la señora Plumpley intervino para ayudarme sin saberlo.

—Ciertamente, Cynthia, nunca creerás lo que escuché esta noche.

—Muy bien. Pero… regresa rápido. —Mamá asintió.

—Si no he regresado al final del set es porque el señor Peel finalmente me arrinconó y me pidió un baile.

Ella negó con la cabeza, pero una pequeña sonrisa se formó en sus labios.

—Supongo que eso sería mejor que no bailar en absoluto.

Ahí fue donde no estábamos de acuerdo. Me deslicé hacia las puertas abiertas de la terraza, aunque podía sentir la mirada ardiente de mamá en mi nuca. Necesitaría encontrar rápidamente a la señorita Hutton, y rezar para que me permitiera quedarme con ella.

El aire fresco de la tarde corrió por mis cálidas mejillas e inmediatamente mis pulmones lo absorbieron. ¿Cuántas estaciones más me vería obligada a soportar, antes de encontrar la pareja que mamá soñaba para mí? Había pasado casi un año desde que conocí al señor Bradwell, y la probabilidad de volver a verlo se estaba volviendo tan escasa, como mi posibilidad de casarme con un hombre que poseía seis mil al año.

Mi prima Jane me había sugerido que le escribiera una carta al señor Bradwell y se la enviara por correo junto con el libro que él me había prestado. Era un curso de acción razonable, pero el atrevimiento de escribir una carta a un hombre soltero, siempre había detenido mi pluma, antes que pudiera poner tinta sobre el papel. Cuando nos separamos, le prometí al señor Bradwell que le devolvería el libro que me había prestado, y él respondió con una sonrisa brillante, que lo esperaba con ansias. Ese fue el único estímulo que recibí, un respaldo para creer que era posible una unión, pero, esto no era suficiente.

¿Qué hubiera pasado si el señor Bradwell no hubiera sentido la misma conexión que yo tuve en nuestras conversaciones? ¿Qué pasaría si no estuviera interesado en tener una relación conmigo o, peor aún, si hubiera conocido y se hubiera casado con una mujer diferente, en los nueve meses transcurridos desde que lo conocí?

Todos estos escenarios eran posibles, lo cual me impidió tener el coraje de escribirle. Y como resultado, todavía estaba en posesión del libro que él me había prestado.

Seguramente, él ya debía creer que yo era una ladrona.

Vi a la señorita Hutton, en el otro extremo de la terraza, y acudí en su dirección, aunque un movimiento dentro del salón de baile llamó mi atención. ¡Maldita sea! El señor Peel me volvió a encontrar. Fingí no verlo y giré en dirección opuesta, acercándome a la casa. Cerca de la pared había una maceta con un árbol y seguramente, detrás estaba mi respiro en la sombra.

Pasé junto al árbol y no podía creer mi buena suerte. No me vería obligada a esconderme entre el follaje porque había puertas francesas cerradas que daban a una habitación oscura, justo detrás. Miré entre las ramas hacia el salón de baile y encontré al señor Peel detenido en el centro

de las puertas de la terraza, buscándome.

Si me encontrara, tendría que bailar y daría cualquier cosa por no bailar.

En silencio, giré la manija de la puerta, feliz de encontrarla abierta y la misma no chirrió en absoluto. Entré silenciosamente y cerré la puerta detrás de mí. La quietud en la habitación vacía y en penumbra era un bálsamo para mis nervios ansiosos. Di un paso suavemente, temiendo que alguien me siguiera hasta aquí, y avancé más adentro en la habitación.

Un fuego lento ardía en la chimenea, emitiendo suficiente luz para ver débilmente los estantes que bordeaban las paredes, repletos de libros. Me quité los guantes, dándole un respiro a mis palmas húmedas, y los metí en mi bolso. Cogí una vela de la repisa y la encendí con el fuego de esa chimenea. Seguramente, no estaba desobedeciendo a mamá al mirar los libros. No tenía intención de leerlos ni siquiera sacar ninguno de los estantes.

Y había tantos libros maravillosos para mirar. *El baile de los Hutton* era oficialmente mi favorito de la temporada, ahora que me encontraba sola en la biblioteca. Realmente, no podría pensar en una mejor manera de pasar las horas restantes del baile.

Simplemente tendría que pedir perdón al final de la noche. Mamá podría estar enojada conmigo por un tiempo, pero si eso me salvaba de bailar, sufriría su (ciertamente razonable) indignación durante los próximos días.

Los minutos pasaron en tranquila felicidad, mientras caminaba lentamente por los estantes, absorbiendo los diferentes títulos y tomando nota de cuáles me gustaría adquirir más tarde, como préstamo, en la biblioteca. Al contrario de lo que el señor Bradwell podría pensar de mí, yo no era una ladrona de libros. Después de todo, tenía intención de devolverle su novela algún día.

Me agaché y traje la vela para mirar los títulos de los estantes inferiores. Mucho Byron y nada de Shakespeare hasta el momento. ¡Mmm! Supuse que no se podía contar con que todo el mundo tuviera buen gusto.

La puerta en el otro extremo de la habitación se abrió con un chirrido. Apagué la vela y me escabullí para esconderme detrás de la gruesa silla de madera. Mi corazón se aceleró. Miré a través del respaldo tallado de la silla. Vi a un hombre entrar y cerrar la puerta detrás de él. Lo maldije en silencio.

Esto era mucho peor que un par de amantes ardientes: este hombre no se distraería tan fácilmente.

Cruzó la habitación hacia el fuego y se sentó en un lujoso asiento cerca de la chimenea. Pasando una mano por su rostro, dejó escapar un largo y prolongado suspiro.

—¿Dama? Es una muchacha fascinante —murmuró.

Él me resultaba familiar y me incliné más hacia el respaldo de la silla para verlo mejor. Su cabello oscuro brillaba bajo la suave luz naranja y tenía los ojos cerrados, pero lo reconocí de inmediato como el hombre que antes estaba en la mesa de refrigerios: era el coqueto.

O tal vez su mayor defecto no era tanto ser coqueto como poco original. *"Una bebida refrescante para una joven refrescante"*. ¡Repugnante! ¡Qué desagradable de su parte!

Mis pies estaban empezando a quedarse dormidos, en mi posición agachada, y me moví para encontrar una manera más cómoda de sentarme. A juzgar por la repentina necesidad de una siesta de este hombre, era seguro asumir que me escondería aquí por un tiempo.

Ciertamente, no podía intentar escapar hasta que él hubiera salido primero de la habitación. No dejaría que me encontrara sola. La última vez esto casi me llevó a la ruina.

Mientras me movía, mi pie se enganchó en la enagua de mi camisón y tiré suavemente para eliminar el obstáculo. La cera caliente y abrasadora goteó sobre mi mano. Grité, dejando caer la vela con estrépito al suelo de madera.

El hombre que estaba junto al fuego se incorporó rápidamente a la conversación.

—¿Quién está ahí?

Cerré los ojos y respiré. Mi corazón se aceleró por la inminente confrontación.

Él se puso de pie y repitió lo mismo.

—Yo digo, ¿quién está ahí?

Respirando tranquilamente, cogí el candelabro y la vela desechada. Me puse de pie.

—Perdone la intrusión, señor. Solo se me cayó la vela.

Me observó con una mirada perspicaz y un rostro impasible.

—Después de todo, supongo que no te entendí mal, antes en el salón de baile, cuando dijiste que harías que te amara. Perdóname por mi crítica directa, pero esta es una forma lamentable de atrapar a un hombre.

Capítulo 2

“¿Atrapar a un hombre?” Me burlé de su ridícula declaración. Seguramente, él no podía hablar en serio

—¡No dije nada así!

—Te escuché decir que podrías hacer que uno de estos hombres te amara como tu papá amaba a tu mamá. No creas que me perdí la mirada mordaz que me enviaste —habló en tono mesurado, como si esperara ahuyentar a un gato salvaje.

¿A mí? ¿Cómo a un gato salvaje? Esto era absurdo.

—Creo que confundiste la palabra uno con ninguno.

Su mirada escéptica provocó frustración en mi pecho. ¿Se quedó en silencio porque estaba sopesando la posibilidad que yo estuviera diciendo la verdad? No pude evitar seguir insistiendo en mi caso.

—Olvida que yo estaba en la habitación primero, señor —dije, levantando mis defensas.

Él sacudió su odiosamente hermosa cabeza.

—No, debiste haberme seguido hasta aquí. Te vi en el salón de baile hace apenas unos minutos.

No pude contener la risa que brotó de mi pecho. ¡Esta era una noción ridícula!

—Debo haber sido bastante sigilosa para lograr tal hazaña. Apenas habías entrado en la habitación cuando dejé caer mi vela… una vela que había estado encendida el tiempo suficiente para acumular cera en la base.

Él miró mi mano.

—¿Eso es lo que pasó para causar tu arrebato? ¿Te lastimaste? —Su voz, mezclada con un toque de compasión, me engañó brevemente.

Dejé el candelabro de latón en una mesa cercana con un ruido sordo y puse mis manos detrás de mi espalda.

—Era solo un poco de cera. Mi mano está perfectamente bien.

—¿Cómo puedes estar segura de ese hecho cuando estás en la oscuridad?

—¿Desea que salga a la luz, señor? ¿Cómo puedo estar segura que no eres tú quien intenta atraparme?

Él se burló. Sus cejas oscuras se alzaron una fracción. Un pesado silencio nos invadió brevemente.

—Supongo que podemos llegar con seguridad a la conclusión que ninguno de nosotros entró en esta habitación con intenciones nefastas, ¿eh?

—De lo contrario. Ninguna de mis intenciones al colarme en la biblioteca era muy inocente. —Cerré la boca con fuerza y agarré mis manos con fuerza detrás de mi espalda, causando que la quemadura en mi mano pellizcara. ¿Qué me impulsó a ser tan contraria a él? Esto era completamente diferente a mí.

Una pequeña sonrisa apareció en el costado de sus labios y llamó mi atención sobre su perfecta simetría. Este hombre parecía objetivamente guapo, su mandíbula lucía firme y sus cejas eran espesas y expresivas. Había algo en él que tiraba de una fibra sensible dentro de mí, algo en su rostro que me sonaba familiar, pero no podía ubicarlo. Nunca lo había conocido en mi vida, pero debí haberlo visto en Londres o en otros bailes organizados por la alta sociedad, porque estaba segura que se parecía a alguien, a quien había conocido antes.

—¿Puedo preguntar qué plan perverso te llevó a buscar refugio en la biblioteca?

—Puedes preguntar —le dije—. Pero, no creo que sea prudente decírtelo.

Su cabeza se inclinó hacia un lado y él estaba intrigado.

—Ahora siento que debes hacerlo, o me veré obligado a creer que te escondiste, al acecho de cualquier alma desafortunada que cayera aquí.

—¿Desafortunada? —pregunté, levantando las cejas.

—En efecto. Me compadezco del pobre idiota que está atrapado en el matrimonio, y me compadezco de la mujer desesperada que llega a tales extremos para atraparlo.

—Su encanto es simplemente asombroso, señor. —Mi voz estaba llena de sarcasmo y cuadré los hombros—. Me tienta mantener mis razones ocultas, a salvo de sus oídos críticos.

—¿He sido demasiado directo?

—Bueno, sí. Pero, eso es bastante… ¿Cuál es la palabra? ¡Ah! Refrescante.

Si este hombre notó mi referencia a su coqueteo anterior en la mesa de refrigerios, no lo indicó.

—Si prometo abstenerme de criticar tus razones, ¿las compartirás?

No pude evitar sentirme intrigada por él. Quería saber por qué había escapado de un salón de baile, que parecía diseñado para alabarlo y adorarlo.

—Solo si usted también comparte las suyas.

Él asintió brevemente y extendió la mano.

—Podemos intentarlo.

Me quedé mirando su mano. La sacudida de un caballero me obligaría a cruzar la habitación hacia la luz y exponer mi herida. Quizás si fuera rápido, él no notaría nada extraño. No tomé bien la falsa simpatía. Sin embargo, no había podido ver si la cera dejaba una marca tan enojada como se sentía. Podría parecer perfectamente normal.

—Puedes confiar en mí —dijo.

—No puedo confiar en un hombre que no conozco.

Me sostuvo la mirada y consideré la situación. No necesitaba confiar completamente en él, pero si demostraba ser algo más que el caballero que parecía, un grito rápido alertaría a cualquiera que estuviera caminando por la terraza, al otro lado de las puertas francesas.

Además, me sentía segura y, como mujer propensa a sufrir ataques de nervios, me había acostumbrado a escuchar los sentimientos profundos de mi cuerpo. Mi curiosidad se impuso y crucé la habitación hacia la luz del pequeño fuego. ¡Maldita sea mi pasión por las novelas de misterio! No podía salir de esta habitación sin saciar mi curiosidad.

Su fuerte mano todavía estaba extendida, y puse la mía en ella, curvando mis dedos desnudos alrededor de su mano enguantada. Me miró a los ojos y parpadeé para disipar mi sorpresa por la forma sutil en que me robó el aliento.

Si estar a solas con un hombre causaba sensaciones tan embriagadoras para todos, no era de extrañar que a las jóvenes se les advirtiera que nunca se encontraran en esta situación.

Me moví para liberar mi mano, pero él la sujetó.

—¿Fue esta la mano que te lastimaste?

Me burlé. Había hecho bien en no confiar en él.

—¡Eres un canalla! Libérame de inmediato.

Me miró con sinceridad.

—Después de verificar que estás ilesa. Es seguro decir que soy la causa de tu lesión, ¿cierto? Supongo que intentabas esconderte de mí, cuando derramaste la cera sobre tu piel. Por cierto, ¿dónde están tus guantes?

—En mi bolso, no es que sea de tu incumbencia —dije con una sonrisa descaradamente falsa—. No había previsto que me interrumpieran durante mi lectura.

Me miró un momento más, antes de acercar mi mano suavemente hacia el fuego. Giró mi palma hasta que encontró la marca roja en el dorso de mi mano y contuvo el aliento. Sus pestañas oscuras se abrieron en abanico, su atención bajó y pasó un pulgar suavemente alrededor de mi herida, provocando un escalofrío por mi brazo.

—Debes poner un ungüento en esto de inmediato.

—Se ve peor de lo que se siente. —Liberé mi mano, sacudiendo los sentimientos que él infundía en ella—. Mi piel es pálida, por lo que la marca seguramente será más notoria.

No admitiría que esto me dolía de una manera feroz.

Él se aclaró la garganta y se llevó las manos a la espalda, un gesto elegante sin duda diseñado para tranquilizarme.

—¿Cuál fue tu razón para escaparte del salón de baile?

—No bailo.

Sus cejas se arquearon.

—¿No te gusta bailar?

—No señor. Es como le dije. ¡No bailo!

Él parecía tener problemas para entenderme. Su hermoso rostro se arrugó, reflejando confusión.

—¿Nadie te ha enseñado a bailar?

—He tomado lecciones y conozco todos los pasos. Simplemente, ¡no bailo!

—¡Mmm! —Miró al fuego y las pequeñas llamas giraron en sus ojos. Su frente se arrugó, luego se aclaró y me miró—. Usted… ¿No tiene talento para bailar?

¿Esa era su manera educada de preguntarme si era terrible en eso? No deseaba compartir mis verdaderas razones, así que esto tendría que ser suficiente.

—Supongo que no. ¡No! Me escapé a la terraza para… —Me aclaré la garganta y desvié la mirada—. Evitar a un pretendiente, por eso me deslicé aquí. Cuando vi los libros, no pude evitar demorarme un poco, antes de regresar con mi madre.

—Te gusta leer.

—Sí.

Él sonrió ampliamente y cerré la boca. No era de extrañar que siendo una joven e insípida señorita me reí, ante la sonrisa de este hombre. Era irritantemente atractivo.

Se inclinó un poco hacia adelante, como si quisiera contarme un secreto.

—Creo que sientes por el baile lo mismo que yo siento por los libros.

Mi estima por él cayó de inmediato. Levanté las cejas.

—Entonces, ¿por qué, por favor, dímelo, te has escapado a una biblioteca?

—Porque esta es la casa de mi madrina y sabía que la biblioteca estaría vacía.

—¿Necesitabas una habitación vacía durante un baile para poder tomar una siesta? Señor, ¿el baile le resultó demasiado agotador?

Él se rió un poco y un escalofrío recorrió mi pecho. No fue un logro hacer reír a este hombre, a pesar de cómo había reaccionado mi cuerpo. Era solo un hombre.

—No era el baile lo que necesitaba un descanso. Fue por las jóvenes y ardientes señoritas.

Recordé lo que había dicho cuando se creía solo en la habitación. *"¿Dama? Es una muchacha fascinante"*. ¿Había sido atacado el pobre hombre por una joven ansiosa recién salida del aula? Seguramente, la mujer a quien le daba la limonada tenía al menos diecisiete o dieciocho años, edad suficiente para casarse.

—¿Las señoritas eran demasiado apasionadas o demasiado jóvenes?

Él levantó la vista bruscamente.

—Las dos cosas.

No podía culparlo por esa creencia, ya que parecía estar más cerca de los treinta que de los veinte. De mi parte, tengo veintidós años, pero me siento mucho mayor, casi todo el tiempo, especialmente cuando estoy rodeada de chicas jóvenes disfrazadas de mujeres.

Probablemente, las mujeres ahora se preguntaban a dónde se había escapado el apuesto caballero de cabello oscuro.

—Deberíamos volver al salón de baile, antes que nos encuentren solos, y los demás saquen las peores conclusiones.

Él asintió con la cabeza.

—¿Encontrarás algo para aliviar tu ardor? Puedo pedirle un ungüento a mi madrina. Estoy seguro que tendrá algo en su cocina para usar.

—Eso es innecesario. No vivo lejos de aquí. —Abrí el cordón de mi bolso y saqué mis guantes.

—Te pediría un baile, pero aún no nos han presentado.

Hice una pausa en el movimiento de subirme el guante hasta el codo.

—Y por supuesto está la barrera que usted no baila —añadió.

Eso sacó una pequeña sonrisa en mis labios.

Me observó, mientras me enderezaba el guante.

—¿No harías una excepción a tu regla con un nuevo amigo? Sé de buena tinta que conoces los pasos.

—Si recuerdas, esto no tiene nada que ver con mi conocimiento de los bailes.

—Pero quizás no te guste bailar porque aún no has encontrado a la pareja adecuada.

¡Qué impertinente! Centré mi atención en el guante que tenía en la mano. ¿Este extraño estaba insinuando que podría ser el compañero adecuado para mí?

—O tal vez —dije—. Nunca bailaré, independientemente de quién sea mi pareja.

—¿Te importaría hacer una apuesta?

Deslicé mis dedos en mi segundo guante y miré hacia arriba para encontrarlo a él, quien todavía miraba mis manos.

—¿Qué tipo de apuesta?

—Si demuestro que bailar puede ser divertido, permitirás que nos presenten apropiadamente y bailarás el siguiente set conmigo.

—¿Cómo estás tan seguro que encajaremos?

—Te recuerdo que este es el baile de mi madrina. Supongo que estás familiarizada con los Hutton, de lo contrario no estarías aquí.

Me tenía allí. La señorita Marianne Hutton y yo compartíamos cierta amistad. Después de todo, era su compañía la que pretendía buscar para escapar a la terraza.

—¿Y si no me gusta tanto como espero?

Se pasó una mano por su fuerte mandíbula.

—Entonces, supongo que debo pagarte una multa.

—Señor, no hay nada que quiera de usted.

—¿Nada?

La forma en que me miró, con la cabeza ladeada, era entrañable. Lo único que quería era estar en casa, a salvo en mi habitación y lejos de la residencia Hutton, totalmente.

¡Ah! Eso fue todo. Él podría ser mi boleto para salir del baile esta tarde. Seguramente,

podría obligarme a realizar los movimientos de un baile sin problemas. Estábamos solos, sin público. Siempre me había ido perfectamente bien con mi maestro de baile, cuando estábamos solos. Simplemente, me imaginé a este caballero alto y apuesto, como un hombre arrugado de sesenta años con un aliento espantoso.

—Si gano, que es lo que haré, entonces usted debe buscar a mi madre para que pueda convencerla para que yo pueda abandonar el baile, sin tener que volver a entrar al salón de baile. La señora Hutton seguramente le brindará la introducción para que esto sea posible.

—Trato hecho.

Esto fue demasiado fácil.

Me hizo una reverencia y luego me tendió la mano.

—¿Me permite este baile, señorita?

—Ciertamente.

Ignoré la pregunta, en su tono, porque no quise darle mi nombre al extraño. Pero tuve que tragarme mi autoridad moral, ya que evidentemente mis fuertes convicciones no se extendían a bailar con un extraño. Miré por encima del hombro hacia las puertas francesas y sentí su mano deslizarse alrededor de la mía.

—Nadie puede vernos aquí. Es demasiado oscuro.

Él tenía razón. El fuego se había ido apagando lentamente hasta convertirse en una leve quemadura. Apenas podía verlo y mis ojos se habían ido adaptando gradualmente.

—¿Qué baile se supone que debemos hacer?

—El vals.

—¿Solos?

—Se puede hacer sin una sala llena de gente.

—¿Y la música?

—No necesitamos ninguna. Simplemente, sigue los movimientos que evidentemente conoces bien.

Me tomó de la mano y me llevó por un paseo alrededor de la pequeña alfombra frente al fuego, luego realizó los siguientes movimientos, fingiendo que otras parejas bailaban el set con nosotros.

—¿Qué tienes en esto? —preguntó, señalando el bolso que colgaba pesadamente de mi muñeca.

—Un arma por si un hombre extraño me pide bailar conmigo a solas en la biblioteca.

—Es un libro, ¿no?

¿Cómo supo eso? Su sonrisa era evidencia que mi sorpresa me había delatado.

Continuamos realizando los movimientos de la danza hasta que nos encontramos frente al fuego, cada quien con una mano levantada por encima de la cabeza y la siguiente alrededor de la cintura del otro. Fue con gran consternación que mi corazón latió rápidamente y mis mejillas se sonrojaron, aunque no me sentí débil en absoluto. Estaba disfrutando de esta ridícula demostración.

Pero si estuviéramos en público, entre las otras parejas que normalmente bailan y la multitud de espectadores, no lo estaría disfrutando en absoluto. Mis manos se volverían cada vez más húmedas, mi corazón golpearía contra mi esternón, mi respiración sería superficial y mi cabeza terminaría desmayándose. Era lo mismo cada vez que nos movíamos, sin falta. No bailaba porque me desmayaría. Casi siempre podría pasar eso. No pude evitar la reacción biológica que provocó tanta atención ávida, como tampoco pude evitar tener hambre con el estómago vacío o sueño después de una noche.

Él me miró, manteniendo la posición, y mi corazón se aceleró.

—¿Te atreves a decir que no estás disfrutando este baile?

No podía decir la verdad de las cosas, ahora. Sin embargo, sería necesario obtener una presentación y bailar con él en público. Si su coqueteo anterior en la mesa de refrigerios sirvió de alguna pista, el hombre era algo así como un coqueto. No deseaba caer en su trampa, y tampoco deseaba desmayarme esta noche, en el centro de un salón de baile abarrotado, especialmente durante semejante aglomeración.

Y había una molestia en el fondo de mi mente que me recordó que él no era mi señor Bradwell. Cualquiera de los dulces coqueteos que este hombre me lanzó fue barato en comparación con la profundidad de la conexión que compartí con el señor Bradwell, el verano pasado.

No había nada más que hacer. Tuve que mentir.

Tragué, nerviosa que él pudiera percibir el temblor en mi voz.

—En realidad, yo…

La puerta se abrió y una ráfaga de risas femeninas se filtró en la habitación. Sus manos se tensaron por el impacto, y luego nos separamos, pero no antes que las mujeres que entraron a la biblioteca se detuvieran en la puerta, y miraran con la luz del pasillo sangrando y bañándonos. La señora Hutton hizo una pausa, su mano se movió para descansar sobre su pecho, y las dos mujeres detrás de ella se quedaron sin aliento.

¡Oh, cielos! Esto no podría ser bueno.

—Madrina —dijo el hombre. Dio un paso atrás nuevamente para dejar más espacio entre nosotros y se aclaró la garganta.

—¿Cuál es el significado de esto, James? —preguntó la señora Hutton.

James era un nombre muy apropiado para aquel hombre, fuerte y robusto. Me miró y luego volvió a mirar a las mujeres.

—No es lo que parece.

—De hecho —dije con mi voz pequeña y nerviosa—. Él solo me estaba enseñando a bailar.

Por supuesto para disfrutar del baile, específicamente, pero no necesitaba ser tan explícita.

Una de las mujeres de atrás se burló en voz baja y yo la maldije en silencio. Ella no estaba siendo irrazonable. Si yo hubiera entrado en una habitación a oscuras y encontrara a dos personas aparentemente abrazadas, también habría sacado conclusiones precipitadas. Pero, de todos modos, odié su reacción. Las otras dos mujeres se marcharon, dejándonos solos con la señora Hutton.

—Vamos, señorita Thurston —dijo—. Debemos llevarte a tus padres.

—Es solo mi madre —corregí—. Mi padre no pudo venir esta noche.

La señora Hutton miró a James, entrecerrando los ojos, y luego asintió hacia mí.

—¡Ven conmigo!

Salí de la habitación obedientemente, mirando a James por encima del hombro, cuando llegué a la puerta. Seguramente, no habría consecuencias nefastas. Las tres mujeres podrían guardar esto para sí mismas. Si alguno de nosotros se preocupaba en absoluto (y estaba claro que la señora Hutton se preocupaba por James), entonces desearían mantener este secreto.

Las cejas de James estaban arqueadas y su expresión era inquieta. Si él tenía los mismos temores que yo, ciertamente, no albergaba las mismas esperanzas. Parecía un hombre en espera de ser condenado.

Sin embargo, él era inocente. Y yo lo demostraría.

Capítulo 3

—Señora Hutton —imploré, alcanzando su brazo, cuando cerró la puerta de la biblioteca detrás de mí—. Solo digo la verdad. Nunca había conocido a James, antes de esta noche. Busqué un respiro lejos del salón de baile y...

—Ese fue tu primer error. —Ella sacudió la cabeza y empezó a caminar por el pasillo—. Tu madre va a quedar devastada.

—Pero, no hicimos nada malo...

La señora Hutton hizo una pausa. Volteó hacia mí con los ojos muy abiertos y sacudiendo la cabeza.

—Eso no importa… No puedo detener la marea de chismes que ahora se está extendiendo por mi salón de baile. ¿No viste quién estaba detrás de mí cuando abrí la puerta y los descubrí juntos?

—Me temo que no conozco a ninguna de esas mujeres.

Ella cerró los ojos y se presionó las sienes con las yemas de los dedos enguantados.

—Confío en James. Si dice que no fue más que un baile, le creo. Pero, poco importa lo que yo creo. Tú y él serán la comidilla de Londres, a medianoche. Tu madre necesita estar al tanto y tú debes irte lo más rápido posible.

Mi corazón se aceleró y me moví para seguir a la señora hacia el salón de baile. Cuando llegamos al final del pasillo, ella extendió una mano para detenerme.

—Espera aquí. Iré a buscar a tu mamá y debes pensar en lo que piensas decirle.

Asentí y di un paso atrás, apoyando mi espalda contra la pared. Mis ojos se cerraron y controlé mi respiración. ¡Qué ridículo de mi parte fue aceptar ese baile! ¡Qué estúpida e ingenua fui al creer que no nos encontrarían, y que mi comportamiento no tendría ningún reproche! Me había envuelto la cálida sensación de tener toda la atención de un hombre guapo, y permití que la embriagadora emoción nos envolviera, creyendo falsamente que éramos intocables, en nuestro pequeño ambiente.

—Mis más sinceras disculpas —dijo una voz en tono bajo, y abrí los ojos para encontrar a James parado, aparte de mí, con el arrepentimiento escrito en su mirada abatida.

—James —susurré.

Sus ojos se dirigieron hacia mí y sus labios se abrieron.

Tragué.

—No estoy segura cuál es el mejor curso de acción...

—Esto no es todo —dijo la señora Hutton, apareciendo de nuevo, con mi madre justo detrás de ella.

Mamá miró de James a mí. La confusión y el dolor salpicaban sus cejas negras.

—Ven, Felicity. Estamos saliendo.

Me alejé de la pared y pasé junto a James sin mirar más, dirigiendo mi atención a nuestra anfitriona.

—Perdóneme, señora Hutton.

Ella suspiró, sacudió la cabeza y el peso de mis errores cayó como piedras sobre mis hombros. Luego pasó a mi lado.

—Ven, James… El señor Hutton guarda brandy en la biblioteca y parece que a usted le vendría bien un trago.

Seguí a mamá hasta el carruaje que nos esperaba y subí al interior. Mis tontas acciones habían avergonzado a mi apellido, y no había nada que pudiera hacer para detener la marea que solo florecería y crecería, en las lenguas chismosas de la alta sociedad.

—Los chismes estarán por todas partes por la mañana.

—De hecho. —Estuve de acuerdo. ¿No? Gracias a las amigas de mamá y su afinidad por difundir información, ya sea falsa o no, aquella noche fui testigo, dos veces, de una conversación en voz baja entre mamá y una amiga, y vi a mi madre lamiendo con avidez los detalles que le proporcionaban. Entonces, eso me repugnó y ahora detestaba esta situación.

—¿Qué pensará tu padre?

—Estoy segura que nos lo dirá cuando regrese del club.

De repente, la quemadura en mi mano me recordó su presencia y agradecí la distracción de mi terrible situación. Miré mis manos y tracé los lugares donde James las había sostenido. Estaba segura de no volver a verlo nunca más, sobre lo cual estaba agradecida, pero mi piel zumbaba, donde él me había tocado. Sentía la forma en que su pulgar había limpiado con cautela el perímetro de mi quemadura, como si por arte de magia él esperaba aliviar el dolor.

Cerré los ojos y ahuyenté el sentimiento. ¿Estaba ahora destinada a convertirme en una solterona? ¿Qué caballero de buena reputación me aceptaría como novia con esta mancha ahora sobre mi nombre? Seguramente, el señor Bradwell no lo haría. Debería enviarle su libro mañana, por correo, sin ninguna nota. Mis posibilidades de casarme se desvanecieron esta noche... y fue culpa mía.

—No hay maneras de recuperarse de esto, ¿cierto?

—Tenemos algunas opciones —dijo mamá—. Pero, tu padre tendrá la última palabra.

La esperanza floreció dentro de mí.

—¿Opciones?

Mamá suspiró y el carruaje se detuvo frente a nuestra casa.

—Si te casaras con ese hombre...

—¿James? —pregunté, horrorizada—. No puedo casarme con él. No lo conozco.

La boca de mamá se apretó formando una línea firme.

—Sin embargo, lo llamas por su nombre de pila.

—Solo porque no conozco otro nombre para llamarlo. —Me defendí de esa manera—. Ni siquiera sé su apellido. La señora Hutton lo llamó James y eso fue todo.

—No podemos localizarlo, si no sabemos quién es. —Los ojos de mamá se cerraron y parecía estar implorando por paciencia.

—Si hay que creerle a la señora Hutton, nuestros nombres estarán irrevocablemente conectados por la mañana. Estoy segura que entonces no tendrás dificultades para conocerlo.

—Cierto. —Sus ojos se dirigieron hacia mí.

—Pero, no me casaré con él y no podemos esperar que acepte casarse conmigo. Fue solo un baile, mamá. Cada uno de nosotros estábamos escapando del salón de baile. Seguramente, esa decisión tan tonta no debería obligarnos a pasar juntos el resto de nuestras vidas.

Ella abrió la puerta y tomó la mano del lacayo que la esperaba, antes de salir a la calle. La seguí escaleras arriba y esperé, cuando se detuvo en la puerta de nuestra casa. Ella volteó hacia mí.

—Nos has colocado en una posición muy incómoda, Felicity, diga lo que diga tu padre, debes aceptarlo. ¿Lo entiendes?

—Sí —dije, haciendo lo mejor que pude para mantener la vergüenza y el arrepentimiento en mi voz. Estábamos en un lío por mi propia culpa, y encontraría una manera de salir del mismo

para restaurar nuestro buen nombre de cualquier manera… pero, nunca me casaría con un extraño—. Haré lo que sea necesario.

* * *

Mi padre era un hombre de voz suave. Disfrutaba de actividades tranquilas al aire libre como cazar y montar a caballo, y nunca levantaba la voz. Por lo general, apreciaba su naturaleza pacífica. Sin embargo, la forma tranquila y pensativa con la que me miró esta mañana, mostrando sus ojos desviados y la tristeza filtrándose por su frente, casi me destruye. Lo había decepcionado y eso me dolió mucho más que cualquier ira que pudiera lanzarme. Deseaba que despotricara, delirara y gritara.

Él permanecía de pie junto a la chimenea, jugueteando con su reloj de bolsillo.

—No podemos confiar en el buen carácter de este hombre, Cynthia. Hasta ahora ha demostrado que no es nada bueno.

Los labios de mamá se apretaron y sus ojos ensombrecidos miraron la luz de la mañana, que se filtraba a través de la ventana del salón. Ella caminó detrás del sofá.

—Quizás lo mejor será unas vacaciones más largas.

Papá asintió y se sentó en el sofá frente a mí. Yo estaba presente, pero realmente ninguno de mis padres me hablaba.

—Seguramente, tu hermana estará encantada de recibir a Felicity, en el castillo Arden —dijo papá—. Debe sentirse sola ahora que Jane se ha casado.

Mamá parecía menos convencida y continuó paseando.

—O tal vez lo ideal sería visitar a Jane y su nuevo marido. Solo necesitaría un año, más o menos.

—¿Visitar a Jane y Ewan en Escocia? —cuestioné, llamando la atención de mis padres. Adoraba a mi prima, pero no estaba segura de poder soportar vivir separada de mi familia durante un año entero... y tan lejos—. ¿Quieres enviarme a Escocia por un año?

Mamá se acercó a donde mi padre estaba sentado en el sofá, frente a mí, y se sentó a su lado. Él tomó su mano y la sostuvo en su regazo. Siempre habían parecido un frente unido con una relación fuerte y saludable, y exactamente, eso era lo que yo había querido emular algún día, en mi propio matrimonio. Pero ahora sentí el aguijón de la separación provocada por mi irreflexión y presentada por el espacio entre nosotros. Se había abierto un abismo y mis padres estaban completamente fuera de mi alcance.

—Solo será hasta que los chismes se hayan calmado —dijo papá—. Entonces, podrás regresar, nos uniremos a la sociedad y demostraremos...

—No. Eso no funcionará. —Mamá frunció el ceño. Me quitó un peso de encima escuchar su objeción. ¿Se me podría permitir quedarme con ellos?—. Si enviamos a Felicity fuera, por un año, y luego regresamos, esto solo confirmará los rumores. Toda la sociedad creerá que se fue para dar a luz a un bebé. Si permanece en la ciudad, al menos su cintura puede demostrar su inocencia.

Mi alivio duró poco. Si me quedaba en la ciudad, me someterían a la censura de la alta sociedad. Aunque me sentí un poco aliviada por el simple hecho que mis padres creían que yo era inocente, pero no había ningún curso de acción disponible para mí que no fuera del todo desagradable.

—Si Felicity se casara —dijo mamá en voz baja—. Al menos podría irse y no soportará los desaires ni los golpes de sus amigas de la ciudad.

“¿Desaires? ¿Golpes? ¿Mis propios amigas, aunque pocas, se rebajarán tanto ante un

rumor?”

—¿No crees que tal vez nos preocupamos por nada? —pregunté a la ligera. No podía imaginarme a Marianne Hutton o Eliza Gould dándome el golpe directamente.

—No —dijo mamá sin dudarlo.

—Pero el baile de los Pickering es esta tarde. ¿Qué pasaría si asistiéramos y...?

Un golpe en la puerta del salón cortó mis palabras hasta el fondo y cerré la boca. Mis padres miraron la puerta, como si allí tuvieran que rendir cuentas.

—Entra —llamó papá.

Un lacayo ingresó en la habitación y se acercó a papá, llevando una bandeja de plata con una tarjeta. Papá levantó la tarjeta y mamá leyó el nombre por encima de su hombro. Ella me miró.

—¿Mencionaste anoche que se llamaba James?

Asentí.

—Entonces, ha venido a hacer una visita.

Mis pulmones se contrajeron. Era incapaz de respirar por completo.

Papá se levantó inmediatamente.

—Me reuniré con él, en el estudio.

Mis padres intercambiaron una mirada y papá asintió en un código tácito. Fuera lo que fuese lo que habían acordado, no creía que lo encontraría muy agradable.

El clic de los zapatos de mi padre sobre el suelo de madera marcaba el ritmo de mi pulso acelerado. No podía creer que James estuviera ahora en mi casa, que esperara una reunión con papá en la entrada, dos pisos debajo de nosotros. El silencio era denso en la habitación y no podía soportar quedarme quieta ni un momento más.

Mamá levantó la cabeza, cuando me puse de pie.

—¿A dónde vas?

—A la reunión. Están hablando de mí, ¿no?

—Es mejor dejarle esto a tu padre, Felicity.

¿Felicity? Mi madre rara vez me llamaba por mi nombre completo y, sin embargo, esta vez sus labios no pronunciaron Lissy, a pesar que la decepcioné. Respiré profundamente.

—No puedo dejar mi futuro en manos de otras personas. Seguramente, al menos, no me negarán una audiencia.

Siempre había sido callada y reservada, y a menudo optaba por leer cualquier opción social que se me presentaba. Nunca hice un escándalo y no les di mucha pena a mis padres. Siempre fui una hija adecuada, y mis acciones anteriores habían dado a mis padres motivos para que me creyeran, inmediatamente, cuando les dije que no había hecho nada malo con el caballero de la biblioteca. ¿No debería continuar siendo así?

—A tu padre no le gustará esto.

—Entonces, puede que me expulse de esa reunión —dije y salí de la habitación. Estaba agradecida porque mi mamá no me detuvo.

Capítulo 4

El estudio de mi padre estaba en la planta baja de nuestra casa y mi corazón se aceleró cuando llegué allí. La gruesa puerta de roble estaba cerrada y me quedé en el pasillo frente a la misma, mirando el pomo de latón, en relieve, y rogando que mi pulso disminuyera inmediatamente. Tendía a evitar la confrontación a toda costa, pero más que eso, temía con lo que me encontraría.

Aunque era un coqueto, la noche anterior James parecía un hombre amable. ¿Qué revelaría la dura luz de la mañana?

Me levanté y pensé en Ester de la Biblia y en la forma en que se acercó a su rey sin que nadie se lo pidiera. No estaba violando ninguna ley al acercarme a mi padre, pero seguramente, él no deseaba esto.

Podría ser tan valiente como Ester.

Mi mano se cerró en un puño y llamé a la puerta dos veces, antes de girar el pomo, y entrar. Mi padre estaba sentado en su escritorio y James permanecía frente a él. Ambos hombres voltearon hacia mí, mientras yo seguía en la puerta. Los ojos de James estaban turbios. Sus cejas oscuras lucían dibujadas y serias. Llevaba una chaqueta marrón sobre un chaleco bronce, y su ropa estaba muy bien hecha, aunque de diseño simplista. No parecía contento de verme, y solo podía imaginar cuán profundamente él lamentaba nuestro baile.

—No es un buen momento, querida —dijo papá.

Me aclaré la garganta y volví a considerar a Ester. Sin embargo, esta era mi vida y mi error. Me ocuparía de encontrar una solución que nos conviniera a todos.

—Siento que es importante que me incluyan en esta conversación, papá. Después de todo, es culpa mía que nos hayamos encontrado aquí.

James se levantó, como si lo hubiera pensado en el último momento, y se pasó una mano por el pelo.

—Yo también tengo la culpa.

La suavidad de su tono profundo me sorprendió, aunque no sabía por qué: no me había dado ninguna razón para creer que estaba enojado conmigo. Su disculpa en el pasillo la noche anterior no hizo más que demostrarlo.

Traté de alejar la mariposa que actualmente estaba corriendo alrededor de mi abdomen. No me gustó el sentimiento, pero sabía que era producto de la compasión de James.

—Supongo que eso ya no importa —expresó papá—. Hemos llegado a una decisión, que complacerá a ambas partes.

Miré entre ellos.

—¿Cómo se puede complacer a ambas partes, si yo no fui incluida en la toma de la decisiones?

Las cejas de papá se juntaron, e inmediatamente me di cuenta que se refería a él mismo como una de las partes en cuestión. Y esto agradó tanto a James, como a mi padre.

—Necesitaremos tu permiso, por supuesto, para poder seguir adelante —dijo James.

Esto fue un gesto de amabilidad que ninguno de mis padres me había ofrecido hasta el momento, y le lancé a James una mirada de gratitud.

—Entonces te dejaré con eso —destacó mi padre, levantándose de su asiento.

¡No! ¡Oh, no, no, no! La única razón por la que papá nos dejaba en paz era porque James

necesitaba pedirme formalmente que me casara con él.

—¿No nos estamos moviendo demasiado rápido? —pregunté, aunque mis palabras no frenaron la huida de papá.

—Hemos llegado a un acuerdo, Felicity.

—Sí —dije, tomando la manga de mi padre, antes que él pudiera abandonarme por completo—. Pero, ¿no hemos escalado la situación a una velocidad alarmante? Todavía no hemos probado la fuerza de los rumores...

—Al contrario —replicó James—. Hice eso anoche, pero, se mueven tan rápido y son tan volátiles, tal como lo predijo mi madrina.

Un miedo frío se instaló en mi estómago, y agarré con más fuerza la manga de mi padre con la esperanza de mantenerlo conmigo. No podía volver a estar a solas con James tan pronto. Mi corazón se aceleró y mis extremidades se sentían débiles.

—Pero, tal vez deberíamos intentarlo, una vez más, antes de tomar una decisión que afectará el resto de nuestras vidas. Seguramente, si asistimos al baile de los Pickering, esta noche, nuestra voluntad de asistir a un evento social demostrará que no tenemos nada que ocultar.

—No importa que no tengamos nada que ocultar —aclaró James—. Se trata de nuestros buenos nombres.

"Nuestros buenos nombres". En mi estado de estrés, había olvidado que mi familia no era la única que sufriría estos rumores. James podría tener hermanas con la esperanza de casarse, quienes estarían perjudicadas por un escándalo. Aunque yo no tenía hermanas, y por eso sentía que podía soportar convertirme en una paria social, y de todos modos, no me interesaba asistir a eventos de la sociedad.

Pero… A mi mamá sí. Ella adoraba la sociedad. Todo lo que aceptaría sería únicamente por su bien y el de mi padre. Ellos prosperaron en Londres y no podía quitarles esa dicha.

—¿No podemos al menos probar la volatilidad esta noche, antes de tomar estas medidas drásticas? Seguramente, ¿otro baile más no puede hacernos tanto daño? —supliqué.

Papá vio a James, pero cuando seguí su mirada, encontré a James observándome. Su rostro era firme, ahora faltaba la tristeza que estaba presente antes.

—Puedo aceptar posponerlo un día más, si eso es lo que requiere la señorita Thurston.

A mi padre no le gustó esto.

—Preferiría que el asunto se resolviera, ya…

James dio un paso hacia nosotros, sosteniendo su sombrero en sus manos.

—Supongamos que resolvamos el asunto ahora, pero esperaremos para hacer cualquier anuncio hasta que lo tengamos… confirmado… Esta noche, en el baile de la sociedad. Si estamos de acuerdo en seguir adelante, sería el lugar ideal para hacer nuestro anuncio.

Apreté con más fuerza la manga de papá y él miró mi mano, y luego a mí.

—Muy bien. —Él abandonó la habitación y cerró la puerta detrás de él, dejándonos en un silencio denso.

—Todo esto es tan ridículo —dije, levantando la mirada para encontrar a James mirándome pensativamente.

—Y pensar que la mayoría de la gente creerá que usted ha logrado hábilmente atraparme para casarme, señorita Thurston.

Mis mejillas se llenaron de calor y él debió darse cuenta de la irreflexión de sus palabras. Dio un paso adelante.

—Perdóname. Eso fue una falta de tacto.

—De hecho, así fue.

—Solo quise decir que nuestra situación parece…

—Sí, entiendo lo que quieres decir. Es injusto, en verdad, que me culpen cuando fui yo quien intentó salir temprano de la biblioteca, y usted me convenció para que adoptara una posición comprometedora.

—Quizás deberíamos abstenernos de señalarnos con el dedo. No queremos empezar una vida juntos bajo un tono tan acusatorio.

"Empezar una vida juntos". Puntos negros inundaron mi visión y mi estómago se revolvió. No podía casarme con un hombre que acababa de conocer. ¿Qué pasaría si realmente tuviera cuarenta años y solo pareciera joven, o tuviera una gran afinidad por el pastel Stargazy? No podía soportar sentarme en una mesa con cabezas de pescado saliendo de una masa de pastel dorada por el resto de mi vida.

—Te ves pálida.

—Gracias —dije con algo de sarcasmo, pero le permití tomar mi mano y llevarme a una silla.

Se arrodilló ante mí y estábamos casi a la misma altura de nuestros ojos. Él dejó su sombrero sobre el escritorio de papá. Su frente se arqueó con preocupación.

—¿Estás enferma?

Negué con la cabeza.

—Simplemente es por aceptar esta terrible situación.

James sonrió.

—Al menos, puedo ver que estás decidida a mantenerme como un hombre humilde.

—No me di cuenta que ya poseías ese rasgo admirable. Más bien pensé que te lo estaba enseñando.

Él se rió entre dientes y tomó mi mano entre las suyas. Nuestra proximidad me dejó sin aliento, y luché por dónde colocar mi mirada. Me decidí a mirarlo a los ojos y noté que eran una hermosa mezcla de verde y marrón con motas de oro en el centro.

Era ridículo lo fácil que era perderme en ellos.

—Aprecio su consideración —dijo—. Y puedo ver que no se deben tomar medidas sin una evaluación exhaustiva. Asumo mi culpa...

Levanté las cejas y él sonrió.

—Muy bien, asumo la mayor parte de la culpa por la situación en la que nos encontramos y me gustaría rectificarla de la única manera que se me ocurre.

—¿Has pensado lo suficiente en esto? —le pregunté—. Quizás haya una respuesta con la que aún no hemos tropezado.

La boca de James formó una media sonrisa.

—Anoche sacrifiqué el sueño, pensando en nuestra situación. Consulté a personas de confianza y creo que esta es la mejor manera de avanzar.

Pensé en la mujer que vi coqueteando con él en la mesa de refrigerios la noche anterior, y me di cuenta de lo poco que sabía de su vida.

Todavía él sostenía mi mano y yo cubrí la suya con la otra, mientras que mis dedos desnudos se curvaron alrededor de los suyos. Parecía quedarse quieto, aunque no lo solté.

—No soy tan ingenua como para esperar amor, pero no puedo seguir adelante si sé que tienes en estima a otra mujer.

Ahora, el señor Bradwell estaba verdaderamente fuera de mi alcance, así que podía admitir con seguridad que habría firmado cualquier acuerdo sin inhibiciones.

James se aclaró la garganta y su mirada recorrió mis ojos.

—No tengo a nadie en mi corazón, señorita Thurston.

—Pero, ayer, cuando pasé junto a ti en el salón de baile, parecías…

—No hay ninguna mujer que tenga ningún derecho sobre mí, lo prometo.

Me relajé y quité mis manos de las suyas. Las volvió a tomar y miró hacia abajo, levantando mi quemadura para verla mejor.

—¿Has puesto algún ungüento en tu herida?

—No, pero como puedes ver, ya está mejor.

—Pero, en este momento, parece tan rojo como anoche.

—Bueno, duele mucho menos.

Él miró hacia arriba.

—Entonces, ¿admites que te dolió anoche? ¿Por qué insististe en lo contrario?

—Porque no podía permitir que irrumpieras en el salón de baile, en busca de ungüento.

—Ya veo que no tendremos un matrimonio aburrido, señorita Thurston.

—No me di cuenta que habíamos acordado casarnos —susurré.

James tomó mis dos manos, todavía de rodillas. Fue el gesto más romántico en mis veintidós años, y me obligué a recordar que él no tenía poder de decisión. Esto no se trataba de mí, en realidad no.

—¿Por qué estás de acuerdo con esto? —le pregunté—. Seguramente, podrías dejar la ciudad por unos meses y regresar la próxima temporada con tu reputación intacta.

—Potencialmente, pero una vez le hice una promesa a mi madre, y eso requiere que no me aleje de ti. De otra manera, no podría vivir conmigo mismo. —Él dio una pequeña sonrisa—. Vine a Londres con la intención de encontrar una esposa, por lo que no es un acuerdo tan odioso para mí como podrías creer.

Asentí. La curiosidad me invadió para preguntarle la naturaleza de la promesa que le hizo a su madre, sin embargo, eso era una pregunta íntima y no me atrevía a decirla en voz alta.

Había algo extrañamente aliviador al saber que James se sentía listo para casarse, y que yo no lo había obligado a una situación para la que aún no estaba preparado.

Me apretó los dedos.

—Señorita Thurston, ¿aceptará convertirse en mi esposa?

Mi estómago se hundió como una paloma volando y contuve el aliento. Ni siquiera estaba preparada para pensar cómo se sentiría esto. A pesar de mis protestas, disfruté la forma en que James me levantó el ánimo con aparentemente poco esfuerzo.

—Sí, James. Lo haré. —Él sonrió suavemente y continué—, pero solo si nuestra situación parece irreversible por sí sola.

Él moderó su sonrisa y asintió.

—Muy bien. Te veré esta noche en el baile de los Pickering.

Él se puso de pie y cruzó hacia la puerta. Yo también me levanté.

—¿James?

—¿Sí? —Dio la vuelta y esperó.

—¿Cuál es tu apellido?

Él sonrió.

—Estoy seguro que en todas tus fantasías infantiles sobre cómo sería tu boda, no imaginabas que tendrías que pedirle a tu novio que te diera su apellido, después de comprometerte.

Me reí suavemente.

—No, no lo hice.

—Soy Bradwell, señorita Thurston. Mi nombre es James Bradwell.

Privado del habla, no pude hacer más que asentir, mientras James me hacía una suave reverencia y salía de la habitación.

Resultó que, después de todo, estaba destinada a convertirme en Felicity Bradwell. El problema era que me estaba casando con el señor Bradwell equivocado.

Capítulo 5

Mamá estaba sentada frente a mí en el carruaje con la mirada inquieta.

—¿Estás segura que deseas hacer esto, Felicity? Simplemente podemos entrar y anunciar el compromiso de inmediato. Quizás podamos frenar algunas lenguas, antes que se muevan excesivamente.

—Estoy segura. —Jugueteé con el borde transparente de la capa de mi vestido. Las flores azules estaban destinadas a iluminar mi cabello rubio rojizo, pero no estaba segura que hicieran mucho más que agregar un gran gasto a un vestido, que ya era costoso. No necesitaba el bordado, pero mamá había deseado que mis vestidos fueran los mejores para escapar de la censura del esnobismo hiperactivo, presente en la mayoría de los eventos de sociedad.

Papá me miró expectante y yo dirigí mi atención hacia él.

—¿Tiene el señor Bradwell fondos suficientes o quedaste obligado a aportar una buena dote?

—Le entregué una cantidad generosa que permanecerá a tu nombre, independientemente de lo que le pase a su marido.

—Es simplemente una precaución —explicó mamá—. Si tu marido muere repentinamente, no quedarás desamparada, cuando sus bienes pasen al siguiente heredero.

Asentí, consciente del propósito.

—¿James no necesitaba nada más para él?

Papá negó con la cabeza.

—Él no quiso.

Nuestro carruaje se detuvo y seguí a mis padres desde el vehículo hasta la casa. Había pasado todo el día considerando mi situación, pero todavía no podía encontrarle sentido. ¿Estaba James relacionado de alguna manera con el señor Bradwell que conocí el año pasado en Northumberland, o fue una mera coincidencia que ellos compartieran ese apellido? Había pasado los nueve meses anteriores, desarrollando un sentimiento por mi señor Bradwell, y los acontecimientos recientes me habían obligado a dejar de lado esos sentimientos por el nuevo futuro que se avecinaba ante mí. No podía conciliar el hecho que posiblemente me relacionaría con ese hombre de alguna manera.

Entramos a la casa y nos unimos a la fila de recepción para saludar a nuestros anfitriones. Las puertas del salón de baile estaban abiertas frente a nosotros. Una luz naranja fluía desde la habitación hacia el pasillo, y me incliné más hacia mis padres, a medida que nos acercábamos.

—¿No le parece extraño que el señor Bradwell comparta apellido con el caballero que nos ayudó, cuando nuestro carruaje se rompió el año pasado?

Papá me miró de manera rara.

—¿Extraño? Esa fue una de las razones por las que me sentí lo suficientemente cómodo como para aceptarlo. Ya habíamos conocido a un miembro de la familia del señor Bradwell, y el hombre demostró tener un carácter excelente, durante nuestra terrible experiencia el año pasado.

—¿Ellos están relacionados?

—¡Cielos! Querida, ¿no lo sabías? —susurró mamá, mientras la pluma se balanceaba en su tocado—. Esos hombres son hermanos.

Mi corazón cayó hasta mi estómago, y miré hacia arriba, cuando entramos al salón de baile para encontrar a James parado frente a mí, mirándome ingresar a ese sitio. Mis hombros se

enderezaron inmediatamente y sostuve su mirada. *"¿Hermanos?"* Eran igualmente guapos, pero no se parecían en nada, aparte del pelo oscuro. Pero más de la mitad de los hombres en este salón de baile poseían cabello oscuro, por lo que no se me podía culpar por no ver esa característica distintiva.

—¡Ah! Señorita Thurston —dijo la señora Pickering, haciéndome una reverencia. Sus altas plumas blancas temblaron cuando volvió a levantar la cabeza y yo le devolví el gesto—. No sabía si tendríamos el placer de su compañía esta noche.

—Me alegro muchísimo de estar aquí, señora Pickering, y su salón de baile luce sencillamente impresionante.

La mujer se acicaló como el pájaro, cuya pluma adornaba su cabello, y yo me escabullí, siguiendo a mis padres. Quería poner a prueba mi aceptación social y demostrarles a mis padres que el matrimonio era una acción innecesaria, pero busqué en el salón y no pude encontrar a nadie a quien pudiera llamar como amigo o amiga.

Mamá vino a mi lado con una sonrisa nerviosa, mientras papá se escabullía para localizar la sala de juegos.

—No estoy segura a dónde ir. Veo a muchas de mis amigas, pero no puedo soportar que me rechacen.

—No serás rechazada —dije con más confianza de la que sentía.

Otro recorrido por el salón de baile y noté que James caminaba hacia nosotros.

Hizo una reverencia, una vez que llegó a nuestro lado.

—Buenas noches.

Extendí mi mano, él la tomó y me dio un beso en el dorso de mi guante. La presión de sus labios estaba directamente sobre la quemadura que había recibido de la vela y me cortó la respiración. ¿Lo había hecho intencionalmente? Cuando levantó la cabeza, el brillo en sus ojos demostró que, efectivamente, había sabido exactamente lo que estaba haciendo.

Mi ánimo no pudo evitar fortalecerse con la descarada referencia a la reunión que, para empezar, nos había catapultado a este lío.

—¿Has encontrado que la sociedad es de tu agrado? —preguntó en voz baja.

—No he tenido tiempo suficiente para evaluarlo —respondí—. Y mi madre tiene demasiado miedo para hacerlo.

—¿Puedo invitarla a un baile, señorita Thurston?

—No deseo causarle decepción, señor Bradwell, pero creo que ya he dejado claras mis opiniones sobre el baile.

—Y, sin embargo, te encuentras en un baile.

—¡Oh, Felicity! —Mamá me regañó en voz baja—. No puedes rechazar al hombre.

—Sí —añadió James con una sonrisa—, no puedes rechazarme. Además, creo que me debes un baile.

Una mueca silenciosa salió de mi garganta.

—No ganaste la apuesta anoche.

—Creo que sí, pero, nos interrumpieron, antes que pudieras admitirlo.

No era bueno empezar nuestro matrimonio con una mentira, así que no debía discutir su punto. Sin embargo, no pude contenerme. No pude soportarlo hasta que una energía ansiosa me llenó hasta el punto de desmayarme. Mis nervios ya estaban alterados, pero desmayarme solo lo asustaría y me haría quedar como una tonta.

—Debo encontrar a Marianne o Eliza. Necesito demostrar que nada ha cambiado para mí.

La sonrisa de James se hizo más tensa.

—¡Ah, sí! No permitas que me interponga en tu oportunidad de liberarte de cualquier obligación hacia mí.

Era imposible saberlo con certeza, pero casi sonaba como si James estuviera herido por esta idea. No pude reconciliarlo. Quizás no estaba acostumbrada al rechazo, o al concepto que una mujer no querría cambiar toda su vida para casarse con él, fuera un extraño o no. Era extremadamente guapo, bien considerado y provenía de una familia respetable, y tenía los bolsillos lo suficientemente ricos como para no necesitar una dote enorme. De modo que su confianza aparentemente estaba justificada.

Estaba claro que estaba conforme conmigo, o con la perspectiva de no necesitar buscar a una esposa. Sin embargo, él no actuó como si ese fuera el caso.

Marianne Hutton entró en la habitación del brazo de su madre.

—Debo ir con mi amiga. Lo haré... Te encontraré más tarde, James, si eso es lo que deseas.

—Lo harás —dijo en voz baja.

Me escabullí, antes que pudiera pensar profundamente en el significado detrás de su comportamiento esta noche y crucé el salón de baile siempre lleno hacia los Hutton. La señora Hutton se había detenido para hablar con otra mujer, pero Marianne estaba a unos pocos pies de distancia. Me acerqué a ella y le hice una reverencia.

—Buenas noches, Marianne.

Ella pareció sorprendida y su mirada pasó de mí a su madre.

—B-buenas noches, Felicity.

—No tuve la oportunidad de hablar contigo anoche, pero tu baile estuvo hermoso.

Tragó saliva y su mirada se dirigió de nuevo hacia su madre. Inclinándose, bajó la voz.

—No se me puede ver hablando contigo, Felicity. No hasta que el escándalo haya pasado. Por favor, no me hagas alejarme. Valoro demasiado tu amistad como para tratarte de manera tan abominable.

Mi estómago cayó hasta mis pies y le di una sonrisa forzada, bajando la cabeza, antes de darme la vuelta nuevamente. Al menos, ella tuvo la cortesía de explicarse en lugar de cortarme. Encontré a Eliza Gould, no muy lejos, entre un grupo de señoritas y caminé en su dirección, pero cada una de ellas dio la vuelta, antes que pudiera acercarme más.

Nunca me había sentido cómoda en un salón de baile, pero tampoco tan aislada como en ese momento. Me temblaban las manos y mis pulmones no lograban respirar por completo. Busqué a mi madre y la encontré, igualmente aislada, al otro lado del salón.

El cabello cobrizo del señor Peel destacaba entre la multitud, y decidí (en un ataque de pura locura, obviamente) pasar delante de él en mi camino de regreso, al lado de mi madre. Si él también me ignoraba, entonces estaba verdaderamente hundida.

En caso contrario, pagaría por el alivio de conservar algo de reputación, al verme obligada a aceptar su petición de bailar, como sin duda él me ofrecería. Incluso valía la pena la perspectiva de desmayarme para demostrarles a mis padres y a James, que las cosas no eran tan espantosas como parecían.

Todo mi paseo por el salón de baile me proporcionó suficientes pruebas que yo era el centro de los chismes de esta noche. Mi nombre se susurraba junto con el del señor Bradwell, en todos los lugares donde pisaba, y la gente se apartaba de mi camino, como si yo fuera Moisés y ellos el Mar Rojo. Cuando llegué al área donde estaba el señor Peel, me encontré suplicándole en silencio, que se interpusiera en mi camino y me detuviera, pero seguí caminando y él giró la cabeza después de captar mi mirada.

Él ni siquiera podía fingir que no me había visto, ya que capté su expresión de pánico.

Mi visión brillaba oscuramente en los bordes, mi respiración provenía rápidamente de las miradas dirigidas hacia mí desde todo el salón. Cogí el brazo de mamá, como si fuera un faro y me aferré allí, deseando que mi corazón se calmara y que la oscuridad retrocediera.

Mamá tomó mi mano y apretó mis dedos. Las lágrimas brotaron de mis ojos e hice lo mejor que pude para parpadear y alejarlas, luego cerré los ojos y me concentré en controlar mi respiración.

—Fui una tonta al sugerir esto.

—No, estabas llena de esperanza —corrigió mamá suavemente—. Una tonta es la que ha perdido toda esperanza.

—El señor Peel ni siquiera me mira.

—Esa es su pérdida, totalmente —dijo James, apareciendo a mi lado de inmediato. Los instrumentos se afinaron en preparación para comenzar el baile, y él levantó su mano hacia mí—. ¿Podemos bailar ahora, señorita Thurston?

Miré desde su mano extendida hasta su rostro serio.

—No está siendo modesto, señor. Realmente no puedo bailar.

Mamá se burló en voz baja.

—Sí, tú puedes. De todos los momentos en los que debes someterte a los nervios, ahora no es el momento de rendirte. —Volteó hacia James—. Solo prepárate para atraparla, si surge la necesidad.

—¿Atraparla?

Mis mejillas se calentaron y no quise dar explicaciones.

—Será mejor que no.

Mamá ni siquiera se disculpó cuando susurró:

—Me temo que después de la forma en que te rechazaron por completo, ya no tienes otra opción.

James parecía estar de acuerdo con mi madre y dejé escapar un suspiro tembloroso. Quizás esta vez sería diferente. Bailar con James la noche anterior no me había provocado ningún desmayo. Había sido agradable. Quizás eso era todo lo que necesitaba esta noche.

Deslicé mi mano en la suya y él la sostuvo con fuerza, colocándola sobre su brazo doblado para llevarme a la pista de baile.

Tomamos nuestros lugares en la cuadrilla y esperamos a que comenzara la música. Mi piel ardía por los muchos ojos puestos sobre mí, y ya podía sentir mi ritmo cardíaco aumentar por haber captado tanta atención.

—No estoy seguro de poder hacer esto —susurré.

James me miró, levemente alarmado.

—¿Qué quiso decir tu madre cuando me pidió que te atrapara? ¿Eres propensa a tropezarte?

—No… Soy propensa a desmayarme.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¡Oh, mujer! ¿Por qué?

Negué con la cabeza. Dos de las otras parejas habían comenzado a caminar, pero yo apenas podía escuchar la música por el fuerte pulso que retumbaba en mis oídos. Me temblaron las manos y logré realizar los movimientos lo suficientemente bien, cuando llegó nuestro turno.

Regresamos a nuestros lugares originales y James se acercó.

—¿Nos sentamos? Podemos irnos ahora.

No podía hablar. Se me había secado la boca y en unos momentos tendría que dar un paso adelante y realizar algunos pasos con el extraño al otro lado. James me vio alejarme de él. Su

mirada estaba fija en mí, mientras hacíamos los movimientos que requería la cuadrilla. Giré para encontrarlo en el lado opuesto del set, usándolo como un faro para mantenerme concentrada en la tarea que tenía entre manos.

Si mantuviera mi atención en James, tal vez podría ignorar a la multitud de espectadores.

Sin embargo, a medida que continuaba el baile, mis nervios aumentaron. Bailé de regreso al lado de James y su mano apretó la mía.

—¿Estás bien?

—Sí —dije con la voz sin aliento. No podía inhalar completamente, pero mientras pudiera respirar, podía bailar.

—¿Estás segura?

Las miradas de los habitantes del salón recorrieron mi columna como pequeños insectos y mi estómago se retorció.

—Sí, estoy bien —dije. Aunque realmente esto era todo lo contrario.

Nos movimos al centro del set y nos alejamos de nuevo, y sentí la atención de James tan profundamente, como los chismes sobre el salón.

James tenía razón. Mi padre y él no se habían equivocado, aunque yo me resistía a admitirlo. No podíamos salir de las profundidades de este escándalo sin algunas víctimas. Era mejor sacrificarme a mí misma que afectar la felicidad de mis padres.

—Necesitamos hacer el anuncio —dije.

Volteó hacia mí bruscamente, dando un paso en falso. Sin embargo, tenía pies ligeros y apenas fue un error perceptible.

—¿Estás segura?

—No tenemos otra opción. No, a menos que queramos seguir siendo el centro de atención de una forma tan horrible. —Lamentablemente, ser observada tan completamente, pero ignorada por mis amigas era el peor tipo de tortura.

—No me he dado cuenta —dijo.

Me reí levemente, pero los puntos negros ya amenazaban los bordes de mi visión, e hice lo mejor que pude para concentrarme en James. De alguna manera, parecía mantener a raya la oscuridad.

Nos encontramos moviéndonos constantemente al ritmo de la música, dentro y alrededor de las otras tres parejas, y mientras me concentrara en James, podía bloquear el resto del salón. Cuando llegó el final del baile, me vi obligada a rodear al hombre que estaba a mi lado, en dirección opuesta a lo que James estaba haciendo, e hice lo mejor que pude para mantenerlo en mi línea de visión.

En cambio, capté la mirada de la joven que se había reído entre dientes la noche anterior, cuando James le había dado un vaso de limonada. Su ceño era profundo, estropeando su bonita frente, y de inmediato noté cada mirada de los espectadores, que me rodeaban, mirándome. Mi corazón se aceleró, mi visión se volvió borrosa, giré en dirección equivocada y me topé con otra bailarina.

El hombre me enderezó, pero mi respiración se aceleraba demasiado. Busqué a James entre los bailarines, pero no estaba.

La oscuridad rápidamente se apoderó de mí, mis piernas se volvieron indefensas y caí.

Capítulo 6

—¿Dónde puedo acostarla?

La voz llegó a mis oídos, cuando la consciencia volvió a mi mente, y me moví contra el sofá firme, pero acolchado.

—¿Se está moviendo? —preguntó una mujer.

—Sí. ¿Tiene una sala de estar, señora?

El ruido de las palabras de James estaba cerca, vibrando a través de mi brazo, y luché por abrir los ojos.

Tan pronto como lo hice, los cerré nuevamente. El rostro de James estaba justo encima del mío y sus brazos me rodeaban. Sentí el ruido de sus palabras porque el hombre me estaba sacando del salón de baile. No era un sofá en el que me apoyaba, sino el hombro de James. Si pudiera hundirme en el suelo y escapar de este horror para siempre, lo haría.

El suave vaivén de sus pasos me arrullaba, pero no me permitía sucumbir al sopor que generalmente me invadía después de un rato. Inspiré profundamente y al instante me arrepentí, cuando mi nariz fue asaltada con la colonia picante de James. Era increíblemente deliciosa y ahora nunca podría olvidar lo bien que olía.

Seguimos a una mujer a otra habitación y James se inclinó para recostarme en el diván. El aire fresco entró, cuando me soltó, e inmediatamente extrañé la sensación de estar acunada en sus brazos. Se agachó a mi lado y levantó una mano para quitarme el pelo de la cara.

—Ahora veo por qué evitas bailar a toda costa —susurró.

No pude evitar sonreír.

—Me alegra que te puedan enseñar a entrar en razón. —Tragué, un miedo real se apoderó de mi estado de somnolencia. Ahora, él me había visto en mi peor momento—. Si ya no deseas seguir adelante con el compromiso...

—Al contrario —dijo, antes que pudiera pronunciar otra palabra—. Creo que sería prudente anunciar nuestras buenas noticias tan pronto como sea razonablemente posible hacerlo. ¿Puedo traerte un vaso de ratafía o quizás un paño frío para tu frente?

Él miró a la mujer que estaba en la habitación con nosotros y noté que era la señora Pickering.

—¡Oh! Por supuesto —dijo ella de inmediato. Su pluma se balanceaba con sus movimientos entrecortados—. Enviaré para ambos, a la vez.

Cuando nos dejó solos en la habitación, James sonrió con tristeza.

—Me alegro que hayas aceptado el compromiso porque ahora que la señora Pickering escuchó nuestra mención del compromiso, seguramente, ella ha comenzado a difundir la noticia en su salón de baile.

—Tortuoso —susurré.

Él se rió levemente y tomó mi mano, llevándola a sus labios.

—Solo me alegro que parecieras recuperarte tan rápidamente. No puedes saber lo terrible que fue verte caer.

—¿No me golpeé la cabeza esta vez? A veces, el dolor de cabeza que lo acompaña puede durar días.

—No, no te golpeaste la cabeza —confirmó en voz baja.

La puerta se abrió de nuevo y mamá entró.

—¡Oh, maldita sea! Esperaba que pudieras completar al menos un baile esta noche.

—Perdóname, mamá.

Ella rechazó mi disculpa y se dirigió hacia James, quien se levantó en su presencia.

—Gracias por atraparla, señor Bradwell. A veces se golpea la cabeza y el dolor de cabeza resultante persiste durante días.

Lo miré fijamente.

—¿Me atrapaste?

El asintió.

—No fue nada. Agradezco la advertencia, o tal vez no te hubiera vigilado.

¿Me atrapó? Estaba tratando de recordar y no pude verlo en mis últimos momentos de lucidez. Debió haberme estado prestando mucha atención. No podía determinar por qué la idea de eso provocó que un escalofrío me recorriera, perseguido por un calor en mi pecho.

—¿Ya puedes pararte?

Moví las piernas por el costado del sillón y esperé. Ya no estaba mareada, pero sí seguía débil.

—Casi —dije.

—Nos gustará anunciar nuestras buenas noticias —dijo James.

Mamá me miró fijamente.

—¿Eso es así? Iré a buscar a tu padre a la sala de juegos. Querrá estar presente.

La vimos irse y exhalé un suspiro de aire. Fue sorprendente lo rápido que las madres estuvieron dispuestas a dejarnos en paz, al enterarse de nuestro compromiso oficial. Era como si lo único que nos advirtieran que no hiciéramos, una y otra vez, fuera inmediatamente aceptable. Aunque no me sentí diferente y nuestras circunstancias apenas parecieron cambiar.

Estiré el cuello para ver su rostro.

—Gracias, James.

Se inclinó para mirarme.

—Ciertamente, no fue nada.

—Sí… Fue algo para mí. —Sostuve su mirada verde-dorada.

Una criada entró en la habitación con un pequeño cuenco de agua y un trapo, y otra la siguió con un vaso de ratafía. Tomé la bebida y bebí unos tragos, antes de dejar el vaso en una mesa cercana.

—¿Estás lista para enfrentarte a las hordas? —murmuró James.

—No creo que tenga otra opción.

Nos encontramos con mis padres en el pasillo y James me ofreció su brazo. Me apoyé en él más de lo que pretendía, pero el desmayo debilitó mis piernas y era agradable tener a alguien a mi lado.

Papá abrió las puertas para nosotros, y James y yo entramos juntos al salón de baile. La conversación entre los ocupantes más cercanos a las puertas se detuvo rápidamente y James se inclinó para susurrarme al oído.

—Sonríe, cariño, o pensarán que no estás contenta con este acuerdo.

Sonreí con naturalidad y lo miré.

—Estoy segura que no lo creerás, pero hace tiempo que no me siento tan bien.

Él observó mi mirada, una que pasó por su rostro y era completamente ilegible.

Tragué fuerte. ¿Había dicho algo equivocado?

La señora Hutton se acercó a nosotros con una sonrisa vacilante en los labios.

—¿He oído correctamente que es necesario felicitarlos?

—De hecho, ya lo has hecho —dijo James, lo suficientemente alto como para que todos los que estaban cerca lo escucharan—. Soy un hombre afortunado esta noche, porque la señorita Thurston ha aceptado ser mi esposa.

"Esposa". La palabra era sólida y llena de significado. Tenía mucho más peso del que justificaban sus miserables seis letras… Tantas expectativas y exigencias que abarcarían las décadas restantes de nuestras vidas. Los deberes y responsabilidades que me esperaban me tranquilizaron inmediatamente y, al mismo tiempo, me sentí libre.

—¿Cuándo planean casarse? —preguntó la señora Hutton.

—Tan pronto como podamos —dijo—. Estoy ansioso por llevarme a Felicity a casa conmigo.

—¡Oh! —dijo la señora Hutton, claramente complacida por este pronunciamiento. Era un mérito para ella que pareciera genuinamente contenta y aliviada por James—. Creo que ella adorará Chelton.

—Sin duda. —Él asintió.

Nos adentramos más en la habitación y me incliné hacia él.

—¿Chelton?

—Mi patrimonio... Está en Cumberland.

—¿Cumberland? ¡Cielos! Eso está muy lejos. Bien podríamos habernos ido a Escocia.

Él me miró de forma extraña y yo me mordí la lengua.

—¿Sueles permanecer en Cumberland, James, o pasas mucho tiempo en Londres?

—Prefiero Chelton. Creo que también podrías hacerlo, una vez que lo hayas visto.

Eso ciertamente explicaría por qué todavía no había visto al hombre hasta ahora. Pero la realidad que iba a estar tan lejos de mis padres era preocupante.

—¿Hay espacio para entretenimientos?

Él me miró.

—Sí. ¿A quién te gustaría invitar?

—Solo a mis padres.

James miró por encima de mi hombro al grupo que rodeaba a mamá y yo seguí su mirada. Las mujeres que se habían negado a hablar con ella, a nuestra llegada esta tarde, ahora se estaban reconciliando con ella, sin duda esperando obtener fragmentos de información, y eso me revolvió el estómago. Eran volubles en sus atenciones y me enojaba que la marea de sus sentimientos pudiera alterarse tan fácilmente.

—Por supuesto, tus padres serán bienvenidos tantas veces como quieras.

—Eso es muy generoso de tu parte.

Deslizó sus dedos alrededor de los míos y mi corazón tartamudeó.

—También será tu hogar.

La música continuó llenando el salón, y los bailarines se movían por el centro de la pista, mientras amigos y conocidos se acercaban a felicitarnos.

Mis pies estaban cansados, pero permanecí de pie junto a James, impresionada por su capacidad para navegar diplomáticamente en las diferentes conversaciones. La mayoría de las personas que se acercaron a nosotros no eran más que conocidos para mí, pero James parecía conocerlos a todos. El carisma emanaba de él, en oleadas, y pude permanecer tranquilamente a su lado, mientras él llevaba la carga de mantener las conversaciones.

La mujer rubia, a quien había visto con James la noche anterior, en la mesa de refrigerios, se acercó e hizo una reverencia, con los ojos muy abiertos fijos en mi prometido.

—Buenas noches, señor Bradwell.

James hizo una reverencia.

—Buenas noches, señorita Norland. ¿Conoce a la señorita Thurston?

—Me temo que no —dijo la señorita Norland. Ella soltó una risita incómoda—. De hecho, nunca antes había escuchado su nombre antes de anoche. Dígame, señor, ¿dónde la ha estado escondiendo?

James se acercó un poco más a mí y agradecí que no se moviera en la dirección opuesta.

—Ella era un secreto bastante bien guardado, ¿no era así? Ahora, perdóneme, señorita Norland, pero le prometí a la señora Thurston que le devolvería a Felicity al final de la velada. Si usted nos disculpa. —Hizo un gesto de reconocimiento y me alejó de la joven.

—No fue de buena educación sacarnos tan rápidamente de su lado —dije en voz baja—. Pero, creo que debo agradecerte eso de todos modos.

Me lanzó una pequeña sonrisa.

Me aclaré la garganta, permitiéndole guiarme a través de la multitud.

—¿Era una buena amiga tuya?

—No. De hecho, lo único que hizo la señorita Norland fue ayudarme a descubrir lo poco que sé de usted, señorita Thurston. Por ejemplo, cuánto tiempo lleva viviendo en Londres, o si esta es su residencia principal… *"A Felicity le irá bien"*, le dije a ella. *"Después de todo, vamos a casarnos, Y tenemos tiempo para descubrir esas cosas"*.

Sin embargo, sabía lo que él quería decir con ese descubrimiento. Incluso, yo me había preguntado las mismas cosas sobre él.

James asintió, pero su mente estaba en otra parte. Me depositó en una silla cerca de mis padres.

—Tenemos mucho que discutir, señor Thurston. Lo llamaré en los próximos días.

Papá asintió.

—Gracias. Esperamos su visita.

—Escribiré a mi familia y les pediré que preparen la casa para nuestra llegada.

—¿Tu familia? —pregunté, esperando saber a quién implicaba todo eso.

James me mostró una breve sonrisa.

—Todos estarán encantados de conocerte. Y amarás a mis hermanos, te lo prometo.

Miré hacia abajo, incapaz de mantener su mirada fija.

—No tenía dudas que amaría al menos a uno de sus hermanos. El problema era que ya lo había hecho.

Capítulo 7

Me paré en el patio de la iglesia de St. James bajo la sombra de las ramas arqueadas. Las hojas ahora comenzaban a volverse verdes después que un invierno las despojara del árbol. La nueva vida sobre mi cabeza era brillante y fresca, y esperaba que fuera indicativa del matrimonio en el que estaba a punto de sellar: limpio y lleno de potencial.

Mamá habló con la señora Hutton, no estaba muy lejos, y papá esperó pacientemente a su lado. Habían pasado cuatro semanas desde el baile de los Pickering, en el que se anunció nuestro compromiso, e igualmente, casi cuatro semanas desde que vi a James por primera vez.

A la mañana siguiente, él había enviado una nota, diciendo que consideraba mejor regresar a Chelton inmediatamente para preparar la casa para mi llegada. Estaba indicado entre sus líneas, finamente escritas, que él también tenía algunos negocios en el norte, que requerían su atención personal, y no pude evitar preguntarme si ese negocio era otra mujer. ¿Había alguna joven en su parroquia que necesitaba ser abandonada, con cuidado, de una manera que solo él podía hacer? ¿Su familia no me iba a aceptar abiertamente en su casa, como yo deseaba?

Algo había ocurrido después del baile de los Pickering, que le dio a James motivos para creer que necesitaba hacer un viaje de una semana, por todo el país, antes de casarse conmigo.

Y la perspectiva más aterradora era la siguiente: ¿habría traído a sus hermanos a Londres para la boda?

Cada nueva llegada al pequeño patio de la iglesia hacía que mis nervios se intensificaran, aunque hasta el momento ninguno de ellos era por James. Habíamos elegido esta iglesia, en particular, porque fue allí donde mis padres se casaron, hace más de dos décadas, y a ellos les gustaba el sentimentalismo de continuar con la tradición, pero cada recién llegado vestía mejor que yo, y me preguntaba cuál era el propósito de un lugar tan de moda para mi boda, cuando yo no estaba del todo a la moda.

Cada invitado era amigo de mis padres o de mi novio, y haría bien en recordarlo. Esta boda fue por el bien de mis padres y el de nuestra reputación. No era para mí.

—Quizás deberíamos esperar adentro —destacó papá.

Pasé las manos por la seda de color azul pálido de mi vestido, y enderecé la capa de encaje.

—¿Ya has hablado con el vicario?

—Sí. —Miró hacia el patio cubierto de piedra—. ¿Estás segura que esta es la fecha?

Yo asentí, aunque papá empezaba a preocuparme.

—James la eligió, él mismo.

La señora Hutton salió y entró, mamá la siguió de cerca y respiré con preocupación. Si James me abandonara, ¿me sentiría aliviada o simplemente desanimada? No sabía qué temía más: ver al hermano de James la mañana de mi boda, o no celebrar ninguna boda.

Se oyeron fuertes pasos por el pasillo y James apareció por la esquina. Estaba elegante con su abrigo negro impecable y su corbata limpia, y una vez que me ubicó debajo del árbol, se acercó directamente a mí. Mi corazón dio un vuelco, cuando sonrió, e hice lo mejor que pude para moderar mi repentino y abrumador alivio. Por supuesto, esta mañana, él no iba a dejarme plantada.

Miré por encima de su hombro, aunque nadie lo acompañaba.

James hizo una hermosa reverencia.

—Buenos días, Felicity, señor Thurston.

—¿Tu familia no ha decidido acompañarte?

James desvió la mirada.

—Les dije que no tenían por qué molestarse. Es un largo viaje desde Chelton y, como saldremos hacia Cumberland, inmediatamente, después del desayuno de boda, no lo creí necesario.

Mis hombros se relajaron y agradecí no tener que enfrentar nada más que mi inminente matrimonio esta mañana.

James movió un brazo hacia la iglesia de ladrillo rojo.

—¿Vamos?

Puse mi mano enguantada blanca sobre su codo doblado.

—Por favor.

Seguimos a papá al interior y yo me ponía más ansiosa con cada banco lleno de amigos elegantes de mamá. No había contratado a una doncella, ya que no la necesitaba. Mi cabello estaba simplemente arreglado y mi apariencia no era extravagante. Le había permitido a mamá elegir mi vestido, pero ella había seleccionado uno azul, sencillo, con abundante encaje. Era impresionante, pero no lucía extravagante.

Ahora, ¿James se dio cuenta de su error? Yo no era del tipo que, como la señorita Norland, se preocupaba mucho por parecer encantadora. Yo nunca sería ese tipo de persona. No me importaba ser sencilla. Más bien, eso se adaptaba a mi necesidad de permanecer fuera del foco de atención general. Sin embargo, por primera vez me pregunté si eso le molestaría a mi marido.

James sonrió a sus conocidos, mientras tomamos nuestros lugares, pero su expresión era mucho más contemplativa que decepcionada. Me miró a los ojos, cuando el vicario se paró frente a nosotros y encontré un refugio en su mirada. Mis pulmones se llenaron suavemente y mis preocupaciones desaparecieron.

—Queridos hermanos —comenzó el vicario—, estamos reunidos aquí ante los ojos del Señor y ante esta multitud, para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio.

Mi corazón se aceleró, mientras él continuaba, y, a pesar de mis temores, no podía permitirme creer que estaba cometiendo un error.

La atención del vicario se centró en James y le preguntó si me tomaría como su esposa para amarme, consolarme y honrarme.

—Lo haré —dijo James con los ojos fijos en mí.

El vicario me preguntó si aceptaría a James y le obedecería, serviría, amaría y honraría. Miré a James.

—Lo haré.

Su boca se inclinó en una media sonrisa. Este hombre, este casi extraño, acababa de comprometerse conmigo y yo, a mi vez, con él. Ahora estábamos unidos de una manera que yo nunca podría estar con nadie más.

Papá dio un paso adelante para delatarme y el vicario nos indicó a James y a mí que nos tomáramos de la mano derecha. Nos comprometimos, el uno con la otra, y cuando llegó el momento del anillo, mi corazón se detuvo.

James sacó un pequeño anillo de oro de su bolsillo con una gema azul en el centro. Era extraordinario y demasiado costoso para adornar mi simple dedo. Me quedé sin aliento, cuando el ministro tomó el anillo para colocarlo en mi dedo y James habló:

—Con este anillo te desposo, y con todos mis bienes mundanos te acepto… Amén.

La finalidad de sus palabras resonó a través de mí. Las mismas terminaron y nos casamos. El vicario procedió a orar, sin embargo, mi atención estaba fijada en el anillo que llevaba en el

dedo. Estaba cargado de expectativas y votos que acababa de hacer, y quería estar a la altura de su valor.

Pero no pude evitar mirar a mi madre y preguntarme si decepcionaría a James de la misma manera que lo había hecho con mis padres durante los últimos años. Yo no era la hija que querían, ya que no deseaba las mismas cosas que ellos.

El pánico se apoderó de mi cuerpo y miré hacia el techo blanco, trazando mi mirada a lo largo de los bordes dorados y suplicando que mi espanto disminuyera. Por mucho que disfruté que James me sacara del salón de baile hace un mes, no deseaba repetir la situación durante mi boda.

El vicario tomó mi mano, devolviendo mi atención a la ceremonia, y miré a James. Tenía el ceño fruncido e intenté sonreír, mientras el vicario completaba la ceremonia. James y yo volvimos hacia la reunión, y él deslizó su mano en la mía. Me anclé en ese sentimiento y le permití que me guiara fuera de la iglesia.

Cuando llegamos de nuevo al patio, nos detuvimos bajo el árbol, mientras la iglesia de ladrillo rojo vaciaba a sus ocupantes, a nuestro alrededor. James se inclinó hasta que sus labios descansaron cerca de mi oreja.

—¿Estás bien?

Solo pude asentir, temiendo que alguna palabra, áspera y grosera, escapara de mis labios.

Él dudó antes de girarse y dejar un beso en mi mejilla.

—Me alegro.

El calor floreció desde ese lugar y llenó todo mi cuerpo. Me estremecí por la reacción repentina y tragué fuerte, a pesar que me picaba la garganta.

La sonrisa de James era dulce y también la dirigió a los simpatizantes, que se acercaron a nosotros. Él llevó la mayor parte de las conversaciones y, mientras tanto, nunca soltó mi mano.

* * *

Mamá quería correr a casa para prepararse para el desayuno de la boda, y cuando James y yo llegamos a mi casa, había el doble de personas dentro de sus paredes que los asistentes a la ceremonia real.

—Estoy hambriento —dijo James distraídamente, sosteniendo la puerta para mí.

—La cocinera ha pasado las últimas semanas pensando en el pastel de ron. Debes intentarlo. —Hice una pausa, dándome cuenta que no sabía si a James le gustaba el pastel o no —. Pero sé que mamá ha hecho grandes gastos para asegurarse que haya una amplia variedad disponible, si eso no te conviene.

—El pastel de ron me sienta muy bien —dijo—. Pronto aprenderás que no soy difícil de complacer en lo que respecta a las comidas.

Nos adentramos más en la casa y subimos las escaleras hacia las habitaciones designadas para el desayuno, y ayudé a James a encontrar un plato y cargarlo con abundante comida. Mi apetito aún no había regresado.

—¿No quieres comer? —preguntó.

—No puedo —respondí en voz baja, consciente que estábamos rodeados de simpatizantes —. Lo haré una vez que la gente nos haya dejado solos otra vez.

Él parecía ligeramente alarmado.

—Seguramente, ¿comerás algo antes de viajar?

Se me encogió el estómago y asentí. Habíamos designado una hora para el desayuno y luego llegaría el carruaje de James para llevarnos a Chelton. Mis baúles estaban empacados y

esperando en el estudio de abajo, y mis despedidas tendrían que ser breves para no dejar a mis padres con un recuerdo manchado de lágrimas.

James pareció sentir mi inquietud.

—¿Preferirías irte mañana?

¿Qué importaría si de todos modos tendría que dejar mi casa hoy? James solo alquilaba habitaciones, cuando estaba en la ciudad, y yo no quería dormir en un dormitorio de solteros. Era mejor así.

—No. —Intenté suavizar mis palabras con una sonrisa—. Estaré más cómoda cuando termine este desayuno, lo juro.

Él parecía creer mis palabras al pie de la letra.

—Me gustaría encontrar a Marianne, si te parece bien.

Dio un gran mordisco a la salchicha y me indicó que podía irme.

Ni siquiera había salido de la habitación, cuando otros dos hombres entraron a mi lugar para hablar con él, y la voz de James se escuchó en el pasillo. Su risa era contagiosa.

Marianne estaba sentada en un sofá capitoné de la sala de estar, y yo me senté a su lado, consciente de los muchos otros hombres y mujeres que nos rodeaban.

—Creo que mi mamá ha invitado a todas las personas que conoce en Londres.

Marianne tomó un sorbo de chocolate.

—Eres su única hija. ¿Puedes culparla por hacer semejante gasto?

—Supongo que no.

—¿Ya comiste chocolate? Está divino. —Tomó un sorbo de su bebida de nuevo y mi estómago dio un vuelco.

—Me temo que no puedo comer nada hasta que esto termine. —Presioné una mano contra mi estómago y ella me miró con compasión.

—Un poco de pan puede ayudarte a evitar las náuseas —dijo—. No puedo saberlo de primera mano, pero mi hermana no hizo más que mordisquear panecillos durante su embarazo.

La miré fijamente. ¿Pensaba que yo estaba embarazada?

—Solo tengo náuseas porque las reuniones grandes me ponen nerviosa.

El rostro de Marianne palideció y el color desapareció de sus mejillas sonrosadas. Bajó su taza a su regazo y me miró con los ojos muy abiertos.

—He cometido un error.

—¿Es eso lo que todos piensan? ¿Quién te ha dicho esto?

Ella miró a su alrededor y yo hice lo mismo, preguntándome cuál de las mujeres en esta habitación creía de mí lo mismo que mi amiga.

Marianne se acercó.

—No recuerdo quién me lo dijo, pero no me di cuenta que no era cierto.

—¿No pensaste en preguntarme?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Como si pudiera hacer tal cosa.

No obstante, era innegable que Marianne me había hablado como si mi embarazo fuera de conocimiento público y mi matrimonio fuera un asunto apresurado para ocultar nuestros pecados mayores. El poco calor que aún me quedaba se había filtrado de mis mejillas, y estaba mareada por las implicaciones de esta revelación. Quería salir de esta casa de inmediato. James y yo solo nos casamos para salvar nuestra reputación, no para empeorarla.

Levantándome del sofá, me moví para irme, pero Marianne tomó mi muñeca y me detuvo.

—Por favor, perdóname. En verdad, no lo sabía.

Asentí y di la vuelta. Salí de la sala de estar y bajé por las escaleras. Escuché a alguien decir mi nombre, pero no podía confiar en mí para socializar con los amigos de mis padres, ahora que sabía lo que pensaban de mí. Entré silenciosamente en el estudio de mi padre, cerré la puerta y luego me apoyé contra la misma. Dejando caer mi cabeza entre mis manos, hice lo mejor que pude para moderar mi respiración agitada. Un golpe en la puerta, aunque suave, me sobresaltó.

Si fingiera no escuchar, ¿se irían?

Un momento después llegó otro golpe.

—¿Felicity?

Era difícil saberlo a través de la gruesa puerta de roble, pero sonaba como James.

—Por favor, déjame entrar.

Rápidamente, me limpié la humedad de los ojos e inhalé por la nariz, antes de girar, para abrir la puerta del estudio. No podía obligar a James a permanecer en el pasillo, pero tampoco estaba segura de querer verlo todavía.

Él se paró en la entrada con líneas entre las cejas que hablaban de su preocupación.

—¿Estás…?

—No pasó nada. Simplemente, estoy abrumada por el esplendor y la magnitud del día.

—Te das cuenta que no puedes engañarme, ¿cierto? —Entró y cerró la puerta detrás de él —. No pregunté si había sucedido algo, pero tú misma lo revelaste.

¡Maldita sea! Me acerqué a la ventana y aparté las cortinas para permitir que entrara más luz. Los arbustos fuera de la ventana nos protegían de la vista, y di la vuelta para apoyarme en el marco.

—Me ha llamado la atención que vamos a tener un bebé.

Mi objetivo no había sido sorprender al hombre, pero de todos modos lo había logrado. Sus ojos se abrieron y bajó la barbilla. Apoyó el otro puño en su cadera.

—Me doy cuenta que eso es una parte natural del matrimonio.

—Sí, bueno, solo quise decir… —Me aclaré la garganta—. Creen que ya estoy embarazada.

—¡Ah! —Él asintió, mientras la comprensión se apoderaba de sus rasgos—. ¿Quién te dijo eso?

—Marianne Hutton. Ella no se dio cuenta que era mentira. Evidentemente, en nuestro intento de salvar nuestro buen nombre, solo hemos confirmado lo peor que estaba en la mente de todos. ¿No te das cuenta de lo contradictorio que es esto? Ahora, soy aceptada en la sociedad, incluso aplaudida por hacer una unión tan espléndida, pero, solo he demostrado que las acciones que anteriormente me convirtieron en una paria, de hecho, se cumplieron.

—¡Esto es injusto!

—Excesivamente —dije con sentimiento. Sacudí la cabeza y miré la estantería de mi padre, notando las novelas de aventuras, que había consumido, una y otra vez, y deseando poder perderme en una de ellas, ahora mismo.

Si hubiera considerado algo de esto, ¿le habría rogado a mi mamá que me permitiera viajar a la finca de Jane en Escocia, en lugar de salvar nuestra reputación con un matrimonio apresurado con un casi extraño? Quizás entonces al menos podría haber tenido la oportunidad de conseguir un matrimonio por amor. Tal como estaban las cosas, la alta sociedad todavía creía que yo era una mujer de baja moral, solo que ahora tenía un anillo en el dedo y su bendición.

—No puedo cambiar los prejuicios contra nosotros —dijo James. La culpa se apoderó de mí.

—No es tu responsabilidad hacerlo.

—No, pero podría haber considerado otras opciones.

Mis labios formaron una sonrisa cansada. ¿Qué importaban ahora las otras opciones?

—Estamos casados, James. ¡Está hecho!

—¿Qué pasa si no está hecho? Quiero decir, todavía no.

Me enderecé. ¿Estaba proponiendo una anulación? Nunca podría hacerles eso a mis padres ni a él.

Tomó mi mano suavemente entre las suyas y la giró. Dándome una breve mirada, bajó su atención a mi guante y tiró de las yemas de los dedos, uno a la vez, para aflojar la prenda, antes de soltarla de mi mano, y colocarla en un estante cercano. Su piel sobre la mía era una sensación cálida y embriagadora. Pasó su pulgar por el lugar donde había derramado la cera, en nuestro primer encuentro. La piel ahora estaba pálida y curada.

Dirigiendo su atención a mi mano, dijo:

—Aún podemos probar tu inocencia, Felicity. Si no tienes un bebé ni muestras señales de estarlo en los primeros seis meses de nuestro matrimonio, entonces todos sabrán que eres tan impecable, como dices ser.

Levantó la vista y sostuvo mi mirada.

Me quedé sin aliento.

—¿Estás insinuando…?

—Sí… No estaremos juntos. —Se aclaró la garganta—. Como marido y mujer… hasta que hayan pasado seis meses. Podemos regresar a Londres para la temporada el año que viene, y tu buen nombre será restaurado en todos los aspectos que te importen.

Fue un sacrificio para él y no podía creer que estuviera dispuesto a aceptarlo. No, no estaba de acuerdo en sugerirlo.

—¿No es esto extraño?

Él se rió suavemente.

—Hasta ahora nada de nosotros ha sido típico, ¿por qué nos quejaríamos ahora?

Un peso fue levantado de mi pecho.

—¿Seis meses?

James levantó una ceja.

—Esto podría ser bueno para nosotros, ¿sabes? Quizás podamos pasar ese tiempo cortejándonos.

El tiempo se sintió suspendido.

—¿Te gustaría cortejar a tu esposa?

—Antes no tuve la oportunidad, ¿por qué no ahora?

Las mariposas revoloteaban alrededor de mi estómago vacío y mi respiración se hizo más superficial, pero de una manera totalmente placentera. Ahora íbamos a pasar juntos el resto de nuestras vidas, y esta parecía una buena forma de empezar.

—Supongo que eso sería bueno. Puedes, por ejemplo, decirme cuántos miembros de tu familia viven en tu casa, o si te gusta o no el pastel Stargazy.

Él se rió, su pulgar frotó círculos perezosos sobre mi mano.

—Y podrías informarme, si te gusta o no montar o jugar Battledore y Shuttlecock.

No lo decepcionaría más esta mañana explicándole lo mucho que me disgustaban ambas actividades.

—Seis meses de cortejo —repitió, como si le entusiasmara la idea—. Y seis meses para demostrar nuestra inocencia.

—En efecto. ¿Sellamos nuestro acuerdo? —Saqué mi mano de su agarre y la enderecé.

La mirada de James cayó a mis labios. Se balanceó ligeramente hacia adelante antes de parecer sacudirse.

—Sí, creo que eso sería lo mejor. —Su voz era ronca y mi corazón dio un vuelco. ¿Había querido besarme?

Seguramente, no necesitaríamos esperar seis meses para eso.

James tomó mi mano y la estrechó.

—¿Volvemos a desayunar? —preguntó.

Con él tomado de mi mano, me creí capaz de hacerlo. Asentí y él me soltó para recuperar mi guante del estante. Cuando intenté quitárselo, sacudió la cabeza, y procedió a deslizarlo sobre mis dedos.

—Hace solo una hora prometí honrarte y cuidarte, Felicity. Permíteme hacerlo.

Asentí con la garganta demasiado espesa por la emoción para argumentar que era capaz de ponerme mi propio guante.

Una vez que terminó, tomó mi mano para llevarme de regreso al piso de arriba. Dejé de lado mis preocupaciones acérrimas, e hice lo mejor que pude para no pensar en el hombre perfecto a mi lado, y en su hermano al que volvería a ver dentro de una semana. Quizás el hermano de James ya sabía que me esperaba como la novia de James, y no le importaba, o quizás pronto me encontraría en una situación incómoda.

De todos modos, no pude evitar la esperanza que crecía como un grupo de enredaderas alrededor de mi corazón. ¡Mi marido quería cortejarme!

Capítulo 8

El viaje a Cumberland no me resultó del todo extraño. Había pasado los veranos, viajando a la finca de mi tía en Northumberland para su fiesta anual, y el lento y tedioso camino hasta Cumberland era casi el mismo. La distancia ciertamente era comparable.

James se apoyó contra la pared del carruaje frente a mí con los ojos cerrados. Sus suaves ronquidos habían cesado, por lo que no estaba segura, si todavía estaba dormido, o simplemente descansando. Tenía las piernas estiradas y su rodilla chocaba con la mía en cada surco y curva del camino, pero después de una semana, juntos en el carruaje, me había acostumbrado a compartir un espacio tan pequeño con él.

Estábamos acercándonos al final de nuestro viaje, ahora sin nadie más que nos acompañara, ambos haciendo todo lo posible para ser educados y mantenernos fuera del camino del otro. Así no era cómo actuaban mis padres, y esperaba que algún día la incomodidad y la cortesía entre James y yo pudieran fusionarse en una verdadera amistad, al menos.

No fui tan tonta como para esperar amor, pero me contentaría con llamar a James un querido amigo y compañero. Nuestro comienzo fue prometedor y demostró que por lo menos teníamos las condiciones para la compatibilidad.

Excepto, por supuesto, por el hecho que a James no le gustaba leer.

Lo cual era un poco extraño y yo maldecía esto.

Él respiró hondo y se acomodó en el respaldo frente a mí, e inmediatamente tomé consciencia de mí misma, sintiendo la forma en que me senté y lo fuerte que respiraba. Mi afinidad por los desmayos y mi disgusto por las actividades sociales no eran familiares para James, y no deseaba que él se disgustara por cualquier otra cosa que hiciera, tan temprano en nuestro matrimonio, especialmente porque hasta ahora él había demostrado ser un modelo de perfección.

Sus ojos se abrieron y se posaron soñolientos en mí.

—Buenos días, esposa.

Un escalofrío recorrió mi cuello. No pensé que alguna vez me acostumbraría al título.

—Creo que te refieres a buenas tardes.

—En efecto. —Miró hacia la ventana—. Casi hemos llegado.

La emoción desapareció. Me había enterado que James tenía dos hermanos, quienes vivían en Chelton la mayoría de las veces: Henry, el hijo del medio, a quien conocí en Northumberland, el verano pasado, y Benedict, el menor. Y la otra residente era su madre, Lady Edith, que recibió el título porque su padre era el difunto conde de Claverley. El padre de James había muerto en Waterloo y, como él y Lady Edith no tenían hijas, no había otros familiares en Chelton.

Aunque tenían un primo y su esposa, los actuales Lord y Lady Claverley, que vivían relativamente cerca.

—¿Tienes una casa muy formal, James?

Su cabeza se inclinó hacia un lado.

—¿Qué quieres decir con formal? No somos propensos a cenar por rango ni nada por el estilo. Aunque mi madre lleva mucho tiempo insistiendo en que yo presida la mesa. Es tedioso, pero la complazco.

—Supongo que solo me preguntaba cuántos miembros de su familia estarían presentes para recibirnos cuando lleguemos.

—Todos ellos, me imagino.

Hice lo mejor que pude para parecer complacida por esta revelación. Quizás fue una bendición que la primera vez que viera a Henry, como una mujer casada, fuera en presencia del resto de la familia. Seguramente, no debía preocuparme por nada. Probablemente, Henry ni siquiera recordaba quién era yo.

Mi enamoramiento infantil era solo eso: joven, ingenuo y muy del estilo del pasado.

—Háblame de tus hermanos —dije.

James se enderezó en su asiento.

—Pronto podrás formar tu propia opinión sobre ellos. —Señaló a través de la ventana de cristal de la puerta—. Ya llegamos.

Me incliné hacia adelante y miré a través del grueso cristal. El carruaje pasó por un ancho puente de piedra y las ovejas se dispersaron, a ambos lados de nosotros. Chelton se encontraba no tan lejos, en lo alto de una colina poco profunda. Su exterior de piedra dorada era un cuadrado pulcro con tres filas de ventanas sobre una escalera curveada que los dividía. Perdí la capacidad de respirar, ante la grandeza que tenía ante mí.

James cruzó para sentarse a mi lado en el banco, pero mi atención estaba absorta en la casa, a la que nos acercábamos.

—¿Te gusta, Felicity?

—¡Cielos! —suspiré—. No me puede gustar… Más bien, estoy asombrada de ella.

—Entonces, ¿la apruebas?

Una breve risa brotó de mi pecho y volteé hacia James, quien estaba sonriendo. Me miró seriamente, calmando inmediatamente mi alegría. Esta era su casa y, por alguna razón desconocida, le importaba mucho lo que yo pensara de ella. Era como si pudiera encontrar algo que criticar en una casa tan gloriosa.

Su mano descansaba sobre su pierna y la alcancé, entrelazando mis dedos alrededor de los suyos.

—Es realmente magnífica.

James apretó mi mano y permití que la acción me infundiera fuerza, mientras el carruaje se detenía en el camino de grava marrón.

Un lacayo abrió la puerta y bajó el escalón. James salió primero del vehículo. Me ofreció la mano y salí de la seguridad del carruaje. Cuatro personas estaban en fila, en lo alto de las escaleras. Los brazos de los hombres descansaban en la balaustrada frente a ellos. Su piedra pálida hacía juego con la casa y estaba bordeada de columnas gruesas y uniformes. Dos mujeres sujetaban a los hombres, una regia y la otra vestida con sencillez. Probablemente, la última de las dos era el ama de llaves.

—Ven, conoce a mi familia —susurró James, ofreciéndome su brazo doblado.

La procesión que subía por la gran escalera de piedra fue tediosamente lenta. Cuando llegamos a la cima, evité mirar al hombre que obviamente era Henry Bradwell, pero sus ojos me miraban seriamente. James se detuvo ante una mujer con el pelo gris recogido en un moño y algunos rizos colgando cerca de sus sienes. Su vestido de muselina color burdeos estaba impecable y sus movimientos eran elegantes. Me recordaba a mi mamá en su porte, aunque era un poco más que ella.

—Madre, permíteme presentarte a Felicity Bradwell.

Miré a James fijamente, pero él tenía razón. Ese era mi nombre ahora, aunque todavía sonaba extraño a mis oídos.

—Felicity, esta es mi madre, Lady Edith.

Cada uno de nosotros hizo una reverencia, por turno, y avanzamos en la fila, mientras James presentaba a cada persona por su nombre.

—Mi hermano Benedict. —El hombre hizo una reverencia. Era más alto que cualquiera de sus hermanos mayores, e igualmente guapo, con una espesa cabellera castaña rizada y un brillo decidido en sus ojos azules.

—Y mi hermano, Henry.

Henry bajó la cabeza, pero cuando la levantó de nuevo, le envió a James una suave sonrisa.

—Nos conocimos antes, de hecho, el verano pasado. ¿Cómo está, señorita Thur? ¿Bradwell?

Mi estómago dio un vuelco bajo el escrutinio de sus ojos azules. Su cabello rizado estaba ligeramente despeinado, y se veía tan apuesto como el verano pasado.

—Estoy bien, te lo agradezco. Sin embargo, el viaje fue largo y estoy agradecida de haber llegado.

James miró de su hermano a mí.

—¿La conocías?

—Sí, el verano pasado, en Northumberland —dijo.

Él parecía confundido por la revelación de Henry, pero asintió y continuó adelante. Hizo un gesto a la última mujer. Era alta y delgada. Su vestido negro colgaba de una figura huesuda y su mirada, aunque severa, no era cruel.

—Conozca a nuestra ama de llaves, la señora Prescott.

Hice otra reverencia.

—Es un placer.

—No permitas que te mantengamos afuera por más tiempo, querida —dijo Lady Edith, acercándose a mi lado—. Si quieres venir conmigo, te mostraré tu habitación y te enviaré algo de cena. Me imagino que te gustaría comer en tu habitación esta noche. Prescott puede encargarse de tus cosas.

¿Era tan obvio que yo deseaba un aplazamiento?

—Eso sería maravilloso, Lady Edith.

James se quedó con sus hermanos, mientras su madre me conducía al interior de la casa, y la señora Prescott empezó a bajar las escaleras hacia donde los lacayos estaban descargando el carruaje.

Entramos e hice lo mejor que pude para disimular mi asombro. El techo era lo suficientemente alto como para llegar al ático, y el piso era de cuadros blancos y negros, extendiéndose a lo largo de un gigantesco salón y abriéndose a una enorme escalera. Tallas doradas de estilo barroco adornaban los techos y los nichos, a ambos lados de las escaleras. Inmediatamente, me sentí pequeña.

Ventanas altas salpicaban la pared y las puertas se abrían a lo que parecía ser un patio cerrado. Parecía pacífico y sereno. Era un espacio cuadrado con solo una fuente poco profunda en el centro.

—Es necesario algo de tiempo para acostumbrarse —dijo Lady Edith, en voz baja—. Pero, te prometo que te sentirás como en casa.

Cómo este enorme edificio podría alguna vez ganarse la descripción de hogar estaba más allá de mi comprensión. En mi opinión, el mismo se encontraba entre los museos y palacios de Londres, debido a que nunca había visto tanta opulencia o grandeza en ningún otro entorno.

¿Y yo sería la señora? Sin embargo, me sentía más preparada para ponerme una bata gris y una gorra blanca para fregar el suelo de damero.

Obviamente, no me llamarían para asumir ese rol, porque ya era la señora de Chelton. Lady Edith empezó a subir los escalones alfombrados y yo la seguí. Giró la cabeza para hablar por encima del hombro, mientras ascendía.

—No me di cuenta que tú y Henry se conocían. Dime, ¿cómo surgió eso? No va a la ciudad a menudo.

—Mi tía tiene una propiedad en Northumberland. Cuando íbamos a visitarla el verano pasado, se rompió un eje de nuestro carruaje. La lluvia era terrible y los caminos eran intransitables, pero el señor Bradwell permitió que mi familia se refugiara en su cobertizo de caza durante algunas noches.

—¡Mmm! —dijo ella—. Él nunca lo mencionó.

Mi espalda se enderezó y me tragué la ofensa inicial, que siguió a su comentario. Quizás Henry no lo había mencionado porque no significaba nada para él. Si ese fuera el caso, entonces me alegré muchísimo de no haberle enviado nunca por correo la carta que mi prima me presionó para que escribiera. De hecho, eso habría sido una acción atrevida, y peor aún, cuando el destinatario no estaba interesado en relacionarse con una recién conocida.

Quería desviar la conversación de mí y de mi conexión con Henry.

—Me han dicho que tienes un sobrino cerca.

—Sí, vive con su familia al otro lado de Bakewell. No está muy lejos, por lo que debemos incluirlos cuando vayamos a entregar tus tarjetas. ¿Las has traído contigo, supongo?

Cruzamos el rellano y atravesamos otra puerta.

—Aún no me han hecho ninguna tarjeta.

Ciertamente, esperaba evitar las visitas de la novia. Me di cuenta que necesitaría encontrar una manera de presentarme a la sociedad local, por supuesto, pero no me había percatado que me estaba casando con tanta opulencia. Necesitaba tiempo para reajustar mi perspectiva, antes de presentarme como miembro de una familia así.

James nunca antes me había dejado clara su riqueza y, después de mirar su casa, estaba claro por qué no había presionado a papá para que le diera una dote mayor. Si no necesitaba mi dinero, entonces su patrimonio debía de estar prosperando. Era un nivel de riqueza que nunca antes había contemplado para mí misma. Ni siquiera lo había imaginado.

—Bueno, no importa. Podemos mandarlas a hacer mañana.

Nos detuvimos ante una puerta alta con un pequeño pomo en el centro y busqué las palabras que retrataran adecuadamente cómo me sentía sin ofender.

—¿Es necesario comenzar tan pronto con las visitas de la novia? Me temo que mi mente aún no se ha dado cuenta de los últimos cambios en mi vida.

Lady Edith me miró con ojos perspicaces.

—No estoy segura de lo que James te ha dicho, pero nuestra reputación como familia Bradwell es inmaculada y no deseo mancharla en absoluto, ofendiendo a nuestros vecinos. Por supuesto, no podremos entregar tarjetas hasta que estén hechas, y no quisiera molestarte, esperando que comiences con las visitas mañana mismo. Pero, tenemos una reputación que mantener, señorita... Señora Bradwell, y espero que eso no sea un gran inconveniente para usted.

—Por favor, llámame Felicity.

Yo no podía soportar robar su nombre. Ya le había robado a su hijo.

Ella me dio una sonrisa tensa y abrió la puerta.

—Esta es tu habitación, Felicity. Espero que sea de su agrado. Yo misma he elegido los colores, pero si hay algo que no te gusta, solo tienes que decirlo y lo arreglaremos.

Pasé junto a Lady Edith y entré en un dormitorio cubierto de distintos tonos de azul y

crema. A primera vista, se parecía mucho al vestido que llevé en mi boda con sus tapices de color azul pálido y sus cortinas color crema. La cama alta estaba rodeada de un brocado azul y crema, atado lejos de los cuatro postes, y la lujosa alfombra se extendía en distintos tonos de color rosado.

Cada mesa poseía un jarrón con rosas rosadas y blancas, y el aroma era leve, aunque agradable.

—¡Esto es hermoso!

—Gracias... Prescott traerá en breve tus baúles y pronto llegará una bandeja. ¿Te dejaré ahora, a menos que haya algo que quieras saber?

¿Realmente me encontraba allí? No podía entender la habitación que estaba destinada a ser solo mía. En este lugar fácilmente se podría colocar un piso entero de la casa de mis padres en Londres.

—No puedo pensar en nada.

Ella señaló una puerta blanca colocada en la pared cerca de la chimenea.

—Esta conduce a la habitación de James. El desayuno se sirve en el salón, pero si lo prefieres puedes llamar para pedir una bandeja.

Me quedé mirando la puerta que conectaba mi habitación con la de mi marido. No estaría en uso durante los próximos seis meses, pero nadie más necesitaba saberlo.

Lady Edith hizo una pausa, como si estuviera considerando algo, y se le formó una línea entre las cejas.

—¿Has traído una doncella? No recuerdo haber visto a nadie más en el carruaje y sé que James dejó aquí a su ayuda de cámara.

—No, Lady Edith. No tengo sirvienta.

Ella asintió.

—Entonces me encargaré de contratar a alguien de Bakewell mañana, cuando vaya a la ciudad a buscar tus tarjetas.

—No necesitas tomarte la molestia. Me las he arreglado bastante bien sin una durante tanto tiempo.

Ella pareció medir sus palabras y yo me pregunté en qué me había equivocado.

—Felicity… Me encargaré que tengas una doncella, Quizás también deberíamos hacerle una visita a la modista. Ahora eres una Bradwell.

Y con ese edicto, ella salió de la habitación.

Giré en un círculo lento y observé la majestuosidad del dormitorio con los hombros cargados de expectación. Cerré los ojos y escuché las palabras repetidas una vez más.

“Eres una Bradwell”. Sin embargo, ¿le daría a mi nueva familia motivos de orgullo o lo estropearía todo?

Capítulo 9

Hacía mucho tiempo que había oscurecido y el fuego de la gran chimenea ardía en mi nuevo dormitorio. La señora Prescott había vaciado el miserable contenido de mis baúles en el armario y rechazó mi ayuda, a pesar de mis persistentes intentos. Ella no parecía cómoda con la oferta, y me di cuenta de que tenía mucho que aprender sobre las expectativas de vivir en una casa así.

Debería haberle preguntado mejor a James sobre el estado de su casa y sus ingresos, antes de aceptar su propuesta, pero en aquel momento, eso no me importaba.

Alguien llamó a la puerta y me apreté más la bata, atando la faja en la parte delantera para mantenerla cerrada. Quizás Lady Edith ya había conseguido una doncella, y la había enviado a recibir lecciones de conducta.

Tragué un resoplido ante el solo pensamiento y fui hacia la puerta.

—¿Sí?

—Soy solo yo —dijo James, pero su voz apagada sonó como si viniera detrás de mí.

Abrí la puerta para encontrar un pasillo vacío y la cerré de nuevo, dirigiéndome hacia la puerta que conducía al dormitorio de James, a solo unos pies de distancia. Los nervios bailaron sobre mi piel y crucé hacia la habitación de James. Estaba abierta, giré la perilla fácilmente y la abrí para revelar a James enmarcado por la puerta abierta, en mangas de camisa y chaleco sin su corbata.

La vista era posiblemente la cosa más varonil que jamás había visto, y tuve que ser muy moderada para no mirar el triángulo de piel visible en el cuello abierto de su camisa, o la forma en que su piel se hundía en el hueco sobre su clavícula.

—Buenas noches, señor.

Él sonrió suavemente.

—Solo quería decirte buenas noches. Te extrañé en la cena, pero no te culpo por retirarte temprano. —Miró por encima de mi hombro la ropa de cama arrugada—. Me preocupaba estar despertándote.

—No, en absoluto. Todavía no he podido conciliar el sueño.

—¿Eso es típico en ti?

—Sí. —Siempre me había costado conciliar el sueño rápidamente—. Aunque me preguntaba si estaría tan cansada por el viaje que esta noche sería diferente.

—Puede resultar difícil adaptarse a una cama nueva.

Ambos nos quedamos en silencio y busqué detrás de James algo que decir. Su cámara captó mi interés y noté que estaba hecha de manera similar en azul, pero en una escala más oscura. Las paredes tenían paneles de madera en lugar de estar pintadas de blanco, y las cortinas de seda eran azul marino en lugar de azul pálido. Complementaba bien mi habitación, aunque mantenía una sensación masculina.

—¿Te gustaría ver el dormitorio? —preguntó, notando dónde había llamado mi atención.

Sacudí la cabeza y di un pequeño paso hacia atrás. Entrar a su habitación se sentiría íntimo de una manera para la que no estaba preparada. En verdad, ni siquiera sabía cuál era el color favorito de este hombre ni cuál era su comida menos favorita. ¿Cómo podría explorar sus cosas personales, antes de haber explorado su mente?

—Quizás en otro momento, entonces. No deseo retenerte… No tengo sueño, James. Es solo que no siento… bueno, somos extraños.

No pude descifrar una mirada que brilló en sus ojos. ¿Había sido pena o tal vez comprensión? Se relajó un poco y apoyó un hombro contra el marco de la puerta, cruzando los brazos sobre su amplio pecho, y olí su colonia picante. Sin embargo, esta vez era diferente: menos pura, como si se hubiera mezclado con la esencia de James para emitir un aroma completamente único.

—Me gustaría que no nos sintiéramos extraños. ¿Cuál crees que es la mejor manera de lograrlo?

—Cortejando —le dije.

—Por supuesto, será una prueba encontrar tiempo a solas contigo… La lista de cosas que mi madre le gustaría enseñarte abarca todo el escritorio de la biblioteca. —Él asintió.

La sola idea me hizo dar un paso atrás. Él pareció sentir mi vacilación y se enderezó.

—Solo necesitas hacer aquello con lo que te sientas cómoda, Felicity, nadie te presionará más allá de esos límites.

Sus ojos eran serios y sabía que podía confiar en él.

—Quiero dar lo mejor de mí en esta posición, pero admito que me siento abrumada. Me llevará tiempo aprender lo que se requiere de mí.

—Mi madre ha sido la señora de Chelton, durante mucho tiempo, y tiene mucha sabiduría que transmitir. Recomiendo que aprendas de ella y haré todo lo que esté a mi alcance para apoyarte. —Él sonrió—. Incluso prometo alejarte de tus lecciones tan a menudo como lo necesites.

—Para que podamos mejorar nuestro camino y no ser extraños. —Mis labios formaron una sonrisa por sí solos.

—En efecto. De hecho… —Se pasó una mano por la barbilla sin afeitar y el crecimiento del día apareció en una sombra tenue y oscura—. Quizás acordemos compartir un hecho cada día.

—¿Un hecho sobre nosotros mismos?

—Sí. Piénsalo. Al final de nuestro primer año de matrimonio sabremos más de trescientas cosas, el uno de la otra. Difícilmente, podríamos llamar a nuestro cónyuge un extraño, en ese momento.

—Es una idea razonable.

—¿Empezamos esta noche?

—Sí. Pero, tú debes ir primero. No tengo idea de qué decir.

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—Podemos mantenerlo muy simple. Esta noche compartiré que mi color favorito es el azul.

—Eso no me sorprende, después de mirar tu habitación.

Miró por encima del hombro.

—¡Ah, sí! Lo hice hace unos años. ¿Te gusta?

—Sí. El mío también es precioso, aunque tu madre me dijo que eligió estos colores.

Él asintió.

—Dime, James. ¿Saqué a tu madre de su habitación?

Su boca mostró una sonrisa tensa.

—No. Ella la dejó cuando regresé de Cambridge con el deseo de volver a llamar a Chelton mi residencia principal, poco después de la muerte de mi padre. Ella hizo renovar la habitación para prepararla para mi novia, pero ha estado vacía durante más de un año. Estoy segura que le alegra el corazón ver que se utiliza, antes que los colores pasen de moda.

No pude evitar reírme ante la idea, aunque se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Tenías una novia en mente cuando regresaste de Cambridge?

Su frente se arrugó y luego se aclaró.

—¡Oh, no! No la tenía Mi madre solo quería que me casara y preparó la habitación en consecuencia, pero yo todavía no estaba listo. Es decir, cortejé a algunas mujeres para apaciguarla. Todavía quedan unas cuantas en Bakewell, y estoy segura que pronto las considerarás amigas.

—¿Están casadas ahora?

Apartó la mirada y se aclaró la garganta.

—Uno de ellas, sí. La otra sigue soltera. Es una mujer encantadora, pero no encajamos.

Y la pobre mujer sin duda había soñado con convertirse en la señora de Chelton. Seguramente, James estaba equivocado y no nos haríamos amigas fácilmente.

Miré hacia el fuego menguante. Me recordó la noche que conocí a James en el baile y todo lo que había sucedido desde entonces. Toda esta situación comenzó porque quería mirar la biblioteca de un hombre. Quizás eso sea lo que compartiría esta noche.

—Mi pasatiempo favorito es leer.

—Ya lo supuse —dijo James, con voz suave—. Dada la forma en que nos conocimos. ¿Quizás puedas compartir algo diferente?

—Diferente. ¡Muy bien! —Busqué en mi mente algo que decir, pero las únicas cosas destacables de mí eran mi amor por la lectura y mi innata incomodidad de encontrarme en el centro de atención en situaciones sociales, cosas con las que él estaba familiarizado—. Mi prima Jane es mi amiga más querida. Se casó el verano pasado y ahora vive en Escocia, que antes parecía un mundo de distancia.

—Aunque ahora probablemente vivas más cerca de ella que en Londres.

—Tendría que consultar un mapa, pero creo que puede que tengas razón.

—¿Cómo conoció Jane a su marido escocés?

—Se conocen de toda la vida. Sus madres son buenas amigas y asistían a las fiestas de la casa, todos los veranos, en el castillo de Arden, tal como lo hacíamos nosotros.

—¡Ah, sí! La fiesta en casa a la que viajabas cuando se rompió tu carruaje. —Él se rió entre dientes, pero el sonido fue tenso, incómodo—. Cuando tu padre me habló de la relación entre Henry y él, no me di cuenta que también habías conocido a mi hermano.

Abrí la boca para hablar, pero James continuó:

—No quiero decir que haya algún problema con esto, ya que debería haber hecho esa suposición. Fue extraño, sin embargo, que no conectara los puntos, antes de llegar. Además, Henry nunca mencionó nada al respecto.

—Solo puedo asumir que nuestro encuentro no dejó una huella lo suficientemente fuerte en tu hermano como para que considere compartirlo contigo.

—Si bien… Llegué al pabellón de caza con Benedict solo unos días después. Parecería el tipo de cosas que un hombre comparte simplemente porque le interesa. —Sacudió la cabeza—. A veces no se puede entender a Henry. Él y yo nunca hemos estado de acuerdo en la mayoría de los asuntos.

Mi estómago dio un vuelco incómodo. El verano pasado había formado lo que creía que era un vínculo inmediato con Henry, simplemente porque nos habíamos entendido perfectamente en nuestras breves conversaciones. Si lo que James dijo era cierto para él y su hermano, entonces, ¿qué podría decir para James y para mí?

—Parece como si algo te estuviera preocupando. ¿Es algo que dije?

Él lo negó con la cabeza.

—No claro que no. Supongo que estoy cansado. —Hizo una breve pausa—. Mientras seas

siempre honesta conmigo y yo contigo, creo que podemos hacer algo con nuestro matrimonio.

Sus palabras sonaron con la verdad dentro de mí, pero no quería compartir mis preocupaciones y poner en su mente la idea que tal vez yo era más adecuada para su hermano que para él. Ya era tarde y era mucho mejor que me fuera a dormir. O debía intentarlo, al menos.

James permaneció en la puerta, pero levantó la mano, se acercó a mí y yo di un paso adelante para colocar la mía en ella. Se llevó mis nudillos doblados a los labios y me dio un beso en la piel, justo donde se había derramado la cera en nuestro primer encuentro. Un rayo subió por mi brazo y apreté sus dedos suavemente ante el impacto.

—Buenas noches, Felicity.

Retomé mi mano y la apoyé en la puerta.

—Buenas noches, James.

Una vez que dio un paso atrás y la puerta se cerró con un clic, solté el aliento que se había alojado en mi pecho. ¿Cómo podría un pequeño beso, nada menos que en mi mano, tener el poder de dejarme sin aliento? Lo más probable es que no fuera el beso, sino la forma en que James solía hacerme sentir que mantenía su poder.

Regresé a mi cama para intentar dormir, pero mirando la chimenea y la pared que dividía mi dormitorio y el de James, no imaginé que pudiera lograr esa hazaña, en un futuro cercano.

Capítulo 10

La mañana siguiente estaba soleada y sin nubes. Me tomé más tiempo en mi habitación para intentar un peinado más complejo que el simple nudo que normalmente usaba. Retorcí y junté mechones de cabello, pero, en el espejo, nada apareció como lo había imaginado en mi mente.

Era inútil. Yo estaba desesperada. Parecía una tonta y desaliñada, al lado de Lady Edith y su elegancia natural. Seguramente, ella no querría llevarme a Bakewell porque yo parecía una institutriz.

Me aparté un pelo de la frente y gemí. No había nada que hacer. Tendría que recogerme el pelo como sabía y esperar a la doncella que Lady Edith pretendía seleccionar para mí. Mientras tanto, solo podía esperar no ser una vergüenza para mi nueva familia.

Sería un bendito alivio cuando mis padres llegaran dentro de quince días y trajeran consigo una sensación de normalidad. Ya estaba trabajando en mis argumentos para convencerlos que estuvieran más de las pocas semanas que pretendían quedarse.

Una vez que mi cabello estuvo sujeto en un moño, algunos mechones quedaron sueltos, junto a mis sienes, que no cabían en el moño. Me puse mi vestido de muselina verde y mis pantuflas. El vestido era uno de mis mejores vestidos de día y era lo mejor que podía hacer sin usar ropa de noche deportiva por la mañana.

Las ventanas del pasillo exterior de mi habitación estaban abiertas a la luz de la mañana. Intenté volver sobre los pasos que había dado con Lady Edith, el día anterior, pero rápidamente me encontré perdida. La casa era un verdadero laberinto y al cabo de un cuarto de hora me encontré exactamente donde había empezado, pero sin una idea clara de cómo había llegado allí. Incluso había usado un tramo de escaleras, en un momento dado.

Por un instante, la tentación me rogó que llamara a la puerta de James y le pidiera que me indicara el salón para desayunar, pero no deseaba despertarlo, si todavía estaba dormido. Intentaría encontrar mi propio camino, una vez más.

Caminé por el pasillo y di la vuelta, exactamente como pensé que había hecho con Lady Edith, y me encontré directamente con un hombre.

—¡Oh, perdóname! —Di un paso atrás, presionando mis manos en mi abdomen.

Henry estaba apartado de mí con su cabello castaño y rizado desordenado, y sus ojos azules fijos en mí.

—No hay nada que perdonar. Debería haber vigilado por dónde caminaba.

Miré hacia abajo y encontré un libro en su mano con el pulgar presionado entre las páginas.

—Puedo entender muy bien el deseo de seguir leyendo después de llegar a un momento crucial de la historia, señor Bradwell. Fui yo quien no debería haber doblado la esquina tan rápidamente.

Miró más allá de mi hombro y luego a mis manos, aparentemente incapaz de posar su mirada en mi rostro.

—¿Vas hacia el salón de desayuno?

—Ese es mi objetivo.

—Entonces, permíteme guiarte. —Hizo un gesto detrás de mí—. Ibas por el camino equivocado.

—¡Ah! Por supuesto. —Mis mejillas ardieron y me hice a un lado para permitirle caminar a mi lado.

Volvimos sobre mis pasos anteriores y pasamos por mi habitación, giramos por el pasillo opuesto, y encontramos allí la entrada a las amplias escaleras.

Dimos una vuelta completa.

—Siento que nunca aprenderé a manejarme aquí.

—Usted deberá hacerlo. Sin embargo, podemos colocar lacayos en cada corredor, si usted lo considera necesario.

Levanté la vista bruscamente, pero el brillo en sus ojos expuso su broma.

—Le haré saber, si es necesario.

Viajamos hasta el salón del desayuno en silencio y Henry se detuvo en la entrada. El lugar estaba vacío, aunque en la pared había un aparador repleto de platos tapados. Henry me indicó que entrara delante de él, y di un paso adelante.

Recogimos nuestros platos y los llenamos en silencio, antes de llevarlos a la mesa redonda en el centro del salón.

Henry acercó una silla para mí y se sentó en el asiento junto al mío, dejando su libro junto a su plato.

—¿Tus padres están bien?

Tuve mucho cuidado al cortar mi tomate guisado para tener algo en qué concentrarme. ¿No podría haberse sentado frente a mí para darme espacio para respirar? O tal vez eso habría parecido más extraño y punzante que esta proximidad tan cercana.

¿Qué había preguntado? ¡Ah! *"Tus padres"*.

—Sí, ambos gozan de buena salud. Aunque mi padre ha mencionado que regresará a tu pabellón de caza varias veces desde el verano pasado.

—Si hubiera estado allí para recibirlo, habría sido muy bienvenido.

—Será mejor que no digas tanto cuando llegue, dentro de quince días, o lo encontrarás consiguiendo una invitación.

Henry se rió.

—Quizás lo sugiera y podremos escapar durante una semana más o menos. Benedict siempre está buscando una razón para ir a Sedwick Lodge, así que estoy seguro que usted estaría encantada de acompañarnos.

—¿Quieres escaparte? —pregunté, metiéndome un bocado de tomate en la boca.

La mirada de Henry se posó en mi boca y rápidamente desvió la mirada.

—Me pregunto, si tal vez será necesario —dijo en voz baja. Jugueteó con los arenques arenosos en su plato y se aclaró la garganta—. El calor a veces puede llegar a ser insoportable en junio, y hay tantos árboles en Sedwick que hace mucho más fresco. Aunque admito que preferiría un verano cálido al diluvio de lluvia que sufrimos el año pasado.

—No me importa la lluvia. —Corté mi tomate en trozos aún más pequeños—. Es una buena excusa para quedarme en casa y leer.

Henry se rió entre dientes.

—No se puede discutir un razonamiento tan sólido.

—Tal vez podamos orar para que llueva un poco más, y así no tenga que asistir a mis visitas como novia.

La risa de Henry en respuesta no sonó tan alegre como antes, y movió un poco más los arenques ahumados en su plato.

—No sé por qué los seleccioné —dijo en voz baja—. No soporto ningún tipo de pescado.

Levanté la vista bruscamente y me reí.

—¿En efecto? Quizás estés tan nervioso como yo.

Se pasó una mano por la barbilla y el gesto me recordó a James, anoche en mi puerta, con la pechera de su camisa abierta y sus hermosos ojos puestos en mí. Los hermanos no se parecían en nada: sus narices y la forma de sus ojos no eran similares, uno tenía el pelo rizado y el otro relativamente liso, pero compartían algunos de los mismos gestos.

—Sin duda, pero, mucho más… —afirmó.

—Señor Bradwell...

—Llámame Henry, por favor —dijo, suavizando la petición con una sonrisa—. Después de todo, ahora somos hermano y hermana.

Tragué.

—Muy bien, Henry. No quisiera hacerte sentir incómodo en tu propia casa. Si mi presencia aquí te causa angustia o te hace sentir la necesidad de escapar...

Benedict entró en el salón con James siguiéndolo. Ambos hombres estaban vestidos con ropa de montar y tenían el pelo alborotado. Cerré la boca con fuerza. La interrupción fue inoportuna. Sin embargo, no podía desesperarme por su vestimenta de montar. ¡Bendito alivio! Como James viajaría con su hermano, no estaba obligada a decirle lo mucho que me desagradaba la actividad.

Henry se levantó.

—Voy a llenar un plato nuevo.

James miró de mí al plato de Henry.

—¿Kipper? Odias el pescado.

—No estaba pensando —dijo Henry.

—¿Qué hay de nuevo? —Benedict sonrió desde el aparador—. Probablemente, tenías un libro en la mano, mientras llenabas tu plato. ¿Me equivoco?

Benedict levantó las cejas hacia mí y no pude evitar sonreír.

—No se equivoca, señor.

—Por favor, llámame Benedict. Ahora somos hermano y hermana, ¿sabes?

—¡Qué divertido! —Le di una sonrisa—. Henry dijo lo mismo. Espero que también me llames Felicity.

James tomó el asiento libre a mi lado. Se acercó a mí para coger el plato intacto de Henry y deslizó los arenques ahumados sobre el suyo. Benedict me guiñó un ojo desde el aparador y volví mi atención a James.

—¡Qué bueno que evites el desperdicio!

Él me envió una suave sonrisa.

—Henry nunca los comería. Debe haber estado muy distraído cuando se sirvió los arenques.

No tenía nada que decir. De todos modos, no había ninguna razón real para que algo fuera incómodo entre Henry y yo. Nunca habíamos llegado a ningún tipo de confianza. De hecho, si no me hubiera casado con James, tal vez nunca hubiera vuelto a ver a Henry.

James atravesó un arenque.

—Tengo una actividad en mente para nosotros esta mañana, si estás disponible.

—No estoy segura de estarlo. A tu madre le gustaría encargar tarjetas para que pueda entregárselas a tus vecinos para las visitas de la novia, y mencionó que me buscaría una criada.

—Tal vez pueda convencer a mamá para que renuncies a eso por hoy. En vez de eso, podemos dar un paseo esta tarde.

Me atraganté con un bocado de mi tostada y tosí, tomando el vaso de agua que James me ofreció para aclararme la garganta. ¿Esa era su actividad prevista?

—¿Conducir? ¿A caballo?

—Bueno, no me importaría montarme en un ciervo, pero eso podría resultar complicado.

No pude evitar reírme y me tapé la boca con la servilleta. Después de tomar otro sorbo de agua, me recliné en mi asiento. Henry y Benedict ahora estaban sentados y el plato de Henry ya no tenía pescado.

—¿No acabas de regresar de montar a caballo? —pregunté.

—No exactamente —dijo James.

Benedict levantó una ceja.

—Ese no fue un viaje doloroso, Felicity, sino simplemente una misión de exploración para determinar la profundidad de la reparación que necesitaremos ordenar para la rodera.

—Ayer noté un gran surco en el camino cerca del puente cuando regresamos a casa —dijo James, a modo de explicación—. Debería arreglarse.

—¿Y quién mejor que yo para arreglarlo? —preguntó Benedict con su voz llena de sarcasmo.

James sonrió.

—Debes ganarte la vida de alguna manera. —Levantó su vaso—. Eso es mucho más fácil que encontrar un empleo, te lo concedo.

Las suaves bromas entre los hermanos fluían con naturalidad y eran fáciles de seguir. Cuando supuse que uno de ellos dijo algo hiriente o fue demasiado lejos, el otro simplemente se reía más fuerte. Nunca los entendería, pero eso no era necesario.

James se inclinó y bajó un poco la voz.

—¿Qué opinas de ese viaje más tarde? Hay algo que deseo mostrarte.

Tragué.

—Si puedes aceptar que no soy muy buena montando a caballo, entonces supongo que todo estará bien.

—Espléndido. Estoy seguro que eres mejor de lo que me haces creer. —Él sonrió, conmovido.

—No soy propensa a la falsa modestia.

—En efecto. Esta es una de las cosas que admiro de ti.

Lady Edith entró en la habitación y cada uno de los hombres se puso de pie al mismo tiempo. Su comportamiento caballeroso fue un logro para su madre. Hizo un gesto a sus hijos para que volvieran a sentarse.

—Ya comí. Solo estaba buscando a Felicity para poder ir juntas a Bakewell.

Dejé mi servilleta sobre la mesa.

—Ya terminé.

—No tenemos prisa, querida.

—Realmente, estoy acabando —dije—. Solo necesito ir a buscar mis guantes y mi gorro.

Lady Edith jugueteó con sus guantes.

—Entonces, ¿te veré delante de la casa dentro de un cuarto de hora?

—Muy bien.

Ella se fue, empujé mi silla hacia atrás y salí del salón, cuando se me ocurrió que no sabía cómo había llegado aquí porque había estado siguiendo a Henry. Me detuve en el umbral.

—¿Olvidaste algo? —preguntó James.

Sonreí tímidamente.

—No estoy muy segura de cómo ubicar mi dormitorio.

Benedict se rió a carcajadas, sacando una risita de mi pecho, y James se levantó.

—Te llevaré.

—No, no debes hacerlo. Necesitas terminar tu desayuno. Dirígeme a dónde ir y lo encontraré.

Él miró a Henry.

—Ya terminaste de comer, gallina. ¿Te importa?

—Por supuesto que no.

Ciertamente, no podría utilizar a Henry como guía en todo el día. En algún momento, necesitaba aprender a manejarme en esta casa. Y estaba cansada de sentirme incómoda con él.

—No, ciertamente, si me dices qué camino tomar...

—No me importa —dijo Henry. Me siguió hasta la puerta y señaló el pasillo—. De esta manera, primero por aquí.

Lo seguí en silencio, haciendo lo mejor que pude para memorizar cada corredor, escalera y habitación por la que pasábamos, concentrándome en el camino y no en el hombre.

—Más bien creo que me veré obligada a dibujarme un mapa. Nunca recordaré todo esto.

—Lo harás —dijo Henry—. Algún día.

Nos detuvimos frente a mi puerta y alcancé el pomo.

—Gracias por guiarme.

—¿Felicity?

Di la vuelta, sorprendida por su mirada seria.

—Nuestra conversación durante el desayuno se interrumpió.

Él giró el libro que todavía llevaba en sus manos.

—Esta es tu casa ahora y tampoco deseo que sea un lugar incómodo para ti. Aunque en un momento me pregunté, si tal vez nos cruzaríamos de nuevo y… —Sacudió la cabeza sutilmente —. Bueno, eso fue en el pasado. Y estoy feliz que James haya encontrado una novia que lo haga feliz. Espero que podamos olvidarnos de cualquier tipo de…

Parecía tener dificultades para encontrar las palabras para expresar la incomodidad que ambos sentíamos claramente, y yo tampoco sabía cómo expresarlas.

—Nunca hubo ningún tipo de expectativa entre nosotros, Henry, así que no hay ninguna razón por la que las cosas deban ser incómodas.

Él dejó escapar un suspiro silencioso, pareciendo aliviado.

—Me alegra oírte decir eso. No podemos cambiar el pasado, pero podemos determinar nuestro futuro y me gustaría que seamos amigos, Felicity.

—A mí también me gustaría mucho eso.

Él asintió claramente y sonrió.

—Es maravilloso tenerte aquí, de verdad. Ninguno de mis hermanos ha leído un solo libro desde que dejaron la escuela y mi madre no tiene tiempo para ello. Estaré encantado de tener otra mente estudiosa con quien hablar de vez en cuando.

Con toda la novedad que me rodeaba en Chelton, la idea de conversar sobre libros me trajo un consuelo inmediato. Dejar atrás nuestro pequeño pasado y seguir adelante fue un alivio aún mayor.

—Esto es una gran noticia, porque he leído *Viajes a varias naciones remotas del mundo,* tres veces, desde que me lo prestaste el verano pasado y estaba ansiosa por discutirlo con alguien. Obtuve el segundo volumen de Hatchards, una vez que supe de su existencia.

—Entonces, ¿te gustó?

—¡Ah, muchísimo! En el momento en que Gulliver se encuentra en Lilliput, supe que iba a ser una historia excelente.

—¿Has leído *Los misterios de Udolfo*?

—No lo he hecho. Mi madre estaba convencida que no era apropiado.

Él se frotó la barbilla, mientras pensaba.

—Supongo que podría ser un poco aterrador. Quizás sea mejor no...

—No… Me gustaría leerlo —dije, acercándome y apoyando mi mano en su brazo. Mamá ya no estaba aquí para influir en mis decisiones, y ahora yo era una mujer casada. Si quería leer una novela gótica, esa era mi elección—. ¿Lo tienes aquí?

Él sonrió, se rió entre dientes y su antebrazo se flexionó bajo mi mano. Me aparté y Henry retrocedió un poco.

—Está abajo en la biblioteca. Te lo traeré más tarde.

—Eso sería maravilloso. Gracias. —Aunque la tensión se había disipado, el silencio entre nosotros era denso, como si las cosas no dichas todavía quisieran aferrarse a nosotros, recordándonos nuestro pasado—. Debería irme o tu madre me estará esperando.

—Por supuesto. ¿Podrás encontrar el camino abajo?

—Creo que puedo. En cualquier caso, me gustaría intentarlo.

Henry se alejó, entré en mi habitación y cerré la puerta detrás de mí. Las cosas iban bien con James hasta el momento, y Henry y yo habíamos aclarado la confusión entre nosotros.

Ahora solo necesitaba encontrar una manera de obtener la aprobación de Lady Edith y todo estaría bien.

Capítulo 11

Bakewell era un pueblo encantador. Las calles estrechas, bordeadas de edificios de piedra, atravesaban el lugar montañoso, y una hermosa iglesia se alzaba sobre los otros edificios con su campanario apuntando hacia el cielo. Lady Edith y yo estábamos sentadas en el carruaje abierto con el sol brillando sobre nuestros sombreros.

—Comenzaremos por la modista. Me gustaría comprarte algunos vestidos nuevos, si a usted le parece bien.

Estaba feliz de usar cualquier cosa que Lady Edith aprobara, pero no me gustaba el desperdicio.

—Mi madre hizo todo lo posible para proporcionarnos un ajuar, pero no tuvimos todo el tiempo que a ella le hubiera gustado. Todavía tengo que bordar la mayor parte de mi ropa de cama. —Se me ocurrió una idea, porque todavía tenía que regalarle a James algo para la boda. Podría bordar algo para su uso particular, algo con sus iniciales—. A James le vendría bien un pañuelo nuevo, ¿sabes?

—Improbable. Es Benedict quien los pierde constantemente.

Asentí, mirando las tiendas por las que pasamos y admirando el ambiente acogedor del pueblo. Estaba muy lejos de Londres. Por lo tanto, disfruté de la ausencia de humo de carbón y hedor en las calles.

—¿Y las tarjetas? —pregunté.

—Ya las mandé a hacer, así que no es necesario que pasemos por la imprenta hoy. Deberíamos tener las tarjetas el lunes.

Cinco días. Eso me permitiría pasar cinco días, antes que me viera obligada a visitar a extraños. La idea me provocó malestar estomacal, y reprimí las náuseas que me provocaba.

—Estoy segura que, una vez que todos te encuentren en la iglesia, estarán atentos a los avisos. No es poca cosa para la sociedad local que un miembro de la familia Bradwell se haya casado, sobre todo porque se trata de James.

Lady Edith apartó la mirada, pero me pregunté si le habría dolido perderse la ceremonia. Ella no había sido más que educada conmigo desde mi llegada, pero no pude evitar sentir que había una barrera entre nosotras, como si no le agradara, pero estaba decidida a permanecer fiel a su buena educación, y no a ella, dejando que su disgusto floreciera.

—Fue muy amable de tu parte ceder la ceremonia a los deseos de mis padres. Se casaron en St. James, Londres, y para ellos significó mucho que yo hiciera lo mismo.

Lady Edith me dedicó una sonrisa tensa.

—Sí, bueno, era importante que la boda se llevara a cabo para que pudieras viajar con James a Chelton. Quería estar allí, pero ya soy demasiado mayor para viajes tan largos en carruaje. Temo que me hubiera enfermado.

—¡Oh! No lo sabía. Pero ahora entendí por qué eligió el transporte al aire libre. Yo haría lo mismo si tuviera náuseas, cada vez que viajara en carruaje.

—Mientras estemos en casa de la modista deberíamos hablar con ella sobre la ropa blanca para el baile. Consideré ese color blanco y como hará calor, podemos abrir el patio para bailar.

"¿Bailar?" Presioné mi espalda contra los cojines, e hice lo mejor que pude para no parecer afectada.

—No sabía que había un plan para celebrar un baile.

Ella me miró, mientras nos deteníamos.

—Debemos divertirnos. No se nos dio la oportunidad de celebrar el compromiso porque fue un asunto muy apresurado, así que celebraremos el matrimonio. Toda novia necesita un baile, Felicity.

—¿Incluso las novias a las que no les gusta bailar?

Ella hizo caso omiso de mi preocupación y permitió que el lacayo la ayudara a bajar del carruaje. La seguí, pero no había terminado de hablar.

—Realmente, no puedo bailar, Lady Edith. ¿No hay otra manera de celebrar? ¿Quizás una gran cena?

No me fue bien en ningún evento social, pero al menos era poco probable que me desmayara durante una cena.

—Tendremos una cena durante el baile y, por supuesto, la cena antes. Tendrás que darme una lista de nombres para que no me olvide de incluir a alguien importante para ti. ¿Mencionaste que tenías una tía cerca? Quizás le gustaría venir temprano y quedarse en Chelton como nuestra invitada.

Mi mente estaba dando vueltas. La conversación se me estaba escapando.

—Se casó recientemente y no puedo saber si actualmente se encuentra en Northumberland, o en la finca de su marido en el sur. Pero sinceramente, no creo que sea necesario un baile...

Lady Edith se detuvo y volteó hacia mí. Tenía los ojos muy abiertos y la sonrisa rígida.

—Mi hijo mayor, el legítimo propietario de Chelton, se ha casado. A los ojos de Bakewell y la nobleza que lo rodea, eso es lo más trascendental que ha sucedido en años. Es una bendición y digno de celebración para muchos, Felicity. No deseo organizar un baile porque disfruto de las fiestas, pero… debemos divertirnos así porque eso es lo que se espera de nosotros, y James no elude sus deberes.

"James no elude sus deberes", sin embargo, ¿yo sí? No podía preguntar si eso era lo que quería decir, pero tampoco era necesario. Ella había sido perfectamente clara.

—¿Nos entendemos, una a la otra? —preguntó Lady Edith, con un ligero atisbo de filo, en su tono refinado.

—Sí, por supuesto.

—Maravilloso. —Ella dio la vuelta para seguir caminando hacia la tienda de la modista y yo caminé a su lado—. He estado debatiendo los méritos de un baile, completamente blanco, y si decidimos hacerlo, sería maravilloso que aparecieras con un exquisito vestido blanco. ¿Qué opinas?

—El blanco sería encantador. Pero, sería costoso y difícil mantenerlo limpio.

—No necesitas preocuparte por ninguna de esas cosas. Creo que es importante darle a Chelton una buena apariencia, y qué mejor que el color que significa pureza.

Perdí el equilibrio, pero logré enderezarme sin caerme. *"¿Pureza?"* Si antes me preguntaba si James le había contado a su madre el escándalo y los chismes que rodearon nuestro apresurado compromiso, no necesitaba hacerlo ahora. Ella era plenamente consciente de la nube oscura, que vergonzosamente me seguía a todas partes, y que continuaría persiguiéndome durante los siguientes seis meses.

—¿Te preocupa que la gente vea el blanco tal como es?

—¿Y qué es eso? —preguntó Lady Edith.

Una mala dirección. Un lamentable intento de demostrar que era inocente, a pesar de lo que todos pensaban de mí. Una vez más, era extremadamente difícil mantener todo limpio.

Ninguna de las razones salió de mis labios, y mi suegra simplemente negó con la cabeza.

—Puede que haya estado fuera de Londres, durante varios años, pero sé bien cómo deben funcionar las cosas aquí, y espero que confíen en mi criterio.

—Confío en su juicio.

—Bien. —Lady Edith sonrió y yo creí, por primera vez, que al menos esa sonrisa era parcialmente genuina. Señaló la puerta que teníamos por delante—. Diseñemos el vestido más blanco y grandioso que podamos.

La tienda estaba llena de rollos de tela y carretes de cintas y encajes. Lady Edith fue directamente a hablar con una mujer de cabello rojo llamativo y piel blanca, como la tiza, en la parte trasera de la tienda, y yo examiné las sedas cerca del escaparate. Una seda verde llamó mi atención, la cual era casi del color de los ojos de James, y pasé mis dedos por ella, dejando que la tela se deslizara sobre ellos como agua en un arroyo.

—Felicity, deberías ser parte de esta conversación… —Madame Rousseau me estaba mostrando su nueva seda blanca.

Miré hacia arriba y las mujeres estaban paradas cerca de una mesa con un rollo de tela blanca entre ellas. La modista aplaudió.

—Tengo justo lo que ustedes necesitan. Llegó la última mercancía de Ackermann's y hay un vestido blanco… —Dejó el catálogo sobre la mesa y lo hojeó. Su marcado acento francés omitía todos los sonidos de la "h", y su rostro pintado era ligeramente llamativo, pero los ejemplos de su talento en la tienda me dieron esperanza—. Déjame encontrarlo. ¡Es simplemente magnífico!

Madame Rousseau examinó las páginas, mientras las hojeaba hasta que se detuvo en una.

—Aquí lo tienes.

Presionó las páginas y me incliné más hacia Lady Edith para ver la placa de moda extendida ante nosotras. La mujer de la fotografía estaba sentada y lucía un vestido blanco con rosas aplicadas sobre tela fruncida en el dobladillo y las mangas.

—Vestido interior de seda blanca —dijo Lady Edith.

Madame Rousseau señaló la tela fruncida cerca del dobladillo.

—Puedes ver la superposición pura aquí. Podría ser un rosa suave...

—Blanco —ratificó Lady Edith—. Quiero que todo el vestido sea blanco. Incluso las flores.

La mirada de la modista se dirigió hacia mí.

—Un poco de color, seguramente, ayudará a la joven a no lucir pálida en las mejillas.

—Quizás empleemos un poco de colorete para ese propósito. Si todo el tema del baile va a ser blanco, nos correspondería vestir a nuestra novia con el mismo color impecable. ¿Puede hacer eso por mí, madame Rousseau?

—De hecho, estaría feliz de hacerlo.

—Entonces, no hace falta que le diga que mi objetivo es impresionar a los asistentes a nuestro baile con una obra maestra elegante, que sé que tú puedes ofrecer.

—Por supuesto, Lady Edith.

—Y me gustaría que el concepto de nuestro vestido sea una sorpresa.

Madame Rousseau me miró como buscando confirmación y yo intenté sonreír.

—Tengo muchas ganas de recibir este vestido. El diseño es precioso.

Lady Edith volvió a mirar el catálogo.

—¿Podemos agregar una cola?

—Eso podría hacer que bailar fuera más difícil —dijo la modista.

Y eso era lo último que yo necesitaba.

Mi suegra me miró fijamente.

—Creo que la señora Bradwell está dispuesta a sacrificar algunas comodidades para lucir una figura más llamativa.

—Por supuesto —dije. ¿Qué otra opción tenía? Quería agradarle a esta mujer—. De todos modos, no tengo intención de bailar mucho esa noche.

Tan pronto como pisara la pista de baile, terminaría la noche. Esto era inevitable.

—Podríamos juntar más tela aquí —dijo madame Rousseau, señalando la amplia tela debajo de las rosas en el dobladillo—. Si lo subimos más, habrá más tela para crear una cola en la espalda.

La imagen descrita se parecía a los vestidos que llevaban las debutantes en los salones reales.

—¿No nos preocupa que parezca listo para hacer una reverencia a la reina?

—Quizás —dijo Lady Edith, en voz baja—. Así que no debemos ponerte una pluma en el pelo. Quizás en su lugar un collar de perlas.

—O flores blancas a juego con los apliques del vestido —sugirió la modista.

Lady Edith sonrió.

—Perfecto. ¿Puedo confiar en que usted proporcionará el vestido?

—Sí, milady. Ahora, si eso es todo, debemos comenzar a realizar las mediciones.

Madame Rousseau fue minuciosa al medir, y cuando terminó de marcar mi talla, desde todos los ángulos, Lady Edith había amasado una pila de telas lo suficientemente grande como para fabricar una docena de vestidos.

—¡Cielos! —suspiré—. ¡Esto es excesivo!

Lady Edith ignoró mi comentario que era de mala educación.

—Revisé los de Ackermann's y marqué los vestidos que me gustaría que me suministraran. Este vestido de fiesta es de suma urgencia, pero el resto se puede hacer, en el orden que desees.

La gran cantidad de vestidos y algunos de los colores seleccionados me hicieron sentir incómoda.

—¿Revisamos cada uno de ellos?

Lady Edith me volvió a ignorar.

—Confío en su criterio y gusto, madame Rousseau. Estoy segura que la señora Bradwell hará lo mismo.

Quizás si conociera a la mujer lo suficiente como para confiar en su criterio, lo haría. Era una buena cantidad de dinero para gastar sin dar instrucciones explícitas. ¿Pero qué podría decir?

—Respeto a Lady Edith, por supuesto.

Mi suegra sonrió con aprobación. Al menos hoy había hecho una cosa correctamente.

—Enviaré una nota cuando el vestido esté listo para las modificaciones finales —dijo.

Dimos la vuelta para salir de la tienda y miré hacia los montones de tela. Había mucho verde, rosa y amarillo, pero nada de azul. Quizás cuando regresara para mi prueba, necesitaría cambiar algo de amarillo por azul. No era un buen tono para mi cutis y el rosado, a veces, chocaba con mi cabello color fresa.

—¿Deberíamos acercar las telas a mi cara, Lady Edith? —pregunté, deteniéndome cerca de la puerta—. Odiaría recibir un vestido que no sienta bien al lado del cobre en mi cabello.

Ella miró desde la pila de pernos hacia mí.

—Felicity… Creo que puedes confiar en mí para seleccionar telas que no te harán lucir horrible.

—Por supuesto. —¿Qué más podría decir? La modista de mi mamá siempre había tenido especial cuidado en mostrarme los colores que no iban con mi piel, pero hoy no quería discutir.

Además, todavía había tiempo para cambiar las cosas.

Nos dirigimos nuevamente hacia la puerta, cuando entró una mujer con otra más joven que ella.

Lady Edith se detuvo y yo permanecí a su lado.

—Lady Whitstone, es un placer verla. Ha pasado una época completa. Y señorita Whitstone, usted está preciosa hoy. Ese color rosado le sienta muy bien a tu cutis.

De modo que Lady Edith era consciente que algunos colores y complexiones no convenían, evidentemente, si podía darse cuenta cuando hacían la ropa.

La señorita Whitstone hizo una reverencia y sus mejillas se llenaron de manchas gemelas de color.

—Gracias, Lady Edith.

Lady Whitstone me miró fijamente y mi suegra pareció recordar mi presencia.

—¡Oh, por supuesto! Permítanme presentarles a la nueva esposa de James, la señora Bradwell.

La señorita Whitstone palideció y su rubor desapareció inmediatamente. Miró a su madre, cuyos labios se apretaron de repente.

—Felicity, esta es una de nuestras vecinas y buenas amigas, Lady Whitstone y su hija, la señorita Phillipa Whitstone.

Hice una reverencia.

—Es un placer conocerla.

—Recibirán una invitación en breve, damas. Esperamos lanzar un baile a fin de mes.

—¿Tan pronto? —preguntó lady Whitstone. Su hija parecía haber perdido la capacidad de hablar.

—Hará falta mucha preparación, pero no es nada que no podamos gestionar. Una vez que Felicity haya conocido a algunas familias locales, me atrevo a decir que todo será completamente apropiado. Debemos agasajar a nuestra novia, ¿lo saben?

—En Chelton no se ha organizado un evento de este tipo en mucho tiempo. Espero que estés preparada para un golpe. No hay una sola familia en Cumberland que rechace una invitación para conocer tus salones.

Lady Edith apretó los labios.

—Por supuesto, no me pongo expectativas tan altas, pero estaré encantada de ser la anfitriona, independientemente de cuántas personas recibamos.

—El último baile que organizamos fue tan multitudinario que nos vimos obligados a abrir las puertas traseras y permitir que la gente entrara al césped.

—¿Usted no encendió antorchas, precisamente con ese propósito? —preguntó Lady Edith, inclinando la cabeza suavemente con tono de interrogación.

El rostro de Lady Whitstone se puso aún más rígido.

—Sí, bueno, no estábamos seguros que necesitaríamos utilizarlas. Se puede entender que me alegré por la participación.

—Sí, claro. También fue un baile encantador. —Lady Edith me miró—. Supongo que deberíamos seguir nuestro camino. Hay tantas cosas que debo hacer para prepararnos.

Cada mujer hizo una reverencia y nos dispusimos a salir, pero Lady Edith se detuvo junto a la puerta.

—¿Te gustaría venir a Chelton a tomar el té? Quizás el viernes próximo.

—Eso nos gustaría mucho —respondió Lady Whitstone.

Una vez que salimos, Lady Edith se acercó y bajó la voz.

—Si hay alguien en este pueblo de quien debes tener cuidado, es esa mujer, Felicity.

Me sorprendió el veneno en su tono.

—¿No la acabas de invitar a Chelton?

—Bueno, por supuesto. Debemos mantenerla cerca para saber qué esperar de ella. Para cuando los Whitstone vengan a tomar el té, muchas de las invitaciones para tu baile ya habrán sido enviadas, y seguramente, a ella le encantará decirme cuántos de nuestros vecinos planean asistir. Será una buena manera de ver cómo se recibieron inicialmente nuestras invitaciones.

—Siento que tengo mucho que aprender —dije en voz baja.

Lady Edith me miró con consideración.

—Todo estará bien, porque tengo la intención de enseñarte.

Capítulo 12

Esa noche, después de cenar, esperé cerca de la puerta contigua de mi habitación a que James viniera a darme las buenas noches. Quería preguntarle sobre la señorita Whitstone y qué le había dado motivos para palidecer en mi presencia. Mi único pensamiento fue que ella era la joven que le había echado el guante a James y había sido despedida porque, según sus palabras, ella no encajaba. Por mi breve relación con la mujer, solo pude deducir que ella era tan tímida como yo, al conocer a gente nueva.

El hecho que hasta el momento éramos completamente similares no había hecho nada bueno a mi ánimo. Sería un bendito alivio saber que ella no tuvo tal relación con mi esposo.

Alguien llamó brevemente a la puerta principal y crucé para abrirla. En el pasillo había un lacayo con una bandeja.

—Para usted, señora Bradwell.

Saqué el libro de la bandeja de plata y le di las gracias, antes de cerrar la puerta. Girando el libro marrón forrado en cuero, en mis manos, leí el título en relieve dorado en el lomo: *Los misterios de Udolfo*.

Una hoja de papel doblada cayó al suelo desde las páginas del libro y me agaché para recuperarla.

"Felicity.

El libro, tal como lo pedí. No temas, porque tenemos los próximos tres volúmenes en la biblioteca, cuando los necesites. Sin embargo, te recomiendo que no leas este libro por la noche.

H."

Como compañero lector y ávido defensor de la literatura, Henry realmente no podía creer que yo tuviera el control para posponer la apertura de este libro hasta que llegara la luz de la mañana. Yo no poseía tanta moderación. Más buen, felicitaría a ese hombre, si él realmente lo hizo.

Sonó un golpe en la puerta de James, deslicé la nota de Henry nuevamente en el libro, y lo puse sobre mi tocador.

Abrí la puerta contigua y James apareció, en el mismo estado que la noche anterior. Su corbata había sido desechada junto con su abrigo, y su camisa estaba abierta en el cuello. Esta vez también le faltaban las botas y estaba frente a mí con medias, una visión casual, a la que aún no estaba acostumbrada.

—Lamento que no hayamos podido ir a dar nuestro paseo hoy —dijo James—. Pero, tal vez podamos hacerlo mañana, por la mañana, después del desayuno.

La sola idea hizo que mis músculos se tensaran.

—No estoy siendo modesta, James... No soy una amazona talentosa.

—Esa es una habilidad que se puede enseñar —dijo, levantando un hombro, claramente despreocupado.

Sin embargo, yo no tenía el deseo de desarrollar esa habilidad. En general, no me gustaban los caballos y ellos parecían darse cuenta.

—A los caballos no les importo, James, ni yo a ellos. Me pregunto si sería más agradable

caminar, ¿tal vez? ¿O tomar un carruaje?

—No podemos llevar un carruaje al lugar al que quiero llevarte, y ciertamente no podemos caminar tan lejos. No en un día cálido, que creo que será mañana, si el tiempo de hoy sirve de indicación. —Sus ojos de color verde-marrón se entrecerraron ligeramente—. Siento que preferirías no viajar. ¿Es realmente tan desagradable para ti?

Mi corazón se aceleró y respiré lentamente, esperando calmar mis nervios. No quería disgustar a James, pero realmente detestaba montar así. ¿Podría aprender a amar eso como él lo hacía? Lo creía improbable, pero no podía soportar rebajar su estima aún más de lo que probablemente ya lo había hecho. Había pasado tantos años en la casa de mi madre, sin estar a la altura de sus esperanzas y sueños sobre el tipo de hija que tendría, y no podía vivir mi matrimonio de la misma manera.

—Me pueden enseñar a apreciar esto —dije lentamente, evaluando su reacción.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, lo cual hizo que mi corazón diera un vuelco, y decidí que valía la pena mi malestar por hacer este esfuerzo.

—Te prometo que te encantará —dijo—. Ahora, esta noche creo que deberías comenzar contando tu hecho.

—Muy bien. —Había pensado un poco en el mensaje durante la cena de esta noche, así que no estaba desprevenida—. Creo que el animal más bello del mundo es el tigre, que pude ver en la casa real de fieras hace unos años.

Él sonrió.

—Estoy de acuerdo. Vi a los animales hace dos años y quedé impresionado por la belleza del tigre.

"¿Hace dos años?" Yo también lo había visitado, en ese entonces.

—¿No habría sido divertido si hubiéramos estado en la casa de fieras el mismo día?

—Quizás, pero sé que no fue así —dijo James con fácil convicción.

Me reí.

—¿Cómo es posible que sepas eso?

—Porque me habría acordado de ti.

La oscuridad en la habitación y el fuego resplandeciente, a mi lado, suavizaron los rasgos de James, y miré hacia otro lado con una calidez subiendo a mis mejillas.

Debió haber sentido mi malestar porque continuó:

—Tengo dos caballos a mi nombre, y se llaman: Luna y Solis.

—Luna y Sol —dije.

—¿Sabes latín?

—No mucho, pero conozco algunos términos.

—Bueno, tendrás a Luna mañana. Ella es más dócil. Solis es joven y se cree más inteligente que su jinete.

—¡Qué amable de tu parte al considerar mis preferencias! —dije—. No estaba acostumbrada a que alguien hiciera eso. Normalmente, yo era la persona que tenía que hacer sacrificios por la comodidad de los demás.

Él miró por encima de mi hombro y notó el libro en mi tocador.

—Entonces, ¿has encontrado la biblioteca de tu agrado?

—En realidad, todavía no la he visitado. —Mis mejillas se sonrojaron—. No la he encontrado.

Él señaló el libro.

—Entonces, ¿trajiste algo propio?

—No, este es de Henry, en realidad… Él me lo recomendó.

La sonrisa de James se hizo más tensa.

—Me alegra que tú hayas encontrado a alguien con quien hablar sobre los libros. Seguramente, yo sería muy aburrido en esa conversación.

—¿Tienes tanto talento para hablar de libros como yo para montar?

Él se rió suavemente.

—Supongo, excepto que montar a caballo es una habilidad que se puede enseñar y perfeccionar. Leer es simplemente aburrido.

Su decreto me dolió, pero hice lo mejor que pude para no demostrarlo. Si él veía la lectura de esa manera, ¿me veía a mí de manera similar? El pensamiento me recordó mi objetivo.

—James, tuve la suerte de conocer a una amiga de tu madre, mientras estábamos de compras en Bakewell hoy… Lady Whitstone y su hija.

—¿Oh? No estoy seguro de llamarlas exactamente amigas de mi madre. Tuvieron algunas peleas el año pasado, y las cosas entre nuestras familias siempre han sido tensas.

—¿Por qué hay desacuerdos?

James se aclaró la garganta y miró detrás de mí, observando las diferentes cosas en mi habitación, su atención no descansaba en ningún elemento por mucho tiempo. Cuando fijó su mirada en mí, pareció un poco arrepentido.

—Es por mí.

Era como lo había pensado. ¡Maldita sea!

—Entonces, ¿la señorita Whitstone era la mujer que no te convenía? Me pregunto, si las relaciones entre sus familias son tan tenues, ¿por qué ustedes creen que ella y yo nos haríamos amigas?

—Creo que la señorita Whitstone es una mujer lo suficientemente amable como para ignorar los conflictos entre nuestras madres, y creo que usted tendría algo en común con ella. Me recuerdas un poco a ella, si soy totalmente honesto.

—Dado que ella ha sido bendecida con cabello oscuro y no se parece en nada a mí, solo puedo asumir que las similitudes que usted observa son por el temperamento.

—Sí —replicó con los ojos brillantes—. En el temperamento, por cierto. Seguramente, encontrarás una amiga en la señorita Whitstone.

O tal vez aprendería qué tenía ella que fuera tan desagradable, por lo que James no se casó con ella, ¡alguien que es muy parecida a mí! A menos que…

—¿Fueron los Whitstone quienes no deseaban el matrimonio?

—No, todo lo contrario. Esa es la razón por la que han adquirido una relación competitiva con mi madre. Estuve a punto de casarme con la chica solo para que mamá no perdiera a su amiga más querida, pero esa no es razón suficiente para encadenarme a alguien por el resto de mi vida.

Sin embargo, él sí lo hizo conmigo.

No podía sostenerle la mirada, no cuando hablaba con tanta despreocupación de alguien tan parecida a mí. Mis ojos se posaron en los contornos de su pecho, visibles, a través de su camisa abierta, observándolos subir y bajar junto con su respiración. ¿Cómo podía James no ver que nuestra situación no era diferente, excepto que lo habían despojado de la capacidad de elegir? Le había quitado esa decisión cuando mi reputación estuvo bajo escrutinio y él sintió que era su deber salvarla.

Dio un paso más y enganchó un dedo debajo de mi barbilla, dirigiendo mi mirada hacia él.

—¿Qué pasa, Felicity? ¿Dije algo que te molestó?

—Nada. —Intenté tener una sonrisa brillante. Decir la verdad ahora no serviría de nada y solo me haría parecer como si suplicara patéticamente que alguien me tranquilizara. Pero, no pudo quedarme quieta cuando tuve los hechos tan claramente expuestos ante mí.

No, este no era un problema que James tuviera que resolver. ¡Era mío! Necesitaba convertirme en una esposa que él disfrutara, no en una esposa que lo aburriera.

—Tengo muchas ganas de montar mañana.

Exactamente, eso no era una mentira. Tenía muchas ganas de pasar tiempo con James, pero no con aspectos relacionados a los caballos.

—A mí también. Creo que te gustará lo que tengo para mostrarte. —Volvió a mirar más allá de mí, hacia mi habitación—. No deseo terminar nuestra velada. Siento que nuestro tiempo, juntos, es muy fugaz.

—Eso cambiará —prometí—. Seguramente, no necesitaré pasar todos mis días con tu madre.

—¡Cielos! Espero que no. Me gustaría pasar algún tiempo contigo también. Debo asegurarme de secuestrarte mañana, antes que ella pueda hacerlo. Él entrecerró los ojos—. No mentí cuando mencioné que su lista de cosas para enseñarte es bastante larga.

—Entonces, yo debería descansar un poco.

Él asintió y luego tomó mi mano. Se la di y él me dio un beso en la parte posterior de los nudillos.

—Buenas noches, querida Felicity.

—Buenas noches, James. —Mi corazón dio un vuelco.

Cerré la puerta detrás de él y me apoyé contra ella. ¿Había hecho lo correcto? No estaba siendo deshonesta al mantener ocultas mis preocupaciones. De hecho, si James aún no había concluido que yo probablemente sería una esposa tan decepcionante como él creía que pudo haber sido la señorita Whitstone, entonces, yo no sería la persona que se lo dejaría claro. Quizás todo lo que necesitaba era conocer a la señorita Whitstone y su carácter, porque así podría determinar los componentes que eran desagradables para James y hacer todo lo posible para evitar actuar de manera similar.

Los Misterios de Udolfo me llamaron. Tomé el libro y me envolví una manta sobre los hombros, sentándome cerca de la chimenea para poder usar su luz, en lugar de desperdiciar una vela.

Seguramente, mamá solo me dijo que evitara este libro porque era demasiado joven para leerlo. Ahora, yo había crecido y podía tomar mis propias decisiones.

Si alguna vez podría aprovechar una manera de escapar, era ahora. Pasé la página y comencé a leer.

Capítulo 13

Me puse mi traje de montar, antes de bajar las escaleras para desayunar. El traje verde cazador estaba casi impecable, ya que no había tenido mucho uso en los últimos años, desde que mi mamá lo encargó, y me alegré que el estilo militar con cuello alto y charreteras en los hombros no estuviera pasado de moda todavía.

Bajé las escaleras sin problemas, pero me llevó bastante tiempo (y la ayuda del mayordomo) localizar el salón. Me alegré de haber mejorado al menos un poco en mi sentido de orientación.

Mientras estaba junto al aparador, llenando mi plato, Lady Edith se detuvo justo afuera de la puerta del salón.

—Te conseguí una doncella, Felicity. Llegará esta tarde, con suerte… a tiempo para arreglarte el cabello, antes de la cena.

Mi mano buscó la base de mi cabello, por sí sola, rozando mi simple nudo debajo de mi sombrero de montar, y me lo quité cuando noté que Henry me miraba.

—Estoy deseando conocerla.

Lady Edith asintió rígidamente.

—Esperaba pedirte ayuda para enviar las invitaciones al baile, pero veo que tienes otras cosas planeadas.

—James planeó un viaje, pero estaré encantada de ayudar con las invitaciones cuando regrese.

—Eso debería estar bien. Tenemos muchas tarjetas para escribir. —Ella se alejó y yo dejé escapar un suspiro.

Llevé mi plato a la mesa y me senté cerca de Henry.

—No seguí tu consejo y comencé el libro anoche. Quizás permanecí despierta mucho más tiempo del debido.

Él levantó la vista del volumen que tenía abierto, apoyado contra el borde de la mesa, con el tenedor suspendido sobre una pila de huevos.

—¿Lo estás disfrutando hasta ahora?

—Sí. ¡Es emocionante!

—¿Emocionante? —repitió James, entrando al salón. Caminaba con la confianza de un hombre que sabía lo que valía, aunque carecía de vanidad, y su sola presencia hizo que mi pecho se calentara con anticipación—. ¿Puedo preguntar qué has aprendido de ese libro? O no, déjame adivinar.

Él no podía rechazar a un hombre tan alegre.

—Dudo que lo adivines, pero eres bienvenido a intentarlo.

James tomó un plato y se sirvió el desayuno en el mismo.

—¿La perspectiva de viajar conmigo esta mañana?

—Me temo que no es de eso de lo que estábamos hablando.

Esto tampoco fue algo que yo llamaría emocionante.

—¿Una explosión? —Él sonrió, luego se detuvo justo delante de su silla. Su mirada recorrió con aprecio mi disfraz—. Felicity, te ves preciosa hoy.

El calor sangró por mis mejillas y bajé la cabeza.

—Gracias, pero tampoco estábamos hablando de eso.

—¡Mmm! —Se sentó a mi lado y puso una servilleta en su regazo—. Sé que no es el baile, así que imagino que la necesidad de ayuda de mi madre también está fuera de la lista. ¿Es la cena que la cocinera ha planeado para esta noche?

—Nuevamente incorrecto. ¿Qué está previsto para la cena?

—No tengo ni la más remota idea —dijo James, mientras comía un trozo de huevo.

Entonces, se me ocurrió que era mi responsabilidad conocer el menú de la cena. Otra cosa sobre la que tendría que preguntarle a Lady Edith.

—¿Te digo qué es lo emocionante?

James miró de mí a Henry.

—Sí… Está claro que no lo voy a adivinar.

Henry soltó un gruñido que posiblemente también podría haber sido una risa.

Me aclaré la garganta, consciente de la tensión que nos rodeaba.

—Es el libro que Henry me prestó anoche. Me quedé despierta demasiado tiempo leyéndolo, y fue imprudente de mi parte.

—¿Porque estás cansada?

—Porque es una novela gótica y estoy obligada a tener pesadillas, si persisto. Ahora solo debería leerla durante las horas del día… O eso he decidido.

Henry se rió.

—Si hubieras seguido mi consejo…

—Sí, bueno, ahora lo haré. —Pasé mi sonrisa de Henry a James y descubrí que mi marido no se reía. Su mirada sobria se centró en su desayuno.

Tomó un panecillo de su plato y se puso de pie.

—Estoy listo, si tú lo estás.

Todavía no había terminado de comer, pero quizás eso fuera algo bueno. No pensé que me iría tan bien montando con el estómago lleno. Aparté mi plato y me levanté también.

—Estoy lista.

El aire de la mañana era fresco, ya que el sol había salido apenas una hora antes y los caballos estaban ensillados y esperándonos, cuando llegamos a los establos. Era una gran estructura al costado de la casa, fuera de la vista, cuando uno se acercaba por el puente, pero no sabía cómo una construcción tan grande permanecía oculta. Era alta, con amplios techos de piedra y un patio abierto en el centro. Pasamos por debajo de la abertura y nuestros caballos se detuvieron en el patio.

—¿Puedo ayudarte a montar? —preguntó James.

—Creo que sería mejor para mí usar un bloque de montaje. No tengo la habilidad suficiente para alcanzar el asiento con solo una mano en alto. —Mi cuello se calentó y traté de ignorar la decepción que apareció en su rostro.

Llevé a Luna hasta el bloque de montaje cerca de la pared y usé el mismo para subir torpemente a la silla, luego me coloqué la falda sobre las rodillas. Estaba muy por encima del suelo y respiré profundamente para estabilizar mi corazón acelerado.

Luna lucía asustadiza y no la culpo. Tampoco me gustaría llevar a una mujer a la espalda.

—Por aquí —llamó James, y aparté a Luna de la pared para seguirlo a él. Debía pensar que soy una loca. Atrapada en mis pensamientos, seguramente había mirado demasiado tiempo la piedra color crema.

Dejamos los terrenos inmediatos y subimos las colinas detrás de Chelton, zigzagueando lentamente entre los espesos árboles y continuando hacia arriba.

—¿Te gustaría ir más rápido? —preguntó James.

—Esta velocidad me sienta bien —respondí. Me dolían las manos de agarrar las riendas con tanta ferocidad, y mis piernas se cansaban de apretar las empuñaduras.

—¿Realmente? —Parecía sorprendido y me tragué mi frustración.

Había hecho mi parte al unirme a una actividad que no me gustaba. ¿No podría él hacer su parte ahora para brindar algo de paciencia y gracia?

—Sí, de verdad. Intenté explicarte que no me siento cómoda en una yegua.

James encogió la barbilla y frunció el ceño.

—Mencionaste que no eras hábil, no me había dado cuenta que se extendía…

—Sí, es así —dije rápidamente, mi corazón latía con fuerza. Luna de alguna manera pudo sentir mi inquietud, tal vez, porque aceleró—. ¿Cómo puedo frenarla?

—Necesitas relajarte, Felicity. Luna está tensa porque su amazona está tensa.

—Lo estoy intentando —dije, aunque mi voz sonaba agitada.

Luna aceleró y Solis la igualó.

—Hazla lenta, James —llamé, incapaz de hacerlo yo misma. Tiré de las riendas, pero eso solo pareció frustrarla. Ella movió de su cabeza hacia un lado y yo tiré de nuevo.

—No debes hacer eso —dijo James, tratando de guiar su caballo al lado de mi yegua. Los árboles se hicieron más espesos y no había suficiente espacio para dos ejemplares, uno al lado de la otra. Cogí las riendas, pero no pude soltarlas. Mis dedos se habían cerrado alrededor del grueso cordón de cuero con fuerza. Subimos a la cima de la colina, molestando a un pájaro, posado en la rama de un árbol cercano. El pájaro descendió en picado y pasó por delante de la cara de Luna. Sorprendida, ella se levantó sobre sus patas traseras.

Apreté mis rodillas sobre los pomos y un grito salió de mi garganta.

Las patas delanteras de Luna golpearon el suelo con un ruido sordo, fuerte y discordante, y ella despegó, bajando por el otro lado de la colina, y subiendo al momento siguiente con mi grito persiguiéndola.

El viento me azotaba la cara y agaché la cabeza para evitar las ramas que colgaban bajas y arañaban mi sombrero.

—¡Detente! —grité, aunque la yegua no me obedeció. Tiré de las riendas y clavé mis botas en su costado, y cuando llegamos al pie de la siguiente colina, ella disminuyó la velocidad. Caminó hacia un arroyo burbujeante y, tan pronto como se detuvo con los costados agitados y sudorosos por el esfuerzo, me deslicé de la silla y me desplomé en el suelo.

Luna se alejó para beber del arroyo, y yo levanté las rodillas hasta el pecho y enterré la cara en ellas, ordenando a mi respiración que se ralentizara y a mi corazón que volviera a la normalidad. Yo estaba en el suelo. Estaba a salvo. Nada iba a obligarme a volver a subirme a la dócil yegua de James.

Aunque ahora mi marido seguramente me creería una dama tonta y poco sensata, después de presenciar lo mal que manejaba su ejemplar.

El fuerte ruido de los cascos indicó que Solis había llegado. Lo escuché detenerse y las botas de James tocaron el suelo.

—¿Estás herida? —casi gritó, cayendo al suelo a mi lado.

Levanté mi rostro, surcado de lágrimas, y lo encontré a él, arrodillado, ante mí con sus ojos verdes, muy abiertos, recorriendo mi cuerpo.

—Ella no me arrojó —logré decirlo, respirando agitadamente. No importaba lo que intentara, parecía que no podía frenar mi respiración. El pánico aumentó, cuando me di cuenta que esta lucha por respirar era a menudo lo que sentía, antes de desmayarme en un salón de baile. La dificultad para respirar era la alarma recorriendo mis extremidades.

—¡Oh, querido mío!

Dejé caer mi frente sobre mis rodillas nuevamente y cerré los ojos con fuerza, concentrándome en mantener el control. No quería marearme lo suficiente como para desmayarme. Ahora no.

Los brazos de James me rodearon y, antes que me diera cuenta de lo que había sucedido, me sentó en su regazo. Me acurruqué contra su pecho, enterrando mi rostro en el hueco entre su hombro y su cuello. Sus brazos rodearon mi espalda y su aroma especiado me envolvió. Aplicó suficiente presión para hacerme sentir completamente rodeada y jadeé ligeramente. Mi sensación de impotencia se desvaneció, mientras estaba en sus brazos, y cuánto más presión él aplicaba, mejor me sentía.

—Lo siento —dijo, malinterpretando mi jadeo y soltándome.

—No, por favor. —Alcancé sus brazos y los rodeé de nuevo, enterrando mi rostro, una vez más, en su aroma especiado—. Te necesito.

Él se quedó sin aliento y me abrazó con más fuerza. James me abrazó hasta que mi respiración volvió a la normalidad y la sensación volvió a filtrarse en mi mente. Cuando recuperé la lucidez, la vergüenza se había apoderado de mi piel y mi estómago.

Me eché hacia atrás, rompiendo su fuerte agarre.

—Perdóname, James. No debería tener…

—No, soy yo quien debe disculparse. No esperaba que Luna se asustara tan fácilmente. Ella ha sido muy dócil y tranquila conmigo.

—Sí, pero tú eres un jinete experto. Creo que yo sería más adecuada para un poni.

Él sonrió y sus manos frotaron suaves círculos sobre mi espalda, calmando mi orgullo herido.

—No desearía que volvieras a sentirte así, pero debo admitir que esta es una manera agradable de pasar la mañana.

Negué con la cabeza.

—Debes pensar que soy la criatura más infantil.

—Ni mucho menos, te lo aseguro. —Su voz era ronca y me sentí atraída por sus labios.

Pero no quería besar al hombre después de una experiencia tan horrible. ¡Qué ridículo sería para él recordar esto! Que la primera vez que lo besé fue poco después de demostrar lo absolutamente inepta que era en una de sus actividades favoritas.

Aparté mi atención de sus labios y me bajé de su regazo. Sus manos se mostraron reacias a soltarme y se deslizaron sobre mi cuerpo, mientras me levantaba. Mi corazón se aceleró de nuevo, pero esta vez fue por la forma en que James me hacía sentir, y nada de eso era desagradable.

Estaba a mi lado, mucho más cerca de lo habitual, y tuve que inclinar el cuello hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Gracias.

—El placer fue enteramente mío. —Levantó una mano y se la frotó por la barbilla—. ¿Crees que podrás montar a Luna para regresar a casa?

Mi pecho se enfrió.

—No creo que pueda.

—Es una caminata muy larga.

—¿Necesitamos regresar por algo en particular?

—No, pero deberías. A mamá le gustaría escribir las invitaciones. Creo que tiene cien tarjetas, y eso sin incluir las direcciones de los sobres.

—¡Maldita sea! —Miré hacia donde los caballos permanecían ociosamente, uno al lado de la otra, en la orilla del agua, con sus elegantes cuellos inclinados hacia el arroyo—. No creo que pueda hacerlo.

—¿Estarías dispuesta a viajar conmigo?

—En un caballo que… ¿Tal como lo expresaste anoche? —Mis labios se curvaron suavemente—. *Se cree más inteligente que su jinete*…

—Sí, es así, pero me obedecerá. —James sacudió la cabeza y dejó escapar un suave suspiro —. Siempre estarás a salvo conmigo, Felicity.

Miré de Solis a James y no pude negar la seriedad en su mirada. Su ardiente súplica fue suficiente para tentarme a volver a montar a caballo, pero solo porque esta vez él tendría el control.

—Podemos intentarlo.

James estalló en una sonrisa, la cual valió toda la terrible experiencia que había sufrido hasta el momento esa mañana.

—Yo montaré primero y luego tú podrás sentarte frente a mí. Creo que ese es nuestro mejor curso de acción para evitar arruinar tu hábito.

—Te aseguro que no volveré a necesitarlo.

Me miró fijamente y me arrepentí de mis palabras. Pero, sí las dije en serio, así que no intenté retirarlas.

James arrojó las riendas de Luna delante de ella y las ató a las bridas de Solis, debajo de su garganta, para que ella nos siguiera a casa. Montó a Solis con la mayor facilidad, como si no le costara esfuerzo alguno levantar el cuerpo y pasar la pierna por encima de la silla. Se deslizó hacia atrás lo más que pudo y acompañó a Solis hasta el borde del arroyo cerca de algunas rocas más grandes. Me subí a una de ellas, aunque tenía un ángulo terrible y esta no se parecía en nada a un bloque de montaje. Levanté el pie para deslizarlo en el estribo.

Usando la ayuda de James, debajo de mis brazos, salté sobre su silla y aterricé con fuerza. Sus brazos rodearon mi cintura y giré, sentándome de lado para poder sostenerlo por la cintura.

—Esto no me gusta mucho —dije, sintiéndome muy alto del suelo.

—¿Te enfadarías si admitiera que lo estoy disfrutando excesivamente?

Sonreí, enterrando mi cabeza en su hombro. Quizás si no viera el suelo tan abajo, no me asustaría.

Regresamos a la casa y James gentilmente ordenó a su caballo que caminara a paso tranquilo. Algo en los brazos de James rodeándome era inmensamente reconfortante.

Inclinándome ligeramente hacia atrás, miré sus ojos firmes.

—Lamento que no hayamos podido ver lo que esperabas mostrarme.

Su mirada se dirigió hacia mí.

—No te disculpes. Podemos ir en otro momento.

Asentí, pero no vi cómo eso sería posible.

—Solo si me encuentras un poni.

—En realidad, estaba considerando una mula. O tal vez un burro.

—Preferiría montar en mula. Es mucho menos probable que muerdan.

—Una mula, ¡eso es!

Me reí y James me imitó. Su pecho tembló y no pude evitar mirar hacia arriba. Su rostro estaba a pocas pulgadas del mío. No me había dado cuenta que Solis se detuvo hasta que las manos de James, libres de cualquier obstáculo, se levantaron para quitar los mechones de cabello rebeldes de mi cara y engancharlos detrás de mis orejas.

—Me prometí a mí mismo que no te besaría hasta que hubieran pasado los seis meses acordados.

—No me di cuenta que besar era parte de ese trato —dije sin aliento.

Sus labios formaron una sonrisa.

—No lo fue, en realidad no. Ese fue mi triste intento de seguir siendo un caballero.

—No puedes pensar que hacer lo mejor que puedas para actuar como un caballero sea alguna vez de mal gusto, James. Te felicito y me alegro de haberme encontrado casada con alguien tan considerado.

Algo que dije abrió una sonrisa en el rostro de James tan amplia que me tomó por sorpresa, y casi aflojé mi agarre alrededor de su cintura, pero mis dedos estaban bloqueados en su lugar. James curvó una mano alrededor de mi mejilla.

—Me sorprendes constantemente, Felicity.

—¿Con mi claro talento para montar? —pregunté en broma.

—Con tu capacidad de confiar en mí.

—*¿Confiar en mí?* —Me puse seria, considerando la verdad de sus palabras. Había confiado en él lo suficiente como para montar a caballo, después de una de las experiencias equinas más aterradoras de mi limitada experiencia. Pero, mi seguridad, bajo el control de James, no había estado en duda, porque él tenía razón y yo confiaba en él.

Fue una experiencia totalmente embriagadora darme cuenta de lo mucho que valoraba a este hombre y de cuán fácilmente depositaba mi seguridad en sus manos: desde el largo viaje en carruaje entre Londres y Chelton, las conversaciones cada noche, en la puerta de nuestro dormitorio, hasta montar a caballo. Después de casi ser arrojada de una yegua, puse mi confianza en este hombre, una y otra vez. Esto planteó la pregunta que había rondado por mi mente, durante las últimas cinco semanas, desde nuestro encuentro inicial en el baile de los Hutton: ¿podría hacer lo mismo con mi corazón? ¿Podría esto ser más que una amistad y convertirse en un matrimonio por amor?

—Me gustaría besarte —susurró James.

Mi cuerpo se calentó y mi corazón se aceleró. Mis nervios se mezclaron con la anticipación.

—Esto me parece bien.

Encontró algo gracioso en lo que dije, aunque el Cielo sabía por qué, y se inclinó y cerró el espacio entre nosotros, presionando sus labios sonrientes contra los míos. Mi pecho explotó de calor y agarré la parte trasera de su chaqueta de montar, afianzando la tela con mis puños. James extendió una mano contra mi espalda, presionándome más cerca de él, y la otra contra mi mejilla para dirigir mi cabeza, mientras profundizaba el beso.

No era de extrañar que las jóvenes quedaran arruinadas por besar a bribones. James no era un canalla, aunque su beso era estimulante y cuanto más continuaba, más quería de él.

Unos cascos atronadores vinieron hacia nosotros y me alejé. James miró por encima de mi cabeza y su mirada se endureció.

—Tenemos compañía.

Miré por encima del hombro y encontré a Henry cabalgando hacia nosotros con el rostro impasible.

—Me enviaron a buscarte —llamó, y sentí que James se ponía rígido—. Hermano, ¡no dispares al mensajero!

—¿Qué sucede? —preguntó James, en un tono claramente poco acogedor.

Quería deslizarme al suelo y alejarme. Fuera lo que fuese lo que ocurría entre los hermanos, yo no quería tener parte en ello.

—El primo Matthew llegó y solicitó una audiencia privada contigo.

James maldijo en voz baja y luego me miró disculpándose. Fingí no haberlo oído.

—Debemos irnos —dijo en voz baja—. No se puede pedir que un conde se quede esperando.

Tragué fuerte.

—¿Un conde?

—Por supuesto.

Mi corazón se aceleró, mientras despegamos para regresar a la casa, y tuve la sensación que el mismo no volvería a disminuir durante algún tiempo. Solo esperaba no ser una decepción para James. Lo único que me demostró lo contrario fue la sensación persistente de su beso.

Capítulo 14

James y yo entramos juntos a la casa y encontramos a Lady Edith esperando en la puerta.

—Sigue y cámbiate —le dijo a su hijo—. Necesito hablar con Felicity.

Él asintió y obedeció, lanzándome una mirada que no pude descifrar del todo.

Lady Edith esperó hasta que sus pasos se retiraron por completo, antes de centrar su atención en mí.

—Mi sobrino está aquí y no es ningún secreto que es muy riguroso con el decoro. Solo puedo imaginar que ha elegido visitarnos para tener una opinión, y asegurarse que James no haya manchado nuestro nombre.

—Sin embargo, el conde no lleva el apellido Bradwell, ¿correcto?

Si entendí correctamente las líneas familiares, este conde era hijo del hermano fallecido de Lady Edith.

—No, no lo lleva, pero está relacionado con nuestra familia, y sería desastroso si revocara su buena opinión sobre nosotros. —Lady Edith se alejó y se detuvo cerca de la ventana, moviendo las cortinas para ver el camino de entrada. Ella me miró, como si estuviera evaluando si podía confiar en mí o no—. Desde la muerte de su padre hace unos años, Matthew, o mejor dicho, el conde de Claverley, se ha propuesto demostrar que es digno del título que ahora ostenta. He logrado asegurarme su palabra que me ayudaría con un problema y no puedo permitir que cambie de opinión.

Lady Edith se acercó aún más con sus ojos marrones fijos en mí.

—Tenemos una relación frágil, debido a que su padre y yo nunca fuimos cercanos. Mi hermano era un hombre difícil, y fue así, pero necesito mantener el buen favor de Matthew y… para que eso suceda, necesito que te apruebe.

La presión se asentó en mi pecho, lo que hizo más difícil respirar por completo.

—¿Qué puedo hacer?

Ella dejó escapar un suspiro silencioso.

—Puedes vestirte lo mejor posible, permitir que mi doncella venga a peinarte y, por favor, no dejes que Su Señoría se entere que tu matrimonio con James fue apresurado de alguna manera.

—¿No sabe ya que nos casamos un mes después de conocernos?

Yo podía hacer lo mejor en esta casa, pero era incapaz contener la fuerza de la marea de chismes, que barría la sociedad, por toda Inglaterra.

—No tiene motivos para saberlo. Seguramente, podrás asegurarte que él le crea a James y que ustedes tienen un matrimonio auténtico. No es necesario que pruebes un matrimonio por amor, simplemente, demuéstrale a Lord Claverley que no te casaste para evitar un escándalo.

Aunque eso fue precisamente lo que habíamos hecho. ¿Cómo esperaba mi suegra que yo lograra esto?

—Haré mi mejor esfuerzo.

—Es imperativo que tengas éxito, Felicity. No es que simplemente hagas lo mejor que puedas. —Cerró los ojos y juntó los dedos delante de los labios—. Lord Claverley ha aceptado patrocinar a mi ahijada, durante un año, para ayudarla a conseguir una pareja. Ella necesita su buen nombre y él necesita nuestro dinero. Pero fue difícil llegar a un acuerdo, que nos convenía a ambos, y un paso en falso, seguramente, puede llevar a Lord Claverley a retractarse del acuerdo.

—¿No puedes apadrinar a tu ahijada?

—No. —Las palabras de Lady Edith se hicieron cortas—. Incluso si pudiera soportar un viaje a Londres, me temo que no tengo suficiente influencia para darle a mi ahijada una oportunidad real de conseguir una buena pareja. No me casé con ningún título, y el mío es antiguo y está demasiado distanciado del actual conde, como para ser de alguna utilidad.

Asentí. De alguna manera, el escándalo estaba envuelto en esta situación, y Lady Edith no deseaba que yo derribara su precariamente apilado castillo de naipes.

—¿James es consciente de esta necesidad?

—Por supuesto. Ahora, ponte tu mejor vestido de día y enviaré a mi doncella para que te arregle el pelo.

Subí las escaleras y seleccioné mi mejor vestido. Me lavé la cara con agua del aguamanil y me puse el vestido de muselina verde. Sus mangas bordadas llegaban hasta mi codo y, aunque eran hermosas me irritaban la piel, por lo que casi nunca usaba este vestido. Metí un fichú transparente en el corpiño, deseando poder meter también otro fichú debajo de las mangas, que ya me picaban.

La doncella de Lady Edith llegó poco después y, cuando terminó de peinarme, apenas me reconocí. Ella había recogido mi cabello cobrizo pálido en la coronilla de mi cabeza, utilizando las tenacillas para colocar algunos rizos sobre mis sienes. Era simple en comparación con el cabello de Lady Edith, pero estaba muy por encima de lo que yo estaba acostumbrada, y el peinado más alto parecía levantar un poco mi cara, dándome una apariencia más brillante y joven.

Odiaba admitirlo, ante mí misma, pero me gustaba cómo me veía cuando alguien más me ayudaba con mi cabello. Giré en mi asiento y le di las gracias a la doncella de Lady Edith. Ella hizo una reverencia y se fue.

Lady Edith me esperaba en el salón y, por su forma rígida de sentarse con el bordado suspendido en su regazo, pude ver que esto era de gran importancia para ella.

—Ven, siéntate cerca de mí —dijo distraídamente, y tomé el puesto abierto junto a ella en el sofá, colocando mi cesta de trabajo en el suelo cerca de mis pies.

Los techos altos del salón brillaban con el sol del mediodía, mientras que las paredes empapeladas en oro y burdeos eran sencillas. Todavía no me había acostumbrado a la majestuosidad de esta casa y dudaba que alguna vez lo hiciera.

—¿Tienes algo en qué ocuparte? —preguntó Lady Edith.

Me agaché para recuperar mi cesta, pero las mangas que me picaban se deslizaban bruscamente sobre mi piel. Intenté cambiar mi posición para aliviar el malestar.

—Pensé en hacer un pequeño bordado.

Ella asintió. Luego, después de un momento, preguntó:

—¿Tocas el piano?

—Sí, aunque me temo que mi habilidad deja mucho que desear.

—Entonces, no te pediremos que toques para el conde. ¿Cantas?

—No en compañía.

Ella soltó una ligera risa.

—¡Cielos! Felicity. ¿Qué haces para impresionar a tus invitados?

Hice lo mejor que pude para no dejar que el dolor de su comentario dañara aún más mi delicada opinión sobre mí misma. Lady Edith parecía tener una gran opinión sobre los logros, igual que el resto de la alta sociedad, lo que significaba que yo palidecería en comparación con cualquier joven debutante que ella conociera. Me tragué la incomodidad de mi situación y elegí

decirle la verdad.

—Mis logros son abismales, Lady Edith. A menudo me pongo demasiado nerviosa en compañía y eso disminuye las pocas habilidades menores que poseo, porque no puedo mostrarlas lo mejor que puedo.

Lady Edith me miró con el ceño fruncido, pero inmediatamente se centró en su bordado, cuando se escucharon voces masculinas en el pasillo, aparentemente viniendo en nuestra dirección.

Me froté la palma de la mano por la parte exterior de mis mangas con la esperanza de quitarme la picazón, antes que los hombres llegaran.

Un momento después, James entró en el salón, seguido por un hombre de edad similar a él, pero con cabello rubio, bien peinado y rostro redondo. Bajé la mano hasta el bordado, que tenía en el regazo, para que no me pillaran rascándome. El conde era más bajo que James, al menos por una cabeza, y no me hubiera imaginado que estaban emparentados, si no me hubieran hablado de su relación, ya que parecían tan diferentes como el sol y la luna.

—Lord Claverley, me permitirá el honor de presentarle a mi esposa, la señora Bradwell.

Me levanté para esta presentación e hice una reverencia. Lord Claverley se inclinó sobre mi mano, mientras se realizaba el resto de la presentación, luego tomó asiento en el sofá frente a mí, con James a su lado. Mi manga se arrastró ligeramente sobre mi piel, y apreté los dientes para luchar contra el deseo de rascarme.

Lord Claverley era tan petulante como James era elegante y de buen gusto. Su abrigo violeta era atrevido a la vista y su chaleco amarillo lucía igualmente brillante. Sacó un anteojo adornado de su bolsillo, y a través de él me inspeccionó minuciosamente. Guardó las gafas y volteó hacia Lady Edith.

—James mencionó que tienes la intención de dar un baile en honor de la novia.

Lady Edith sonrió con benevolencia.

—Necesitamos celebrar la gloriosa unión que ha bendecido nuestro hogar, por supuesto. ¿Llamo para pedir el té?

—James me atiborró de comida y bebida —dijo Lord Claverley, y luego centró su atención en mí—. ¿Dónde reside su familia, señora Bradwell?

—En Londres, milord. Aunque todos los veranos, nosotros pasamos mucho tiempo en Northumberland, en el castillo de Arden, si usted lo sabe.

Él se animó.

—Sí. Tengo la fortuna de poder considerar a Daniel Palmer como amigo mío.

—Daniel es mi primo. —Esperaba que la conexión fuera tan positiva como parecía implicar su expresión. Aunque Daniel tenía la costumbre de ganarse enemigos tan rápidamente como amigos.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Lord Claverley.

—Dime, ¿estará Palmer presente en tu baile?

—Aún tengo que extender la invitación, milord, pero tengo la intención de hacerlo. Sin embargo, es difícil decir si podemos esperarlo. Creo que está fuera del castillo de Arden con más frecuencia que en casa.

—Esperaría verlo —dijo Lord Claverley con calidez en su tono.

—Esperamos ver a Lady Claverley —expresó Lady Edith—. Creo que ha pasado un tiempo desde que tuvimos el privilegio de contar con su presencia en Chelton.

—El maldito asunto del confinamiento lo ha hecho difícil —manifestó el conde—. Aunque estoy seguro que mi esposa estará encantada de visitarlos. Recientemente, ella recibió una carta

de nuestra señorita Northcott. Parece que la joven permanecerá en la escuela durante las vacaciones de verano y vendrá con nosotros, a principios de agosto.

—¿Oh? —Lady Edith se removió en su asiento—. Ella no me lo ha mencionado.

—Ella quiere tiempo adicional para perfeccionar sus logros, o algo así. Me preguntaba si había algo mal, pero parece que no eres más sabia que yo en este asunto.

Lady Edith pareció congelarse, tanto el cuerpo como la lengua. Parecía que Lord Claverley la había cogido bastante por sorpresa. Esperaba advertirme que no le contara ningún escándalo al oído, pero evidentemente Lord Claverley vino preparado con algo propio. Ignoraba la naturaleza del acuerdo de Lady Edith con su sobrino, solo su importancia para ella, y pude ver que este desarrollo no era bueno.

Un rápido barrido de los silenciados Bradwell, presentes en la sala, demostró que estábamos en un punto muerto y que era necesario hacer algo al respecto. Pero no se podía esperar que Lady Edith saliera de una situación de la que acababa de admitir no tener conocimiento. El momento de silencio se prolongó y nos fulminó con las miradas, y me apresuré a llenar el espacio dejado por las manos aparentemente atadas de Lady Edith.

—Tengo muchas ganas de conocer a la señorita Northcott —dije, esperando no equivocarme al juzgar la situación. Sin embargo, Lady Edith aún no me había detenido, así que sonreí y continué como si no sintiera la tensa corriente subterránea que fluía en el salón—, no he escuchado nada más que efusivos elogios a su talento y su dedicación tanto al piano como a su arte. ¿Ahora podemos saber por qué ha decidido dedicar más tiempo a perfeccionar sus logros?

Intenté reírme un poco para suavizar el golpe de autocrítica.

—Parece que tengo mucho que aprender de su compromiso.

—No te olvides de los idiomas —añadió James, mirándome con sus ojos brillantes en señal de aprobación. Inmediatamente me sentí aliviada de no haberme equivocado demasiado en mi opinión—, ella sabe hablar no menos de cuatro, y tú, querida, solo sabes un poco de latín.

Intenté reprimir mi sonrisa. Había hecho referencia a nuestra conversación sobre Solis y Luna.

—Sí, bueno, mi conocimiento de las lenguas antiguas no es digno de elogio. Supongo que mi única gran habilidad es la lectura.

—Entonces, ¿eres una media azul? —preguntó Lord Claverley, entrecerrando los ojos con interés.

—¡Oh! Por supuesto que no —dijo Lady Edith, riéndose alegremente. Tenía los nudillos blancos donde agarraba los bordes de su bordado—. Cómo disfrutan estos dos sus batallas de bromas. Le juro, Lord Claverley, que todavía no ha conocido a una pareja tan despreciable en su alegría. Será un bendito alivio para todos en Chelton, cuando termine el período de luna de miel.

—Aunque es cierto que a mi esposa le gusta bastante leer —dijo James, sonriéndole a su primo.

Podría haberlo besado de nuevo por haber salido en mi defensa tan descaradamente.

—Puedo ver que el período de luna de miel está lejos de terminar —dijo Lord Claverley. Acto seguido, él se levantó de su asiento.

Lady Edith también se puso de pie.

—Debe quedarse a cenar, milord.

—Hoy no puedo, pero les agradezco la invitación. Esperaré pacientemente el aviso de tu baile. —Cruzó la alfombra y yo me puse de pie, ofreciéndole la mano. La tomó entre sus gruesos dedos y se inclinó sobre esta—. Usted es la viva imagen del aplomo, señora Bradwell. Mi esposa estará encantada de recibir un excelente informe sobre la encantadora nueva esposa de James.

Acepte mis felicitaciones por conseguir la captura de la temporada.

James hizo una breve mueca, ante este pronunciamiento, y Lord Claverley se giró para darle una palmada en la espalda.

—Eras un hombre difícil de capturar, James. Simplemente… tenía que ver por mí mismo qué joven flor logró forzarte a comprometerte.

James me miró con una suave sonrisa, jugando en sus labios.

—Ahora que la has visto, estoy seguro que no puedes culparme por reclamarla rápidamente como mía.

—No. De hecho no.

Hice lo mejor que pude para sonreír lindamente, pero mis mangas ásperas se sentían como pequeños insectos subiendo y bajando por mis brazos, y temí presentar una mueca mayor. *"¿Captura de la temporada? ¿Un hombre difícil de capturar?"* Independientemente de lo que quisiera decir con eso, era evidente que yo era la única persona en el salón que no entendió completamente lo que él quería decir.

James retiró a su primo, y yo me senté de nuevo junto a Lady Edith, frotándome los brazos. Ella me miró extrañada y dejé de rascarme. Una vez que los hombres estuvieron afuera, lo suficientemente lejos como para demostrar que estábamos solas, los hombros de Lady Edith se desplomaron hacia adelante y dejó caer la cabeza entre las manos.

—Esa chica será mi muerte —susurró.

Solo podía asumir que ella no se refería a mí en esta circunstancia particular.

—¿La señorita Northcott?

—Sí. Ella insiste en hacer que todo nuestro acuerdo sea más difícil de lo necesario.

Esperé a que Lady Edith me explicara en qué consistía todo el acuerdo, pero no dijo nada más. Entendí que ella confiaba en Lord Claverley para apadrinar a la muchacha, pero, ¿por qué la señorita Northcott lo necesitaba? Poseía tanto fortuna como buen nombre. El escándalo que exigía su necesidad de Lord Claverley debía ser grandioso, en verdad, y el dinero que a él le ofrecieron, en igual medida, si ella se oponía tanto a cualquier difamación sobre su carácter por asociación.

Se escuchó el ruido de los cascos a través de las ventanas, mientras el carruaje de Lord Claverley se lo llevaba, y James regresó al salón, solo unos minutos después, con Henry pisándole los talones. Debió haberse unido a James afuera para despedirse de su primo.

—Henry, debes ir con Dorothea y asegurarte que esté bien —dijo Lady Edith.

Él estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Madre… A ella le resultaría muy extraño, si lo hiciera, porque apenas la conozco. Yo no vivía aquí, cuando ella vivió aquí. —Se sentó en el sofá junto a su hermano—. Somos, en el mejor de los casos, extraños. Sería mejor enviar a uno de los otros, porque al menos están mejor asociados con la chica. Es más probable que hable con uno de ellos.

—James no puede ir —dijo Lady Edith—. Él es necesario aquí.

—¿Y qué hay de Benedict?

James se rió.

—Eso sería desastroso. Los dos no pueden soportarse, el uno a la otra.

Lady Edith resopló.

—No necesita casarse con la chica, solo necesita asegurarse que todo esté bien.

—¿No puede ser suficiente una carta? —preguntó Henry.

—Una carta no verificará su bienestar. Podía escribir lo que quisiera.

Una sombra cubrió el ambiente del salón, y quise ofrecer mi apoyo, pero no sabía en qué

manera podría ser de alguna ayuda. Mis brazos protestaron por mis malditas mangas y me pregunté, brevemente, si sería demasiado dramático quemar este vestido, una vez que me lo quitara.

—Benedict sería quizás la mejor opción —dijo Henry—. Él conoce a la chica, mucho mejor que yo… Solo nos hemos conocido de pasada.

—Iré —dijo James, lanzando una mirada irritada a su hermano—. Dorothea me conoce e imagino que no tendrá problemas para hablarme claramente. Puedo salir directamente y regresar, a más tardar, el miércoles. Henry puede ayudarte con los preparativos que necesites para el baile, durante ese tiempo, madre.

—Estaré encantado de ayudar en todo lo que pueda —confirmó Henry.

Mi cuerpo se tensó. ¿James me dejaría aquí sola con su familia durante casi una semana? Después de besarlo esta mañana, esperaba que pasáramos más tiempo, juntos, tras nuestra decisión de ir a la corte. Quería acercarme más a él, especialmente ahora que habíamos roto la barrera física hacia una relación más profunda de lo que decíamos antes. Pero, evidentemente, eso habría que posponerlo.

—¿Benedict debería viajar contigo? —preguntó Lady Edith—. Tal vez eso le daría la oportunidad de demostrarle a Dorothea que no es grosero ni carece por completo de modales.

—Discuten como hermanos infelices —explicó Henry—. O eso me han dicho. No he estado mucho con ellos.

—Desafortunadamente, así son las cosas. No se puede hacer que Benedict entre en razón a su alrededor —suspiró Lady Edith—. Olvida que lo mencioné, James. No sé si es prudente.

—Quizás no le permitiré a Ben elegir. —James sonrió—. Y tampoco le permitiré hablar en su presencia.

—¿Confío en que el primo Matthew ya se fue? —preguntó Benedict con su desgarbado cuerpo apoyado en la puerta—. Uno solo puede esconderse en la biblioteca durante un tiempo.

Me guiñó un ojo, mientras entraba en el salón.

—Se ha ido —confirmó su madre.

Benedict lanzó una mirada escéptica a sus hermanos y se detuvo en el borde de la alfombra, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Ahora, ¿con quién no tengo permitido hablar?

Henry le lanzó una mirada.

—Dorothea le ha escrito al primo Matthew y le ha informado que tiene intención de permanecer en la escuela durante las vacaciones de verano.

—¡Ah! —dijo Benedict. Su frente se aclaró por la confusión—. ¿Y nuestra querida mamá exige que vayamos a York, lo antes posible, para asegurarnos que el pequeño terror se encuentra bien?

—No te lo pido —dijo Lady Edith remilgadamente—. James irá.

—Y creo que sería prudente que vinieras conmigo —expresó James—. Puedes demostrarle a la muchacha que no guardas rencor hacia ella, y que será bienvenida en Chelton, siempre que ella lo desee.

La expresión de Lady Edith se aclaró y juntó las palmas de las manos, como si estuviera orando.

—Esa es la cuestión, James. ¿Por qué no traes a Dorothea a casa contigo? Si no desea pasar el verano con Lord Claverley, tal vez pueda hacerlo aquí. Ya no necesita permanecer en esa escuela.

—¿Y arriesgarnos a ofender a nuestro gran salvador? —preguntó Benedict con su voz llena

de desdén—. Todavía no entiendo por qué debes pedirle ayuda al primo Matthew. ¿Por qué no puedes acompañar a la chica, en Londres?

—Tendría que estar en Londres para hacerlo —le recordó secamente.

—¡Ah! —dijo Benedict con una sonrisa perezosa cruzando sus labios, mientras se sentaba en la silla más cercana al fuego—. Pero, ahora tenemos a la señora Bradwell, que puede viajar a Londres sin grandes problemas físicos.

Mi estómago dio un vuelco y luché contra cada deseo interno de rascarme la picazón en la piel, que pareció empeorar junto con esta desagradable conversación. No sabía nada sobre ser acompañante de una joven y, dada la forma en que James y yo nos vimos obligados a casarnos rápidamente, dudaba mucho que alguien confiara en mí como acompañante.

—Eso no funcionaría —dijo Lady Edith, doblando su bordado y devolviéndolo a su cesta de trabajo—. Dependemos del nombre de tu primo para asegurar una coincidencia para Thea.

—¿Por qué siempre…?

—Por favor, no me presiones —dijo, cerrando los ojos. Ella parecía extraordinariamente enferma, muy agotada por la conversación, y me levanté.

Tal vez todavía no pudiera dirigir una gran casa como Chelton ni acompañar a su ahijada en Londres, pero sí sabía cómo ayudar a una madre cansada.

—Lady Edith, parece que le vendría bien una taza de té caliente y descansar un poco.

Levantó la mirada hacia mí y se formó una suave línea entre sus cejas.

—Felicity, eso suena muy agradable.

Ella se puso de pie, la tomé del brazo y la saqué del salón sin que ninguno de sus hijos dijera otra palabra. Sus voces profundas se pudieron escuchar en la conversación, una vez que salimos, y Lady Edith dejó escapar un suspiro.

—Amo a mis hijos, pero su obstinación a veces puede resultar difícil.

—Estoy segura que todas las madres podrían decir lo mismo de sus hijos.

Lady Edith sonrió.

—Probablemente tengas razón.

—¿Quieres un baño también? Puedo llamar para que calienten el agua.

—No, un breve descanso estará bien.

Acompañé a Lady Edith a su habitación (aunque en realidad ella me guió, porque yo no sabía a dónde iba) y la dejé afuera de su puerta.

—Podemos comenzar con las invitaciones esta tarde —prometió—. Después que te quites esa bata incómoda.

Entonces, mi picazón no había pasado desapercibida. Un cálido rubor se extendió por mi cuello.

—¿Llamo para pedirle el té?

—Lo puedo manejar. —Hizo una pausa y su mirada astuta me recorrió—. Gracias, Felicity.

Había un pequeño puñado de cosas por las que podría haberme agradecido, y no sabía exactamente cuáles eran: la forma en que hablé de la señorita Northcott, o me presenté ante el conde, o la manera en que la saqué del salón, cuando parecía necesitarlo. Pero independientemente de los detalles, sentí que habíamos superado un momento crucial en nuestra relación, y decidí no arruinarlo con una pregunta. Asentí suavemente y cerré la puerta detrás de mí.

Ahora, tenía que ver si podía encontrar el camino abajo otra vez... después de quemar este vestido.

Capítulo 15

La nueva doncella que Lady Edith había contratado para mí demostró tener mano hábil y talento para peinados elaborados. Desde que James se fue a ocuparse del bienestar de la señorita Northcott, habían pasado dos cenas en Chelton, y Fanny había logrado crear peinados más complejos, en cada noche. Como persona a la que no le gustaba llamar la atención, había sido una prueba para mi comodidad bajar a cenar con un estilo alto, trenzado o con abundantes bucles. Ciertamente, no me gustaban los bucles.

Me senté en mi tocador, desconfiando de cuál sería el diseño de esta noche. La luz naranja del fuego lento bailaba sobre mi reflejo, y observé a Fanny trabajar con gran eficiencia. Mis dedos ansiosos frotaron suavemente la nota dejada por James y estaba desesperada por despedir a Fanny para poder leerla en privado.

Él se había encargado de asegurarse que yo no me perdiera nada sobre él cada noche, y había escrito sus datos en hojas de papel dobladas, antes de irse, para que yo pudiera seleccionar y leer una cada noche, mientras él no estaba.

Descubrí que me gustaba leer sus notas, antes de cenar, así que tendría un poco de él para llevarme, cuando me reuniera con Henry y Lady Edith para pasar la noche.

No es que la cena fuera el único momento del día que pasaba con mi suegra. Es más, la totalidad de cada día había sido consumida por lecciones de distintos tipos. Cómo gestionar menús y enigmas creados por una incorporación repentina a la cena. Felizmente, también aprendí cómo disciplinar a una doncella sorprendida, espiando el cajón de Benedict, mientras se suponía que estaba limpiando su chimenea con firmeza y gracia. Además, cómo recibir a la persona que llamó sin avisar, demasiado temprano, el sábado por la mañana, con fría dignidad y reserva, a pesar de la clara búsqueda de la nueva mujer incorporada a Chelton: obviamente, era a mí que me perseguían.

Y, por último, cómo redactar con elegancia decenas de invitaciones, a lo que seguramente sería el baile del año, en todo Lake District.

—Ya terminé, madame —dijo Fanny, dando un paso atrás y sosteniendo sus manos delante de ella.

Incliné la cabeza hacia un lado e inspiré suavemente. Este fue quizás mi diseño favorito de todos. Mi cabello rubio rojizo estaba rizado con tenazas calientes, y recogido en lo alto, en un arreglo sencillo, aunque hermoso. Llevaba un vestido sencillo de color verde oscuro y pasé las manos por la falda, mientras esperaba que Fanny me dejara. Pasó un minuto moviendo las tenacillas, rizándolas hasta el borde de la chimenea para que se enfriaran y colocó mis horquillas sin usar en un recipiente sobre mi tocador.

—Gracias, Fanny… Disfruta de tu cena.

Ella hizo una reverencia y salió de la habitación. Giré para mirar el fuego y desdoblé la nota de James para hoy.

“Por mucho que amo a Chelton, nunca he tenido miedo de dejarlo por un tiempo hasta hoy. Me temo que estos cinco días serán una eternidad y espero volver con ustedes.

tuyo, etc.,

James.”

Me incliné más hacia la luz del fuego y leí la nota nuevamente. Había escrito esto, antes de embarcarse en el recado para su madre, y aunque no era estrictamente un hecho, me gustó mucho más que si hubiera elegido compartir su caballo favorito, o su preferencia por la carne de res sobre la de cerdo. Mi corazón se aceleró de afecto, doblé el papel y lo metí dentro de mi corsé. Quizás esto era extraño, pero quería llevar sus palabras conmigo.

Esa noche la antecámara del comedor estaba en penumbra y cuando llegué encontré a Henry solo. Se puso de pie cuando llegué, y me ayudó a sentarme en una silla suave y acolchada para esperar a su madre.

—¿Ya terminaste el segundo volumen? —preguntó, haciendo referencia a *Los misterios de Udolfo*. Se sentó en una silla cerca de la mía y dirigió toda su atención hacia mí.

Bajé la voz.

—Me temo que las lecciones de tu madre no me han permitido suficiente tiempo para dedicarme a la lectura, y lamentablemente estoy atrasada.

—Pero, ¿estás aprendiendo mucho sobre el funcionamiento de la casa?

Intenté parecer emocionada.

—¡Sí! Sin embargo, cuanto más aprendo, más claro me resulta que soy lamentablemente inadecuada para este rol. Es una bendición para todos en esta casa que Lady Edith siga al mando.

Henry se reclinó un poco en su silla y me miró con curiosidad.

—Ella no lo hará para siempre, ¿sabes?

—Por supuesto, pero, por ahora es necesario.

—Tal vez. Sin embargo, me pregunto si solo te consideras inadecuada porque no te has permitido ser de otra manera.

La entrada de Lady Edith me salvó de tener que responder a esto. Ella cruzó hacia nosotros y se paró cerca de la chimenea, aunque el calor del día significaba que la chimenea estaba vacía.

—Será importante presentarte a tantas familias como podamos, mañana, después de la iglesia. Eso evitará que tengamos que entregar tantas tarjetas el lunes.

—Por supuesto, Lady Edith —dije. Estaba contenta con cualquier acuerdo que pudiera eliminar algo de nuestra lista perpetua de cosas por hacer. Iba a ser una prueba suficiente simplemente actuar en las presentaciones, especialmente sin James a mi lado. Me moví un poco de mi asiento y busqué las palabras para explicar mis deficiencias sociales, esperando que mi suegra estuviera completamente preparada para mis debilidades, en el día de mañana.

No obstante, la puerta del comedor se abrió, anunciándose la cena, lo que puso un alto necesario a mis pensamientos. Seguí a Henry y a su madre al interior del salón y tomé asiento a la izquierda de Henry.

Sentí su mirada sobre mí, pero me concentré en el jamón, en mi plato.

—Madre… ¿Mañana no es el día de descanso? Quizás Felicity también necesite un descanso en el programa.

—No le exijo que trabaje. —Su mirada se dirigió hacia mí—. Solo mencioné que las presentaciones se realizarán mejor, después del servicio, para evitar que nos obliguen a conducir por todo el condado el lunes.

—Por supuesto, pero…

—Estoy a la altura de la tarea, Henry. Pero, gracias por tu consideración. —Clavé otro bocado de jamón y lo empujé por mi plato. Él me había dado una entrada a este tema y necesitaba aprovecharla. Solo esperaba que mi corazón acelerado no se revelara en mi voz temblorosa—. Sin embargo, deben saber que me pongo bastante nerviosa, en compañía.

—Actuaste con excelente decoro ante Lord Claverley. Y con la señora Greer, lo cual fue un

desafío excepcional, dada la propensión de la mujer a perseguir chismes. —Lady Edith añadió lo último en voz baja y yo reprimí una sonrisa.

No podía explicar mi comodidad en el salón con Lord Claverley porque no sabía cómo esto se produjo.

—Apenas dije una palabra en presencia de la señora Greer. —Me metí el trozo de jamón en la boca.

Lady Edith arrugó la nariz y buscó en el techo pintado la confirmación de mi afirmación.

—¿Eso es cierto? Me atrevo a decir que no es un desafío lograrlo en su presencia.

—Creo que demostraré rápidamente que no es un desafío para mí en presencia de ningún conocido nuevo. Tengo… problemas…. nuevos acompañantes, me ponen ansiosa, cuando estoy rodeada de muchos extraños. Es un defecto que me avergüenza bastante, pero no tengo ningún recurso para cambiarlo.

El silencio en la mesa era insoportable por su pureza.

Lady Edith se aclaró la garganta y finalmente habló:

—No entiendo completamente lo que quieres decir.

Los nervios revoloteaban en mi estómago, pero no podía posponer esto más, especialmente porque mañana me llamarían a reunirme con miembros de la sociedad. Lady Edith merecía una advertencia sobre qué tipo de persona era su nuera.

—No se puede esperar que tenga mucho que decir con nuevos acompañantes, y ciertamente no se puede esperar que baile más de un baile, en cualquier evento. Mis nervios simplemente no me lo permiten, sin importar cómo me prepare, y desearía profundamente que fuera de otra manera.

Una y otra vez, mi madre se había decepcionado de mí, en diversos eventos sociales, o cuando mis amigas venían a visitarme, y sabía que aquí no sería diferente. Más bien, sería peor, porque había mucho en juego. Mamá me amaba sin importar cuántas veces la decepcionaba. Pero, no podía esperar lo mismo de personas que solo me conocían desde hacía una semana.

—No la obligaremos a hacer nada con lo que no se sienta cómoda —dijo Henry, finalmente.

Noté que lamentablemente Lady Edith permanecía callada.

El resto de la cena transcurrió en una desconcertante mezcla de silencio y charla forzada, en la que yo participé poco y estaba ansiosa por escapar a la soledad de mi habitación. Extrañaba la presencia tranquilizadora de James y, aunque creía que pasaría el tiempo bastante bien con Henry, nuestros cómodos hábitos de conversación, provenientes de nuestro encuentro inicial del verano pasado, no se habían transferido tan fluidamente como esperaba. Era muy bueno y amable, y cuando hablábamos de libros podíamos perdernos en interminables discusiones sobre la trama y los personajes, y cómo nos atraían (o no) a cada uno de nosotros, pero ahora faltaba algo… y yo creía que era algo de lo que James poseía.

No obstante, el papel doblado con las palabras de mi marido raspó ligeramente mi piel y, en el transcurso de la incómoda cena, recordé lo profundamente que James deseaba estar conmigo.

Y yo, con él.

Una vez que Lady Edith se levantó, la seguí fuera del salón, y me detuve al pie de la amplia escalera.

—Creo que me retiraré temprano —dije, soñando ya con continuar el libro que ciertamente no debería leer después del anochecer, pero sabía que lo haría de todos modos.

Ella hizo una pausa y volteó para mirarme con su mirada astuta.

—Felicity… No me estás poniendo fácil determinar tu carácter.

—¿Perdón?

Dio un paso deliberado hacia mí y sus ojos recorrieron mi rostro. Mis manos comenzaron a temblar bajo su escrutinio, y las apreté a mis costados, agarrando mi falda para evitar mostrar mi debilidad.

—Cada vez que creo que tengo tu medida, haces algo que me toma por sorpresa. —Ella respiró por la nariz—. Aún no estoy segura si estoy agradecida que hayas logrado convencer a James de ir al altar, o si debería estar justificadamente indignada por él. He hecho todo lo posible para dejar de lado mis reservas, y darte la bienvenida a mi casa, pero no me lo pones fácil.

Ella cerró los ojos y sacudió ligeramente la cabeza, antes de apuntarme nuevamente.

—No sé cuál es tu objetivo aquí, pero espero que te des cuenta de que no renunciaré a mi hijo ni a mi rol en esta casa hasta que hayas demostrado que eres digna de ellos.

"¿Renunciaré a mi hijo?" ¿No lo había hecho ya? Me falló la voz y traté de tragar con la garganta seca. Su vehemencia me tomó rápidamente por sorpresa, y no podía entender qué había hecho para merecer un cambio tan repentino en su opinión sobre mí.

Excepto, por supuesto, que esto no fue súbito. Al parecer, Lady Edith simplemente había llegado al punto en el que ya no podía ocultar su verdadera opinión sobre mí. Ella se había mantenido a distancia desde que llegué a Chelton. Me había agradecido por sacarla del salón después de la visita de su sobrino, pero en los momentos, juntas, ella había dejado claro que estaba cumpliendo con su deber de enseñarme las maneras de ser la dueña de Chelton, y nada más.

De hecho, si Lady Edith no se hubiera preocupado tanto por su hogar y su familia, me preguntaba si se habría molestado en enseñarme algo.

—Espero haberte dado algo en qué pensar. Buenas noches, Felicity. —Lady Edith caminó hacia el salón sin decir una palabra más, y yo me paré al pie de la gran escalera con los pies sobre las baldosas del tablero de ajedrez, y la vi irse.

Mi corazón se aceleró en la cámara silenciosa y resonante. Di la vuelta y bajé hasta el último escalón. ¿Cómo iba a lograr algo ahora que entendía los verdaderos sentimientos de Lady Edith? Sin James aquí en quien apoyarme, estaba segura que fracasaría.

Por mi mente pasaban excusas para librarme del tiempo en familia. Podría pedirle a Fanny que le dijera a la familia que tuve fiebre por la mañana. Pero no, para entonces llamarían al médico. ¿Un dolor de cabeza? Quizás eso podría funcionar y me permitiría pasar el día escondida en mi habitación.

Pero tenía tres días (posiblemente cuatro), antes que James regresara, y no podía fingir un dolor de cabeza, por tanto tiempo, sin ser motivo de gran preocupación. Me froté los ojos por el cansancio y recorrí con la mirada el salón oscuro que me rodeaba. Las pinturas cubrían la mitad superior de las enormes paredes, y se derramaban sobre el fresco que cubría el techo, mientras que las tallas de mármol cubrían las paredes y se arrastraban sobre las cornisas.

Este salón, por sí solo, era mucho más elaborado y elegante que cualquier cosa que alguna vez hubiera esperado llamar mi hogar, y me permití, en lo más profundo de mi melancolía actual, preguntarme si habría aceptado la mano de James, si hubiera sabido la vida que estaba aceptando.

Y además, ¿por qué, cuando James era sumamente consciente de mi propensión a la ansiedad social, me permitió convertirme en la dueña de tal propiedad con todos los deberes que acompañaban a ese rol? Esta no era una pequeña casa de campo para administrar tranquilamente. Esto requería el trabajo de una mujer productiva y capaz.

Me obligué a levantarme y giré para subir las escaleras, exhalando un suspiro de derrota. No había forma de cambiar mi situación ahora, por mucho que mi suegra lo deseara.

Capítulo 16

Resultó que a la mañana siguiente no me vi obligada a emplear ninguna excusa, ya que Lady Edith optó por quedarse en casa y no ir a la iglesia, soportando su propio terrible dolor de cabeza. No sabía si eso era real o inventado, pero me alegré de posponer la necesidad de estar cerca de ella por un tiempo más.

Henry me llevó a la iglesia, en un carruaje, con sus hábiles manos ligeras en las riendas. El ruido de la carretera nos impedía mantener una conversación tranquila, pero yo me contentaba con el silencio. Estaba demasiado absorta en mi preocupación por la sociedad reunida en la iglesia y cómo actuarían con la nueva ocupante de Chelton.

Cuando llegamos a Bakewell, Henry ató las riendas a un poste y se acercó para ayudarme a bajar.

—No es necesario que usted hable con quien no desee conocer.

Su declaración me tomó por sorpresa, miré sus firmes ojos azules y encontré compasión en ellos.

—Gracias, Henry, ¿crees que a la gente le resultará extraño que hayamos venido solos?

—Ahora eres mi hermana —dijo, con una sonrisa fácil parpadeando en sus labios—. No tiene nada de extraño.

Él hizo bien en recordarlo. Aunque nadie conocía nuestra historia, nadie consideraría extraño encontrar a una nueva novia y a su cuñado viajando juntos. Esto era completamente irreprochable.

Mis mejillas se calentaron y bajé la cabeza, fingiendo encontrar interés en evitar el barro a mis pies.

—Por supuesto.

Henry me ofreció su codo, lo tomé y seguimos colina arriba hacia la iglesia. Una espesa hierba verde cubría el patio, rodeando las lápidas del cementerio por un lado. Mirando colina abajo, las cimas de los edificios, que bordeaban las calles circundantes, se desangraban en todas direcciones. Todo en el antiguo edificio tenía un aire gótico que me encantaba.

Me recordó el libro que estaba leyendo, a mitad de camino, e inmediatamente saqué la ficción de mi mente. No tenía un lugar entre el culto de hoy.

El señor Upshaw, el vicario, nos recibió en la puerta. Sus patillas blancas temblaron, mientras hablaba, aunque su bienvenida fue cálida y acogedora. Caminé por el pasillo central y me senté junto a Henry, en lo que solo podía suponer que era el palco de los Bradwell.

Los ojos seguían cada uno de mis movimientos y me alegré de haber elegido un sombrero de ala tan ancha para no quedar obligada a ver todas las miradas curiosas. Me incliné hacia Henry y le hablé en voz baja:

—¿James o Benedict faltan a menudo a la iglesia, o es extraño que no estén aquí?

Me miró y una suave risa escapó de sus labios.

—Estás demasiado preocupada, Felicity. Te lo prometo, no es nada extraño que toda mi familia no esté con nosotros. James está ausente a menudo y no se puede confiar en que Benedict cumpla con un horario predecible.

—Y tú, Henry, te escapas al pabellón de caza tan a menudo como puedes.

—De hecho. —Él estuvo de acuerdo con un firme movimiento de cabeza—. De hecho, debería estar allí ahora.

—¿Oh?

—Sí. —Me dio una sonrisa fugaz, antes de dirigir su atención hacia donde el vicario caminaba ahora hacia el frente—. Pero, pospuse mi viaje por un tiempo.

Mi estómago dio un vuelco ansiosamente y lo presioné en silencio.

—¿Por qué pospusiste el viaje?

—Porque James me pidió que me quedara… Para ti.

"¿Para mí?" No, él no se quedó por mí. Lo hizo por James. Él acaba de decir lo mismo. Dirigí mi atención hacia adelante e hice lo mejor que pude para escuchar el sermón, a pesar de la forma en que mi mente y mi estómago se revolvían incómodos. Henry había intentado escapar, tal como predijo la semana pasada que necesitaba hacerlo. No era de extrañar que se opusiera con tanta avidez a visitar personalmente a la señorita Northcott, ya tenía otros planes.

Y estos no habían incluido atenderme.

¿Cómo pudo James haberle pedido esto a su hermano? Mi vergüenza solo parecía crecer con cada nueva revelación. ¿Qué sería lo siguiente? ¿La señora Prescott vendría a verme, y me revelaría que no tenía intención de cederme la gestión del menú ni de las criadas?

Mi actitud cayó al igual que mi energía, durante el sermón, y cuando el mismo terminó, me levanté y salí de la capilla. Sin embargo, tuve que luchar contra el deseo de correr, antes que Henry pudiera presentarme a alguien.

—Madre me ha pedido que te ayude a conocer a tres familias en particular. Te prometo que todo terminará rápidamente, y no necesitas decir nada más que un saludo cortés.

La voz de Henry era seria y levanté la vista rápidamente, agradecida de descubrir que su generosidad parecía bastante genuina. Asentí con la cabeza y deslicé mi mano sobre su codo para que pudiera llevarme afuera. El sol brillaba sobre nosotros, trayendo consigo una capa de calor, y el sudor me picaba en la nuca.

—Buenos días, señor Bradwell —gritó un hombre cuando nos aproximábamos a su grupo.

Henry se acercó aún más.

—Dos de las familias juntas. Creo que la fortuna te sonríe.

No pude evitar la sonrisa que curvó mis labios.

—Señor Dodwell, señora Dodwell. —Henry asintió hacia la pareja alta y rolliza. Cambió su atención a la familia rubia que estaba a su lado—. Señora Whaley, señor Whaley, señorita Whaley... Permítanme tener el placer de presentarle a la nueva esposa de mi hermano, la señora Bradwell.

Hice una reverencia al grupo y asentí con la cabeza, a cada una de las mujeres, por turno.

—Es un placer —dije.

—¡Oh! Señora Bradwell, tenía tantas ganas de conocerla —dijo la señora Dodwell con los ojos más brillantes que la plétora de flores amarillas y naranjas que adornaban su sombrero—. Por favor, dígame que Lady Edith tiene la intención de organizar un baile.

—Esa es su intención —dijo Henry—. Y espero que a todos les lleguen las invitaciones, en breve. La señora Bradwell ha estado ocupada, escribiéndolas ella misma.

—¡Oh! —exclamó la señora Whaley, bastante impresionada por esta aparente hazaña—. ¡Qué bien de su parte, señora Bradwell!

—Estoy agradecida por el buen consejo y el sacrificio de Lady Edith al organizar un baile para mí. Es lo mínimo que puedo hacer para ser útil.

Las mujeres compartieron una mirada y yo no lo sabía con certeza, pero creí que me había ganado su aprobación.

—Perdóneme por mi impertinencia —dijo la señorita Whaley con su voz ratonil, haciendo

juego con su pequeña figura—. Pero, hoy, ¿dónde está el señor James Bradwell?

—Desafortunadamente, él y mi hermano Benedict fueron llamados a ausentarse por un asunto familiar, pero pronto deberán regresar a Chelton.

Ella parecía decepcionada, e hice lo mejor que pude para no investigar demasiado sus posibles razones.

—Si nos disculpan —dijo Henry, poniendo su mano sobre la mía, la que descansaba sobre su brazo—. Debemos continuar con las presentaciones.

—Por supuesto —dijo la señora Dodwell, inclinándose hacia adelante y bajando la voz—. Me imagino que hoy se está perdiendo el tiempo para que todos puedan tener la oportunidad de conocer a la nueva miembro de la parroquia. ¡Bienvenida a Bakewell, querida!

La sinceridad en su tono cálido llegó hasta mi pecho y sonreí, inclinando la cabeza en reconocimiento, mientras Henry me alejaba.

La siguiente media hora la pasamos de manera similar, reuniéndonos con gente de la parroquia local y dando excusas por las ausencias de James y Lady Edith. Henry, a pesar de su aversión por la sociedad y su preferencia por mantenerse alejado de ella, era un experto en orientarse entre la gente de Bakewell. Había orquestado con éxito no menos de ocho presentaciones de familias diferentes, y me sacó de cada una, antes que me involucrara en una larga conversación. Nos abrimos paso hacia la calle y casi habíamos llegado al carruaje, cuando una mujer se interpuso en nuestro camino con su hija justo detrás de ella.

Las reconocí inmediatamente, las había visto en la tienda de la modista.

—Buenos días, señora Whitstone. Señorita Whitstone.

—Es un gran placer volver a verla, señora Bradwell. ¿Espero que Lady Edith no esté enferma?

—Señora… Ella sufre de dolor de cabeza —intervino Henry.

—¿Y cómo está disfrutando de nuestro pequeño rincón de Inglaterra, señora Bradwell? —La señorita Whitstone chasqueó la lengua.

—¡Inmensamente! Esto es hermoso y las personas, hoy, han demostrado estar a la altura. Espero conocerlas mejor a ambas, mientras tomemos el té, esta semana. —Especialmente la señorita Whitstone. Estaba decidida a descubrir qué era lo que a James le había parecido tan faltante en ella.

Lady Whitstone asintió distraídamente, mirando de mí a Henry.

—Por supuesto. Entonces, el viernes.

Hice una reverencia y las rodeé. Henry tomó el carruaje y no pude evitar sentirme un poco fortalecida por los logros del día. Sin la ayuda de James ni depender de Lady Edith había logrado reunirme con nueve de las familias más importantes de la parroquia, y ahora tendría nueve paradas menos que hacer con Lady Edith, en el carruaje, esta semana.

Una vez que subimos al asiento y despegamos en dirección a Chelton, me volví hacia mi cuñado. Hablé para que me escucharan por encima del ruido de la carretera.

—Debo agradecerte.

Me miró brevemente, antes de volver a concentrarse en conducir.

—No hice nada, Felicity. Tú actuaste naturalmente.

Una risa salió de mi pecho.

—De hecho, creo que debes lucirte por algún motivo. Naturalmente, definitivamente yo no soy así.

Él no se rió.

—Cualquiera que sea el título que quieras, yo fui poco más que tu conductor, Felicity. Lo

hiciste a la perfección y mi predicción es que pronto tendrás a todo Bakewell comiendo de la palma de tu mano.

Pensé en la mujer en el patio de la iglesia con ojos de águila entrecerrados.

—Bueno, no todo Bakewell.

—Créeme, mi hermano lidera la manada.

Mi cuerpo se sacudió, ya que no había estado considerando a James. Aunque era cierto que no podía predecir que estaría en mi bolsillo todavía (si es que alguna vez lo llegaría a tener), había estado pensando en alguien completamente distinto. Una persona que últimamente se había convertido en la adversaria de Lady Edith.

—Me refiero a Lady Whitstone.

Henry se rió torpemente para disimular su error.

—¡Ah! Touché, Felicity. Se necesitaría una hazaña de grandes proporciones para lograrlo. Pero… parece que usted le agrada bastante a la señorita Whitstone.

—No lo puedo decir.

Él sonrió.

—Ella es tranquila, sí, pero muy amable. Creo que te gustará.

—Tu hermano dijo lo mismo. —Y todavía tenía que determinar si era un cumplido o una condena.

Henry me miró fijamente.

—Entonces, ¿él te habló de la señorita Whitstone?

—Y de su breve cortejo, sí.

—Allí estaba haciendo todo lo posible para evitar a los Whitstone, y evidentemente fue inútil.

Cruzamos el puente de piedra, Chelton estaba justo delante de nosotros, y un gran surco en el camino me sacudió en el banco. Busqué algo a qué agarrarme, cuando el brazo de Henry sobresalió y me mantuvo asegurada al asiento.

Detuvo a los caballos y volteó hacia mí abruptamente, quitando el brazo.

—Perdóname, Felicity. Esa maldita rutina aún no se ha solucionado. Quería estar atento, pero admito que me estoy distrayendo. Se pasó una mano por la barbilla.

—Todo está bien.

—Tal vez debería empezar a trabajar en la rutina, mañana. Es mucho peor de lo que reconocí ante James. —Sacudió la cabeza y continuó hacia la casa—. El hombre me prueba profundamente, como se espera que hagan los hermanos, pero él sabe lo que hace.

—Hasta ahora he descubierto que ese también es el caso.

Henry detuvo el carruaje frente al enorme patio de los establos de Chelton. Detrás de los mismos se extendían colinas verdes y onduladas, y el río corría entre ellas, deslizándose bajo el ancho y arqueado puente con Chelton a nuestro lado. Era idílico y deseaba poder disfrutar del dominio de la escena soleada, que me rodeaba, pero mi corazón estaba en York y mis nervios estaban tensos.

—Quizás cuando James regrese deberías sugerir una salida que les convenga a ambos —dijo Henry con cuidado, sacándome de mis pensamientos—. Ni montar en bicicleta ni leer, sino algo que se adapte a las preferencias de ambos.

—Es una idea espléndida, Henry. El único problema…

Él esperó, pero cuando no terminé mi pensamiento, me golpeó ligeramente con el hombro.

—¿Cuál es el problema, Felicity?

Me mordí el labio y hablé del miedo que me había estado atormentando desde que llegué a

Cumberland.

—Me temo que eso no existe… una actividad que nos atrae a ambos.

Él sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Si lo que encontré durante el viaje fue una indicación, ciertamente hay algo que ambos disfrutan. Estoy seguro que encontrarán otros placeres.

Mis mejillas se calentaron. Sabía que Henry nos había encontrado besándonos, pero su falta de tacto al mencionarlo fue vergonzoso.

—Después de todo —continuó—, James disfruta de algunas cosas más que montar a caballo y hacer deporte. Le gustas excesivamente.

Sonreí, aunque sabía que Henry no podía saberlo con certeza.

—James es muy amable y afable. Incluso si no le gusta leer.

—Bueno, no todos podemos ser perfectos —dijo Henry con un afectado aire de grandeza. Me guiñó un ojo y atravesó el arco hasta que nos detuvimos dentro del patio de carruajes. Un hombre corrió hacia nosotros para sujetar las cabezas de los caballos, y Henry saltó del carruaje para ayudarme a bajar.

Si había algo bueno para contrarrestar la ausencia de James era asegurar mi amistad con Henry. Hacía mucho tiempo que había abandonado la idea de cualquier romance entre nosotros, y había llegado a considerar al hombre como a un hermano. Me alegré porque, aparentemente, él había hecho lo mismo.

Tomé su mano y entré al camino de grava marrón.

—Gracias, señor.

—Fue un placer. —Le entregó las riendas del caballo a un mozo de cuadra y me tomó de la mano para llevarme al interior de la casa—. ¿Tienes algún plan para esta tarde o te gustaría reunirte conmigo en la biblioteca para leer un poco?

—Eso suena encantador.

Capítulo 17

El domingo fue muy agradable, ya que lo dediqué en gran medida a la lectura, y no fue hasta el lunes por la mañana que me vi obligada a enfrentarme a mi suegra nuevamente. Ella actuó como si no hubiera intercambiado palabras incómodas entre nosotros, y me alegré al menos de no tener que revivir esa conversación en la escalera, nuevamente. Entregamos tarjetas en un puñado de casas cercanas, antes que Lady Edith se enfermara demasiado a causa del carruaje para continuar, y el resto del día transcurrió en relativo silencio, mientras escribíamos las últimas invitaciones al baile.

El lunes por la tarde me senté en mi tocador, mientras Fanny calentaba las tenacillas en el fuego creciente. Estaba debatiendo los méritos de pedir perdón y solicitar una bandeja en mi habitación, en lugar de asistir a la incómoda e íntima cena, cuando un sonido en la habitación de James me alertó de una presencia adentro. Su ayuda de cámara había viajado con él a York, por lo que no había motivo para que alguien estuviera en su habitación.

Seguramente, no estaba fuera de los límites de lo apropiado que una esposa echara un vistazo a la habitación de su marido, cuando él debía estar ausente de la casa. Después que la señora Prescott encontró a la doncella rebuscando en los cajones de Benedict el otro día, sentí que no tenía más remedio que asegurarme que la persona en la habitación de James tenía una razón justa para estar allí.

Fanny se acercó a mí por detrás y giré para mirarla.

—Escuchas eso, ¿cierto? ¿Alguien en la habitación de mi marido?

Hizo una pausa y entrecerró los ojos hacia la pared. Sonó un golpe suave y ella asintió.

—Sí, señora. Alguien está ahí dentro. ¿No se supone que volvería mañana?

—No, no es así. Mañana como muy pronto, más probablemente el miércoles. —Hice una pausa, mordiéndome el labio—. Debería echar un vistazo adentro, ¿no? Para asegurarme que todo esté bien, quiero decir.

Ella asintió con los ojos muy abiertos.

—Creo que es prudente.

Probablemente, la culpa era de *Los misterios de Udolfo*, pero mi cautela aumentó, a medida que me arrastraba hacia la puerta contigua. Sacudí las imágenes de espectros y villanos de mi mente y giré el pomo de la puerta, preparada para invocar a una presencia imponente para preguntar por qué alguien necesitaría estar en la habitación, mientras James estaba ausente.

La cerradura no estaba pasada, abrí la puerta y rápidamente entré para encontrar a James parado frente a su mesa de afeitar, sin camisa, y sosteniendo una cuchilla en su mejilla. Volteó hacia mí y perdí la capacidad de hablar. El pecho de James pertenecía a un hombre que regularmente participaba en peleas o trabajaba en el campo todo el día. Al respecto, su amplio pecho se estrechaba hasta una cintura estrecha. Un suave grito ahogado escapó de mi garganta y tropecé con algo que yacía en la alfombra frente a mí, cayendo con fuerza sobre mis rodillas.

James corrió hacia adelante y yo me puse de rodillas, sintiendo ya el calor sangrar en mis mejillas. Su bota yacía a mi lado y la enderecé.

—Perdona mi intrusión —dije, mirándolo. Fue una lucha levantar mi mirada hacia su rostro, pero lo logré—. Temía que un intruso estuviera rebuscando entre tus cosas.

James levantó una ceja y me alcanzó.

—¿Tu novela gótica ha empezado a llenarte la cabeza de tonterías?

Puse mi mano en la suya.

—No. Bueno, sí, me ha dado motivos para sentirme nerviosa por cada ruido inexplicable en esta casa, James, hay muchos, pero esto está justificado.

—¿Lo está? —Él me levantó.

—Encontraron a una criada revisando los cajones de Benedict. No podía permitir que alguien hiciera lo mismo aquí.

James hundió la barbilla y el jabón espumoso se pegó a su pecho cuando levantó el cuello.

—Seguramente, ¿ella todavía no trabaja aquí?

—Tu madre la relegó a las cocinas y le dio otra oportunidad. Pensé que fue muy amable de su parte brindar tal gracia.

James inclinó la cabeza un poco hacia un lado.

—No puedes saber cuánto me agrada que tú y mi madre hayan llegado a un acuerdo.

Excepto que no lo habíamos hecho. Lady Edith realizó un trabajo extraordinario, engañándome y haciéndome creer que me aprobaba durante mi semana inicial en Chelton, así que seguramente podríamos continuar con la farsa. No tenía esperanzas de cambiar su opinión, pero no quería arruinar el buen humor de James tan pronto. Había tiempo para determinar la mejor manera de plantearle el asunto.

Cuando mi propia mamá llegara a Chelton, ella sabría mejor cómo manejar las cosas. Estaba casi segura que cualquier cosa que dijera contra la madre de James solo lo pondría a la defensiva contra mí, y más alejado de lo que yo quisiera. No es que culpara a James, por supuesto. Era natural desear defender a la propia madre.

Su mano libre enroscó un mechón de mi largo cabello, alrededor de su dedo, y fui muy consciente de cómo mi cabello caía por mi espalda y en ondas sueltas sobre mis hombros. Necesitaba regresar con Fanny y terminar de preparar la cena, pero aún no estaba lista para dejar el lado de James.

—Has regresado temprano. —Intenté romper el silencio entre nosotros.

—En efecto. —Su pulgar frotó círculos sobre el dorso de mi mano, que todavía sostenía—. Nuestro asunto concluyó rápidamente y no encontramos ningún motivo para retrasarnos en York.

—Supongo que la señorita Northcott está bien. ¿O la has traído contigo a Chelton?

Su sonrisa se hizo más tensa bajo la espuma que la rodeaba.

—Preferiría hablar de ti. ¿Encontraste que la sociedad en Bakewell era todo lo que imaginabas?

Esta evitación del tema no auguraba nada bueno. Si hubiera sido una respuesta fácil, me la habría dado.

—Bakewell fue mucho más fácil de manejar de lo que esperaba. De hecho, Henry fue de gran ayuda. No podría haber conocido a tantas personas después del servicio religioso sin su ayuda.

Mi pecho ardía levemente al recordar que James le había pedido a Henry que me atendiera, pero reprimí mi culpa e irritación por eso. No era un bebé que necesitara una niñera, pero realmente no podía culpar a James por pensar eso después de haber presenciado mis reacciones poco sabrosas al bailar y montar a caballo.

—Recuérdame darle las gracias más tarde —dijo, tirando de mi mano para acercarme. El calor emanaba de su piel y levanté mi mano libre para limpiar la espuma jabonosa de su pecho.

—Estás haciendo un desastre —le dije.

—Y ahora es un desastre tuyo. —Tomó mi mano y pasó el dedo espumoso por su mejilla afeitada, y mi pulso se aceleró—. Te he extrañado, Felicity.

Y yo también lo había extrañado.

—No puedes comprender adecuadamente lo contenta que estoy que estés en casa.

Una expresión de leve sorpresa cruzó por su rostro, pero no pude creerlo.

—¿Lo pensaste de otra manera? —le pregunté.

—No sé qué esperar de ti. Me preocupaba que al besarte hubiera arruinado cualquier amistad que habíamos empezado a formar.

—Eso está lejos de arruinar nada, James.

—Estoy encantado de escucharlo. —Su rostro cubierto de espuma me impidió mostrarle exactamente cómo me sentía, pero deseaba poder haberlo hecho.

La puerta se abrió y apareció el ayuda de cámara de James, sosteniendo un esmoquin.

—Te dejaré para terminar de preparar la cena —dije, dando un paso atrás.

Su mano soltó la mía, y fue con un esfuerzo hercúleo que no le di otro barrido apreciativo a su torso, aunque sí me arriesgué a echar un vistazo rápido. Yo era solo una mortal.

Fanny me esperaba cerca del tocador, cerré la puerta contigua y tomé asiento. La sonrisa que jugaba en sus labios era evidencia que probablemente había escuchado mi conversación con mi esposo, y sentí el tono rosado que apareció en mis mejillas en el espejo.

—Me gustó lo que hiciste con mi cabello anoche —dije—. Era mucho más de mi gusto que un exceso de lazos o trenzas.

—Por supuesto, señora. Sin embargo, ¿podría recomendar solo una trenza? Lo mantendré pequeño, lo prometo.

—Muy bien.

Fanny me peinó y, cuando terminó, decidí que podía confiar en ella. Los primeros días y sus intrincados diseños probablemente habían sido sus intentos de discernir mis preferencias porque el estilo de esta noche era perfecto. Al igual que anoche, mi cabello estaba recogido en lo alto de mi coronilla con una trenza que rodeaba la masa de rizos. Me arreglé la bata y caminé hacia la puerta.

James no me había pedido que lo esperara, así que decidí bajar y esperarlo en la antecámara.

Tomé el chal de mi cama, me lo puse sobre los hombros y luego levanté la cabeza. No permitiría que las malas opiniones que Lady Edith tenía sobre mí arruinaran mi velada.

Fanny abrió la puerta para poder bajar a cenar, la seguí hasta el pasillo y me detuve. James se apoyó contra la pared opuesta, con los brazos cruzados pacientemente, mientras me esperaba. Tenía la cabeza volteada y el corte de su mandíbula bien afeitada quedaba ensombrecido por la luz, que arrojaba la lámpara de vela, la cual estaba en la pared junto a él. Mi vientre dio vuelta y una sensación placentera recorrió mi pecho.

¿Era normal sentir tantas ganas de ver al marido, después de haber dejado su lado menos de una hora antes? No estaba segura. Pero, nunca antes había sentido tanta emoción al ver a un hombre con una corbata blanca y un esmoquin negro, y lo había visto una y otra vez, así que sabía que esto era diferente. Lo que sentía por James era diferente.

¡Oh, mi querido! Me estaba enamorando de mi marido.

Darme cuenta de esto me sacudió y me detuve a mitad de camino para llegar a su lado. Se apartó de la pared y me ofreció su brazo, tragué saliva antes de tomarlo y permitirle que me llevara escaleras abajo. No hablamos durante el camino, lo cual fue una bendición, porque no sabía si podría decir algo de valor.

Si me permitiera amar a James, me pondría en desventaja. Me dolería más cuando él siguiera siendo nada más que un amigo para mí, y no estaba segura de querer vivir de esa manera.

Llegamos a la antecámara y el resto de la familia ya estaba reunida. Lady Edith miró a Benedict y a James con preocupación, y un ceño fruncido estropeó su hermoso rostro.

—Estamos todos reunidos —dijo en voz baja—. ¿Cómo está Dorothea? ¿Qué no me estás diciendo Benedict?

James me soltó y se acercó a su madre. Se inclinó hacia adelante y la besó en la mejilla.

—Es un placer verte a ti también, madre.

Ella alcanzó su brazo, pero él ya se había alejado, yendo hacia cada una de las dos puertas del pequeño salón, y cerrándolas. Se asomó por la que conectaba con el comedor y habló en voz baja con el lacayo, que probablemente estaba apostado al otro lado de la pared.

Esto debía ser serio, en verdad, y Lady Edith lo supuso por la preocupación que seguía creciendo en la frente de él.

Henry estaba sentado en una silla con las manos en los apoyabrazos, y la inquietud hundiendo su boca en un ceño fruncido. Ya debía saber lo que iban a decir los hermanos. Pero si él ya lo sabía, ¿por qué James no me lo pudo haber dicho arriba?

Benedict se apoyó en la chimenea vacía. La luz de las velas de la repisa bañaba su cabello rizado y caótico.

—Fuimos a la escuela, como se nos pidió —dijo finalmente, cuando James cerró ambas puertas—. Pero, Thea no estaba allí.

El disgusto de Lady Edith se convirtió en confusión. ¿Se ha adelantado a casa de Lord Claverley...?

—La directora no sabe a dónde ha ido, solo que Thea y algunas de sus posesiones desaparecieron el miércoles pasado.

James metió la mano en su abrigo y sacó una hoja de papel doblada de su bolsillo.

—Thea dejó esto atrás.

Lady Edith dio un paso adelante y tomó la nota, antes de avanzar hacia las velas de la cómoda.

"Querida señora Moulton: ha sido muy amable y encantadora, y lamento haber desaparecido de una manera tan aborrecible. De hecho, usted me ha enseñado mejores modales que estos, pero por razones que no puede comprender, por favor, debe creer que no tengo otra opción."

Ella bajó la carta y miró a James, con una expresión afligida en su rostro. El nombre "señora Moulton" me sonaba familiar, pero fue un reconocimiento tan débil que no pude ubicar dónde recordaba haberlo escuchado.

Lady Edith se aclaró la garganta y continuó leyendo:

"Por favor, no te preocupes. Estoy a salvo a donde voy en mente, cuerpo y virtud, y me encargaré que se les notifique sobre mi seguridad continua dentro de un mes. Por favor, no deseches mi baúl. Tengo la intención de recuperarlo tan pronto como pueda. Sinceramente, Dorothea Northcott."

Bajó el periódico y miró a James.

—Esta debe ser su mala idea de una broma. Dime que esa chica está ahora arriba preparándose para la cena.

—Ojalá pudiera. —James miró entre la puerta y yo—. Ben y yo pensamos que sería mejor regresar con esta información de inmediato, pero investigamos un poco en York, antes de irnos,

y lamento informar que no encontramos ninguna pista que indique dónde podría haberse desaparecido.

—O a quién pudo haber acudido —añadió Benedict—, aunque la señora Moulton estaba convencida que Thea no tenía ningún pretendiente. ¿Sorpresa, sorpresa?

—No quiero ninguna de tus ocurrencias hoy, Ben —espetó Lady Edith. Se acercó a la silla junto a Henry y se sentó en ella, mirando la carta como si contuviera un mapa del paradero de Thea o describiera sus razones para huir.

—¿Podría haberse ido a la casa de tu primo? —pregunté, mi voz era tan tímida como mis sentimientos.

—No. Si ese fuera el caso, no habría sentido la necesidad de pedirle a la señora Moulton que se abstuviera de buscarla. Ella no necesitaría ocultar cuál era su plan original. —Lady Edith bajó los ojos y se presionó las sienes con los dedos—. Esto es mi culpa. La presioné en una temporada, y debería haber escuchado cuando me dijo que no quería quedarse con el primo Matthew. ¡Debería haberla invitado aquí!

—Ella debe saber que siempre será bienvenida en Chelton —dijo Henry—. Has sido nada menos que una madre para la niña desde que ella murió. ¿Cuánto tiempo vivió aquí, antes de ir a la escuela?

—Más de un año —replicó James.

Henry levantó un brazo, como si James hubiera dejado claro su punto.

—Exactamente. Madre, cuidaste y apoyaste a Thea, como si fuera tu propia hija.

Lady Edith levantó la cabeza para mirar a Benedict.

—Tal vez ella se sentía cómoda conmigo, pero estoy segura que no hubiera deseado quedarse aquí.

Benedict levantó las manos, como si se rindiera.

—Me habría encantado dejar el local por ella. El albergue es tremendamente tentador en esta época del año.

—Thea es un alma demasiado gentil para soñar con dejarte afuera para su propia comodidad.

—¿Amable? —Benedict resopló.

—Suficiente, Ben —lo amonestó James en un tono autoritario—. Los hechos son los siguientes: Thea se ha escapado. No ha buscado refugio en Chelton ni en Claverley. No tiene otros conocidos que ni nosotros ni la señora Moulton conozcamos. ¿A alguien se le ocurre algo útil... que agregar?

Él se quedó viendo a Benedict.

El salón permaneció en silencio. Consideré la situación de la pobre joven y mi corazón se acercó a ella.

—Quizás eso no sea hacer la pregunta correcta —dije tímidamente. Esperé permiso para continuar, porque sentía que esta conversación estaba fuera de mis derechos, y sabía que ahora solo estaba incluida porque era miembro de la familia. James asintió hacia mí y continué—, si la señorita Northcott sintiera que no tenía más remedio que huir de su escuela, tal vez la pregunta que deberíamos plantearnos no es: ¿a dónde se fue? Más bien, ¿por qué se fue?

—El primo Matthew —sugirió Henry—. Tal vez no pueda soportarlo a él ni a Lady Claverley. No la culparía por esa opinión.

—O la caza del marido la próxima temporada —reflexionó James, frotándose la barbilla con una mano—. Ese era su objetivo al quedarse con Claverley, ¿no es así? ¿Para encontrar una pareja tolerable?

—Lo era —dijo Lady Edith—. Volvió a presionarse las sienes con los dedos y me pregunté si el dolor de cabeza del domingo no era inventado y, de ser así, ¿seguía persistiendo?

Me puse al lado de James y señalé a su madre.

—¿Deberíamos ir a cenar ahora y considerar el asunto en privado por un tiempo?

James soltó un suspiro de satisfacción y asintió.

—Creo que Felicity tiene razón. Comamos y reflexionemos sobre el dilema. Podemos volver a reunirnos después que todos hayan tenido la oportunidad de considerar qué es lo mejor que se puede hacer.

Entonces, tal vez alguien podría explicarme exactamente por qué esta familia se había ocupado tan exclusivamente del bienestar de la muchacha. Entendí la responsabilidad que sentía Lady Edith hacia su ahijada, sobre todo porque la pobre niña había perdido a su madre, pero, ¿dónde estaba el resto de su familia? ¿Dónde estaba su tutor?

James deslizó su mano en la mía y me empujó hacia la puerta.

—Por favor, siéntate a mi lado esta noche. No deseo separarme más.

Levanté la vista y encontré a Lady Edith mirándonos con el ceño fruncido.

Reprimiendo mi malestar, apreté sus dedos.

—Me encantaría hacer eso, por encima de todas las cosas.

Capítulo 18

El sol brillaba felizmente sobre el amplio césped detrás de Chelton, que era todo lo contrario de cómo me sentía. James se había tomado la libertad de colocar blancos en la parte larga y plana del césped para que pudiéramos dispararles flechas.

De hecho, esto era tan desagradable como parecía.

Coloqué mi flecha, exactamente como James me lo había mostrado, y la solté, solo para verla volar unas pocas yardas, y caer al suelo delante de mí.

—Te dije que soy terrible en el tiro con arco —repetí, avanzando para recoger mis flechas desechadas—. Participé en una competencia en el castillo Arden, el verano pasado, y fui derrotada terriblemente.

—Sí, pero, también estabas sosteniendo el arco incorrectamente. Ahora que te he enseñado correctamente, será una experiencia completamente diferente. —Inclinó la cabeza y entrecerró los ojos ante el brillante sol—. Dime, ¿es al menos un poco más divertido, cuando juegas contra mí?

Me agaché para recoger una flecha y me enderecé para encontrar a James mirándome, esperando por una respuesta. No era más agradable simplemente porque él estaba cerca, pero sí disfrutaba estar cerca de él. Después de la abundante cena que habíamos compartido con su familia la noche anterior y la confirmación que nadie (hasta esa mañana) había determinado qué era mejor hacer con la señorita Northcott, este pequeño descanso de la sofocante casa era bienvenido. Incluso el mismo sería más bienvenido, si no me obligaran a disparar flechas que no quería lanzar.

Me golpeé la barbilla con un dedo enguantado.

—Ahora que lo pienso, es mucho mejor perder contra ti que ser derrotada por mis primos.

James emitió un sonido entre una burla y una risa. Dio un paso deliberado hacia adelante y mi cuerpo se congeló. Su sonrisa traviesa coincidía con sus pasos cuidadosos, y me encontré retrocediendo, siguiéndolo paso a paso.

—¿No quiere decir que usted no se está divirtiendo, señora Bradwell? —bromeó—. ¡Esto nunca será suficiente! Debo idear una manera de salvar el resto de nuestra tarde, juntos.

James aceleró y yo chillé (un sonido que no solía escapar de mis labios) y di la vuelta para correr. Apenas había recorrido una yarda, antes que el brazo de James rodeara mi cintura y me atrajera hacia él.

No podía permitir que ganara tan fácilmente en todo lo que hizo hoy, así que le torcí la mano hasta que me soltó, recogí mis faldas y corrí hacia el jardín.

James, después de un momento de asombro, se puso a perseguirme. Llegué al espeso seto que bordeaba el jardín y salté detrás de un árbol, evitando por poco su mano, que agarraba mi falda. No pude evitar reírme y él respondió de la misma manera. Giré para mirarlo e imité sus movimientos, manteniendo el árbol entre nosotros.

—Me rompes el corazón, Felicity —dijo, burlándose de la tristeza.

—Bueno, debo ganar en algo hoy.

James se rió, arremetiendo hacia mí y salté hacia atrás, justo a tiempo, para evitar su agarre. Pero mi talón se enganchó en algo sólido, y antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, caí hacia atrás, en una fuente, aterrizando con fuerza sobre mi trasero en el estanque poco profundo. El agua fría se filtró a través de mi bata, quitándome el aliento de los pulmones. Compartí una

mirada atónita con James hasta que la alegría apareció en sus labios y en las arrugas que rodeaban sus ojos.

—Sí, ríete —dije, dándole permiso. Me pellizqué la falda empapada y la saqué del agua, antes de dejarla caer de nuevo con un golpe. Mi pecho se revolvió con las risas que lo acompañaban, y me empujé hacia arriba para salir de la fuente de agua, pero el fondo estaba resbaladizo por una capa de musgo y limo, y mis manos se resbalaron, sumergiéndome más bajo el agua.

—¡Cielos! Mujer —dijo James, riéndose más fuerte—. Permíteme ayudarte.

Me quité los guantes empapados y los tiré al suelo cerca de sus pies, luego tomé su mano y él contuvo el aliento, cuando nuestra piel se encontró.

—Eso es muy frío.

Mis cejas se alzaron.

Él se rió suavemente.

—Aquí, permíteme…

—¿Acompañarme? —pregunté, terminando su frase. Tiré con fuerza y una breve mirada de horror cruzó por su rostro, antes que él perdiera el equilibrio, y cayera a la fuente, a mi lado. El agua salpicó a su alrededor y me empapó la cara, y jadeé, limpiándome las gotas de los ojos.

—¡Frío! —exclamé.

—Te lo mereces —murmuró James, sacudiendo la cabeza como un perro mojado. Se puso de rodillas, pero no debió anticipar lo resbaladizo de la fuente y volvió a caer boca abajo.

No pude evitar la risa estrepitosa que salió de mí. Fue casi imposible contenerla, una vez que comenzó, y me agarré el abdomen mojado y me incliné hacia adelante, riéndome de la triste y húmeda imagen que hicimos.

Cuando pude contener mi alegría, una vez más, le sonreí a James y él sacudió la cabeza con tristeza.

—Te ves…

—¿Como una rata ahogada? —pregunté, recogiendo un rizo flácido, que se había liberado de mi peinado, y lo dejé caer sobre mi hombro con un golpe.

James, ahora estaba completamente rendido y sentado en el agua, a mi lado. Él levantó mi mechón de cabello y lo enrolló alrededor de su dedo.

—No, nada como las alimañas… Estás brillando.

—Creo que quieres decir que estoy brillando, debido al sol que golpea mi piel húmeda.

—No, quise decir brillante.

—¿Con mi vestido arruinado y mi cabello desordenado? —Me burlé—. No soy inmune a los halagos, señor, pero solo puedo tolerar las falsedades, cuando al menos son creíbles.

Se puso serio, tirando suavemente de mi rizo para acercarme más.

—Ciertamente, puedes creerme, Felicity. Nunca te mentiré. Ni sobre esto ni sobre nada más.

La sinceridad en su tono provocó que un temblor recorriera mi cuerpo, o tal vez fuera por el frío. Pero independientemente de su origen, me encontré todavía inclinada hacia adelante, sentada en el agua, con mi bata flotando hasta la parte superior del estanque poco profundo. James soltó mi rizo y deslizó su mano húmeda alrededor de mi nuca.

—¿Ya te dije cuánto te extrañé, mientras estuve fuera? —murmuró.

Lo había hecho varias veces.

—¿Quieres decir que Benedict no pudo brindarte suficiente entretenimiento para mantenerte ocupado durante tu viaje?

—Creo que su gusto por el entretenimiento y el mío no se combinan tan fácilmente como antes.

Apoyé mi mano en la solapa mojada de su abrigo y todavía me incliné hacia adelante, cuando el sonido de relinchos y crujidos, sobre la grava, me alertaron de la presencia de alguien. Me recliné, esperando ver, a través de los árboles, quién podría estar llegando a los establos.

Un carruaje se detuvo por delante, cuyos lados lacados de amarillo brillaban en contrate con la piedra pálida del edificio.

—James, ¿quién es este?

Giró la cabeza y la levantó ligeramente para ver.

—¡Ay! Parece que tienes personas que te llaman.

—¿Por qué a mí?

—Porque los Dodwell ciertamente no estarían aquí para ayudarme. Y tú eres la novia. Es una conclusión natural.

—¡Oh! —Arrugué la nariz—. No puedo encontrarme con ellos así.

James apoyó su frente contra la mía.

—¡No! Me atrevo a decir que no puedes. —Dejó un beso en el borde de mi nariz, antes de moverse hacia el lado del estanque menos profundo y salir. Una vez que estuvo seguro en el suelo seco, se quitó el abrigo empapado, se aflojó la corbata flácida y extendió una mano hacia mí—. Permíteme ayudarte esta vez, ¿eh?

—Por supuesto —dije, burlándose de la afrenta—. No soñaría de otra manera.

No pude evitar observar los músculos de sus brazos, debajo de la manga transparente y mojada, tensarse y moverse, mientras me sacaba sin esfuerzo del agua. Los brazos no se formaban así sin algún esfuerzo.

—James, ¿Participas en peleas a puñetazos?

—No es frecuente —dijo—. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé por qué.

Me miró de reojo.

—Ven, déjame llevarte adentro.

Mis faldas pesadas acumularon agua alrededor de mis tobillos y me agaché para recuperar mis guantes. Me quité los zapatos para poder caminar más fácilmente.

El sonido de una conversación femenina llegó hasta nosotros y James tomó mi mano y me empujó detrás del seto. Los rosales nos rodeaban y el dulce olor de las flores flotaba agradablemente sobre nosotros.

—¿Por qué nos escondemos?

Su rostro estaba solo a unas pulgadas del mío.

—A menos que quieras que te vean tal como eres, te propongo que esperemos hasta que los lleven al salón, antes de subir las escaleras.

—Fantástica idea, James. Preferiría no atenderlos en absoluto, y mucho menos verme obligada a explicar por qué parezco una ahogada...

—¿Como una mujer hermosa? —Arrancó una rosa blanca del arbusto cercano y le quitó la espina de su corto tallo. James lo colocó detrás de mi oreja y sus dedos rozaron el cascarón de mi oreja, haciendo que un escalofrío recorriera mi cuello.

Me miró y su voz se suavizó.

—Si prefieres no reunirte con los Dodwell, entonces no es necesario que vayas.

—No puedo ignorarlos, simplemente porque no deseo sentarme a hablar hoy. —Nunca habría un día en el que deseaba sentarme y hablar con extraños.

—No puedes hacer eso cada vez que llega una persona que llama, pero puedes hacerlo hoy. ¡Estás empapada, Felicity! Cuando te hayas cambiado y te hayas arreglado el pelo... —Levantó un mechón mojado de mi hombro para dar énfasis, ya había más pelo fuera del moño del que estaba sujeto—. Los Dodwell seguramente estarán en camino otra vez.

Su razonamiento era sólido, pero aún así…

—No quisiera que percibieran mi ausencia como un desaire.

—Estoy seguro que mi madre, en este mismo momento, está aseverando que te encuentras ocupada con alguna actividad necesaria.

—¿Tú lo crees? —pregunté, esperanzada.

Su amplia y brillante sonrisa me llegó hasta el fondo.

—¡Sí! Su trabajo como anfitriona es asegurarse que no perciban tu ausencia como un desaire, y es experta en sortear excusas, cuando son necesarias. Ha tenido mucha práctica en excusar el comportamiento de sus tres hijos, por lo que eres una incorporación fácil.

Pero no era su obligación ponerme ninguna excusa en absoluto. La inquietud se apoderó de mi pecho y volví a mirar el carruaje amarillo brillante, que había traído a nuestros invitados de visita. No vinieron por Lady Edith. Vinieron a verme. Eludía mis deberes evitándolos, y echando mis responsabilidades a una mujer, que prácticamente me había desafiado a demostrar mi valía.

Esto de ninguna manera demostraba mi valía.

—¿Estás lista para entrar? Creo que ahora se encuentran en el salón.

Necesitaba estar ahí con ellos. Levanté mis faldas, unas pulgadas del suelo, y el agua brotó en un chorro constante desde el borde. Me reí entre dientes, balanceándome hacia adelante hasta que mi hombro lo rozó a él.

—Estoy lista para ponerme algo cálido y seco. Pero debo ser rápida porque planeo unirme a ellos, si puedo. Es mi deber hacerlo y espero tomarlo en serio.

James ya no se reía. Eché la cabeza hacia atrás y miré sus ojos de color verde-marrón. Su mirada penetró en mi alma con intensidad, y el vértigo del último cuarto de hora me abandonó apresuradamente. Algo muy pesado cayó sobre mi pecho y respiré lentamente por la nariz.

—Me estás poniendo nervioso, James —le dije.

Pareció sacudirse y una sonrisa fácil apareció en sus labios.

—Perdóname. Me perdí en mis pensamientos.

—¿Qué pasa?

—Algunas cosas —dijo, levantando su hombro mojado con un simple encogimiento de hombros—. Tú, sobre todo. Ocupas gran parte de mis pensamientos estos días.

—Espero que no sea de una manera preocupante.

—No lo encuentro preocupante, aunque mi lamentablemente larga lista de cosas que debo hacer no ha hecho más que crecer, desde que nos conocimos. No has sido buena para mi concentración.

—Mis disculpas. ¿Me hago cargo de tu lista? No sería una buena jefa de tareas, pero puedo dar lo mejor de mí.

—Quizás debería aprovechar tu amable oferta. ¿Cuál es mi primera tarea?

—Verme a salvo adentro sin toparme con otra alma viviente.

—Me gustan los buenos desafíos. —James me tomó de la mano y me llevó hacia una pequeña puerta trasera. Entramos por el pasillo de servicio, y él me llevó por una estrecha escalera de madera hasta otro pequeño pasillo.

—Conoces bien tu camino por aquí.

—He estado evadiendo a mi madre durante veintiséis años. Tengo la práctica.

—¿No estás más cerca de los treinta? —pregunté.

James lanzó una mirada confusa por encima del hombro.

—¿Crees que es así?

Pensaba de esa manera. No me sorprendería que hubiera admitido tener más de treinta años. Su porte general era tan refinado que su conocimiento parecía infinito.

—Pareces así… tan maduro.

—Tú también pareces madura, Felicity. ¿Tienes cuarenta años?

Me reí. Él me tenía allí.

—Veinte y dos, te lo agradezco.

Llegamos a nuestras habitaciones. James soltó mi mano y se inclinó dramáticamente con su chaleco tirando de su camisa mojada.

—Hasta esta noche.

Hice una profunda reverencia.

—Hasta entonces.

Entré en mi dormitorio. Mi corazón se aceleró por las escaleras y el hombre que me guió hasta ellas.

Esto fue inconfundible. Amaba a James. Y ahora necesitaba darme prisa y cambiarme de vestido para poder demostrar que también era digna de él.

Capítulo 19

Lady Edith celebró una corte real en su salón durante el resto de la semana. Ella era perfectamente afable, hacía exactamente las preguntas correctas a sus invitados para llevarlos a hablar sobre sí mismos, y era la viva imagen del aplomo. Me faltaba mucho por recorrer, antes de poder alcanzar el dominio que ella había logrado como anfitriona, aunque sabía que nunca lo lograría. Eso estaba fuera del ámbito de mis posibilidades. Mis defectos se alineaban perfectamente junto a sus virtudes, cada uno de ellos, como si fueran un conjunto de vestir.

El té en mi taza se estremeció, cuando lo llevé a mis labios y tomé un largo sorbo del líquido caliente. La señorita Whitstone se sentó a mi lado en el sofá, mientras su madre conversaba activamente con Lady Edith, frente a nosotras, y yo me concentré mucho en mi té, mientras ideaba una manera de hablar en privado con la señorita Whitstone.

James había sido la imagen de la perfección, durante toda la semana, desde que regresó de York, y cuanto más dejaba claro su afecto por mí, más profundamente necesitaba saber por qué él y esta mujer, tranquila y discreta, no encajaron.

Ella era excesivamente reservada y no creía que quisiera estar aquí. Sus ojos se dirigieron a la puerta con cada sonido en el pasillo, y me pregunté, si estaba buscando a alguien en particular. ¿Se sentiría aliviada o decepcionada, si le ofrecía una forma de salir de casa?

—Dígame, señorita Whitstone —expresé, colocando mi taza en la pequeña mesa frente a nosotras—. ¿Has tenido la oportunidad de caminar por los jardines recientemente? Las rosas blancas han florecido y son un espectáculo digno de contemplar.

—Ha pasado algún tiempo desde que caminé por el jardín de Chelton —dijo en voz baja.

Hubo un momento de silencio entre nosotras, y ella no dijo nada de las rosas. ¿Eso significaba que ella no estaba interesada? Quizás debería haber formulado mi pregunta de otra manera. Parecía que sería necesario un enfoque más directo.

Me aclaré la garganta.

—¿Te gustaría ver las rosas?

—No me gustan mucho las rosas, en general, pero no me importaría caminar por el jardín.

¿No te importaban las rosas? Ella logró robarme una respuesta inmediata y me volví hacia mi suegra, quien encontré mirándonos de cerca.

—Creo que saldremos a pie, si le parece bien.

—Por supuesto —dijo Lady Edith.

Lady Whitstone miró a su hija de reojo.

—No olvides apretarte el capó, querida. Cuando llegamos detecté un viento que no estaba presente en el pueblo.

—Por supuesto, mamá.

Recuperé mi sombrero y un chal para protegerme del viento, y poco después nos encontramos deslizándonos por los escalones de piedra pálida hacia la hierba exuberante. El camino de grava marrón nos llevaría más allá de los establos y hasta los jardines, y entonces estaríamos completamente solas.

Nuestros pasos crujientes nos llevaron hacia los jardines, y el sol caía sobre nuestros sombreros, pero no se me ocurrió nada que decir.

¿Qué había estado pensando? No podía encontrar una manera de obligar a esta mujer a hablar, y si lo hubiera hecho, ella no encontraría a la nueva esposa del hombre que la rechazó,

como una digna beneficiaria de sus opiniones. Un par de pinzones descendieron sobre nuestras cabezas y se deslizaron hacia las ramas de un árbol más adelante. Sus dulces cantos rompieron el silencio.

Sería mejor comenzar con temas neutrales.

—Si no es la rosa, ¿cuál es su flor favorita, señorita Whitstone?

Ella no respondió por un momento y me pregunté si escuchó mi pregunta.

—Soy partidaria de los narcisos.

—Esos son encantadores. —Estuve de acuerdo—. Siempre pensé que parecían trompetas diminutas, y que serían perfectos para un hada pequeña que necesitara un amplificador.

La señorita Whitstone me miró extrañada y tomamos el camino para entrar a los jardines.

—Las hadas no son reales.

—No, claro que no. Solo quise decir… en un mundo imaginario, serían perfectos para tal cosa.

La señorita Whitstone no se molestó en responder y me sentí extraordinariamente tonta. Su apatía hacia las rosas implicaba que no poseía un corazón demasiado romántico, y su respuesta sincera a mis pensamientos de hadas me llevó a creer que no tenía imaginación, por lo que no debía ser una lectora ávida. Odiaba pensarlo, pero hasta el momento la señorita Whitstone había demostrado ser algo aburrida.

Seguimos por el seto y no me molesté en señalar las rosas blancas, cuyas flores perfumaban el aire con una leve dulzura, porque de todos modos ella no las apreciaría.

Al menos, no como lo hacía yo. La flor que James había escondido detrás de mi oreja, ahora colgaba del poste de mi cama, para que pudiera conservar su dulzura para siempre.

Aunque no estaba segura si alguna vez volvería a oler una rosa blanca, sin pensar en el ridículo espectáculo que James y yo hicimos, en la fuente.

Caminamos entre los distintos arbustos y flores, rodeando setos y bordeando árboles adornados con pinzones. El olor persistió, siguiéndonos, y no pude evitar pensar en mi marido. La señorita Whitstone caminó a mi lado, a través de los diversos senderos entrelazados, ignorando silenciosamente la flora en exhibición.

—¿Has vivido en Bakewell toda tu vida? —pregunté, cansada del silencio que acompañaba nuestros pasos crujiendo por la grava.

—Sí… mi madre es muy amiga de Lady Edith, desde hace más tiempo.

¿Ella me respondió de inmediato y añadió un detalle propio? Sentí que esta mujer me había bendecido por tantas palabras, cuando algunas eran raras en sus labios. Aparté el pensamiento sarcástico. Necesitaba concentrarme. Tenía una misión aquí.

—Por lo que presencié el domingo, la sociedad local es grande y está profundamente conectada. Supongo que la mayoría de las familias llevan aquí mucho tiempo.

—La mayoría de ellas, sí, lo cual ha resultado ser tanto una bendición como una maldición.

—¿De qué manera?

Su mirada se dirigió hacia mí, antes de centrarse nuevamente en el camino que recorrimos.

—No converso fácilmente con extraños, ¿sabes? Así que la bendición reside en que la mayoría de nuestros vecinos no son extraños.

—¿Y la maldición?

Su nariz se arrugó.

—Que cada vecino, al tener relaciones con amigos desde hace tanto tiempo, se siente en deuda con un grado de intimidad, que no le doy fácilmente a nadie.

Tuve que admitir que estaba de acuerdo con ella, en cuanto a la naturaleza abrumadora de

tal sociedad. Desde que entregué mis tarjetas y me presenté el domingo, había recibido un sinfín de llamadas a lo largo de la semana.

Aquí era donde la señorita Whitstone y yo éramos similares.

—No puedo soportar estar en eventos sociales, cuando no conozco bien a la gente, e incluso cuando la conozco bien, un número demasiado grande destruirá mis pobres nervios.

La señorita Whitstone se detuvo y me miró.

—¿Realmente?

¿Había dado la impresión de lo contrario?

—¡Sí! Lucho inmensamente en cualquier situación social. Las multitudes en sí no me molestan tanto como la atención. Así que bailar o cualquier cosa que requiera que me ponga delante de un grupo es un desafío excesivo.

—Eso es difícil de creer, señora Bradwell. Te comportas con tanta dignidad y gracia.

Una risa muy indigna y poco elegante salió de mi garganta.

—Solo espera hasta el baile que dará mi suegra a fin de mes. Si no me desmayo al final del primer set, será un milagro. Prefiero leer y dibujar a cualquier situación que requiera un esfuerzo físico, o hablar con alguien que no conozco bien.

La señorita Whitstone entrecerró la mirada por encima de una suave sonrisa.

—Quizás deberíamos habernos escapado a la biblioteca, en lugar de ir a los jardines. Entonces, ambas podríamos sentarnos en el silencio, que claramente preferimos.

Intenté no sentir su corte involuntario. La honestidad de su dardo agudizó su punta, pero no sentí que la mujer tuviera la intención de lastimarme, solo decir la verdad.

—Entonces, ¿te gusta leer?

—No, pero disfruto de la tranquilidad, y que no me obliguen a conversar con un extraño.

Efectivamente, yo tenía razón y la señorita Whitstone carecía de afición por los libros y de una imaginación activa. Evidentemente, ella también carecía de tacto.

—Entonces, ¿tal vez podamos rodear el jardín, una vez más en silencio, antes de regresar al salón? —sugerí.

—Eso sería agradable.

Continuamos por el sendero y dejé que mi chal se deslizara por mis hombros y se arrastrara detrás de mi espalda, ya que el sol proporcionaba más que suficiente calor. Pasamos por la fuente poco profunda, en el centro de los jardines, y mi corazón dio un vuelco al recordar la escapada de principios de semana.

James no había sido más que amable y atento, sin importar cuán poco atractiva pudiera ser su idea de cortejar. Desde la actividad de tiro con arco, me llevó a dar un largo paseo en su carruaje y se ofreció a enseñarme a disparar, lo cual rechacé cortésmente. Estaba segura que pronto me propondría un partido de críquet o clases de esgrima. El consejo de Henry de encontrar una actividad, que ambos disfrutáramos, se estaba volviendo cada vez más atractivo, pero cada vez menos probable.

Excepto, por supuesto, los besos. Una actividad que disfruté muchísimo, pero en la que solo había participado una vez.

Supuse que la total falta de eso hacía que nuestro cortejo pareciera aún más auténtico. Porque si no estuviéramos casados, ciertamente, no nos besaríamos.

Una sombra pasó por el camino sobre nosotras, y miré hacia arriba para encontrar a Henry caminando en nuestra dirección. La señorita Whitstone se detuvo de repente y respiró hondo.

—Buenos días, Felicity. Señorita Whitstone —dijo Henry, inclinándose ante nosotras. Dirigió su atención a nuestra invitada—. Me han enviado a buscarte desde el salón. Tu madre

está lista para irse.

La señorita Whitstone asintió y sus mejillas se llenaron de un color que, apuesto, no tenía nada que ver con el calor del día. ¿Tenía algún afecto por Henry? Quizás eso explicaba por qué James no se creía la pareja adecuada para esta mujer tranquila.

Permanecimos en un silencio incómodo, un momento más, antes que yo moviera mi brazo hacia Chelton.

—¿Debemos?

Henry caminó a mi lado, la señorita Whitstone al otro, y nos dirigimos silenciosamente hacia la casa. Cuando por fin llegamos al salón, nunca me había sentido tan feliz y aliviada de librarme de una visita, aunque casi nunca disfrutaba cuando la gente venía a visitarme.

Mientras los Whitstone se despedían, un lacayo me entregó una carta, en una bandeja de plata. La tomé, le di las gracias, y esperé a que escoltaran a las mujeres, antes de cruzar hacia la ventana para abrir la misiva, a la luz del sol.

La dirección en el frente estaba escrita con la letra familiar de mi madre, y estaba ansiosa y emocionada por lo que pudiera contener. No me había separado de mis padres, durante tanto tiempo en toda mi vida, y estas últimas semanas habían sido todo un desafío para afrontar mis nuevos roles, sola. Necesitaba la mano guía de mi mamá, ahora, más que nunca.

Desplegando la hoja de papel, incliné mi cuerpo lejos de la ventana para que la luz del sol brillara sobre la carta.

“Mi querida Lissy—

Espero que estés disfrutando de tu estancia en Chelton y yo también estoy ansiosa por ver el glorioso edificio. He oído que es la propiedad más hermosa de todo Lake District, por no menos de cinco fuentes, desde que te casaste, pero no es de extrañar que tengas una casa tan grande, cuando tu marido posee seis mil al año. No puedo creerlo, pero, el hecho sigue siendo indiscutible. Es un bálsamo saber que siempre estarás atendida.”

Hice una pausa y bajé un poco la carta, frunciendo el ceño. Ese número sonó con familiaridad. *“¿Seis mil al año?”* Una vez afirmé que no necesitaba esos ingresos, y mi madre respondió que yo preferiría libros a libras en esa cantidad. No estaba equivocada, y de repente me di cuenta que el hombre del que la señora Ormiston debía haberle estado hablando a mamá, durante el baile de Hutton, era James. ¡Mi James!

Había declarado que no tenía ningún interés en esa suma de dinero. Mirando ahora el adornado salón, mi opinión se mantuvo firme. Si hubiera estado escuchando más de cerca los chismes de la señora Ormiston (incluso si hubiera escuchado el apellido de James en esa conversación), ¿habría elegido un resultado diferente después que nos encontramos juntos? ¿Habría optado por escapar a la casa de Jane en Escocia, soltera y envuelta en un escándalo?

James estaba empezando a poseer mi corazón, pero su patrimonio y sus requisitos para mí eran mucho más de lo que había anticipado, y si tuviera la oportunidad de alejarme de esto, no sabía qué haría.

Nuevamente, saqué la carta, a la luz, apenas consciente de las voces que regresaban al salón.

“*Con el más profundo pesar escribo para decirte que tu padre y yo debemos posponer nuestra visita por un tiempo. La señora Hutton nos ha invitado a la fiesta de su casa y hemos decidido asistir de camino a Chelton. Interrumpirá el viaje, pero el evento no comenzará hasta*

el veintitrés de este mes, así que me temo que no llegaremos a tiempo para tu baile.

Ya sabes cuánto le encanta pescar a tu padre. Se sabe que el señor Hutton ofrece bastante caza, y los peces en su lago siempre son abundantes. Seguramente, puedes perdonarnos por permitirnos esta pequeña diversión para tu padre. Ha sacrificado tanto por nosotras, durante la temporada, asistiendo a todos los eventos, a los que no quería asistir, que no puedo negarle este regalo.

Se podría esperar nuestra llegada cerca del doce de julio.

Todo mi amor,

Tu devota mamá."

Bajé la carta nuevamente con un suspiro. "Devota" fue quizás algo exagerado. En ese momento, sentí más profundamente el abandono que la devoción. Lady Edith, Henry y James entraron en el salón, y los enfrenté.

—¿Hay un lago cerca, James? ¿O alguna buena pesca?

—Sí —dijo de inmediato con los ojos brillantes.

Me di cuenta de mi error y maldije mi lengua irreflexiva.

—¿Disfrutarías ese pasatiempo? —preguntó.

—No, solo estaba pensando… Cuando venga mi padre, pero que no se entere. —Mi mezquindad se sentía como una manta gruesa e incómoda, y aparté la suciedad que se arrastraba sobre mi piel. Me apresuré a enmendar mis palabras, suavizándolas con una sonrisa—. Porque seguramente rogará estar allí, día tras día, si lo sabe.

—Considéralo anotado —dijo James, aunque pareció darse cuenta que había más en mi extraña petición de lo que había dejado entrever.

Lady Edith se sentó en el asiento que había ocupado anteriormente y empezó a bordar. Henry estaba a su lado con un libro. James cruzó hacia mí con su oscura frente arrugada.

—¿Qué ha sucedido?

Sacudí la cabeza y traté de sonreír, como si la negligencia de mis padres no me hubiera ahuecado ni me hubiera hecho sentir más sola. Esperaba que ya me hubieran extrañado lo suficiente, como para desear verme de inmediato, pero solo parecía que se habían liberado de mi presencia limitante.

—No es nada. Mis padres pospondrán su visita casi un mes. Seremos honrados con su presencia en julio.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Era solo eso… —Observé su seria mirada verde-marrón y me tragué mis palabras. No podía admitirle a este hombre que la vida que me había dado era abrumadora. ¿Cómo podría herir u ofender a alguien que intentaba complacerme de manera tan constante?

Cuando se quejó levemente de las ardientes señoritas que competían por su atención la noche que nos conocimos, no tenía idea que él fuera objeto de tales chismes y atención por su dinero, más bien había asumido que las jóvenes estaban detrás de él porque era muy guapo. Su suposición que había estado intentando atraparlo esa noche tenía ahora mucho sentido, junto con su mención que toda la alta sociedad seguramente creería eso de mí.

Era un caballero rico y apuesto que había asistido a la temporada con la intención de encontrar a una esposa. Ahora no podía decirle cuán profundamente no encajaba en su vida, o cómo había dependido de la guía de mi madre para encontrar mi camino hasta aquí.

La mirada inquieta de James pareció volverse más preocupada, así que me conformé con

una verdad diferente.

—Extraño a mis padres.

—Por supuesto que sí. —Tomó mi mano y frotó su pulgar a lo largo del dorso, y me pregunté si sabía que había frotado mi vieja quemadura de cera de vela. ¿Fue una coincidencia o simplemente el lugar natural donde cayó su pulgar? No pude evitar pensar en nuestro baile tranquilo, en la oscura biblioteca, cada vez que él me tocaba de esta manera, y me preguntaba, si él recordaba el mismo momento.

La señora Prescott entró en el comedor, robándonos la atención.

—¿Sí? —preguntó Lady Edith.

—Hay algún problema con la criada, señora. La que fue encontrada en la habitación del amo Benedict.

—¿Más problemas? —Lady Edith se inclinó para guardar su bordado—. ¡Cielos!

James apretó mi mano y la soltó.

—¿No es esto algo en lo que debería incluirse a Felicity?

Lady Edith hizo una pausa y me miró. De inmediato pude discernir la desconfianza en su mirada. ¿Había sido siempre así? ¿Había estado ciega, antes que ella me lo revelara?

—No creo que sea necesario…

—¡Tonterías! —dijo James claramente. Su voz resonó en el salón con autoridad—. Eres la señora de Chelton, querida. Es completamente necesario que usted participe en los problemas que ocurren debajo de las escaleras.

La irritación brilló en los ojos de mi suegra. No sabía cómo, pero probablemente James había empeorado la situación para mí.

Mientras tanto, la mirada preocupada de la señora Prescott oscilaba entre Lady Edith y mi persona. Le di a la una sonrisa amable y un gesto de asentimiento.

—¿Podemos atender esto todas juntas?

—Por supuesto, madame.

Lady Edith inició la marcha desde la habitación y yo la seguí con la señora Prescott cerrando la fila. Una frialdad helada surgió de Lady Edith, en oleadas, y supe de inmediato que no estaba más cerca de demostrar mi valía, que antes de los cuatro días anteriores de llamadas incesantes. Mis intentos de parecer refinada, elegante y amable habían fracasado, y después de la tensión y el costo, que me había costado el esfuerzo, estaba segura que no podría seguir así para siempre.

La esperanza menguó en su estrecho y sencillo agarre, y la vi revolotear con el viento y lejos de mi alcance, como los pinzones de afuera, volando hasta desaparecer por completo.

Capítulo 20

La señora Prescott miró hacia la puerta de su sala de estar con los labios apretados. Estaba oscuro debajo de las escaleras y la falta de luz contribuía al ambiente oscuro que nos rodeaba.

—La habría despedido en el acto, pero pensé que usted quiere ocuparse de esto, madame.

—Tenías razón —dijo Lady Edith. Le hizo un gesto a la señora Prescott para que nos abriera la puerta y entramos en la habitación.

La doncella en cuestión estaba sentada en una mesa y seguí a Lady Edith al interior, y esta no era la primera vez que lo hacía, desde que llegué a Chelton. La habitación oscura era pequeña, aunque estaba bien equipada, y la ventana en lo alto de la pared estaba abierta para permitir la entrada de algo de luz. Los ojos muy abiertos de la doncella oscilaron entre Lady Edith y yo, y sentí su pánico. Incluso yo también estaría aterrorizada de estar en su posición.

Sin embargo, ella misma se lo había buscado.

Lady Edith abrió la boca como si fuera a hablar, luego volteó hacia mí y enarcó las cejas como si me diera permiso para continuar. ¡Qué desagradable fue James y su interferencia! Estaría feliz de permitir que su madre manejara este tipo de situaciones. Todavía tenía que aprender de ella todo lo que necesitaba saber. Me obligaron a actuar con solo un vistazo rápido al guión.

El silencio procedió a colgar incómodamente sobre nosotras como un tapiz incómodo, y me dirigí hacia la doncella rubia.

—¿Puedo escuchar la situación en tus propias palabras, por favor?

Parecía confundida, pero rápidamente se levantó e hizo una reverencia.

—No estaba rebuscando en ningún cajón, lo prometo.

Ese no era el informe que habíamos recibido.

—Te vieron registrando los cajones de Benedict dos veces...

—No, por mi señora...

—¡Cállate la lengua! —espetó la señora Prescott—. No interrumpirás a tus superiores.

Respiré, segura que me estaba entrometiendo en cosas muy por encima de mis capacidades. Le di al ama de llaves una sonrisa atrevida y volví mi atención a la criada.

—¿No, por quién?

Ella tragó.

—No busqué en los cajones del señor Benedict, lo juro. La señora Prescott no me vio con sus propios ojos.

Ese fue un desarrollo interesante.

—¿Quién te vio?

—Janet.

No tenía ni idea de quién era. Miré al ama de llaves en busca de su opinión.

—Janet ha sido criada aquí durante casi cinco años —dijo Lady Edith con su atención en la sirvienta—. Y usted ha estado a nuestro servicio por menos de un año.

—¿Dónde está Janet? —pregunté.

—La encontraré —dijo la señora Prescott, aunque por la desaprobación en su rostro pude ver que no le gustaba que se lo hubiera pedido.

Una vez que se fue, volví mi atención a la criada.

—¿Cómo te llamas?

—Molly Thompson, madame.

—¿Por qué Janet tendría motivos para mentir sobre lo que vio?

—Porque ella me odia. Ella cree que estoy intentando llamar la atención del señor Marland, pero no es así. Lo juro. —Ella sacudió la cabeza violentamente—. Necesito este trabajo, madame. Mi madre necesita el dinero y no puedo perderlo. Nunca haría nada que pusiera en riesgo mi lugar aquí.

—¿Señor Marland? —Miré a Lady Edith.

—El carnicero —añadió.

—No es él. El hijo del carnicero es el que le gusta a Janet. —Molly se burló—. Pero, él ni siquiera la mira. No hace falta ser inteligente para darse cuenta de eso.

Entonces, este podría ser un caso de celos. Si Janet quisiera que Molly se fuera, esa sería la forma más fácil de lograrlo.

—¿Pero alguien revisó los cajones de Benedict?

—En efecto. Sus cosas estaban esparcidas en sus cajones —confirmó Lady Edith.

Entonces alguien estaba mintiendo. La señora Prescott volvió a entrar en la habitación, seguida de otra doncella. A esta la reconocí como la chica que había estado encendiendo el fuego, en mi habitación, cada mañana.

—No hice nada malo —dijo Janet, mirando a Molly—. No le agrado desde que llegó el año pasado.

—Chicas —amonestó la señora Prescott—. Serán mejor educadas que eso.

Estaban firmes en lados opuestos de la habitación y me sentí insegura. ¿Cómo iba a saber a qué mujer creerle? Cualquiera de las dos historias podría ser cierta.

—¿Qué te gustaría hacer? —preguntó la señora Prescott.

Lady Edith se quedó parada con las manos entrelazadas delante de ella, y me miró expectante. Su fuerte mirada parecía más una prueba que una oferta de apoyo. Era demasiado para poner sobre mis hombros, cuando sabía tan poco sobre estas situaciones, o cómo se manejaban normalmente en una propiedad tan grande. Solo había tenido conocimiento del funcionamiento básico de una casa pequeña: la de mi propia madre.

Si mi mamá estuviera aquí, ella me guiaría.

Quizás esa fue mi respuesta. ¿Qué haría mamá en este caso? Creí que ella no tomaría medidas precipitadas. Pensaría detenidamente y tal vez interrogaría a otros sirvientes hasta que descubriera exactamente qué estaba ocurriendo entre las damas. Nunca podría vivir conmigo misma, si por error despedía a la persona equivocada.

—Necesito un día para tomar una decisión.

Las cejas grises de Lady Edith se alzaron sobre su delicada frente.

—¿Tanto tiempo?

—Sí. Necesito un día entero para reflexionar. Entonces les informaré de mi decisión.

Lady Edith y la señora Prescott parecían querer discutir, pero habían puesto esta decisión sobre mis hombros, y así fue como elegí manejarlo. Si mi suegra desaprobaba mis métodos, entonces sin duda perdería su estima.

Solo esperaba poder demostrar que mi plan era exitoso. Miré rápidamente a cada una de las doncellas, antes de salir de la habitación, y sus expresiones me sorprendieron, porque no esperaba que fuera Janet la que pareciera aliviada por haber pospuesto el veredicto y Molly frustrada.

Cuando llegué al piso principal, encontré al lacayo más cercano.

—¿Estás familiarizado con todas las sirvientas?

El lacayo miró hacia un lado, incómodo.

Me apresuré a tranquilizarlo.

—No me refiero a demasiado familiar. Solo quiero saber si las conoces bien.

—Sí, creo que sí.

—¿Y quién, en tu opinión, se porta más honorablemente?

Entrecerró los ojos hacia el suelo. Lo sentí por él (seguramente, creía que estaba siendo puesto a prueba de alguna manera), pero necesitaba una respuesta, así que no cedí. Esperé pacientemente.

Se aclaró la garganta.

—Supongo que esa sería Hannah, madame.

Por supuesto, para él habría sido demasiado sencillo nombrar a una de las chicas en cuestión.

—Gracias —dije de nuevo y me fui. Necesitaba encontrar a Hannah.

O, mejor aún, enviar por ella.

El salón estaba vacío ahora, y aposté que James se había escapado con Benedict para ese viaje. Sin embargo, si Lady Edith volvía a bordar allí, no quería que me encontrara en medio de mi investigación, e interviniera, o me observara demasiado de cerca. Girando sobre mis talones, salí hacia la biblioteca. Era una habitación más pequeña y sería cómoda y tranquila.

Y luego, tal vez, podría leer un poco cuando la entrevista estuviera completa.

Pasé junto a Forester, el mayordomo, mientras subía las escaleras.

—¿Podrías enviar a Hannah a la biblioteca, por favor?

—Por supuesto —dijo.

La casa estaba en silencio. Mis pasos resonaban ruidosamente en el suelo de mármol. Me alegré de llegar a la biblioteca alfombrada y solté un largo suspiro, una vez que estuve a salvo adentro.

—Me siento obligado a advertirte que no estás sola —dijo una voz profunda, incorpórea, porque no vi evidencia de otra persona en la larga y estrecha habitación.

—¿Quién está hablando?

Una mano se levantó en el aire, al final de la habitación, detrás de un sillón con respaldo capitoné, y luego Henry levantó la cabeza para enviarme una sonrisa.

Crucé la habitación, pero me quedé de pie. Hannah estaría aquí pronto.

—¡Malditos sean los hombres de Bradwell y su afinidad por estar en bibliotecas cuando yo preferiría estar sola!

—Puedo dejarte en paz —ofreció.

—No, usted estuvo aquí primero y no fue mi intención infiltrarme en su privacidad. Le pedí a una criada que se reuniera conmigo aquí, pero una vez que llegue, la llevaré a otro lugar.

Henry entrecerró ligeramente los ojos.

—¿Elegiste este lugar por alguna razón en particular? No me importa compartirlo.

—Solo para leer, una vez completada mi entrevista. Esperaba que nadie me encontrara, antes de la cena.

Él se rió.

—Parece que somos de la misma opinión.

Se oyeron pasos silenciosos hacia nosotros y lo miré con los ojos muy abiertos.

—Mantente escondido —susurré.

—Creí que ya lo había hecho bien —murmuró.

Una doncella entró por la puerta, e inmediatamente hizo una reverencia.

—¿Hannah? —pregunté, cruzando la habitación para encontrarme con ella.

—Si mada...

—Por favor, entra. —Me detuve en un grupo de sillas cerca de la pared del fondo y le indiqué que tomara asiento. Ella se sentó con cautela en el borde de la silla, frente a mí, y cruzó las manos remilgadamente en su regazo.

—Primero, me gustaría tranquilizarte y explicarle que se están interrogando a varias personas y que usted no tiene ningún problema. Hay una… situación que ha ocurrido y me gustaría saber qué puedes decirme sobre Molly y Janet.

Sus ojos se abrieron suavemente, antes de negar con la cabeza.

—Nunca han sido amigables entre ellas, madame. Desde el primer día que llegó Molly, han intentado superarse, una a la otra.

Esto fue interesante.

—¿Janet tuvo problemas con alguien más, antes de que llegara Molly? Me han dicho que ha trabajado aquí durante cinco años.

—Sí, madame. Cinco años. —Hizo una pausa antes de continuar—. No es fácil ser amiga de Janet, pero nunca ha tenido problemas antes, no como los que tiene con Molly.

—¿Qué tipo de problemas tiene con Molly?

Hannah vaciló. Miró por encima del hombro hacia la puerta y luego de nuevo hacia mí.

—Ella era amiga del hijo del herrero, pero él dejó de verla cuando llegó Molly. Molly afirmó que él había trasladado su afecto hacia ella, pero ella no ha estado aquí el tiempo suficiente para eso.

Todo apuntaba a Molly, excepto una cosa. ¿Por qué se habría puesto en situación de ser despedida, si su objetivo era que despidieran a Janet? Eso de ninguna manera sacaría a Janet de la casa.

—Gracias, Hannah. Tú has sido de gran ayuda.

Ella se levantó de inmediato e hizo una reverencia, antes de salir de la habitación.

—¿Te apetece, investigadora? —La voz profunda de Henry llamó desde el final de la biblioteca.

Bajé por la estrecha habitación para sentarme en la silla cerca de su asiento.

—Me temo que tu madre ha confiado en la persona equivocada.

—¿Se trata de la doncella que registra los cajones de Benedict?

Me senté.

—¿Has oído hablar de esto?

Él arrugó la nariz.

—Sí, me pregunto si estás haciendo las preguntas correctas, pero estás interrogando a la persona equivocada.

—No sé cuál de los sirvientes es el más digno de confianza.

—No me refiero a los sirvientes.

—Entonces quién… Ve a Benedict.

Henry le guiñó un ojo y volvió a levantar su libro.

Esa fue una buena idea. Sentí que ya había tomado mi decisión. Molly parecía ser la que más probablemente se había equivocado de las dos, pero no se habría puesto en la posición en la que estaba, si su objetivo fuera sacar a Janet de la casa. Si Lady Edith hubiera manejado la situación, Molly ya se habría ido sin referencias.

Janet podría haber actuado por celos e inventar las fechorías de Molly. ¿Pero no se sintió aliviada cuando necesité más tiempo, y no estaba decepcionada porque Molly aún no había sido

despedida? Si ella hubiera sido la mentirosa, se habría sentido frustrada porque su mentira no había funcionado, ¿no era así?

Esto era demasiado confuso. Quería perderme en un libro y volver a considerar el asunto más tarde. El cuarto y último volumen de *Los misterios de Udolfo* me estaba esperando, lo cogí del estante, antes de volver a sentarme, y abrirlo por la primera página.

Henry y yo leímos en amigable silencio hasta que llegó la hora de vestirse para la cena.

—Te veré pronto —dije, y salí de la habitación, llevándome el libro.

Capítulo 21

El miedo era mi fiel compañero, y no era solo gracias a un poco de lectura nocturna después de la cena. Me metí debajo de la ropa de cama para esconderme de lo que pudiera estar esperándome en la oscuridad. Mis pies golpearon el pie de madera de mi cama, sobresaltándome. Un pequeño grito escapó de mi garganta seca, y resonó suavemente en mi gran dormitorio.

Habían pasado horas desde que me separé de James, después de la cena, y ciertamente todos ya estaban dormidos. La tentación de llamar para pedir té o leche simplemente para que Fanny viniera a verme fue fuerte, pero me resistí. No despertaría a mi doncella, simplemente porque había sido tan tonta como para leer una novela gótica, por la noche, y ahora estaba aterrorizada por los fantasmas que no estaban realmente presentes.

Las sombras bailaron, a través de la pared, proyectadas por la luz de la luna que entraba por la ventana, y cerré los ojos con fuerza.

¡Oh! Eso fue peor. Los abrí de nuevo y busqué cualquier cosa que se arrastrara en mi habitación, causando el crujido.

No había nada que hacer. Simplemente no dormiría esta noche. Era una lástima que no tuviera otro libro ni siquiera cerca del fuego, porque podía leer para pasar el tiempo.

¿James tenía libros en su dormitorio? Eso era improbable. Miré hacia la puerta que conducía de mi habitación a la suya y se me ocurrió una idea. Podría acudir a él. Tal vez si despertaba a James y le dijera que escuché un crujido, revisaría mi dormitorio para asegurarse que estaba a salvo, y luego podría quedarme dormida, sabiendo que él estaba despierto al otro lado de la pared.

Fue cruel de mi parte, dada la hora, pero no tenía otra opción, si quería tener alguna posibilidad de dormir esta noche. Luego terminaría el libro, mañana a la luz del día, y leería algo más para sacarlo de mi mente.

Con mi plan establecido, me senté lentamente, mirando a mi alrededor, en busca de cualquier espectro, que pudiera haber pasado por alto hace un momento. El dormitorio parecía despejado de espíritus, respiré hondo y eché hacia atrás mis mantas, saltando al suelo y caminando suavemente con mis pies en medias. Cuando llegué a la puerta de James, la abrí lentamente, agradeciendo que las bisagras no chirriaran. Su habitación estaba igualmente oscura y se podía escuchar su respiración suave y pesada.

El sonido constante fue al mismo tiempo reconfortante, ahuyentó a mis fantasmas imaginados, y supe con repentina seguridad que no podría despertar a mi marido. ¿Cómo podría? Entré en la habitación, sumergiéndome en la comodidad de saber que él estaba cerca y podía escucharlo.

Mis miembros se relajaron en su presencia y me desplomé contra la pared. Llevaba horas luchando contra el sueño y mi cuerpo estaba agotado. James yacía a solo unos pasos de mí, y su cama era muy grande. Podría acurrucarme a sus pies, como un perro de caza, y él nunca sabría que estaba allí.

La idea se posó en mi pecho y la consideré. ¿Podría hacer tal cosa? ¿Subir a su cama sin que él lo supiera? Podría dormir unas cuantas horas y luego regresar a mi habitación por la mañana, y él nunca lo sabría.

Un crujido en mi dormitorio me sobresaltó y mi codo golpeó la pared. Todo mi cuerpo se quedó frío y quieto, mientras James daba la vuelta, murmurando incoherentemente. Si se

despertara y me encontrara, ¿qué diría yo en defensa de mi presencia aquí, como una entrometida?

¡Oh, cielos! Si se despertara y me encontrara en su cama, ¿qué le diría entonces? No podía meterme en la cama del hombre sin su permiso. Esto era simplemente absurdo.

Respiré tranquilamente y exhalé con las mejillas hinchadas. James había sido muy amable y atento. Si lo despertara para contarle mis temores, seguramente no se enojaría. Quizás solo preguntaría, si puedo dejar la puerta abierta entre nuestras habitaciones. Daría su consentimiento y luego volvería a dormirse rápidamente.

—James —susurré, pero él no se movió.

Crucé hacia la cama y lo alcancé, presionando mis dedos en la piel desnuda de su hombro.

"¡Oh, Santo Cielo!" ¿El hombre duerme sin camisa? ¿Eso es normal?

—¿Mmm? —preguntó, con los ojos cerrados.

—James, he tenido un susto.

Se sentó rápidamente y me miró con ojos cansados. La manta cayó hasta su cintura.

—¿Qué pasa, Liss? ¿Qué ha sucedido?

"¿Liss?" Me gustó eso.

—No pasó nada. Solo he pasado un susto. Necesitaba… Mmm… Preguntarte si te importaría...

—No, en absoluto. —Su voz era ronca por el sueño y se acercó a la cama.

Él estaba haciéndome espacio.

—Eso no es necesario —dije rápidamente.

Levantó la vista de nuevo y me miró con los ojos entrecerrados en la oscuridad.

—Cumpliré nuestro acuerdo, Liss. Pero, si tienes miedo, puedes dormir aquí. Estamos casados. No hay nada malo en ello.

Eso ciertamente sonó mejor que regresar sola a mi habitación chirriante e infestada de fantasmas.

—Si estás seguro que no es un inconveniente.

Su risa baja se filtró bajo mi piel.

—No es ningún inconveniente.

Probablemente, él estaba pensando que esto no era más que despertarlo en medio de la noche.

Me deslicé debajo de la manta, en el cálido colchón de plumas donde James había estado acostado anteriormente, y subí la manta hasta mi barbilla. La habitación estaba en silencio, ahora sin su respiración profunda, y yo estaba extremadamente consciente de cada ruido y movimiento que hacía. ¿Sacudió toda la cama? ¿Estaba yo respirando profundamente?

—Puedes irte a dormir, ahora —susurró James.

—Eso sería ideal, pero no puedo relajarme.

Dejó escapar un suave suspiro y se frotó los ojos con una mano.

—¿Qué es lo que te asustó? Quizás si hablas de ello, podrás dejarlo atrás.

Parecía no entender por completo que no eran mis miedos los que ahora me mantenían despierta, sino el hombre que yacía a mi lado. Para empezar, ya había olvidado qué me había llevado a su habitación.

—¿Liss?

—Es el libro. *Udolfo*. Lo leí después de cenar y no debería haberlo hecho.

—¿Te puso miedo en la cabeza?

Asentí y él se rió entre dientes.

—Cada crujido es una criatura —susurré—. Cada sombra es un espectro.

—¿Quieres que encienda una vela para que puedas estar segura que estamos muy solos en este momento?

—Te aseguro, James, que soy profundamente consciente de lo solos que estamos.

Se quedó en silencio y yo me acurruqué en el calor que él me había dejado.

—No sé si reprender a mi hermano por presentarte esta novela, o agradecerle.

—¿Por qué le agradecerías?

—Debido a esto. —Su voz baja retumbó en la oscuridad y provocó punzadas de conciencia en mi piel—. Tenías miedo y viniste a mí. Nada me ha hecho tan feliz, en días.

—¿Ni siquiera caer a la fuente?

—Ese fue un cercano segundo lugar.

—¿Ni siquiera montar a Solis hoy?

Se quedó en silencio, por un momento, y me pregunté si estaba considerando su respuesta.

—No, Felicity. Ni siquiera eso.

Giré para mirarlo mejor y pude distinguir su perfil, a la luz de la luna, que se colaba por su ventana.

—Gracias, James, por ser un hombre en quien puedo confiar.

Me miró con el pelo despeinado y la mandíbula ensombrecida, pero tan guapo en desorden, como cuando estaba sereno. Alcanzándome, tomó mi mano entre las suyas y cerró sus dedos alrededor de los míos. El calor que emanaba de su piel lo hacía sentir, como si recientemente hubiera estado tomando el sol frente al fuego, y yo quería estar envuelta en su calor.

—Buenas noches, mi dulce esposa.

—Buenas noches —susurré y me quedé dormida, sosteniendo la mano de James.

* * *

A la mañana siguiente, me desperté en una habitación luminosa y con un marido desaparecido. La puerta entre nuestros dormitorios estaba abierta y podía escuchar el sonido de un movimiento bullicioso, dentro de mi habitación. El reloj sobre la repisa de la chimenea estaba demasiado lejos para verlo con claridad desde esa distancia, pero estaba segura que James me había permitido dormir más tarde de lo habitual, y nunca había dormido tan bien, en toda mi vida.

El aroma de la colonia especiada de James estaba apagado en la almohada, pero me envolvió en una nube suave y nebulosa. ¿Sería impropio permanecer en esta cama todo el día?

La cabeza de Fanny se asomó por la esquina de la puerta abierta con sus grandes ojos sonriendo, bajo la gorra blanca que llevaba.

—¡Oh, bien! Está despierta, madame.

Mis mejillas se calentaron por haber sido encontrada en la cama de James, y por lo que mi doncella seguramente estaba pensando ahora. Me aclaré la garganta.

—¿Hay alguna razón por la que debería estarlo?

Aparte de determinar cómo manejar la situación de las criadas abajo, no había nada en mi agenda hoy de lo que me hubieran informado.

—A Lady Edith le gustaría reunirse con usted en el salón lo antes posible. Deben ir juntas a Bakewell.

—Hermoso. —Me levanté de la cama y alisé las mantas, antes de seguir a Fanny, a mi habitación. Me vistió rápidamente con un vestido de muselina verde salvia y mis medias botas. Se tomó poco tiempo para arreglar mi cabello, en un estilo simple.

Metí el volumen final de *Udolfo* en mi bolso y me puse los guantes. No sabía cuándo tendría tiempo para leer y odiaba no estar preparada. Además, si tenía alguna esperanza de dormir en mi propia cama, esta noche, necesitaba terminar esta novela durante el día.

Lady Edith me esperaba abajo y pude sentir su impaciencia cuando entré al salón. Afortunadamente, Fanny tuvo la previsión de traerme una bandeja con el desayuno, mientras preparaba mi baño, y no tendría que pedirle a mi suegra que esperara más, mientras comía. No parecía estar de humor para nimiedades, como el desayuno.

—¡Ah! Ahí estás —dijo Lady Edith, colocando su bordado en su canasta con gran paciencia.

—Espera, madre. Hay algo de lo que necesito hablar con Felicity, antes que te vayas.

James estaba de pie junto a la ventana con las manos entrelazadas casualmente detrás de la espalda, y mi corazón dio un vuelco, ante la gallarda figura que presentaba. Tenía la mandíbula recién afeitada, el pelo peinado, como era habitual, y todo estaba en perfecto orden, desde el brillo de las botas hasta el nudo de la corbata. ¿Se había preparado, mientras yo dormía? Era un concepto tan extraño que no pude evitar sentir el calor en el cuello. Recordé su pecho desnudo, a mi lado, y mi sonrojo se hizo más profundo.

Lady Edith se quedó quieta, mirando a su hijo y luego a mí, y luego colocó las manos en el regazo.

—Muy bien.

Me acerqué a él por la ventana, consciente de la fuerza de su mirada, mientras me seguía a través del salón.

—Buenos días, James.

Él asintió brevemente.

—¿Pudiste dormir bien? —murmuró.

Miré a su madre, que estaba sentada bastante lejos en el espacioso salón con las manos ocupadas con su bordado. Al menos, la mujer nos dio privacidad.

—Sí. No recuerdo la última vez que dormí tan profundamente. —Prueba que probablemente se había preparado para pasar el día en su propia habitación y no había oído ni pío—. Gracias por tu asistencia. Fue muy amable de tu parte.

—Sí, soy todo un santo —dijo, con un toque de humor en su tono—. Ciertamente, no recibí nada del acuerdo.

Habló con sarcasmo, pero no sabía por qué.

—En efecto. Sufriste porque una mujer histérica te despertó en medio de la noche, te interrumpió el sueño y ocupó la mitad de tu cama.

James se pasó una mano por la mandíbula.

—Nada de eso fue un sacrificio, Felicity. Eres bienvenida en cualquier momento.

Mi pulso saltó ante el solo pensamiento, y miré hacia la ventana, segura que mi rostro ardería, si buscaba los ojos verdosos de James ahora.

—Tu madre me está esperando.

Se aclaró la garganta.

—Antes que te vayas, tengo algo de qué hablar contigo.

Lo vi de frente.

—Se me ocurrió que podrías sentirte más cómoda durante el baile, si asistiera alguien que te hiciera sentir cómoda. Como tus padres no pueden asistir...

Prefería que él no siguiera hablando.

—Me preguntaba, si te gustaría escribirle a tu prima en Escocia, e invitarla a quedarse de

visita.

—Oh, ¿en serio? —pregunté, inhalando mi emoción. Había publicado una invitación para mi tía, su nuevo marido y mi primo Daniel, en caso que estuvieran en el castillo de Arden, pero no había pensado en extenderle la invitación a Jane, debido a la distancia de su casa. Si la invitaban a quedarse de visita, el viaje a Cumberland valdría la pena para ella y Ewan.

—Ella y su marido son bienvenidos, mientras tú los desees, por supuesto.

Tomé a James por los hombros y me puse de puntillas para besar su mejilla.

—Gracias, James.

Sus ojos brillaron.

—No necesitas agradecerme. Todo lo que he hecho es producir la idea.

—Le escribiré de inmediato. —Precisamente, di la vuelta para hacer eso y me detuve, ante el ceño fruncido de Lady Edith, que me alcanzó desde el otro lado del salón, por lo que corregí en voz baja—. Le escribiré cuando regresemos del pueblo.

James se rió suavemente. Apoyó una mano en mi cintura y se inclinó. Su voz tranquila me hizo cosquillas en el oído.

—No dejes que mamá te engañe. No es tan aterradora como intenta parecer.

Su aliento provocó un escalofrío por mi espalda.

—Por el contrario. Me asusta exactamente tanto como pretende.

Capítulo 22

Madame Rousseau había hecho una obra maestra con la confección blanca que soñó Lady Edith y el vestido, presentado de pie sobre un pequeño estrado. Me sentí como si estuviera envuelta en una elegante nube.

—Usted es impresionante, señora Bradwell —dijo la modista francesa, dando un paso atrás para admirar su trabajo.

—Creo que tú eres la causa de eso —expresé en voz baja, aunque estuve de acuerdo en que la imagen que podía ver en el espejo era mucho mejor de lo que esperaba.

Lady Edith me rodeó con mirada perspicaz.

—¿Puedes abarcarlo un poco sobre los hombros? Parece estar colgando de manera extraña. Los fruncidos quedan bien en los omóplatos. —Ella continuó caminando y mi respiración estaba entrecortada bajo su escrutinio—. ¿Es posible agregar más flores al dobladillo? Es un poco de luz sobre las rosas.

Miré hacia abajo y me pareció que había una cantidad de flores de buen gusto.

—Me gusta cómo se ve ahora —dije dócilmente.

Madame Rousseau miró de mí a Lady Edith. Ella se dedicó a ajustar los alfileres y no respondió.

—Queremos que este vestido sorprenda a los asistentes a la fiesta por su magnificencia, Felicity.

Sostuve su mirada. Era mi baile, ¿no?

—Creo que esto logrará el asombro que buscas.

Ella sacudió la cabeza y me miró de pies a cabeza.

—Está cerca de eso, pero no del todo.

—Entonces, ¿solo unas pocas flores más? —preguntó madame Rousseau—. No muchas…

Agradecí que ella parecía dispuesta a llegar a un acuerdo entre nuestros gustos, pero yo no quería más flores en absoluto. Aunque la paz con mi suegra era igualmente importante, y Lady Edith no se iba a retirar de su posición. En esta batalla en particular, yo estaba dispuesta a rendirme.

—Un poco más, entonces. —Estuve de acuerdo.

—Ahora que lo hemos resuelto, me preguntaba si tienes otro vestido de fiesta casi listo. Debemos asistir a un baile el martes, y esperaba que Felicity pudiera usar uno de los nuevos.

Evidentemente, mis viejos vestidos de fiesta dejaban mucho que desear.

—Ahí está el rosado, milady —dijo madame Rousseau.

—¿Lo probamos, entonces?

—Aún no está listo para eso, pero puede usar la bata blanca para asegurarme que sea del tamaño correcto y enviárselo de inmediato.

Lady Edith asintió con aprobación.

—¿Hay otros vestidos listos para ser probados?

—Uno más.

Permanecí como modelo en silencio, mientras madame Rousseau y Lady Edith analizaban otro vestido. El estilo no era exactamente de mi gusto, pero traté de recordarme a mí misma que, como señora de Chelton, ahora tenía una reputación que mantener y un ejemplo que dar. Supuse que podría acostumbrarme a vestidos más extravagantes, si esto le agradaba a Lady Edith.

Cuando salimos de la tienda de la modista, una hora más tarde, mis brazos estaban cansados de sostener los extendidos, mientras madame Rousseau ajustaba los alfileres, y mis piernas quedaron cansadas de estar quieta durante tanto tiempo. Un silencio incómodo nos siguió hasta el carruaje y nos envolvió, mientras salíamos de Bakewell hacia la casa. Lady Edith miró los edificios de piedra pálida y las verdes colinas, detrás de nosotras, con la mano presionada contra el estómago.

—¿Quién celebrará un baile el martes? —pregunté.

Lady Edith respiró hondo por la nariz.

—Lord y Lady Grenville, pero imagino que aún no los conoces. No salen de casa con frecuencia, y son muy selectivos con quiénes invitan a sus veladas.

—Un pequeño baile privado suena como una manera maravillosa de sumergirme en la sociedad local.

Los ojos de Lady Edith se cerraron.

—No me confundas, Felicity. Puede que se trate de una reunión más pequeña de lo que estás acostumbrada en Londres, pero no es menos escrupulosa. Debemos comportarnos lo mejor posible. La aprobación de Lady Grenville contribuirá en gran medida a asegurar tu lugar en la sociedad local.

—¿De qué manera? La mujer no sale mucho, ¿no?

—Sí, pero sus veladas son la cumbre de la sociedad local. Si no nos invitan es porque hemos caído demasiado lejos.

Luché por entender por qué eso importaría tanto, pero estaba claro que era de suma importancia para Lady Edith.

—Me comportaré lo mejor posible.

Ella asintió, pero no abrió los ojos. Sus manos presionaron fuertemente su abdomen y se me ocurrió que sus mejillas parecían verdosas.

—¿Usted se siente mal?

—Sí —dijo en voz baja.

—¿Debo indicarle al cochero que se detenga?

—No. Ya casi estamos en casa.

—Sin embargo, podemos hacer una pausa por un momento para que puedas respirar…

—¡No! —espetó ella—. Ya casi llegamos.

Recorrimos el resto del camino en silencio, y cuando llegamos al puente de piedra, que cruzaba el río frente a la casa, Lady Edith gimió. La miré fijamente, preocupada al descubrir que su rostro se había puesto blanco.

—¡Detenga el carruaje! —llamé y nos detuvimos abruptamente.

Lady Edith se inclinó sobre el costado del vehículo y repasaba sus dolores. Permanecí inmóvil, esperando darle la privacidad que sin duda deseaba, y noté que los sirvientes también estaban de espaldas, imperturbables. Esta no debía ser la primera vez que se encontraban en esta situación.

Se oyeron pasos a lo largo del camino de grava hacia nosotras, y levanté la vista para ver a James y Benedict acercándose, ambos solo en mangas de camisa, chaleco y pantalones, y mi estómago dio un agradable vuelco. Benedict sostenía una pala, y James se sacó un pañuelo de la cintura para secarse el sudor que le perlaba la frente.

Lady Edith volvió a sentarse erguida y le entregué el pañuelo de mi bolso. Lo tomó. Se secó la frente y luego la boca.

—Madre, ¿te sientes mal? —preguntó Benedict.

—Creo que caminaré el resto del camino —dijo débilmente.

James aceleró el paso y le ofreció una mano, que ella tomó amablemente. La seguí desde el carruaje. Le hizo un gesto con la mano al cochero y él se dirigió hacia la casa.

Lady Edith se apoyó pesadamente en el brazo de James.

—Pensar que yo misma había estado considerando ir a York, en busca de Thea. —Ella se rió en voz baja, sin alegría.

La mirada de Benedict se dirigió hacia ella.

—No es necesario que te tomes la molestia.

—No, no puedo tomarme la molestia. Difícilmente puedo llegar de Bakewell a Chelton.

—Deja eso fuera de tu mente, madre —amonestó James.

—Pero, sabes que no puedo —dijo en voz baja, y me dolió el corazón por la aguda angustia que estaba sufriendo. Entendí como era sentirse tan impotente con tantas ganas de hacer algo, pero con un cuerpo no lo permitía. Quería, más que nada, tener control sobre mí misma, cuando bailaba en público, pero no podía controlar mis nervios por mucho que lo intentara.

Lo mismo ocurría con Lady Edith y su mareo en el carruaje. Entendí su sufrimiento.

Benedict permaneció en silencio, observando la interacción con el ceño profundamente fruncido. Cuando captó mi mirada, se alisó la frente y me guiñó un ojo.

—Casi tengo tu camino terminado, Felicity. Esa rutina ya no te molestará.

James me lanzó una mirada.

—No sabía que te importaba la rutina.

—Henry mencionó que casi se arroja del carruaje, la semana pasada, después de la iglesia.

La expresión de James se tensó.

—Es más probable que se deba a su forma de conducir que a esta rutina. —Dirigió su atención a su madre—. Ven... Déjanos llevarte a casa.

James y Lady Edith caminaban delante de nosotros, y yo me puse al lado de Benedict. Pasamos por delante del surco, en tierras frescas y rocas amontonadas, en el lugar, donde una vez estuvo la cicatriz en el camino.

—¿Te acompaño a la casa?

Mis labios se curvaron. Ahora sería el momento perfecto para preguntarle a Benedict sobre la situación.

—No seas tonto. Puedo caminar hasta allí perfectamente bien. Pero, esperaba interrogarte un poco, ahora que te encuentro solo.

Se pasó una mano por el pelo rizado.

—¿Oh? ¿Qué pasa?

—Las criadas. ¿Encontraste algo faltante en tus cajones después que los registraron?

—No había nada.

—Y las doncellas en cuestión aquí, Molly y Janet, ¿tienes algún historial o discordia con alguna de ellas?

—Poco… Molly se acercó a mí una vez, pero… —desvió la mirada tímidamente—. No permití que continuara.

—Y ella es la mujer que supuestamente fue encontrada en tu habitación.

—¿Qué estas intentando hacer?

Ahí dudé. Necesitaba a mi madre. Requería la sabiduría de otra persona para guiarme. Lady Edith me estaba poniendo a prueba, no enseñándome. Quería a mamá, pero tal vez podría conformarme con Jane.

—Tengo la intención de decirle al ama de llaves que necesito más tiempo. No puedo

despedir a la chica equivocada. Parece imprudente tomar una decisión, antes de comprender lo que realmente sucedió.

—Podrías despedirlas a ambas.

—Pero, uno de ellas es inocente.

Benedict alzó una ceja.

—¿Estás segura?

—Lo único de lo que estoy segura actualmente es de mi falta de calificaciones para ser la señora de Chelton. —Respiré, lamentando la franqueza de mis palabras. Benedict parecía querer discutir, pero desestimé sus esfuerzos—. Todo saldrá bien. Supongo que necesito acostumbrarme a estas nuevas responsabilidades. Te veré en la cena.

Le dediqué una sonrisa y me fui a la casa, antes que pudiera acecharme. La larga caminata por el camino de grava era buena para mi constitución.

No estaba claro si Lady Edith rechazaba ayudarme porque quería verme fracasar, o debido a que tenía genuina curiosidad por ver cómo manejaría este asunto de las sirvientas. El cálido sol de la tarde brilló sobre mí, y vi a James y su madre llegar a la casa, mucho antes que yo me acercara.

James tenía talento para hacerme sentir que mi compañía era deseable en ciertas situaciones, y no podía culparlo por desear compartir conmigo las cosas que le gustaba hacer. Sin embargo, no lo presioné para que leyera conmigo en la biblioteca, y me alegré que hubiera dejado de pedirme que lo acompañara. Fue una bendición que asistiera al baile el martes, porque ya entendía por qué yo no podía bailar. Seguramente, me ayudaría a idear una excusa razonable para no ofender al anfitrión y a la anfitriona, quienes eran estimados por Lady Edith.

Cuando llegué a la casa, fui al salón inmediatamente, y tomé el papel y la tinta del escritorio colocado contra la pared. Mi mano se detuvo, antes que mi pluma tocara el papel y se me ocurrió que, a menos que Jane hubiera leído los periódicos, no sabría que yo era una mujer casada. ¿Cómo iba a explicarle adecuadamente, a mi más querida amiga, lo que había hecho? La última vez que ella pronunció el nombre de señor Bradwell fue para incitarme a escribirle a Henry, mientras le devolvía el libro. Jane había apoyado esa opción.

Tenía mucho que explicar. Mojé nuevamente mi pluma y escribí la más breve de las explicaciones. Sería mucho más fácil contarle lo ocurrido, cara a cara, y esperaba que aceptara venir. Terminé mi carta y lijé el papel, antes de doblarlo y sellarlo.

Lady Edith entró en la habitación con el color un poco regresado a sus mejillas, pero con el ceño fruncido.

—Tengo la intención de acostarme hasta la cena. Espero que el asunto con las criadas, se resuelva antes que despierte.

El único sonido que siguió a este edicto fue el ruido de sus tacones por el pasillo de tablas de madera, que marcaba su salida. Mis ojos se cerraron y presioné mis dedos en mis sienes. Después de todo, parecía que no se me concedería la oportunidad de esperar la sabiduría de Jane.

No sabía qué odiaba más: que mi suegra me viera como una desvergonzada que convenció a James para que se casara conmigo, o que me creyera completamente inepta.

* * *

Siempre que necesitaba discernir qué hacer, en cualquier situación, mi madre siempre me había enseñado a escuchar los sentimientos innatos dentro de mi corazón. Pero mientras estaba en la sala de estar de la señora Prescott, mi corazón no me decía nada. Ningún susurro me reveló si había llegado o no a la conclusión correcta, ningún atisbo de confirmación calmó mi espíritu.

Janet se sentó arrepentida en la silla y Molly huyó en el momento, en que le dijeron que volviera a sus tareas en la cocina.

Quizás mi razonamiento fuera erróneo, pero no creía que Molly lograra que despidieran a Janet poniéndose en peligro de sufrir lo mismo, especialmente cuando su familia dependía de sus ingresos. Seguramente Janet estaba enojada porque Molly le había robado a su novio y conspiraba para que la despidieran, y así Janet podría recuperar su afecto.

No estaba segura de haber tomado la decisión correcta, pero ya lo hice. No podría cambiarla ahora. La señora Prescott pareció bastante complacida con mi decisión, que, por alguna razón, no me dio ninguna confirmación adicional que había elegido a la chica adecuada.

—Sí, ¿eso es todo? —le pregunté a la señora Prescott y ella asintió. Me alejé de la sala de estar en penumbra, sintiendo que el ceño fruncido en mis labios desaparecía, y llenaba todo mi ser de disgusto.

Encontré a James caminando en mi dirección, cuando llegué al corredor que contenía nuestros dormitorios, y parecía recién bañado y libre de la suciedad del trabajo en el surco del camino. Debió haber percibido rápidamente mi desánimo porque su sonrisa se transformó en preocupación cuanto más me acercaba a él.

—Felicity, ¿qué pasó?

—Despedí a la criada. No estoy segura de haber tomado la decisión correcta, y no me gusta tener tanto control sobre el futuro de esta pobre muchacha con tan poca información. —Me detuve y sacudí la cabeza—. ¿Y si me equivoqué?

Su boca se abrió levemente, pero no tenía nada que decir. Se pasó una mano por la mandíbula bien afeitada.

—No necesitabas…

—Sí, ¡lo necesitaba! —espeté—. Tu madre no me dio más tiempo.

Él se rió torpemente.

—Seguramente, si ella hubiera sabido que no estabas segura, habría aceptado discutir el asunto más a fondo.

—Eso habría sido imposible porque no podemos seguir discutiendo algo que no habíamos discutido en absoluto. Esto no fue más que una prueba que fallé estrepitosamente, como he fallado en muchas de sus otras pruebas. —Me burlé ligeramente, sacudiendo la cabeza—. Soy indigna de ti, James. No soy digna de Chelton. Tu madre no me considera apta para liderar ni para ser tu esposa, y no se me debería dar autoridad sobre estas pobres doncellas y su futuro.

—Felicity, no puedes decir eso en serio —dijo James, horrorizado. Aunque no sabía si estaba tan perturbado por mi arrebato, o por la idea que su madre pudiera pensar tan mal de mí.

Cerré los ojos y respiré profundamente.

—Esta no es tu…

Las palabras se arrugaron en mi lengua y levanté la mirada para encontrarme con este hombre problemático. Quería decirle que no era culpa suya que estuviera en esta situación, pero lo era. Había aceptado casarse conmigo, me trajo a esta casa y sabía el tipo de vida a la que me vería obligada, después de verme desmayarme en un salón de baile, y enterarse de mis defectos.

Tomó mi mano y di un paso atrás, evadiendo su toque.

—Necesito un momento. Lo necesito… Lo más probable es que te vea en la cena.

James asintió, su preocupación parecía crecer.

—Por supuesto.

Siempre caballeroso, él dio un paso atrás y me permitió pasar, sin inhibiciones, a mi habitación. Sola…

Capítulo 23

Habían pasado dos noches desde que despedí a la criada y huí de James en el pasillo, y esas dos noches transcurrieron con una lentitud insoportable. Había empezado a evitar a la familia lo mejor que podía, durante el día, pero la oscuridad provocó los miedos que todavía se aferraban a mí, después de terminar la novela gótica.

Anoche estaba casi segura que James había llegado a la puerta contigua y se quedó un momento, mirándome, tal vez para determinar por qué había ignorado su llamada anterior. Rápidamente, cerré los ojos y fingí estar dormida.

Por injusto que fuera, sentí como si él hubiera tomado esta decisión por mí, cuando me convenció de bailar con él en la fiesta de los Hutton. ¡Que él había determinado mi futuro! Y mis sentimientos amargos hacia él eran espesos y difíciles de manejar. No quería despreciarlo, pero no podía evitar preguntarme por qué había insistido en casarse conmigo, cuando yo era totalmente inadecuada para el rol de señora de Chelton.

Pero ahora, en la tercera noche desde el incidente, caminaba de un lado a otro, la luz de las velas sobre la repisa de la chimenea proyectaba un brillo a mi alrededor y me hacía sobresaltarme, en más de una ocasión. Mi cuerpo estaba exhausto, pero mi mente estaba alerta y no desaceleraba sin importar lo que hiciera.

Sin embargo, la peor parte de todo fue la siguiente: era la tercera noche que no permitía que James entrara a mi habitación para compartir nuestro hecho diario. En mi enojo había ignorado sus golpes, a la puerta, y estaba brava con él, pero también conmigo misma.

Levanté la mano y pasé el dedo por la rosa blanca seca que colgaba de mi cama. Más que nada, lo extrañaba.

Tenía los ojos arenosos por las dos noches anteriores de poco sueño y me dolía el cuerpo. Miré fijamente nuestra puerta contigua e inspiré profundamente. Si no me humillara ante James ahora, ¿podría alguna vez hacerlo? ¿Esta discordia entre nosotros se construiría y crecería hasta volverse insuperable? No fue su culpa que su madre no me aceptara. Su disgusto no me hizo menos dueña de esta casa.

Quizás fue ahí donde me había equivocado todo el tiempo. Una idea se formó entre mis piernas temblorosas y me agarré al poste de la cama, mientras la consideraba. El concepto floreció dentro de mí, echó raíces y creció. En lugar de ceder a todas y cada una de las cosas que mi suegra exigía de mí, en mi desesperación por su aprobación, desde el exceso de rosas blancas en mi vestido hasta el menú y el cronograma que debía seguir para despedir a una criada, más bien, necesitaba gobernar mis propias decisiones.

Si Lady Edith ya no deseaba enseñarme, era su elección. Pero su falta de instrucción me había hecho retroceder en todos los sentidos, incluyendo mi poder y mando en esta casa. Como esposa de James, mi palabra prevalecía sobre la de ella, pero su manipulación me había obligado a darle el poder que por derecho yo tenía.

Mañana tenía la intención de retirarlo.

Esta noche arreglaría la discordia en mi matrimonio.

Me levanté de puntillas y apagué las velas, luego pasé los dedos por mi largo cabello y lo trencé en una apariencia de orden. Mis pies descalzos estaban fríos y crucé la habitación, antes que pudiera perder el coraje de acercarme a James, después de dos días de silencio.

La puerta estaba dura y fría bajo mi puño cerrado, y llamé suavemente, esperando que

James me invitara a pasar. Lo más probable es que todavía estuviera despierto, ciertamente, lo había escuchado allí apenas un cuarto de hora antes.

El silencio pareció extenderse interminablemente, antes que se abriera la puerta y miré a los enigmáticos ojos de mi marido. El arrepentimiento se apoderó de mi pecho y por un momento deseé no haber llamado a la puerta. Había sido un error pensar que me daría la bienvenida y di un paso atrás.

—Espera —dijo—. ¿Estás asustada?

¿Tenía miedo de arruinar la relación que apenas habíamos tenido tiempo de cultivar? Sí. ¿Miedo a la oscuridad? Un poco.

Pero, no había ido a su puerta por miedo.

Me decidí por una verdad a medias.

—Sí.

Él dio un paso atrás y abrió ampliamente la puerta, luego señaló su cama.

—Siempre eres bienvenida aquí, Felicity. Esperaba haber sido claro en ese sentido.

—Lo hiciste. Solo esperaba evitar convertirme en una carga.

Su boca formó una breve sonrisa, aunque sus ojos permanecían tristes.

—No puedes convertirte en una carga. Seguramente, ya debes saberlo bastante bien.

La historia había demostrado todo lo contrario. Mis padres estaban abrumados por mis problemas, por lo que mi esposo podía sentir lo mismo.

—No sé nada de eso.

Un escalofrío recorrió mi piel y crucé los brazos sobre la cintura.

—Ven, tienes frío. —James tomó mi mano y me atrajo hacia él. Me rodeó con sus brazos y apoyé mi cabeza contra su sólido pecho, sintiendo su corazón latir en mi oído. Estaba cálido y cómodo, su camisa de dormir era suave, y olía a él de una manera que me tranquilizaba hasta en lo más profundo.

Me encontré apoyándome más contra él y solté un bostezo.

—¿Estás cansada?

—Mucho. No he dormido bien las últimas noches.

—Yo tampoco. —James dejó un beso en la parte superior de mi cabeza y me soltó. Tomó mi mano, tiró de mí hacia la cama y me ayudó a acostarme, subiendo las mantas hasta mi barbilla. Noté que había dejado abierta la puerta contigua, y eso me gustó de él, como si quisiera que recordara el hecho que siempre era bienvenida.

James se metió en la cama, a mi lado, y apagó la vela de su mesa, completando la oscuridad. No oí nada más que los gemidos de la vieja casa y el silbido de una ligera brisa afuera.

—Me he perdido tus hechos, Liss. Siento que ahora me debes al menos dos.

—Número uno: no soy una persona perfecta. Hecho número dos: lamento estar enojada contigo.

—Estás perdonada, aunque no sé qué hice para molestarte. Tengo entendido que mi madre...

—No deseo hablar de ella en este momento —susurré. El sueño me estaba venciendo, ahora que me sentía cálida y segura, y lo último en lo que deseaba pensar, antes de sucumbir a ese estado de paz, era en la mujer que no me quería en esta casa—. Aunque lo haré, si así lo deseas.

—No, podemos hablar de otras cosas.

—¿Y tus hechos?

Él se rió suavemente.

—Hecho número uno: te extrañé anoche y la noche anterior.

—¿Segundo hecho?

—Creo plenamente que podré dormir tranquilo esta noche.

—Yo también.

James cruzó el espacio entre nosotros y tomó mi mano. Su pulgar frotó suavemente el dorso de la misma y me acurruqué más en el colchón de plumas, inhalando el aroma especiado y apagado.

El amparo de la oscuridad y la seguridad de esta cama me dieron el valor para hacer una pregunta que había estado en mi mente.

—¿James?

—¿Mmm?

—¿Por qué aceptaste casarte conmigo? Aparte de lo obvio, claro. A pesar del escándalo.

Se quedó en silencio por un momento, y deseé llevar la pregunta a la seguridad de mi protección, donde podría guardar y proteger esa pequeña inseguridad.

—Porque era lo más sensato.

Él era sensitivo. Por supuesto. Mis ojos se cerraron y traté de contener el dolor que acompañaba esa cruda verdad. El pulgar de James continuó frotando suavemente mi mano, y estuve segura, en ese momento, que no había tenido la intención de limpiar el lugar, donde la vela me había quemado. Le había asignado incorrectamente un significado al gesto de James, un significado que no poseía.

El sueño descendió sobre mi dolor incipiente, llevándome bajo la oscuridad y lejos de la consciencia. Pero, mientras me alejaba, me pareció escuchar a James decir:

—Buenas noches, mi amor.

“¿Mi amor?”

Capítulo 24

Algunos de los vestidos que Lady Edith encargó estaban listos y los entregaron a primera hora de la tarde del martes, justo a tiempo para el baile de Lord y Lady Grenville. Me puse el vestido rosado suave, el único vestido de fiesta del lote, aparte del monstruoso blanco, sin saber si el color hacía que mi cabello rojo pálido pareciera atrevido y grosero. A veces era un equilibrio delicado, y no podía cambiar el color de mi cabello, así que tenía que ser cuidadosa con los vestidos.

—Fanny… —Me levanté y me puse los guantes hasta los codos—. Sé honesta. ¿Este vestido me hace parecer pálida o descolorida?

Ella se detuvo cerca del tocador, tomando un puñado de alfileres sin usar agarrados con nerviosismo.

—Me parece que usted luce encantadora, madame.

Estaba claro que no recibiría una respuesta honesta de mi doncella. Me acerqué a la luz del fuego y me esforcé por ver mi reflejo en el espejo del tocador. La única persona en esta casa de la que podía depender para que me dijera la verdad de las cosas era, sin duda, mi suegra. Le importaba demasiado la opinión de la sociedad como para permitirme salir de casa con mala cara.

Estaba casi segura que ella lo que haría, porque mi propia madre nunca antes me había permitido pedir un vestido rosado, y con razón.

Me puse mis zapatillas de baile. *Evelina* estaba en mi mesita de noche y dejé ese libro en mi bolso. Siempre era mejor estar preparada. Nunca sabía cuándo encontraría la oportunidad de leer.

Lady Edith estaba al pie de las grandes escaleras, rodeada por sus tres hijos, mientras yo bajaba las escaleras. Esperé su reacción, ante mi vestido, pero no pareció encontrarle ningún defecto.

Sus ojos escrutadores recorrieron el vestido y se acercó a mí para pasar la tela entre sus dedos.

—Este no es el rosado que seleccioné.

—¿Estás segura? —pregunté.

Ella asintió.

—Elegí seda. —Dejó caer la tela de sus dedos enguantados y sacudió la cabeza—. Tienes buen aspecto, en cualquier caso. No debemos sentirnos demasiado frustradas por el error.

Bueno, eso ciertamente explicaba por qué ella todavía no había encontrado ningún defecto en mi color de piel. No podía imaginar que cambiar la tela del vestido fuera tan simple como confundir una tela con otra, no para una profesional. Sin embargo, durante nuestra primera visita a la tienda, mencioné mis preocupaciones. Madame Rousseau debió haber elegido una tela que se adaptaba a mi tez y color de cabello. Después de todo, gracias a ella, valía la pena el gasto.

James me ofreció su codo y me llevó hacia el carruaje que me esperaba. Mis nervios habían estado tan envueltos en la preocupación de si parecía asustada o no, que todavía no me había preocupado por el baile, que pronto se requeriría de mí. Tiré de su codo antes de entrar al vehículo y él miró hacia arriba.

—¿Qué pasa?

—El baile —susurré, muy consciente que Henry y Benedict esperaban detrás de nosotros. Su madre ya estaba sentada adentro—. No puedo hacerlo.

Sus ojos resplandecían con las antorchas brillantes a cada extremo del carruaje.

—¿Crees que podrías realizar uno? Podemos elegir un vals para que permanezcas conmigo durante todo el baile.

¿Podría? No había pensado en bailar un vals con mi marido. James tenía la costumbre de calmar mis nervios. ¿Podría hacerlo en la pista de baile?

—No estoy segura.

—¿Lo intentamos?

—Y si yo... —Tragué, incapaz de hacer un sonido, ante la preocupación que me atormentaba.

—Si empiezas a sentirte débil, te indicaré una silla inmediatamente. Puedes alegar dolor de cabeza y quedarte fuera de los bailes restantes. —Me miró disculpándose—. Eres una nueva novia, Liss. Lord y Lady Grenville esperarán que usted abra el primer set.

Cerré los ojos y me imaginé bailando junto a James, concentrándome únicamente en él, permitiendo que su fuerza se filtrara en mí.

—¿Hay problemas? —llamó Lady Edith desde el interior del carruaje.

Sí los había.

—No —respondió James. Me ayudó a entrar y tuve un pensamiento repentino e inquietante.

¿Y si el primer baile no fuera un vals?

* * *

La reunión de Lord y Lady Grenville fue todo menos pequeña. Parecía que toda la sociedad local salió con toda su fuerza, y si Lady Edith imaginó que se trataba de una escasa representación de los lugareños, entonces apenas podía imaginar lo enorme que sería su baile.

Mi agarre se hizo más fuerte en la mano de James, y él me miró a través de sus ojos claros de color verde-marrón.

—En el momento en que sientas que te desmayas —murmuró—. Te indicaré que te sientes en una silla.

—¿Nos sentamos ahora entonces? —Bromeé.

Su sonrisa de regreso estaba mezclada con preocupación. Respiré reconfortantemente y permití que James me guiara hacia nuestros anfitriones. Ambos eran más bajos que el promedio, regordetes y con bocas que parecían girar más hacia abajo que hacia arriba. Fue con disgusto que cada uno de ellos sacó un espejo y lo barrió sobre mi persona, después que James realizó las presentaciones, luego compartieron una mirada entre ellos.

¿Había demostrado ser una chica desaliñada y casera? No parecía contar con su aprobación, si sus expresiones de descontento eran una pista. No era de extrañar que esta pareja no se aventurara con frecuencia en la sociedad. No me parecían una pareja feliz.

—Deberíamos alegrarnos que Lord Grenville no baila —murmuró James, en mi oído, mientras me llevaba—. O habría sido tu compañero durante el primer set.

Un escalofrío recorrió mis hombros. Ese fue un cuadro desagradable, por cierto.

Benedict y Henry nos abandonaron, dejando a James a cargo de su madre y su esposa.

—¿Empezamos a presentarnos? —preguntó Lady Edith. Estábamos en fila cerca de la entrada del salón de baile más grande, y conté no menos de una docena de parejas, conversando allí.

—¿No he conocido ya a todos en nuestra parroquia local? Me temo que no recordaré a nadie más.

Lady Edith pareció percibir la debilidad de mi excusa.

—Debes hacerlo, Felicity. No podemos permitir que te tachen de grosera.

—Ella es cualquier cosa menos grosera —dijo James con firmeza—. Si queremos que Felicity baile, madre, creo que es mejor darle este pequeño respiro de antemano.

Su consideración me impactó y miré a mi apuesto esposo. Su semblante era severo, mientras que carecía por completo del toque juguetón, que yo había llegado a adorar, en este momento. Algo le molestaba tanto como a mí, pero parecía imperturbable durante nuestra conversación delante de Chelton.

Lady Edith lo miró fijamente.

—¿Si queremos que ella baile?

James le dio una sonrisa tensa.

—Sí. Sí. He experimentado de primera mano la profundidad de los problemas de Felicity, cuando está abrumada por los nervios, y no la pondré en una posición que le obligue a esforzarse más allá de lo razonable. Estamos aquí, a tus órdenes, y bailaremos. Pero hasta que la música empiece en serio, llevaré a mi esposa a pasear por el conservatorio. Eres más que bienvenida a acompañarnos.

El rostro de Lady Edith parecía tallado en piedra. Ella sacudió claramente la cabeza.

—Preferiría saludar a mis amigas. Uno de nosotros debe… explicar.

No le pedí que describiera más lo que quería explicar y ella no sintió la necesidad de explicarlo. James inclinó la cabeza en señal de deferencia hacia su madre y tiró de mí hacia las puertas abiertas, en el otro extremo del salón.

—No era necesario que nos hubieras liberado tan completamente —dije, totalmente consciente, una vez que llegamos a nuestro destino, y ahora estábamos solos. Árboles en macetas y arbustos con flores se alineaban en las paredes de vidrio que rodeaban la pequeña porción del salón, y la luz de las velas se reflejaba en las numerosas ventanas.

—Pensé que sería prudente que guardaras tus fuerzas.

Su consideración tocó mi corazón. Pero claro, así fue desde el principio. Su enojo cuando nos conocimos por primera vez en la biblioteca en el baile de los Hutton se transformó rápidamente en preocupación al enterarse que me había quemado, e incluso se preocupó, por si estaba intentando atraparlo o no. Era simplemente su naturaleza considerar mi bienestar.

La boca de James se torció en una suave sonrisa y golpeó suavemente mi bolso con el codo.

—Tienes un libro ahí, ¿no?

—Tal vez. —Mis mejillas se calentaron.

—Nunca te entenderé. —Se le escapó una pequeña risa.

Eso era lo que temía. Aunque siempre me consideró, no me entendió. Busqué entre la multitud a la señorita Whitstone, consciente de nuestras similitudes, más en un salón de baile que fuera de él.

—Surge la pregunta —dije a la ligera—. ¿Por qué procederías a casarte con alguien tan completamente diferente a ti? Tuviste la misma oportunidad con la señorita Whitstone, y encontraste la manera de salir de ese enredo, antes que fuera demasiado tarde.

Respondí mi propia pregunta y la vergüenza se filtró en mi pecho. “*Antes que fuera demasiado tarde*”. No habría podido salir de nuestra situación sin hacer que mi nombre pasara por un escándalo.

—No me encontré enredado con la señorita Whitstone. Simplemente, pasamos un poco de tiempo juntos.

¿Qué parte temeraria de mí pensó que sería prudente preguntar esto ahora? Mi tonto corazón, sin duda, estaba liderando la carga sin entrenamiento ni control.

La música del salón de baile llegó hasta nosotros y le dirigí una sonrisa. Se anunció un minueto, y yo hice todo lo posible para que mi sonrisa no flaqueara. Por supuesto, el baile comenzaría con un minueto: un espectáculo de baile tranquilo, demasiado largo.

—¿Debemos? —preguntó.

—No tenemos otra opción.

James me llevó a mi posición, pasando junto a grupos de extraños mezclados con personas que reconocí de la iglesia o de nuestras visitas a domicilio, durante la semana anterior. Mi corazón se aceleró al ritmo de los cálidos violines, y me paré frente a James con los pies firmemente plantados en el suelo pintado.

—Mírame todo el tiempo, Liss —susurró—. Solo a mí.

Eso resultaría difícil, cuando me alejaran de él o él de mí. Asentí suavemente, permitiendo que su mirada me mantuviera cautiva.

La música comenzó en serio y el baile a su lado. La concentración de James fue encomiable. Solo podía imaginar cuán profundamente deseaba evitar la necesidad de atraparme y sacarme del salón. Yo también deseaba evitar lo mismo.

Mi corazón siguió el ritmo de mi preocupación, acelerándose rápidamente, mientras bailábamos. Cuando mi mirada se desvió de mi marido, los ojos brillantes y vigilantes de los espectadores me apuñalaron con sus persistentes miradas. Mi estómago dio un vuelco, girando junto a mis nervios, y mi respiración avanzó, a una velocidad más rápida de lo que justificaba el baile.

—¿Liss? —preguntó James cuando se acercó a mí por un momento. ¿Había notado la palidez verde de mis mejillas, o era simplemente así como me sentía y no como me veía? Me mareé, mi corazón latía tan fuerte que pasó por mis oídos y bloqueó la mayor parte de la música. Giré en la dirección equivocada y pisé el dobladillo del vestido de otra dama, y el pánico se apoderó de mí.

Estaba sucediendo. Los destellos negros pincharon los bordes de mi visión, y se movieron hacia adentro con la cabeza liviana y el estómago pesado. Busqué a James, deseando no golpearme la cabeza, si me cayera. Su mano se cerró alrededor de la mía y me sacó de la pista de baile, acercándonos rápidamente al salón más pequeño, que aún no habíamos visitado esta noche. Pasamos junto a grupos de personas, aunque no podía enfocar los ojos lo suficiente como para reconocer ningún rostro.

James me llevó a un pequeño grupo de sillas contra la pared del fondo y me ayudó a sentarme.

—Buscaré un vaso de limonada, si crees que puedes mantenerte erguida.

—Quédate —dije, en voz tan baja que temí que no me hubiera escuchado.

James se sentó a mi lado de inmediato con su mano sobre la mía. Sus dedos eran incapaces de permanecer quietos sobre mi piel. Pero su aleteo nervioso fue tranquilizador. Quería más que nada su fuerte abrazo, que su cercanía filtrara los nervios de mis extremidades, como lo había hecho durante nuestro viaje hace tantas semanas, pero no podía pedírselo en este lugar público.

Me conformé con apreciar su toque, y permitir que mis ojos se cerraran hasta que las náuseas desaparecieran.

—Gracias —susurré.

James apretó mis dedos en respuesta. Abrí los ojos de nuevo y encontré a Lady Edith parada en la puerta abierta, hablando con otra mujer y sus ojos brillantes puestos en mí. Y ella no parecía muy contenta.

Capítulo 25

El baile de Grenville progresó hasta la noche y, a pesar de las miradas interesadas que James envió a varios grupos de personas que charlaban, permaneció incondicionalmente a mi lado.

Solo imaginaba que mi espectáculo servía para mantener alejados a los curiosos y chismosos, pero tenía miedo de enfermarme.

—Estoy perfectamente contenta de quedarme aquí, si quieres saludar a tus amigos —dije.

Inmediatamente, él sacudió la cabeza.

—No te puedo dejar.

—¿Esperas permanecer pegado a mi lado, mientras dure nuestro matrimonio, o se me permitirá estar sola en cualquier momento?

—¿Quieres estar sola?

No, claro que no. Pero sabía la razón por la que James se sentó en un rincón de una pequeña habitación, toda la noche, cuando sin duda había amigos cerca con los que deseaba hablar. Podía sentir la energía desprendiéndose de él en oleadas. Estaba cansado de estar sentado aquí, y su deseo de estar en otro lugar, no me hacía ningún bien a los nervios.

—Continúa —seguí—, tal vez saldré o encontraré a la señorita Whitstone. Me di cuenta que pasó por la puerta hace solo un cuarto de hora.

—Permíteme acompañarte…

—Estoy casada ahora, ¿recuerdas? —dije suavemente—. No necesito a un acompañante.

James no parecía del todo convencido.

—Honestamente —dije—. No puedo soportar que me traten como a una inválida, James. Estoy perfectamente bien ahora. Mientras permanezca al margen del salón de baile, nada perturbará ni arruinará mi paz.

—Si estás segura…

Tomé su mano y la apreté. Cuanto antes se fuera, más rápido podría encontrar un rincón tranquilo e iluminado para leer.

—Saldré del salón contigo, si eso te ayuda a sentirte mejor.

James asintió y me ayudó a levantarme. Nos dirigimos hacia la puerta del salón de baile más grande cuando alguien lo llamó. Sentí su vacilación y le di un apretón rápido a sus dedos, antes de soltarlos, y salir de este salón. Le pediría que me disculpara, pero estaba segura que él podría dar una explicación razonable a mi desaparición.

Esperaba salir del salón de baile, antes de toparme con un conocido. O peor aún, con mi suegra. Bordeé la multitud de gente, el libro en mi bolso pesaba contra mi muñeca. El invernadero abierto ahora estaba lleno de gente, así que giré en la otra dirección, a través de un par de puertas, y encontré una sala de refrigerios.

Detrás de la mesa, un lacayo estaba llenando vasos de limonada, y yo acepté uno, llevándolo a mis labios, mientras analizaba mis opciones. Había una puerta en el otro extremo del salón y una alcoba en el otro.

—¿Dónde puedo ubicar el baño de damas? —le pregunté al lacayo.

—A través de esa puerta, al frente.

Seguí sus instrucciones, caminé a través de la puerta, pero giré una vez que llegué al pasillo vacío y entré a una habitación justo más allá del baño de damas. Si me encontraba en un lugar

donde no debería estar, siempre podía decir que estaba perdida. Ya había sucedido antes.

Un pequeño fuego ardía en la chimenea de una pintoresca sala de estar, y de inmediato noté una silla perfecta para mis diseños. Estaba de espaldas a la puerta y seguramente me escondería, si alguien entrara, dándome tiempo suficiente para guardar mi libro, antes que me encontraran.

Ahora que estaba casada, seguramente no había nada malo en que me pillaran sola en una habitación durante un baile.

Desabroché el cordón de mi bolso y me dirigí hacia el pequeño fuego. ¿Había madera cerca? Era posible que necesitara agregar algo a la chimenea.

—¡Oh, querido! —grité.

Evelina voló de mis manos y se dirigió directamente hacia el hombre sentado en la misma silla que yo había decidido ocupar.

Henry esquivó mi libro, que voló por encima del respaldo de su alto sillón orejero, y cayó al suelo en algún lugar detrás de él.

—¡Maldita sea! Felicity. Me diste un susto de muerte. —El miró por encima de su hombro —. ¿Qué querías hacer? ¿Golpearme con un libro?

—No intencionalmente, no. —Rodeé la silla y recuperé mi libro. El pequeño trozo de papel que había usado para marcar mi lugar había caído sobre la alfombra Aubusson, y me agaché para recogerlo. Era una nota que James había escrito cuando me dejó para ir a York, y la metí en mi bolso.

Me di la vuelta para mirar a Henry, y él se puso de pie con tardía caballerosidad.

—¿Viniste a escapar del baile?

—Sí. ¿Tú también?

Levantó el libro que tenía en la mano.

—Tenía la esperanza que nadie me encontraría aquí.

Un latido de silencio pasó sobre nosotros, mezclándose un cúmulo de sentimientos y posibilidades. Henry y yo teníamos múltiples opciones por delante. Podría dejarlo, fingiendo que nunca lo encontré. Podríamos salir juntos de la habitación, ahora, y regresar al baile. O… podíamos sentarnos en agradable silencio, como solíamos hacer en Chelton, y leer.

Hice lo mejor que pude para leer la expresión en sus ojos, pero me resultó difícil discernirla. Si no me equivoco, parecía más afligido que avergonzado. Si estaba decepcionado, bajo la falsa suposición que estaba a punto de arruinar la paz de su velada, él no podría estar más lejos de la verdad.

—Tengo una propuesta, Henry. —Me senté lentamente en la silla opuesta a la que él había ocupado anteriormente y él me emparejó para que estuviéramos en igualdad de condiciones—. El baile de la cena no comienza hasta dentro de una hora, ¿supongo?

Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea.

—Correcto. Si no un poco más.

—¿Qué te parece si nos quedamos aquí y seguimos leyendo durante esa hora? Luego, podremos unirnos al baile nuevamente, antes de la cena, para que no nos extrañen cuando más importa.

—¿No deseas? No, claro que no. —Él sonrió. Una suave risa se escapó de su garganta—. Supongo que hubieras preferido saltarte toda la velada, y mucho más el baile.

—Sí, pero como eso no es posible, felizmente, me conformaré con saltarme una hora.

Henry miró por encima del hombro hacia la puerta, y luego a mí, con incertidumbre en sus ojos azules. Su cabello castaño y rizado estaba revuelto, y un mechón le caía sobre la frente. Por lo general, parecía tan ordenado que el desorden lucía extraño. Para un hombre tan típicamente

pulcro y ordenado, su gran parecido con Benedict en ese momento era un poco alarmante.

—¿Estás bien, Henry? —pregunté suavemente.

—Sí, por supuesto. —Se aclaró la garganta y volvió su atención a las páginas de su libro—. No tengo ganas de bailar esta noche, eso es todo.

—Nunca tuve ganas de bailar —dije a la ligera.

Pensar que si Henry hubiera asistido al baile de los Hutton, al final de la temporada, entonces, ¿habría sido el hombre con el que me encontré a solas en la biblioteca? Ya eso no importaba, pero miré los ojos preocupados de Henry, y me pregunté esto. Sin embargo, se me ocurrió que él no era tan coqueto como su hermano, y si nos hubiéramos descubierto solos en ese momento, probablemente no habríamos hecho nada más que permanecer en lados opuestos de la habitación, mirando libros, sin quedar atrapados en la trampa, o en algo parecido a un abrazo.

—¿Qué estás leyendo?

Levanté el libro para que pudiera ver el lomo.

—Es uno de mis favoritos. Después del susto que me dio *Udolfo,* descubrí que quería buscar el consuelo de una historia familiar.

—No hay nada como un libro familiar para calmar el alma atribulada.

—No admitiré que tengo un alma atribulada, pero por lo demás estoy totalmente de acuerdo.

Encontré el lugar donde había dejado de leer antes y centré mi atención en la novela que tenía en el regazo. Mis ojos aún no habían llegado al final de la página, cuando sentí el calor de la observación de Henry, y alcé las cejas.

—¿Hay algo más que te gustaría discutir?

Henry se aclaró la garganta y pareció sacudirse.

—No… Disfruta tu historia, Felicity, y esperemos que ninguna otra alma amable venga en busca de un respiro.

—O busque un lugar para mantener citas secretas —dije con poco tacto. Recibí el efecto deseado por la risa de Henry, y mi atención volvió a enfocarse en mi libro.

* * *

La hora de la lectura tranquila transcurrió sin interrupciones. Finalmente, Henry deslizó su delgada novela en su bolsillo y me ofreció su brazo.

—¿Ya es hora? —Me quejé—. Quizás deberíamos fingir que estamos enfermos y volver a casa.

—Ven, niña.

—No soy ninguna niña.

—¿No? Tu queja me recordó a una.

No pude evitar apartar su mano.

—Yo también puedo ser hosca como tal, si quieres verlo.

—Preferiría que no. —Me sonrió, cerré el libro y lo guardé en mi bolso.

Llegamos al pasillo y regresamos a la puerta que conducía a la sala de refrigerios. Henry parecía opinar de la misma manera que sería prudente entrar primero en la pequeña sala, en lugar de ir directamente al salón de baile. Abrió la puerta y me hizo un gesto para que lo precediera, y casi me detengo cuando mi mirada se encontró con la de James. Se paró en la mesa de refrigerios, aceptando un vaso de limonada, y vi cómo sus ojos se elevaban sobre mi cabeza y se endurecían al alcanzar a Henry.

Crucé directamente a su lado.

—Felicity, me preguntaba dónde estabas —dijo James—. Debería haber sabido que habrías encontrado un lugar donde esconderte.

—No me estaba escondiendo de ti —dije, escuchando mi propio tono defensivo.

La tensión alrededor de su boca y ojos reveló que no estaba contento con mi elección, independientemente de mis razones.

La cena transcurrió con gran malestar. No estaba sentada cerca de James, aunque mis compañeros de mesa, el señor Dodwell y el vicario, fueron ambos educados y no me exigieron mucho en términos de conversación. Lady Edith estaba colocada en el otro extremo de la mesa y su mirada se desviaba de mi dirección a intervalos regulares.

En el viaje de regreso a Chelton, al final de la noche, todos en nuestro grupo estaban de mal humor. Estaba claro que la velada no había transcurrido según los planes de nadie. Benedict, incluso, estaba más tranquilo de lo que era típico en él, y fijé mi mirada en el campo iluminado por la luna, a través de la ventana, durante todo el viaje. Cuando llegamos a Chelton, subí las escaleras, antes que alguien pudiera asaltarme, y quisiera cuestionar mis acciones o darme alguna reprimenda.

Me había equivocado y lo sabía bien. Mi culpa era un castigo suficiente, por ahora.

Capítulo 26

James llegó a la puerta contigua y, aunque mi habitación estaba excepcionalmente oscura, pude discernir el contorno de su larga camisa de dormir y su cabello revuelto. Su presencia hizo que mi pulso se acelerara. Yo llevaba casi treinta minutos en mi cama, mucho más del tiempo en el que me habría parado en la puerta y habría compartido un hecho con él. La verdad es que no sabía si quería hablar conmigo, o solo asegurarse que yo estaba allí y a salvo. Se había mostrado hosco, después de la cena en el baile de Grenville, y su comportamiento era inaccesible. Era mi culpa, por supuesto, y eso no nos había ayudado a reconciliarnos.

—Necesito conocer tu hecho —dijo James, su voz profunda penetró el silencio perfecto.

Me impulsé hasta quedarme sentada.

—Y —continuó, cuando no dije nada—, lo necesito si quiero quedarme dormido.

Mi cuerpo se quedó quieto, las palabras encontraron asidero y se aferraron a mí. *"¿Lo necesito?"* Seguramente, él pensaba al revés, porque era yo quien lo necesitaba a él.

¡Ah! Tal vez eso era todo. James debió haber sospechado que preferiría estar en mi habitación y vino a verme, ya que no pude tragarme mi propio orgullo y acercarme a él. Pero, ¿cómo podría hacerlo cuando las relaciones entre nosotros eran frágiles? Habíamos encontrado un extraño equilibrio entre amigos y amantes en el que ni siquiera nos besábamos con regularidad, pero sabía que podía confiar plenamente en él, mientras compartía la intimidad de dormir en la misma cama. Ese mismo hábito había roto una barrera entre nosotros en un aspecto, forzándonos a familiarizarnos, antes que tuviéramos la oportunidad de relacionarnos con las mentes de los demás.

¿Nos habíamos movido demasiado rápido en un área, o demasiado lento en la otra? Incluso ahora hablábamos, como si nos conociéramos bien, y aún así nos quedamos sin nada más que nuestra ropa de dormir.

—¿Liss?

Había pasado demasiado tiempo considerando el estado de nuestra relación. Independientemente de lo extraño que me sintiera para este hombre, en algunos aspectos, también sabía que él y yo estábamos unidos inseparablemente. Habíamos intercambiado votos, y eso nos diferenciaba de cualquier otra relación en mi vida.

Mi cabello cayó sobre mis hombros y lo recogí hacia atrás. La habitación estaba oscura, el calor del verano provocaba poca necesidad de encender un fuego, aparte de calentar las tenacillas o quemar el frío fresco, en las primeras horas de la mañana.

—Mi hecho —dije, levantándome de la cama y cruzando la habitación—. No me gusta sentir que no estamos de acuerdo, unos con otros.

—¿Puede ser ese también mi hecho?

—Lo siento, pero… no. Debes idear algo original.

Su brillante sonrisa era clara en la habitación oscura.

—Ya lo tengo, esta noche.

—¿Oh?

—Sí. Se ha convertido en un hecho para mí que te necesito, si quiero quedarme dormido.

Mi corazón dio un vuelco, a pesar de mis reservas.

—¿Cómo es que podemos parecer tan inadecuados a la luz del día, pero la oscuridad parece ocultar nuestras diferencias?

—¿No me necesitas? —preguntó. Su mirada era firme, mientras los estanques oscuros brillaban a la luz de la luna.

—Sí —susurré—. Te necesito.

La fuerte mano de James se deslizó debajo de mi mandíbula y alrededor de mi mejilla, y me incliné hacia ella.

—¿A dónde fuiste esta noche durante el baile?

Mi cuerpo se quedó quieto. ¿Eso le molestaba tanto que necesitaba una respuesta ahora? Me enderecé, incapaz de pensar con claridad con su piel sobre la mía.

—Quería un descanso de la masa de gente, así que encontré una pequeña habitación con fuego y tenía la intención de leer.

—¿Henry?

—Él estuvo en la habitación primero, haciendo lo mismo que yo pretendía hacer. —Mi cuerpo se alejó de él, aunque no lo hice intencionalmente, y su mano cayó. No me gustó el tono de su voz ni el rumbo de la conversación. Casi sentí como si no confiara en mí. Aunque admití que la idea era ridícula… yo había demostrado que no era nada digna de confianza, ¿no? Pero fue James quien le pidió a su hermano que se quedara, mientras él no estaba y me cuidara.

—¿Lectura?

—Sí. Encontré a Henry allí, y decidimos pasar una hora leyendo tranquilamente, antes de regresar a cenar. No fue tan extraño, James. Yo estaba haciendo exactamente lo mismo, cuando nos conocimos.

—Pero, como mi esposa, esperaba que te quedaras en el salón de baile toda la noche. Eres una nueva novia y se te otorgan ciertos privilegios durante este período de tu vida. Si estás ausente durante mucho tiempo, se nota. —Se pasó una mano por la cara—. Si alguien más te hubiera visto regresar con Henry, podrían haber comenzado los rumores. Ya estamos en una situación inestable.

¿Por qué alguien iba a creer cosas nefastas sobre una nueva novia y su cuñado? Y además, ¿no habíamos puesto fin al escándalo, cuando nos sacrificamos en el matrimonio?

Sin embargo, James parecía pensar que estábamos en una posición inestable incluso ahora.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El escándalo que rodea nuestro compromiso —dijo—. Seguramente, te das cuenta de que al casarnos no apagó ese fuego por completo.

—Ciertamente, esto pareció funcionar cuando hicimos nuestro anuncio, y cada mujer que me había desairado me dio la bienvenida nuevamente al instante.

Él me miró fijamente.

—Sí, te aceptaron, pero eso no quiere decir que no hablaron de ti, cuando saliste de la habitación. La misma razón por la que no lo somos… que no tenemos…. es porque te enteraste del chisme.

Él se burló levemente, pasándose una mano por la cara.

—Te das cuenta que es una lucha para mí mantenerme alejado de ti, ¿cierto? Es una dificultad que estoy soportando por el bien de nuestros nombres y de tu propia opinión sobre ti misma, el no besarte en cada oportunidad que tengo a mi alcance. Es un tormento tenerte tan cerca y, sin embargo, tan lejos todavía de mí. Acepté un período de abstinencia de seis meses para nosotros. Para nuestros hijos. Por el nombre Bradwell.

La euforia y la furia se juntaron como una tormenta furiosa y se retorcieron en mi estómago. Había pensado que James accedió a esperarme para que pudiera demostrar mi buen carácter, y así poder vivir conmigo. Después de residir en Chelton, durante semanas, y soportar las

interminables restricciones de Lady Edith sobre la defensa del nombre Bradwell, debería haber sido más claro para mí que James también estaría preocupado por eso. Fue un duro golpe darme cuenta que él no se sacrificó por completo por mí.

Di un paso atrás, hablando con un acento gélido, que plagaba tanto mi cuerpo como mis palabras.

—No me había dado cuenta de eso, no… Por favor, acepta mis disculpas.

—¿Te sientes ofendida?

Di la vuelta.

—Más bien estoy iluminada.

—No, no hagas esto. —Él tomó mi mano, pero no le permití tomarla. No permitiría que arruinara una de mis cosas favoritas, arrastrándola a este momento angustioso.

—Más bien, creo que necesito intentar dormir, James.

—¿Qué dije para ofenderte tanto?

—No es lo que dijiste. Es lo que he descubierto. —Caminé de regreso a mi cama.

Él me siguió.

—Si no me lo dices, no puedo saber lo que hice. Háblame, Liss. No huyas.

—No estoy corriendo… —Pero lo estaba. Cerré los ojos y apreté los puños—. Mis expectativas para el matrimonio eran completamente erróneas en todos los aspectos, James. Cada una de las cosas que había anticipado para mi futuro resultó ser lo contrario de lo que anticipé. Me enorgullezco de la destreza con la que he aceptado cada una de estas modificaciones y he sacado lo mejor de ellas, pero solo se puede esperar que haga mucho, antes de tener que alejarme de la situación por un tiempo y respirar.

—¿Alejarte de qué situación? —Él hizo una pausa—. ¿Nuestro matrimonio?

No, James, por supuesto que no. Alejarme de la presencia de un baile abrumador, por ejemplo… Alejarme de tu madre… Salir de su dormitorio.

Llegué a mi cama y sentí que la brecha entre nosotros se alargaba, tanto física como emocionalmente. Quería darme la vuelta y caer en sus brazos, pero, ¿cómo podría hacerlo después que él profesara su dificultad con eso?

—Por favor, no te alejes de mí —suplicó.

—No veo cómo podremos dormir ahora, no después de este malestar. —Moví mi mano entre nosotros para indicar el aire denso, tan cargado de cosas no dichas y expuestas.

—¿Por favor? —preguntó—. Me temo que si no vienes esta noche, romperás con el hábito. Podemos resolver las cosas en las que no estamos de acuerdo, pero siempre debemos trabajar juntos. Debemos tomar la decisión consciente de no permitir que nuestros desacuerdos nos agobien. No quiero alejarme de ti, Liss.

—Yo tampoco quiero eso —susurré. Pero mi mente estaba confusa. A través de la niebla y las inseguridades que me acosaban, sabía que dos cosas eran innegables: amaba a James, y al menos, él se preocupaba por mí.

Levanté mi mano hacia él y James cruzó el espacio entre nosotros, en tres rápidos pasos. Tomó mi mano y me atrajo hacia él, curando parte de la contención y el miedo, que habían comenzado a desgarrar mi corazón. Mis brazos rodearon su espalda y me incliné hacia él, inhalando el aroma especiado que era solo suyo. James respiró profundamente, presionando su mejilla en la parte superior de mi cabeza.

Mi cuerpo se relajó en sus brazos, mis nervios se aflojaron hasta que mis miedos apretados se deshicieron como un carrete de hilo en el suelo alfombrado.

—¿Sin trenza esta noche? —preguntó. Sus dedos jugaron con las puntas de mi largo

cabello.

—Sin trenza.

—Me gusta cuando tienes el pelo suelto.

—Me gusta cuando te falta la corbata.

—Me gusta lo pequeños que son tus pies descalzos.

—Me gusta la forma de tus brazos.

James se reclinó y me miró con una ceja levantada.

—Eso es interesante.

Un sonrojo calentó mis mejillas, ampliando mi sonrisa.

—¿De qué manera?

—Mis brazos, ¿eh? ¿Es por eso que preguntaste si participo en peleas a puñetazos? ¿Porque te gustaría verme en una ronda?

—No, ¡eso suena espantoso! Solo me preguntaba, si así conseguiste desarrollar algún tipo de músculo.

—Bueno, desafortunadamente no tiene nada que ver con luchar valientemente contra mis hermanos. He pasado mucho tiempo en los últimos años gestionando y trabajando en diferentes partes de la casa. Disfruto del esfuerzo y montar a caballo, o cazar no me basta.

¡Ah! Como el surco del camino. Ni siquiera me había preguntado por qué James y Benedict hicieron el trabajo ellos mismos, en lugar de pedírselo a los sirvientes, pero ahora me di cuenta de lo extraño que era.

—No me quejo —dije en voz baja.

—Es posible que lo haga cuando sea mayor, y tenga menos tiempo para estas actividades. El ablandamiento es parte del envejecimiento.

—No me importará si te ablandas, James. —Presioné mi mano contra su corazón, el calor se filtró a través de la camisa y calentó mi palma—. Esta es mi parte favorita de ti.

—¿Mi pecho varonil?

No pude evitar reírme.

—Tu corazón.

Puso una palma sobre mi mano.

—Bien, porque te pertenece.

Me quedé sin aliento y levanté la vista bruscamente para encontrarlo mirándome seriamente. Su mirada se posó en mis labios y la acalorada conversación que compartimos, hace solo unos minutos, estaba fresca en mi mente. Era un tormento tenerlo tan cerca y, sin embargo, al mismo tiempo, tan lejos de mí. Esa distancia era importante, y no sacrificaría la reivindicación de mi nombre (de hecho con el apellido de su familia) por un beso.

James se balanceó hacia mí, pero giré la cara, evitando el beso que tan desesperadamente deseaba.

—Aún nos quedan cinco meses —dije en voz baja.

—Una eternidad —murmuró.

No podría estar más de acuerdo con él.

Capítulo 27

La siguiente semana transcurrió con una lentitud insoportable. Quería contar los días hasta la llegada de mi prima, pero aún no habíamos tenido noticias suyas, así que solo podía esperar que ya estuviera en camino. Tenía que estar, en la vía, para así poder llegar a Chelton antes del baile, ya que el evento se llevaría a cabo en cuatro días.

Lady Edith aún no había recibido noticias sobre la señorita Northcott y su paradero. Envió un puñado de cartas a varias personas, que conocían a la señorita Northcott, antes que su madre muriera, y ella viajara a Chelton para vivir allí, pero hasta el momento nadie había respondido.

James y yo habíamos encontrado una peculiar sensación de armonía durante la semana anterior. Yo pasaba los días ayudando a su madre a prepararse para el baile, o asistiendo a visitas a domicilio, y él los pasaba montando o saliendo con sus hermanos. Y cada noche, hablábamos sobre nuestro día y compartíamos nuestros hechos. Me alegré que hubiera luchado por mí la semana pasada, y que no hubiera aceptado mi decreto que estábamos mejor en nuestros propios dormitorios.

Quería conocer la mente de James y lo estaba logrando con nuestras conversaciones nocturnas. Al cabo de un año, juntos, sabría más de trescientas cosas sobre él.

Sin embargo, a medida que pasaban los días, Lady Edith se había vuelto cada vez más distante. Ella estaba sentada frente a mí en la mesa del desayuno con papeles esparcidos entre nosotras, que contenían todos los detalles sobre el baile. Los invitados a la cena, los invitados al baile, los menús y preparativos de la cena, el orden del baile y los invitados de la casa habían sido revisados de manera insoportable. Ya habíamos pasado a la decoración, y Lady Edith tenía una lista de flores, velas y espejos que rivalizaban con las grandes fiestas de la alta sociedad de Londres.

—Necesitaremos antorchas en el patio. Podemos mover los arbustos y árboles en macetas a esa área para darle una apariencia más terrosa.

—¿Qué pasa con las flores blancas? —pregunté. Esto había sido un tema fuerte al que Lady Edith se aferraba con fuerza.

—Rosas en la fuente. Podemos colocarlas en las esculturas. Quizás parezca que Atenea lleva un ramo en la mano.

—Y flores en la fuente —agregué—, flotando en el agua con los tallos cortados.

—Tal vez. Si tenemos rosas de sobra.

Mi columna se enderezó. Este era mi baile, ¿no? No hace mucho había determinado que había adoptado un enfoque equivocado con mi suegra, pero cada vez que intentaba tener algún poder, ella cerraba la puerta a mi idea de inmediato. Era una yuxtaposición terrible porque si quería que ella me encontrara capaz, necesitaba demostrárselo. Solo que ella no me permitiría esa oportunidad. Necesitaba tomar la autoridad que me correspondía, por derecho, para demostrarle que se podía confiar en mí. Que yo era digna.

—Me gustaría que flotaran rosas en la fuente —dije de nuevo, esta vez más fuerte. Lo expresé simbólicamente, de una manera que ella no entendería, porque no quería compartir la historia del día en que James y yo caímos a la fuente del jardín. Él me había puesto una rosa blanca detrás de la oreja y eso me hizo sentir especial. Si este baile estaba destinado a celebrar nuestro matrimonio, parecía una forma muy sutil y privada de rendir homenaje a nuestra unión.

—Quizás —repitió.

Mi pulso se aceleró y la sangre pasó por mis oídos a una velocidad alarmante.

—Ha habido muchas cosas sobre este baile que te he cedido, Lady Edith. Estoy pidiendo esto, una pequeña cosa. Estoy sumamente agradecida por todo lo que usted ha hecho y no deseo causar ningún conflicto. Pero, sí espero, como señora de Chelton, tener cierta autoridad sobre mi propio baile.

Las mejillas de Lady Edith se sonrojaron y sus labios se apretaron. Cogió la pluma y la sumergió en la tinta, antes de marcar una anotación sobre las flores en la fuente. Sin embargo, esta fue una victoria vacía. De alguna manera, el éxito de mi esfuerzo no me hizo sentir mejor. La discordia entre nosotras manchó todo el tiempo que pasamos juntas.

Mantuvo su atención en el papel, mientras hablaba:

—¿También esperas, como señora de Chelton, escapar de cada baile al que asistimos y esconderte con un libro? ¿O usted aceptará todas las responsabilidades de este puesto junto con los beneficios?

Si las palabras pudieran abofetear, estaba seguro que las de ella habrían dejado una marca.

—He tratado de explicar que las reuniones grandes, especialmente aquellas con extraños, me ponen nerviosa, cuando descubro que atraen la atención hacia mí. No es una elección, Lady Edith. No deseo sentirme tan abrumada.

—Lo que usted describe como un ataque de nervios… otros lo verán como una mujer que no desea estar allí.

—Es la verdad de las cosas —ratifiqué con calma.

—Lo cual refleja mal nuestro...

—¿Buen nombre? Sí. Creo que estoy muy consciente de lo importante que es ese buen nombre.

Lady Edith abrió la boca ofendida, pero Forester se acercó a la puerta y puso fin a nuestra conversación.

—Tiene una visita, señora.

Fue extremadamente frustrante no poder saber con quién de las dos, él estaba hablando.

Evidentemente, Lady Edith sentía lo mismo.

—¿Quién de nosotras tiene visita?

Entonces miró entre nosotras con una incertidumbre nublando sus ojos envejecidos.

—Es la señora Moulton.

Lady Edith respiró hondo.

—Llévala al salón de inmediato.

Forester hizo una breve reverencia y giró para cumplir sus órdenes. Lady Edith cerró los ojos por un momento. Cuando volvió a dirigirlos hacia mí, estaban nublados por la preocupación.

—¿Podemos retomar nuestros planes en otro momento? Debo interrogar a la señora Moulton.

Aún así, el nombre de la directora de la señorita Northcott me sonaba familiar, aunque no pude ubicarlo. Quizás eso se debió a que mi tía escribió sobre el pueblo, donde vivió con el nombre de Melton… Aunque eso fue hace bastante tiempo y, como yo creía, no se debía a esta familiaridad. Esto no tenía importancia, aunque me molestaba no poder ubicarla.

Asentí a mi suegra.

—Espero que pueda proporcionar información sobre el paradero de la señorita Northcott.

—Ella es la única persona que se me ocurre con ese potencial. ¡Sí! No puedo… Es extraño decirlo en voz alta, pero no puedo evitar la sensación que Thea está inmersa en algún tipo de

angustia, que he fallado... —Dejó de hablar y se aclaró la garganta, mirándome fijamente. Parecía que recordó con quién estaba hablando y decidió no seguir confiando en mí.

Esto me picó. Quería ser miembro de esta familia, en todos los sentidos. Esto era demasiado similar a mis experiencias con mi propia madre mientras crecía: no ser la hija social que deseaba, solo estorbarla u obligarla a terminar sus compromisos, antes de lo que deseaba. Esperaba que el matrimonio fuera el fin de esos sentimientos, y que ya no me encontrara incapaz de estar a la altura.

—No quiero agobiarte más —dijo.

—No es ninguna carga…

Lady Edith se levantó.

—Podemos reanudar en otro momento.

—¿Le gustaría que la acompañe en la reunión con la señora Moulton?

—Solo si usted lo desea. Esta es tu casa, Felicity. No te diré qué hacer.

Apreté los dientes y esperé a que ella saliera del salón del desayuno. Un pequeño comentario sobre el rol que desempeñaba legítimamente bastaba para someterme a sus críticas. ¿Estaría siempre a su sombra?

Las sillas al otro lado tenían almohadas. Crucé la sala, cogí una de las almohadas y grité tan fuerte como pude. El sonido fue extremadamente apagado, y estaba segura que nadie afuera me escucharía, así que tomé otro respiro, levanté la almohada y grité de nuevo.

La frustración reprimida se escapó de mí, liberándose a través del esfuerzo de mi grito hasta que quedé vacía, y dejando atrás una sensación de hormigueo en mi estómago. Me alegré de poder expulsar tan plenamente mi irritación. Bajé el cojín. Mi pecho palpitaba con los restos de mi arrebato.

—¿Puedo preguntar si todo está bien? —Una voz profunda me llamó.

Giré hacia el sonido, plenamente consciente que ningún sonrojo amenazaba mis pálidas mejillas. No me avergoncé de mi arrebato. Benedict estaba en la puerta, mirándome con cierta preocupación.

—Necesitaba liberar algo de mi ira —dije con calma, colocando el cojín en la silla.

—¿Esto es obra de James? No me importa desafiar a mi propio hermano a hacer algo de esgrima para humillarlo.

Mi boca se curvó en una sonrisa.

—No, en absoluto. No tuvo nada que ver con James y ahora me siento mucho mejor. —Le di unas palmaditas a la almohada para darle énfasis.

—Pobre almohada.

—No le ha pasado nada malo. —Miré el pesado cojín y no estaba peor por el uso.

Benedict entró en la habitación y miró los papeles sobre la mesa, ligeramente divertido.

—¡Ah! El baile. —La preocupación iluminó sus ojos oscuros—. ¿Has oído entonces? Por si sirve de algo, sugerí que los eliminaramos de la lista de invitados.

—¿Quitar a quiénes?

—Los Whitstone, por supuesto. —Levantó la vista rápidamente, pareciendo leer mi confusión—. Entonces, no lo sabías.

—Creo que no.

Benedict se rió torpemente y tamborileó con el dedo en lo que debía ser la lista de invitados.

—Ahora no tengo más remedio que decírtelo, entonces, ¿sí?

—Eso sería lo mejor —confirmé—. Si no me lo dices, tendré que preguntarle a James.

Él asintió.

—Podría ser mejor si…

—Benedict, por favor, no me hagas esperar. ¿Qué ocurrió? ¿He cometido una ofensa atroz?

—¡Oh, no! Fueron ellos quienes cometieron el delito.

—Dímelo, por favor.

—Lady Whitstone le preguntó a mamá si el bebé te hizo huir de la pista, en el baile de Lady Grenville. Parece que los rumores han llegado a Cumberland.

Di la vuelta y me senté duro en el cojín, que acababa de recibir una brutal paliza vocal. Si hubiera concebido un hijo, después de mi boda, sería demasiado pronto para enfermarme en el baile de Grenville.

—Los rumores han llegado a Bakewell.

Benedict parecía arrepentido, pero, hay que reconocerlo, no estaba incómodo. Cruzó para sentarse en el banco a mi lado.

—Si esto significa algo, estuve presente cuando Lady Whitstone expresó su pregunta y James le dio un gran regaño. Puede que no sea necesario eliminarla de la lista de invitados. Me pregunto si se atrevería a mostrar su rostro, porque estoy seguro que podía sentir muy bien hasta qué punto James no querría su presencia.

—¿James? —No podía entender el escenario que describió Benedict—. ¿Todo esto pasó en el baile de Grenville?

James había salido incondicionalmente en mi defensa, mientras yo estaba escondida en una habitación con Henry. No expresé lo que probablemente ambos estábamos pensando.

—Sí, pero no debes temer, joven doncella. Tu caballero ha rescatado tu buen nombre de las malvadas garras de la hechicera.

Lo miré, confundida.

—Es una metáfora —explicó Benedict. Su ceño se frunció—. ¿No te gusta leer?

La risa brotó de mi pecho y asentí.

—Efectivamente. —Esto fue una metáfora encantadora.

—Gracias. —Hizo una reverencia elaborada y petulante desde su posición, sentado a mi lado—. Ahora, ¿te importaría decirme dónde ha ido mi madre? Esperaba encontrarla aquí contigo.

—Es posible que ya no esperes eso. Creo que la he molestado.

—Ella perdona rápidamente.

Lo miré desde un lado.

—¿Incluso cuando alguien se atreve a reclamar el título de señora de Chelton?

Él respiró hondo con los dientes apretados.

—Quizás le lleve un día más o dos más regular sus sentimientos. Aunque supongo que no debería ser así. Estás en tu derecho de reclamar el título.

—Quizás está dentro de mis derechos, pero eso no lo hace fácil cuando tu madre se ha negado a pasarme voluntariamente las responsabilidades. Ella todavía no me ha encontrado digna —le expliqué.

—¿Necesitas serlo?

Me senté, considerando la pregunta.

—Si quiero que ella me apruebe o me ayude, mientras aprendo lo que se espera de mí, entonces sí.

—Pero, ¿vale la pena? —Sus ojos se entrecerraron, pensando—. Eso no le corresponde a mi madre ni a nadie más determinarlo. Eso es algo que se encuentra aquí.

Él tocó la ubicación de su corazón con dos de sus dedos.

Sentí sus golpes, como si un fantasma se inclinara y tocara mi corazón también, y me invadió un repentino anhelo. Las lágrimas brotaron de mis ojos y parpadeé para alejarlas, antes que pudieran caer. ¿Cómo me veía? ¿Cómo podría esperar que Lady Edith, o James, o cualquier otra persona me creyera capaz, cuando yo no percibía esa habilidad en mí misma?

Las frustraciones de mi madre por mis fracasos sociales me habían hecho volverme terriblemente consciente de lo que me faltaba. Temía que también creara un estándar por el cual juzgaría mi valor. Si elegía verme como James me miraba, pura y sin motivación para cambiar, no creía que me encontraría tan deficiente.

—¿He dicho demasiado? —cuestionó.

—No, dijiste exactamente lo correcto. —Me reí torpemente, secándome una lágrima perdida—. Tu madre está en el salón con la señora Moulton.

—¿Moulton? —preguntó, sentándose—. ¿De York?

—La directora, sí… Lady Edith envió a buscar a la mujer para interrogarla a fondo. Está decidida a localizar a la señorita Northcott.

Benedict pasó una mano por sus rizos despeinados.

—Yo también. No puedo esperar a encontrar la chica para poder retorcerle el cuello escuálido.

Tragué.

—Quizás no digas tanto delante de tu madre.

Me dio una sonrisa divertida.

—No lo haré. No lo digo en serio, ¿sabes?

—¿Quizás no del todo?

—No, no del todo. Thea le ha causado mucho estrés a mamá, y se verá obligada a compensarnos, en consecuencia.

A veces, cuando hablas de la señorita Northcott, no puedo decir si me agradará mucho o si la despreciaré.

—La adorarás —dijo hoscamente—. Todo el mundo lo hace, el Cielo sabe por qué.

Benedict se puso de pie y me ofreció una mano.

—¿Te gustaría venir conmigo? Me gustaría oír lo que la señora Moulton tiene que decir.

—No, pero te agradezco la oferta. Seguiré trabajando en los planes para el baile.

Benedict hizo una pausa y me miró evaluativamente.

—No me tomaría como algo personal que mamá haya priorizado la búsqueda de la muchacha sobre los preparativos para tu baile. Ella ha sido la única madre que Thea conoce desde que ambos padres murieron, y Thea no tiene otra familia de quien depender. La señora Northcott era la amiga más querida de mi madre, y sé que siente un profundo sentido de responsabilidad hacia su hija, aunque no existe ningún requisito legal para sus acciones.

No me ofendió su elección. De hecho, el momento de la aparición de la señora Moulton me pareció fortuito. Las acciones de Lady Edith, junto con la devoción que le mostraron sus hijos, demostraron que posee un corazón leal y afectuoso. Esperaba algún día, también ser receptora de ese gran cariño.

Benedict hizo una reverencia, antes de salir del salón. Fue sorprendentemente sabio y tomé en serio su consejo. Pero todo fue en vano cuando recordé el comentario de Lady Whitstone en el baile. Me quedó alarmantemente claro que James se había sentido muy molesto, después del evento, porque se había mencionado el escándalo. Si el rumor había llegado a Bakewell, lo que realmente había sido solo cuestión de tiempo, entonces todavía se hablaba que nos casamos rápidamente porque habíamos tenido intimidad.

Mi determinación de demostrar que no estaba embarazada no había hecho más que crecer.

Capítulo 28

James me encontró a la mañana siguiente, en la biblioteca, con una expresión tan traviesa que me sentí alarmada y entretenida, al mismo tiempo.

—¿Qué ha planeado esta mañana, señor? —cuestioné, colocando a *Evelina* en mi regazo.

—He encontrado los componentes necesarios para una determinada actividad que estoy seguro nos traerá alegría a ambos.

¿Oh? No podía, por mi vida, imaginar qué podría ser. Pero por la forma en que James estaba frente a mí, sonriendo, con las manos detrás de la espalda, mientras se balanceaba sobre los talones, estaba claro que se sentía tremendamente orgulloso de su idea. No quería apagar su entusiasmo.

—Mientras no se trate de caballos, estoy dispuesta a disfrutar de lo que se te ocurra. —Dejé la hoja de papel dentro del libro y lo cerré, pero no antes que James notara lo que había usado para marcar el lugar.

—Esa fue una de las notas que escribí cuando me fui a York, ¿no?

—Sí, la uso como marcador.

—¿Puedes creer que eso fue apenas el mes pasado? Ciertamente, parece que ha pasado mucho más tiempo desde que eso ocurrió.

Tomé su mano.

—Mucho, mucho más.

Me miró de reojo, tomándome del brazo para sacarme de la habitación.

—Te deben haber gustado las pequeñas notas que dejé, si las guardaste.

—Son decentes, supongo.

Me miró fijamente y yo sonreí ampliamente.

—Pequeña provocación —murmuró con su voz baja sumergiéndose directamente en mi vientre.

—Estoy aprendiendo de los mejores.

James me dirigió a la puerta que conducía al césped, en el jardín trasero de la finca, y me sorprendió encontrar una pequeña mesa que contenía un Battledore y Shuttlecock. Había jugado a este juego, cuando era niña con mis primos, en su fiesta anual en casa, y no me gustaba demasiado. Imaginé que los años transcurridos desde entonces no me habían alterado lo suficiente, como para disfrutarlo más ahora.

No obstante, James estaba demasiado orgulloso de su idea y totalmente convencido (el Cielo sabía por qué) que yo disfrutaría el juego y haría mucho más que fingir.

—Battledore y Shuttlecock —dije—. No lo he jugado desde que era niña.

—Me doy cuenta que a menudo es un juego de niños, pero no sé por qué es así. Mis hermanos y yo todavía sacamos nuestros viejos juegos de Battledore, de vez en cuando, y es muy divertido. No es demasiado difícil golpear al volante, al menos un puñado de veces.

Para algunos, tal vez. Obviamente, él creía que había dado con una actividad que era tan fácil que cualquiera podía dominarla. Estaba a punto de mostrarle lo verdaderamente inepta que podía ser una mujer, cuando se trataba de actividades deportivas de cualquier tipo, en cualquier nivel.

Cada uno de nosotros tomó un campo de batalla y nos separamos en el césped. James arrojó el volante al aire con sus plumas brillando a la luz del sol, y lo golpeó en mi dirección.

Me agaché. En mi defensa, la cosa venía directamente hacia mí.

—Se supone que debes intentar devolverme el golpe, Liss.

—Oh, ¿así se juega? —Me incliné para recuperar el volante y resoplé por mis mejillas. Lancé el volante al aire, haciéndolo girar, pero fallé por completo y el mismo cayó al suelo.

—Dale otra oportunidad, querida.

"¿Querida?" Podría acostumbrarme bastante a eso. Volví a coger el volante y traté de golpearlo con el mismo resultado.

—¿Otra vez? —llamó James. Su tono dudoso traicionó su incertidumbre—. Quizás, ¿si me acerco?

Como si eso me ayudara a golpear al volante que estaba lanzando al aire. Era dulce en su implacable optimismo. Intenté sonreír.

—Estoy segura que eso ayudará.

James se acercó aún más. Lancé el volante al aire y moví mi raqueta tan fuerte como pude, golpeando el volante. Voló recto y rápido, aterrizando de lleno en la cara de James.

Gritó sorprendido y arrojó su arma de batalla al suelo, levantando la mano para cubrirse el ojo.

Dejé caer mi raqueta y corrí hacia él.

—¡Oh, querido! ¡Lo siento, James! ¡No se me pueden confiar las raquetas ni el volante!

—No dije eso. —Su voz fue parcialmente amortiguada por la mano que todavía cubría su ojo.

—Creí que lo supondrías, cuando tuve muy claro que no soy buena en juegos ni deportes de ningún tipo. —Aunque debería haber dicho algo esta mañana. Esto podría haberse evitado, si hubiera sido honesta, pero no quería arruinar su diversión.

Soltó una risita exasperada y dio la vuelta hacia la casa.

—No puedo abrir los ojos.

—¡Oh, James! —jadeé—. ¿Te golpeé el ojo?

Supuse que el volante había hecho contacto con su párpado.

—Creo que con la punta dura de la pluma. No se siente tan bien.

Para un hombre que sufría tanto dolor (o eso supuse), él sonaba notablemente tranquilo.

—¿Debo llamar al médico?

—Eso sería prudente, sí.

Su pronta aquiescencia no podía ser buena. Lo tomé por el codo, temiendo que se lastimara al intentar caminar derecho con un solo ojo para ver, y lo dirigí hacia el interior de la casa. Caminábamos por el pasillo y se me ocurrió una idea. Lo llevé al salón.

—Espera aquí.

Me miró y su único ojo visible se abrió como un plato. Una compresa fría era lo ideal. Lo dejé atrás y me dirigí a la cocina para buscar un paño y agua, cuando un sonido en el estudio de James llamó mi atención. Quizás había alguien dentro y podría enviarlo a buscar al médico.

Abrí la puerta y quedé paralizada, sin estar segura de querer ver lo que había delante de mí. Molly estaba de pie junto al escritorio con el cuerpo inclinado sobre los cajones abiertos, que estaba rebuscando en ese momento. Ella levantó la vista, me llamó la atención y el color desapareció de sus mejillas.

¡Maldita sea! Claramente, había tomado la decisión equivocada con respecto a las sirvientas.

—Señora Bradwell, puedo expli…

—¡Cállate! No deseo oír ni una palabra más. Toca esa campana, por favor.

Ella parecía congelada.

—¡Toca la campana!

Molly saltó, luego se dirigió hacia la chimenea y tiró de la cuerda de la campana. Fui al escritorio de James, el contenido de sus cajones ahora estaba completamente desordenado. Esa era una chica tonta, muy tonta.

—¿Esperabas que no se diera cuenta de que todas sus cosas se movían?

—Planeaba volver a ponerlas en orden —dijo en voz baja con la mirada fija en el suelo. Una dureza bordeó sus palabras, y sentí la animosidad saliendo de ella en oleadas—. No sabes lo que es tener hambre, no tener cosas bonitas. Tienes tantas cosas bonitas que ni siquiera te das cuenta cuando algo se pierde.

—¿Entonces has tomado otras cosas?

Ella pareció sentir su error y sacudió la cabeza, abriendo mucho los ojos.

—No importa si los Bradwell aprecian o no su riqueza, Molly. Es de ellos. Si realmente necesitabas algo, usted debería haber acudido a la señora Prescott, no encargarte usted misma de corregir los desequilibrios percibidos. Robar siempre está mal.

Molly mantuvo la mirada baja y las cejas fruncidas por la ira. Fui la primera en admitir que el nivel de riqueza en Chelton estaba muy por encima de lo que estaba acostumbrada, pero eso no significaba que fuera correcto hurgar en los cajones, y guardar en secreto pequeñas baratijas.

Acomodé los artículos en el cajón de James hasta lograr una apariencia de orden, y me detuve cuando algo en la esquina trasera llamó mi atención. Abrí el cajón hasta que pude leer el título completo y confirmé lo que creía que era.

James estaba leyendo *Los misterios de Udolfo*. O era eso, o lo estaba ocultando para que yo no me asustara más al leerlo de nuevo.

Era mucho más probable que fuera lo primero. Mi corazón se aceleró. ¿Lo había hecho por mí? Aunque no podía ver cómo o por qué me beneficiaría leer una novela, de todos modos se me calentó el pecho. Para un hombre tan opuesto a leer por placer, encontrar un libro en su poder era un misterio que quería respuesta.

Sin embargo, esto sería para otra ocasión, después que se ocuparan del pobre ojo de James, y de esta ridícula doncella.

Un lacayo entró en la habitación y cerré el cajón.

—Necesito que me envíen rápidamente al salón un recipiente con agua fría y un paño limpio. Ha habido una lesión.

—De inmediato, madame. —Giró para irse.

—Espera, por favor —lo llamé.

Él se detuvo.

—También necesito que la señora Prescott vaya al salón de inmediato, y que alguien vaya a buscar al médico.

—Sí, madame. Por supuesto. —Hizo una pausa, aparentemente inseguro de si lo iba a soltar o no.

—Sí, puedes irte.

Se fue y me dirigí a Molly.

—Ven conmigo.

Hizo una reverencia y me siguió hacia el salón. Por un breve momento, me preocupó que ella corriera, pero se quedó justo detrás de mí. James estaba sentado en el sofá, con la cabeza inclinada hacia atrás y la mano todavía tapándose el ojo.

Señalé una silla con respaldo de escalera colocada contra la pared.

—Siéntate —le ordené y Molly obedeció.

James levantó la vista rápidamente con su única ceja visible.

—Tú no —dije—. Ya estabas sentado.

Él miró a Molly y su confusión pareció aumentar.

Entonces, la señora Prescott entró en la habitación, sosteniendo un paño, y Hannah la seguía con un recipiente con agua.

—En la mesa de ahí —dije, señalando la mesa baja colocada frente al sofá donde James esperaba. Ella obedeció inmediatamente y luego salió de la habitación.

El ruido de los cascos de los caballos en el camino de grava me alertó que un jinete abandonaba la propiedad, y crucé hacia la ventana para encontrar a un lacayo con peluca que se alejaba a toda velocidad. Él solo sabía que apenas era una lesión, así que esperaba que él no incitara demasiado miedo al médico.

Girándome hacia la señora Prescott, junté las manos delante de mí, y di un paso adelante.

—¿Tiene información de contacto de Janet? ¿La doncella?

—Sí —dijo.

—Bien. —¡Qué alivio tan desmesurado! —Por favor, escríbale y pídale que regrese. Ella merece una disculpa y su posición, si así lo desea.

El rostro de la señora Prescott se contrajo.

—Hoy encontré a Molly rebuscando en más cajones. Hay que despedirla. —Miré a Molly para puntualizar mis palabras—. Inmediatamente... Cometí un error y le pedí a la criada equivocada que se fuera.

La sorpresa del ama de llaves era comprensible.

—Ahora necesito atender a mi marido. ¿Podrías registrar las cosas de Molly, antes de que se le permita salir de esta casa?

—Por supuesto, madame.

La señora Prescott le indicó a Molly que se fuera y la siguió fuera del salón, haciendo una reverencia a mi suegra, cuando pasó junto a ella en la puerta.

Mis mejillas ardieron y volví mi atención a James en el sofá. Acerqué el cuenco de agua y me senté a su lado. ¿Cuánto tiempo llevaba allí Lady Edith? ¿Qué había oído ella?

—¿Qué es esto? —preguntó, acercándose a nosotros—. ¿James?

—Una lesión en el ojo —le expliqué—. He mandado llamar al médico y aquí tengo un paño frío.

—¿Y Molly?

—La sorprendí buscando en los cajones del estudio y luego me habló maravillas de la injusticia de no tener nada, cuando esta casa está llena de opulencia. Ha sido despedida y la señora Prescott le enviará un mensaje a Janet, diciéndole que su puesto está disponible, si decide regresar.

Lady Edith no dijo nada.

Doblé el paño, lo sumergí en el agua y luego lo soné.

—¿Te gustaría poner esto en tu ojo, James?

Me miró de cerca, a través de su único ojo visible.

—Si puedes.

“¿Si puedes?”

—Dime si te duele —dije en voz baja. Se quitó la mano del párpado cerrado, que estaba enrojecido y ligeramente hinchado. La culpa se apoderó de mi estómago y se retorció, y presioné la tela suavemente.

Lady Edith tomó asiento frente a nosotros. El silencio se instaló en la habitación.

—¿Te duele? —preguntó Lady Edith.

James sonrió.

—Un poco.

—No puedo disculparme lo suficiente, James. ¿Me perdonarás?

—Con el tiempo, supongo.

Su respuesta me sorprendió, pero la ligera curva de sus labios reveló su broma.

—Si mi presencia es tan angustiosa, puedo enviar a buscar a la señora Prescott para que continúe en mi lugar.

Alcanzó mi mano a ciegas y rodeó mi muñeca con sus dedos.

—Creo que podrías persuadirme para que tolere tus cuidados por un tiempo más.

—¡Qué magnánimo de tu parte! —dije jocosamente.

Lady Edith se aclaró la garganta y yo salté. Mi mano presionó la tela sobre el ojo de James, y él hizo una mueca, alejándose de mí.

—Perdóname —dije, quitando la tela.

—No fue nada.

—¿Está ayudando?

—La presión duele, pero el frescor sienta bien.

Mojé el paño nuevamente y escurrí el agua, antes de presionarlo en su mano. Se lo llevé al ojo y lo sostuve allí: evidentemente era una opción más segura.

—¿Puedes ver a través de tus ojos? —preguntó Lady Edith.

—Sí, pero las imágenes se vuelven borrosas.

¡Oh! ¿Qué había hecho? ¿Qué pasaría si mi tonto intento de jugar un juego miserable con James arruinara su vista para siempre? Poco importaba que el juego fuera idea suya. Yo era plenamente consciente de mi propia ineptitud.

Unos pasos nos advirtieron de la inminente llegada de alguien, y Benedict apareció en la puerta con un rollo de hojas de noticias dobladas debajo del brazo.

—Entonces, ¿qué es esto?

—Mi encantadora esposa me agredió el ojo.

Me burlé.

—Creo que quieres decir que el pájaro asaltó tu ojo.

—¿Pájaro? —casi chilló Lady Edith.

—Volante —corrigió James—. Y fue un golpe muy poderoso.

Benedict golpeó sus hojas de periódico enrolladas contra su muslo, con una amplia sonrisa.

—Bien hecho, Felicity.

—Ben —lo regañó su madre.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—No es que me alegro de que ella te haya hecho daño, compañero. Pero, debe haber sido un golpe poderoso. Dime, James, ¿le enseñaste a atacar al pájaro desde arriba o desde abajo?

El único buen ojo de James se dirigía hacia su hermano.

—Abajo, por supuesto. —Levantó la vista y luego me miró a mí—. Hiciste girar tu arma desde abajo, ¿cierto?

—Mi recuerdo del momento es un poco confuso, pero sí recuerdo que me concentré en golpear al volante, y no completamente en cómo hacerlo. Mis anteriores intentos fallidos fueron motivadores.

—¡Mucho! —La sonrisa de Benedict se hizo más amplia—. Me hubiera gustado ver esto.

—Puedo prometerte con seguridad que nunca tendrás otra oportunidad de ver a mi esposa jugar al Battledore y Shuttlecock —dijo James con ironía.

Yo estaba totalmente de acuerdo.

Se escuchó un movimiento frente a la casa, me levanté y crucé hacia la ventana.

—Creo que el médico ha llegado.

Lady Edith dejó escapar un suspiro de alivio.

—Nunca se sabe si el doctor Settle está en el pueblo o no.

Poco después lo dejaron entrar al salón y mantuve la distancia, observando al hombre dejar su bolso de cuero en el suelo cerca de James.

—¿El paciente desea privacidad? —preguntó, mirando a Lady Edith.

—Mi esposa puede quedarse —dijo James.

Lady Edith y Benedict se levantaron para irse, y yo me quedé quieta cerca de la ventana, observando a mi suegra analizarme, mientras se iba. Su máscara de piedra era impecable y no sabía si estaba enfadada conmigo, o sospechaba de mí. Saqué eso de mi mente.

Yo no había hecho nada malo.

Bueno, excepto por golpear a mi marido en el ojo con una bola de plumas.

El médico parecía tener una edad similar a la de mi padre con un cabello castaño generosamente salpicado de gris y blanco. Pidió que James se recostara en el sofá y se arrodilló a su lado, haciéndole todo tipo de preguntas sobre el evento que provocó su lesión, y cómo estaba su vista.

—¿Cuándo sientes dolor?

—Cuando aplico presión —replicó James—. Aunque la frescura de la tela fue un alivio menor.

—¡Mmm!

—Y puedo ver a través del ojo, pero está borroso.

—Eso podría ser el resultado de la presión y la tela. No sabremos si su visión quedará afectada permanentemente hasta que se la quite por un período de tiempo.

"Afectada permanentemente". Mis temores se estaban haciendo realidad. Había sido un alivio hacer bromas con James, pero la situación era potencialmente tan grave como había temido, y eso me quitó el humor de inmediato.

—Quítese la tela y dígame cómo se siente —solicitó el doctor Settle.

—Como si tuviera arena en el ojo.

El doctor Settle continuó su examen, primero enjuagando el ojo de James, y luego inspeccionándolo con una gran lupa. Caminé detrás de ellos, a cierta distancia para no estorbar.

Al parecer, mis pasos ansiosos habían sido demasiado molestos para el médico, quien levantó la cabeza y me miró.

—Es probable que su marido recupere la vista, señora. ¿Quieres que llame a un sirviente? Me parece que sus nervios se beneficiarían con un trago de jerez.

Nunca antes había usado alcohol para calmar mis nervios acelerados y no deseaba comenzar ahora. La idea de tener menos control o consciencia sobre mí misma no hizo más que desgastar aún más mis delicados nervios.

—No necesito nada de esa naturaleza, pero puedo pedir té, si lo desea, doctor Settle. —Recordé a la señora Hutton ofreciéndole brandy a James, después que nos descubrieran en la biblioteca durante su baile—. ¿O algo más fuerte, si James quisiera?

—No, pero se lo agradezco, señora… ¿Señor Bradwell?

El peso de la mirada de James no era menos poderoso por estar reducido en un ojo.

—Quédate, por favor. No necesito nada más.

—Por supuesto. —Me senté en la silla frente a ellos y concentré mi atención en calmar mis pies ansiosos y parecer la imagen del aplomo.

El resto del examen pasó rápidamente hasta el momento en que el doctor Settle levantó la vista, sostuvo mi mirada y preguntó:

—Señora Bradwell, ¿qué tan hábil es usted cosiendo?

Capítulo 29

Coser un parche para cubrir el ojo herido de James solo había tomado un cuarto de hora. Fue un trabajo rápido hacer el dobladillo de los bordes de un trozo de tela de la señora Prescott, y atar una cuerda para que James se la amarrara alrededor de la cabeza. El doctor Settle hacía mucho que se había ido, cuando regresé al salón, con un parche de tela negra.

Cuando entré, Lady Edith estaba de pie, cerca de la ventana, Benedict y Henry permanecían sentados en el sofá, y la señora Moulton (su viaje se prolongó unos días para recuperarse, después de haber sido convocada desde York, como era apropiado) bebía té, en un asiento lujoso, junto a la fría chimenea. Sin embargo, James no estaba.

Henry levantó la vista.

—Se ha ido a descansar arriba —explicó, asumiendo correctamente, a quién estaba buscando en el salón—. El doctor Settle no quiere que hoy se esfuerce más de lo necesario.

Benedict resopló.

—¿Cómo se esfuerza la vista exactamente? ¿Hacerla rodar con exasperación con demasiada frecuencia?

—A menos que desees que tu hermano juegue un poco en el baile, en tres días, espero más apoyo de tu parte, en este momento de curación.

—Tal vez quiera ponérselo de todos modos, madre. ¿No es elegante? —Benedict me miró —. ¿Quizás pueda solicitar uno también?

Sacudí la cabeza hacia él, pero mi sonrisa apareció espontáneamente.

—Cuídate —pidió Lady Edith—. O le darás a la señora Moulton la peor opinión de nosotros.

Benedict le sonrió a la directora, quien apenas ahora levantaba la vista de su té con las mejillas sonrojadas.

—Señora Moulton, usted es demasiado agradable para pensar mal de mí, por mi comportamiento, estoy seguro.

—Muy bien —respondió la directora.

Henry me vio quedarme en la puerta.

—¿Le llevarás el parche? —preguntó.

—Debo hacerlo. —Aunque Benedict me había distraído.

—¿Has olvidado tu camino? —preguntó Benedict, nada más que inmerso en una falsa preocupación.

Le lancé una sonrisa irónica.

—No. De hecho, creo que solo me he perdido dos veces esta semana.

—Progreso, por cierto —dijo con firmeza.

Lady Edith no pareció encontrar humor en ninguno de estos intercambios y cruzó la habitación hacia mí.

—Te acompañaré parte del camino. Deseo hablar con la señora Prescott.

Esperé cerca de la puerta y salimos juntas. No fue hasta que estuvimos a una buena distancia del salón cuando volvió a hablar.

—El ojo de James, ¿sanará?

Acaso, ¿él no le había contado a su madre los detalles de la visita al médico?

—El doctor Settle así lo cree. Sin embargo, la magnitud del daño no se dará a conocer hasta

mañana.

Ella dejó escapar un suspiro.

—¡Qué alivio! El mañana no puede llegar lo suficientemente pronto.

—En efecto.

El silencio se extendió entre nosotras, y me pregunté si ella quería que sacara el tema de las criadas o si prefería fingir que no había sucedido. Sin embargo, no pude hacerlo (pretender que algo no ocurrió no lo borraría de la existencia), y cuando llegamos a lo alto de la gran escalera, volteé hacia ella.

—¿Molly ya salió de casa?

—Sí. En realidad, la señora Prescott me informó poco después de la partida del médico, que se encontraron dos pequeñas baratijas entre las cosas de su baúl. Una de las tabaqueras enjoyadas de Benedict y una pequeña figurita de mi habitación.

—Si tan solo hubiera pensado en registrar sus baúles desde el principio, podríamos haber evitado la molestia de despedir a la chica equivocada.

Lady Edith guardó silencio un momento. Ella miró hacia otro lado.

—Si no hubiera puesto toda la carga de la situación sobre tus hombros, podría haber sugerido eso mismo en lugar de verte manejarlo mal. Mi orgullo había recibido un golpe, y espero que perdones la forma irreflexiva, en que te dejé manejar las cosas.

Una dulce reivindicación se elevó a través de mi pecho, y la humildad rápidamente me siguió. No me jactaría de esta victoria, porque pude ver que mi suegra tuvo que ser muy humilde para admitir su error.

Yo también cargué con algo de culpa.

—Si hubiera pedido ayuda en lugar de tener que demostrar mi valía, podríamos haber trabajado juntas para encontrar la mejor solución.

—No pretendo ser perfecta —dijo Lady Edith.

Hice lo mejor que pude para ocultar mi asombro ante eso, porque estaba segura que todo lo que ella había hecho desde mi llegada a Chelton era hacer lo mejor que podía para retratar la perfección, tanto dentro como fuera de casa.

—Pero, puedo admitir cuando me he equivocado. —Ella respiró entrecortadamente y pude ver lo difícil que esto era para ella—. No debería haberte dicho que te demostraras tu valía, Felicity. No me correspondía decir si usted era digna o no de los títulos que ya tiene: la de señora de esta casa y la de la esposa de James.

—Gracias.

—Permití que la naturaleza de tu entrada en mi familia manchara la forma en que te veía, y desde entonces he aprendido el valor del perdón y la contrición. Me has impresionado durante la última semana. Observé la forma en que manejaste las cosas hoy con la criada y la lesión de James, y así es, precisamente, como lo habría hecho, yo misma.

El cumplido que pronunció quedó eclipsado por las dos palabras que no pude quitar de mi mente. *"¿Perdón y contrición?"* ¿De parte de quién? Ella no tenía nada que perdonarme, ya que yo no había hecho nada malo al casarme con su hijo.

A menos que ella tuviera la impresión que la boda fue producto de mis planes, que yo había estado detrás de su dinero, o su posición, o algo así.

—Perdone mi confusión, Lady Edith, pero, ¿quiere decir que cree que de alguna manera convencí a James para que se casara conmigo?

Ella parpadeó sorprendida.

—Bueno, por supuesto.

La conmoción me recorrió como el rizo de una ola rompiendo en la orilla. Lady Edith no solo conocía los rumores que rodeaban nuestro compromiso, sino que los creía. ¿Mi buen carácter no había demostrado hasta ahora mi inocencia?

—Te dejaré llevarle eso a James —dijo, señalando el parche que apretaba con fuerza en mis manos.

—No.

Lady Edith se sobresaltó.

—¿Qué quieres decir?

—No aceptaré ese desaire contra mi carácter. No he hecho nada para ganármelo, así que esto no puede quedar sin oposición.

—Seguramente, verás que no me convenzo tan fácilmente… como los demás. —Ella soltó una risa incómoda.

—¿Convencida de mi buen carácter? —Ella hundió el cuchillo más profundamente con cada nueva revelación. Me temblaban las manos, pero mi voz se mantuvo firme, sostenida sin duda por mi justa indignación—. No he intentado engañar a nadie, y menos a esta familia. He sido increíblemente directa y sincera desde el principio.

Sus ojos eran duros.

—Puede que no haya estado en Londres, pero conozco a James desde toda su vida. Mi hijo no se habría casado precipitadamente con nadie, a menos que ella lo convenciera. De lo contrario, no tenía ningún motivo para aceptar la unión. Es un hombre de prestigio, buen nombre y fortuna. ¿Qué motivo tendría para casarse con una muchacha sin un centavo y sin posición social, si no fuera por alguna persuasión o coerción por su parte?

Me congelé, haciendo lo mejor que pude para no temblar de ira. Sus opiniones y creencias quedaron muy claras.

—Crees que seduje a tu hijo.

Ella no agradeció mi crudeza con una respuesta.

Me burlé, incapaz de creer lo que estaba escuchando. La naturaleza de su desdén ahora estaba clara, pero no la profundidad con la que se aferraba a él. Una cosa era que todo Londres (verdaderos desconocidos) creyera mal de mí. ¿Pero esta mujer? ¿Después de pasar semanas, viviendo en su casa y probándome a mí misma?

—Quizás le interese saber que nuestra situación fue producto de los intentos de su hijo de ayudarme a superar los nervios, que me acompañan en todos los eventos sociales. La amabilidad que me mostró fue totalmente irreprochable y malinterpretada por quienes nos descubrieron. No fue mi designio atraparlo.

Su escepticismo era casi palpable en el arrugamiento de su nariz y en la curvatura de sus labios, y eso me puso los pelos de punta.

—Si alguien tiene la culpa, Lady Edith, es usted misma —dije—. Su hijo persistió en su deseo de casarse conmigo, por su propia voluntad, sin ninguna persuasión. Cuando le pregunté por qué insistía en seguir adelante, me explicó que le había hecho una promesa a su madre, hace mucho tiempo, y que ahora nunca podría vivir consigo mismo, si no hacía su parte para salvar nuestra reputación.

—¿Promesa? —Sus labios se apretaron—. Esa promesa surgió en un momento de desesperación, cuando Thea fue rechazada por el hermano de su padre y entregada a nuestra puerta, hambrienta y asustada. Pedí que ninguno de mis hijos nunca maltratara a una mujer necesitada, y ellos juraron que no lo harían. Esta situación difícilmente se puede comparar.

“Nunca maltratara a una mujer necesitada”. James debía haber creído que si se alejaba de

mí y me dejaba a merced de la alta sociedad, me estaría abandonando. No podía cambiar eso ahora, pero me alegré de entenderlo. La raíz de sus motivaciones era caballerosa, tal como lo había sospechado.

Sin embargo, Lady Edith no parecía estar de acuerdo. Ella me miró con el disgusto que se reserva para un olor especialmente desagradable. Me tragué el dolor que se extendió por mi pecho.

—Mientras tú has estado ocupada, buscando a quién culpar, yo he estado sacando lo mejor de esta difícil situación. No podemos cambiarla ahora, Lady Edith, así que le sugiero que encuentre una manera de aceptar la forma en que han sucedido las cosas.

Di la vuelta, antes que de mi lengua pudieran escaparse más palabras. Mi corazón latía fuera de mi pecho, pero ella no me permitió irme todavía.

—¿Cómo puedes esperar que crea que no estás encantada de ser la señora de Chelton? ¿Qué no sabías con qué te ibas a casar?

No sacaría a relucir su opinión inflada sobre su apellido explicándole, que nunca antes había oído hablar de su gran propiedad, antes que James hablara de ella, o que desconocía sus ingresos. La enfrenté.

—A estas alturas debería quedar muy claro que no puedo desenvolverme fácilmente en situaciones sociales. No me fui en medio del baile en el baile de Lady Grenville porque soy débil desde niña. Me fui porque la abrumadora atención en el salón casi me hizo desmayarme.

—¿Débil?

—Sí. No soy más capaz de controlar mi malestar físico, en situaciones en las que grandes grupos de personas me observan, que usted con su estómago inquieto, en un carruaje. Cuando elimines los prejuicios que tan liberalmente me has impuesto, verás que soy cualquier cosa menos una cazadora de fortunas o de maridos.

—No puedes alegar inocencia, cuando admitiste que conocías a Henry el verano pasado.

Mi boca se abrió y negué con la cabeza.

—Henry no me dijo el nombre de su patrimonio ni de sus hermanos. No habló de su inmensa riqueza, y yo no intuí su profundidad por el poco tiempo que pasé en su cobertizo de caza. ¡Santo Cielo! Lady Edith. —Me reí sin alegría—. Usted misma puede preguntárselo, porque claramente no me crees, pero seguramente puedes confiar en que la naturaleza de Henry no es jactanciosa. Ni siquiera supe el apellido de James hasta que nos comprometimos.

Aún así, ella no pareció creerme y di la vuelta. No tenía sentido seguir argumentando mi inocencia, no cuando esto no era creíble.

Mi corazón se aceleró, cuando llegué a la puerta de James y entré sin tocar. Yacía en la cama con el brazo sobre la frente. La habitación estaba a oscuras, las cortinas cerradas y la cama proyectada en más sombras por las colgaduras de todos los lados menos uno.

—¿Has traído mi parche? —preguntó.

—En efecto. —Mi breve respuesta pareció haberle alertado de mi mal humor.

—¿Qué pasó que te molestó?

—Nada… Yo… solo… —Negué con la cabeza. ¿Cómo podría revelar un cuadro tan horrible como el que pintó Lady Edith? Me senté en el borde de su cama, de cara a donde él yacía contra las almohadas en el centro—. James, cuando hablamos inicialmente de nuestro compromiso, mencionaste que le habías hecho una promesa a tu madre y que no podrías vivir contigo mismo, si no la cumplías. Ella me lo contó esta noche… después de que llegó la señorita Northcott, le pidió que ustedes prometieran...

—Esa no es la promesa a la que me referí. —Me miró durante un largo momento y su ojo

bueno pareció analizar mi rostro—. Aunque puedo ver por qué ella podría haber pensado eso.

—¿Entonces me dirás qué fue?

Él esperó un momento, antes de hablar, y luego se incorporó hasta sentarse.

—Sí. Cuando me fui a Eton, cuando era niño, mi madre me llevó aparte y me explicó la importancia del deber y de hacer lo correcto con la familia. Ella predicó sobre la obligación particular que tenía como hijo mayor y heredero, y me hizo prometer que no haría nada para mancillar el nombre de Bradwell, que lo respetaría y protegería por el resto de mi vida.

La comprensión me golpeó como un caballo loco, discordante por su rapidez. Había pensado que la necesidad de James de cumplir su promesa tenía algo que ver conmigo, pero me había equivocado. Se trataba de defender su propio honor.

—Tu madre tiene en alta estima el nombre de la misma manera que cualquiera lo haría con su título.

—Sí, precisamente. Por supuesto, no hemos ganado un lugar entre los lores, pero, esto no es menos importante para nosotros.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué el nombre Bradwell aparece ante ti, ante tus hermanos y tu felicidad? ¿Escogiste una esposa que era una verdadera desconocida para ti por el bien de un nombre?

—Eso fue solo una pequeña parte…

—Pero, sí era una parte.

—Por supuesto que lo fue —dijo rápidamente. Sus ojos eran inflexibles, como si quisiera que yo entendiera—. ¿Qué hay de tus padres, Liss? ¿Quiere decir que no influyeron en su disposición a aceptar nuestra unión?

Tuvieron una gran influencia en mi decisión. James quitó el viento a mis velas pretenciosas al señalar eso.

—Mis padres sí influyeron en mi decisión. No podría quitarles aquello por lo que viven, James.

—¿Qué es eso?

—Su calendario social.

Él extendió la mano sobre la manta y tomó mi mano, e inmediatamente me sentí mejor por estar un poco conectada con él.

—No es de extrañar que te hayas sentido herida cuando pospusieron su fecha de llegada. ¿Es esto algo común?

—He pasado mi vida en la sombra de eventos sociales. La única que realmente disfrutaba era la fiesta, a la que asistíamos todos los años, en el castillo de Arden, porque podía pasar ese tiempo con mi prima Jane. Pero, a mis padres les encanta estar rodeados de sus amigos e ir a bailes y veladas, organizando cenas y fiestas de cartas. Cuando cumplí la mayoría de edad y se esperaba que los acompañara, todos rápidamente nos dimos cuenta que yo era una muleta en su sistema, que los frenaba. Mis ataques de nervios eran un obstáculo y, por mucho que mi mamá me quiera, nunca pudo entender por qué hice todo lo posible para dejar de bailar.

—Como si te desmayaras intencionalmente.

Lo miré con ironía, consciente que su pulgar dibujaba círculos perezosos, alrededor de mi vieja quemadura.

—Fuiste la primera persona en aceptar mis ataques de ansiedad y desmayos, como lo que eran, y en no ponerme más expectativas de las que podría soportar.

Él se burló ligeramente.

—No he hecho más que aumentar tus expectativas desde nuestro matrimonio.

—Creo que el problema es que no sabía lo que estaba aceptando, cuando me casé contigo.

—Y no me di cuenta que eso sería un problema. Nunca se me ocurrió que Chelton te resultaría una carga. —Me miró con seriedad, pero era difícil tomarlo en serio con un ojo hinchado y cerrado.

Levanté mi regalo.

—¿Te pongo el parche ahora?

—Supongo —dijo, algo hosco.

James se inclinó hacia adelante y yo me arrodillé a su lado, colocando suavemente el parche sobre su ojo herido y pasando los hilos alrededor de la parte posterior de su cabeza. Me incliné hacia adelante para atarlo en su lugar y cuando me senté sobre mis talones, él me estaba observando de cerca con su ojo bueno. La cama estaba en penumbra, las cortinas estaban cerradas, en todos los lados, menos en uno, y me quedé sin aliento ante la intensidad de su expresión.

—Me he preguntado varias veces desde que te traje a Chelton, si cometí un error —dijo en voz baja—. Si, tal vez, te casaste con el hermano Bradwell equivocado.

Me quedé helada. ¿Qué sabía él sobre mi estancia en el lugar de caza, el año pasado? ¿Había revelado mi amor sin darme cuenta? No. No podría haberlo hecho. Esto me abandonó en el momento en que James me sacó del salón de baile de los Pickering.

—No me malinterpretes —dijo rápidamente—. No desearía que te hubieras casado con otro hombre. De hecho, solo me pregunto si habrías sido más feliz casada con alguien que te entendiera mejor. Un hombre que no te exigiría montar a caballo ni le gustara jugar contigo en el césped.

—Tú eres quien más sufrió, en esa situación particular.

—Cierto. —Apartó la mirada y su mano cayó de la mía—. El doctor Settle me recomendó que intentara dormir, y creo que sería prudente seguir su consejo.

Podría haberme sobresaltado por el shock que esto me produjo. Él necesitaba dormir y no deseaba que yo estuviera aquí por la forma en que miró hacia la puerta.

—¿Quieres que me vaya?

Su boca se curvó en una sonrisa triste.

—¿Me gustaría? No… Pero, creo que sería lo mejor.

Capítulo 30

El día anterior al baile amaneció nublado y Lady Edith estaba hecha un manojo de nervios. Si llovía, sus planes de abrir el patio se frustraban y el salón de baile seguramente se volvería demasiado apretado. Si no llovía, todo estaría bien. Ella y yo no habíamos hablado de nuestra discusión desde que ocurrió, dos días antes, y yo apenas había visto a James.

Él no había venido a mi habitación, en las últimas dos noches, y no estaba segura de poder asistir a un baile tan grande sin su firme apoyo. Pero como el mismo iba a ser celebrado en mi honor, no tenía otra opción al respecto. Había dado vueltas a sus palabras en mi mente, una y otra vez, desde que salieron de su boca y no podía conciliar la verdad con sus preocupaciones. No le había dado a James ningún motivo para creer que prefería a su hermano. Ahora, eso era una simple verdad, ya que no prefería a nadie, antes que a mi marido.

Bajé la escalera principal, mientras me rodeaba un frenesí de actividad en preparación para el baile, y un lacayo se acercó cuando llegué al suelo con cuadros.

—¿Sí?

—Tiene visitas, madame, en el salón.

Esto era exactamente lo último que necesitaba. Si fueran los Whitstone los que esperaban volver a ganarse mi favor, después de su mala educación en el baile de Grenville, fingiría un dolor de cabeza. No me importaba si era grosera.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—El señor y la señora Lennox, madame.

"¡Jane!" El corazón se me subió a la garganta. Podría haberme desplomado en el suelo, aliviada.

—Gracias —dije con calma, aunque mi corazón se aceleró por dentro y fui directamente al salón.

Jane estaba cerca de la chimenea, admirando el cuadro, que había encima de la repisa de la chimenea, con su marido alto a su lado. Parecía una viva imagen de aplomo, su cabello negro azabache estaba peinado pulcramente y su vestido de viaje verde lucía sin arrugas. Ewan parecía siempre un caballero con su cabello oscuro peinado hacia un lado, y nunca era obvio su origen hasta que hablaba con un fuerte acento escocés. Aunque había un tono bronceado en su rostro que le sentaba bien.

—Jane, Ewan —dije, entrando a la habitación.

Jane giró y ambas cruzamos la habitación rápidamente, abrazándonos tras el impacto. Ella me agarró por los codos y se reclinó.

—¡Felicity, esta casa! No merece ese nombre.

—Hay mucho que asimilar, lo sé bien.

Ewan dio un paso adelante, tomó mi mano y me dio un casto beso en los nudillos.

—Sí, lo que vimos del terreno era bonito cuando llegamos. No puedo esperar a ver más de tu estanque de pesca.

Su insinuación fue fácilmente entendida.

—Estoy segura que mi marido estará más que satisfecho con cualquier excusa para pescar.

—De hecho. —James estuvo de acuerdo al entrar. Su parche oscuro en el ojo todavía estaba alrededor de su cabeza, pero su sonrisa no se atenuó—. Es un gran placer escaparme para pasar una tarde tranquila, en el estanque.

Jane se acercó a mí y susurró:

—¿Son todos los hermanos tan guapos?

Le di un codazo para tranquilizarla.

—James, ven a conocer a mi prima Jane y a su esposo Ewan Lennox.

Se intercambiaron los correspondientes saludos y reverencias. James vino a mi lado y no me había dado cuenta de lo mucho que me había afectado el espacio entre nosotros estos últimos dos días hasta que estuvo tan cerca. Me moría por alcanzar su mano, pero temía su rechazo.

—El baile es mañana por la tarde —dije—. ¿Recibiste mi invitación?

—Poco después de tu carta, sí. Vine preparada con un vestido de gala.

Junté las manos delante de mí.

—Escribí para invitar a tu madre y a Lord Moorington al baile, pero como no recibí ninguna respuesta, solo puedo suponer que no están en el castillo Arden, en este momento.

—No… Ahora mismo están pasando algún tiempo en Brighton. Pero estoy segura que mamá habría asistido a tu baile, si hubiera estado en casa.

—Es como un flechazo —dije—. O eso me han dicho.

—¿En una casa tan grande? Me pregunto, ¿cómo se gestiona esto?

James sonrió.

—Mi madre no recibe visitas con frecuencia, por lo que cuando lo hace invita a todos sus conocidos.

—Eso es amable de su parte. Estoy segura que será muy divertido.

—Mientras no tenga que bailar con nadie más que contigo, estaré agradablemente ocupado —dijo Ewan con su acento marcado.

Jane se sonrojó bonitamente y le dio un golpe juguetón en el brazo a su marido.

—Sonarás grosero, si no tienes cuidado.

—Después de todo, soy escocés. ¿No se espera esto de mí?

James me miró brevemente.

—Suena nada más que identificable para mis oídos, señor Lennox.

Crucé hasta la chimenea y tiré de la cuerda de la campana para llamar al ama de llaves. Yo misma les habría mostrado su habitación, pero no sabía cuál era.

—No puedo esperar a mirar los jardines —dijo Jane.

James se aclaró la garganta.

—¿Tienen hambre? Quizás después que hayan tenido la oportunidad de instalarse en su habitación, podamos reunirnos en el salón para tomar un refrigerio. Estaré encantado de mostrarle el estanque al señor Lennox, después.

—Eso suena encantador —dijo Jane.

La señora Prescott apareció en la puerta, luego de un momento.

—El señor y la señora Lennox ya han llegado —dije—. ¿Está preparada su habitación?

—Sí, señora. La hemos tenido lista desde hace unos días.

Jane me miró con ojos impresionados.

—Eres toda una anfitriona, Lissy.

Su uso del apodo de mi familia me apretó el pecho de una manera agridulce. Extrañaba aún más a mis padres, pero me alegraba de tener a Jane.

—No sabía cuándo, o si esperarte, así que tenía una habitación preparada en caso que pudieras venir.

—Si quieren venir conmigo —dijo la señora Prescott.

Jane y Ewan la siguieron fuera del salón.

Cuando sus pasos se alejaron, me dirigí a James. Las cosas eran tenues entre nosotros, como si un hilo delgado corriera desde su corazón hasta el mío, tenso y quebradizo.

—¿Es prudente irse por la tarde, cuando hay mucho que hacer para prepararse para el baile?

Él sonrió amablemente.

—Mamá tiene las cosas bien controladas. Ella nunca requiere mi ayuda para estas cosas hasta que comienza el evento. Prometo estar allí con mis mejores ropas, mañana a la hora señalada.

—Si estás seguro.

—He vivido en esta casa por mucho tiempo. No hay nada que ella quiera de mí hoy, te lo aseguro. —Se acercó, pero mantuvo las manos detrás de la espalda—. Supongo que tú también tienes que hacer. Puede que seas la señora de Chelton, pero mi madre será la anfitriona del baile en tu honor. Ella desearía que hoy pasaras tiempo con tu prima.

Eso sonó más bien como una excusa para el deseo de Lady Edith de deshacerse de mi presencia.

—¿Cómo aprenderé lo que hay que hacer, a menos que ella me enseñe? No estaré en absoluto preparada para el día en que necesite organizar una reunión.

—Seguramente, mamá te ayudará entonces. —Él sonrió, mientras hablaba, pero las palabras dieron vueltas extrañas en mi cabeza, negándose a calmarse.

Hasta que cayeron, una a una, en su lugar con alarmante claridad. Por supuesto que ella me ayudaría, cuando llegara el momento, porque ella siempre estaría aquí.

—¿Qué es? —preguntó James suavemente, acercándose a mi lado. Me miró a los ojos y frunció el ceño.

—Lady Edith es incapaz de dejar Chelton. Ella vivirá aquí con nosotros para siempre.

—Supongo que sí. Para ella viajar es difícil, como usted lo sabe. —Hizo una pausa, el aire entre nosotros se hizo más denso—. ¿Esto será un problema?

—Solo si tu madre continúa odiándome.

Él retrocedió, como si le hubieran abofeteado.

—No deberías hablar así.

Al menos era un consuelo saber que Lady Edith no había llegado tan lejos como para compartir sus malas opiniones sobre mí con James. O tal vez, ella me estaba permitiendo ese privilegio, que solo me haría parecer desagradable.

—Es cierto —dije finalmente.

—No puede ser. Mi madre no odia a nadie. Incluso todavía se preocupa por Lady Whitstone, y se pelearon terriblemente.

—Lo escuché de sus labios, James —dije con voz cansada. Aunque odio podría haber sido una palabra demasiado fuerte, los sentimientos eran parecidos—. Ella cree que te atrapé en el matrimonio, que tenía un ojo puesto en tu fortuna y en esta gran propiedad… Como si quisiera que me pusieran a cargo de una casa tan grandiosa.

Me burlé ligeramente al terminar de hablar.

Su rostro se tensó y él se frotó la mandíbula con una mano.

—¿Dijo estas cosas, la otra noche, cuando me trajiste el parche en el ojo? —Su pronta aceptación no me hizo sentir mejor.

—Sí. Me defendí, pero todo fue en vano. Parece que su opinión es inmutable.

—La cambiaremos.

—¿Cómo?

—Le diré la verdad —expresó.

—Ella no te creerá. Soy una arpía, ¿no lo sabías? —La amargura se escapó de mi lengua y no era un sonido atractivo. No me gustaba cómo me sentía ni las cosas que decía. Cerré los ojos y me pasé los dedos por los párpados, alejando el dolor de cabeza que se avecinaba—. Perdona mi lengua suelta, James. Estoy nerviosa por el baile de mañana, y eso me hace decir cosas que no debería.

—No necesitas disculparte conmigo. Parece que, después de todo, debo tener una conversación con mi madre.

—No —dije, agarrando su antebrazo—. Por favor, no lo hagas. Las cosas ya son bastante incómodas entre nosotras, y no creo que importe lo que le digas. Su decisión está tomada al respecto.

—Pero, eres inocente de lo que ella te acusa. —Su voz tenía más fuego de lo que esperaba y su defensa de mi carácter fue una bendición para mi ánimo.

—De hecho, pero, tú y yo lo sabemos, entonces, ¿qué importa? —Respiré rápidamente y lo miré fijamente, la verdad de mis palabras estaba resonando a través de mí con ferocidad. Creí que eran ciertas y eso fue lo que más me sorprendió de todo.

Me miró y su único ojo visible se interpuso entre el mío.

—Eso no es lo que dijiste en el desayuno de nuestra boda.

Él tenía razón. Le había dicho, durante ese desayuno, que para mí era muy importante demostrarle a la alta sociedad que era inocente, y que mi corazón y mis intenciones eran puras.

—No, no lo dije así. No me sentía bien, en ese entonces. Creo que he crecido un poco desde que dejamos Londres.

—¿O tal vez la distancia te ha mostrado algo que siempre he sabido?

—¿Qué es eso?

Él dio un paso adelante. Pasó un dedo por mi mejilla y detrás de mi oreja, provocando una ráfaga de escalofríos por mi cuello.

—No importa lo que los demás piensen de nosotros. Lo que importa es cómo nos vemos a nosotros mismos. Mi buen nombre está intacto y podemos dormir, sabiendo que no hemos hecho nada importante para mancillarlo. Podemos mantener la cabeza en alto con orgullo e integridad, sabiendo que no hemos hecho nada malo.

—Bueno, hicimos una cosa mal —corregí—. Dos, tal vez.

—¿Oh?

—Sí. Nos escapamos del salón de baile, cuando deberíamos habernos quedado y bailamos solos.

Sus ojos de color verde-marrón me taladraron y la ferocidad de sus palabras resonó en su voz tranquila y profunda:

—He pensado a menudo en esa noche, en los últimos meses, y no puedo decir que me arrepienta de nada.

—¿Ni siquiera por el baile?

—Especialmente por el baile —confirmó—. Si no hubiéramos compartido ese vals, es posible que nunca hubiera conocido tu elegante talento.

Una carcajada poco femenina salió de mi garganta.

—Soy todo menos elegante. Mis nervios lo hacen así.

Me miró y la parte posterior de sus nudillos estaban recorriendo mi pómulo.

—En compañía, sí, estás nerviosa... Pero… ¿Sola? ¿Cuando nadie está mirando? Eres un cisne, mi amor.

Me congelé bajo sus dedos. Mis ojos se abrieron como platos. *“Mi amor”*. ¿Lo había dicho

en serio?

Él pareció reaccionar de manera similar, sus nudillos se quedaron quietos.

—Liss…

—¡Por la bondad! —dijo Jane, entrando al salón con su marido alto, proveniente de Escocia, detrás de ella—. La habitación que nos asignaste es preciosa, Lissy. ¡No puedo creer que esta sea tu casa!

James no pareció escucharlos. Su mirada permaneció fija en la mía. Pegué una sonrisa en mi rostro y me alejé, y su mano cayó a su costado.

—Te lo advertí en mi carta —dije alegremente.

Los ojos de Jane se abrieron como platos.

—Creo que la llamaste una propiedad hermosa y una vez mencionaste que era grande. ¡No tenía idea que fuera tan grandiosa!

Ewan deslizó un brazo alrededor de la cintura de su esposa.

—No sabíamos dónde encontrar el salón, así que regresamos aquí.

—Si eres como yo, te perderás muchas veces, antes de encontrar alguna de las habitaciones que buscas.

Las mejillas de Jane se sonrojaron.

—Sí, ya lo hemos hecho.

—¿Qué es? Te estás sonrojando.

Sus ojos se dirigieron a James y luego a mí. ¡Cielos! Ella no debería tener miedo de hablar delante de él.

—¿Te gustaría mostrarles el salón? —me preguntó James suavemente. Él también debe haber sentido su vacilación—. Enviaré a alguien a buscar un refrigerio.

Estuve de acuerdo y deslicé mi brazo alrededor del de Jane, sacándola de este salón, con Ewan justo detrás de nosotros.

—¿Qué es? —pregunté cuando nos fuimos.

—Entablamos una conversación privada, cuando volvimos a buscar el salón, y temo haber causado una gran ofensa.

—¿De qué manera?

Miró por encima del hombro a su marido y luego continuó:

—Conocía a la mujer, la señora Moulton, ¿te acuerdas? Asistí a su escuela en York, durante algunos años, y me alegré de verla de forma tan inesperada. La interrumpí bruscamente, y el hombre que estaba hablando con ella parecía sumamente molesto.

Por eso el nombre siempre me había sonado familiar. Jane me había escrito durante su estancia en la escuela, y debió haber mencionado a su directora por su nombre. Estaba feliz de haber resuelto ese misterio, finalmente. Mi atención regresó a la leve angustia de Jane.

—¿Un hombre estaba hablando con ella? ¿Aprendiste su nombre?

—No, pero se parece a tu James, solo que tiene el pelo rizado.

—Benedict, el menor de los hermanos. —Ya ella había conocido a Henry, el verano pasado, por lo que fue fácil descifrarlo.

Ella enseñó los dientes, angustiada.

—¿Crees que he causado una gran ofensa? Me temo que la informalidad de Escocia ha empezado a cambiarme un poco. —Añadió una mirada de reojo hacia Ewan, quien simplemente ignoró el comentario.

No pude evitar asumir que era una broma entre ellos.

—Me sorprendería muchísimo si fue así… Benedict tiene un carácter muy agradable y no

debe ser tomado en serio, en absoluto.

—Estaba en lo más profundo de una conversación seria con la señora Moulton y, además, bastante frustrado.

—Puedo dar fe de ello —agregó Ewan.

¡Qué extraño!

—No pensaría en ello ni un momento más. Pero hablaré con él y me aseguraré de que comprenda que su interrupción fue producto de una gran sorpresa, al encontrar aquí a su antigua directora.

Llegamos a la puerta del salón y los sonidos de los preparativos del baile nos llegaban desde el pasillo.

—Gracias, Lissy. —Jane apretó mi mano, mirándome a los ojos. La suya se entrecerró ligeramente—. Algo en ti ha cambiado, pero no puedo ubicar exactamente qué es.

—¿Quizás es que ahora estoy casada, lejos de mis padres y viviendo en un museo enorme?

Ella se rió.

—Sí, todas esas cosas. Pero hay algo más. Lo reflexionaré hasta que determine exactamente qué es.

Sacudí la cabeza con indulgencia y la llevé al salón. Fue muy bueno tener a mi querida amiga aquí.

Capítulo 31

El gran vestido blanco se extendía sobre mi cama, como una extensión de nieve recién caída. Fanny había insistido en peinarme, antes de ayudarme a vestirme, para evitar que estuviera sentada demasiado tiempo y arrugara el vestido. Observaba la masa de tela blanca, a través del espejo, estando hipnotizada y horrorizada por ella. Incluso los tonos de flores, los diseños pintados en el suelo y ciertos tapices especiales, en las paredes, transmitían el mensaje deseado por Lady Edith: inocencia.

Sin embargo, ella no logró creerme inocente, así que me pregunté cuál era el motivo de la farsa. Si mi propia suegra no podía aceptar la verdad de mis labios, ¿cómo esperaría que la sociedad de Bakewell lo hiciera, a pesar de todo este boato?

Sonó un golpe en la puerta contigua y Fanny se acercó para abrir. Habló en voz baja, luego dio un paso atrás, y abrió la puerta.

James entró en mi habitación, pero se quedó en la puerta, y me moví en mi asiento para verlo mejor. Su chaqueta y pantalones negros estaban impecables, su chaleco negro y su corbata blanca lucían limpios y almidonados. Parecía el perfecto y apuesto pícaro, debido a su parche en el ojo, y ese aspecto me gustó excesivamente.

Si encontró extraña mi mirada, no hizo comentarios al respecto.

—Hay algo que quería mostrarte, antes que comience el baile, si crees que puedes dedicar un minuto.

—Por supuesto. —No había dormido al lado de James en días y lo extrañaba. Su voz y su hermoso rostro habían perseguido mi sueño intermitente, y odiaba que estuviera tan cerca y a la vez, tan fuera de mi alcance.

Me hizo un gesto rápido con la cabeza, luego a Fanny, y regresó a su habitación.

—Ya casi hemos terminado —dijo Fanny, regresando apresuradamente a mi lado—. Solo tenemos que añadir estas flores.

Señaló el ridículo montón sobre mi tocador que madame Rousseau había preparado para mi cabello.

—No necesitamos ponerlas todas —dije con convicción. Me sentí tentada a volver a ponerme el vestido rosado, solo para fastidiar a mi suegra, pero incluso yo tenía más control que eso—. ¿Quizás una o dos?

—Pensé que tantas flores no eran de su agrado, madame, si puedo ser tan atrevida. Tu cabello sería más blanco que cobrizo si las agregara todas.

Fanny hizo un rápido trabajo al colocarme algunas flores en el cabello y ayudarme a ponerme el vestido. Cuando me coloqué el enorme vestido, pasé las manos por la sobrefalda de gasa. Tenía una cintura imperio favorecedora, que caía delgadamente hasta una enorme cola. La capa transparente se agrupaba en el dobladillo con una cantidad excesiva de flores agrupadas. Habría sido de muy buen gusto, si hubiera tenido la mitad de rosas, exactamente como en la prueba.

Apreté los dientes y crucé la habitación. El peso de la bata hacía que el movimiento fuera más difícil. Quería deslizarme, no arrastrarme. Dejé escapar un suspiro de frustración y llamé a la puerta de al lado. James la abrió tan rápido, que solo pude asumir que había estado esperando cerca.

Su mirada me recorrió y sus ojos se abrieron en agradecimiento. Dejó escapar un silbido

suave y grave, casi como por accidente, y después se aclaró la garganta.

—Eres una visión, Liss.

—Gracias. —Hice una pequeña reverencia, más en broma que en otra cosa—. Puedes agradecerle a tu madre por el diseño. Ella quiere que yo salpique de blanco, dondequiera que vaya esta noche.

—¡Eso es creativo!

—¡Manipulativo!

—¿Debemos pensar así? —preguntó, ofreciéndome el brazo. Deslicé mi mano enguantada sobre su codo doblado y lo seguí fuera de la habitación. Nos alejamos de las escaleras principales, y James me guió por pasillos y escaleras arriba, que me resultaban vagamente familiares. Estaba segura de haberme encontrado perdida aquí, una o dos veces, pero no sabía dónde estábamos.

Llegamos a un pasillo largo y abierto bordeado de apliques iluminados y ventanas, que daban al patio cerrado de abajo. La pared opuesta a las ventanas estaba cubierta de marcos dorados y retratos de todos los tamaños.

—¿Has estado aquí antes? Esta es la pared de nuestra galería.

—No lo he hecho. —Me alejé de él para poder ver mejor las pinturas.

El retrato grande al final era un hombre alto con cabello castaño y rizado, y los ojos de James. Llevaba su uniforme, la casaca roja llamativa y atrevida, y sus medallas relucientes.

—Ese es mi padre —dijo James, aunque yo ya lo había supuesto.

—Era muy guapo.

—Y valiente. —Se hizo a un lado, deteniéndose ante otro cuadro de un hombre con una larga peluca blanca y una corbata con figuras, y añadió—, este es mi abuelo.

Pasamos casi media hora, caminando a lo largo del corredor, y discutiendo sobre los antepasados de James y todo lo que habían logrado, o los diversos aspectos de la propiedad que habían desarrollado personalmente. La historia de Inglaterra estuvo plagada de logros militares de los Bradwell, y no pude evitar la oleada de orgullo que las anécdotas de James acumularon en mi pecho. Esta línea fuerte de antepasados sostendría a mis futuros hijos. El nombre pasó de un padre a otro, basándose en deberes y responsabilidades, que no habían asfixiado ni apagado a cada hombre, pero que les habían dado una razón para luchar.

El orgullo de Bradwell era algo vivo, y yo lo había visto de forma completamente equivocada.

—Para una familia tan militante, me sorprende que ninguno de ustedes… —Me detuve, consciente que había empezado a hacer una pregunta extremadamente personal. No quería que James creyera que yo juzgaba su decisión de no seguir los pasos de su padre y alistarse en el ejército.

Aunque él me envió una breve sonrisa.

—Henry lo hizo, en realidad. Se alistó recién salido de Eton y siguió a mi padre al otro lado del charco para luchar contra Napoleón.

—¿Henry? ¿Henry que es tan tranquilo y estudioso? No tenía ni idea.

—A él no le gusta hablar de eso. Se retiró poco después de traer a mi padre a casa, desde Waterloo, para que pudiéramos enterrarlo aquí en el cementerio familiar. No sé si Henry nunca tuvo la intención de ser un soldado de carrera, o si la pérdida de mi padre le hizo cambiar de opinión, o si siempre tuvo la intención de retirarse, cuando se resolvieran los problemas en el continente. Nunca lo discutimos.

—Él estaba allí —dije con reverencia, los hechos encajaron en su lugar. Henry estuvo

presente en la batalla que mató a su padre.

James asintió, con la boca apretada en una línea firme.

—No puedo creer que no lo sabías. —Aunque ahora muchas cosas tenían sentido para mí. Henry no conocía a la señorita Northcott, algo que debió ocurrir en la casa de los Bradwell, mientras él estaba fuera. Era reservado por naturaleza, sí, pero el dolor en su ser era sin duda el resultado de las cosas que había experimentado.

—He pasado mucho tiempo, sintiendo que le debo algo a Henry —dijo James con las manos detrás de la espalda y la mirada fija en el retrato de su tercer bisabuelo—. Quería comprar un juego de colores, pero mi padre no me lo permitió. Me había entrenado toda mi vida para asumir el cargo de heredero de Chelton, y no podía ir a la guerra sin la seguridad que yo me quedaría para cuidar de mi madre. Fue un duro golpe para mi orgullo juvenil, pero acepté la responsabilidad, y vi a Henry asumir el rol que deseaba.

—Supongo que eso no le gustó a él.

—No. Quería estudiar en la universidad, pero lo pospuso, cuando se necesitaron soldados para cumplir con lo que creía que era su deber como segundo hijo. Ben quería unirse a él, pero su padre le pidió que primero completara sus estudios.

—¿Henry nunca fue a la universidad, entonces?

—Nunca. ¡Qué ironía! ¿No es así? Él es el único de nosotros a quien le importó. —James se pasó una mano por la mandíbula—. Después de casarnos y venir a Chelton, cuando luché por llegar a un acuerdo contigo, fue un golpe directo ver con qué facilidad tú y Henry encontraron compañía. Me avergüenza decir cuán profundamente esto ofendió mi orgullo, y cuán celoso me puse.

—No lo amo —dije en voz baja.

James me miró con su ojo visible, brillando a la luz de las velas.

—Es doloroso ver tu fácil camaradería con él. Una bestia desmesurada de celos ha crecido dentro de mí desde que llegamos a Chelton. Quiero ser el hombre que deseas, el que pueda sentarse a tu lado en silencio, o esconderse contigo en un baile. Quiero ser el hombre que elijas.

"¿El hombre que elijas?" Mi corazón tartamudeó ante las palabras. Quería lo mismo, ser la mujer que James eligiera todos los días, para siempre.

—Henry es un hombre muy reservado —continuó James, sin darse cuenta de cuán profundamente me habían traspasado sus palabras—, él tenía el primer derecho para conocerte. Temo haberte robado una vida mejor con él, que si hubiera sido él el que estuviera en ese salón de baile, habrías sido más feliz con un hombre que te entendiera plenamente.

"¡El hombre que elijas!" Esto se repitió en mi mente, una y otra vez, tan pesado y discordante como un ariete.

Di un paso atrás, necesitando aclarar mi cabeza, y James tomó la distancia por algo más con el dolor salpicándole la cara.

—Liss…

—No, escucha. —Sacudí la cabeza y levanté una mano enguantada—. He pasado los últimos dos meses, temiendo lo mismo, temiendo haber asumido el rol de señora de Chelton, ante una mujer mucho más merecedora… quiero ser la dama que vino de afuera, que disfruta de estas responsabilidades y deberes, y que no huye del asunto, frente a las sutilezas sociales... He montado a caballo, participado en juegos ridículos, y asistido a eventos sociales… He realizado todo en un esfuerzo por ser una esposa de la que no te avergonzarías… Pero, más que eso, quiero ser la esposa que tú desearías.

—¿Qué yo desearía? —Se pasó una mano por el cabello, desordenando su perfecto orden

—. ¿No puedes ver cuán profundamente te he deseado desde el principio? Podría haber dado un paso atrás, y permitirte salir fácilmente de esa biblioteca en el baile de los Hutton, pero captaste completamente mi interés y no deseaba que nuestro tiempo juntos terminara. Te engatusé para que hicieras ese miserable baile, por el amor al Cielo.

Su vehemencia me sobresaltó y no pude conciliar la verdad en sus palabras.

—No puedes esperar que crea que mi tranquilo y estudioso...

—Créelo… —James tomó mi mano y la giró, pasando su dedo por el lugar de mi guante, que se había quemado esa noche, hace tanto tiempo. La marca ya había sanado—. Mi creencia que pretendías atraparme esa noche murió rápidamente al darme cuenta que eras sincera en tus esfuerzos por escapar del salón de baile, lleno de gente, por tus propios motivos. Estaba en Londres para encontrar esposa, y cada jovencita que se interponía en mi camino, no era más que un artificio y un engaño, o una maldita cazadora de fortunas. La tuya fue la primera conversación que tuve en toda la temporada que carecía de engaños. Eras realmente tú misma, cariño, y me robaste el corazón esa misma noche.

—Pero, no tenemos nada en común.

—Compartimos una cosa. O espero que al menos lo hagamos. No podemos conciliar el sueño sin el otro ahí, y eso me ha dado esperanza a diario.

"¡El hombre que elijas!"

Mi corazón se aceleró con afecto y di un paso adelante, deslizando mis manos alrededor de su cintura y presionando mi nariz en el hueco, entre su hombro y su cuello, inhalando el apagado aroma especiado, incrustado en su solapa. Los brazos de James me rodearon, abrazándome fuertemente contra él, y todos los aleteos ansiosos se disiparon lentamente hasta que la calma se filtró en mis extremidades y se infiltró en todo mi ser.

Giré la cabeza para hablar, pero permanecí fuertemente en sus brazos.

—Te he amado desde el momento en que me sacaste del salón de baile de los Pickering, James. Eres la primera persona que acepta mis ataques de nervios, tal como son, y que nunca intentas cambiar eso de mí.

—¿No estás molesta porque te obligué a llevar una vida que está fuera de los límites de tu comodidad?

—Lo estaba, inicialmente. No podía entender por qué te casarías conmigo y me traerías a esta casa monstruosa, cuando sabías lo mucho que luché. —Me recliné para mirarlo a la cara, esperando que entendiera la sinceridad en mi corazón—. Quizás Henry y yo, si hubiéramos tenido algún tipo de relación, algún día habríamos llegado a un acuerdo, pero esa posibilidad está en el pasado y la dejé ahí. Lo que importa ahora es que te amo, James. Te elijo a ti y seguiré haciéndolo por el resto de mi vida. No necesitamos compartir las mismas opiniones ni los mismos intereses para amarnos unos a otros, y creo que es a través de los sacrificios que hacemos, que compartimos un respeto aún mayor.

—¿Sacrificios? —Sus manos frotaron mi espalda, haciéndome difícil concentrarme.

—Sí. Sacrifico la comodidad para unirme a ti en tus actividades al aire libre o en bailes o cenas, y tú también te sacrificaste. No me presionas para bailar o asistir a las casas, cuando no lo deseo, te esforzaste en encontrar un pasatiempo que nos conviniera a los dos. Y, lo mejor de todo, es que intentaste leer un libro, que no te interesaba en lo más mínimo. O al menos, eso creo.

Las puntas de sus orejas se pusieron rojas y miró hacia otro lado.

—¿Encontraste eso, entonces? Me preguntaba si habías visto a *Udolfo*, después de que mencionaste que habías descubierto a la criada hurgando en los cajones del estudio. Solo quería

saber qué era lo que te resultaba tan interesante.

—¿Acaso tú?

Él sonrió.

—Aún no he descubierto el atractivo, pero tengo la intención de hacer todo lo posible.

—Creo que mientras ambos hagamos eso, seremos felices juntos.

—¿Elegirnos, uno a la otra?

Asentí.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Te he elegido desde el baile de Hutton, Liss, y seguiré eligiéndote todos los días.

James se inclinó y presionó sus labios suavemente contra los míos. Me besó lentamente con todo el afecto que habíamos aguantado y reprimido, durante el último mes, finalmente estallando en nuestra ternura compartida, el uno por la otra. El tiempo pasó y nada importaba fuera de este momento y de este hombre. Sus dedos se deslizaron alrededor de mi cuello y se curvaron para que su dedo descansara suavemente en mi oreja. Él inclinó mi cabeza y profundizó el beso, y supe que podía perderme en él por completo.

James se reclinó y apoyó su frente ligeramente contra la mía. Dejó escapar un suave suspiro con una risita susurrando en ello.

—¡El hecho! Eres mi persona favorita en Inglaterra.

—¿Solo en Inglaterra?

—Bien, en todo el mundo.

—Está mejor. —Levanté la mano para besarlo de nuevo y luego me retiré—. ¡El hecho! Eres mi persona favorita en todo el mundo.

—Debes pensar en algo original. Creo que tú me diste esa misma regla una noche. —Le lancé una sonrisa irónica.

—Muy bien. El hecho: no me di cuenta que podía sentirme tan feliz.

Él sonrió y tomó mis labios nuevamente, esta vez con más fervor, aunque esto no era menos tierno.

Cuando me soltó, me alejé, alisándome la bata.

—Es hora de enfrentar a la multitud.

Él besó mi sien.

—Estaré a tu lado todo el tiempo.

Capítulo 32

Lady Edith me miró con frustración, apenas lo disimulaba, cuando James y yo finalmente bajamos las escaleras. Habíamos pasado demasiado tiempo en el salón de la galería, aprendiendo sobre sus antepasados, y luego regresé a mi habitación para quitar la mitad de las rosas blancas, que adornaban mi dobladillo. Madame Rousseau había dejado las de mi corpiño, en una cantidad de buen gusto, pero la cantidad de rosas en mi dobladillo era ridícula.

Una vez que corté con cuidado la mitad de las rosas de mi dobladillo, lo sentí mucho más liviano y arrastraba mucho menos peso. Me moví más cómodamente, pero Lady Edith pareció darse cuenta y no estaba complacida.

—Llegas tarde —dijo—. La cena está por comenzar. Lord y Lady Claverley ya están aquí, y necesito ayuda, si quiero gestionar cualquier conversación que tenga que ver con la ausencia de Thea.

James se inclinó para besar su mejilla.

—Lo siento, madre. No quise causarte angustia. Felicity y yo necesitábamos discutir algo y se nos escapó el tiempo.

Miré por encima de su hombro, a la multitud que se mezclaba en el salón de baile, y mi pulso se aceleró. Lord Claverley estaba junto a una mujer majestuosa, cuyo cabello adornado de plumas estaba peinado anormalmente alto. Ninguno de los dos sonrió, aunque reflejaban ser de la realeza, dejando claro sus posiciones sociales. Mi vista se posó en Jane y Ewan, que estaban juntos contra la pared, no muy lejos del conde y la condesa, y respiré profundamente. No estaba sola aquí. ¡Yo podría hacer esto!

—Hay otro asunto que quería resolver, antes que llegue la mayoría de nuestros invitados —dijo James.

—La mayoría de ellos han llegado —confirmó Lady Edith. Pero ella pareció sentir que James no se dejaría intimidar—. ¿Puedes hablar rápido?

—Sí. —Su mirada se dirigió a mí y luego de nuevo a su madre—. No se exigirá que Felicity baile.

Respiré tranquila y sorprendida.

—¿Le ruego me disculpes? —dijo su madre.

—Es ridículo pedírselo, cuando seguramente terminará en un ataque de nervios y un desmayo.

Lady Edith miró a su hijo y luego a mí.

—¿Usted habla en serio?

—Parece que sí.

Yo nunca me había sentido tan amada en mi vida.

—Este baile es para celebrarlos a ustedes dos y a su unión. Te das cuenta... —Miró hacia atrás, luego entró en el salón y la seguimos. Cerró las puertas detrás de nosotros, su rostro tenía una expresión tensa de irritación y sus mejillas estaban rojas—. Si Felicity no baila, solo confirmará los rumores que está embarazada y que su unión es producto de ese mismo niño.

—Eso no podría estar más lejos de la verdad —dijo James.

—Pero eso es a lo que te enfrentas, de todos modos.

Lady Edith tenía razón. Al ver a los antepasados que construyeron las bases de la vida que podría darles a mis futuros hijos, algo me abrió el aprecio por esta familia y todo lo que

representaba. Me dio el deseo de investigar más a fondo mi propia herencia (en otra ocasión), y surgió la necesidad de proteger el nombre Bradwell, en cualquier forma que pudiera.

—Puedo bailar.

—No —dijo James, tomando mi mano—. No pasaré otro baile, observándote en busca de signos de angustia. No puedo hacerlo. Me niego a volver a sacar tu cuerpo inerte de la pista de baile, no cuando algo tan simple como evitar bailar puede ayudarte.

El amor brilló en sus ojos y llegó a mi corazón, calentando mi espíritu y dándome confianza.

—Puedo bailar contigo, James. Realmente creo que puedo hacerlo, siempre y cuando sea un vals.

—¿Un vals?

—Sí. Puedo bailar contigo y solo contigo. En un vals, puedes abrazarme y no seré transferida a otro compañero. Estaré bien.

—¿Y si no estás bien?

Levanté un hombro en un pequeño encogimiento de hombros.

—Entonces, supongo que hemos aprendido la lección. Pero, sí creo que soy capaz.

Tomó mi otra mano y las apretó a ambas.

—Sé que eres capaz, aunque de todos modos esto me pone nervioso.

Volteé hacia Lady Edith.

—Abriremos el baile con un vals. Seguramente, eso no estará mal visto. Fue aprobado el año pasado en Almack's, si quieres compartir esa información con alguno de los rigurosos.

Ella me dio una expresión extraña, una línea tenue se formó entre sus cejas.

—¿Es cierto, entonces? ¿De verdad te desmayas?

—Nunca te he mentido —respondí, esperando que ella entendiera mi significado más amplio. Todo lo que compartí con ella era la verdad.

—Nuestro primer baile público fue en el de los Pickering, y antes de salir a la pista, la madre de Felicity me advirtió que intentara atraparla, si fuera necesario.

—¡Cielos! —Lady Edith se llevó la mano al corazón—. ¿Te has lastimado?

—En ocasiones he tenido dolores de cabeza. —Una actitud defensiva surgió dentro de mi pecho por la expresión de horror en su rostro. Pude ver que probablemente se preguntaba por qué mi madre me permitió bailar, sabiendo lo que sucedería—. Mi mamá me ama. Ella simplemente no acepta… entenderlo. Ella cree que, si quisiera, yo podría controlar mis nervios.

La mirada de Lady Edith se posó en el suelo y luego volvió hacia mí.

—No puedes dominarlo mejor… como yo que no puedo controlar enfermarme en un carruaje. —habló en voz baja, reiterando lo que una vez le dije. Se aclaró la garganta y tenía las mejillas rojas y el cuello manchado de rubor. Se enteró que estaba equivocada acerca de sus suposiciones iniciales sobre mí y probablemente eso la avergonzó—. Te debo una disculpa, Felicity. No te creí, y yo…

Su mirada se dirigió a James y luego a mí.

—No debería haber asumido que obligaste a mi hijo a casarse. Espero puedas perdonarme.

—Sí —dije de inmediato—. Si me perdonas, me quité la mitad de las rosas de mi vestido. Fue demasiado para mí.

Ella me dio una sonrisa forzada.

—Te perdono.

* * *

Cuando entramos al salón de baile, un tiempo después, crucé la pista inmediatamente hacia Jane y Ewan.

—Perdónenme. Soy una terrible anfitriona.

—Estaba pensando todo lo contrario —dijo Jane—. Tu carta implicaba que estabas bajo mucho estrés, y debo admitir que esperaba encontrarte en una situación terrible aquí en Chelton, pero la verdad es todo lo contrario. Estás radiante, Lissy. Pareces estar prosperando en tu nuevo rol.

Sonreí, consciente que el brillo era el resultado de la aceptación. Mi propia aceptación, ya que no necesitaba cambiar quién era para ser una buena señora de Chelton, o una buena esposa para James, o para lograr la aceptación de James y, de manera algo tenue, la de Lady Edith, en su familia.

—Tu porte ha cambiado ligeramente y la forma en que ordenas a tus sirvientes es amable, pero firme. Está claro que estás encontrando tu lugar aquí. —La boca de Jane se dobló en un ligero ceño—. Aunque supongo que sería mucho mejor si tu suegra te tratara de manera diferente.

—Creo que eso está a punto de cambiar —lo dije confiada. Anoche le había explicado la situación a los comprensivos oídos de Jane—. Lady Edith y yo compartimos un breve momento de comprensión, y ella no está muy enojada porque alteré un poco el diseño de mi vestido.

—Eso suena como un buen progreso.

—Lo es.

Se anunció el vals y Jane alzó las cejas con interés.

—¿Tu gente de este campo acepta esto?

—No estoy segura —dije honestamente—. Pero, eso espero.

James apareció a mi lado, ofreciéndome el brazo.

—Creo que este baile es mío.

Jane sonrió ampliamente y supe que estaba feliz que yo hubiera encontrado la alegría. Todos merecían tener a alguien como Jane en su vida, una amiga edificante y que era feliz, simplemente por mi éxito.

James y yo nos trasladamos al centro del salón de baile, y tomamos nuestras posiciones, esperando a las otras parejas, antes de comenzar el paseo.

La señorita Whitstone se unió al círculo de parejas que esperaban que comenzara el baile del brazo de un caballero que no conocía, y yo me puse tensa.

—¿Qué pasa? —preguntó James.

—Son solo los Whitstone. Parece que han decidido asistir de todos modos.

—Sin duda pretenden fingir que no pasó nada.

—¿Tu madre aceptará eso?

—Ella y Lady Whitstone son amigas desde hace mucho tiempo. De algún modo se las arreglarán —gruñó—. Aunque preferiría cortar la relación, entiendo por qué mamá prefiere mantener la paz. No hay anfitriona en el área metropolitana de Bakewell, que no invite a ambas mujeres a cualquier evento que celebren. Me imagino que es más fácil así.

Asentí, entendiendo la necesidad de mantener la paz con los vecinos. El violín comenzó con fuerza y el resto de los músicos siguieron. James presionó su mano contra la mía suavemente, y comenzamos el paseo.

—Cuando le mostré el jardín a la señorita Whitstone, Henry nos recibió afuera y ella inmediatamente se sonrojó. ¿Crees que siente algo por él?

James se rió. Las cabezas voltearon hacia nosotros y mi estómago dio un vuelco por la

atención. Me concentré en el hombre que sostenía mi mano y me guiaba por el círculo.

—Quizás, pero lo dudo —dijo—. Esa es simplemente su manera. No puede hablar con un hombre sin tener las mejillas rojas durante toda la conversación.

Mi corazón estaba con ella.

—Tenemos mucho en común.

—Crees eso, pero no podrías ser más diferente.

—Yo también soy excesivamente tímida, James. No puedes negar eso.

—No, lo sé muy bien, pero cuando estás en compañía de unos pocos, o rodeada de personas que conoces bien, no eres tan reservada ni tan ansiosa. Puedes mantener conversaciones. ¡Maldita sea! Liss, la noche que nos conocimos, yo era un extraño, y aún así me hablaste cómodamente.

Lo hice, ¿no? Era una verdad que no había considerado hasta ahora.

—¡Mmm! Me pregunto, ¿por qué fue eso?

—Como soy tan apuesto, no pudiste evitarlo —dijo simplemente. El brillo de su único ojo visible llegó a mi corazón—. Con toda seriedad, imagino que fue porque te sentiste cómoda conmigo.

—Supongo que eso tendría más sentido. —Estuve de acuerdo. Me sentí cómoda con James, entonces, aunque no lo había razonado así, hasta ahora—. Entonces, ¿no llegaste a la conclusión que usted y la señorita Whitstone no encajarían, simplemente porque ella era tímida?

—No, por nada. No me opongo a una mujer tranquila. —Él guiñó—. Pero, ella no podía mantener ninguna conversación en absoluto. Entre nosotros no había más que silencio, siempre... Al menos yo preferiría una esposa que me hablara.

—Eso es comprensible. Estoy segura que en alguna parte hay un caballero que hará que la señorita Whitstone se sienta igualmente cómoda.

Me miró con recelo.

—Por el bien de ella, espero que tengas razón.

Pasamos del paseo al baile, y cuanto más avanzaba la canción, más a gusto me sentía en los brazos de James. Bailamos las mismas escenas, que habíamos bailado en la biblioteca de los Hutton, aunque esta vez con música real, y ni una sola vez aparté mis ojos de los suyos. Sus brazos fuertes y su dulce sonrisa me hicieron sentir segura y amada, y cuando la canción llegó a su fin, me paré frente a él con una amplia sonrisa.

—Sabía que lo harías —murmuró, dándome un beso en la sien, cerca de la oreja.

Capítulo 33

El sol entraba por las ventanas abiertas de James y se extendía sobre la alfombra azul marino, como rayos de fuego brillante. Me moví sobre el colchón de plumas y el brazo de James se deslizó de su posición alrededor de mi cintura, liberándome de su soñoliento agarre. Hizo un sonido gutural bajo, él rodó para mirar en la otra dirección, y yo me deslicé silenciosamente de las mantas, y caminé de puntillas por el suelo, que permanecía frío. Los escalofríos recorrieron mis piernas desnudas y cerré suavemente la puerta contigua, entre nuestras habitaciones, antes de deslizar mi bata sobre mi camisola.

Fanny aún no había llegado a encender el fuego de la mañana, una tarea que le había correspondido, mientras las criadas se iban y venían las del otro turno. Tiré de la cuerda de la campana y me senté en mi tocador, donde había colocado una rosa blanca que James me había regalado la noche anterior.

"Ahora eres parte de Chelton, cariño. Te ves bien".

Esto había sido una broma acerca de lo mucho que me parecía a las flores que llenaban los jardines, y tenía la intención de secar esta rosa también, y presionar los pétalos, entre las páginas de un libro, para poder conservarlos para siempre.

Fanny llegó y me ayudó a vestirme. Al poco tiempo, ya estaba en el salón del desayuno, sirviéndome una taza de chocolate humeante y untando mantequilla con una rebanada de pan tostado. Jane tenía la intención de reunirse conmigo aquí para desayunar, antes que nadie más despertara, pero aún no había llegado.

Unas pesadas pisadas de botas recorrieron el pasillo y Benedict irrumpió en el salón, a toda velocidad, deteniéndose sorprendido al fijar su mirada en mí.

—Me asustaste, Felicity. ¿Por qué estás despierta tan temprano?

—Voy a reunirme con Jane. —Tragué otro sorbo de chocolate—. ¿Vas a alguna parte?

Llevaba botas de montar y abrigo, guantes y gorro en mano. Los dejó sobre la mesa y se acercó para llenar un plato en el aparador.

—Sí, en realidad. Sin embargo, no tenía intención de decírselo a nadie, así que me estás poniendo en una situación extraña.

—No es necesario que confíes en mí, pero, espero que al menos le hayas dicho a tu madre que tienes intención de ir a algún lugar.

Me lanzó una mirada culpable y dejé mi taza en el platillo.

—Benedict —lo regañé—. Se preocupará mucho si se despierta y descubre que su hijo ha desaparecido.

—No sería la primera vez.

—¿Eso está destinado para hacerte sonar mejor?

—Cada día te pareces más a la señora de Chelton, ¿lo sabes? —suspiró, llevando su plato a la mesa.

—¿Como si tuviera autoridad?

—No —dijo inexpresivamente—. Como mi madre.

Sonreí. Sabía que lo decía con amabilidad.

—Quizás deberías seguir mi consejo y al menos dejar una nota. ¿Sabes cuánto tiempo estarás fuera?

—No tengo la más mínima idea.

Le di un mordisco a mi tostada y la tragué, dándole tiempo para confiar en mí. Cuando él permaneció en silencio, decidí decir lo que pensaba. Después de todo, él no tuvo ningún reparo en hacer lo mismo conmigo. Ahora éramos hermanos.

—¿Recuerdas lo angustiada que se puso cuando se enteró de la desaparición de la señorita Northcott?

Él me miró malhumorado.

Quise alisar el rizo que caía sobre su frente, pero me abstuve.

—Quizás sería similar si esto le sucediera a su hijo.

Masticó durante un largo rato, antes de tragar, y recostarse en su asiento.

—Ella es la razón por la que me voy.

—¿Tu madre?

—Thea… La señorita Northcott. —Miró su plato y jugó con el panecillo que había allí, arrancando pequeños trozos y llenando su plato de migas—. Siento un poco de responsabilidad por su desaparición. Sé que mi madre no me culpa a mí, pero, también sé que si yo no estuviera aquí, Thea probablemente se habría acercado a mi madre, en busca de ayuda, en lugar de lo que sea que haya hecho.

Esto no lo esperaba. Se había vuelto cada vez más claro que Benedict sentía cierto nivel de culpa por la ausencia de la señorita Northcott, pero, ¿buscarla él mismo?

—¿A dónde planeas ir?

—York, otra vez. Empezaré por ahí. Estoy seguro que uno de los sirvientes sabe más de lo que deja entrever. Una pequeña moneda debería proporcionarme algunas respuestas.

—¿La señorita Dorothea Northcott ha desaparecido? —preguntó Jane desde la puerta.

Ambos nos sobresaltamos y miramos hacia ella. ¡Maldita sea! ¿Cuánto tiempo había estado escuchando?

Jane entró en el salón con la viva imagen de la gracia y el aplomo, incluso a una hora tan temprana.

—Fui a la escuela con Thea. En realidad teníamos algo así como una amistad, aunque no éramos muy cercanas. ¿Ella está en problemas?

—Espero que no —dijo Benedict—. No es que me importe su bienestar en particular, pero siento un mínimo de responsabilidad.

Luché contra una sonrisa. Era más que algo mínimo. Si este hombre partía en un viaje para encontrarla, entonces, su desprecio por la mujer parecía a veces exagerado.

—Es por eso que no deseas que tu madre sepa tu objetivo —dije, y entonces se me ocurrió el punto—. ¿No quieres darle falsas esperanzas?

—Exactamente.

—Quizás le diga, entonces, que te vi esta mañana y mencionaste que ibas a visitar a…

—Una amiga en Londres —dijo con decisión—. Eso debería darme tiempo suficiente para descubrir el paradero de Thea, antes de tener que escribir de nuevo. Tampoco será mentira. Tengo la sensación que terminaré en Londres.

—Pero, ¿ella es una amiga? —lo cuestioné con un tono jocoso.

Benedict sacudió la cabeza y arqueó las cejas.

—Lo más alejado de eso. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña miniatura ovalada con un marco pintado de oro. La joven de la foto tenía cabello oscuro y rostro en forma de corazón. Su sonrisa era juguetona, como si poseyera un secreto—. Esta es la pequeña descarada.

Me incliné y analicé el rostro juguetón.

—Creo que tienes razón, Benedict. Parece que me agradará excesivamente.

—Ya te lo dije, la mayoría de la gente lo hace.

—Ella es una alondra —coincidió Jane—. Aunque no tuve mucho tiempo para conocerla mejor.

—Sí, una broma —dijo Benedict sin sentimiento—. Correr para esconderse de la única mujer, que se ha sacrificado mucho para poder mantenerla, es bastante gracioso, ¿no es así?

Él no parecía estar divertido en lo más mínimo. Las payasadas de Thea lo habían ofendido. Solo esperaba que ella tuviera buenas razones para defender sus decisiones.

Benedict deslizó la miniatura en el bolsillo de su abrigo y dio unas palmaditas en el exterior.

—Espero que esto me ayude a localizarla. James y yo no lo llevamos a York, la primera vez, pero entonces, no nos dimos cuenta que lo necesitaríamos.

—Te deseo un buen viaje y toda la suerte para localizarla —le dije, alcanzando su brazo y dándole un suave apretón.

Jane llenó su plato y lo llevó a la mesa. Benedict se levantó.

—Gracias, Felicity. Lo necesitaré. Buenos días entonces, señoras. —Hizo una reverencia, recogió sus guantes y su sombrero, y salió del salón.

—Le deseo buena suerte —susurró Jane—. ¡Qué terrible para la pobre Thea!

—Ella mencionó en la carta que dejó que estaría segura a donde iba.

Jane parecía incómoda.

—Sin embargo, la necesidad que sintió de irse y prometer que estaba a salvo no hace que su situación parezca buena. —Le dio un mordisco a su panecillo.

—Supongo que debemos esperar a que Benedict envíe un mensaje. No tenemos nada más que hacer. —Ofrecí una sonrisa tan reconfortante como pude reunir.

El ceño preocupado de Jane se transformó en una suave sonrisa.

—Ahora, Felicity, quiero saber todo sobre tu encantadora vida matrimonial.

—Primero, quiero saber de ti —respondí—. Han estado casados por mucho más tiempo y, por lo tanto, tienen más para compartir.

—Bueno, tengo más que compartir —dijo con voz cantarina.

Tomé un sorbo de mi bebida y esperé. Jane me miró durante un largo rato con una lenta sonrisa, extendiéndose por sus labios, y supe de inmediato lo que quería decir con su sonrisa traviesa. Un pequeño grito ahogado se escapó de mi garganta:

—¿Estás embarazada?

—¡Sí!

Chillé en voz baja y la abracé.

—¡Oh! Esa es la mejor noticia. ¿Ewan está emocionado de convertirse en padre?

—Excesivamente. Y creo que esto será muy bueno.

—Indudablemente.

Ella se recostó y me analizó.

—Podrías darle un amigo a mi bebé, si tú quisieras.

Mis mejillas se calentaron. Quería hacer justamente eso, eventualmente.

—¿Quién hubiera imaginado el verano pasado, cuando conocimos al señor Bradwell, que así sería su vida? —dijo Jane con un poco de asombro.

Terminé mi chocolate y me recosté, contenta.

—Creo que todo ha salido bien.

Jane sonrió.

—Por supuesto.

Capítulo 34

Había pasado una semana desde la noche de nuestro baile, y me desperté para encontrar a James apoyado sobre su codo en la cama, a mi lado, con sus ojos oscurecidos por las sombras, fijos en mí.

—Es algo alarmante despertar con un par de ojos muy abiertos, mirándome —dije, permaneciendo perfectamente quieta, mientras recorría con avidez su rostro somnoliento por la mañana.

—¿No es romántico?

—Quizás si supiera que te esperaría, podría serlo. —Luché contra la sonrisa que amenazaba mis labios y abrí los ojos para ver el efecto—. De lo contrario, esto es simplemente impactante.

—Lo que es sorprendente es que todavía no has comentado sobre mi falta de parche en el ojo esta mañana.

—¡Oh, James! —Me senté rápidamente y me arrodillé ante él, deslizando mi mano por su mejilla. Pasé mi dedo debajo de su ojo herido que ahora me observaba de cerca—. ¿Puedes ver claramente? ¿Duele?

Se rió suavemente y sentí el ruido de su pecho, a través del colchón de plumas.

—Hoy no me duele, aunque, para ser justos, anoche tampoco me dolió, y mi visión es perfectamente clara.

—¡Qué alivio! Me preocupaba haberte mutilado. ¡Qué manera tan horrible de comenzar un matrimonio sería esa!

—El comienzo de nuestro matrimonio ha sido todo menos horrible.

Deslicé mi mano más sobre su mejilla, perdiendo mis dedos en su cabello revuelto. Su mandíbula estaba un poco áspera por el crecimiento de la barba de la noche a la mañana, su sonrisa era perezosa y era tan guapo que mi corazón se contrajo de afecto.

—Quizás me lesione, más a menudo, si este es el tipo de tratamiento que recibo —murmuró —. Podría acostumbrarme a tus tiernos cuidados.

—Eso es un poco dramático.

—¡Oh! Me duele la cabeza. Creo que necesito una compresa fría.

—Tu pobre cabeza —le dije—. Debería dejarte entonces. Un dolor de cabeza se cura mejor en la oscuridad y la soledad.

Aparté mi mano de su cara y él me agarró por la muñeca.

—Me refiero a mi mano, no a mi cabeza. Está cansada por toda la escritura que he soportado esta semana.

—Tu pobre mano. —James había recibido noticias de Benedict, quien no estaba más cerca de lograr su objetivo de localizar a la señorita Northcott, y James envió una variedad de cartas, a los viejos conocidos de la muchacha, con la esperanza que alguien supiera algo útil—. Estás haciendo algo bueno al ayudar a localizar a Thea.

Su rostro pasó de jocoso a serio.

—Quizás, pero me preocupa que provoquemos un escándalo, si no somos más prudentes. Hasta ahora, en realidad, solo hemos escrito y hablado con sirvientes, o familias que conocieron a la madre y al padre de Thea, pero que no asisten a eventos de la sociedad. Es solo cuestión de tiempo, antes que se descubran sus travesuras y todo el trabajo que hizo mi madre para prepararla para una temporada y un marido sea en vano.

—No puede ser tan malo, ¿cierto? Si Benedict logra encontrar a la chica, antes que termine el verano, Lord y Lady Claverley nunca sabrán que desapareció.

James esbozó una sonrisa torcida.

—Esa es la esperanza, por supuesto. Veremos si se logra tan fácilmente. Ahora, basta de Thea. Tengo una sorpresa para ti hoy.

Me dejé caer en una posición sentada y me alejé de James.

—La última vez que planeaste una sorpresa, terminaste con un parche en el ojo.

—¿No te dije hace unos momentos que planeaba permanecer herido para siempre para que pudieras cuidarme hasta que recuperara la salud?

—James, eso no es igualmente gracioso ni en las repeticiones posteriores.

—Muy bien. —Se obligó a sentarse. Las mantas cayeron alrededor de su cintura y revelaron su pecho desnudo—. Perdona mis malos intentos de humor. Esta sorpresa no nos hará daño ni a ti, ni a mí, lo prometo.

—Estoy segura que confiaba en poder prometer la misma seguridad para una ronda de Battledore y Shuttlecock, y mira a dónde nos llevó eso...

James se rió entre dientes.

—Confía en mí, cariño.

—¡Oh! Lo hago —dije fácilmente. Dejé caer mi cabeza sobre la almohada y cerré los ojos. ¿Por qué no podía encontrar más interés en sentarse con seguridad dentro de un salón, o caminar tranquilamente por el jardín? Ninguna de esas actividades requería animales enormes ni poderosos volantes rellenos de plumas. Moví la cabeza para mirarlo—. Es confiar en mí misma con lo que tengo más dificultades.

Se movió para inclinarse sobre mí con su rostro flotando justo encima del mío.

—En este caso, creo que no tienes nada que temer.

—Eso es fácil de decir, por supuesto, pero estoy segura que puedo demostrar que no...

James acercó sus labios a los míos y me interrumpió con un beso. Su boca se movió sobre la mía, en un ritmo que se había vuelto familiar y excitante. El calor me invadió y estaba bastante segura que nunca había esperado amar, o ser amada tan plenamente como lo era ahora.

Se echó hacia atrás, rompiendo el beso, y giró la cabeza para respirar, a través de sus mejillas hinchadas.

—Basta de distracciones, jovencita. Necesito encargarme de tu sorpresa. ¿Nos vemos al pie de las escaleras en una hora?

—Voy a estar allí.

* * *

Lady Edith parecía avergonzada la noche de nuestro baile, cuando James finalmente le había contado la verdad sobre la naturaleza de nuestra relación, y yo esperaba que la pequeña curación que encontráramos juntos condujera a una relación más cómoda entre nosotros. Sin embargo, durante la última semana, me sentí profundamente decepcionada. Supongo que fue muy difícil corregir su opinión equivocada sobre mí tan rápidamente, pero esperaba que no fuera una tarea tan ardua.

Me vestí rápidamente y tenía media hora, antes de encontrarme con James abajo, así que fui al salón, pero me detuve en seco, cuando Lady Edith parecía ser la única persona que ya estaba allí.

Levantó la vista y me encontró en la puerta, y ya era demasiado tarde para desaparecer.

¡Maldita sea!

—Buenos días, Felicity —dijo cordialmente, mientras yo entraba en el salón.

Me senté en el sofá frente a ella.

—Buenos días, Lady Edith. ¿Confío en que usted haya dormido bien?

—Lo hice, gracias.

Mis dientes rechinaron por la incomodidad que flotaba entre nosotros. Estaba cargada e incómoda, incluso el aire estaba repleto con cada una de las emociones que habían coloreado nuestro pasado reciente.

—Los Whitstone nos han invitado a tomar el té —dijo suavemente sin dejar de concentrarse en el bordado—. Aunque tienes todos los motivos para negarte, si así lo deseas.

Seguramente, esto sería incómodo, pero no asistir solo podría empeorar las cosas. Si quería demostrar que aún no estaba embarazada, asistir a eventos sociales era una forma de hacerlo. Luego, cuando tuviera noticias que compartir, quedaría muy claro que el momento tuvo lugar después de la boda.

—No me negaré —dije finalmente.

—La señorita Whitstone se vuelve más agradable con el tiempo.

Asentí en señal de comprensión.

Lady Edith puso su bordado en su regazo.

—Y supongo que se podría decir lo mismo de mí también.

—¿Qué quieres decir?

Cerró los ojos y se presionó las sienes con los dedos, como si estuviera reuniendo fuerzas.

—No te he tratado como debería desde que viniste a nosotros, y después que James dejó perfectamente clara la naturaleza de tu compromiso, no sé cómo proceder.

—Te he perdonado…

—Sí, me doy cuenta de eso. Pero no empezamos cómodamente, y no sé cómo solucionar el malestar entre nosotros a menos que deje Chelton. —Ella dirigió su mirada hacia mí—. Lo he pensado un poco y creo que sería mejor, si me mudara a la casa de la viuda. ¿La has visto, tal vez? ¿En el jardín sur?

—No lo he hecho.

—Necesitará algunas reparaciones, antes que sea habitable, pero imagino que podría estar lista para finales del verano.

Ella sostuvo mi mirada y mi discusión con James, cuando yo había deseado espacio y él había luchado por permanecer juntos, vino a mi mente. Incluso en nuestra discordia, elegimos dormir uno al lado de la otra, y esa elección tenía un poder curativo, que la separación no nos habría brindado. Deseaba la misma curación con Lady Edith y sabía que solo podría tener lugar, si ambas tomábamos esa decisión activa. Su voluntad de mudarse a la casa de la viuda solo demostró (al menos en mi opinión) que estaba dispuesta a trabajar, y que deseaba paz y armonía para nuestra relación.

—No creo que sea necesario, Lady Edith.

Ella me parpadeó.

—No, no es necesario, pero quizás sí sea importante.

—Hay mucho espacio en Chelton para nosotras dos...

—No estoy segura que haya suficiente espacio para dos señoras.

—No, estoy de acuerdo con eso. —Respiré profundamente. Para mí, como esposa de James, era normal ocupar el lugar que me correspondía como señora, y no quería cederle ese honor, cuando era mío—. Pero, no puedo hacerlo sola. Necesito tu sabiduría y guía, y sé que los sirvientes y la casa funcionarían mejor, si me enseñaras todo lo que sabes.

Ella permaneció en silencio, por un momento, con las manos inmóviles.

—¿Quieres que me quede y te enseñe?

—Sí. —Crucé hasta el otro sofá y me senté junto a Lady Edith—. Me gustaría olvidar nuestro incómodo comienzo y empezar de nuevo, si a usted le parece bien. Creo que a veces podemos sentirnos atadas por nuestros errores del pasado, pero tenemos la opción de seguir adelante con una nueva perspectiva, y yo elijo ser la mejor señora de Chelton que pueda ser. Me gustaría su ayuda para lograrlo.

Lady Edith me miró durante un largo rato, con las mejillas rosadas, probablemente por la incomodidad de la conversación actual.

—Sí, Felicity. Me gustaría mucho eso.

—Me alegro.

—Cuando te dije la semana pasada que estaba impresionada por la forma en que manejaste la indiscreción de Molly y la lesión de James, lo dije en serio. Tienes las cualidades de una líder maravillosa. —Tragó—. Y tenemos mucha suerte de tenerte.

Mi pecho se calentó por sus elogios.

—Estoy segura que cometeré muchos errores.

—Como yo, al principio —dijo en tono confiado—. Se necesita tiempo para dominar esta casa y el ejército de sirvientes que la dirigen. Pero aprenderás con el tiempo y estaré aquí para ayudarte.

Ella se acercó y tomó mi mano, apretándola una vez, antes de dejarla caer.

Me puse de pie, cepillando la parte delantera de mi vestido para evitar el brillo, que sospechosamente persistía en sus ojos, y que sin duda pronto se reflejaría en los míos.

—Debo ir a encontrarme con James ahora.

—¡Oh! Sí, la sorpresa.

Levanté la vista, sorprendida.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿La odiaré mucho? —pregunté.

Ella sonrió.

—No, no creo que lo hagas.

Eso fue un poco reconfortante. Salí para encontrar a James en el gran salón, y él me estaba esperando al pie de las escaleras. Su chaqueta estaba ajustada sobre sus anchos hombros y su sonrisa se centró en mí.

—¿Lista?

—Supongo que sí.

James se rió, deslizando su mano en la mía.

—Lo prometo, no tiene nada que ver con pájaros, flechas, caza o pesca.

Me guió a través de la puerta principal y nos quedamos en lo alto de la escalera dividida, con el viento soplando en mi cara. Un pequeño caballo y un carro nos esperaban al pie de las escaleras.

No, no era un caballo pequeño, aunque su cuerpo se parecía a uno. Tenía orejas largas y puntiagudas como las de un burro.

—¿Me has comprado una mula? —pregunté con una risa saliendo de mi garganta.

James sonrió.

—Sí… Pensé que podríamos llamarla Stella.

Capítulo 35

El pequeño carro de Stella no era demasiado difícil de manejar, y después de una semana de lecciones y que me entregaran un nuevo par de guantes de conducir, ya era algo experta en llevar mi mula y mi carro por los pequeños carriles de Chelton. James se reunió conmigo, en los establos, mientras la niebla de la mañana todavía se aferraba a las cimas de las colinas, y había un brillo en sus ojos, que hablaba de algo que había planeado. Mis padres llegarían pronto y me alegré que Lady Edith y yo hubiéramos encontrado un ritmo agradable entre nosotras, antes de su aparición. Estaba ansiosa por mostrarles a mis padres la vida cómoda, que había encontrado en Chelton, y dentro de mi nuevo matrimonio.

—¿A dónde vamos hoy? —pregunté, tomando las riendas y sentándome en el asiento del conductor del carro. James y yo habíamos caído en una rutina durante la semana anterior, que nos convenía a ambos. Por las mañanas, íbamos juntos a conducir, pero por las noches jugábamos al ajedrez, o yo leía en voz alta, mientras James escuchaba. Descubrió que disfrutaba de los cuentos, pero no de la lectura. Todos los días hicimos sacrificios, el uno por la otra, y encontramos una manera de elegir nuestro matrimonio y priorizarnos mutuamente en pequeños aspectos.

—¿Recuerdas el día que montaste a Luna? —preguntó.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Sí, bueno, quería mostrarte algo que pensé que apreciarías. Está demasiado lejos para llegar a pie y montar a caballo está fuera de discusión, así que pensé que esta sería la manera de lograrlo.

Pasó un momento, antes que su significado se asentara.

—¿Me compraste una mula y un carro, y pasaste una semana, enseñándome a manejarlos, solo para poder mostrarme a dónde querías llevarme, cuando llegué por primera vez a Chelton?

—Sí.

Me incliné y lo besé en los labios.

—Eso fue muy dulce de tu parte, James.

—Guarda tus elogios hasta que hayas visto la sorpresa. Podrías sentirte decepcionada y todo esto sería en vano.

Dudaba mucho que ese fuera el caso, pero me tranquilicé. James me indicó a dónde ir, salimos de los establos, y nos metimos en un sendero estrecho, que subía hacia las colinas detrás de Chelton. La casa se hizo más pequeña, cuando dejamos el camino hacia el campo escarpado, y reconocí las colinas que subimos y el arroyo que pasamos, en nuestro primer viaje aterrador.

Los pájaros cantaban sobre nuestras cabezas y se zambullían entre los árboles brumosos, pero Stella no se inmutaba ante ellos. Era tranquila, firme y fuerte, y yo la amaba excesivamente.

Después de que llegamos a la cima de otra colina, James contuvo el aliento. La luz del sol caía sobre nosotros, derritiendo la niebla persistente, y las curvas del campo se aclaraban.

—Justo por allí —dijo, señalando—. Hacia ese bosquecillo de árboles.

Dirigí a Stella hacia la espesa cosecha de árboles, en la base de otra colina, y navegamos entre ovejas pastando, que salpicaban la hierba, con sus largas y peludas colas, moviéndose de vez en cuando.

Cuando llegamos a los árboles, apareció a la vista un edificio de piedra blanca con sus altos pilares, ensombrecido por el techo abovedado sobre ellos.

—Es una locura —explicó James—. Mi abuelo lo hizo construir para mi abuela, como una especie de escape. Le encantaba pintar y a menudo se la podía encontrar aquí, mientras su caballo pastaba en el campo. Pensé que aquí se podría encontrar la misma paz que parecía encontrar mi abuela.

Detuve a Stella, ante la hermosa locura y aseguré sus riendas.

—Es encantador, James.

—¿Te gusta? —preguntó esperanzado.

—Sí.

Me ayudó a bajar y caminamos hacia la estructura de piedra, subiendo los escalones hasta llegar a la plataforma. Las onduladas colinas y los exuberantes prados verdes de Chelton se extendían en todas las direcciones, salpicados de ovejas y árboles, y el tenue brillo del río fluía en la distancia. Una luz cálida tocaba las puntas de los árboles y los bordes de las colinas, poniendo un brillo anaranjado sobre los distintos tonos de verde, y pude ver cómo un pintor anhelaría pasar horas aquí, replicando la belleza natural.

—Es mágico —dije con reverencia—. Pero, lo mejor de esto, creo, es lo atento que fue de tu parte al traerme aquí.

—En realidad no fue nada —protestó—. Tú condujiste el carro, tú misma.

—Pero, tú me compraste la mula y el carro, y me enseñaste a conducirlo. Ahora tengo un escape y una manera de llegar hasta aquí sin depender de otra alma. —Envolví mis brazos alrededor de su cintura, y apoyé mi cabeza contra su pecho, contemplando la extensión de tierra deliciosa, mientras inhalaba su aroma picante—. No te merezco.

James se burló.

—Lo opuesto es verdad.

Me recliné para mirarlo a los ojos.

—Estás bromeando.

—No, lo digo en serio. No puedo entender cómo tuve tanta suerte de convertirme en tu marido, Liss. ¡Te amo cariño!

—El Cielo sabe por qué.

Sus brazos me rodearon con más fuerza.

—Creo que te he amado desde el momento en que discutiste con mi padre, en su estudio, y le suplicaste que nos permitiera probar las aguas de la sociedad, antes de contraer un compromiso oficial.

¿Amor en el segundo día de nuestra relación? Pero esa era imposible…

—Apenas me conocías.

—Pero, despertaste mi interés en la biblioteca, como bien lo sabes, y cuando le pedí a la señora Hutton una referencia de tu carácter, ella me aseguró que usted provenía de la mejor de las familias y que poseía un buen carácter. Vi la verdad de ese personaje y tus afirmaciones, que no habías estado tratando de atraparme por mi dinero, cuando luchaste contra el compromiso. Había ido a tu casa para hacer lo respetable y proteger mi apellido y el tuyo, y salí de la reunión con la confirmación que eras alguien con quien quería casarme.

Las palabras se le escaparon y traté de darle sentido al gran cumplido que me estaba haciendo. Él no me amaba, en ese entonces, pero se había dado cuenta de mi potencial. Las decisiones que había tomado cada día, desde ese momento, fueron las que llevaron a un amor robusto y sensible.

—Desperté tu interés y luego me desmayé.

—Y me di cuenta que eras honesta, desde el principio, sin cambiar nunca una frase para

hacer que tus defectos parecieran más aceptables. Fue un punto que me permitió luchar contra mis celos hacia Henry. Nunca me has mentido, Liss, y nuestro matrimonio, aunque quizás haya tenido un comienzo difícil, ha sido sólido y fuerte. Espero que solo se haga más fuerte.

Me acurruqué contra su pecho, las lágrimas cálidas llenaron mis ojos y se derramaron sobre su chaqueta.

—No llores, cariño —dijo.

¿Cómo no iba a hacerlo? Había sido bendecida con el marido más amable y generoso.

—No te merezco.

Él se burló.

—Siento lo mismo. Quizás esa humildad nos ayude para siempre… Siempre estaremos agradecidos por el amor que hemos encontrado.

—Sin duda estoy muy agradecida por ello. —Me incliné y lo besé, mientras el sol se calentaba y la niebla se derretía. Stella permanecía cerca, firme y tranquila, y no podía imaginar que nada en el mundo arruinaría la felicidad, que había encontrado con James. Mi dulce y querido esposo.

—Quizás no tengamos un matrimonio perfecto.

—No. —Estuve de acuerdo—. Pero, creo que podemos contar con que tendremos uno feliz.

Epílogo

Ocho meses después

Mi corazón se aceleró, mientras subíamos las escaleras hacia nuestro primer baile de la temporada de Londres. El señor y la señora Hutton estaban en la puerta de su salón de baile para dar la bienvenida a sus invitados, y yo miré por encima del hombro para asegurarme que Thea y Benedict se estuvieran portando bien. No me había entusiasmado la idea de actuar como acompañante de la chica durante la temporada (porque eso significaba asistir a numerosos bailes y veladas), pero quería regresar a Londres para visitar a mis padres, y lo menos que podíamos hacer era traer a Thea con nosotros.

A Lord Claverley no le había gustado mucho el cambio de circunstancias, pero esto era inevitable.

—¿Estás lista para demostrarle a la alta sociedad que felizmente no tienes hijos? —preguntó James, inclinándose tan cerca, que apenas podía escuchar su susurro en mi oído.

Mi corazón dio una pequeña punzada.

—Me encantaría estar embarazada ahora —le recordé. Mientras era obvio que no habíamos estado juntos, antes de casarnos, lo único que esperaba era que un pequeño estuviera en camino. Pero, hasta ahora no habíamos tenido tanta suerte.

Y además, me gustaba pensar que mi carácter había madurado lo suficiente, durante nuestro matrimonio, hasta el punto que ya no era una prioridad demostrar mi valía ante la sociedad. James y yo sabíamos que habíamos sido inocentes, esa noche, hace tanto tiempo en la biblioteca de los Hutton, y eso era todo lo que me importaba ahora. Gracias al amor y la aceptación de mi marido y de mí, me volví menos dependiente de la aceptación de los demás. Podría regresar a la ciudad con la cabeza en alto.

Lady Edith también creía lo mismo, de lo contrario no me habría pedido que fuera acompañante de su ahijada.

—Buenas noches, James, señora Bradwell —dijo la señora Hutton, haciendo una cortés reverencia.

La saludamos a ella y al señor Hutton.

—Permítanme presentarles a la señorita Dorothea Northcott —dije, tirando del brazo de Thea para que se pusiera a mi lado—. Y gracias por permitirnos traerla con nosotros.

—No supone ningún problema —confirmó la señora Hutton con un matiz extraño en su tono. Casi sonaba, como si estuviera luchando contra sus emociones—. Señorita Northcott, es un placer verla, querida.

—El placer es mío —dijo Thea cortésmente, haciendo una reverencia.

Benedict estaba detrás de ella, jugueteando con sus manguitos, como si no pudieran sacarlo de este salón de baile lo suficientemente rápido y aún no hubiéramos entrado. Esto era extraño, ya que su presencia nunca fue requerida. Eligió asistir con nosotros, pero actuó como un niño pequeño al que arrastran delante de los invitados de su madre para mostrar sus buenos modales.

Una vez que se completaron las presentaciones y las bienvenidas, entramos al salón de baile medio lleno, y encontramos un lugar para pararnos, a lo largo de la pared del fondo.

Thea se acurrucó a mi lado.

—Sé que no bailarás, pero tienes la intención de presentarme, ¿cierto?

—Te ayudaré en todo lo que pueda, Thea, como lo prometí.

Ella se hundió, estando un poco aliviada.

—Primero me gustaría conocer a Lord Keene y luego a Lord Hampton, si es posible.

"¿Lores?" ¿No sería eso algo elevado para ella? Me tragué mi comentario. No estaba en condiciones de juzgar.

—¿Quiénes son esas personas? ¿Cómo sabes sus nombres?

Ella se encogió de hombros un poco, lucía sin refinar.

—Tengo mis métodos.

—¡Oh, cielos! Thea. Quería ayudarte a hacer una pareja, pero, prométeme que serás prudente. Después de lo que pasó el año pasado...

Ella me miró y luego a James.

—Eso funcionó para tu beneficio, ¿no?

Apreté la mandíbula. Realmente me gustaba Thea, aunque, a veces, quería inculcarle la comprensión que le faltaba.

—Sí, pero tuve suerte que me encontraran con James y no con un canalla. También podría haber sido mi ruina.

Ella se rió un poco. El sonido fue hueco.

—Tengo la intención de permanecer irreprochable en todo mi comportamiento, Felicity. Lo prometo. Quiero conseguir a un buen marido.

Yo le creí. Tenía buen corazón, eso lo sabía incluso por nuestra corta relación.

—Es bastante imposible prometer algo así, ¿no es así, señorita Northcott? —dijo Benedict secamente.

¡Quería golpearlo con mi abanico!

Ella parpadeó inocentemente hacia él.

—¿Quiere decir que no cree que sea capaz de comportarme bien, señor Bradwell? ¡Qué impactante de tu parte! Pensé que éramos amigos.

Algo entre una risa y una carcajada salió de su garganta.

—¿Hay algo de beber aquí?

Supe que el señor Hutton guardaba su brandy en la biblioteca. James abrió la boca y le di una mirada de reprimenda para que no le revelara tanto a su hermano. Lo último que necesitábamos era que otro hombre de Bradwell se encontrara en una situación comprometedora, en la biblioteca de los Hutton, durante un baile.

Tomé a Benedict y a Thea por las mangas y los obligué a mirarme.

—Hagan lo que hagan, prométanme que ambos permanecerán en el salón de baile, toda la noche, hasta que llegue la hora de irse. ¡Deben prometerlo!

Cada uno de ellos me miró con los ojos muy abiertos y levemente perturbados, pero tuvieron la cortesía de hacer su promesa.

—Gracias.

La señora Ormiston se acercó y nos saludó con cariño. Borré de mi mente el recuerdo de su desaire breve a mi madre el año pasado. Estas actividades sociales tal vez iban a ser más difíciles de lo que esperaba. Pegué una sonrisa en mi rostro y prometí encontrarla, una vez que llegara mi madre.

—Deberíamos encontrar algunos caballeros para presentarte —le dije a Thea—. James sabrá quién es el mejor.

—Lord Keene o Lord Hampton estarán bien —dijo de nuevo.

Benedict luchó por reprimir su evidente frustración.

—Ninguno de esos hombres se adaptará mucho a nuestros propósitos aquí.

—¿Porque no soy digna de un título? —espetó Thea.

—Porque ninguno de los dos está buscando una esposa —dijo él.

Thea miró al techo como si eso le otorgara serenidad y paciencia.

—Quizás yo podría ser la mujer que les hiciera cambiar de opinión.

—Ese es un objetivo muy alto.

—Pero, no es imposible. —Benedict mordió sus palabras entre dientes casi apretados.

—¿Detecto la posibilidad que ahora hayas tomado mi advertencia como una especie de desafío?

—No me parece un gran desafío.

—¡Cielos! —dije, deteniendo sus peleas verbales. Sentí que me habían arrastrado de un lado a otro del salón—. ¿Debo verme obligada a separarlos como a escolares descarriados?

Benedict me miró fijamente, luego sacudió la cabeza y un rizo solitario cayó sobre su frente. Se pasó una mano por el cabello para volver a colocarlo en su lugar.

—Perdóname, Felicity. Me he dejado llevar. Me retiraré para evitar más interrupciones en tu velada.

—¿Vas a dejar el baile?

—No. He visto a un amigo de la vieja escuela y lo saludaré, antes que Thea pueda prender fuego a mi corbata con su mirada malvada.

Thea levantó la barbilla.

Quería preguntar si el amigo de la escuela era un señor para beneficio de Thea, pero me mordí la lengua. El disgusto de Benedict era lo suficientemente pesado como para que yo lo aumentara. Se alejó de nosotros y Thea lo vio irse. Mis ojos claramente me estaban engañando, porque parecía que algo similar al arrepentimiento se acumulaba en sus ojos.

Intenté encontrar una manera de preguntarle al respecto, cuando una pareja familiar se nos acercó, y guardé esa conversación para tenerla en otro momento.

—Buenas noches, mamá —dije, dándole un abrazo a mi madre—. ¡Papá!

Cada uno de ellos nos saludó calurosamente y me acerqué a mi esposo, mientras hablábamos con ellos. James tomó mi mano, sus dedos recorrieron suavemente los míos y escuchamos a mamá contarnos los maravillosos eventos, a los que habían asistido hasta ahora, y lo que estaba planeado para el resto de la semana. Me deslicé en la conversación, como si estuviera arrastrando una manta vieja y familiar sobre mis hombros, pero la presencia tranquilizadora de James mejoró la situación.

La visita de mis padres a Chelton había sido más corta de lo anticipado y terminó con una excursión al coto de caza, antes de viajar de regreso a Londres, y no los vimos hasta que llegamos a la ciudad, hace unos días. Siempre amaría a mi mamá y a mi papá, pero me alegré de haber comprendido ahora el estado de expectativas que razonablemente podía tener para mi relación con ellos.

El salón de baile se llenó más, a medida que pasó el tiempo, hasta que los instrumentos comenzaron a afinarse para el baile.

—La señora Ormiston nos saludó antes —le dije a mi madre—. A ella le gustaría que la encontraras, cuando tengas un momento.

Los ojos de mamá se iluminaron y me tragué la repulsión, ante el entusiasmo que mostraba por escuchar los últimos chismes, porque sin duda era por eso que su amiga deseaba hablar con ella. Era de lo único de lo que habían hablado en mi presencia.

Papá se acercó a James.

—Hijo… ¿A la sala de cartas?

James miró de mí a Thea.

—Tengo la intención de quedarme con Felicity esta noche.

Papá sonrió.

—Haz lo que quieras.

Tanto él como mi madre se fueron, y una vez más estábamos de pie junto a la pared en fila.

—Realmente, deberíamos comenzar las presentaciones —dije. No deseaba socializar, pero teníamos una tarea que cumplir y estaba decidida a realizarla.

James miró a Thea.

—¿Estás lista?

Ella respiró profundamente, sorprendiéndome un poco. Desde el primer momento en que nos conocimos, parecía valiente y fuerte, pero por la forma en que ahora le temblaba la mano, jugueteando ligeramente con la tela de su falda, casi supondría que estaba nerviosa. Tomé sus dedos y les di un suave apretón.

Thea levantó la vista y sostuvo mi mirada. Sus grandes ojos azules se agrandaron.

—No necesitas hacer nada con lo que no te sientas cómoda —dije en voz baja—. Eso incluye bailar o hablar con caballeros. Sé que Lady Edith quiere verte cómodamente establecida, pero no es un requisito que te cases al final de la temporada. Si no encuentras a un hombre, en los próximos meses, siempre habrá otro el año que viene.

Ella no respondió de inmediato, pero sostuve sus dedos y su mirada para que sintiera mi sinceridad.

—Es muy amable de tu parte, Felicity, pero es más fácil, si encuentro un marido y rápido.

—No sé por qué… —dije a la ligera, inclinándome ligeramente hacia James que estaba a mi lado—. Soy la señora de Chelton y, en lo que a mí respecta, eres bienvenida allí todo el tiempo que quieras.

—Eres demasiado agradable. —Ella me dio el más suave susurro de una sonrisa.

—Incluso te prometo mantenerte a ti y a Benedict en extremos opuestos de todo.

—¿Eso es todo? —Ella levantó levemente una ceja.

—La casa… La mesa de la cena… El gran salón… El carruaje…

Ella se rió ligeramente.

—Yo soy la señora —reiteré—. Esto se puede hacer.

Thea me apretó la mano y bajó la voz.

—Gracias, Felicity.

—Por supuesto. Ahora, busquemos un caballero para presentártelo.

—Estoy lista. —Thea asintió.

James me guiñó un ojo, me tomó de la mano y nos abrimos paso entre la multitud.

El fin.

Agradablemente perseguida

Kasey Stockton

Capítulo 1

Thea

Siempre me había creído bastante hábil para esconderme, pero esta vez me pregunté si había ido demasiado lejos con mi disfraz. La harina me espolvoreó la nariz, ocultando mis débiles pecas y mi piel pálida bajo una capa de polvo blanco y disimulando efectivamente el cabello oscuro, que se asomaba debajo de mi gorra de sirvienta. Seguramente, tenía aspecto de haber perdido en una ronda de pudín de balas y, si bien ese juego era divertido durante la Navidad, ahora era noviembre, y la cocinera no iba a estar contenta de descubrir el desastre que yo había causado.

Hornear parecía mucho más fácil cuando alguien más lo hacía. Pero cuando me pidieron que amasara la masa, se me escaparon los detalles del acto. Aunque no podría ser tan complicado. Enrolle el bulto, lo golpeé, enrollándolo un poco más…

—¡Santo Cielo! Muchacha —dijo la cocinera, regresando apresuradamente al taller. Su cabello castaño estaba escondido debajo de una gorra y un delantal atado, alrededor de su amplia cintura—. ¿Qué intentas hacerle a ese pobre pan?

—¡Amasarlo!

—Más bien, le estás dando golpes hasta matarlo —murmuró la cocinera en voz baja.

Ella me hizo a un lado con la cadera. Me recosté contra el mostrador, limpiándome la frente con el dorso de la muñeca. Solo llevaba quince días trabajando como ayudante de cocina en casa de los Fuller, pero ni siquiera ahora podía preparar adecuadamente la masa para que fermentara la levadura.

—Ponte a trabajar con esos guisantes —dijo la cocinera, señalando un balde vacío en el rincón más alejado.

—Sí, señora. —Cogí el cubo y salí.

—¡Recoge algunas remolachas! Mientras estás ahí —gritó la cocinera, a través de la puerta cerrada—. Y límpiate la cara, muchacha. ¡Te ves hecha un desastre!

Abrí la puerta para reconocer que la había escuchado.

Después de pasar los últimos años en la escuela de graduación para señoritas de la señora Moulton, me sentí extremadamente fuera de lugar en el interior de una gran casa, ayudando a preparar la cena y limpiando después de cocinar. Mi madre estaría horrorizada, si estuviera viva para verme ahora, y al pensarlo hice girar el anillo en mi dedo. Dejando a un lado las molestias, el anonimato de mi puesto actual me brindaba cierto grado de seguridad. No importaba con quién tuviera que cenar la familia Fuller, ya que nunca me encontraría cara a cara con ningún invitado suyo.

Después de hacer todo lo posible para establecer una carrera como institutriz (los niños eran demasiado pequeños y desobedientes) y luego asistente de modista (ella había apreciado mis buenos modales, pero mis puntos eran abismalmente anchos), me topé con esta oportunidad de ayudante de cocina en un mercado, en Brumley. La encontré como un signo de buena suerte, después de una racha de mala suerte. Era el mejor escondite. Nunca me descubrirían en este puesto, y la cocinera estaba decidida a enseñarme lo que necesitaba saber. Aunque parecía que ponía a prueba su paciencia la mayoría de las veces.

Ahora valoraba mi puesto actual porque solo podía depender de mí misma. Mi seguridad y mi éxito no dependían de nadie más que de mí, y no era como si pudiera romper mi propia

confianza. Era una posición cómoda, a pesar de las ronchas en mis manos y los nudillos rotos.

Mis rodillas se humedecieron en el suelo duro y frío, mientras el sol de finales de otoño calentaba mi cuello doblado. Me incliné hacia adelante y recogí los guisantes, los partí en la base de la enredadera y los dejé caer en el cubo. Los restos de polvo al amasar me hicieron cosquillas en la nariz, y levanté la parte inferior de mi delantal para limpiarme la harina de la cara.

Habían pasado casi seis meses desde que salí de mis estudios finales y salí corriendo para buscar refugio del desagradable futuro, que se avecinaba ante mí. En ese momento, todavía no había encontrado una situación tan feliz como esta, lo que tal vez fuera un peor reflejo de mis dos posiciones anteriores, que un elogio por la misma. Los gestos de la cocinera eran duros y el trabajo era agotador. Me quedaba dormida todas las noches, antes que mi cabeza llegara a la almohada, y mis manos se estaban volviendo lentamente de cuero. Sin embargo, los breves momentos al aire libre como este eran pequeñas fortunas que podía guardar para ayudarme durante los largos días.

Me arrodillé en el huerto. El sol golpeaba mi espalda y calentaba mi piel, a través del tosco vestido de doncella que debía usar. El uniforme estaba muy lejos de los lujosos vestidos de fiesta y las medias de seda, a los que estaba acostumbrada, pero valía la pena sacrificar las galas por una vida que pudiera considerar mía.

No tenía la intención de seguir siendo una sirvienta para siempre, solo me quedaría el tiempo suficiente para conocer a un hombre y labrarme un futuro de mi propia elección. Aunque conocer hombres parecía cada vez más difícil en esta posición. Quizás mis objetivos se lograrían mejor, si encontrara un puesto como dependienta o asistente, siempre y cuando, ese trabajo no requiriera costura.

Mis padres habían echado a perder cualquier deseo de reclamar a un caballero como marido. En mi experiencia, los caballeros eran la peor de las criaturas, y yo sería mucho más feliz con un hombre humilde.

Los cascos golpeaban el camino, lleno de gente, que bordeaba el jardín. Un muro de piedra seca me separaba de la vía, pero aún así me agaché para evitar la nube de polvo, que pronto se elevaría en mi dirección. El caballero montado en el caballo vestía un traje decente de gala y un ceño fruncido estropeaba su hermoso rostro... *"¡Oh, Santo Cielo!"* Un escalofrío me recorrió cuando mi mirada se posó en su rostro familiar. Yo lo conocía.

O este hombre era Benedict Bradwell, o el sol me había jugado una mala pasada al asignarle el rostro del último hombre en Inglaterra al que deseaba volver a ver. Un hombre al que había empezado a llamar guapo, incluso. Mi cerebro merecía un lavado con jabón por albergar tal pensamiento.

Su mirada aburrida se posó en mí, y antes que pudiera esconderme detrás del muro de piedra para cubrirme, el reconocimiento iluminó sus ojos azules.

"¡Maldita sea!" Él me había visto. Escuché el golpeteo de los cascos de su caballo desvanecerse un poco por el camino, agarré el cubo con fuerza y esperé que continuara su camino. Para mi consternación, el caballo aminoró la marcha. Oí a Benedict dar la vuelta, pero no pude mirarlo. Si me descubriera (para confirmar que realmente era yo, a quien vio con el vestido de doncella desaliñado, inclinado sobre un jardín), me sacaría de mi situación segura en Brumley, y me depositaría en la casa de mi lascivo acompañante. O, peor aún, Benedict me llevaría a casa con él.

Me puse de pie de un salto, y corrí hacia la casa con la alarma en el estómago y encendiendo fuego bajo mis rápidos pasos. Benedict dijo mi nombre, lo que me hizo correr más rápido. Entré de golpe en la cocina. La cocinera se sobresaltó, y levantó la vista desde donde

estaba, ya que se encontraba dando forma a la masa para hacer panes.

—No permitiremos nada de eso, ahora —dijo, frunciendo el ceño.

—Por supuesto, señora. —Mi corazón se aceleró y mis mejillas se sonrojaron. Seguramente, Benedict no me seguiría a la cocina de la casa de un extraño.

Me moví a la esquina de la mesa de trabajo. Comencé a pelar las vainas y a separar los guisantes de las cáscaras, mientras mi corazón hacía todo lo posible por latir directamente fuera de mi pecho.

La puerta sonó con un golpe rápido y la cocinera la miró con el ceño fruncido. *"¿Me siguió?"* Presa del pánico, me acerqué a la mesa. Mientras ella giraba la cabeza, tomé un puñado de harina y me lo arrojé a la cara.

Tosí. Un polvo arenoso se coló en mis fosas nasales, secándome la piel, y parpadeé para quitarme el exceso de los ojos. Me concentré nuevamente en mi tarea de separar los guisantes, manteniendo la mirada baja.

Un golpe fuerte volvió a hacer temblar la puerta y la cocinera se apresuró a abrir. Lo hizo y respiró sorprendida. Tenía que admitir que Benedict podía lucir una figura elegante, cuando así lo deseaba, pero la falta de aliento de la cocinera parecía desleal de todos modos.

—Esta no es la entrada principal, señor —dijo, como si Benedict hubiera venido a llamar, y hubiera confundido nuestra pequeña puerta con el camino de entrada a la casa.

Bajé la mirada hacia los guisantes en mis manos, en constante movimiento, deseando que él se fuera. Por supuesto, él no obedeció mis súplicas internas. No es que esperara que él hiciera cualquier cosa que le pidiera.

—Estoy buscando a la señorita Northcott. —Su voz profunda y tranquila retumbó por la habitación, provocándome un cosquilleo en la nuca.

—No hay nadie aquí con ese nombre.

¡Cielos! Me alegré de haber pensado en darles un nombre falso a mis empleadores.

—¿No es ella la que está ahí? —Benedict debió haber hecho un gesto hacia mí, porque yo era la única otra persona presente—. La señorita Dorothea Northcott.

—No señor. Esa es nuestra Mary.

¡Bendita cocinera y su repentina confusión! Sonaba como si hablara con afecto, y Benedict no creería a nadie capaz de sentir esa emoción hacia mí.

Me arriesgué a mirar hacia arriba y encontré a Benedict analizándome. Sus ojos se abrieron cuando llegaron a mi cara cubierta de harina. Reflejó una mirada inquisitiva, y esperé que significara que estaba dudando de sí mismo, y no de la rareza de encontrarme cubierta de polvo blanco.

—Thea —dijo, llamándome. Luché contra el impulso de reaccionar, ante la forma abreviada de mi nombre de pila. Había pasado tanto tiempo desde que lo escuché. Años, de hecho. Era una conexión con mis padres perdidos y con la madre de Benedict, Lady Edith, mi madrina, quien me había acogido bajo su protección y me había dado un hogar poco después de la muerte de mi madre.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó.

La cocinera me miró, y una expresión de sorpresa apareció en su rostro. *"Por favor, no comentes sobre mis mejillas harinosas*". Ella parecía que se sacudía.

—¿Puedo ayudarlo con algo más, señor? —le preguntó, aparentemente terminando sus tonterías en la cocina—. Esta no es la mujer que usted busca.

La mandíbula de Benedict se flexionó. Miró de mí a la cocinera.

—No… Se lo agradezco. Parece que me he equivocado. —Levantó su mirada hacia mí—.

Las dejaré en paz.

La expresión de su rostro decía lo contrario de sus palabras, y de repente estuve muy segura que no tenía tales intenciones.

La puerta se cerró detrás de él, cuando la cocinera dejó escapar una extraña burla.

—Algunos hombres piensan que todas las mujeres tienen el mismo aspecto. Seguro que tienes el mismo color de pelo que Dorothea Northcott y nada más en común.

—Más que probable. —Estuve de acuerdo.

Ella regresó a los panes, mirando desde mi cubo de guisantes hasta el mostrador de trabajo entre nosotras.

—¿Dónde están mis remolachas?

Luché contra una sonrisa. Fue un alivio que la cocinera pudiera seguir adelante con tanta rapidez, porque eso significaba que no tenía ninguna sospecha que Benedict sabía a quién estaba mirando.

—Las olvidé.

—Bueno, tráelas, muchacha.

No lo iba hacer hasta que Benedict se hubiera alejado lejos, muy lejos.

—Por supuesto. Ya casi termino con estos guisantes.

Ella carraspeó.

Ordené a mis dedos que disminuyeran la velocidad. Cogí las vainas, una a una, y las abrí, sacando los guisantes con una lentitud exagerada. Las ventanas colocadas en lo alto de las paredes no estaban orientadas en la dirección adecuada para que yo pudiera ver a Benedict alejarse, así que tendría que contentarme con darle suficiente tiempo para irse.

Casi media hora después, la cocinera golpeó su mano contra la mesa de madera, sobresaltándome.

—Date prisa, muchacha.

—Estoy casi lista. Solo me quedan dos. —Las desgrané a ambas rápidamente y empujé el cuenco de guisantes hacia la cocinera, luego recogí las tripas en mi delantal para depositarlas en el abono exterior. El sol brillaba en mis ojos y levanté la mano para protegerlos, mientras tiraba las vainas de guisantes, y luego caminaba por el huerto hacia las remolachas.

—Comenzaba a preguntarme si me vería obligado a esperar aquí durante horas. —La voz profunda vino detrás de mí, y aunque supe de inmediato que pertenecía a Benedict, la repentina cercanía me sobresaltó y salté.

"¿Obligado a esperar aquí durante horas?" Realmente no podía creer que saliera con el propósito expreso de hablar con él. Le lancé una mirada por encima del hombro, agradecida de no haberme limpiado todavía la harina de la cara.

—Soy Mary —dije, fingiendo el acento más bajo que pude reunir—. No conozco a la mujer que estás buscando. ¡No soy yo!

Sus labios planos demostraron lo poco que me creía.

—¿Qué te pasa, Thea? Has preocupado hasta la muerte a mi madre y, si no tienes cuidado, también incitarás todo tipo de rumores.

Mi estómago se apretó por la incomodidad. ¿Mi miedo a enfrentar una mala reputación no era parte de la razón por la que había huido? Nunca fue mi intención añadir más escándalo a mi nombre. Mis padres ya habían hecho suficiente por mí. Pero no permitiría que Benedict me desequilibrara ahora. Me mantuve firme.

—De verdad, señor. No soy esa señorita Northcott de la que usted habla.

—¡Diablo, tómala! —Se pasó una mano por la cara y su pecho se agitaba por la frustración

—. Un poco de polvo blanco no te ocultará de mí. ¡Suelta la fachada! Sé que eres tú.

Según entendí esta situación, ahora tenía dos opciones: podía admitir la verdad, o seguir fingiendo que no sabía lo que quería decir hasta que él comenzara a dudar de sí mismo, y me dejara.

Ciertamente, para empezar, nunca tuve elección. No había ninguna situación en este mundo que me incitara a permitir que Benedict ganara.

—Es harina, señor, y no es un disfraz. Es producto de mi ocupación. Debes estar en camino ahora o mi jefa llegará pronto, y seguramente te denunciará al oficial.

—¿Por estar de pie en el jardín?

—Por molestar a su ayudante de cocina.

—Estoy en lo cierto. Fuiste y encontraste un puesto. —Él se burló—. Nunca me di cuenta que eras capaz de realizar ese trabajo, Thea. Aunque supongo que sientes la necesidad de agotarte diariamente para cubrir la culpa que seguramente debes sentir.

—No tengo ninguna culpa, señor.

—Por supuesto que no —murmuró—. Primero tendrías que poseer un corazón.

Eso me dolió un poco. Intenté no pensar en su madre y en lo que mi ausencia le había hecho. La verdad es que no había pensado mucho en Lady Edith ni en lo que ella pensaría. Fue una sorpresa saber que esto la había afectado en gran medida.

—Sigue tu camino, Ben… —"*¡Oh, no!*" Él me tenía ahora. Me apresuré a cubrir mi error —. Sigue tu camino, por favor. No tengo nada más que decirte.

El brillo en sus ojos demostró que no había podido ocultar mi error lo suficientemente bien. Era hora de una distracción. Caminé por el jardín y me arrodillé, sacando remolachas de la tierra y amontonándolas en la parte inferior de mi delantal. Benedict me observó en silencio, mientras yo trabajaba. Su atención era desconcertante. Cuando me levanté de nuevo, lo hice con una determinación renovada de alejar al hombre de Brumley.

La mano de Benedict en mi brazo me impidió suavemente escapar. Contuve la respiración, consciente de la calidez que impregnaba su toque. Probablemente fue el calor de la ira hirviente que se transfirió de su mano a mi brazo, pero de todos modos me hizo detenerme.

—No te presionaré más hoy, Thea. Pero debes saber estas dos cosas: no dejaré Brumley hasta que aceptes venir conmigo, y nunca podrás engañarme, haciéndome creer que eres otra persona.

No dije nada en respuesta a esta audaz declaración. ¿Cuál sería el punto? Implicaba una profundidad de intimidad que no pude validar. Me había pillado, casi llamándolo por su nombre, así que ambos sabíamos exactamente quién era yo.

Sin embargo, yo era demasiado testaruda para admitir la derrota de una manera tan directa.

—Entonces, espero que usted encuentre un alojamiento cómodo. Si está esperando a que vaya con usted, no volverá a abandonar Brumley, nunca más.

Dejó caer mi brazo y su boca se esbozó en una media sonrisa. Miró hacia la casa alta que se alzaba detrás de nosotros.

—Esta es la residencia de los Fuller, ¿no?

Un miedo frío se acumuló en mi estómago. Estábamos en Leicestershire, a millas de York, donde anteriormente había asistido a la escuela, y aún más lejos de la casa de Benedict en Cumberland. *"¿Cómo diablos, él conoce a una familia elegante de Brumley?"*

Su sonrisa era de serpiente y frustrante.

—Prefiero pensar que simplemente me quedaré aquí.

Capítulo 2

Thea

No volví a ver a Benedict durante el resto del día, pero cuando los lacayos bajaron a buscar los platos de la cena para los Fuller, estaban exasperados.

—Hay una incorporación tardía para cenar —dijo Tom—. Un caballero.

Benedict. Debía ser él. ¿Cómo lo había logrado? Cuando supo el nombre de mis empleadores, me sorprendí. Pero, ¿que los conocía lo suficiente como para recibir una invitación para quedarse? Eso rayaba en lo ridículo.

No había nada que hacer. Necesitaba escapar en medio de la noche.

¿Pero a dónde iría?

—¿Cómo es el caballero? —le pregunté a Tom, mientras la cocinera corría como loca por la cocina para asegurarse que la sopera tuviera suficiente sopa y los platos contaran con pan y jamón.

—Muchacho alto —replicó Tom—. Pelo rizado. Por el aspecto de su ropa, proviene del dinero.

Sonaba como Benedict. Apreté los dientes. Si él estaba cenando, eso me daba tiempo suficiente para limpiar el resto de la cocina y empacar mis miserables pertenencias, antes de poder escapar. Miré a la cocinera. Su expresión acosada tiró de mi corazón. No podía dejarla sin previo aviso, no cuando tenía tantas tareas y nadie más para ayudarla. Abandonarla ahora estaría fuera de lo común.

Una vez que los lacayos se fueron y el silencio volvió a invadir la cocina, la cocinera me miró y frunció sus cejas marrones.

—Todavía tienes harina en la cara.

—Me limpiaré. —Lo haría afuera, tal vez, después que tuviera la oportunidad de recoger mis pertenencias. Si pudiera decidirme a dejar esta casa.

Ella miró la olla llena de sopa y los demás platos que esperaban ser limpiados.

—Sí, una vez que hayas solucionado este desastre.

—Por supuesto, cocinera. —Esto era de esperarse. Limpiar los platos era difícil, requería mucho tiempo y era la tarea que menos me gustaba. Mi mejor educación se manifestó de manera más atroz en mi incompetente fregado de cacerolas.

La cocinera me dejó atendiendo los platos sucios, mientras ella tomaba un sorbo de té en la mesa larga y luego se fue a la cama. Caminaba con el andar lento de una mujer que había estado demasiado tiempo de pie durante muchos años.

La comida de arriba había terminado hacía mucho tiempo, y ahora yo estaba sola. Este era el único momento en el que podía relajarme por completo, a pesar de la montaña de platos sucios, que se alzaba ante mí. El señor y la señora Fuller nunca pedían nada después de la cena, y sus comidas (para una familia elegante) transcurrían afortunadamente sin fanfarrias. Eso tenía el potencial de cambiar, si Benedict tenía la intención de quedarse por mucho tiempo. En mis quince días de trabajo aquí, todavía no había trabajado en una cena, donde los Fuller tuvieran alguien para cenar, hasta esta noche.

Miré al techo y fruncí el ceño.

¿Por qué él entre todas las personas? ¿Por qué Benedict Blockhead Bradwell tuvo que pasar por el jardín en el preciso momento en que yo estaba allí? No pude apreciar la intervención del

destino aquí. Pero aún más extraña fue la obstinada insistencia del hombre en llevarme a casa con él. A pesar que su madre, Lady Edith, me acogió y me dio un hogar, cuando regresé a Inglaterra, ella no tenía ninguna obligación legal conmigo. Cuando mi madre murió, un año después de la muerte de mi padre, me enviaron inmediatamente con mi tío, quien me rechazó, enviándome a la casa de mi madrina: Lady Edith. Ella me había acogido, dándome una familia y un hogar, pero no tenía ninguna responsabilidad sobre mí. No, la única persona que tenía algún derecho sobre mí era mi tutor legal, el tío Northcott, a quien poco le importaba dónde estaba o cómo me las arreglaba. Estaba sola en el mundo, haciendo mi propio camino de la manera que quería.

Metí un cuenco en el lavabo con demasiado entusiasmo y el agua jabonosa me salpicó la cara. Goteó de mis mejillas sobre mi delantal en pegotes, el agua se mezcló con la harina residual en mi piel y formó una pasta jabonosa. Las ventanas oscuras y la cocina silenciosa demostraban que era tarde y agradecí no tener audiencia. Los lacayos ya habían entrado y salido, entregando los platos sucios de la comida y se estaban acostando.

Llené un recipiente con agua fresca de la bomba y mojé un trapo limpio en el mismo, trabajando meticulosamente para quitar la sustancia pastosa. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿A quién estaba tratando de engañar? Yo no estaba hecha para trabajar en la cocina. Un marido gentil y adecuado no era una opción para mí, y nunca conseguiría un esposo decente, en las entrañas de la casa de los Fuller, tal vez un granjero o el dueño de una tienda.

Una sombra oscureció mi visión periférica. Benedict se apoyó perezosamente contra la pared y mis defensas internas se elevaron de inmediato, como si mi cuerpo mismo se estuviera preparando para la batalla inminente.

Mis hombros se tensaron y adopté una horrible interpretación de un acento de baja cuna.

—No debería estar aquí abajo, señor. Si usted tiene alguna petición de la cocina, debería tocar el timbre.

—Parecería extraño si llamo para pedir ayuda, y pido que me traigan a la criada de la cocina, ¿no es así?

Le envié una mirada fulminante.

—No importaría mucho, porque nunca acudiría a ti.

—¿Rechazarías a un huésped en la casa de tu amo? ¿No es el objetivo de una criada servir?

Me tragué el disgusto que crecía en mi pecho. Y pensar que en algún momento sentí algo de ternura por este hombre tan repulsivo.

—¿Qué necesitas, Benedict?

La sorpresa pasó por su rostro, seguida rápidamente por el alivio.

—Entonces, ¿dejaste caer la fachada?

—Es obvio que sabes quién soy. He hecho todo lo posible para esconderme, por lo que parece un truco del destino bastante cruel que te hayas topado conmigo. Lo que es menos obvio es por qué te quedas. Excepto que me doy cuenta de cuánto te deleitas en irritarme. —Bajé la voz —. No importa. Quizás tus razones para no dejarme en paz sean claras, después de todo.

Él se enderezó, ignorando mi broma.

—No me topé contigo, Thea. O mejor dicho, lo hice, pero solo después de buscar por todo el campo devastado. Mi búsqueda me llevó a Brumley hace casi una semana, pero encontrarte fue otra cuestión.

¿Había estado buscándome? ¡Eso no podía ser cierto!

Volví mi atención a mi actividad de fregar los platos. Necesitaba seguir trabajando, o estaría en la cocina toda la noche.

—¿Esperas que crea que te has esforzado por encontrarme?

—Es la verdad. Aunque no es necesario que sospeches tanto. No lo hice por la bondad de mi corazón.

—Bueno, por supuesto que no. Primero necesitarías poseer algo de esa bondad.

Benedict sacudió la cabeza y se frotó la cara con la palma.

—Me lo merecía. Debes saber que me arrepentí de mis duras palabras del jardín tan pronto como salieron de mis labios. He estado buscándote durante meses, siguiendo todo tipo de consejos de tus amigos y conocidos que me llevaron a callejones sin salida, y he estado dispuesto a rendirme.

La culpa se deslizó hasta mi estómago y se enroscó, apretándolo, y me concentré en fregar una sopera particularmente crujiente. Honestamente, no me había dado cuenta que a alguien le importaría mi ausencia lo suficiente como para requerir tal búsqueda. Cualquiera excepto Lord Claverley, por supuesto.

Me quedé quieta, mirando a los ojos azules de Benedict.

—¿Quién te envió? —Si mencionara a su primo por su nombre, estaría muy tentada de echarle agua con jabón.

—Nadie.

—Pero, tú dijiste…

Sus ojos azules se centraron en mí, aunque parecía mantener deliberadamente una actitud casual.

—No te busqué por la bondad de mi corazón, pero nadie me envió. Mi madre ha estado muy preocupada desde que recibimos la noticia de la señora Moulton que dejaste su escuela. Mamá no entendió por qué no pudiste buscar el refugio que necesitabas con ella, y aunque es demasiado educada para decirlo en voz alta, estoy seguro que me culpa por ello.

Si eso fuera cierto, Lady Edith no estaría del todo equivocada. Pero eso no fue todo. Me aclaré la garganta.

—En ese caso, tus motivos fueron mucho más egoístas de lo que dejaste ver. ¡Como siempre!

—¿Encontrarte para complacer a mi madre?

—Encontrarme para apaciguar tu culpa.

Se apoyó en el mostrador a mi lado, cruzando los brazos sobre el pecho. Su frente se arrugó.

—Supongo que no te equivocas, aunque me gustaría pensar que mi incesante caza ha sido más altruista que egoísta. No puedo negar que mi culpa me impulsó a actuar.

Era mucho más difícil permanecer enojada con este lado de Benedict. Los momentos raramente vistos, en los que él bajaba su espada, y estaba dispuesto a participar en una conversación racional fueron los únicos en los que no quería pisotearle el pie y gritar mi frustración.

Sí, aunque esta fue una respuesta infantil. Nos conocimos siendo niños, y no creo que nuestra relación haya madurado mucho más allá de eso.

—¿Volverás a Chelton conmigo? —preguntó—. Mi madre estaría feliz de verte. James se ha casado ahora, por lo que hay otra mujer joven en la residencia. Ella te gustará.

El cuadro que pintó era tentador. Me dolían las manos por el incesante fregado de platos, el agua caliente, el amasado, el trabajo en el huerto y todas las demás tareas que se me exigían. El cansancio se deslizó por mis hombros, inclinándolos hacia adelante en señal de derrota. Sin embargo, esta era una situación imposible. Si regresaba a Chelton, me entregarían a Lord Claverley, y eso estaba fuera de discusión.

—No me puedo ir. ¡Tengo un puesto aquí! La gente depende de mí.

—Con un nombre falso —afirmó—. Seguramente, nunca podrían rastrearte hasta Chelton.

—Eso es poco probable, sí, pero no sería correcto dejarlos sin previo aviso. —Me aclaré la garganta—. Lo cual importa poco, de todos modos. No tengo intención de irme. ¡Estoy contenta aquí!

Él se burló.

—Estoy… —insistí—. Es un buen trabajo. Permanezco en la cocina la mayor parte del tiempo, así que nadie en la casa me conoce realmente, y estoy…

—¿Sí?

Saqué la palabra, arrancándola como un pájaro liberado.

—Segura… Me siento segura aquí.

—¡Oh! Thea. Estarías a salvo en Chelton. ¡Es casi una fortaleza!

Negué con la cabeza. No pude explicarle mis numerosas razones para encontrar seguridad en una cocina de Leicestershire, porque él no entendería ninguna de ellas. Y mucho menos la forma en que los dedos regordetes de Lord Claverley habían recorrido la cinta de mi vestido, y me habían helado el pecho durante mi última cena en Chelton, antes de irme a la escuela. Esa inquietante experiencia había ocurrido en un salón, mientras estaba rodeada de otras personas. ¿Cómo se comportaría el conde en la intimidad de su propia casa, sin compañía? Sabía cómo actuaban los hombres de su calaña. Había visto a mi padre actuar de la misma manera, y sus amigos no eran diferentes.

¡Quería un marido! Un marido humilde. Estos no se encontraban en los salones de baile de Londres ni en el comedor de Lord Claverley. Agradecí los esfuerzos de Lady Edith, incluso cuando se había tomado la molestia de conseguir que Lord y Lady Claverley me acompañaran durante la temporada. Sin embargo, nunca podría aceptar esa generosidad, no cuando me llevaría a una vida encadenada.

—No te corresponde a ti entenderlo, Benedict —dije finalmente.

—Eso está muy claro.

—¿Entonces guardarás mi secreto? ¿No le dirás a nadie mi ubicación?

—Pero… —Se movió para discutir.

—Puedes decirle a Lady Edith que estoy a salvo y contenta. Esperaba que mi carta a la señora Moulton lograra eso. Me gustaría que ella se sintiera cómoda.

—Eso no es suficiente. Ella no será feliz hasta que haya visto con sus propios ojos que estás sana y salva. ¿Sabías que mandó llamar a la señora Moulton y la llevó a Chelton para poder interrogarla en persona? —Su rostro se tensó.

Jadeé levemente. Eso me pareció excesivo… excepto que Lady Edith no podía viajar en carruaje sin enfermarse gravemente. Esa enfermedad la afectaba mucho. Podía entender que la mejor opción para Lady Edith fuera llamar a mi directora, aunque lo encontré innecesario y en gran medida excesivo.

—Dejé una nota para que nadie se preocupara.

Los labios de Benedict se convirtieron en una sonrisa irónica.

—Quizás la vaguedad de tu nota solo hizo que se preocuparan más.

Me incliné hacia delante y apoyé los codos en el borde de la mesa de trabajo. Había hecho un desastre con las cosas. ¿Cómo iba a solucionar esto? De todas las personas, yo nunca había deseado lastimar a Lady Edith.

Miré a Benedict.

—¿Crees que ella quedará satisfecha, si me ve en persona, y puede comprobar por sí misma

que estoy bien?

—Sí. —Él se enderezó.

—Si voy contigo, perderé mi puesto.

—No necesitarás uno, si vienes conmigo.

Sacudí la cabeza, manteniéndome erguida y sosteniendo sus ojos azules de demonio, él era guapo, pero peligroso.

—Podría considerar un viaje a Chelton para aliviar la preocupación de tu madre, pero no tengo intención de quedarme allí.

—¿Por qué todo debe ser tan difícil para ti? —Su expresión se endureció.

"¿Difícil? ¿Por qué él debe pelear conmigo en todo momento?"

Benedict se acercó a mí, con la mano agarrada a la encimera y su mirada ardiente fija en mí. Yo también lo miré. Mi mano enjabonada sostenía el recipiente sobre el lavabo para limpiarlo y la otra goteaba agua en el suelo. Nuestros pechos se agitaron al mismo tiempo, y me pregunté si sería sensato aceptar viajar a cualquier parte con este hombre.

Habló como si sus palabras salieran de una mandíbula tensa.

—Si espero a que resuelvas tu aviso a tus empleadores, ¿vendrás conmigo a Chelton y hablarás con mi madre? Nadie exigirá que permanezcas allí para siempre, pero seguramente estarás abierta a la perspectiva de permanecer bajo su cuidado.

"¿Bajo su cuidado? ¿O el del maldito primo libertino de Benedict, Lord Claverley?"

—Puedo estar de acuerdo con eso. —Respiré y asentí.

—Bueno. —Sus hombros estaban visiblemente desinflados.

—Iré contigo —aclaré—. Con una condición.

Capítulo 3

Benedict

Debería haber sabido que Thea nunca haría nada tan fácil como simplemente aceptar y dejar las cosas así. Apreté la mandíbula y ordené a mi paciencia que aguantara, estirada y delgada como estaba. Thea cuadró los hombros y me miró con sus redondos ojos azules, como si fuera tan alta y poderosa como yo, en lugar de un pedacito de algo que fácilmente podría arrojar sobre mi hombro y sacar de esta habitación si quisiera.

La imagen mental que me proporcionó fue entretenida, y estaba seguro que si seguía ese método particular para devolver a Thea, a mi madre, tendría moretones y rasguños que demostrarían su temperamento luchador. Convencerla para que viniera sola sería mucho mejor para los dos. Volví a concentrarme en la tarea que tenía entre manos.

Los nudillos de Thea parecían furiosamente rojos y el perímetro de su delgada cara todavía estaba cubierto de harina. Parecía como si se hubiera saltado algunas comidas y las sombras bajo sus ojos evidenciaban su falta de sueño. Quería mojar su trapo y limpiar el resto del polvo blanco de sus sienes y barbilla, pero ella sin duda interpretaría mis acciones, en el sentido que de alguna manera tenía malas intenciones de algún tipo. Ella era puramente incapaz de ver algo bueno en mí. Sin embargo, en lugar de permitir que eso me doliera, fortifiqué el muro alrededor de mi corazón.

Si Thea estaba ofreciendo condiciones, eso significaba que estaba dispuesta a negociar. Estaba a medio camino de alcanzar mi objetivo.

—¿Cuál es esa condición? —le pregunté.

—Me niego a ir a la casa de Lord Claverley.

Esa era una petición extraña.

—Él y su esposa deben acompañarte durante la temporada.

—Lo he mencionado una y otra vez: ¡no deseo eso! No regresaré a Chelton, si tu madre tiene la intención de enviarme directamente a Lord Claverley.

¿Tenía la autoridad para prometer tal cosa? Yo era el menor de tres hijos, el hombre con menor autoridad en mi casa. Mi madre, Lady Edith, había dirigido nuestra familia con precisión y total poder desde la muerte de mi padre, y no se podía discutir con ella. Sin embargo, fue fácil permitirle que gobernara nuestras vidas, ya que parecía acertar la mayor parte del tiempo en sus decisiones.

Después de más de un mes de buscar a Thea, estaba dispuesto a prometerle casi cualquier cosa para que aceptara venir conmigo. Su rostro era demasiado delgado, sus ojos lucían muy cansados y, a pesar de su capacidad para arrastrarse bajo mi piel, sentí que necesitaba descanso y comidas regulares por encima de todo, y pronto.

—Haré todo lo que esté en mi poder para que así sea.

—No —dijo con calma. De hecho, con tanta serenidad que se me pusieron los pelos de punta—. Eso no es suficientemente bueno. Debes prometerme que no me obligarán a abandonar Chelton ni a quedarme.

¿Buscaba la independencia? ¿No se dio cuenta que ya la poseía? Había una razón por la que no me había presentado en casa de los Fuller, esta noche, con un oficial para obligarla a obedecer. Ella tenía que venir por su propia voluntad. Suavicé mi voz:

—Tienes veinte años, Thea. Casi has alcanzado la mayoría de edad. ¿Alguien tiene el poder

de obligarte a hacer algo?

Sus ojos redondos se abrieron, dándole la apariencia de una muñeca de porcelana asustada. ¿No había considerado ella ese punto antes? Fue la misma razón por la que pudo dejar la escuela y encontrar empleo, y no podíamos hacer nada legalmente para detenerla.

El único hombre que tenía tal poder sobre Thea no estaba en lo más mínimo inclinado a usarlo. A su tío poco le importaba lo que ella hiciera, o a dónde se fuera, y su poder disminuiría cuando Thea cumpliera veintiún años.

Cuando su expresión se endureció, añoré a la Thea de antes. Antes, ella había ido a la escuela y yo a Cambridge. Era la chica que reía con facilidad, no la mujer que se preocupaba por su futuro. Por supuesto, ella nunca se había reído mucho conmigo. Pero eso no me impidió escuchar a menudo sus sonidos melódicos en los pasillos y salas de Chelton, y luego extrañarlos, una vez que desaparecían.

Quería saber qué había pasado, entender las razones de este cambio en su comportamiento. La línea del cabello cubierta de harina y los nudillos secos y en carne viva eran un testimonio de cuán profundamente desdeñaba el futuro, que su madre había moldeado para ella.

—¿Es realmente tan desagradable para ti asistir a la temporada?

—¿La temporada? No, no es desagradable. Disfruto bailando y usando vestidos preciosos. Sin embargo… ¿estar bajo el control de Lord Claverley? ¡Sí! Eso realmente es muy desagradable.

Algo le había pasado. Había especulado sobre ello antes, pero ahora lo sabía.

—¿Qué te hizo?

—Nada.

—Thea…

—En verdad, nada. —Sacudió la cabeza y volvió a centrar su atención en el plato de sopa sucio. Pude ver cómo tenía que cambiar su enfoque cuando ocultaba algo—. No me gusta el hombre. ¡Eso es todo! Yo soy superficial y grosera.

No solo estaba ocultando algo sino que de alguna manera también estaba protegiendo a Claverley al mantener este secreto. Conociendo a Thea, tenía sus razones, por equivocadas que fueran.

—Entonces, no debes decírmelo, a menos que así lo decidas.

Levantó la vista de nuevo y luché contra el impulso de limpiarle la mejilla donde se le había escapado una gota de algo.

—Entonces, ¿tenemos un trato?

Nunca en mi vida hubiera pensado que estaría en la cocina de una gran casa de campo en Leicestershire, cerrando un trato con Thea Northcott por el cual me comprometería a protegerla. Ella siempre había parecido del tipo capaz de protegerse a sí misma. Pero hizo bien en obligarme a estar a su lado ahora, porque mi madre no quería nada más que conseguir una pareja decente para Thea, y Lord Claverley era su boleto para lograrlo.

—Sí, tenemos un trato. —Aunque esperaba que mi madre no se enfadara demasiado conmigo, y ella siguió—, ¡júralo!

—Muy bien. ¡Te lo juro! Thea, si vienes conmigo a Chelton, me aseguraré que quedes fuera del acuerdo relativo a Lord Claverley, y no te exijamos que vayas a su casa en Cumberland ni a su casa en Londres. —Di un suspiro exasperado.

—Gracias. —Ella volvió a desviar su atención con las manos rojas por el calor del agua y la acidez del jabón.

Nunca antes había lavado platos, pero ahora estuve tentado de ofrecer mi ayuda.

—Necesitaré tiempo para dar mi aviso —dijo, concentrándose en su tarea—. Una semana, o tal vez quince días. ¡Esto es lo justo!

"¿Aviso? Claro que sí". Por ridícula que fuera su posición, no podía dejarlos sin ayuda, tal como había dicho.

—Entonces, me iré y regresaré por ti en quince días. Le escribiré a mi madre y le diré cuánto nos esperará para que deje de preocuparse.

Thea asintió suavemente, pero pude ver la derrota en sus labios caídos y no me dio la satisfacción que había supuesto.

—Deberías irte, antes que alguien más pase por aquí. El ayuda de cámara del señor Fuller aún no ha bajado —suspiró.

—Tienes mucha razón. —Me moví para alejarme, pero Thea me detuvo al pie de las escaleras de servicio y me llamó por mi nombre.

—¿Sí? —le pregunté.

—Mencionaste que regresarías por mí cuando llegue el momento de ir a Chelton. ¿No te quedarás aquí quince días?

No pude evitar la sonrisa que apareció en mis labios, a pesar que intenté reprimirla. Conocía a la familia Fuller, después de encontrarlos en la casa del vicario en Brumley hace unos días, lo cual fue nada menos que suerte. Conseguir una invitación para cenar había sido bastante fácil, después de mencionar mi pasión compartida por la caza al señor Fuller esa tarde, cuando lo visité, y él me había deleitado con sus propias historias. Luego, por supuesto, fingir que había bebido demasiado, durante la cena, considerándome no apto para montar había logrado mi invitación para pasar la noche. Pero no permitiría que Thea supiera lo duro que me vi obligado a trabajar para tener la oportunidad de hablar con ella tan abiertamente.

Por muy amables que hayan sido el señor y la señora Fuller, no podía alargar mi estancia a una semana ni mucho menos por quince días.

Ninguna de esas explicaciones saldría de mis labios. Me conformé con decirle:

—Tengo otros asuntos que atender. —Era cierto, necesitaba conseguir un carruaje y un acompañante para recorrer todo el viaje desde aquí hasta Cumberland—. Si me necesitas, antes de quince días, puedes enviar una nota a Horse and Crown. Revisaré periódicamente, si hay alguna carta.

Ella asintió.

La dejé atrás con una palangana llena de platos (yo había ensuciado algunos durante la cena) y sentí un tirón en el estómago por volver al lado de Thea, y aliviar su carga. Cualquiera que fuera ese impulso, necesitaba aplastarlo de inmediato. No era algo que estuviera acostumbrado a sentir con Thea, y haría bien en recordarlo.

A veces, ella era una mujer diabólica.

Una sonrisa curvó mis labios, mientras me dirigía a mi dormitorio. El alivio fluyó a través de mí, como la corriente de un río veloz, calentando y calmando mi cuerpo cansado. ¡Por fin la había encontrado!

* * *

Permanecí en Brumley la semana siguiente. Comprar un carruaje resultó difícil, pero encontré a una mujer en Upper Trumby que estaba dispuesta a prestármelo, siempre que se lo devolviera y le pagara por usarlo. Me ofreció a su hijo mayor para que lo condujera por mí con una tarifa adicional y, aunque el precio era exorbitante, parecía que valía la pena el gasto.

También me ayudaría en mi intento de devolver a Thea a Chelton sin incitar ningún rumor. Lo último que necesitaba era crear una situación que me obligara a honrar la reputación de Thea y ofrecerme en matrimonio. Puede que eso hubiera funcionado bien para mi hermano mayor, James, y su esposa Felicity, pero nunca sería una opción favorable, en lo que respecta a Thea. Era más probable que discutiéramos hasta el fondo, antes de llegar a un acuerdo en el matrimonio.

El sol resaltaba las hojas caídas y el cambio de estaciones, a medida que el otoño se mezclaba con el invierno. Dejé mi caballo en el establo de High Street, y caminé hasta Horse and Crown para solicitar cualquier correspondencia, que pudiera estar esperándome. Pasé la última semana en varias posadas de los pueblos de los alrededores con la esperanza que alguna de ellas tuviera el carruaje que buscaba, antes de encontrar suerte en Upper Trumby. Ahora necesitaba encontrar una manera de pasar otra semana, antes que Thea pudiera irse.

—¿Alguna correspondencia para Benedict Bradwell? —le pregunté al posadero, quitándome el sombrero polvoriento y golpeándolo contra mi muslo.

—Sí, señor. —Se fue y yo encontré un asiento en la taberna.

El posadero regresó y dejó una carta sobre la mesa.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

—Una comida, por favor. Cualquier cosa abundante servirá.

—De inmediato. —El hombre corpulento se fue a buscar mi cena temprana.

Dirigí mi atención a la carta que dejó sobre la mesa. A pesar que Thea adoptó fácilmente la apariencia de una criada de cocina con la cara harinosa y los ojos cansados, no pasó tan fácilmente por una mujer de clase baja, y me pregunté por la inteligencia de su empleador por no sospechar más de ella. Su andar era demasiado grácil, su cuello recto y no estaba encorvado en lo más mínimo, como debería serlo tras años de trabajo manual. Su voz, aunque le había añadido un toque grave, estaba debidamente entrenada en una lengua de clase alta, un tono que solo podía imaginar que provenía de su tiempo viviendo en Suecia, o posiblemente en Viena, después de eso.

Pero, sobre todo, la letra elegante y descabellada con la que había escrito mi nombre poseía toda la clase y delicadeza de una mujer refinada. No podía escribirme de esa manera y esperar que alguien creyera que era una criada de nacimiento.

El papel era fino y el lápiz con el que escribía no tenía filo, pero sus palabras fluían bellamente por la página, a pesar de esas obstrucciones.

“B.B. —

El aviso se ha cumplido. La posición ha sido reemplazada. Estoy dispuesta a partir el lunes como muy pronto.

D.N. —”

Si bien entendí y aprecié sus intentos de mantener el anonimato, la fecha en la que escribió fue alarmante. ¡Ya era miércoles! ¿Había estado lista para partir hace dos días?

El posadero puso delante de mí un plato de estofado humeante con un trozo de pan, y lonchas de jamón y queso.

—¿Recuerdas cuando me dejaron esta carta? —pregunté.

Arrugó la nariz y miró hacia la puerta como si en ella estuvieran las respuestas.

—¿Hace cuatro días? Quizás cinco.

Mucho antes de lo que cualquiera de nosotros había esperado. Quizás Thea no había sido tan difícil de reemplazar como ella pensaba.

—Gracias.

Me dejó comer y traté de consumir hasta saciarme, pero encontré que mis nervios luchaban contra mi apetito. No era costumbre permitir que un sirviente se quedara, cuando ya no estaba empleado. Tenía que esperar que la familia Fuller fuera diferente, en este sentido, o que Thea tuviera fondos suficientes para proporcionar alojamiento por unos días.

Tiré monedas sobre la mesa junto a la comida a medio comer y salí de la posada.

Me tomó un cuarto de hora recuperar mi caballo y viajar hasta la residencia Fuller. Que un caballero volviera a llamar a la puerta de la cocina sería extraño, pero, ¿qué otra opción tenía? Crucé el jardín, golpeé la puerta con los nudillos y me calé el sombrero hasta los ojos, por si uno de los lacayos, que me sirvió la cena la semana pasada, o el mayordomo se encontraban cerca.

La cocinera fornida abrió la puerta, mirándome con el ceño fruncido, con surcos profundos recubriendo su frente y abanicándose desde su boca hacia abajo.

—Te lo dije la última vez, no hay nadie aquí con el nombre de...

—Esperaba hablar con Mary.

—Ella ya no trabaja aquí.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Se había escapado o simplemente le habían dicho que se fuera? Aunque su nota era prueba suficiente que tenía intención de acompañarme a Chelton.

Ella lo había prometido.

—¿Dónde puedo encontrarla?

El rostro de la cocinera se arrugó aún más.

—No puedes.

Ella cerró la puerta de golpe y reprimí una maldición. Me quité el sombrero y di la vuelta, pasando una mano por mis rizos salvajes. Necesitaba urgentemente un corte de pelo y mi cabello se enredaba entre mis dedos, tirando con fuerza. Hice una mueca y me golpeé el sombrero en la cabeza.

—¿Dónde diablos estás, Thea?

—¿Te refieres a Mary? —preguntó una pequeña voz.

Giré para enfrentarme a una muchacha abandonada, que parecía haber salido del aula. Probablemente, todavía no había entrado a un salón de clases, si confiaba en mi suposición. Salió silenciosamente de la cocina y cerró la puerta detrás de ella.

—Sí. Me refiero a Mary. Ella es mi amiga y necesito encontrarla.

—Ella no está aquí —dijo la muchacha, en tono de disculpa—. La hicieron irse cuando llegué. No podían pagar a dos ayudantes de cocina.

—Comprensible —dije, esperando que siguiera hablando—. ¿Dónde puedo encontrar a Mary ahora?

—¿Eres su hermano?

"¿Hermano?" Estaba lejos de serlo. Pero algo me obligó a decirle a esta muchacha que sí lo era. Fue inteligente por parte de Thea darme ese título para evitar rumores.

—Sí, soy su hermano.

—Le preocupaba que vinieras a buscarla, después que ella se fuera, así que me dio esto para que te lo diera. —La chica sacó un papel del bolsillo de su delantal y me lo entregó. Estaba mojado y probablemente se estaba corriendo la tinta. Lo desdoblé, agradecida de encontrarlo escrito a lápiz.

"Establo Brumley."

"¿Establo?" ¡Oh! Seguramente, me haría correr por todo el condado. Levanté la vista y

capté la mirada esperanzada de la muchacha. Saqué una moneda de mi bolsillo y la puse en su mano sucia.

—Gracias. Nos has prestado un gran servicio a Mary y a mí.

Ella sonrió.

Ahora debía encontrar a la maldita muchacha abandonada por la que había venido aquí.

Capítulo 4

Thea

Dormir en un lecho de paja no era tan cómodo como lo hacían parecer las cabras y las vacas. En mi segunda noche acostada el suelo, en el establo Brumley, me dolían y me dolían lugares que no sabía que podían doler en el cuerpo. Estaba demasiado sucia para entrar en el Horse and Crown, en busca de Benedict, y tampoco tenía suficiente dinero para dormir o comer allí.

Cuando me oculté no había pensado que perdería también mi asignación trimestral, pero no podía recuperar el dinero sin informar a mi tío, o a su abogado de mi paradero. Hasta que Benedict prometió mantenerme alejado de Lord Claverley, no estaba dispuesta a correr el riesgo de regresar por nada.

Bendita sea la pequeña Pippa y su dulce disposición para ayudarme. La nueva ayudante de cocina no me conocía, pero aún así estaba dispuesta a ayudarme. Sin su suministro de pan y verduras adicionales del huerto de los Fuller, ya estaría medio muerta de hambre.

Ayer pasé el día en el arroyo del bosque, detrás del establo, esperando el regreso de Benedict, pero durante las noches me deslizaba dentro de la cálida construcción para dormir a salvo, y estaba segura que mi aspecto era un desastre. La vida como hija de un embajador inglés me había dado cierta dureza, que normalmente se adquiere en un estilo de vida menos lujoso, o en los rigores de vivir y viajar al extranjero. Si bien dormir en una cama de paja no era mi primera opción, era mucho mejor que la hamaca que me habían obligado a usar en los aposentos del capitán durante mi solitario regreso de Suecia. La esposa del capitán había tratado de hacerme sentir cómoda, pero no había mucho que se podía hacer en un barco lleno de gente.

Tampoco estaba segura de cuánto tiempo podría dormir entre los caballos, antes que me descubrieran. Mi sueño irregular no había sido reparador, no hace falta decirlo.

El ruido de los cascos atrajo mi atención hacia el camino y me puse de pie de un salto para ver si podía discernir la identidad del jinete a través de los árboles. El perfil familiar de Benedict apareció a la vista, con su postura alta, y erguida y su inconfundible dominio sobre el caballo.

Nunca pensé que me alegraría verlo, pero aquí estábamos.

Mi pequeña maleta no estaba muy lejos, escondida bajo un arbusto semidesnudo, en la orilla del pequeño arroyo. La recuperé y me dirigí hacia el establo. Cuando llegué a la puerta, me recordé a mí misma, que debía mantenerme erguida. Esta vez no estaba escabulléndome.

Benedict pasó su pierna por encima de su caballo afuera de la puerta, y saltó al suelo. Lo llamé y él miró hacia arriba. El alivio inundó su rostro cuando me vio, y mi estómago dio un extraño vuelco.

Condujo su caballo en mi dirección.

—Me preguntaba si te encontraría de nuevo.

Retrocedí por el costado de la construcción y esperé la sombra, seguida por Benedict.

—¿Pippa te dio la nota? —pregunté.

—¿La criada de la cocina? Sí… Le pagué por ese problema.

Mi pecho dio un cálido apretón y lo regañé. *“No ahora, no, por favor. No será bueno humanizar al coqueteo”*.

—¿Estás preparado para irte? —pregunté.

—Cerca de eso... Necesito recuperar el carruaje e informar a nuestro conductor que estamos

listos, lo cual llevará un poco de tiempo. —Se pasó una mano por la mandíbula y la barba incipiente del día probablemente se erizó contra su palma—. Puedo venir a buscarte por la mañana.

"¿Por la mañana? ¿Me enfrentaré a otra noche en el suelo sucio y cubierto de paja?"

Mi nariz se arrugó por voluntad propia.

—No seré capaz de… eso es… —Él me miró expectante, pero me resultó difícil admitirle cualquier vulnerabilidad. Depender de los demás no me resultó fácil ni tampoco pedir ayuda. Pero en este caso, no podía soportar volver a dormir en el establo. Cuadré mis hombros—. No tengo dónde dormir esta noche.

—¿Donde dormiste anoche? —Sus cejas se arquearon.

—Eso ciertamente no es de tu incumbencia. —Preferiría tumbarme en el arroyo helado y dejar que me congelara lentamente, antes que admitirle a Benedict que dormí entre los caballos, y me vi obligada a esconderme del hombre que trabajaba allí, dos veces. Los roedores que chirriaban durante la noche nunca habían aparecido visualmente, pero era solo cuestión de tiempo.

Benedict apretó la mandíbula. Unas voces dentro del establo llamaron nuestra atención y me acerqué más atrás con Benedict siguiéndome con su caballo. Se detuvo mucho más cerca de mí de lo que había estado un momento antes, y su familiar aroma especiado flotaba en la brisa. Para ser un hombre tan difícil, olía divino. Sabía que me veía hecho un desastre. Solo esperaba no oler a caballo también.

—¿Dónde planeabas dormir esta noche? —Él bajó la voz.

—Para ser honesta, en el carruaje que se dirigía a Chelton.

—Eso no funcionará.

—¿Qué propones que hagamos? Fuiste tú quien me sacó de mi cálida cama en la casa de los Fuller. Tenía comida y una manta allí, aunque no creo que se pueda llamar razonablemente colchón a eso lleno de bultos que me proporcionaron.

Él desvió la mirada y luego volvió a mirarme.

—Tengo una idea, pero no te gustará.

—Naturalmente.

—Recuerda que estoy haciéndote un favor. —La boca de Benedict se dobló en un ceño fruncido.

—Recuerda que me rogaste que fuera contigo.

Estábamos en desacuerdo y no estaba segura de cómo íbamos a llegar a un acuerdo al respecto. Apreté los puños detrás de mí para liberar parte de mi frustración reprimida, y le dediqué una sonrisa suave.

—¿Qué idea tuviste, Benedict?

—Encontré un carruaje y un hombre que lo conducirá, pero no hay acompañante disponible. Admito que mi pregunta ha sido vaga, pero es un asunto delicado, y no estoy seguro de cómo suelen abordar esto las mujeres, por lo que no estoy en condiciones de encontrar una fácilmente.

—¿La señora Fuller no serviría?

Él apartó la mirada, antes de posar su mirada azul profunda en mí.

—No. Ella no habría sido una buena opción.

—¿Entonces qué propones? No podemos viajar juntos solos en un carruaje, no si queremos mantener nuestra reputación intacta. Tendremos que parar en posadas para comer y cambiar los caballos, y no quiero que me tomen por una desvergonzada.

El silencio se mantuvo entre nosotros durante unos segundos, roto solo por el ruido de los

cascos en High Street y los pájaros cantándose entre sí, en los árboles detrás de nosotros.

La mirada azul de Benedict me atravesó y él respiró hondo antes de hablar.

—Confías en mí, ¿no?

—Eso dependería de tu definición de la palabra confianza.

—¡No te haré daño! ¡Qué estás a salvo en mi compañía! —suspiró.

—Por supuesto que no me harás daño. —Eso nunca había estado en duda. Aunque Benedict y yo nunca nos llevamos bien, sabía que él no era un mal hombre al menos en lo que importaba. Él y Lord Claverley eran tipos completamente diferentes.

—Entonces considera mi plan, antes de desecharlo, ¿no? —insistió.

—Lo haré.

Benedict hizo una pausa y luego habló con cautela:

—Puedes vestirte como un sirviente durante nuestro viaje a casa… como mi sirviente. Nadie cuestionará mi viaje solo con un sirviente. De hecho, nadie te miraría dos veces.

—Incluso una sirvienta usa un vestido. ¿Qué motivo tienes para viajar solo con una criada?

—Ninguno, por supuesto. —Él sonrió tímidamente—. Pero no era mi intención que actuaras en calidad de criada.

Lo miré confundido. Si estuviera a punto de insinuar que yo haría el papel de su amante, se sentiría profundamente decepcionado.

—Quiero que tú. —Tragó con dificultad—. Te disfraces de mi sirviente.

Tomó un momento para que las palabras se formaran y desarrollaran significado en mi cabeza. Benedict deseaba cruzar casi media Inglaterra en un carruaje solo conmigo vestida como un sirviente masculino. Era cierto que nadie me miraría dos veces, especialmente cuando Benedict era tan alto, y fácilmente llamaría la atención de cualquiera en una habitación. Sería su sombra, deslizándome lentamente por el campo en el anonimato.

Esto era completamente ridículo, pero podría funcionar. Y significaría no involucrar a nadie más en nuestro plan, lo que protegería aún más nuestra reputación. Solo necesitábamos engañar a los extraños, en las posadas, y al hombre que conducía nuestro carruaje. Si nadie descubriera nuestra artimaña, nunca nos veríamos obligados a afrontar las consecuencias de una reputación arruinada por estar solos durante tanto tiempo.

Odiaba admitir que se le había ocurrido una buena idea, aunque esa era la verdad.

—Bien, lo haré.

—Eso fue más fácil de lo que pensaba. —Sus cejas se alzaron.

—Cualquier cosa que me saque de este lugar y me deposite en Chelton, sin que nadie más sepa mi paradero, es un plan aceptable para mí.

—Esta noche alquilaré dos habitaciones en el Horse and Crown y partiremos por la mañana. Me he tomado la libertad de conseguirte un conjunto de ropa, en caso que aceptes mi plan —asintió Benedict.

—¿Esta habitación en el Horse and Crown incluye la cena?

—Sí.

Suspiré aliviada. Habían pasado algunos días desde que había digerido una sabrosa comida caliente y estaba hambrienta. El pan y las verduras de Pippa, a pesar de lo agradecida que estaba por su caridad, solo eran suficientes para sustentar parte de mi cuerpo.

—¿Vamos entonces? —pregunté, ansiosa por comer.

—Esperaba que pudiéramos esperar hasta que oscureciera. Creo que sería más fácil colarte en la habitación como mujer por la noche... —Hizo una mueca—. Y luego salir a la mañana siguiente, como un muchacho.

Asentí. Me impresionó lo meticulosamente que había pensado en esto.

—Aún nos queda aproximadamente una hora antes que se ponga el sol. Esperaré cerca del arroyo. Ven por mí cuando estés listo.

—Regresaré pronto —confirmó Benedict una vez con la cabeza.

* * *

El pequeño dormitorio en Horse and Crown no era mucho mejor que cualquiera de las habitaciones de servicio en las que había dormido durante los meses anteriores, desde que salí de la escuela de la señora Moulton, pero había algo en la seguridad de la situación que me hizo dormir más profundamente de lo que esperaba, a pesar del colchón de paja y todo lo demás. Lavar la suciedad de mi cuerpo y deslizarme bajo la fina manta había sido exactamente lo que necesitaba para volver a sentirme como una persona, y no como una pilluela desaliñada.

Benedict me dio la ropa que había conseguido, cuando me mostró la habitación por primera vez anoche. Me quedé bajo el tenue resplandor de mi única vela, en las primeras horas oscuras de esa mañana de otoño, y me miré a través del pequeño espejo clavado en la pared. A pesar de haber contado con una criada, que me atendió durante la mayor parte de mi vida, había pasado los últimos años sola y, por lo tanto, era experta en peinar mi propio cabello. Si mi sirvienta hubiera optado por viajar a Inglaterra conmigo, cuando salí de Suecia, después de la muerte de mi madre, no habría adquirido esta habilidad, pero ella había decidido quedarse allí, y yo me alegraba del talento que ahora poseía.

Los pantalones me quedaron bien, aunque un poco ajustados, y los zapatos y las medias eran un poquito demasiado grandes, pero en su mayor parte, el conjunto era bastante cómodo. Me envolví un trozo de lino alrededor del pecho en lugar de corsé con la esperanza que esto me proporcionara un efecto más plano, y la camisa que me proporcionó Benedict era lo suficientemente grande y holgada como para ocultar cualquier indicio de mis curvas femeninas. Si no fuera por mi pelo largo, creo que me parecería mucho a un joven al servicio de un estimado caballero.

Si tan solo estimara a Benedict, entonces encajaría perfectamente en ese rol.

Toqué el anillo atado a una cuerda alrededor de mi cuello, escondido de forma segura debajo de mi camisa. Era de mi madre, siendo demasiado llamativo usarlo, al desempeñarme como criado, pero tampoco podía soportar separarme del mismo. Yo era su viva imagen, pero si mantenía mi voz en silencio y el rostro oculto, nadie que conociera a mi madre la reconocería en mí. Ella era demasiado glamorosa para confundirla con un sirviente.

Un suave golpe llamó a mi puerta y me acerqué silenciosamente a ella.

—¿Thea? —La voz de Benedict, familiar y baja, fue un consuelo que no esperaba hasta que llegó a mis oídos. Abrí la puerta y lo hice entrar rápidamente. La luz de las velas bañaba su sencilla ropa de viaje, su abrigo negro largo y grueso, y su cabello rizado perfectamente despeinado. El mismo era tan caótico que sentí deseos de alisarlo.

Él dio un paso atrás y me examinó levemente.

—Creo que podríamos engañar a todos. —Levanté un mechón de mi largo cabello oscuro, que se deslizó sobre mis hombros y bajó por mi espalda. Estaba suelto y recién peinado—. Si no fuera por esto... No me pidas que lo corte porque no lo haré.

Algo parpadeó en sus ojos, evidente a la cálida luz de las velas, pero desapareció tan rápido como había aparecido.

—No deseo que te cortes el pelo. Pensé que podrías usar una gorra.

—¡Oh!

—¿No la tienes con tus cosas?

Regresé al cofre que había contra la ventana y miré a mi alrededor. La habitación estaba tan oscura que no había notado el trozo de tela oscura caer al suelo. Lo levanté y sonreí. La pequeña gorra de lana marrón era perfecta.

—¿Puedes arreglarte el cabello? —preguntó, repentinamente dudoso, mientras su mirada recorría la longitud de mis mechones oscuros.

—Sí. —Me acerqué al espejo y me trencé el cabello, luego lo enrollé alrededor de la coronilla y lo sujeté con alfileres. Era lo más plano que pude hacerlo. Aseguré la gorra sobre mi rizo de trenza y volví hacia Benedict con las manos en las caderas—. ¿Pues, qué piensas?

Él se quedó en silencio por un momento, recorriendo mi mirada con una lectura descarada.

—Perfecto. —Se aclaró la garganta y movió los dedos en mi dirección—. Excepto por las manos.

—¿Qué les pasa a mis manos? —Ciertamente, las mismas poseían suficientes callos y cortes, como para pasar por las de un sirviente.

—Esa posición no es servil en lo más mínimo. Nadie creerá que estás a mi servicio si pareces tan contraria. No deberías ponerte las manos en las caderas.

Las dejé caer a mis costados.

—¿Mejor?

—No exactamente. —Me rodeó lentamente, frotándose pensativamente los dedos por la mandíbula—. ¿Quizás detrás de ti?

Las apreté ligeramente detrás de mí, e incliné la cabeza de la manera más delicada que pude.

—Eso es mucho mejor. —Él hizo una pausa—. Deberías permanecer así más a menudo. Es una paz agradable.

Mis manos encontraron su camino hacia mis caderas una vez más y le fruncí el ceño.

Benedict ignoró mi petulancia.

—Llevarás tu propia maleta y otra de mis maletas, si puedes. Sé que no te gustará, pero intenta recordar que eres mi sirviente hasta que lleguemos a Chelton. Esto protegerá la reputación de ambos.

—Mientras no te aproveches de la situación, yo haré mi parte.

—Trata de recordar que eres hombre. —Sus ojos se entrecerraron.

—Yo haré mi parte —repetí en un tono decididamente más bajo.

Benedict dio la vuelta, pero no antes que viera un atisbo de sonrisa en sus labios.

"¿Benedict Bradwell encontró gracioso algo de lo que dije?" Al parecer todavía estaba soñando. O tenía una pesadilla, mejor dicho.

Me ayudó a recoger mis cosas y luego me acerqué a la maleta. Se la quité y lo seguí dócilmente desde la habitación hasta el carruaje que nos esperaba. Un hombre estaba sentado en lo alto del asiento del conductor con un abrigo largo y oscuro, no mucho mayor que yo, si podía adivinar.

Benedict me ofreció una mano para ayudarme a subir al carruaje, e inmediatamente la apartó de nuevo, como si recordara que yo era un sirviente y no una dama.

Apreté mis labios. Si tan fácilmente olvidó que yo debía ser una muchacha, ¿era obvio que estaba disfrazado y actuando? Subí al interior y me acomodé en mi asiento, esperando a que Benedict se uniera a mí después de hablar con el cochero. Se sentó frente a mí y cerró la puerta, luego golpeó el techo con los nudillos y despegamos.

—Tenemos cuatro días de viaje por delante. Tres, tal vez, si los caminos son lo

suficientemente lisos y los caballos cambian con frecuencia.

Asentí y miré por la ventana. El cielo todavía estaba oscuro y el silencio nos envolvió. Me balanceé con el movimiento del carruaje y suspiré. Seguramente, este sería un largo viaje. Cuatro días a solas con un hombre que no soportaba mi compañía. Cuatro días para pasar bajo su escrutinio y cocinarme en un silencio desagradablemente espeso. Mi piel se erizó con la consciencia de unos ojos sobre mí, y levanté la mirada para encontrar a Benedict viéndome con una mirada oscura y preocupada. Su rostro permanecía ensombrecido por la penumbra de la mañana.

—¿Qué clase de fechoría has cometido para merecer tal castigo, Benedict? —pregunté. Mi voz era una suave caricia en el agudo silencio.

—¿Qué castigo? —Sus cejas espesas se juntaron.

—Que te obligan a subir a un carruaje sin más compañía que yo durante los próximos días. ¡Alguna fechoría tuya te ha llevado a este punto desagradable!

—No te preocupes por mí, Thea. Estoy seguro que mi recompensa en el Cielo crece minuto a minuto.

—¡Mmm!

—Ahora puedes practicar cómo llamarme San Benito. Porque estoy seguro que mi santidad está por llegar.

—¡Blasfemia!

—Más bien, solo recompensas —murmuró.

"Por aguantarme". No podía criticar sus burlas, no cuando fui yo quien las incitó.

El silencio pesaba sobre nosotros como una espesa colcha hasta que Benedict volvió a hablar:

—La mayoría de la gente disfruta de mi compañía. Quizás yo no sea el problema aquí.

Mi pecho se contrajo. No podía saber que sus palabras tocaron un lugar tierno en mis miedos. Las empujé hacia abajo, sin permitir que mi mente atravesara el camino hacia la miseria y los recuerdos desagradables. Se necesitaría mucha paciencia por parte de ambos para llegar a Chelton sin acumular muchas cicatrices de batalla, pero yo estaba decidida, después del comentario de Benedict, a demostrar mi valía. No fui la única culpable de nuestra discordia.

Había una pequeña inquietud en el fondo de mi mente: podría haber algo de verdad en sus palabras y mi actitud incendiaria era la culpable. Eso me hizo detenerme, pero alejé ese pensamiento y cuadré los hombros. Cuando lleguemos a Chelton, él admitiría su rol en nuestra tumultuosa relación. Yo podría ser el sirviente, pero en la causa por la cual no nos llevábamos bien, él se sometería a mí.

Capítulo 5

Benedict

A lo largo del día quedó claro que Charlie Drool, el hombre que había contratado en Upper Trumby, no era un conductor experto, pero podía conducir rápido. Si volviera a tener la opción, lo habría contratado para que nos llevara directamente a Chelton, simplemente porque redujo nuestro tiempo en el camino por un margen decente, incluso si nos hacía dar sacudidas de un lado al otro del carruaje de vez en cuando. Poco después del anochecer, llegamos a la posada, donde pensábamos hacer descansar los caballos y pasar la noche. Charlie manejó el transporte y encontró su propio alojamiento, mientras yo entraba, y pedía dos habitaciones para Thea y mi persona.

—Solo tenemos una —dijo la mujer desde detrás del mostrador. Ella se encogió de hombros —. Lo siento. Te daría dos habitaciones, si las tuviera.

Thea estaba a mi lado con la mirada dirigida al suelo para que la mujer solo viera la parte superior de su gorra. Fue prudente por su parte asumir esa postura y me impresionó su silenciosa deferencia. Pero cuando la mujer me explicó que su posada estaba llena, excepto por una habitación, sentí que Thea se tensaba y sus hombros traicionaban su incomodidad.

Tendríamos que compartir habitación. Parecía que tablones de madera dura y una fina manta estaban en el menú de los arreglos para dormir esta noche.

—Lo aceptaremos —dije—. Y la cena también. ¿Tiene un salón privado disponible?

—Sí, señor. Directamente por esa puerta de allí. —Señaló la puerta con su toalla para secarse y luego la arrojó sobre la mesa—. Iré a buscar la cena de inmediato.

—Para mi sirviente también —solicité.

Ella se alejó y un repentino y un agudo dolor irradió a través de mi tobillo.

—¡Sirviente! —susurró Thea.

—¿Qué? —*"¿Me dio una patada? Yo también le pedí su maldita cena"*. Mi tobillo palpitaba por el abuso.

—Las habitaciones de los sirvientes —dijo Thea entre dientes y con los ojos muy abiertos.

¡Oh! Intenté llamar la atención de la posadera.

—¿Señora?

Ella regresó.

—Tiene… ¡Mmm! ¿Un lugar para mi hijo en las habitaciones de sirvientes?

La mujer arrugó la nariz. Su mirada se dirigió a Thea y luego se desvió de nuevo.

—Supongo que podría dejarlo con Billy, pagando una tarifa.

Ninguno de nosotros había pensado en esto y no permitiría que nadie arrojara a Thea a ninguna habitación con un hombre. No a menos que el hombre fuera yo.

Yo era el único hombre en esta posada en quien confiaba para no lastimarla.

Thea debía haber tenido el mismo pensamiento.

—Habitación privada —siseó.

Aparté el pie, antes que ella pudiera volver a lastimarlo.

—¿No tienes disponible una habitación privada para la servidumbre?

La mujer se rió.

—No sé de dónde viene usted, señor, pero aquí nos conformamos con lo que tenemos.

—Una habitación estará bien —dije con una sonrisa tensa—. Mi sirviente y yo podemos

compartir.

Thea no estaba contenta. Casi podía sentir la decepción y la irritación, desprendiéndose de ella en oleadas. Esperé hasta que la mujer se fuera, antes de volver a hablar. Me incliné y bajé la voz:

—Estás mucho más segura conmigo que…

—Mucho —dijo con cierto escepticismo.

Se me pusieron los pelos de punta por su tono cínico. Me tomé un momento para reunir paciencia, teniendo cuidado de mantener la voz baja.

—¿No crees que estás a salvo bajo mi cuidado?

—Sé que no dejarás que me pase nada que pueda enojar o entristecer a tu madre —dijo.

Esta fue una respuesta completa, como si se deslizara por los bordes de la verdad pero se negara a saltar a la esencia de la misma. Me dolía el orgullo que ella no tuviera fe en mi carácter, pero el mero hecho que confiara en mí (aunque fue a través de una extensión de la confianza de mi madre, por supuesto) fue suficiente. Nuestra situación estaba lejos de ser normal, y cuanto antes devolviera a Thea, a Chelton, y ella tuviera vestidos que definieran la forma de sus piernas, en vez de los pantalones que ahora llevaba, ambos podríamos dejar de estar juntos, y volver a nuestras propias vidas felizmente separadas.

—No te haré daño.

—Me alegro de oírlo —murmuró.

—Soy yo quien esta noche dormiré con un ojo abierto. —Me incliné más y bajé la voz—. No creas que me he olvidado de los tomates.

Los ojos redondos de Thea se abrieron y sus mejillas formaron manchas de color. Fue cruel de mi parte mencionar el truco particular que ella había jugado hace tanto tiempo, pero la referencia a nuestras travesuras infantiles, seguramente le recordaría nuestra historia compartida, tanto la buena como la mala. Me dirigí al salón privado y la dejé atrás para que recibiera nuestra llave y llevara las maletas a la habitación.

* * *

La posada quedó en silencio mucho después que nuestra cena hubo llegado y finalizado, y me senté en una silla raída cerca de la chimenea. El calor de las llamas enrojeció mis mejillas. Me habría alejado más de la chimenea, pero desde mi punto de vista actual podía ver perfectamente a Thea, en su asiento contra la pared, con su atención fijada en un pequeño objeto en su mano, que aún no había podido identificar.

Ella era completamente ridícula por su determinación de demostrar que era mejor que yo en todos los sentidos. No era una habilidad especial sentarse tranquilamente en un salón privado, en una posada destartalada, pero parecía que Thea estaba dispuesta a sobrevivir y soportarme a mí.

O tal vez ambos teníamos la misma opinión sobre la incomodidad de compartir un dormitorio, y acordamos que deberíamos posponer nuestras discusiones, siempre que fuera razonable hacerlo.

Me pasé una mano por la cara, esperando aliviar algo del cansancio de mi piel tensa. ¡Esto fue una tontería! Ambos estábamos cansados, y teníamos varios días de viaje por delante. Ambos ya deberíamos estar dormidos.

Cuando bajé la mano, Thea me estaba mirando. Cerró los dedos alrededor del objeto que tenía en la mano. ¡Oh! Quería saber qué era.

—Si te preocupa que esconda tomates en tu cama, no temas —dijo en voz baja—. No estaremos aquí el tiempo suficiente para que se pudran.

—En ese caso, me voy a dormir.

Ella se levantó en silenciosa aceptación y se unió a mí, mientras nos dirigíamos hacia la puerta.

—Tu carruaje, sin embargo, es otra cuestión —dijo, cuando salimos al pasillo.

Me sobresalté, pero ella mantuvo la cabeza inclinada y caminó detrás de mí, como debería hacer un sirviente invisible. Seguramente, no pretendía esconder tomates en el carruaje. El mismo no me pertenecía, así que no sería yo el hombre que sufriría el hedor a podredumbre. Ella debía haber estado bromeando.

Me arriesgué a mirar a Thea por encima del hombro: su pequeño cuerpo y su cabeza inclinada eran demasiado sumisos, irreconciliables con la persona que yo sabía que era. Cuando llegamos a lo alto de las escaleras, ella blandió la llave que le había dado la posadera, y luego abrió la puerta para dejarnos entrar.

La habitación era estrecha y la cama sorprendentemente ancha. Probablemente, la misma estaba destinada a albergar a toda una familia, o a más de un huésped, cuando surgiera la necesidad. Ciertamente, no albergaría a más de un invitado esta noche. Nuestras pequeñas maletas estaban cuidadosamente alineadas contra la pared y yo me acerqué a la mía para recuperar mi polvo de dientes. Esta noche tendría que dormir en pantalones, una perspectiva totalmente incómoda.

—Hay mantas adicionales en el baúl —expresó Thea con su voz natural—. La señora Heath me lo dijo.

Ambos miramos al suelo. No había suficiente espacio para tumbarme en ninguna parte.

—Dormiré en el suelo esta noche —dijo, tomándome por sorpresa.

—No... Un caballero no puede permitir...

—No se trata que seas un caballero. Es una cuestión de practicidad. Es probable que mañana la posada tenga más de una habitación disponible y, si no es así, podemos rezar para que haya más espacio disponible en el piso.

Negué con la cabeza.

—A mi madre le disgustaría saber que te permití dormir en el suelo.

—Tu madre se pondrá furiosa al saber que viajamos de Leicestershire a Cumberland sin una acompañante adecuada. Nunca sabrá que nosotros también dormimos en la misma habitación.

Thea tenía razón. Nunca podría salir eso de ninguno de nuestros labios. Pero aún así, la perspectiva de ocupar la enorme cama, mientras ella dormía sobre las duras tablas de madera no se acomodaba cómodamente en mi pecho. Me criaron para ser un caballero. A pesar de mi discordia con Thea (y su vestimenta actual), ella todavía era una dama.

—Si acercamos la cama a la puerta, habrá suficiente espacio —dije, analizando la forma de la habitación y el espacio del que disponíamos. *"Esto funcionará"*, pensé.

Thea se inclinó sobre el baúl, sacó una colcha mohosa y la sacudió.

—No tengo intención de dormir en el suelo todas las noches, Benedict, pero puedo ser yo quien empiece.

—Esto no me gusta.

Ella resopló frustrada.

—¿Aceptarás la situación si prometo no decir nunca una palabra de tu comportamiento poco caballeroso esta noche? No solo a los demás sino también a ti. No me burlaré de ti, si esto te molesta.

—Ese no es el punto.

—Pero lo es, ¿no es así? Puedo apreciar tu sentido de caballerosidad profundamente

arraigado, pero debes admitir que el sentido práctico prevalece en esta circunstancia. Tu orgullo requiere que insistas en dormir en el suelo, no tu sentido del bien sobre el mal. —Se quitó la gorra y se dispuso a soltarse el pelo.

—Sí. —Ella lo confirmó. Extendió una manta en el suelo y tomó una almohada de la cama para hacer un pequeño nido para dormir. La vi meterse en el mismo y cubrirlo con una colcha—. Estoy demasiado cansada para seguir discutiendo, Ben. Date prisa y métete en la cama para que podamos apagar la vela, por favor.

—¿Estás durmiendo con tu ropa?

Abrió los ojos y su cabello se abanicaba alrededor de su cabeza, haciéndola parecer un ángel de cabello oscuro.

—Probablemente, no lo creas, pero este conjunto es una de las cosas más cómodas que he usado jamás. Podría acostumbrarme.

—Será útil cuando vuelvas a escapar —dije, acercándome al lavabo para lavarme los dientes—. Quizás tu próximo puesto podría ser en los establos.

—¡Oh! Me encantaría —dijo soñadoramente.

Había una cosa que recordaba que teníamos en común: la adoración por montar a caballo, algo que no era tan infrecuente. La única mujer que conocía, a la que no le encantaba montar a caballo, era mi cuñada, pero eso no era típico de las jóvenes de buena educación.

Me quité el abrigo y el chaleco, luego me desaté la corbata, y coloqué cada prenda sobre el baúl debajo de la ventana.

—Sin duda será mejor que ser una ayudante de cocina.

—Ese no fue el único cargo que ocupé —dijo, sorprendiéndome. Sabía de su destino original después que dejó la escuela, pero no dónde pasó su tiempo entre Gallingher y Brumley. Más que eso, sin embargo, me sorprendió que ella fuera tan comunicativa con cualquier información.

—Me preguntaba —manifesté, esperando que ella me dijera más—. Mi búsqueda originalmente me llevó a Gallingher Park, pero la señora Parker no pudo ayudarme. Me dijo que solo estuviste en su casa una semana.

—De hecho, aunque no como invitada.

Se me cayó el estómago.

—¿También fuiste ayudante de cocina de la señora Parker? —Recordé que ella es una matrona de la alta sociedad como para alimentar los rumores, si se enteraba.

—Como institutriz. —La voz de Thea se volvió perezosa, las palabras lentas salieron de su boca y pasaron por el almíbar, antes de llegar a mis oídos. Estaba medio dormida, si tenía una idea de lo que decía. La cálida luz de la única llama de la vela parpadeaba sobre su rostro y, en su estado cercano al sueño, parecía tan pequeña y delicada, que sentí la inexplicable necesidad de protegerla.

Sacudí el pensamiento. *"¡Esto es ridículo! Esta es Thea, no una dama que necesita ser rescatada"*.

Y yo no era un caballero libertador con una armadura reluciente.

—¿Tú, una institutriz? Eso era mucho mejor que una criada de cocina, o una criada de cualquier tipo, en realidad.

Sus labios se curvaron en una especie de sonrisa, aunque no abrió los ojos.

—Eso no duró.

—Impactante.

—Para ti, tal vez. De hecho, a algunas personas les gustó, Ben.

Mi corazón dio un pulso extraño y apagué la vela para evitar mirarla más. Nadie más me llamaba Ben, fuera de mi familia. Nadie. Pero de alguna manera, cuando Thea lo hizo, mi cuerpo reaccionó sin el consentimiento de mi mente.

Eso sí me gustó.

Deshaciéndome de la sensación, me quité las botas, deslizándose bajo la fina manta. La habitación estaba oscura y fría, apenas la luz de las estrellas se colaba por la ventana para suavizar la oscuridad. El fuego de la chimenea se había apagado y las brasas no arrojaban suficiente calor para calentarnos. Estaba muy consciente del sonido de la respiración de Thea, cada vez más profunda y uniforme, y no fue hasta que estuve convencido que ella estaba dormida, que sentí que mi cuerpo se relajaba profundamente.

Capítulo 6

Thea

Abrí los ojos y vi una mano grande colgando directamente sobre mi cara. Siempre había reaccionado rápidamente, pero reprimí mi sorpresa inicial y no emití nada más fuerte que una inhalación brusca. La luz de la mañana se filtraba a través de los cristales nublados de las ventanas y descansaba sobre la piel de Benedict. Aproveché el momento para observar la curvatura de sus dedos y el cabello oscuro que cubría sus nudillos, mientras mi corazón volvía a su ritmo normal. Solo por su mano lucía fuerte con los dedos grandes y capaces. Cojeando por el sueño, también parecían engañosamente inofensivos.

Esta mano apenas me había tocado, pero pertenecía a un hombre que era tan descuidado con el corazón femenino como con sus pañuelos. Fácilmente descartado y poseído de poco valor.

Cuando llegué a Chelton, como una chica solitaria de casi dieciséis años, me sentí abrumada por la enormidad de la residencia Bradwell. Había vivido una vida de relativo lujo como hija de un embajador inglés, que vivía en el extranjero, pero viajar constantemente y vivir en países, donde no hablaba perfectamente los idiomas, había resultado en una existencia solitaria, y en un agujero que mi corazón estaba desesperado por llenar. Lady Edith se encontraba igualmente ansiosa por ocuparlo y me presentó como un miembro de la familia, una hermana sustituta de los hermanos Bradwell, o de un hermano en particular. Con James unos años mayor y Henry en el ejército, Benedict había sido el más cercano a mi edad y disponible para entretenerme.

Si él hubiera ido a Eton, como lo hicieron sus hermanos, entonces no me habría visto obligada a aguantarlo. Tal como estaban las cosas, Ben estuvo en Chelton con su tutor hasta que yo fui a la escuela de la señora Moulton, y él a la universidad, mientras que cada momento que pasamos bajo el mismo techo fue un tormento para los dos.

Cerré los ojos y alejé el recuerdo que me picoteaba como un pájaro enojado. Si tontamente no hubiera permitido que mi corazón se comprometiera, y creyera los coqueteos que decía, no me habría dolido tanto, cuando me vi obligada a ver a Benedict coquetear con todas las demás chicas de la parroquia. El hombre era como cualquier otro caballero con poder y privilegios: ¡era un canalla!

En aquellas primeras semanas en Chelton, Benedict arruinó lo que bien podría haber sido una buena amistad, entre nosotros, al darme motivos para creer que podría tener algo que ver con mí y luego eliminarme rápidamente. Después de mis experiencias en Suecia y Viena, desconfiaba de los caballeros. Mi experiencia con Benedict fue la gota que colmó el vaso, y juré nunca más dejarme engañar por un caballero apuesto y con una sonrisa brillante. Después de todo, ¡era la sonrisa de un lobo!

Él se movió, como si pudiera sentir el vitriolo de mis pensamientos, y su mano cayó más abajo, más cerca de mi cara. Respiré hondo y presioné mi cabeza más hacia atrás en la almohada, encontrándome con la dura superficie del suelo. Los dedos de Benedict se curvaron ligeramente, balanceándose por el movimiento, con el dorso de sus nudillos rozando mi nariz. Me quedé mirándolos. Era demasiado tarde para alejarse de su toque sin golpear su mano, y no quería que supiera que me tenía atrapada. No podía cederle nada a este hombre.

En silencio, respiré y exhalé lentamente, esperando que el viento en sus dedos los hiciera alejarse. Benedict murmuró algo incoherente y se movió, y volví a soplar suavemente en sus dedos.

Cayeron más abajo, descansando contra un costado de mi cara, y seguí el rastro de su brazo, salpicado de cabello oscuro hasta que encontré la ondulada manga de la camisa blanca, llegando al borde de su hombro, que se inclinaba precariamente sobre el suelo al lado de la cama.

Fue entonces cuando noté la forma en que el resto de su cuerpo se alineaba sobre el colchón. Se deslizó lentamente por el borde y pareció como si lo hubiera visto desde arriba, y no mientras yo yacía debajo del hombre en el suelo. Cayó por el borde de la cama y aterrizó con fuerza encima de mí con un ruido sordo. El aire salió de mis pulmones, e inspiré con fuerza.

Cada pulgada de Benedict Bradwell permanecía encima de cada pulgada de mí, y podía sentir los latidos de su corazón y el pánico en sus pulmones, como si latieran al mismo tiempo que los míos.

—¿Qué diablos…?

—Estás encima de mí —dije, luchando por respirar, e ignorando el calor que se extendía por mi piel. La presión de su peso sobre mí tuvo un efecto sorprendentemente reconfortante, que tuve que ignorar a toda costa.

Benedict parpadeó y sus ojos somnolientos se posaron justo encima de los míos. Empujó hacia arriba sobre sus antebrazos y respiré profundamente, una vez que mis pulmones ya no estaban sobrecargados por su pesado cuerpo.

—Perdóname —dijo suavemente, su mirada cayó a mis labios.

Presioné mis manos contra su pecho y lo empujé, necesitando más espacio y aire limpio entre nosotros. Olía levemente a especias y a sabor picante, y luché contra la burbujeante curiosidad por identificar más los olores y darles un nombre, empujando contra su robusto pecho. Pero el hombre no se movió. Estaba construido con una sustancia más pesada de lo que esperaba, y era difícil moverlo porque era un hombre tan larguirucho. Empujé de nuevo y él levantó una ceja.

—¿Estás tratando de eliminarme? —preguntó en voz baja, demasiado tranquila para la situación íntima en la que nos encontrábamos. Su voz era ronca, afectada por el sueño. Rodó hacia un lado y se puso de pie. La diversión hizo que su boca formara una suave sonrisa, y me obligué a no notar la perfecta simetría en sus labios curvados. Por supuesto que eran perfectamente simétricos. Lo único que no era perfecto en Benedict era su personalidad.

—Supuse que necesitabas ayuda, ya que aún no lo habías hecho tú mismo —dije, luchando por hablar normalmente bajo el peso de su atención.

—¿Quieres decir que no apreciaste mi caída? Podía sentir los rápidos latidos de tu corazón, Thea, así que no te molestes en negar tus verdaderos sentimientos.

Poseía un corazón que aún tenía que calmarse por completo.

—Usted está equivocado, señor. No fue la emoción lo que aceleró mi pulso sino el miedo que tu enormidad me aplastara, antes que pudiera volver a probar el mazapán de la cocinera.

—¿Te lastimé? —La incertidumbre brilló en sus ojos.

—No.

Benedict me miró durante otro largo momento, antes de ofrecerme su mano. Estaba parado encima de mí, vestido únicamente con pantalones y mangas de camisa, reflejando una sombra de crecimiento sobre su mandíbula, mientras que su cabello rizado permanecía desordenado. Se me hizo un nudo en el estómago y me di cuenta de lo injusto que era que mi atracción por él no pudiera morir tan rápido, como lo había hecho mi respeto por él hace tantos años.

Haciendo caso omiso de su mano extendida, me levanté y di la vuelta, ocupándome de recoger las mantas del suelo y doblarlas cuidadosamente. Presioné una mano contra mi pecho, asegurándome que el anillo todavía estuviera allí, aún atado a la cuerda alrededor de mi cuello,

sintiendo con alivio el cálido metal, que presionaba mi piel.

Benedict y yo trabajamos en silencio, en la pequeña habitación, para prepararnos para nuestra partida, y yo evité cuidadosamente verlo afeitarse en el pequeño espejo o vestirse para el día. Nunca una trenza había requerido tanto empeño, pero logré concentrar toda mi atención en la tarea de recogerme el pelo, y atarme los zapatos, que no me quedaban bien.

—Hoy pasaremos por York. Si hay algo que olvidaste en tu escuela, podemos detenernos para recuperarlo.

—¡Oh! ¿Podemos? —Moderé mi sorpresa. Había dejado mi baúl con la solicitud que la señora Moulton lo guardara hasta que regresara por mis cosas, pero aún no había encontrado una situación permanente, y temía que enviar por mi baúl también alertaría a la familia Bradwell sobre mi ubicación. Ahora que lo sabían, no tenía motivos para no recuperarlo—. ¡Eso será bueno!

Benedict sostuvo la puerta abierta y le hice un gesto para que me precediera.

—Después de usted, señor —dije, bajando mi acento lo mejor que pude. Era más prudente ponerme ahora en una actitud de sirviente para no cometer un desliz, y revelarme cuando estuviéramos frente a otros.

Sacudió la cabeza suavemente, pero salió al pasillo, y yo lo seguí con las dos maletas.

* * *

La escuela de la señora Moulton no había sido un lugar de recuerdos infelices. De hecho, disfruté los años que pasé allí y a la mujer que dirigió mi aprendizaje. Cuando apareció a la vista el edificio de ladrillo rojo, tres niveles de ventanas iguales y un techo a dos aguas arriba, mi corazón dio un vuelco.

—No creo que tenga ningún problema para recuperar tu baúl —dijo Benedict, mirándome —. Estoy en términos familiares con la señora Moulton ahora, y le diré que estás de camino a Chelton, y has solicitado que tus cosas sean enviadas allí.

Aparté la mirada de la ventana del dormitorio, que me había pertenecido durante tres años.

—¿La señora Moulton creerá que has viajado para recuperarlo por la bondad de tu corazón? ¿No es eso bastante improbable?

Él ignoró mi desaire.

—No. Mencionaré que estaba de paso y trato de ahorrarles un viaje a nuestros sirvientes.

—Mucho más creíble.

Los labios de Benedict se aplastaron.

—Regresaré en breve. —Bajó del carruaje y yo me hundí en los cojines, observando desde las sombras cómo llamaba a la puerta principal y posteriormente lo dejaban entrar. Esperé frente a la escuela, durante lo que parecieron siglos, pero probablemente fue más cerca de un cuarto de hora, antes que Benedict reapareciera detrás de un par de sirvientes, quienes cargaban mi baúl. Mi corazón se apretó al ver a mi único compañero constante: el equipaje de cuero que había viajado conmigo, mientras mi padre era embajador en Suecia, en nuestros viajes a: Viena, Bruselas y Dinamarca, y luego de regreso a Inglaterra tras la muerte de mis padres. Había sido más fácil dejar la escuela y buscar un puesto sin tener que cargar con eso, pero me sentí aliviada que me lo devolvieran.

Benedict volvió a subir al carruaje, poco tiempo después, y partimos de nuevo hacia Cumberland.

—¿Cómo parece que le está yendo a la señora Moulton? —pregunté, rompiendo el tenso silencio.

Sus ojos azules me miraron.

—No pude preguntar por su bienestar. Estaba manejando una disputa entre dos chicas más jóvenes, por lo que estaba un poco preocupada. Me pidió que le enviara saludos a mi madre, pero hasta ahí terminó nuestra conversación.

Asentí.

—¡Oh! —dijo, como si recordara algo—. La señora Moulton tenía algunas cartas en la mano para ti. Ella me pidió que las guardara en tu baúl, así que las guardé.

—Probablemente sean de tu madre —dije. No había nadie más que quisiera escribirme. No había formado ninguna relación con las niñas de la escuela lo suficientemente profunda como para justificar una correspondencia, y mis padres habían muerto con un año de diferencia, mucho antes que yo viniera a esta escuela. No tenía hermanos ni otra familia excepto mi tío. Pero él me rechazó cuando llegué a Inglaterra, y su hombre de negocios mantuvo correspondencia conmigo solo en relación con mis finanzas. No había más nada sobre lo que quisiera escribirme.

Cogí el montón de Benedict. Separé las dos misivas que estaban encima (ambas de Lady Edith) y una tercera de Lady Claverley. Pero… Otra carta me desconcertó, porque no reconocí la escritura y no había ninguna dirección. Deslicé mi pulgar debajo del sello y la abrí, desplegando el papel grueso y examinando las palabras.

"Señorita Northcott...

Normalmente no me rebajaría tan bajo como para escribirle, pero estoy desesperado por obtener información sobre su paradero y su seguridad. Aquellos con quienes he hablado se niegan a darme una respuesta clara sobre dónde usted se encuentra, y no puedo evitar sentir en lo más profundo de mi corazón, que usted se encuentra en gran peligro. Por favor, sana a un hombre miserable de su ansiedad y dime dónde estás y que estás a salvo. Nada me gustaría más que llamarte. Permanezco en Londres, en la casa de Mayfair, donde podrás localizarme.

Tuyo,
P. Seymour."

"¿Peter Seymour?" Las palabras flotaban y las leí de nuevo, presionando un dedo en mi sien para que no se desdibujaran. Miré hacia arriba y encontré a Benedict, mirándome de cerca. Quise decirle inmediatamente lo que contenía la carta y pedirle su opinión. Por supuesto, Ben es un hombre sabio. Seguramente, él sabrá qué hacer.

"Pero, ¿contarle esto a Benedict simplemente agregará credibilidad a una situación que debe olvidarse, a una carta cuyo destino sería el fuego?"

—¿Es una noticia terrible? —preguntó suavemente.

—Yo no lo clasificaría como tal, no. —Mis palabras fueron más delicadas de lo que deseaba. Mucho más íntimo de lo que la conversación necesitaba. Avanzamos a trompicones por el camino, bajé la misiva en mi regazo, y la volví a doblar para guardarla con las demás—. Es de un hombre que no tiene por qué escribirme.

Benedict me miró fijamente.

—¿De qué manera?

—Lo conocí en Viena. Era hijo del ministro plenipotenciario y un querido amigo de nuestros anfitriones allí. Nunca cortejamos, pero a él le hubiera gustado hacerlo. Aunque yo todavía no era mayor de edad.

—¿Él sabía dónde encontrarte...?

—Lo vi en York, cuando todavía estaba en la escuela. Nuestro encuentro fue completamente casual, pero él solía visitarme en ocasiones, cuando pasaba por allí. Ahora vive en Londres, aunque creo que su padre todavía está en el continente.

Las líneas alrededor de la boca de Benedict se tensaron.

—¡Ese canalla! Arriesgar tu reputación de esta manera. —Sacudió la cabeza, disgustado.

—Lo cual es mucho más apropiado que cómo has arriesgado mi reputación —le dije, recordándole nuestra situación actual.

Su sorpresa fue un poco gratificante.

—Soy un hombre honorable.

—¿Y Peter no?

—Yo nunca te escribiría.

—¡Eso es una lástima! Creo que podríamos tener una correspondencia tan entretenida.

Él miró por la ventana, aparentemente frustrado.

—¿Le responderás?

¿Detecté un atisbo de obstinación en su tono? Me tomó por sorpresa. Benedict no podía tener celos de Peter. Esa era una noción más absurda que la idea que yo albergara algún sentimiento por Peter. La mirada de Benedict se dirigió hacia mí y levanté el tono:

—No mantendría correspondencia con un hombre a menos que esté comprometida con él. —*"A pesar del único beso que compartí con Peter, cuando tenía quince años, ¿se puede culpar a una chica por tener nociones románticas a esa edad? Creo que no. ¡Él no tiene ningún derecho sobre mí!"*—. Pero, el problema no reside en que quiera hablar conmigo. Ha preguntado por mi paradero de manera sospechosa. Él cree que no estoy en una situación segura.

—Entonces, tal vez sería bueno notificarle de tu regreso a Chelton, aunque solo sea para acallar los rumores, antes que puedan comenzar en serio... Tal vez le pidamos a mi madre que escriba la carta.

—Tal vez. —Eso era lo que yo también había estado pensando, y lamenté, no por primera vez, mi decisión tonta y precipitada de dejar la escuela por mi cuenta de una manera tan solapada.

El movimiento del vehículo chocó mi pierna contra la de Benedict, levanté la vista y encontré su mirada. Benedict, un maestro extraordinario en coqueteo y provocación, sostuvo mi mirada con la más suave de las expresiones, sus ojos azules fijos estaban en mí y en su cuerpo inmóvil. El hombre era como una bomba de agua por explotar: completamente seca hasta que uno engrana la manija, y luego el agua sale a chorros en un gran volumen. Cuando él se comprometía, lo hacía con celo.

Pero, por ahora, no quería que se involucrara más. Giré la cabeza y vi pasar árboles y vacas, junto a la ventana. Si no me equivoqué, oí a Benedict suspirar.

Capítulo 7

Benedict

Sufrimos la desgracia de encontrarnos nuevamente en una posada con solo una habitación disponible, más tarde esa noche, y eso fue solo después que nos rechazaron por completo en la otra posada de la ciudad.

—Puedes tener la habitación para ti sola —dije, entendiendo que Thea probablemente quería leer el resto de su correspondencia en privado—. Necesito caminar y estirar las piernas.

Thea asintió. Entró en la habitación y desapareció en el momento en que llegamos, llevándose nuestras dos maletas pequeñas con ella. Encontrar un catre libre con Charlie, en los establos, casi sonaba más agradable que volver a compartir una habitación con ella, y no borré la idea completamente de mi mente.

Me paré en el pasillo y observé cómo se cerraba la puerta detrás de Thea, escuchando cómo la barra caía sobre el soporte de hierro para mantenerla cerrada. No culpé a su afán por estar sola, especialmente después de haber compartido carruaje conmigo, durante los últimos dos días, pero no habíamos parado ni siquiera para cenar y ya era tarde.

La vacilación me invadió, pero la aparté y llamé a la puerta.

—¿Sí? —Su voz llegó amortiguada a través de la espesa madera.

—Pediré la cena. ¿Quieres que te traigan una bandeja aquí?

El silencio presionó entre nosotros hasta que ella finalmente respondió.

—No.

—¿No? ¡Mmm! ¿Tienes intención de bajar a la taberna?

—No.

Me quedé mirando la puerta de madera, como si la misma contuviera las respuestas que buscaba. ¿No podría tener la intención de saltarse la comida por completo? Sabía que su maleta era delgada y su estómago estaba vacío, porque yo mismo había escuchado ese estruendo, varias veces, en el último tramo de nuestro viaje. Thea siempre había sido esbelta, pero la delgadez de su cuerpo y el hundimiento de sus mejillas, cuando la encontré en el jardín de los Fuller, me sorprendieron un poco. Por supuesto, a mamá no le agradará ver a Thea tan reducida.

—Necesitas comer —insistí.

Unos pasos se cruzaron hacia la puerta y ella la descorrió, antes de abrirla. Frunció el ceño y se quitó la gorra, dejando al descubierto la corona de trenzas oscuras que rodeaban su cabeza.

—No tengo hambre.

—Tu estómago ha estado discutiendo de manera diferente.

—Necesito privacidad, Benedict. Me la ofreciste hace solo un momento.

—¡Ah! Pero no deseo invadir eso. Solo te pido que me permitas pedir una bandeja para tu habitación.

Cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la cabeza hacia un lado.

—No es propio de ti que te importe.

—No lo hago —dije, lamentando las palabras en el momento en que tocaron mis labios. *"¿Por qué no podemos mantener una conversación decente?"* Todo lo que ella decía era incendiario, dándome la inexplicable necesidad de defenderme. Aunque admitiría mi parte en esto, no estaba libre de culpa. Por lo que salí con lo único que podría llegar a su comprensión—. A mi madre le importaría. Ella se horrorizaría si supiera que te permití pasar la noche sin cenar, y

no estaba haciendo mi trabajo como caballero.

La pequeña línea desapareció entre sus cejas cuando las levantó en señal de desafío.

—Tu madre nunca se enterará de la mayor parte de lo que ha sucedido en este viaje, Ben, o le dará una apoplejía. También podemos abstenernos de informarle que estaba demasiado enferma... —se contuvo y rápidamente redirigió la conversación—, y que me salté la cena una vez…

—¿Estás enferma?

—No.

—Acabas de decirlo hace unos momentos…

—No estoy enferma en la forma en que estás pensando. —Se pasó una mano por la frente —. No es nada.

Las cartas que recibió, ¿alguna de ellas contenía malas noticias? ¿La nota de su admirador la había molestado más de lo que había dejado entrever? Seguramente, el motivo por el que se sentía mal tenía algo que ver con eso. Podría concederle un poco de espacio en este caso y dejar el asunto.

—Además —continuó—, ¿qué pensará el sirviente, cuando se le ordene entregar una bandeja a otro sirviente?

Tenía un buen punto. Tendría que pensar en otra cosa.

—¡Muy bien! Te dejaré en paz, Thea.

—Gracias. —Thea cerró la puerta rápidamente y me dejó en el pasillo, mirándola. Nunca llegaría a considerar a esta mujer como una amiga, pero, ¿debemos ser rivales tan acérrimos? ¡Esto era agotador!

—Esta noche ocuparé la cama —dijo, a través de la puerta cerrada.

Un atisbo de sonrisa apareció en mis labios, y agradecí enormemente que ella no pudiera verlo.

—Por el bien de mi seguridad —agregó.

Me acerqué y hablé cerca de la puerta, bajando la voz para que los demás ocupantes de la posada no me escucharan.

—Por supuesto. No soñaría de otra manera. —Aunque podía prometerle con seguridad que no volvería a caer sobre ella. Abrazaría el lado opuesto del colchón, si eso evitara dormir encima de ella otra vez. Cómo me las arreglé para estar tan cerca de ella, en una cama tan grande, la noche anterior era un misterio en sí mismo. Era como si Thea poseyera un hilo en mi pecho, que me atraía hacia ella siempre, evadiendo su control y sus deseos.

Bajé las escaleras y pedí que me trajeran la cena a una de las largas mesas de madera de la taberna. Un nutrido grupo de viajeros parecía estar cenando también, todos ellos hombres, y el olor a carne asada y pan con levadura llenó mis sentidos.

Thea había venido a Chelton tan joven y fresca del rechazo hacía tantos años. Yo había hecho todo lo posible para ser el amigo que pensé que ella necesitaba, en ese momento, el amigo que mi madre me pidió que fuera para su ahijada. Pero nuestra fácil camaradería solo había durado unas pocas semanas. Un cambio en nuestra relación nació después de un festival de verano. Su causa es un completo misterio para mí, y ninguno de los dos había aprendido a actuar de manera diferente desde entonces. Era como si hubieran vertido pintura sobre nuestra relación (negra por la discordia y los malentendidos) y no pudiéramos encontrar aguarrás para limpiarla.

Una camarera puso un plato delante de mí y comí mi cena, permitiéndole a mi mente el lujo de vagar sobre mis recuerdos de Thea. Una de las cosas que me molestó fue que nunca supe qué había hecho que ella cambiara de opinión sobre mí: ¿qué había sucedido en el festival para tomar

a la encantadora chica con la sonrisa de un querubín y llenar sus ojos de disgusto contra mí? Intenté preguntarle una vez, pero me encontré con la resistencia de un caballo de tiro y la terquedad de una mula.

Arranqué un trozo del panecillo y me lo metí en la boca, masticándolo con más entusiasmo del que el pan justificaba. Se me hacía cada vez más difícil ser amable con ella, pero lo más irritante era que yo sabía que le llevaría un plato de comida, a pesar de su obstinación. Necesitaba comer, incluso si estaba demasiado nerviosa para hacerlo en un comedor lleno de gente. Me comí el resto de la cena y llamé a la sirvienta.

—Necesito un plato de comida para mi sirviente. Se lo llevaré.

—Sí, señor. —Su mirada recorrió todo mi torso. Sentí su evaluación filtrarse a través de mis capas de ropa y retorcerse en mi estómago, y luché contra el impulso de descartarla con altivez.

Extendí una pequeña sonrisa sobre mis labios y mantuve mi mirada en sus ojos.

—Gracias, muchacha.

Sus mejillas se motearon y el interés brilló en sus ojos. No era difícil coquetear, pero mantendría mis atenciones bajo control. Con suerte, mi interés fingido la aceleraría en la cocina.

La sirvienta se alejó revoloteando, sus caderas se balanceaban dramáticamente y yo desvié la mirada.

—Benedict Bradwell, en persona. —La cremosa voz de un hombre se deslizó bajo mi piel. ¡Era Frederick Keller! Reconocería su petulante despreocupación en cualquier lugar, y seguí el conjunto atroz que llevaba hasta una nariz aguileña y una sonrisa sesgada. Sus ojos entrecerrados me recorrieron—. Estás lejos de casa. ¿Viniste a luchar?

"¿Luchar?" Esto ciertamente explicaba la cantidad de hombres en la taberna y la posada casi llena. Le di otra mirada a los clientes presentes, y ahora vi lo que mi mirada superficial no había podido ver antes: los hombres reunidos eran en su mayoría caballeros.

—Estoy de paso —le dije a Keller.

—Lástima. Siempre me gustó ganar tu dinero. ¿Puedo convencerte que te quedes un día más? —Él hizo un puchero.

Me reí, luciendo como alegre Benedict que él esperaba. La sonrisa en mi rostro se sentía cruda y tensa, aunque perseveré:

—Odiaría privarte de esa alegría, pero me temo que estoy demasiado ansioso por las comodidades del hogar, como para retrasarme un momento más.

—Aquí hay comodidades —dijo, mirando a la sirvienta que caminaba hacia nosotros, con la cena de Thea en sus manos.

—Nada que me atraiga en este momento —dije, tomando la comida y dándole a la mujer sus monedas. Agregué algunas monedas extra, esperando que ella no tuviera que buscar dinero en otro lado, esa noche.

—¡Qué lástima! —dijo Keller—. Siempre puedes cambiar de opinión.

Le lancé una sonrisa y me puse de pie.

—Quizás en otro momento.

Keller se alejó pavoneándose, y yo salí furtivamente del salón, antes que la cena de Thea se enfriara demasiado. Cuando llegué a la puerta de nuestra habitación, mi resolución flaqueó. Ella no esperaría esto de mí. Si entraba con un plato de comida, ella sospecharía de mis motivaciones o, dado su talento para lo dramático, del plato en sí. ¿Qué razón podría idear para que ella no desconfiara de mí? Miré el plato que era sencillo: jamón, papas hervidas y un panecillo balanceándose sobre carne humeante.

Podría decirle que fue entregado accidentalmente, que el posadero confundió mi orden de

una cena con el pedido de dos, que había sido pagado, y que no debíamos desperdiciarlo. Seguramente, ella creería tal historia. Mientras no me mostrara bajo una luz favorable, Thea comería.

Mi puño cerrado golpeó la puerta y solo tuve que esperar un minuto, antes que Thea la abriera y se asomara. Cuando me vio, soltó la puerta y dejó que se abriera, antes de regresar a la habitación y sentarse en el borde de la cama. Su cabello todavía estaba trenzado, pero desenrollado de su cabeza, cayendo lacio sobre su hombro.

Ella miró el plato en mi mano. Entré a la habitación, cerré la puerta detrás de mí y la levanté como una ofrenda.

Sin embargo, la mentira cuidadosamente elaborada se alojó en mi garganta.

—Te dije que no quería cenar —dijo en voz baja. Sus cartas estaban dobladas sobre su regazo, y sus dedos pasaban por una de ellas lentamente, distraídamente.

Mi hombro se levantó en un encogimiento indiferente.

—Entonces, no comas. No es ninguna prueba para mí, si hace frío. Mi barriga ya está llena.

—Bueno…

Ella no podía hablar en serio. De todas las personas ridículas y tercas...

Su mirada se posó en la carta que tenía en las manos y me tragué mi irritación. No pude entender el motivo de su angustia hasta que decidió confiarme y explicarme las terribles noticias que entrañaba la misiva. ¿Su novio la estaba preocupando? ¿Sus ardientes súplicas eran demasiado para ella? ¿Lo extrañaba? Esa idea provocó un desagradable malestar en mis entrañas.

Me acerqué y puse el plato en la pequeña y desvencijada mesa al lado de la cama, sentándome en la delgada silla al lado.

—Supongo que no deberíamos desperdiciarla. ¿Si hablas en serio, claro está?

—Yo nunca te mentiría. —Ella miró de la comida a mí y vi la luz del desafío iluminar sus ojos, antes apagados.

—¿Oh? —Levanté una ceja y tomé el panecillo, arrancando un trozo y metiéndolo en mi boca.

Thea cayó en mi atención.

Era casi doloroso seguir masticando, viéndola mirarme comer.

—Esto es divino.

—Por supuesto.

—Y el jamón… —Cogí el plato y corté un bocado de la dura carne, deslizándola en mi boca y masticando, como si estuviera húmeda y deliciosa, pero en realidad, la misma estaba lo suficientemente fría y seca como para hacerme desear haber traído una bebida conmigo.

Thea no apartó su mirada de mí y, bajo el escrutinio de sus redondos ojos azules, deseé no haber comenzado este juego. Pero yo lo había empezado, así que lo vería terminado.

—No soy un hombre propenso a disfrutar de las verduras, pero estas papas están bien condimentadas. —Agarré el tenedor para pinchar una patata, y Thea me apartó la mano de un golpe.

—¡Suficiente!

La victoria me invadió, pero mantuve una expresión plácida en mi rostro.

—¿Suficiente?

—Sí… Sé lo que estás tratando de hacer.

—¿Está funcionando?

Un destello de sonrisa bailó en la comisura de su boca, pero ella lo reprimió bien. Probablemente, no lo habría notado, si no hubiera estado buscando ardientemente cualquier señal

que ella estaba claudicando.

—No… Pero tomaré el plato y me lo comeré, aunque solo sea para que pares. A nadie le gusta escuchar a otra persona comer con tanto entusiasmo.

Entonces, esto sí estaba funcionando.

—Al contrario —dije a la ligera, feliz de verla levantar el rollo y darle un mordisco—. Nada disfruto más cuando estoy sentado, cenando, que escuchar a los demás disfrutar de su comida.

Ella levantó una ceja con incredulidad.

—De verdad —dije, recostándome en la silla, al escuchar un crujido siniestro y apoyando mi tobillo en la rodilla opuesta—. Es incluso mejor cuando se describe la comida.

—Ben… ¿Como esta papa tibia y mantecosa?

—Sí.

—O esto. —Cortó un trozo de jamón y se lo puso en la lengua—. Jamón seco y frío.

Luché contra una sonrisa.

—Mejor aún. No tengo que comer nada porque tengo el placer de escucharlo bien descrito. ¡Esto es encantador!

Ella sacudió la cabeza, obviamente consciente de mi broma, e igualmente dispuesta a dejar que la conversación terminara aquí.

—Es sorprendente que tengas tantos amigos, cuando tienes modales tan extraños en la mesa.

—La tendencia de describir la cena se está poniendo de moda. ¡Ya verás!

Ella se quedó en silencio, concentrándose en comer, y cuando recogí su plato, moví mi mirada para descansar en la ventana, cada vez más oscura.

—Mañana habrá una pelea.

—Por eso la otra posada está llena —dijo comprensiva.

—Sí, y como está llena de caballeros. Será mejor que no salgas de la habitación en absoluto.

—¿Hay alguien a quien conozca? —asintió ella.

—¿Frederick Keller?

Thea negó con la cabeza.

—Entonces, probablemente estés a salvo. No conozco a nadie más. —Miré su camisa holgada y sus pantalones ajustados. Eran más ajustados de lo que deberían ser, pero un muchacho los usaría así. Solo noté la definición de sus curvas porque sabía que era mujer, aunque hice todo lo posible para no notarlas.

—Esta habitación no tiene mantas adicionales —dijo, levantándose y acercándose a la ventana. Miró hacia High Street—. Casi fui a preguntarle al posadero, pero no quería volver a recogerme el pelo.

—No tendrán ninguna, estoy seguro. No con la multitud abajo. Estaban llegando más hombres cuando salí de la taberna.

Thea asintió y luego miró hacia la cama.

—Me llevaré el colchón. Puedes quedarte con la manta.

Si es que se le pudiera llamar así. Era tan delgada que parecía más una sábana. El duro suelo de tablas bajo mis pies era inflexible, y pensé que tal vez los establos con Charlie sonaban como la mejor opción esta noche, aunque haría mucho frío. Al menos, aquí teníamos un incendio apagándose.

Thea miró de la cama al plato vacío.

—Es una cama muy ancha —dijo, sin mirarme a los ojos—. Estoy segura que fue diseñada para albergar a toda una familia.

—Más que probable. Anoche también habría adivinado lo mismo de la cama de la posada.

Una familia, un grupo de amigos o un puñado de desconocidos me habían ofrecido una habitación con extraños más veces de las que podía contar en varios viajes, y mientras otros que conocía compartían camas o habitaciones con extraños para ahorrar unas pocas monedas, nunca me atreví a hacerlo, incluso a pesar del escandaloso gasto de una habitación privada. Contuve la respiración y mi mirada, preguntándome por las implicaciones de su declaración.

Ella volvió a acercarse por la ventana y se inclinó más cerca del cristal.

—No. Seguramente, no es…

—¿Quién no es?

Thea miró más de cerca, apoyando la palma de la mano en el cristal a su lado.

—Solo se parece a alguien que conocí una vez. Pero el cristal es grueso y difícil de ver con claridad.

—Estás a salvo, incluso si conoces a esta persona, porque no tienes intención de salir de la habitación…

Thea giró y cayó al suelo, sosteniendo mi mirada, con sus ojos azules muy abiertos.

—Él me vio. Estoy segura…

—¿Quién te vio?

—Peter Seymour. —Tragó saliva.

Capítulo 8

Thea

—¿Quién es Peter Seymour? ¿Y por qué me suena familiar su nombre? —preguntó Benedict, levantándose de la pequeña y desvencijada silla, y acercándose a la ventana. Extendí mis manos para detenerlo. Lo último que necesitábamos ahora era llamar más la atención sobre nuestra habitación.

—Él es el hombre que me escribió esa carta. —Mis brazos extendidos no detuvieron a Benedict, así que levanté la mano y tiré de su mano.

Ben me miró.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—¡Aléjate de la ventana! —siseé, soltando su mano. Estaba áspero, la piel tenía callos de una manera que no esperaba. O tal vez esa fuera mi propia piel áspera.

Él se burló.

—Es imposible ver…

Lo alcancé de nuevo y él dio un paso atrás.

—Thea, incluso si el hombre te hubiera visto, era poco probable que descubriera tu identidad a través del crepúsculo y este grueso cristal. Él no sabría que eres tú.

—No puedes saber eso.

Él levantó la vista y me observó por unos momentos, antes que me agachara.

—Bueno, si él no había tenido ninguna sospecha, antes de tu cuestionable actividad, ciertamente las tiene ahora. —Ben se pasó una mano por la cara.

No había considerado ese punto. Peter era como un azote que regresaba con entusiasmo implacable y se negaba a partir. Nuestra relación comenzó cuando mi madre y yo vivimos con los Richter, durante el año siguiente a la muerte de mi padre. Peter había iniciado un coqueteo clandestino conmigo, que terminó rápidamente, cuando mi madre murió y yo regresé a Inglaterra. Dos años más tarde, cuando dejé Chelton para ir a la escuela en York, Peter estaba en la ciudad visitando a su primo, y fue a verme a la escuela, varias veces.

Lo más probable es que Benedict tuviera razón. Mi vista repentina desde la ventana demostró mi culpabilidad, ante los espectadores que estaban afuera.

—Me he delatado —dije—. Y a un hombre que, considerando el contenido de su carta, me está buscando.

—Más que probable. Sin embargo, mientras tu amigo no escuche afuera de nuestra puerta, no encontrará ninguna mujer aquí.

Una lenta sonrisa se extendió por mis labios y levanté la sonrisa hacia Benedict.

—Porque soy un muchacho. ¡Oh, bendita artimaña!

Él me miró con recelo y se sentó en el borde de la cama.

—¿Ese hombre es peligroso?

—No… Solo es persistente. —Sin embargo, no pude evitar que le hubiera permitido besarme, en el jardín de la señora Richter. Yo apenas tenía quince años, entonces, así que difícilmente se me podía culpar por ser joven, ingenua, y extremadamente aburrida por las limitadas reuniones sociales, en las que podíamos participar, mientras lloraba a mi padre, y por preguntarme a qué se debía tanto alboroto con respecto a los besos.

Tuve que admitir que eso no me impresionó.

—Debe estar aquí para ver la pelea —dije. Había mencionado en la carta que todavía vivía en Londres, y que ahora estábamos muy lejos de la ciudad.

—Entonces, podremos contentarnos con que no se levantará temprano y no nos verá escapar.

Di la vuelta y levanté la cabeza para mirar por encima del borde del cristal. El grupo de hombres que había llegado con Peter, ya se había ido, probablemente estaban bebiendo en la taberna debajo de nosotros, y me dejé caer en el suelo con cierto alivio.

—Sería precisamente mi fortuna tomarme la molestia de disfrazarme así, solo para ser descubierta por una de las pocas personas en Inglaterra que podrían reconocerme.

—¿Realmente te importa, si te descubren? —preguntó Benedict. Parecía interesado en mi respuesta, como si creyera que no me importaba lo que la sociedad pensara de mí. ¡Él estaba equivocado! Aunque no era tonto, razón por la cual fui extremadamente cautelosa en los puestos que obtuve, después de dejar la escuela de la señora Moulton. Mis padres habían hecho su parte del trabajo al arruinar cualquier reputación que nuestro nombre tuviera con su infidelidad y comportamiento imprudente. No quería empeorar la situación para mí.

—Sí me importa.

—Sin embargo, fuiste tú quien desapareció de la escuela y asumió un puesto de sirvienta. Si vieras a la señora Fuller en Londres, ¿qué harías? Sería un escándalo, si las actividades de los meses anteriores fueran ampliamente conocidas.

Mi estómago se apretó, pero me negué a permitirle ver que eso estaba alterando mi compostura.

—La señora Fuller no me reconocería, así que eso importa poco.

—Podría echarte harina en la cara para ayudarla a recordar.

Le fruncí el ceño dramáticamente, luchando contra una sonrisa.

—Nunca conocí a los Fuller. Me quedé abajo en la cocina. Si los viera en Londres, no sabrían que yo solía amasar su pan.

Benedict se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Y antes de eso? ¿Qué hiciste?

—¿Antes de amasar el pan? En realidad, eso no era algo en lo que la cocinera confiara en mí a menudo. —Mis mejillas se calentaron—. Más a menudo cortaba verduras o lavaba platos.

—No —dijo, con una sonrisa curiosa en sus labios—. Antes de la cocina de los Fuller, ¿qué hacías?

—Trabajé para una costurera en una tienda en Upper Trumby. Mis puntos no eran pequeños ni suficientes para ella, pero me dio una buena oportunidad, antes de enviarme al mercado a buscar otro empleo.

Benedict parecía pensativo. Sus ojos azules estaban interesados, pero el resto de su rostro era plácido. Si esto era para reunir información para compartir con su madre, estaba perdiendo tiempo y esfuerzos en su intento de ocultación. Aunque me alegraría de compartir todo esto con Lady Edith, cuando llegara a Chelton, no deseaba que ella se preguntara sobre la naturaleza de ninguna de mis situaciones.

—Pero no fui a la costurera directamente desde la escuela.

—¿No? —Su curiosidad se despertó nuevamente, y dejé que ese bocado colgara un momento más.

Estiré las piernas delante de mí y recosté la cabeza contra la pared encalada, esperando que la curiosidad de Benedict desapareciera. Era guapo (podría admitirlo en el silencio de mis propios pensamientos, por supuesto) con un constante desorden de rizos y una sonrisa libertina.

Sus labios ahora eran planos, arqueados de tal manera que intentaba hacerme creer que no le importaba saber adónde fui cuando dejé la escuela.

—¿Cuánto tiempo estuviste buscándome? —pregunté.

La mirada de Benedict se rompió, y miró el fuego que hervía lentamente en la chimenea.

—Hice varios viajes.

—¿Más de uno? No sé qué hice para justificar tanta generosidad.

—No era por ti —le dijo al pequeño fuego.

¡Por supuesto que no! Lo sabía. Él nunca haría nada solo por mí. Mi mirada buscó el plato vacío y los utensilios desechados en la pequeña mesa, al lado de la cama, que era una evidencia de la mentira que me acababa de decir. Miré hacia otro lado.

Benedict se pasó una mano por sus alborotados rizos.

—Me tomó mucho tiempo descubrir que habías ido a Gallingher Park desde la escuela, pero cuando interrogué al ama de llaves, ella me dijo que te habías ido, y que no sabían adónde. Fue difícil reconstruir adónde fuiste después de eso.

—Sin embargo, me encontraste en Brumley —dije—. ¿Cómo diste ese salto? Gallingher Park era el hogar de mi puesto de institutriz. No pudo haber sido pura coincidencia.

—Un poco de suerte y mucha búsqueda. —Su mano se movió, como si quisiera sacar algo de su bolsillo, pero se detuvo. Miró hacia la ventana oscurecida—. Deberíamos irnos a dormir pronto para poder empezar temprano por la mañana.

—Todavía no —dije, con la mirada fija en su bolsillo. Había algo en él que no quería buscar —. ¿Quieres hacerme creer que la suerte te llevó al camino detrás del jardín de los Fuller?

—No del todo, no. También hubo mucha búsqueda involucrada.

—¿De qué manera? ¿Llamaste a todas las puertas de Yorkshire? ¿Preguntaste en cada posada?

Levantó la vista bruscamente y su expresión casi se volvió avergonzada. No podría haber llamado a todas las puertas… eso era bastante imposible.

—¿Cómo me buscaste, Ben? —pregunté, nivelando mi voz. Para mí llegó a ser extremadamente importante saber eso, aunque no sabía por qué me importaba tanto.

Benedict se puso de pie. Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña miniatura ovalada con un marco pintado de oro. Me quedé sin aliento al reconocer la pequeña pintura. ¡Era yo! Y se había hecho justo antes que muriera mi madre, cuando nos habíamos despojado de nuestras ropas de luto, y estábamos nuevamente sumergiéndonos en la sociedad. Aunque tenía quince años, cuando posé para el retrato, ahora no parecía muy diferente. Mi madre lo había encargado con la intención de enviárselo a mi madrina, sin saber que yo llegaría a su puerta solo unos meses después.

Mi corazón se apretó y tomé el retrato, la calidez de su marco evidenciaba cuánto tiempo había vivido en el bolsillo de Benedict.

—Se lo mostré a muchos posaderos y fue de gran ayuda para orientarme en la dirección correcta, una y otra vez.

La profundidad de sus esfuerzos era evidente, aunque sus motivaciones no lo eran tanto. Me había explicado que la culpa incitaba su búsqueda, ya que se sentía responsable de mi malestar al ir a Chelton. Pero permanecer tanto tiempo de cacería no podría haber sido fácil.

“¿Qué mantuvo su motivación?”

—Me senté para este retrato, mientras mi madre se preparaba para su primer baile, después de salir del luto, y estaba muy ansiosa por unirme a ella. Solo tuve que esperar un año, más o menos, y lo hice con gran impaciencia. —En ese momento, todavía tenía la esperanza que no

todos los hombres fueran como mi padre. Todavía creía que quedaban unos pocos que solo hablarían de lo que querían decir, que eran honestos y verdaderos.

Benedict había demostrado rápidamente que era el tipo de hombre que repartía cumplidos y discursos floridos, a cualquiera que tuviera una sonrisa y una falda, y el recuerdo de nuestros primeros meses juntos en Chelton se volvió amargo por la forma en que aparentemente se había sacrificado para poder encontrarme. Mis emociones flaqueaban. La vergüenza de pensar que él se había preocupado por mí, solo para descubrir que no era más que un coqueto, que la forma en que me hablaba no era en modo alguno singular o especial, todavía hizo que el fuego de la humillación subiera a mis mejillas, y agaché mi cabeza.

—Debería devolverle la miniatura a mi madre.

—Sí, claro. —La devolví a su mano y sus dedos se curvaron alrededor de la pintura, rozando los míos y dejando tras de sí un rastro de calor abrasador. Mis dedos se movieron para juguetear con el anillo de mi madre, pero aún no lo había quitado del cordón alrededor de mi cuello y encontré, en el lugar donde normalmente adornaba mi dedo, nada más que piel desnuda.

—Necesitaremos madrugar, si queremos irnos antes que las hordas despierten.

Miré de nuevo a la cama. Era lo suficientemente grande como para que cupiéramos ambos, dos veces, y solo había una manta, si es que a esa prenda delgada se le podía llamar manta. Con el invierno acercándose y el frío en la habitación, el fuego no había podido apagarse por completo y era imposible pedirle a Benedict que durmiera en el frío suelo sin una manta. Consideré nuevamente la posibilidad de ofrecerme a compartir la cama y el colchón, pero la idea tartamudeaba en mi lengua, negándome a salir.

Benedict me miró.

—¿Qué te abstienes de decir?

Tragué, pero traté de parecer indiferente. Esta no fue una oferta porque estuviera agradecida por la cena o la intensidad de la búsqueda de Benedict por mí. Era simplemente una solución sensata al dilema que planteaba nuestra disposición para dormir.

—La única solución lógica es compartir la cama.

Él se puso de pie y dio un paso atrás.

—Absolutamente no.

Me dolió un poco que la perspectiva fuera tan desagradable para él, y estuve tentada de dejar el asunto, pero esto no tenía nada que ver con cómo nos sentíamos el uno hacia la otra.

—Podemos colocar nuestras maletas entre nosotros y nadie se enterará jamás.

Benedict dio otro paso atrás, como si pudiera apartarse físicamente de la idea que le presenté.

—¡Oh, sé razonable! —Me puse de pie, abanicándome los brazos—. Estaría más que feliz de dejarte sufrir en el suelo, pero la cama es grande y crearemos una barrera entre nosotros.

Inclinó la cabeza hacia un lado, como solía hacer el terrier de mi madre.

—Si estás más que feliz de verme sufrir, entonces... —Agitó su mano hacia la cama, como si no pudiera pronunciar la palabra en voz alta—. ¿Por qué mencionaste dormir sobre eso?

¿Por qué? No era porque me importara su comodidad. Se merecía una noche fría en un suelo duro, después de lo que hizo pasar a tantas mujeres: todo el coqueteo y las falsas expectativas que había generado innumerables veces. Mi mirada volvió al plato que me había traído para cenar y lo arranqué. No pude evitar el más mínimo matiz de gratitud en mi corazón, mayoritariamente de hierro, por el esfuerzo que Benedict había hecho para buscarme. Fue un shock darme cuenta que alguien se preocupaba tanto por encontrarme. Independientemente de si lo había hecho por su madre o por él mismo, aún así lo hizo.

Por eso, podría compartir un colchón de paja lleno de bultos cosido para una familia de seis personas.

—Por el bien de tu madre —dije.

—¿Mi madre? —Sus cejas oscuras se juntaron con escepticismo.

—¡Sí! Por Lady Edith. Le entristecería saber que pasaste una noche entera en el suelo, congelado e incómodo. Lo sugiero por ella.

—¡Mmm! —Parecía incrédulo.

—¡Santo Cielo! Ben. Es lo más sensato —espeté—. Uno de nosotros considera la situación en su conjunto, ¿sabes?

Él levantó las cejas.

—Sí, uno de nosotros lo hace. Yo lo hago a menudo.

Miré al techo y me levanté para coger mi maleta. Me moví hacia la cama y la puse en el medio, luego agregué la maleta de Benedict y formé una barrera en el centro del colchón.

—Si alguien te pregunta sobre esto más tarde, ahora puedes decirle honestamente que no dormí a tu lado.

—¿No llamas a eso dormir uno al lado de la otra?

—No. Yo llamo a eso dormir junto a una maleta.

—Meros detalles.

—Sí. Detalles importantes. —Apagué la última vela y quedamos en una habitación, en penumbra, con solo el brillo anaranjado del pequeño fuego. Él bailó sobre sus pómulos, ensombreciendo el corte de su mandíbula y los músculos flexionados de sus mejillas—. Buenas noches, Benedict. Te he dado la opción, ahora la elección es tuya.

—Espera. —Me rodeó y corrió las cortinas de la ventana para darnos algo de privacidad, luego se pasó una mano por la cara—. Esto no se siente bien. No deseo hacer nada que pueda comprometerte... que pueda comprometernos a nosotros.

—A estas alturas de nuestro camino, ¿no cree que estamos un poco más allá de esa preocupación? Si hemos dañado irrevocablemente nuestra reputación, seguramente, el daño ya es total.

—Aún no. Podríamos llegar hasta Cumberland, ser vistos por un conocido en común, mientras nos detenemos para cambiar caballos, y entonces todo habrá terminado. ¡Debemos ser diligentes hasta el final!

Extendí los brazos a los lados.

—Estoy vestida como un muchacho, Ben. Nadie nos atrapará y, si lo hacen, no asumirán que soy una mujer.

Su mirada siguió a lo largo de mí, desde mis brazos extendidos hasta los dedos de mis pies, y luché contra el impulso de retorcerme.

—Tu ropa es correcta, pero tu forma no. Si no tienes cuidado, podrían descubrirte.

Tragué contra una garganta repentinamente seca.

—¿Mi forma? ¿Qué quieres decir? He estado de pie recatadamente en público, como me indicaste.

—No es tu postura… Tus ojos son demasiado redondos para una muchacha y son demasiado grandes. Tus pómulos son demasiado pronunciados, tu nariz es demasiado delicada. —Bajó la voz—. Y esa es solo tu cara de la que hablo. Eres un espécimen femenino, Thea, en todos los sentidos. Ahora temo que nos hemos engañado, haciéndonos creer que esta artimaña era posible.

—Hasta ahora hemos logrado engañar a todos.

—A los extraños, sí. —Sacudió la cabeza—. James se casó con una mujer hace seis meses porque los encontraron solos en un baile. Estaban bailando, pero eso fue todo, y ahora están casados. Me niego a repetir su error y a casarme por el bien de una reputación.

Hice una mueca y bajé la mirada para que él no lo notara. Dada la oscuridad que reinaba en la habitación, me creía a salvo de esa detección. Levantando los hombros, ascendí mis ojos para encontrar los suyos.

—No seremos como James y su nueva esposa, porque nunca te exigiría eso, pase lo que pase. Decidí dejar lo de la señora Moulton y emprender el camino por mi cuenta. Para empezar, mi reputación nunca estuvo muy segura, Ben. Espero mantenerla intacta, si puedo, pero no a expensas de un matrimonio que no quiero.

Él estuvo en silencio por unos segundos, antes de asentir.

—Entonces, procedemos según lo planeado y seremos extremadamente cuidadosos. Hemos llegado demasiado lejos para rendirnos ahora. Deberíamos llevar esto a cabo.

—Eso sería ideal.

Él se alejó, preparándose para dormir. Yo me lavé los dientes y me lavé la cara con agua, antes de meterme en la cama. El mensaje de Benedict no podría ser más claro: si nos descubrieran y mi reputación quedara irreparablemente dañada, él no haría lo correcto ni pediría mi mano. Si nos descubrieran, como a James y su esposa, no me iría con una propuesta de matrimonio protectora. No podía culpar al hombre por no querer estar encadenado a mí, no cuando siempre habíamos estado tan en desacuerdo el uno con la otra. De hecho, realmente no esperaba más de él, en este sentido. Pero que me dijera abiertamente que me dejaría sola, en tal situación, me creó un dolor en el pecho, que se abrió como si se rasgara una costura débil.

Antes había sentido que no tenía a nadie, en realidad no. Pero el recordatorio, la certeza, era un sentimiento de soledad.

La cama crujió bajo el peso de Benedict y giré para alejarme de él, a pesar que no podía verlo por encima del montón de nuestras maletas. Me sorprendió un poco que decidiera compartir el colchón, y saber que dormía, al otro lado de nuestras maletas, me dio una extraña sensación de victoria.

La falsa sensación de amistad que había empezado a sentir con Benedict era alarmante y sus palabras habían servido para recordarme el lugar que teníamos el uno con la otra. Él era demasiado guapo y su sonrisa demasiado seductora para que yo pudiera hacer algo más que seguir despreciándolo. Y si actuaba de otra manera, tenía miedo de lo que me permitiría volver a sentir.

Capítulo 9

Thea

La mañana llegó demasiado pronto. Me deslicé de la cama, acercándome al pequeño espejo agrietado para recogerme el pelo. Benedict se estiró audiblemente, sus gruñidos y gemidos recordaban a un hombre mayor, que intentaba levantarse de una silla mullida.

—¿Luchando? —pregunté, viendo mi cabello en el espejo.

Inmediatamente, él se calmó.

—No sé a qué te refieres.

Sí, ciertamente, él lo sabía…

Caminamos de puntillas durante el siguiente cuarto de hora, preparándonos para partir. Una vez que estuvimos listos, él se detuvo en la puerta.

—Saldré primero y señalaré si es seguro seguirme.

—¿Cuál será la señal? ¿El ulular de un búho? Quizás puedas trinar como un pollo.

Parecía pensativo.

—Un golpe estampado en la puerta.

—No eres divertido.

—Soy extremadamente divertido. —Me miró con desdén—. Todos los demás piensan que sí.

Precisamente, se refería a todos los demás.

Quitó el cerrojo de la puerta y salió. Un momento después, se inclinó hacia atrás por la puerta.

—¡Cloc! ¡Cloc!

Parpadeé.

Él abrió mucho los ojos.

—¡Cloc!

—Sí, ya escuché.

—Entonces, ¿vamos? —Hizo un gesto hacia el pasillo detrás de él.

—Por supuesto. Solo que… ¿podrías decirme cómo creíste que eso era el trino de un pollo?

—Así es exactamente como suenan las gallinas.

—Puede que así sea como cloquean, pero ciertamente no es así como trinan. —Salí al pasillo y lo seguí hacia las escaleras.

—¿Entonces eres una experta en pollos?

Bajamos las escaleras hasta la taberna silenciosa y a oscuras.

—Resulta que tengo experiencia con ellos. ¡Sí! Nuestra anfitriona tenía gallinas en Viena. No es mucha experiencia, pero sí la suficiente para saber la diferencia entre un cloqueo y un trino.

Benedict se detuvo abruptamente al pie de las escaleras y casi choqué con su espalda. Miré más allá de su hombro y vi a dos hombres sentados en una mesa cerca del centro del salón. Bajé la cabeza inmediatamente, entendiendo mi error. No había disimulado mi voz en absoluto, mientras bajaba las escaleras. Benedict inclinó su cuerpo para ocultarme y yo asumí la posición de un sirviente, encorvando ligeramente los hombros para ocultar mejor mi pecho y fijando la mirada en el suelo.

—Buenos días, caballeros —dijo, colocándose el sombrero en la cabeza.

—Buenos días —respondió uno de ellos.

No era la voz de Peter, ¡gracias al Cielo! Me arriesgué a echar un vistazo rápido y ninguno de los dos se parecía a Peter. Sin embargo, ellos nos observaban con curiosidad, por lo que Benedict y yo salimos del salón directamente, aunque a un ritmo más lento del que deseaba.

Fui a buscar a Charlie a los establos y él se puso a enjaezar los caballos inmediatamente. Cuando regresé para informar a Benedict, como debe hacer un buen sirviente, él se inclinó para hablar en voz baja cerca de mi oído.

—Regresaré adentro y pediré el desayuno para el camino. Necesitamos seguir. Mantente fuera de la vista hasta que Charlie haga girar el carruaje. Un caballero pasó por tu lado, y entró en los establos hace un momento, y no sé si era tu amigo o no.

Asentí brevemente y rodeé el costado de la construcción. Nuestras maletas ya estaban guardadas en el carruaje. Podría haberme escondido allí, si Benedict no hubiera visto al hombre entrar a los establos. Todo esto era demasiado y de repente deseé que nunca hubiéramos intentado este plan. Sin embargo, era mucho mejor ser un muchacho, que ser considerada una desvergonzada. Ayer, habíamos recorrido la mitad del camino de nuestro viaje, por lo que ya casi estábamos en Chelton. Solo quedaban dos días de viaje.

Yo podía hacer esto. Durante otros dos días, podría hacer esto.

Mi fina camisa y mis pantalones no eran rival para el frío de noviembre, y un escalofrío recorrió mi piel, mientras caminaba lentamente por la parte trasera de los establos. Casas adosadas de piedra se alineaban en la calle opuesta, y el humo salía de las chimeneas, que marcaban el techo compartido. El cielo comenzaba a aclararse, el gris se mezclaba con los azules oscuros. Volví a doblar la esquina y me detuve en seco. Un puñado de hombres formaban un pequeño grupo entre la puerta de la posada y nuestro carruaje. Estaban hablando con Benedict, quien levantó la vista y captó mi mirada, luego se aclaró la garganta con fuerza.

—Hombres… Debo irme.

—¿Realmente no te quedarás? —El hombre que hablaba blandía un elaborado bastón, una clara afectación que se hacía evidente por la forma en que pasaba de un pie al otro sin usarlo—. No te había tomado por un cobarde, Bradwell.

Miré a Benedict fijamente. ¿Permitiría que el hombre le hablara de esa manera?

Una sonrisa amplia y perezosa se dibujó en el rostro de Benedict.

—Keller, me temo que siempre correré, cuando mi madre me llame. Debo equilibrar mis ausencias de su casa con algo de decencia.

Algunos de los hombres se rieron cortésmente. Benedict se despidió de ellos y dio la vuelta para abrir la puerta del carruaje. Una vez que me acerqué, miré al puñado de hombres, debajo de mi gorra, y encontré a Peter, parado entre ellos. *"¡Maldita sea!"* Aunque la puerta del carruaje estaba abierta, esperándome. Me apresuré, deslizándome adentro y apretándome contra la pared, mientras Benedict extendía la mano y cerraba la puerta. Golpeó el techo del carruaje con el puño y partimos.

—Ese fue un buen salto —dijo vacilante.

—Peter estaba allí. Estaba entre el grupo que hablaba contigo. —Mi pecho se agitaba y mi respiración se aceleraba.

Pareció sorprendido y se inclinó para mirar por la ventana.

—¿Cuál es el hombre?

—El de pelo rubio. Estaba de pie junto al hombre del bastón.

—¡Ah! Sí. —Él me analizó un poco más—. Ciertamente, tienes la costumbre de darle motivos para que te encuentre sospechosa, en situaciones perfectamente ordinarias.

—¿Qué quieres decir?

—Anoche te agachaste por la ventana. Ahora, corres y saltas al carruaje... Un típico sirviente se escabulliría, tal vez, pero haría todo lo posible para pasar desapercibido. Tú, Thea, eras todo menos astuta...

—¿Cuáles son las probabilidades que no me haya visto la cara? —Arrugué la nariz.

—¿Haces referencia a las apuestas, Thea? Eso no es muy femenino.

—No estoy vestida como una dama. Eso me permite cierta indulgencia, ¿no?

—Supongo que nada en este viaje es muy común. —Soltó una risa seca.

—¿Las probabilidades? —Lo presioné, usando la palabra para irritarlo.

Benedict entrecerró los ojos y luego pareció pensar un poco en el asunto.

—¡Alto! Creo... Dudo que haya visto tu cara. Corriste demasiado rápido para que él pudiera hacerlo.

—¿Y mi voz? ¿Crees que me escuchó hablando de gallinas?

—No tengo ni idea. No lo vi en la taberna, pero podría haber estado cerca. Podría haber pensado que eras un muchacho muy joven. —Se pasó una mano por la barbilla—. Pero tu voz, aunque femenina, es demasiado rica para sonar como la de un muchacho.

El silencio nos presionó. Intenté no preocuparme. Cada vez más me arrepentía de mi decisión de dejar la escuela. No había hecho más que causarme callos gruesos en las manos, eternas sombras violetas bajo los ojos y la amenaza de un escándalo. ¿Qué había estado pensando?

El rostro de Lord Claverley apareció en mis pensamientos y me estremecí de asco.

Había escapado de un destino terrible. Por eso tomé medidas tan drásticas. Cerré los ojos y tragué. Mis esperanzas estaban puestas en la palabra de Benedict. ¡La de Benedict! Un hombre que no tenía paciencia conmigo y que se preocupaba poco por las mujeres en general, más allá del coqueteo y el entretenimiento que podían proporcionarle.

Estaba depositando mi confianza en él. Esperaba no hacerlo en vano.

Benedict sacó un pequeño paquete del banco junto a él, que no había notado antes. Lo desenvolvió y me lo ofreció. Sobre el grueso papel marrón había pan, queso y trozos de carne.

—¿Desayuno? —ofreció.

—Eso es mucho más de lo que necesitan dos personas —dije, sorprendida por la cantidad de comida.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Puede que no todas las trabajadoras de cocina me encuentren atractivo, pero la que está aquí parece gustarle bastante mi sonrisa.

Había coqueteado por la abundancia de comida. Por supuesto. ¿Podría esperar algo menos? Tomé un trozo de queso y un panecillo, aunque mi estómago se retorcía.

—Gracias —dije, las palabras salieron amargas, cuando se deslizaron por mi lengua—. ¿No deberíamos ofrecerle algo a Charlie?

Benedict resopló.

—¿Después de la tarifa que nos está extorsionando por usar este carruaje y conducir? El hombre puede valerse por sí mismo. Él era consciente de ese requisito, antes que dejáramos Brumley.

Le di un mordisco a mi pan y miré por la ventana. Benedict tampoco estaba obligado de ninguna manera a mantenerme. El queso y el pan llenaron mi estómago, mientras intentaba no pensar en eso, o preguntarme por qué lo hacía.

* * *

La última posada en la que nos detuvimos estaba afortunadamente situada en una ciudad que no estaba invadida por jóvenes caballeros, que asistían a un combate, y Benedict y yo pudimos obtener dos habitaciones separadas. Desaparecí en la mía, una vez que llegamos, demasiado conmocionada, después de casi encontrarme con Peter, en Fremont, como para disfrutar del comedor. Mis padres habían recibido invitados, a menudo, en Suecia, mientras mi padre era el embajador, y aunque no conocía personalmente a muchos de los amigos de mis padres ni a los miembros de la sociedad, que se quedaron con nosotros, cuando estaban en el extranjero, había una buena cantidad de personas de la alta sociedad que me preocupaban. Entonces, ¿quiénes podrían reconocer mi cara, si me veían?

Se ha dicho que soy la imagen exacta de mi madre, así que estoy segura que eso no me ayudaría a pasar desapercibida.

Estas eran razones válidas para esconderme en mi habitación y disfrazaban adecuadamente mi necesidad de estar lejos de Benedict. Además, pasar tanto tiempo, juntos, durante los días anteriores había comenzado a suavizar y descongelar la ira y el resentimiento que se mantenían fuertes, en mi corazón de hierro, y tampoco podría permitir esto.

A la mañana siguiente, salimos de la posada sin ningún problema y el resto del día transcurrió en agonía, sentada frente a Benedict sin mucha conversación agradable para pasar el tiempo.

—Llegaremos a Chelton mucho después que toda la casa esté dormida —dijo Benedict—. Le he ordenado a Charlie que nos deje en la puerta, y abandone los alrededores inmediatamente. Debe llegar hasta Hartshorne, antes de pasar la noche, para que nadie en nuestros establos tenga la oportunidad de interrogarlo.

—¡Sabio! —dije—. ¿Y tu madre? ¿Qué le dirás cuando te pregunte cómo llegamos a Chelton al mismo tiempo sin una acompañante?

Él se encogió.

—Espero que sea lo suficientemente astuta como para no preguntar. No puedo mentirle, y a ella no le gustará la verdad. Si adivina nuestra situación, es muy posible que decida abstenerse de preguntar para no verse obligada a exigir que enfrentemos las mismas consecuencias que James y Felicity.

Miré mis dedos callosos, suaves y duros, en algunos lugares.

—Ella no hablará de eso y nuestra reputación permanecerá a salvo —dije con más esperanza que confianza—. ¿Puedes decir lo mismo de la esposa de James, si ella quiere saber la verdad?

No conocía a la mujer ni sabía si era digna de confianza.

Benedict parecía confiado.

—Completamente. ¡Felicity es una joya! La amarás y ciertamente puedes confiar en ella.

—Dado que no puedo confiar completamente en usted, ciertamente me formaré mi propia opinión al respecto.

Él levantó la barbilla y me miró más tiempo de lo habitual, lo suficiente como para hacerme retorcerme ligeramente en mi asiento.

—¿Qué te he hecho para ganarme tal censura?

Era más bien lo que no había hecho. No había sido serio en sus atenciones o coqueteos con ninguna mujer joven, no había respetado a nadie lo suficiente como para decir lo que decía en serio. No se podía confiar en él porque era un coqueto, y los coquetos decían cualquier cosa que sirviera a sus propósitos, como sonreír para pedir un desayuno extra, o hacer cumplidos idénticos a dos mujeres con minutos de diferencia. La mirada inocente de Benedict revoloteó sobre mi

rostro. Él estaba tan confundido. Quería cruzar el carruaje y alterar su expresión yo misma.

—Nada —dije, en serio.

—¿No crees que ya tenemos edad suficiente para dejar de lado las disputas infantiles?

—Ciertamente, es así. —Pero no eran heridas infantiles las que se acumulaban en mi corazón. Era la prueba constante que Benedict no era más que poco sincero.

Un músculo saltó en su mejilla. La noche se hacía cada vez más oscura, al otro lado de la ventana, y su rostro estaba envuelto en sombras.

—¿Entonces no podemos dejar la pelea? —imploró. Por lo que se me erizaron los pelos, enderezando mi espalda, como si sus palabras subieran por mi columna, y la corrigieran. Su implicación a través de esta pregunta que yo tenía la culpa de nuestra desagradable relación fue injusta. Yo era solo la mitad de la discordia, y él compensaba la otra mitad con sus golpes verbales y sus púas.

¿Podría ser culpada por mi naturaleza defensiva con Benedict, cuando él me había dado tantas razones para necesitar defensa?

—¿Lady Edith está al tanto de nuestra llegada? —pregunté, esperando que el cambio en la conversación pusiera fin a su incómoda súplica.

Parecía como si quisiera seguir discutiendo, insistir en el asunto de poner fin a nuestras disputas. Después de un momento, él suspiró:

—Sí... Le escribí poco después de hacer arreglos contigo para viajar a casa, aunque todavía no nos espera. Conociendo a mi madre, ella mandó a preparar la habitación, en el momento en que recibió mi carta, así que no temas llegar sin un lugar donde dormir.

—No me preocupa eso. A Chelton no le faltan dormitorios. —Aunque subestimé bastante el asunto. Chelton era una gran casa palladiana, situada en las colinas de Cumberland, en las afueras de un pueblo llamado Bakewell. Era merecedora de la grandeza y los elogios que recibía, y en todos mis viajes todavía no había encontrado alguna con la misma majestuosa belleza.

—Ya sabes —dijo en voz baja—. Eres mucho más agradable, después que te doy algo de comer. Quizás si llevo manzanas o queso y te los doy, podremos hacernos amigos.

Mi sorpresa rápidamente fue absorbida por la diversión porque él tenía razón. Me ofrecí a compartir la cama, después que él me trajo la cena, y fui mucho más educada, luego que él me trajo el desayuno.

—¿Propones tratarme como lo harías con un caballo? ¿Algunas golosinas extra para fomentar el buen comportamiento?

—¿Por qué no? Si funciona, no veo ningún daño en ello. Tú tampoco deberías hacerlo, ya que te proporciona golosinas adicionales.

—No puedo rechazar un plan que me proporcione golosinas, por supuesto. Quizás si son lo suficientemente deliciosas, incluso relincharé por ti…

—¿Como un caballo?

—¡No seas tan incrédulo! A diferencia de tu fracaso con el trino del pollo, yo puedo sonar exactamente como un caballo.

Benedict se rió. Sus ojos brillaban en el oscuro carruaje y sus dientes blancos relucían. Su sonrisa tuvo un efecto notable en mi cuerpo, y me alegré cuando él no continuó la conversación porque no sabía cómo iba a seguir fortaleciendo mis sentimientos, ya que él me desarmaba tan fácilmente.

Nos quedamos en silencio durante el resto del viaje, y solo unas horas más tarde, en la oscuridad de la mitad de la noche, cabalgamos silenciosamente sobre el puente de piedra y subimos por el camino de grava hacia Chelton. Benedict y yo nos quedamos en silencio, cuando

bajamos del carruaje. Esperé a que le pagara a Charlie el resto del dinero, que le debía al hombre, y recuperara nuestras maletas, luego lo vi sacar mi baúl del maletero y dejarlo en el suelo.

Benedict miró hacia la fachada de piedra pálida de Chelton, observando las ventanas oscuras y las escaleras de piedra divididas desde la puerta principal, y bajando en dos direcciones. Levanté mi maleta y me moví para tomar mi baúl, mientras el carruaje se alejaba.

—Es demasiado pesado —dijo Benedict en voz baja. La quietud de la noche hacía que cada sonido fuera más pronunciado—. Pero… Puedo manejarlo.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y se reclinó. Su cuerpo pronunciaba las palabras que flotaban en su mente. ¡Esto era divertido!

Me incliné, tomé el baúl con firmeza en mis manos y lo levanté. El peso se tensó contra mi agarre. Podría levantarlo, sin embargo, pude ver que Benedict tenía razón: ciertamente, no podría cargarlo escaleras arriba ni entrar con el mismo a la casa. Caminé dos pasos, antes que mis brazos gritaran en señal de protesta, y me incliné para dejarlo en el suelo.

—Permíteme —dijo con una fuerte dosis de presunción.

—Eso ciertamente suena como un hombre que espera arreglar nuestras diferencias.

Gruñó en voz baja y levantó el baúl con facilidad.

—Tienes razón. ¡Esa es una idea inútil!

Algo en la forma en que tan fácilmente se dio por vencido me dolió, pero lo ignoré. La decisión que había tomado de mantenerme alejada de él fue sabia, incluso fue mi salvación. Cogí la maleta de Benedict del suelo y lo seguí escaleras arriba. Para que su plan funcionara, necesitábamos despertarnos en nuestros dormitorios, donde los sirvientes nos encontrarían dormidos por la mañana. Esperábamos que supusieran que nuestra acompañante se había ido, en el carruaje alquilado.

Llegamos silenciosamente a la puerta principal. Benedict dejó el baúl e intentó abrirla, pero la misma no se movió. Miró desde la puerta hacia mí, y vi por primera vez un poco de preocupación, cuando frunció el ceño.

—Está cerrada.

Capítulo 10

Benedict

—¿No esperabas esto? —preguntó Thea, mirándome con leve alarma.

Intenté abrir la puerta de nuevo, pero la misma no se movió.

—He regresado a casa, en medio de la noche, y nunca me encontré con este dilema, en particular. —Miré hacia arriba—. Quizás la entrada de los sirvientes esté abierta.

Thea miró su baúl.

—Deja las maletas y ven conmigo —le dije—. No quiero cargar ese baúl por el perímetro de la casa, solo para verme obligado a trepar por una ventana o algo igualmente desgarbado. Es demasiado pesado y podríamos volver a recuperarlo, una vez que entremos a la casa.

—Puedo esperar aquí —susurró.

"¡Maldita mujer orgullosa!" Giré sobre mis talones, su rechazo anterior todavía picaba con suave consistencia. Pensé que nos llevábamos bien, después de unos días de compañía mutua, pero aparentemente Thea era demasiado terca para dejar de lado nuestras diferencias, y admitir que bien podríamos ser amigos, si así lo deseaba.

—Como quieras.

Solo había llegado a la mitad de las escaleras de piedra, cuando la escuché siguiéndome. Sacudí la cabeza y esperé a que Thea me alcanzara.

—Está demasiado oscuro para esperar sola —dijo.

Rodeamos el enorme edificio de Chelton hasta la entrada de servicio, y tiré de la puerta, dando un suspiro de alivio, cuando la misma se abrió.

—Comencé a preguntarme si tendrías que despertar a los sirvientes.

—Comencé a preguntarme si treparía hasta la ventana de Henry. Afortunadamente, ninguna de esas cosas es necesaria. —La luz de la luna entraba en el pequeño vestíbulo con nosotros, y noté que la puerta del mayordomo al final del pasillo estaba abierta.

Thea abrió la boca para hablar y yo le tapé los labios con la mano para detener el sonido. Sus ojos redondos se abrieron aún más, y señalé la puerta abierta del mayordomo para indicarle por qué necesitaba guardar silencio, ignorando el terciopelo de sus labios y cómo la suavidad parecía adherirse a mi piel.

—Si nos escucha, estamos acabados —susurré, tragando saliva. Levanté las cejas, y esperé a que ella asintiera en señal de comprensión, antes de retirar mi mano de su boca, y soltar mis dedos tensos nuevamente de una forma disimulada.

Tomé su mano suavemente y sostuve su mirada. No fue un gesto romántico de ninguna manera. Solo deseaba guiarla a través de los pasillos oscuros, que conocía tan bien, pero sus cálidos dedos se curvaron alrededor de los míos y enviaron una chispa por mi brazo. Pasamos por la habitación del mayordomo con el bendito sonido de ronquidos bajos y suaves, y recorrimos otro pasillo vacío hacia las escaleras que nos llevarían a la puerta principal.

—Debería haber esperado junto a la puerta —susurró, después que despejamos las escaleras y avanzamos por un pasillo inofensivo.

Miré por encima del hombro.

—¿Por qué no lo hiciste?

Sus ojos se dirigieron hacia mí.

—Me sentí expuesta, esperando allí sola. Estar ante la puerta era como esperar en un

escenario.

—¿Tienes alguna experiencia parada en un escenario? —susurré—. ¿Esa era tu ocupación antes de ser institutriz?

—Haré todo lo posible para no ofenderme por eso.

—No hay nada malo con las actrices.

—Si eres miembro de la alta sociedad, lo hay, y lo sabes. Mi reputación nunca se recuperaría de tal rumor.

—Entonces, me abstendré de contarle a nadie sobre tu sórdido pasado en el escenario.

Liberé su mano y dejé de caminar, girando para encontrar su silueta en el pasillo oscuro. Envuelta en la oscuridad, era difícil ver su expresión, pero la emoción que emanaba de ella era tensa y agobiante. Solo había estado bromeando, pero ella parecía molesta. El momento se prolongó. Tenía muchas ganas de saber qué estaba pensando, qué estaba decidiendo decir o no decir.

Aunque ella permaneció en silencio.

Intenté aligerar la densidad del aire.

—Debemos darnos prisa o alguien nos encontrará, y se preguntará por qué llevas pantalones.

— Benedict, ¡eres imposible!

—La mayoría de la gente me encuentra encantador.

—Yo no soy la mayoría de la gente.

No, ella no era así. Tenía la capacidad de introducirse bajo mi piel y llenar mi vientre con el aleteo de las alas de un pájaro simultáneamente. Nadie me distraía como lo hacía Thea y, a pesar de las discusiones, lo disfrutaba. Luché contra la ligereza de mi estómago y la pesadez de mi pecho, y le tendí la mano. Rocé su brazo, incapaz de ver con mucha claridad.

—No es necesario que me guíes. Sé cómo orientarme en Chelton.

Dejé caer mi mano.

—Muy bien, pero por favor, debes abstenerte de golpear las mesas o chocar contra la pared. Algunas mesas tienen jarrones muy caros.

Thea me agarró la mano y el calor se disparó hasta mi corazón.

—¡Date prisa! —refunfuñó.

La agarré con más fuerza y continuamos por los pasillos, doblando las esquinas y deslizándonos silenciosamente por el suelo de cuadros blancos y negros del gran vestíbulo. Subimos por las escaleras alfombradas hasta las salas familiares. Llegamos al antiguo dormitorio de Thea, y abrí la puerta. Hacía frío y estaba oscuro, aunque la cama estaba vacía y las mantas eran gruesas.

—¿Qué pasa con mi ropa? —preguntó, cuando le solté la mano—. No puedo bajar a desayunar en pantalones.

—¿Por qué no? Sería una broma.

—¡Ben!

Mi estómago dio un vuelco.

—Tengo la intención de regresar ahora por nuestras maletas. Dejaré la tuya justa dentro de tu puerta. Puedes esperar tu baúl por la mañana.

Ella dudó. La luz de la luna se colaba por la ventana, y pude ver la indecisión reflejada en sus rasgos.

—¿Debería ir a buscarla ahora?

—¡No! Lo hemos logrado, Thea. Estás en tu habitación, el conductor se ha ido con nuestra

acompañante imaginaria, a cuestas, y si alguien nos encontrara ahora, todo sería correcto porque estás durmiendo en tu propia cama, exactamente donde deberías haber estado durante la primera vez, en los últimos seis meses.

Thea pareció aceptar esta respuesta.

—¿Y tú?

—Después de recoger nuestras maletas, tengo la intención de acostarme en mi propia cama, y dormir hasta el domingo.

—Buenas noches, Ben —asintió suavemente.

—Buenas noches.

Cerré la puerta y di la vuelta para bajar las escaleras a buscar las maletas. Había una persona parada en el centro del pasillo, y me sobresalté, saltando ligeramente hacia atrás, mientras el frío recorría mi cuerpo.

—¿Benedict? —preguntó.

—Madre —dije, aliviado y vacilante a partes iguales. Su familiar bata rosada se distinguía ligeramente en el pasillo oscuro, y su cabello estaba recogido debajo de una gorra. No pude distinguir fácilmente sus rasgos porque no llevaba ninguna vela, pero pude ver el alivio en la caída de sus hombros.

Tragué.

"¿Cuánto tiempo ha estado allí y cuánto de mi conversación con Thea ha escuchado? ¡Menos mal que el conductor se ha ido con nuestra acompañante imaginaria, a cuestas!"

—¿Thea está en casa? —preguntó. Su voz esperanzada revolvía mi estómago. Por eso había emprendido ese desdichado viaje, pasando cinco meses, entrando y saliendo de varios pueblos, interrogando a posaderos y comerciantes sobre una mujer pequeña, de cabello oscuro, con cara en forma de corazón y ojos azules y redondos. La miniatura que había llevado conmigo había sido de gran ayuda, guiándome lentamente por el camino de Thea, gracias a su rostro memorable. Esa desgraciada era demasiado hermosa para pasar desapercibida.

Di un paso adelante y abracé brevemente a mi madre.

—Sí, ella está en casa.

—¿Bueno? —preguntó, en mi hombro—. ¿Ella está sana e ilesa?

La solté.

—Está delgada, pero hasta donde sé, está ilesa. Tendrás que interrogarla por la mañana. Por ahora, creo que necesita descansar.

"Y ella tendrá tiempo suficiente para cambiarse y ponerse ropa propia de una mujer".

El silencio y la privacidad brindaron una buena oportunidad para informar a mamá que Thea no iría a la casa de Lord Claverley, pero su rostro cansado me recordó la enorme tensión, a la que la había sido sometida por la ausencia de Thea. Se merecía un descanso por un momento. No podía soportar aumentar sus preocupaciones todavía.

—El descanso es bueno. —Ella estuvo de acuerdo, sacando su caja de encendedores de la mesa, colocada contra la pared, y prendiendo una vela—. Entonces, ella debe responder por su ausencia.

—Por supuesto.

—Me alegra que ella haya regresado con nosotros nuevamente, Benedict. ¿Te quedarás un rato esta vez? —Mi madre dejó escapar un largo y profundo suspiro.

Intenté hablar con un tono más suave:

—¿Bajo el mismo techo que Thea? No estoy seguro que sea una buena idea. —Consideré escapar a nuestro cobertizo de caza en el futuro previsible, o al menos irme el tiempo suficiente

para recuperarme de la última semana.

—Esto podría darles la oportunidad de reparar sus diferencias.

Yo esperaba lo mismo, pero resultó imposible durante el viaje que hicimos juntos. No parecía gustarle a Thea y no pude evitar provocarla o discutir con ella. Éramos demasiado volátiles el uno con la otra. El peso de mi decepción me invadió.

—Si cuatro días en un carruaje no pudieron arreglar nuestras diferencias, no estoy seguro que permanecer en la misma casa sea más poderoso.

Los labios de mi madre se aplastaron y una sombra amplió la línea entre sus cejas. Odiaba causarle dolor.

—Me quedaré —dije finalmente. No podía prometer cuánto tiempo estaría en el hogar, pero seguramente podría darle a mamá quince días—. Y haré todo lo posible para no hacerlo… ninguna disputa con Thea.

—Gracias cariño. —Mi madre tomó mi mano y me apretó los dedos—. Ahora, duerme un poco. Pareces fatigado.

Estaba cansado. Hasta lo más profundo de mis huesos, la fatiga me desgastaba y ralentizaba mis movimientos. La enorme tensión que había sufrido durante los últimos meses se reveló en la pesadez de mis miembros y el cansancio de mi alma. Estaba cansado, pero no solo físicamente. Cuando le dije a Thea que planeaba dormir hasta el domingo, lo dije en serio.

—Creo que debemos tener cuidado —dije con cautela—. O ella podría volver a correr.

—¿Por qué lo haría? —Mi madre me miró con confusión.

Estaba demasiado cansado para iniciar la conversación sobre la negativa de Thea a ir a la casa de Claverley, y temí que eso solo provocaría que mi madre entrara corriendo a su habitación para pedir una explicación. Thea estaba agotada y todavía vestía como un muchacho. No podía arriesgarme a que mamá ingresara en su habitación ahora. Intenté permanecer vago.

—Estoy seguro que tenía un motivo para abandonar la casa de la señora Moulton. Si no tenemos cuidado, podría volver a pensar que huir es su única opción.

Mi madre asintió.

—Debemos recordarle que aquí la aman, que es parte de la familia —suspiró—. Amaba muchísimo a la madre de Thea. Ella era más una hermana para mí que una amiga, y Thea no tiene a nadie más. Su tío Northcott es perverso e irresponsable, ella no puede confiar en él. Necesitamos demostrarle que la queremos y que puede confiar en nosotros.

La constante pasión con la que mamá hablaba me impactó con gran fuerza, y sus motivaciones para sentirse responsable del bienestar de Thea resonaron en mí. Me imaginé a Thea, tal como la había visto por primera vez en el jardín, delgada y cansada, y eso no me gustó. Tampoco quería que ella sintiera que su única opción era huir, no cuando tenía personas que la amaban, como lo hacía mi madre. Como lo hacíamos todos.

—Buenas noches, madre.

Después de recuperar las maletas, regresé a la habitación de Thea y abrí la puerta. Crujió suavemente, extendí la mano y dejé su maleta en el suelo, exactamente como le había dicho que haría. La luz de la luna entraba por la ventana, resaltando su pequeña forma dormida en la cama. Su rostro estaba levantado hacia la luz, y mientras dormía parecía angelical, ya que la suave curva de su mejilla y la inclinación de su boca descansaban en completa satisfacción. ¡Ella era hermosa! Podría admitirlo en el silencio de la noche y en la seguridad de mis propios pensamientos. A menudo me preguntaba cómo se sentiría abrazarla, captar la naturaleza salvaje de Thea, en mis manos, y seguirla a lo largo de su alegría indómita. Ella irradiaba felicidad de una manera que yo siempre había envidiado. No quería contenerme, más bien quería pedir

permiso para disfrutarla.

Sin embargo, esto no ocurriría así porque la mujer me odiaba. Me despreciaba con la profundidad que solo alguien con tal vivacidad y brillo de sentimiento podría hacerlo. Thea no se sentía en un nivel amable: era una explosión de emociones, ya fueran buenas o malas.

Cuando Thea llegó por primera vez a Chelton, inmediatamente me invadió la profunda necesidad de conocerla y ser adorado por ella. Nos llevábamos bien, o eso creía yo, hasta que ella cambió. Una noche, estábamos bailando en la sala de retratos, y al día siguiente, ella se volvió distante. Nunca entendí qué había sucedido para que Thea me despreciara, pero mi temperamento había estallado junto al de ella en igual medida, y nos habíamos hundido hasta tal punto, en una relación de confusión y discordia, que ninguno de los dos podía salir de la misma, incluso si lo deseáramos.

Lo cual ella claramente no hizo.

No podría decir cómo me sentía porque en el calor de la discusión, a menudo sentía el deseo más profundo de estallar. Pero ahora, en la silenciosa oscuridad de su habitación, mi cuerpo estaba fuera de la puerta y mi mano seguía apoyada en el pomo de latón, por lo que permití que el arrepentimiento que había permanecido latente, durante tanto tiempo, asomara su patética cabeza.

¡Esto era una lástima! Ciertamente, podríamos haber sido los mejores amigos.

Capítulo 11

Thea

Mi baúl y mi maleta estaban justo dentro de la puerta, cuando me desperté a la mañana siguiente, y sentí un dolor en las extremidades, que solo podía solucionarse con un descanso adecuado y un baño tibio. Saqué mi bata del baúl, metí la ropa y los zapatos de sirviente en un fajo, y los escondí debajo de la cama. Benedict sabría mejor cómo deshacerse de ellos, más tarde.

Tiré de la cuerda de la campana y crucé hacia la ventana para esperar a la sirvienta, que había llamado, mirando a través de los paneles de vidrio, el amplio césped y las onduladas colinas repletas de árboles que formaban el parque de Chelton. “La locura” era el sitio justo encima de las colinas en la lejanía (demasiado lejos para caminar, por supuesto), y yo anhelaba un viaje agotador a través de los árboles y las colinas para visitar ese lugar tranquilo.

Un golpe precedió a la entrada de una mujer baja, y Hannah estaba en la abertura con sus ojos brillantes, felices de verme, o eso parecía.

Envolví mis brazos sobre mi pecho y le sonreí a la joven criada. Ella se había convertido en mujer, desde que me fui a la escuela, pero su sonrisa fresca era tan hermosa como antes.

—Buenos días, Hannah... Has pasado por una edad. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, madame. Pero, creo que son buenas tardes.

Miré de nuevo a la ventana y noté la ubicación del sol en lo alto. Había dormido mucho más tarde de lo que creía. Aclarándome la garganta, le sonreí a la criada.

—¿Es demasiado tarde para pedir un baño?

—Por supuesto que no. Me ocuparé de ello de inmediato. ¿Quieres algo de comer también?

—Sí, pero no dejes que la cocinera se meta en más problemas por mi culpa. Cualquier cosa servirá. ¡Estoy famélica!

Hannah hizo una reverencia y salió de la habitación. Mentiría si intentara convencerme que no había echado de menos las comodidades de Chelton House. Una sirvienta esperando al final de la cuerda para hervir el agua de mi baño, otra en la cocina, preparándome el desayuno, poco después que el sol ya había alcanzado su cenit. Estaba muy lejos de las limitadas abluciones posibles para una criada de cocina con una jarra y un aguamanil, en una oscura habitación del ático, o la comida sencilla que consumíamos en la mesa de los sirvientes. Aunque, a pesar de las diferencias, prefería mi situación de institutriz y ayudante de costurera. Allí mi habitación en ambas casas era sencilla y la comida también, pero todo era menos laborioso y me proporcionaba más libertades.

“¿Fui un fracaso? Sí, un poco”. Era extraño pensar que todavía estaría recogiendo guisantes y amasando masa, si Benedict no me hubiera encontrado. Me había empeñado obstinadamente en demostrar que podía arreglármelas sola, y que no necesitaba a nadie más.

¡Quizás no necesitaba a nadie! Pero eso no significaba que no fuera agradable tener a los demás. Me alejé de esa vida, sabiendo de lo que era capaz y con la determinación de asegurarme que todos los sirvientes a mi cargo recibieran velas, mantas, colchones y comida adecuada. No podría regresar a esta vida, después de una experiencia así, con objetivos menores.

Alguien llamó suavemente a la puerta y Lady Edith la abrió. Su cabello gris estaba recogido en un suave moño, y sus pómulos altos y sus ojos azules brillantes resaltaban la belleza algo descolorida, que aún se mantenía notablemente bien. Ella permaneció majestuosamente, esperando mi permiso para entrar al dormitorio, y el alivio en su mirada y la suavidad alrededor

de su boca eran casi palpables.

—¡Oh, Thea! ¡Estás en casa!

"*¿Casa?*" Esa palabra me tocó como un acorde chocante. No podía reclamar a Chelton como mi hogar... no del todo.

—Es bueno verte —dije, cruzando la habitación hacia Lady Edith—. Sin embargo, me temo que huelo a los establos, así que no querrás acercarte más.

Ella sonrió.

—No me importa cómo huelas. —Cruzó el resto de la habitación y me abrazó cálidamente, como solo una madre podría hacerlo. Sus brazos rodearon mi espalda y presionaron mis omóplatos, rodeándome con afecto, envolviéndome con la sensación que me querían por completo aquí—. Me siento muy aliviada de encontrarte bien.

Me soltó y dio un paso atrás, evaluando mi cabello andrajoso y mis pies descalzos, debajo de mi bata.

—Aunque te vendría bien un poco más de carne en los huesos. Estás demasiado delgada.

—Ciertamente, estoy deseando probar el mazapán de la cocinera.

Las cejas de Lady Edith se arquearon.

—Estás de suerte. Está en el menú de esta noche.

—No lo necesito tan pronto. Puedo esperar hasta que la cocinera tenga tiempo para ello. —Sonreí.

Lady Edith negó con la cabeza.

—Querida, no estoy bromeando. Benedict lo solicitó esta mañana.

Mi estómago dio un vuelco, pero ignoré la extraña sensación.

—Tenía la impresión que no estaría despierto hasta el domingo.

Ella se sentó en el borde de mi cama y yo me senté a su lado.

—Al pobre muchacho no se le puede decir que se quede quieto. Se levantó con el sol y salió a montar con James.

—James —dije, mirándola fijamente y captando el cambio de tema—. ¡Está casado!

—¡Sí! —Ella sonrió, pero la tristeza acechaba en las sombras de sus ojos—. El nombre de su señora es Felicity y es un alma encantadora y gentil.

Sin embargo, la expresión de Lady Edith hablaba de otra emoción, y no lucía agradable.

—¿Ella es…?

—Ella es maravillosa y te gustará. ¡Estoy segura de ello! No tuvimos el comienzo más auspicioso. Basta decir que había rumores sobre ella que decidí creer, y que casi arruinaron todas las relaciones entre nosotras.

Los rumores eran veneno. Era consciente de cómo estos podrían arruinar la vida de cualquiera.

—¿Pero ya han arreglado las cosas entre ustedes?

—Lo hicimos... La amo muchísimo y ahora que la conozco, me pregunto cómo pude haber creído las cosas que alguna vez pensé que eran ciertas. Pero ella era una extraña cuando vino aquí. No sabía nada mejor, entonces, y aprendí de mi error. —Lady Edith me lanzó una sonrisa irónica—. Desde entonces, he prometido no formarme una opinión sobre nadie hasta que haya tenido el tiempo suficiente para conocer su carácter.

—Es una buena regla para vivir.

Un lacayo llevaba la tina de hojalata y otro lo seguía con un cubo de agua humeante. Los vimos arreglar la pantalla y continuar llenando la bañera.

—Todos están en casa y ansiosos por verte. ¿Tal vez, después de lavarte y vestirte, bajas al

salón? Henry, James y Felicity estarán allí.

—Por supuesto.

"Todos excepto Benedict".

—Benedict tiene asuntos que atender en Bakewell. Debería regresar, antes de la cena.

Asentí y vi a Hannah cargar otro cubo de agua, seguida por un lacayo.

Lady Edith se levantó para marcharse.

—Me di cuenta que no llegaste con ninguna sirvienta, así que le pregunté a Hannah si le gustaría convertirse en tu criada. Si te parece bien, creo que ella hará bien el trabajo.

—Me encantaría —dije, captando la sonrisa de Hannah, entrenada como estaba en el suelo.

No fue hasta que Lady Edith se fue que me pregunté cómo sabía que yo llegué sin una sirvienta, y qué más ella había discernido de nuestra llegada clandestina.

* * *

Benedict

Me parecía que esta era la única manera de garantizar que mi madre no obligaría a Thea a volver con el primo Matthew (un nombre que recordé con mucha amargura, simplemente porque a él le molestaba claramente, y prefería que lo llamaran por su título, siendo demasiado arrogante) y su esposa, Lady Claverley. Iba a discutir el asunto con ellos, yo mismo. Cabalgué hasta la casa en expansión y dejé mi caballo en la puerta de los establos, luego caminé por el camino de grava hasta la puerta principal.

El mayordomo la abrió, antes que pudiera tocar, y me condujo adentro.

—Lord Claverley está en su estudio y lo espera allí.

Supuse que el beneficio de un viaje largo y sinuoso para los demás era la capacidad de prever a los visitantes y prepararse en consecuencia. Seguí al mayordomo hasta el estudio de Claverley, y me dejé caer en el asiento frente a mi primo. Se encogió de hombros. Su rostro ancho y sus mejillas redondeadas no se molestaron en ocultar su desaprobación por mi comportamiento casual.

—Te ves bien, primo —le dije, usando el título para recordarle nuestro vínculo familiar.

Él asintió, como si estuviera de acuerdo conmigo.

—Lady Claverley me tiene a dieta a base de carnes rojas y papas, y eso ha hecho maravillas con mi energía.

—Estoy encantado de escucharlo.

—Has estado fuera por mucho tiempo —dijo.

—Es así... Nunca puedo quedarme en un lugar por mucho tiempo, ¿sabes?

Claverley emitió un leve gruñido de reconocimiento.

—Quizá te agradezca saber que tu carga goza de buena salud. —Intenté sonar natural, aunque esto no fue muy difícil. No estaba mintiendo—. La dejé esta mañana y estaba absolutamente radiante.

—¿Esta mañana? ¿Entonces vienes de York?

—No… De Chelton. —Tuve cuidado de mantener una expresión inocente. Si decía esto de manera inadecuada, el juego terminaría—. ¿Mi madre aún no ha venido a verte?

Claverley frunció el ceño.

—No, recientemente, no.

Miré al techo, como si estuviera considerando esto.

—Supongo que la preparación la ha abrumado, por supuesto. Quizás no debería haber mencionado a Thea hasta que mi madre viniera primero. ¿Olvidarás que dije algo, por supuesto?

Claverley no parecía dispuesto en absoluto a hacerlo.

—¡Mmm! ¿Qué traería a tu madre aquí?

Obviamente, mamá no viajaba. Se ponía muy enferma en el carruaje, sin importar la distancia, y mi primo lo sabía. Él sabría que ella no planearía verlo sin una causa adecuada.

—Thea, por supuesto. La chica ha vuelto a casa. —Mi pecho se apretó ante la primera palabra, pero la ignoré, dejando mi plácida sonrisa en su lugar.

Los ojos de Claverley brillaron de codicia.

—¡Ah, ya entiendo! Finalmente se cansó de la escuela, ¿cierto? Prepararemos su cámara.

Me encogí de hombros. Mi madre se había quejado que había sido una hazaña convencer a Claverley que Thea se quedara para ayudar a la señora Moulton, y perfeccionara aún más sus destrezas para así prepararla en el mercado matrimonial. Él no podía saber que Thea se había escapado, o toda la sociedad lo sabría en quince días.

—Ha mejorado mucho sus habilidades con el piano. ¡Quedarás muy impresionado! Te lo prometo. —O eso esperaba.

"Debí haber interrogado a Thea un poco más antes de emprender esta conversación".

Él asintió.

—¿Cuándo podremos esperarla?

—Mamá está tan contenta por su llegada… difícilmente podría permitir que la pequeña se vaya de inmediato, ¿entiendes?

—Supongo…

—Thea también se ha unido mucho a la nueva esposa de James, Felicity. Será una hazaña separarlas, cuando llegue el momento de viajar a Londres. Es muy posible que sea imposible —agregué con una risa despreocupada. Estaba plantando cada semilla, poco a poco, para regarlas cuando necesitaba que crecieran. Antes que Claverley se diera cuenta, tendría todo un jardín de comprensión sobre por qué Thea no viviría bajo su techo, cuando llegara enero.

Claverley guardó silencio y aproveché su repentina desaprobación como una buena oportunidad para dejar de trabajar en el jardín, y cambiar la conversación hacia algo que lo dejara satisfecho.

—Pero yo no vine aquí a chismorrear. Estoy aquí para pedirte consejo sobre un asunto de gran importancia.

Eso captó con éxito su atención. Claverley se reclinó en su silla de cuero y juntó las manos sobre su amplio cuerpo.

—¿Qué es?

—Mi herencia. —Las palabras se deslizaron de mi lengua, como si viajaran a través del pegamento. Ignoré los ansiosos grilletes en mi estómago y sostuve la mirada de mi pomposo primo—. No puedo decidir, si estoy más preparado para comprar una propiedad o decidirme por una ocupación.

Claverley se incorporó, convencido de su interés.

—¿No pensaste en preguntarle a James?

Me burlé ligeramente.

—James nunca me presionaría para que hiciera nada. Está feliz de tenerme en Chelton para siempre, por supuesto, pero no puedo traer una esposa a vivir a la casa de mi hermano. ¡Esto nunca serviría!

—Un hombre debe tener su orgullo —dijo, asintiendo.

—Precisamente.

Pareció contemplarme por un momento.

—¿Tienes alguna ocupación en mente?

"¿La tengo?" No había pensado tan lejos en el asunto. Solo quería dejar a Claverley sintiéndose como si hubiera ayudado a su primo joven con el rumbo perdido, y no analizando mis revelaciones sobre Thea demasiado profundamente. Sin embargo, él me estaba obligando a considerar cosas, que hacía mucho tiempo había intentado evitar.

—Puedo ver la respuesta en la expresión inexpresiva de tu rostro —dijo Claverley, frotándose el dedo por su grasienta barbilla—. Debes pensar, primero, en las ocupaciones a las que estarías dispuesto a dedicarte. ¿Te opones a viajar mucho? En el extranjero se pueden hacer fortunas, ¿sabes?

—Viajar no me repugna del todo, pero creo que a mi madre le desagradaría que estuviera tan inaccesible.

—¡Mmm! Me has dado mucho que considerar. ¿Nos volvemos a reunir el próximo miércoles, y discutimos más el asunto? Puedes tomarte el tiempo para contemplar las ocupaciones, o tendrías éxito como dueño de una propiedad modesta, cuando no te gusta permanecer en un lugar por mucho tiempo. También puedo pedirle a mi mayordomo que investigue las propiedades disponibles en la zona. Si hay alguna a la venta, Jenkins lo sabrá.

La sorpresa me levantó las cejas.

—¡Eso lo apreciaría mucho!

Me alejé de Claverley con la clara impresión que, si bien había acudido a mi primo para engañarlo, él había puesto en marcha los engranajes de la planificación de mi futuro. Era a la vez aterrador y, tuve que admitirlo, intrigante. Si alguna vez quisiera casarme, lo cual algún día haría, necesitaba solucionar esto. La respuesta sobre qué profesión debería ejercer no me había llegado en la escuela. Supuse que empezaría a buscarla ahora mismo.

Capítulo 12

Thea

Era imposible no notar la ausencia de Benedict durante la cena, esa misma noche. Me gustaría pensar que mi especial atención a su paradero se debía a que había pasado los últimos cuatro días en su compañía, pero la verdad era que siempre buscaba al hombre en una habitación. Era ridículo, esto era como una especie de castigo que me daba a mí misma, ya que siempre deseaba saber dónde estaba Benedict, a pesar de su clara aversión hacia mí.

James tomó la cabecera de la mesa con su esposa a un lado y su madre al otro. Henry ocupaba el asiento junto a Lady Edith, así que yo me senté junto a Felicity. Tanto Benedict como su madre tenían razón, por supuesto, y Felicity me agradaba excesivamente. Ella era mucho más reservada que yo, pero la diversión que bailaba en sus ojos era evidencia que era un alma alegre, y eso me gustaba mucho de ella.

—Tenemos planeada una cena para el próximo lunes —dijo Lady Edith, distraídamente, como si yo no hubiera estado desaparecida durante casi medio año—. Es demasiado tarde para agregar a Lord y Lady Claverley, pero tal vez podamos extenderles una invitación para el viernes. Estoy seguro que querrán verte, Thea.

Dejé caer el tenedor y el cuchillo ruidosamente sobre el plato. Cuatro pares de ojos se fijaron en mí.

—No lo considero necesario.

Una línea se formó entre las cejas descoloridas de Lady Edith. Abrió la boca para hablar, cuando la puerta se abrió en el otro extremo del salón, y Benedict entró tranquilamente, robando efectivamente la atención del salón.

—Perdona mis modales, madre —dijo, acercándose a la cabecera de la mesa e inclinándose para besarla en la mejilla—. No esperaba que el asunto tardara tanto.

—Te unirás a nosotros —expresó claramente y perdonándolo.

Él me miró, pero también desvió la mirada.

—No estoy vestido para ello.

—Eso no nos importa mucho —destacó Felicity.

—Ven y come —añadió James—, has estado fuera demasiado tiempo, Ben. Seguramente te habrás perdido las aves de la cocina.

La sonrisa se tensó alrededor de sus ojos. Me miró de nuevo y luego volvió a desviar su mirada. Asintiendo, una lenta y amplia sonrisa se dibujó en sus labios.

—Como ustedes deseen.

James ordenó a los lacayos que trajeran otro cubierto y lo colocaron a él mi lado, sin duda intentando mantener la igualdad lo mejor que pudieron. Hubiera sido mejor pedirme que me hiciera a un lado, y sentarlo entre Felicity y yo, pero los Bradwell no eran tan formales, a menos que fuera una verdadera cena de la sociedad.

—Quizás al lado de Henry sea mejor… —comenzó James.

Benedict respondió a eso, sacando su propia silla, y sentándose a mi lado.

—No somos niños —dijo, aunque había una extraña amargura en su tono—. Podemos sentarnos durante una cena, en perfecta armonía.

Los ojos alrededor de la mesa me miraron.

—Por supuesto que podemos —agregué rápidamente. Podría demostrarles que sabía cómo

actuar en público. Después de todo, yo era solo la mitad del problema, y si Benedict estaba dispuesto a intentar ser civilizado, yo podía hacer lo mismo.

Lady Edith pareció complacida por esto.

—Le estaba diciendo a Thea que deberíamos invitar a Lord y Lady Claverley a cenar la próxima semana.

—Eso no será necesario. —Benedict dudó solo un momento antes de continuar—, en realidad, acabo de ir a verlos. Creo que sería mejor esperar…

La sonrisa de Lady Edith se hizo más tensa.

—¿Qué asunto tenías con tu primo?

Se tomó un momento para responder y mis dedos apretaron el tenedor en mi mano. *"¿Fue para anular el acuerdo? ¿Para cumplir su promesa?"* Lo miré y lo encontré mirándome. Apartó la mirada, no sin antes plantar la semilla de esperanza en mi pecho.

—Creo que será mejor discutir esto más tarde, madre.

Lady Edith ya no parecía contenta. Su boca se tensó y sus cejas se juntaron con preocupación.

—Me esforcé mucho en llegar a un acuerdo con Lord Claverley, y aún más en ocultar la reciente desaparición de Thea para evitar que tu primo renunciara al acuerdo. Hay mucho en juego en su voluntad de ayudarla a encontrar una pareja, durante la temporada.

—No veo por qué… Estamos perfectamente capacitados para patrocinarla y Felicity será una buena acompañante. —Benedict miró a su cuñada—. De todos modos, tienes intención de ir a Londres a ver a tus padres, ¿no?

—¡Sí! —Ella tomó la mano de James sobre la mesa, como si necesitara tocarlo para apoyarse—. Estaremos encantados de ayudarte en todo lo que podamos.

—Está decidido entonces —dijo Benedict con su amplia sonrisa, que era imposible de no corresponder, incluso en la más mínima de las formas.

—¡Nada de eso está decidido! —Lady Edith lucía atronadora.

El salón quedó en silencio. Estaba segura que mi corazón latía más fuerte que el reloj de caja larga que había al final.

—Por el bien de Thea, creo que será mejor discutir esto en privado. —Benedict se aclaró la garganta.

—Siempre y cuando quieran incluirme en la conversación —dije.

Lady Edith se presionó las sienes con los dedos.

—No hay ninguna conversación que tener… No hay nada que discutir.

—Quizás sea mejor para nosotros darle privacidad —dijo James, levantándose de su asiento.

Seguramente, me enteraría más tarde de todo lo ocurrido. No podía imaginar que esta familia guardara muchos secretos entre sí. Pero agradecí mucho la amabilidad que él me mostró al no ofrecerme una audiencia para una conversación tan embarazosa.

Felicity se movió para seguir a su marido, pero Benedict se levantó de su silla.

—Si esto hay que discutirlo ahora, entonces podemos irnos. Quédate y termina tu comida.

Lady Edith pareció estar de acuerdo y se levantó de su asiento. No me habían invitado a unirme a su conversación, pero como se centraba en mí, sentí que tenía derecho a ser parte de ella. Dejé mi servilleta sobre la mesa y corrí tras ellos. Entramos en el salón y Benedict cerró la puerta detrás de nosotros.

—No me gusta que hayas hablado con tu primo sin consultarme, Ben. No conoces toda la situación y muy bien podrías haberlo puesto todo en peligro. —Lady Edith caminó hacia la

chimenea antes de mirarnos. Nada en su elegante peinado estaba fuera de lugar, pero de alguna manera todavía parecía desaliñada—. ¿Qué haremos si Lord Claverley se niega a patrocinarla?

—Ya casi no importa —dije, un poco sorprendida por la ferocidad de los sentimientos de mi madrina—. ¡No voy a ir con ellos a Londres!

—Por supuesto que irás…

—No… —Me dirigí a Benedict—. Díselo a ella.

Me miró larga y duramente, luego se pasó una mano por la cara y volteó impotente hacia su madre.

—Ella no puede acudir a ellos. Le prometí que no lo haría.

—¿Prometiste a quién?

—Le prometí a Thea que si regresaba conmigo a Chelton, no la obligaríamos a ir a casa del primo Matthew.

—Lord Claverley —corrigió Lady Edith—. Tiene el título porque es un conde. Necesitamos su estatus para recibir las invitaciones necesarias para encontrarle a Thea una pareja decente.

—Pero, ¿por qué? —insistió Benedict—. Sus padres eran perfectamente respetables. No hay ningún escándalo asociado con el nombre de Northcott.

El silencio cayó sobre nosotros con la espesa densidad de una niebla impenetrable. Lady Edith me miró. Sus ojos contenían los secretos que yo esperaba que hacía tiempo se hubieran desvanecido en su memoria. Pero, por supuesto, esto no había sucedido. Aunque el apellido Northcott no había estado en boca de todos en los últimos años, no después que la muerte de mis padres ocurriera hace cinco y seis años, respectivamente, sin embargo, eso no significaba que mi aparición en la sociedad no diera nueva vida a los escándalos estancados, que se habían desvanecido a un estado latente.

—¿Qué es? —preguntó Benedict en voz baja, sintiendo que había algo que no sabía—. ¿A qué nos enfrentamos?

Algo en la tranquila resolución de su voz y la forma en que había dicho “nos”, como si aceptara que ellos estaban inevitablemente involucrados en mi futuro, hizo que mi corazón diera un vuelco.

Lady Edith arruinó la agradable sensación al traerme de nuevo al asunto que nos ocupaba. Cuando habló, su voz era tranquila, mesurada y cuidadosa, como si deseara manejar el asunto con delicadeza.

—Amaba mucho a la madre de Thea, pero después que los Northcott se mudaron a Suecia, ella se ganó una reputación por su infidelidad, tanto ella como el señor Northcott. Si Thea tiene alguna esperanza de conseguir una pareja decente, será a través de la impecable reputación y el rango de Lord Claverley.

—No quiero su ayuda —dije, dando un paso adelante y llamando la atención tanto de Lady Edith como de su hijo—. Nunca la quise. Estoy feliz de hacer mi propio camino, incluso con las consecuencias de la reputación empañada de mis padres.

—¿A tu manera? ¿Cómo vas a pagar entonces por tu propio camino, mientras tu herencia esté ligada a tu tío hasta que seas mayor de edad? Estamos felices de tenerte aquí, Thea, pero no puedes... —Lady Edith se detuvo y su mirada buscó el techo. Ella fue demasiado amable al decir que yo no podía confiar en su caridad para siempre. Pero no la necesitaba. Tenía dinero… Simplemente, todavía no había acceso al mismo.

—Nunca he deseado casarme con un caballero y ciertamente preferiría no vivir bajo el cuidado de Lord Claverley. Me niego, como Benedict sabe perfectamente, y solo acepté regresar a Chelton, bajo la condición que el acuerdo con Lord y Lady Claverley quedaría anulado.

Ella miró a su hijo.

—¿Eso es cierto?

Benedict asintió, pero me miró.

—Lo es. Fui a la casa del primo Matthew hoy para informarle que Thea ahora está con nosotros y se quedará aquí.

Lady Edith negó con la cabeza.

—Él no estará contento. ¡Quiere nuestro dinero!

Benedict y yo miramos fijamente a Lady Edith.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Ambos son conscientes de cómo evitar conflictos y escándalos, ¿cierto? No pude encontrar otra manera de convencerlo para que nos ayudara, que ofrecerle una buena suma, a cambio de su ayuda.

—Entonces, mereces perderlo. ¡Ese idiota codicioso! —Benedict se burló.

—¿Ibas a pagarles a Lord y Lady Claverley para que fueran mis acompañantes? —Apreté los labios para evitar seguir hablando y enojar a Lady Edith, pero la revelación me dolió, especialmente cuando había expresado tanto mi desdén por la temporada, y mi deseo de encontrar un matrimonio por amor. No podía soportar estar encadenada a un caballero, no cuando los caballeros en mi vida hasta ahora habían demostrado su falta de voluntad para comprometerse con una sola mujer.

—Quizás ya no… Si Benedict ha arruinado eso...

—No me quedaré con ellos —dije. Ella no podía obligarme a ir con ellos, porque no era mi madre ni mi tutora. Como Benedict me había recordado anteriormente, casi había alcanzado la mayoría de edad y estaba lo suficientemente cerca como para tener derecho a opinar sobre mi propia vida—. Estaba perfectamente contenta en mi último puesto, antes que Benedict me obligara a volver a casa con él.

Lady Edith me miró como si fuera un gato salvaje, y no supo cómo contener mi arrebato. Esto fue inmaduro de mi parte, se lo concedo a ella.

—Hasta que no tengas veintiún años, no tienes elección al respecto. Como tengo la fortuna de ser tu madrina, tu tío ha tenido a bien concederme el control de tu herencia. No aceptará ni negará ninguna de tus solicitudes sin mi aprobación hasta que seas mayor de edad.

Ese fue un nuevo detalle revelado.

—¿Estás en comunicación con el tío Northcott?

El desgraciado nunca me había querido. Me había enviado aquí, en el momento en que aterricé en su puerta principal. No deseaba estar con mi tío más de lo que él deseaba tenerme, y la idea que se comunicara con alguien sobre mí fue un shock, ya que no había sabido nada de ese hombre en años. Mi asignación trimestral siempre me la había enviado su hombre de negocios, y cualquier notificación, por ese mismo hombre.

—No tenía otra opción —dijo Lady Edith—. Él es tu tutor legal.

Di la vuelta y me senté en una silla de madera, junto a la mesa redonda y vacía del desayuno. No podía culparla, ya que tenía mucho sentido que le escribiera al tío Northcott. ¿De qué otra manera iba a pagar Lady Edith mis estudios o recuperar fondos para ropa o libros nuevos que necesitaba? Él era un ogro irascible y solitario, pero hasta que yo llegara a mi próximo cumpleaños, él era legalmente responsable de mí.

Excepto que él había pasado toda la responsabilidad a Lady Edith, incluso le había dado la autoridad para administrar mis ingresos. Ahora ella me miraba con inquietud y no pude evitar la avalancha de compasión y gratitud, que crecía dentro de mí. Como una de las amigas más

queridas de mi madre, Lady Edith había hecho todo lo que podía por mí simplemente, por la bondad de su corazón, y yo le había correspondido mal.

Mi expresión era sin duda tan conflictiva como mi corazón. Benedict me miró con incertidumbre, como si no supiera si ofrecerme consuelo o dejarme en paz.

—Se hace tarde y tenemos mucho que considerar —dijo Lady Edith, como si no hubiera revelado verdades insoportables sobre mi situación—. Necesitamos encontrar una manera de arreglar la situación para nuestro mejor beneficio.

—Sin utilizar la ayuda de Claverley —confirmó Benedict.

Lady Edith miró fijamente al techo. Ella pareció tomar aire en busca de apoyo y luego me miró:

—¿Por qué deseas evitar la casa de Lord Claverley?

—Porque no me importa él —dije. Mi voz había perdido parte de su ira. Ondas de inquietud recorrieron mi columna vertebral, donde sus dedos regordetes habían dejado su marca por última vez, cuando había jugado con la cinta de mi vestido. Reprimí un escalofrío ante el recuerdo. No podía expresar mi miedo en voz alta, cuando tenía tan pocas pruebas para validar mi malestar.

—Sin embargo, estás feliz de permanecer aquí, pero también te disgusta... —Lady Edith se aclaró la garganta y su mirada se dirigió a Benedict. No pronunció el nombre de su hijo, pero eso no ocultó su intención.

Benedict y yo habíamos discutimos, pero él nunca me había dado motivos para cuestionar mi seguridad.

—No es lo mismo.

Lady Edith dejó caer la cabeza y se presionó las sienes con los dedos, masajeándolas. Cuando volvió a mirarme, lo hizo con una resolución tranquila.

—Hablaremos sobre esto más adelante y desarrollaremos un plan que deje a todos satisfechos. Necesito tiempo para pensar. —Salió de la habitación con la gracia y la dignidad de una mujer criada en la casa de un conde, dejándonos a Benedict y a mí en completo silencio.

—¿Ahora qué? —me preguntó suavemente.

Cerré los ojos, con la esperanza que él se hubiera ido una vez que los abriera de nuevo, y ya no tuviera una audiencia para mi miseria. Conté hasta diez y apreté mis frustrados puños. Cuando abrí los ojos, Benedict no se había movido, y fue más un alivio saber qué no tenía que hacer nada para que él se quedara.

—No lo sé —dije en voz baja—. Agradezco que tu madre tenga la intención de encontrar una solución en la que ambos estemos satisfechos, pero me temo que es una tarea imposible. No puedo evitar pensar que sería mejor para todos si yo me fuera.

Él parecía sorprendido.

—¿Volver a la cocina de los Fuller?

—No tengo esa opción. —Para ser honesta, ya no deseaba hacer ese tipo de trabajo—. Creo que soy más adecuada para ser compañera o institutriz de niños mayores.

—Acabas de regresar. ¿No esperarás un poco más y le darás a mi madre la oportunidad de pasar tiempo contigo, antes que te vayas? —Su tono era gentil, sorprendiéndome por su suavidad.

—Mientras ella no me lleve a la casa de Lord Claverley, puedo hacerlo. Necesitaré tiempo para encontrar un puesto. —Le di una sonrisa irónica—. Ya no hay necesidad de mantener mi plan en secreto.

—¿Te resulta tan desagradable la idea de quedarte aquí? —Él dio un paso adelante y jugó con el respaldo de la silla a mi lado, como si decidiera si sentarse o no. Permaneció de pie, pero

me miró a los ojos—. ¿Soy realmente tan desagradable contigo?

—¿No es mutuo el sentimiento?

Dije algo equivocado. El dolor, inexplicablemente, le salpicó la cara.

—No. No lo es.

—¿Oh? ¿Ya no me odias? ¿De dónde viene esta alteración?

—De ningún lugar. Nunca te he despreciado como tú a mí, Thea.

¿No era así? Puede que me hubiera puesto irritable después de la vergüenza de saber que me había enamorado de él, y que simplemente era un coqueto poco sincero, pero desde ese momento, Benedict había afrontado mi pelea con igual fervor.

—No puedes reescribir nuestra historia, Ben.

—No voy a hacer ese intento. ¿Pero no puedes decirme, después de presenciar el dolor de mi madre, que no quieres al menos intentar formar algún nivel de civilidad entre nosotros? ¿Deponer nuestras armas realmente sería tan repugnante para ti?

—¿Civilidad?… ¿Te refieres a una tregua?

—Sí. Una especie de tregua. —Se alejó y luego regresó hacia mí—. No es necesario que nos agrademos mutuamente para fingir que lo hacemos. Si podemos demostrar que podemos ser amigos, tal vez mamá no insista en el tema con Lord Claverley. Ella podría ver el valor que nuestra familia te patrocine a ti.

—Ciertamente, eso no puede empeorar las cosas. —Su boca se alzó en una media sonrisa.

—¿Serás mi amiga? ¿No? Seguramente, eso solo alegrará tu vida.

—Piensas muy bien de ti mismo.

—Creo que tú también estás a punto de hacerlo.

Me reí ligeramente, apartando la mirada de sus ojos brillantes y burlones. La forma en que bailaban cuando él hablaba, llenos de picardía, hacía que el azul fuera más brillante y su sonrisa más hermosa. Sin embargo, no aprecié la forma en que su plan propuesto me hizo verlo de manera diferente. *"¡Maldito Benedict!"*

—¿Entonces deseas un matrimonio por amor? —preguntó.

—¡Sí!

—Entonces, si está en mi poder, te ayudaré a lograrlo.

No sabía si la gratitud o la sorpresa era la principal emoción que me inundaba, pero me levanté y crucé los pocos pasos que nos separaban, acercándome a su lado. Incliné la cabeza hacia atrás para sostener su mirada, buscando la verdad, mientras su aroma especiado y ácido abrumaba mis sentidos.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Parecía que no podía mantener la mirada quieta. Pasó de mi cabello a mi mandíbula, y a lo que sea que flotaba detrás de mí. Finalmente, él descansó sobre mi cara, y contuve la respiración por la intensidad allí.

—¿Culpa? O tal vez sea el deseo innato de superarte en algo. Puedo ser el mejor amigo y lo demostraré.

—Dudoso —dije en voz baja—. Soy yo quien tiene multitud de amigos, y soy amada por todos.

—¿Todos?

—Bueno, amada por todos menos por ti. Dudo que eso cambie.

Él me miró de una manera que me dejó sin aliento.

—Supongo que ya veremos.

Capítulo 13

Benedict

Al día siguiente, mi madre estaba en cama con dolor de cabeza. Era algo común que ella se sintiera abrumada y no me gustaba ser la causa de su estrés adicional, pero le había hecho una promesa a Thea y la cumplí. De alguna manera, un demonio se había apoderado de mí en el salón, la noche anterior, porque no podía haber otra explicación para la forma en que había hablado con Thea. Todavía no estaba seguro en qué consistía mi propuesta de tregua, pero supuse que pronto descubriríamos, si esto era posible entre nosotros.

Mis apuestas fueron hacia el "no". ¡Esto era imposible! El disgusto de Thea era demasiado potente… muy fuerte.

La luz del sol perdida se asomaba por el borde del horizonte, haciendo que los árboles brillaran, como si un fuego floreciera detrás de su masa de ramas enredadas. La mañana era inexplicablemente fría, incluso para noviembre. ¿O ahora era diciembre? Había perdido la noción de los días.

Gregory se había adelantado y había ordenado que ensillaran a Jasper. Caminé por el corto pasillo, que conducía al patio, con el techo de ladrillo curvándose sobre mi cabeza. Una mujer vestida con un traje de montar de color violeta intenso estaba siendo ayudada a subir a una silla de montar, no lejos de donde Jasper me esperaba. No pasó mucho tiempo para reconocer (a pesar que no podía ver su rostro) que era Thea, la que estaba siendo ayudada a subir, a una silla de montar de un caballo, por un mozo de cuadra.

Giró su elegante cuello hasta que sus ojos se fijaron en mí, y obligué a mis pasos a ser consistentes en su viaje hacia Jasper.

—Acordamos una tregua, no una amistad —dijo a la ligera, aunque pude sentir que estaba nerviosa—. ¿Ahora crees que deberíamos viajar juntos?

—No me opongo a ganarte en una carrera amistosa. —Caminé hacia mi caballo y conseguí la silla con un movimiento suave y fácil. Me sentí tranquilo e internamente aliviado porque montarme en el caballo funcionó tan bien, como lo había imaginado en mi mente, y que mi caballo Jasper no dio un paso adelante para arruinar mis intentos de parecer un corintio. La miré —. Pero no esperaba encontrarte aquí esta mañana.

—Interesante. —Ella apartó la mirada, cuando la vi. Sus mejillas se sonrojaron ligeramente —. Tienes mucha confianza en tus habilidades. Fui yo quien ganó la última carrera, si mal no recuerdo.

—Tú lo hiciste. Pero confío en que, inevitablemente, tus situaciones anteriores no te dejaron mucho tiempo para montar. —Giré a Jasper hacia el arco, las puertas habían quedado abiertas de par en par, y Thea ordenó a su yegua que me siguiera. Su silenciosa aquiescencia y acuerdo de viajar juntos hicieron que la victoria se elevara silenciosamente a través de mí—. Dime, ¿cuándo fue la última vez que montaste?

—Hace demasiado tiempo para merecer mencionarlo.

—Tal como yo pensaba. —Salimos de los establos y nos dirigimos hacia las colinas cubiertas de hierbas descoloridas en parches, mientras los árboles medio estériles marcaban el cambio de estaciones, y sus hojas rojas y doradas ondeaban con el viento y esparcían tierra.

—Apuesto a que todavía puedo conseguir un asiento decente —dijo, como si no quisiera que la descartara.

—¿Te importaría hacer una apuesta? —le pregunté. Después de todo, Thea también había mencionado la apuesta.

—¿Qué apostaríamos? No tengo mucho que dar.

—¿Madre te habló de las asambleas de la próxima semana en Bakewell?

Thea asintió.

—El primero en llegar a la locura elige al compañero del otro para el primer set.

Ahora podía verlo, obligando a Thea a bailar con Ned, el de nariz aguileña, o con Timothy, el que respiraba como pez. No había una sola mujer en todo Bakewell que no se sentiría miserable ni sufriría durante un set, bailando con cualquiera de ellos. De todos modos, seguramente, yo ganaría.

—Muy bien —dijo Thea fácilmente. Ella cruzó el espacio entre nuestros caballos y guié a Jasper más cerca para tomar su mano enguantada entre la mía. Nos sacudimos una vez y soltamos rápidamente.

Asentí a la yegua marrón que ella montaba.

—¿James te prestó a Luna?

—Evidentemente, Felicity no monta —explicó Thea—. Así que me dijo que Luna era mía para usarla, cuando quisiera.

—Eso fue amable de su parte. —Era cierto que a mi cuñada no le gustaba este deporte—. Felicity tiene una mula y un carro que usa cuando desea salir sola. Según James, ella es una experta en el manejo del artilugio.

Aunque si lo usaba con tanta frecuencia, como James lo hacía sonar, no era una sorpresa.

—¿Listo? —preguntó Thea.

—¡Vamos! —asentí.

Ambos salimos al mismo tiempo en dirección general a la locura, pero los espesos árboles hacían imposible permanecer uno al lado de la otra, a través de las colinas. Thea y yo zigzagueamos entre los árboles, y subimos sobre extensiones de hierba verde y amarilla, evitando los afloramientos rocosos y los cantos rodados que salpicaban el campo. Un rebaño de ovejas apareció en nuestro camino, cuesta abajo, y ambos nos vimos obligados a evadir a los animales. A pesar de haber sufrido una pausa tan larga en la conducción, Thea seguía siendo hábil en sus maniobras. Ella era una amazona experta y no debería haber tenido tanta confianza en mi capacidad para ganar.

El techo abovedado del templo de piedra apareció a la vista y empujé a Jasper con más fuerza. Sería tentador permitirle ganar a Thea, simplemente para saber a quién elegiría como compañera para mí, si tuviera total libertad. Pero ella sabría que la victoria no sería realmente suya. De alguna manera, ella sabía que yo no lo permitiría.

Entonces, hice lo único correcto. Me incliné hacia adelante, empujé a Jasper y llegué a la locura con las columnas griegas que tenía, antes que ella. Una sonrisa se dibujó en mis labios al encontrar la decepción de Thea.

—Tomará algún tiempo decidir sobre un compañero para ti —dije, deslizándome de la silla con el pecho agitado.

Thea desenganchó sus piernas de los pomos y saltó al suelo. Su pecho subía y bajaba al mismo tiempo que el mío.

—No elegirás a Alfred, el hijo del vicario. ¡Te lo prohíbo!

—Por suerte para Alfred, ahora él ha llegado a lo más alto de la lista.

Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para tener paciencia.

—No deberías haber revelado tu mano, o eso dicen cuando juegan a las cartas. Estoy seguro

que no entenderás el significado.

—He jugado al whist suficientes veces como para entenderlo muy bien —dijo con las mejillas moteadas y la punta de la nariz enrojecida por el viento y el frío—. Te aprovechaste de la oxidación en mi silla.

Una mueca silenciosa se escapó de mi garganta.

—Si eso estaba oxidado, pronto estarás ganando.

Thea se rió y sacudió la cabeza. Ella comenzó a alejarse y un fuerte deseo surgió en mi pecho de seguirla. Desapareció en la curva con la pared de mármol, a un lado, y las columnas de piedra al otro, mientras su larga falda de hábito se arrastraba detrás de ella, por el suelo.

La seguí.

* * *

Thea

Los ojos risueños de Benedict y sus mejillas sonrojadas fueron demasiado para mí, así que tuve que dejar su presencia, aunque solo fuera por un momento para enfriar mi corazón acelerado y retomar el control de mis sentimientos. Su cabello se había convertido en una masa de caos rizado, después del doloroso viaje, y de alguna manera logró parecer aún más libertino y nada desaliñado.

Que él pudiera verse tan guapo, mientras yo estaba despeinada y en un estado de desorden arrugado era injusto. Mechones de cabello se habían soltado de mi nudo oscuro, recorriendo mi cuello y rozando mis mejillas con el viento. Miré por encima del hombro y encontré a Benedict siguiéndome, así que me abstuve de arreglarme el peinado. No podía permitir que este hombre viera cómo me afectaba su presencia.

Continué rodeando el edificio circular y me detuve en mi lugar favorito. Las colinas se hundían en la niebla, descansando sobre la hierba fresca y húmeda. Inhalando el fresco aroma de la tierra y el rocío de la mañana, contemplé el hermoso paisaje que tanto había echado de menos en la pequeña y oscura cocina de la casa de los Fuller.

—Cuando fui a ver a Claverley ayer, no me di cuenta, que estaba metiendo la mano en una situación que estaba fuera de mi alcance —dijo Benedict en voz baja, a mi lado.

Cerré los ojos.

—Yo fui tan inconsciente como tú. Tu madre nunca me dijo que el dinero cambió de manos. Eso ciertamente complica las cosas.

—Dudo que lo haya hecho todavía, pero eso no significa que mi primo no luchará por ello. ¡Están mal en Claverley! Él necesita fondos para reemplazar su techo y sus cultivos no han prosperado en los últimos años, como lo han hecho los nuestros.

El conocimiento de Benedict sobre esa situación me sorprendió y di la vuelta para mirarlo mejor.

—¿Te dijo estas cosas ayer?

—No. He estado ayudando a James con la gestión de Chelton, desde hace algún tiempo, por lo que esta información no es muy reciente. Es cierto, de todos modos.

—Lo siento por tus averiguaciones, pero no iré a su casa, por lo que debe contentarse con encontrar los fondos en otra parte. Me alegré mucho cuando Felicity accedió a acompañarme en Londres —asentí.

—Dado el escándalo, bajo el cual ella y James se casaron, no estoy seguro que mamá lo considere suficiente.

¡Esto era algo que no había considerado! Para que Felicity y James me prestaran su buen

nombre, primero tendrían que tener una buena reputación propia. Aunque no podía entender cómo alguien iba a creer a cualquiera de ellos, ¡esto era irreprochable!

Era injusto que tuviera que tener a una acompañante. Si Benedict asistiera a la temporada con la intención de buscar esposa, no necesitaría el patrocinio de nadie: podría vivir y ser recibido por sus propios méritos.

—¿Qué hay de ti, Ben?

Se echó hacia atrás un poco y alzó las cejas marrones.

—¿Qué hay de mí?

—Eres mayor que yo. No tienes ninguna ocupación de la que hablar y, que yo sepa, no estás cortejando a una mujer. ¿Por qué tengo que verme obligada a asistir a la temporada y encontrar un marido, pero, tú no?

Él sostuvo mi mirada. Sus ojos se volvieron de un azul más profundo, mientras el sol continuaba su ascenso sobre el borde de la tierra.

—No digas que es así porque tienes un ingreso propio —le dije—. Porque yo también lo poseo.

Él asintió como si estuviera de acuerdo.

—Nuestras situaciones no son muy diferentes...

—Gracias.

—Pero no podrían ser más diferentes al mismo tiempo.

—No estoy de humor para acertijos.

—No —dijo en voz baja—. No creo que lo estés.

Benedict miró hacia la extensión de tierra, el músculo de su mandíbula saltaba mientras parecía estar considerando algo. Cuando volvió a centrar su atención en mí fue con una sensación de determinación que hizo que mi ritmo cardíaco aumentara.

—¿Por qué parece que te estás preparando para ir a una batalla? —le pregunté.

—Dejé mis armas de batalla, ¿recuerdas?

Me pareció que al hacerlo, y al bajar sus muros defensivos, de alguna manera solo se había convertido en una amenaza mayor.

—Tú… ¿Quieres casarte, Thea? ¿Para encontrar un marido? —preguntó, suspirando. Su rostro se arrugó ligeramente para mostrar lo difícil que era para él hacer la pregunta.

Lo miré fijamente.

—Por supuesto que sí. —Reflexioné. Por supuesto, quería un marido, hijos y un hogar propio que no dependiera de la relación de Inglaterra con otro país ni de las aspiraciones políticas de mi padre. Solo que quería todas esas cosas y la seguridad que seguirían siendo mías, que mi marido sería solo mío, que mi hogar sería estable y seguro. No deseaba casarme con un señor que me bendijera con un hijo, y luego pasara su tiempo lejos de nosotros.

—Entonces, ¿por qué te opones tan rotundamente a asistir a la temporada?

—Porque no creo que el hombre que me amará asistirá.

—¿El hombre que te amará? —Él se atragantó—. ¡Cielos, Thea! Si ya tienes un novio, solo necesitas decirlo.

—No tengo a nadie. Solo quise decir que el tipo de hombre que me amará ciertamente no es un miembro de la alta sociedad. Entonces, ¿por qué iba a perder el tiempo yendo a bailes, cuando él está en otra parte?

—¿No conoces a este hombre, pero tú das por sentado que no baila?

—No lo conozco y no me importa si sabe bailar o no. —Estaba cansada de eludir el tema—. He observado las interacciones de la sociedad desde lejos, y conozco muy bien los bailes y los

juegos que se juegan entre hombres y mujeres en los salones de baile. No deseo ser parte de ese espectáculo, y estoy segura que el hombre que me amaría sentiría lo mismo.

—Tu lógica me sorprende.

—No tienes que estar de acuerdo conmigo, Ben… Tú preguntaste y te digo mis opiniones.

—Me parece bien. Solo intento ayudarte, pero tú lo estás poniendo cada vez más difícil. Si este hombre misterioso no frecuenta eventos de la sociedad, ¿dónde esperas encontrarlo?

"En una cocina, cuando entregue el pedido del tendero... En una tranquila parroquia rural, lejos de Londres... En la tienda de la costurera, donde yo esperaba encontrarme con clientes que entran a comprar artículos para sus madres o hermanas… En el cementerio, después del servicio dominical en Brumley… En cualquier lugar que no brille con exceso y codicia".

Miré hacia el rostro curioso de Benedict y encontré que mi corazón y mi respiración se detenían. No podía permitirle la entrada en las tranquilas esperanzas y sueños, que apenas me había admitido a mí misma, no a este hombre que jugaba a los juegos sociales en los salones de baile y con las emociones de las mujeres, lo cual yo estaba tratando de evitar.

Al dar la vuelta, fijé la mirada en el sol naciente y observé los colores otoñales brillar como fuego en los árboles.

—En cualquier otro lugar —dije finalmente—. Quiero un matrimonio por amor y esto no puede ser forzado.

—¡No! —asintió en voz baja con su voz extrañamente ronca—. No creo que esto sea posible.

Capítulo 14

Benedict

Había pasado casi una semana desde que Thea y yo habíamos regresado a Chelton, y después de esa primera carrera matutina hacia la locura, teníamos el hábito diario de encontrarnos en los establos al amanecer, y compartir nuestro paseo matutino. Las conversaciones no habían alcanzado la profundidad de esa primera mañana, pero estaba feliz de tener una compañera, que me alejara de mis pensamientos.

Fue cuando cabalgaba solo cuando más frecuentemente buscaba en mi alma y, en la actualidad, sentía que esto era un camino peligroso.

En cambio, centré mi atención en determinar al padrino a seleccionar para el primer baile de Thea, en las asambleas de Bakewell. Estuve tentado de elegirme, por supuesto, simplemente para irritarla, pero temía lo que ella pensaría de eso.

"Quizás el señor Farnes esté presente". Lo pensé, frotando lentamente una mano sobre la nariz de Jasper.

Thea estaba dos puestos más abajo, murmurándole suavemente a Luna, e ignorándome.

—Es un tipo bastante agradable, pero ciertamente sabe cómo mantener una conversación. —Ella me miró y yo sonreí. Su boca se aplanó en una línea poco divertida—. Hace todo por su cuenta.

—¡Espléndido! Entonces no se me exigirá nada.

Las sombras oscurecieron la entrada a los establos. Henry y James se acercaron, mirándonos con leve interés. Habíamos regresado de nuestro paseo anterior, y ambos nos quedamos cuidando nuestros caballos. Esa era la única razón por la que Thea y yo todavía estábamos juntos en los establos. Debería haber entrado hace al menos media hora, tal vez, pero estaba esperando a Thea para que pudiéramos caminar juntos.

Ahora me arrepentí de ese impulso.

—¿Regresas de un paseo o te estás preparando para uno? —preguntó James.

—Regresando —dijo Thea—. Prefiero las primeras horas de la mañana, cuando la niebla dificulta la visión.

—Entonces, habrá que encontrar la paz, estoy de acuerdo. —James se rió.

—No sabría nada sobre la paz —dijo ella a la ligera—. Benedict me acompañó.

Henry y James sonrieron entre dientes y les lancé una mirada irritada.

—Alguien tiene que asegurarse que Thea no esté tratando de saltar obstáculos por su cuenta.

—¡Oh, por supuesto, hermano! No tenemos suficientes mozos de cuadra para eso —dijo James con una sonrisa que revelaba su diversión.

Ya no estábamos en nuestra juventud, así que no me vi obligado a soportar las burlas de mis hermanos. Aunque repliqué con una amplia sonrisa, le di una palmada a Jasper en la nariz y giré hacia la salida.

—Disfruta del viaje —expresé sin molestarme en ver sus continuas risas de colegiales. Pasé por el arco de piedra y me dirigí a la parte trasera de la casa, antes que Thea me alcanzara.

—Solo estaban bromeando —dijo ella.

Mantuve la mirada delante de mí.

—Soy consciente de eso. Son hermanos mayores y es lo que mejor se les da.

—Entonces, ¿por qué estás huyendo?

—Huye… —Sacudí la cabeza y la miré—. Difícilmente estoy huyendo. Tú suenas como una heroína de una novela gótica. Simplemente, voy a prepararme para algunos negocios de los que debo encargarme más tarde, hoy.

Thea asintió sabiamente.

—Por supuesto. ¡Negocios! La excusa que todos los hombres usan cuando buscan privacidad o una vía de escape.

Ella no se equivocó, así que no la contradije.

—Estamos destinados a ser amigos, ¿no? —Me reí.

—Creo que mencionaste específicamente que podemos tener una tregua, pero no podemos y nunca seremos amigos.

—Bueno, probablemente estaba de mal humor, cuando dije eso. ¿No es una tregua un camino hacia la amistad?

Me detuve en el camino de grava y volteé hacia ella. *"¿Ella quiere esto? ¿Desea mi amistad?"* No podía negar que durante mucho tiempo había esperado lo mismo. Era desgastante estar constantemente en desacuerdo, uno con la otra. La última semana de paseos por las mañanas y menos peleas durante las comidas había sido un respiro agradable.

Sin embargo, al mirar a Thea ahora, no pude evitar notar la vacilación en sus grandes ojos azules, o la emoción que parecía revolotear la energía que la rodeaba. Ella estaba conteniendo la respiración.

Lo que planteó la pregunta: *"¿por qué esto es tan importante para ella?"*

—Me encantaría ser tu amigo, Thea.

Sus hombros se relajaron. Ella me envió una sonrisa irónica.

—Por supuesto que lo serás. La mayoría de la gente me adora.

—No soy la mayoría de la gente —bromeé, respondiendo una frase que ella me dijo una vez —. Pero puedo ver por qué tienes hordas de admiradores.

—No lo sé, lo cual bien sabes. He tenido un admirador y fue producto de una relación corta que terminó, antes que yo regresara a Inglaterra. —Ella frunció el ceño—. Bueno, supongo que dos, si contamos al hijo del vicario y su declaración, antes que yo fuera a la escuela.

Mi estómago dio un vuelco, ante las palabras una relación corta. Seguí caminando para cubrir mi sorpresa.

—¿Un admirador en Suecia?

—No, en Viena. —Ella me miró y volvió a observarme, mientras nos acercábamos a la entrada de la casa—. El hombre que vimos en la posada, ¿recuerdas? Pedro Seymour. Te dije en ese momento que era persistente.

—Por supuesto… Me había olvidado… —Sin embargo, un admirador persistente no necesariamente equivale a una relación. Esta era información nueva, y el malestar de mi estómago demostró cuánto rechazaba la idea. Mantuve la puerta abierta para Thea, ella recogió la falda y sacudió la tierra—. ¿Entonces no lo amabas?

—No... Creí que sí hasta que me besó. —Ella hizo una mueca—. Rápidamente, aprendí que mis sentimientos por él eran fugaces. En mi defensa, sin embargo, yo era bastante joven.

Mi cuerpo se sacudió al escuchar sus palabras. No me escandalicé (había besado a chicas antes y entendía que lo importante era que no me descubrieran), pero el hecho que Thea hubiera besado a alguien hizo que mi sangre se calentara hasta un grado inexplicable. Miré sus labios y luego aparté rápidamente la mirada.

—Supongo que él no es el hombre con el que deseas casarte entonces.

—Por supuesto que no. ¡Ya te dije esto! Todavía no he conocido a mi futuro marido.

Cruzamos el gran salón hacia la amplia escalera, justo sobre el suelo de damero.

—Puedo llevarte a Bakewell mañana, si quieres. Podemos llamar al panadero, al carnicero, al herrero… Puede que la vicaría sea demasiado grande, pero agregaré esa parada a mi lista, si deseas volver a intentarlo con el hijo del señor Upshaw.

Ella aplanó sus labios.

—Estás dando demasiada importancia a mis objetivos. Lo único de lo que debes preocuparte es de convencer a tu madre que estaré perfectamente de acuerdo con la vigilancia de Felicity. ¡Puedo encargarme del resto!

—¿Felicity como acompañante? —pregunté, deteniéndome en lo alto de las escaleras—. ¿Eso significa que has decidido asistir a la temporada?

Ella se encogió de hombros frívolamente, pero pude ver debajo de la expresión la aprensión que apareció en su rostro.

—A tu madre le gustará y a mí siempre me ha gustado bailar. Pero no espero irme de Londres con un marido, así que modera tu diversión.

—Puedes creer que nunca imaginé que harías lo que se esperaba de ti, Thea. Ciertamente, no en este ni en ningún otro aspecto.

Continuamos por el pasillo hasta el ala familiar.

—Si bien… Tu madre ha hecho mucho por mí, desde que regresé a suelo inglés, y esto es importante para ella. —Su tono cambió, volviéndose más claro—. Solo piensa, Ben. Seis semanas más y no tendrás que volver a verme nunca más.

Su sonrisa era amplia y la diversión brillaba en sus ojos azules.

"¿Nunca más?" Tropecé, pero me contuve, antes que ella pudiera darse cuenta. Era un concepto completamente extraño que Thea pudiera salir de mi vida y nunca más volver a la misma.

A pesar de nuestra difícil relación, no me gustó la idea en absoluto.

Intenté conseguir un tono claro que combinara con el de ella.

—La casa seguramente será más tranquila.

Thea se rió y el sonido melódico rebotó por el largo y cerrado pasillo.

—Después de tu intrépida búsqueda por mí y el estrés resultante que eso te causó, estoy más que segura que sentirás una inmensa paz, cuando me vaya el próximo mes.

—Yo no diría una inmensa paz —corregí—. Más bien, ¡ya hay mucha paz!

Ella se rió entre dientes y sacudió la cabeza, caminando hacia la puerta. Se quitó la falda de hábito y la tela de color violeta oscuro se arrastró sobre la alfombra, detrás de ella, como la de una reina. No conocía a ninguna otra mujer que permitiera que su falda de hábito siguiera su camino, pero eso decía mucho sobre su personalidad, su vivacidad y su naturaleza indiferente. Incluso no es que no le importaran las personas sino que no le importaba lo que pensaran de ella. Sentía envidia de su facilidad, en este sentido, de la forma en que tenía tanta confianza en sí misma, y en lo que quería, que estaba dispuesta a dejar la escuela y partir por su cuenta en busca de eso mismo, a pesar de lo que otros, en particular mi madre, quería para ella, o lo que la sociedad esperaba de ella.

Ella había mencionado, en el carruaje, que sí le importaba lo que la sociedad pensara de ella y de su reputación, pero sus acciones y actitud desmentían esa afirmación. Ella era un rompecabezas, uno que sabía que nunca tendría la oportunidad de resolver.

—Te veré más tarde, supongo —dijo una vez que llegó a su puerta—. No hay nada que pueda hacer en esta casa.

—Pensé que habíamos decidido ser amigos. Deberías esperar verme de nuevo.

—Sí —dijo, un poco demasiado inocentemente—. Casi tanto como espero ver a tu primo en la cena de la próxima semana.

Su dulce sonrisa era exagerada y me reí, mientras pasaba junto a ella hacia mi propia habitación.

—Bueno, en cualquier caso, no me verás en el resto del día. Realmente, tengo negocios que atender.

Ella se apoyó contra el marco de la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Realmente? ¿Qué pasa?

—Bueno, en realidad, se trata de ti.

Su boca se abrió un poco y continué, sin prisa, hacia mi propia habitación, y cerré la puerta detrás de mí. Por supuesto, mi amplia sonrisa se extendió de una mejilla con hoyuelos a la otra.

* * *

Había un mínimo de vergüenza asociada a mi visita a Claverley House, y no le dije a nadie a dónde iba, cuando dejé Chelton, excepto por la deliciosa provocación, que había dejado en el oído de Thea. La conmoción y la confusión en su rostro, al mencionar que mi negocio era sobre ella, no tenían precio, y llevaría ese momento de dulce victoria a la reunión, a la que estaba a punto de asistir. No estaba más cerca de determinar qué tipo de futuro quería para mí, y no creía que Claverley lo supiera mejor que yo, pero era una buena excusa para reunirnos en su estudio, y promover la causa de Thea.

Ahora que sabía más sobre la situación, sería mucho más fácil entablar una conversación con Claverley.

Su mayordomo me dejó entrar y me dirigió al salón, donde él estaba sentado con su hijo pequeño, tomando el té.

—¿Quieres una taza? —preguntó, luego tomó un sorbo suavemente de su taza de té pintada de color rosado.

—Sí, gracias.

Una criada se adelantó, y me preparó el té, antes de pasármelo.

—Corre —le dijo Claverley a su hijo, y el chico de cabellos de fuego dejó su té sin terminar sobre la mesa baja, y salió corriendo de la habitación, sin duda agradecido que lo despidieran de las lecciones, en las que había estado participando.

Tomé un sorbo de mi té caliente.

—Es un muchacho obediente.

—Claro que lo es. Él es mi hijo. —Claverley resopló. Bebió el resto de su té y dejó la taza, indicándole a la criada que se la volviera a llenar. La mayoría de las reuniones entre hombres, a las que asistí, se basaban principalmente en oporto, brandy o, de vez en cuando, whisky. Este té fue un buen cambio.

—Bumpton Hall está en venta —dijo Claverley, yendo directamente al grano—. Mi hombre preguntó y bajaron el precio en dos mil libras porque no se vende. Toma de eso lo que quieras. He oído que el techo necesita reparaciones, pero los problemas podrían ser mucho más graves.

—Eso está cerca de la frontera de Westmorland, ¿no?

—Demasiado lejos, ¿creo? —asintió Claverley.

—¿Qué? —Todavía estaba relativamente cerca, aunque no lo consideraría como vecino. No había pensado profundamente en lo cerca que quería permanecer de Bakewell. James y Felicity se quedarían siempre en Chelton, y mi madre también, aposté, pero era imposible saber qué

elegiría hacer Henry con su vida. Se podía confiar en que el hombre estaría montado a caballo, o con la nariz metida en un libro, por lo que las conversaciones eran pocas y espaciadas. Había heredado nuestro cobertizo de caza, Sedwick Lodge, después de la muerte de mi padre, pero solo el Cielo sabía qué pensaba hacer con el lugar.

—No debes repetirle esto a nadie —dijo Claverley, bajando la voz. Se frotó la barbilla y me miró, esperando una confirmación. Asentí y él continuó—, sé de buena tinta que Kellinger Park estará a la venta en el próximo mes, aproximadamente. Se mantienen muy callados sobre el asunto, porque la señora Browning quiere que la saquen de la casa, antes que los compradores la recorran y arruinen su paz. O eso dice ella.

Kellinger era una hermosa casa situada en la carretera entre Chelton y Sedwick Lodge. Estaba más cerca del cobertizo de caza, y a menudo pasábamos por allí cuando viajábamos de una de nuestras casas a la otra. Era difícil pasarla por alto, incluso desde la carretera, ya que estaba situada en una colina, por lo que su grandeza podía verse y admirarse desde lejos. Era una casa elegante, no demasiado grande, aunque quizá un poco más grande de lo que podía permitirme. La herencia que me dejó mi padre sería suficiente para comprar una propiedad, si así lo deseaba, lo cual creía que fue su intención al dejarme el dinero, pero no me quedaría nada para invertir en la tierra, o en los animales para hacer que la propiedad fuera rentable.

Sin embargo, si elegía un trabajo, el dinero me proporcionaría lo suficiente para ayudarme a establecer la ocupación que eligiera.

Aparté mi mente de los recuerdos de mi padre, antes de su fallecimiento, y de las conversaciones que habíamos tenido sobre mi futuro. Yo era joven, entonces, y no quería hablar de eso. Ahora deseaba haber escuchado mejor.

—¿Cuándo planea irse la familia? —pregunté.

—Tan pronto como determinen adónde van. —Claverley meneó la cabeza y le tembló la barbilla—. Es un completo desastre. Las deudas de Browning son demasiado numerosas para contarlas y sus acreedores han estado, en su puerta, desde marzo. Realmente es un milagro que todavía no los hayan llevado a prisión.

—Los Browning deben estar haciendo algo para mantenerse al margen —dije.

—Vender las joyas de la familia y cosas así, naturalmente. El mes pasado se vendieron unas cuantas canicas, romanas o algo así, pero seguramente no les queda nada para vender. ¡Quién compre la casa recibirá una verdadera cáscara!

—No hay nada de malo en ello. Permite al nuevo propietario decorar fácilmente según sus propios gustos. —Si tiene el dinero para hacerlo, por supuesto, lo cual, después de la compra de la propiedad, dudaba que yo pudiera hacer.

—¡Mmm! —Claverley bebió otra taza de té—. Si tienes algún interés en el lugar, puedo concertar una reunión. Solo para caminar, eso sí, para ver la finca. También puedes ver a Bumpton, si tienes ganas de repararlo.

Ciertamente tenía la habilidad. James y yo habíamos arreglado todo tipo de cosas, en su propiedad, y lo habíamos estado haciendo desde que éramos niños. James disfrutaba del esfuerzo físico y a mí no me importaba ayudarlo. Le gustaba bromear diciendo que era mi forma de pagar el privilegio de vivir en su casa, pero ambos sabíamos que yo estaba feliz de poder servirle, y que él consideraba a Chelton nuestro hogar familiar, que nunca esperaría que yo pensara en el mismo como solo de él.

Sin embargo, esa era la casa de James. Cuanto más consideraba la idea de salir adelante y tener mi propiedad, más mérito sentía que tenía. Quería formar una familia, en mi propio espacio, y estaba seguro que Felicity desearía lo mismo, una vez que yo encontrara el camino

familiar. Henry podría mudarse a su cobertizo de caza, pero yo también necesitaba un lugar propio.

Levanté la cabeza y le sonreí a mi primo, quien ahora fruncía el ceño, en su taza de té, como si se preguntara, a dónde se había ido su bebida.

—Estoy interesado —dije, llamando su atención—. Si tu hombre organiza las reuniones, me agradecería recorrer ambas propiedades.

—Por supuesto. —Le hizo un gesto a la criada para que llenara su taza una vez más—. Ahora, ¿cuándo vendrá la señorita Northcott de camino a verme?

Claverley me miró con tal expectación y con tan poco artificio, que en seguida se me ocurrió lo que estaba haciendo. Me estaba haciendo estar en deuda con él para que me sintiera obligado a ayudarlo en lo que quería.

—Tendrá que preguntárselo a mi madre, milord. —Hice lo mejor que pude para sonar perezoso, como si la ubicación y los planes de Thea fueran la menor de mis preocupaciones—. Lo último que supe es que la señorita Northcott planea asistir a la temporada, bajo el cuidado de mi cuñada. Supongo que es razonable que la muchacha desee permanecer con una amiga tan querida.

"Haciéndolo un poco demasiado marrón", pensé. Esperaba que Claverley no se diera cuenta de esto. Thea había conocido a Felicity hace poco más de una semana, pero mi primo no necesariamente lo sabía.

—Tenemos un trato —dijo con firmeza—. Y espero que Thea cumpla su parte del trato.

—¿Un trato? —pregunté, frunciendo las cejas, como si no fuera consciente del trato que había hecho con mi madre.

Claverley se agitó y se frotó la frente con la palma de la mano y luego la pernera del pantalón.

—Supongo que debería visitar a tu madre. Pero… —Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea y luego salió por la puerta—. Vamos a ir a casa de mi suegra a pasar quince días. ¡Malditas relaciones!

—¿Oh? ¿No asistirás a la cena en Chelton la semana que viene?

—¡No! Mi esposa envió la nota ayer, creo… rechazando la invitación a cenar. Iremos a cenar después de nuestro regreso.

Sonreí.

—Entonces, no importa. Sin duda, Lady Claverley disfrutará viendo a sus padres.

—Indudablemente. —Sus mejillas se pusieron rojas y parecía frustrado—. Este negocio tendrá que esperar quince días hasta mi regreso. Enviaré noticias de lo que mi mayordomo pueda hacer para ver las propiedades.

Que él todavía me estuviera ayudando, después que se le negara a Thea nuevamente, fue una sorpresa, pero no se lo señalé. Me levanté con la esperanza de irme, antes que pudiera arruinar aún más la situación de Thea.

—Hasta entonces, milord —dije, añadiendo la deferencia de dejarlo satisfecho. *"¡Logré lo que me propuse!"* Claverley infló un poco el pecho y me despidió. Caminé hacia mi caballo, lejos de la casa del conde con iguales medidas de esperanza por mi futuro y preocupación por el de Thea.

Sin embargo, le había hecho una promesa, y tenía la intención de cumplirla.

Capítulo 15

Thea

Habían pasado varios años, desde que asistí a un baile, y las asambleas locales de Bakewell me recordaban que amaba los bailes. La bebida era dulce, la fiesta lucía animada y sobraban los caballeros. Felicity se quedó atrás, agarrándose con fuerza del brazo de James, y esperé junto a Lady Edith, a que Benedict me trajera otro vaso de horchata.

—El baile comenzará pronto —dijo Lady Edith, en voz baja, con sus ojos de águila recorriendo la habitación, en una lenta lectura.

Benedict había ganado la oportunidad de seleccionar a mi primera pareja de baile, pero no sabía si era prudente compartirlo con su madre. A ella no le resultaría divertido, que hubiéramos tratado tan a la ligera mis perspectivas de futuro matrimonio. Ella no estaba muy dispuesta a recordar que a mí no me importaba, si no encontraba marido de inmediato.

Yo no era una solterona y el estante estaba lejos de mi alcance en estos momentos.

—¿Saludamos al vicario? —preguntó James, señalando al señor Upshaw de pie junto a su hijo.

Lady Edith pareció fijarse en Alfred, el hijo del vicario, y asintió.

—Vamos.

Habíamos comenzado nuestra pequeña procesión por las afueras del salón, cuando Benedict se acercó y me golpeó ligeramente en el codo. Giré y encontré a un hombre alto y delgado, parado justo detrás de él, con una mata de cabello rubio casi blanco y una expresión seria en su rostro alargado.

—Señorita Northcott, ¿puedo tener el placer de presentarle al nuevo maestro de escuela de Bakewell, el señor Rufford?

El hombre parecía perfectamente normal, aunque un poco solemne. No olía mal ni parecía un hombre propenso a hablar sin cesar, entonces, ¿cuál era el problema?

Hice una elegante reverencia y mantuve la atención del hombre, mientras me levantaba. Hasta el momento, parecía infinitamente mejor que el señor Alfred Upshaw, quien hacía mucho tiempo, que me había profesado su amor eterno, después de la iglesia, cuando yo tenía diecisiete años. Pero después de solo unas pocas semanas de conocernos, por supuesto, no podía confiar realmente en su profesión. Había sido un pretendiente difícil de deshacer, así que tendía a evitarlo lo mejor que podía.

—Señorita Northcott, permítame darle la bienvenida a la gran parroquia de Bakewell —dijo el señor Rufford—. Su presencia trae un rayo de sol a este lúgubre paisaje.

Cerré la boca con fuerza para evitar discutir directamente con este extraño. Sin embargo, llamar lúgubre a este campo era casi un pecado. Este paisaje era delicioso, incluso en el otoño decreciente y la llegada del invierno. Era el paraíso comparado con el Londres lleno de humo de carbón, o el York de los trabajadores.

Sin embargo, él me había llamado “un rayo de sol”, así que supuse que su error podría ser perdonado.

—Me alegra estar aquí —dije simplemente.

Se aclaró la garganta, inclinándose majestuosamente sobre mi mano.

—¿Me haría el honor de aceptar bailar conmigo el primer set, señorita Northcott?

Fue necesario un gran esfuerzo para evitar la mirada de Benedict. Una pequeña parte de mí

se había preguntado si se elegiría a sí mismo como mi compañero (solo para irritarme, por supuesto) y mi búsqueda de otro hombre, incluso un trabajador, se instaló en mi estómago de manera extraña. Pegué una sonrisa en mi rostro para ocultar mi decepción.

—Estaría encantada de hacerlo.

El señor Rufford me dirigió una suave sonrisa y luego se alejó. Una vez que estuvo fuera del alcance de su oído, me acerqué a Benedict.

—¿Qué hice para merecer tanta amabilidad? Parecía completamente normal.

—¿Amabilidad? —Benedict soltó una carcajada—. Él es un maestro de escuela.

Esperé más explicaciones, pero él solo me parpadeó. Evidentemente, después de todo, no había elegido a ese hombre por su profesión.

—Lo que lo hace confiable y ecuánime —dije—. Si dedicó una fracción del esfuerzo a aprender a bailar, como lo hace con sus lecciones, entonces saldré con una pareja de baile decente, y todos los dedos de mis pies ilesos.

La boca de Benedict se aplanó hasta formar una fina línea.

—Esperaba que lo encontraras aburrido.

—¡Qué poco me conoces! Ben.

Su mirada se posó en la mía. Sus ojos azules brillaban como la superficie de un lago en calma, y mi estómago dio un vuelco en respuesta.

—Creo que te conozco un poco, Thea. Probablemente mejor de lo que crees.

Sus palabras me atravesaron y resonaron profundamente en mis entrañas. Se me escapó una respuesta, y cuando volteé para fanfarronear, él ya se estaba alejando con una postura fácil y un andar refinado, como si no se sintiera afectado.

Sin embargo, yo sí lo estaba. Benedict Bradwell y la forma en que me habló me habían afectado por completo. Reprimí esos sentimientos y les arrojé tierra sobre ellos, como si mis pensamientos sobre Benedict consistieran en brasas y necesitara apagar el calor. Lo vi girar entre grupos de personas, que conversaban, hasta que se detuvo junto a un grupo, que estaba formado por un puñado de caballeros y una mujer joven con un vestido plateado.

—Ven —dijo Felicity en voz baja, de repente ella estaba a mi lado, robándome la atención —. Lady Edith quiere que saludes a Alfred Upshaw.

—No puedo bailar con él —le dije, luchando por apartar la mirada de la fácil sonrisa de Benedict. *"¡Ya lo logré!"* Aunque con un esfuerzo hercúleo, y puse mis ojos muy abiertos en mi nuevo amigo—. Una vez me dijo lo mucho que me ama, después de una relación extremadamente corta, y si bailo con él ahora, aunque eso fue hace años, podría generarle falsas expectativas.

—¿Cuando fue eso?

—Cuando tenía diecisiete años.

Felicity parecía insegura.

—Seguramente, él ya no tiene ningún cariño por ti, no después de todo este tiempo.

—Espero que no —dije con sentimiento. El hombre en su conjunto era inadecuado. Claramente, se creyó enamorado demasiado rápido, y si se convirtiera en vicario, como su padre, estaría en condiciones de enamorarse de cualquier número de mujeres de su congregación, después de casarnos. No sería una esposa que escucha sus sermones, semana tras semana, y lo viera apreciar a todas las demás mujeres—. Pero en ese momento, le di una crítica particularmente cruel, por lo que podría haber cambiado su amor por el odio. ¡Debería protegerme de él a toda costa!

—Nadie podría odiarte —dijo ella fácilmente.

—Excepto Benedict. —Esa fue una broma.

El cabello rubio rojizo de Felicity estaba peinado de forma sencilla con mechones de pelo, que escapaban y caían sobre su cuello. Miró por encima de mi hombro, donde ahora estaba Benedict con el grupo de hombres, charlando con la mujer del vestido plateado, y lo observó analíticamente.

—Él no te odia —dijo finalmente. Me moví para discutir, pero algo en su expresión me hizo detenerme—. Benedict ciertamente tiene sentimientos fuertes en cuanto a ti, pero no creo que el odio esté entre ellos. Nadie buscaría a una mujer durante cinco meses, si la odiara. Ningún hombre se sacrificaría tanto ni trabajaría tan duro, ni siquiera por el bien de su madre. Buscarte durante unas semanas, en nombre de Lady Edith, tal vez era razonable, pero no cinco meses…

"¿Cinco meses?"

Mi estómago cayó al suelo de madera encerada y busqué a Benedict entre la multitud, una vez más, mientras el maestro de ceremonias anunciaba el primer set. Su sonrisa se dirigió a la mujer del vestido plateado y su fuerte brazo estaba doblado para que ella apoyara su delicada mano en su codo, y me sentí mal. La sinceridad brillaba en su sonrisa alegremente arrugada, y cualquier cosa que le dijera a la mujer era suficiente para provocarle un sonrojo de satisfacción en sus mejillas.

—¿Señorita Northcott? —dijo una voz a mi lado. El señor Rufford estaba allí, esperándome. Felicity, al parecer, había vuelto a estar junto a James.

Puse mi mano en el brazo del señor Rufford y le permití llevarme al centro del salón con los demás bailarines en fila. Benedict y la diosa plateada estaban a unas cuantas parejas de nosotros, y yo centré mi atención en el señor Rufford para no tener que ver a Benedict coquetear por más tiempo.

—¿Has disfrutado ser director aquí en Bakewell?

—Ha sido un ajuste por parte de Manchester, lo admito.

—¡Santo Cielo! ¿De qué manera? —Seguramente, no podía querer decir que deseaba regresar a una ciudad tan torpe.

Miró brevemente el salón, mientras los instrumentos empezaban a sonar.

—Demasiado lento aquí para mi gusto.

—Bueno, eso lo puedo entender —supuse.

El baile comenzó en serio y nos movimos sobre los lisos pisos de madera y levantamos los pies alegremente. Era imposible no sonreír, mientras bailaba tan alegremente, y mi compañero, aunque sombrío, conocía los pasos y los ejecutaba bastante bien. Ese baile y el siguiente transcurrieron con relativa alegría, pero cada vez que levantaba la cabeza y notaba a Benedict sonriéndole a su pareja, o diciendo algo divertido a su brillante alegría, mi estómago se tensaba un poco.

Benedict me había buscado. Durante cinco meses, el hombre me buscó. Cuando me explicó su objetivo en encontrarme, ciertamente había intentado que pareciera mucho menos de lo que era. *"¿Cuál fue el propósito de ocultar hasta dónde llegó en su búsqueda? ¿Qué está escondiendo?"* Quería interrogarlo, pero primero quería arrancarle la mano de la diosa plateada, quien permanecía en su brazo.

Cuando el set llegó a su fin, regresé al lado de Lady Edith. Ella ya no estaba junto al vicario, lo cual le agradecí.

—Eres una bailarina talentosa —dijo Felicity amablemente.

—Gracias. Lo disfruté muchísimo. ¿Estás segura que no te unirás al baile? —Miré de ella a James, y él le sonrió amorosamente a su esposa.

—Solo bailamos cuando estamos solos —explicó—. Liss también es una bailarina talentosa.

Tendría que confiar en su palabra. Entendí que ella tenía ataques de ansiedad, cuando la obligaban a ser el centro de atención, pero como yo no padecía la misma enfermedad, no podía entenderla del todo.

—Señorita Northcott.

Di la vuelta y encontré al señor Beesley, un caballero que había conocido cuando vivía en Chelton. Había crecido desde la última vez que lo vi, y su sonrisa era muy hermosa. Hice una reverencia.

—Buenas noches, señor Beesley. Usted se ve muy bien.

—Tenía la intención de hacerle el mismo comentario. ¿Está reservado su próximo set o podría tener el honor de reclamarlo?

—Usted puede hacerlo.

Bailé esa actuación con el señor Beesley, la siguiente con el señor Knox y el baile de la cena con el señor Davidson. Mientras tanto, Benedict bailaba cada set con varias jóvenes, y cada una de ellas le sonreía con repugnante admiración hasta el final, y tuve que alejarme de sus descarados coqueteos, durante la cena, para no perder mi comida.

—¿Usted tiene intención de permanecer en Chelton por mucho tiempo? —preguntó el señor Davidson, un granjero local que recientemente había reemplazado a su padre, debido a una degradación extrema en la artritis del anciano.

—He descubierto que es mejor para mí no planificar demasiado hacia el futuro, porque en mi caso, el futuro nunca ha sido predecible.

—Usted suena como una gitana. —Sus cejas rubias se arquearon.

Podría ofenderme mucho por eso, pero él tenía razón.

—A mí también me apetece. —Capté la mirada de Felicity al otro lado de la mesa. Su curiosidad me atravesó, y mi garganta se aclaró—. Aunque creo que tenemos la intención de viajar a Londres para la temporada, permaneceré en Chelton al menos hasta entonces.

—¿Otro mes? —cuestionó.

Faltaba menos de un mes. Sentí que la temporada se acercaba a mí, a un ritmo más rápido de lo que estaba preparada.

—Creo que se ha discutido que el Parlamento reanudará el veintisiete de enero. Por lo tanto, es seguro que partiremos hacia Londres, antes de esa fecha. Aunque Lady Edith comentó que los mejores bailes no tienen lugar hasta unas semanas después que se reanude el Parlamento, por supuesto.

Él asintió, considerándolo.

—¿Le gusta Bakewell, señorita Northcott?

—Sí, en exceso. Es muy encantador, ¿no? —Parecía haber dicho lo correcto porque el señor Davidson me sonrió.

Cuando regresamos al salón para seguir bailando, el señor Davidson me dejó para encargarse de su siguiente compañera, y Benedict se acercó sigilosamente a mi lado, tan cerca que podía sentir su brazo rozar la parte posterior de mi hombro.

—¿Tienes a menudo la costumbre de infundir esperanzas en caballeros que no tienen ninguna posibilidad de ganarse su afecto, o he interpretado completamente mal la situación?

—¡Santo Cielo! Ben. —Mantuve mi mirada en las parejas que formaban filas en el medio del salón para el baile—. ¿A qué te refieres?

—Llamar encantador a Davidson fue cruel si no se quiere decir nada con eso.

Mi ira no tenía límites.

—Me escuchaste mal. Llamé a Bakewell encantador.

—No estaba preguntando por Bakewell.

—Ciertamente sonó así, cuando me preguntó si me gustaba Bakewell.

—Ese fue un intento de demostrar tu interés —dijo en voz baja. Su profundo sentimiento se hacía más evidente con cada palabra—. Después de aceptarlo para el baile de la cena, es lo único que se espera.

Hice caso omiso de sus palabras, aunque me infundieron un poco de inquietud.

—Tu lenguaje secreto no es conocido por todos, y dudo mucho que el señor Davidson haya dicho lo que tú insinúas.

—Duda de mí todo lo que quieras, pero sé un poco sobre coqueteo y puedo, con confianza, asegurarte que has tomado mal su medida, si no crees que él esperaba medir tu interés sobre él.

—¿Porque lo conoces tan bien?

Benedict se quedó en silencio por un momento. Se acercó un poco más y bajó la voz:

—No… Porque observé la forma en que él te miraba.

Tragué y de repente mi boca se secó ante la intensidad de sus ojos azules, tan ricos y profundos como el océano que había cruzado para regresar a Inglaterra. Mis palabras salieron en un susurro.

—¿Cómo me miró exactamente?

Benedict bajó más la voz y su aliento me hizo cosquillas en la oreja.

—Como un hombre enamorado.

Capítulo 16

Benedict

—Él no puede amarme. Él no me conoce —argumentó Thea, tratando de mantener un tono ligero, a pesar de la evidencia que la había puesto nerviosa. Inmediatamente, me arrepentí de mis palabras. No sabía qué locura me había obligado a sacarlas de mí, excepto que los celos extremos que se habían acumulado y acumulado, durante cada baile, en el que ella participaba, finalmente estallaron, y ya no pude contenerlos.

—Él no tiene que conocerte para creer que está enamorado —repliqué. Si alguien en este salón estaba embelesado con Thea, ese era Davidson. Incluso ahora, el hombre estaba de pie en el otro extremo, observándola por encima del hombro de la mujer con la que estaba conversando.

—¿Realmente no puedo creer que tú, entre todas las personas, tengas la autoridad para decirme que no coquetee con un caballero? —Thea se dirigió hacia mí, con sus cejas oscuras levantadas sobre sus ojos perfectamente helados—. Tú, que has coqueteado en exceso con cada mujer con la que has bailado esta noche.

Difícilmente hubiera llamado coqueteo a todo eso, pero de todos modos una oleada de victoria recorrió mi pecho. Thea también me había estado observando toda la noche.

Me enderecé para dejar algo de espacio entre nosotros. Su aroma, una mezcla de cítricos y algo floral, estaba nublando mis pensamientos.

—Creo que algunas personas lo llaman entretener a su pareja de baile.

—Creo que la mayoría lo llamaría darle a una mujer ideas falsas sobre lo que sientes por ella.

Negué con la cabeza. ¡Esto no era lo mismo!

—La mayoría de las mujeres con las que bailé esta noche me conocen desde hace años, y no se hacen ilusiones sobre mis intenciones. Es bien sabido que soy un soltero empedernido.

Ella sacudió su cabeza en incredulidad.

—Eso no impide que cada una de esas mujeres espere ser especial y diferente. ¡Qué será una de ellas quien capturará tu corazón, y te sacará por completo del mercado matrimonial!

Me burlé.

Thea continuó:

—Además, no existe ninguna regla que diga que conocer a un hombre durante muchos años significa que luego no puedas enamorarte de él.

Mi corazón dio un vuelco, mi pecho se calentó y la miré fijamente para encontrar su atención en la gente que se arremolinaba con engañosa calma. *"¿Su corazón está acelerado tanto como el mío? ¿Puede estar insinuando lo que pensé...?"*

—Señorita Northcott —dijo Alfred Upshaw, acercándose a nosotros con una sonrisa—. Esperaba preguntarte por el próximo set.

El hijo de nuestro vicario era el único hombre con el que ella pidió específicamente no bailar. No podría arrojarla a sus brazos ahora, ¿cierto? Era una pobre excusa para lo que estaba a punto de hacer, pero no podía negar que, en ese momento particular, no quería nada más que tenerla en mis brazos, y aprender por mí mismo, si los sentimientos que corrían por mis venas y calentaban mi piel eran mutuamente recíprocos, o si estaba peligrosamente cerca de unirme a una larga lista de pretendientes no correspondidos por Dorothea Northcott.

—Me temo que ella ya se ha comprometido para este turno —dije suavemente, esperando

que Thea no me delatara por ser un tramposo.

Thea me miró fijamente con una pregunta en sus ojos, la cual era mucho más profunda que preguntarme qué quería yo expresar con mis acciones. Le ofrecí mi codo, y antes que Upshaw pudiera rogar por el siguiente set, ella me tomó del brazo, llevándome hacia la pista de baile.

Tomamos nuestros lugares y Thea me miró con expresión sencilla.

—Solo acepté seguir tu artimaña debido a nuestra tregua.

—Por supuesto, solo por la tregua.

La música comenzó y las cuerdas del violín llenaron el aire que de otro modo sería tranquilo. ¿Dónde se había ido toda la conversación y el bullicio de la charla? Todo era ruidoso, unos momentos antes. Ahora solo notaba a Thea, y parecía que únicamente podía escuchar la música de nuestro baile. Todo lo demás desapareció.

—Bueno —continué, desesperado para que ella hablara conmigo. El silencio nos pesaba y se sentía significativo. Necesitaba llenarlo—, no es únicamente por la tregua. También para salvarte de un destino que pareces querer evitar.

Su mirada se movió detrás de mí, donde solo podía suponer que ahora se encontraba Alfred Upshaw.

—Sí. Fue amable de tu parte liberarme tan fácilmente. ¡Gracias!

—¿Hay alguna razón por la que no deseas bailar con él? —Mantuve la voz baja, mientras realizábamos los movimientos de nuestro baile.

La nariz de Thea se arrugó.

—La última vez que hablé con él se creía enamorado de mí, y lo expresó apasionadamente.

¡Esto fue inesperado! Preferiría suponer que estaba evitando un mal aliento, o un conocido crujidor de dedos.

—Entonces, estaré feliz de salvarte de las adulaciones de un hombre enamorado. —O tal vez, en verdad, era Alfred Upshaw y sus desafortunadas esperanzas a quienes estaba salvando de un dolor mayor.

Ella sacudió su cabeza.

—Él no es un hombre enamorado. Su declaración se produjo después de solo unas pocas semanas de conocerme. Nunca podría confiar en que él supiera lo que pensaba, y ciertamente no en que alguien como él permaneciera en un estado, que creía que era amor para siempre.

Mi pecho se apretó.

—Con mayor razón, supongo, para protegerlos el uno de la otra.

—Es bueno tener un pequeño descanso. —Ella se relajó un poco.

—¿De tus muchos admiradores?

Thea no respondió y no la culpé. ¿Por qué la estaba presionando tanto? ¿Por qué no podía dejarla en paz? Cerré la boca y me entregué al placer de bailar con una mujer espléndida, quien conocía bien los pasos. El estrépito en el salón se había desvanecido, y con la música presionándonos y el movimiento constante del baile, sentí una extraña opresión en mi pecho, que solo parecía aumentar, a medida que continuaba el baile.

Thea no volvió a hablar hasta que terminó el baile, y nos alineamos juntos para un baile country.

—¿Henry está enfermo? —preguntó ella—. Me sorprendió que no nos acompañara esta noche.

No fingí haberla escuchado mal, aunque quería hacerlo. No estaba enfermo en el sentido físico, pero su corazón había sufrido un golpe a principios de ese año, y aunque estaba bastante seguro que él no sabía que yo lo sabía, estaba igualmente convencido que estaba decidido a

fingir que lo sucedido no lo afectaba. Había desarrollado un afecto por Felicity, incluso antes que ella conociera a James, y perderla a manos de su hermano no pudo haber sido fácil. Por supuesto, él nunca diría una palabra de eso, en voz alta, pero había visto la forma, en que se había alejado, cuando ella llegó por primera vez a Chelton, y al mismo tiempo actuaba, como si nada estuviera mal. Ahora, podía ver cuán profundamente intentaba fingir que nunca había sentido nada por ella en absoluto.

Por supuesto, ¡esto era necesario! Era el mejor de los hombres y estaba seguro que ya no deseaba a Felicity, más allá de apreciarla como a una cuñada.

—A Henry no le gustan los bailes ni las fiestas. —Era la verdad y esto no me obligó a revelar más información de la que razonablemente podía darle.

—Lástima que... ¡Habría sido divertido provocarlo en un baile! —Ella frunció el ceño.

—Es un bailarín decente, cuando se le puede convencer.

La música comenzó de nuevo y la vivacidad del baile impidió continuar la conversación. Cuando terminamos, acompañé a Thea hacia mi madre, tratando de no notar el perfecto sonrojo en las mejillas de Thea y el brillo en sus redondos ojos azules. No era de extrañar que Thea tuviera una serie de admiradores, donde quiera que fuera. Era hermosa, con un dulce rostro en forma de corazón, que inspiraba a considerar la poesía o la última vez que se vio el amanecer.

Había visto salir el sol toda la semana en presencia de Thea, y no estaba seguro de cuál de los dos, el paisaje o la mujer, era más impresionante. ¡Esto era injusto! Sería mucho más fácil que no le agradara, si tuviera un semblante más amargo.

—Te ves encantadora bailando, Thea —dijo Lady Edith—. Me hubiera gustado que hubieras estado con nosotros, cuando organizamos el baile nupcial de Felicity.

—Podemos tener otro —dije. Thea necesitaría algo para conmemorar su entrada a la sociedad.

—Thea seguramente necesitará uno en Londres. —Lady Edith miró a Felicity—. ¿Si eso es algo de lo que te crees capaz?

Felicity asintió resueltamente, mirando a su marido.

—Creo que podemos arreglárnoslas. ¿Debe ser un baile muy grande?

Lady Edith consideró la pregunta.

—Sin duda. El señor Northcott tenía muchos amigos, y la señora Northcott también. Me imagino que todos esperarían invitaciones...

—No tengo ningún deseo de complacer a los amigos de mis padres. —Thea dirigió su atención a Felicity—. Quienquiera que elijas invitar será perfectamente aceptable para mí. No tener ningún baile también será perfectamente aceptable.

Indudablemente, Felicity también preferiría esa opción, pero no sería suficiente para mi madre.

Una la garganta se aclaró, atrayendo la atención de todos en nuestro grupo. Alfred Upshaw estaba detrás de Thea, así que le envié una sonrisa divertida, antes que diera la vuelta y mirara a su pretendiente.

—Esperaba pedirle su compañía durante el próximo set, señorita Northcott. Pero… Una lesión en el pie me impide bailar en este momento, pero me encantaría dar una vuelta por el salón, si me honraras con tu compañía.

Ante semejante súplica, Thea difícilmente podía rechazar a este hombre.

—Si te lesionaste el pie, ¿preferirías descansar? —preguntó con perfecta cordialidad.

—Sí, eso sería bueno —dijo—. Las mesas de la cena ya están retiradas, estoy seguro.

Él dobló el codo, le ofreció el brazo y ella lo tomó. Upshaw probablemente no identificó el

intento de Thea de liberarse de sus obligaciones con él. Afortunadamente para Thea, ser hija de un político experimentado sin duda la había ayudado en el arte de la diplomacia cuidadosa, y permitió que Upshaw la condujera a la sala contigua.

—¿Es apropiado que se vayan juntos solos? —pregunté, observando su retirada.

—No están solos —dijo mi madre—. Las puertas del comedor están abiertas de par en par, y la gente ha estado entrando entre los salones para los últimos bailes. Estoy segura que otros también han buscado su respiro en las mesas.

Aún así, ver a Thea desaparecer del brazo de un hombre, que una vez le había profesado su amor, hizo que se me oprimiera el pecho.

—¡Oh! Ahí están Lady Whitstone y la señorita Whitstone —dijo mi madre, suspirando profundamente—. Vamos a saludarlas.

* * *

Thea

El amor declarado del señor Alfred Upshaw por mí no había disminuido en el tiempo y el espacio que abarcaron los últimos años. Sus ojos fervientes y ansiosos me suplicaron que recordara nuestros últimos momentos juntos de la fiesta, en el jardín de los Whitstone, antes de partir hacia la escuela, pero sacudí la cabeza con tristeza, ante su pregunta, a pesar de ser perfectamente capaz de recordar ese día con alarmante claridad.

El señor Upshaw, en la relativa intimidad del laberinto de setos, me había recitado un poema que él mismo había escrito. Fue uno de los momentos más embarazosos de mi vida, porque salimos del laberinto, mientras otros hablaban sobre un tonto, al que habían oído recitar un poema horrible, y el señor Upshaw se había sonrojado, lo suficientemente rojo como para delatarnos.

Lo había dejado a él, a la fiesta en el jardín, y luego a Chelton con gran entusiasmo. No había ayudado que Benedict hubiera estado en el grupo que se burló del señor Upshaw, y por extensión de mí. Su diversión era irritante, cuando pasaba, junto a nosotros, con una mujer en cada brazo. Incluso más tarde Benedict no entendía por qué yo estaba molesta. Su explicación había sido algo parecido a la creencia que, naturalmente, estaría de acuerdo en que el señor Upshaw era nada menos que ridículo.

Por supuesto, el hombre era ridículo, pero yo también me había sentido avergonzada. ¡Ese era un hombre tonto!

—¿Estás feliz de regresar a Chelton? —me preguntó el señor Upshaw, mientras me acercaba una silla para sentarme en una de las mesas de banquetes de la sala contigua. La gente se arremolinaba, en su mayoría hombres o mujeres mayores, que parecían necesitar un descanso, después de la abundante comida que les habían servido.

Le sonreí al señor Upshaw con cuidado de no sonreír demasiado. No quería darle a este hombre ninguna idea falsa sobre mis afectos.

—Siempre estoy feliz de estar en Chelton. Lady Edith es como una madre para mí, hay mucho espacio para montar y la compañía de la nueva señora Bradwell me parece muy de mi agrado.

—Me alegra saber que todavía disfrutas montando. Tal vez puedas honrarme... —asintió con aprobación.

—Tu pie —dije rápidamente, esperando evitar una invitación a montar juntos. No podía darle al hombre ninguna razón para creer que su demanda sería bien recibida. Puede que todavía me tuviera afecto, pero eso no abolió mis otros temores. Un hombre en su situación, que era tan

rápido para sentir emociones profundas, no poseía un carácter lo suficientemente fuerte como para confiar en él—. ¿Cómo te lastimaste? Espero que no haya sido nada con daños duraderos.

Él sintió la aparente sorpresa de mi interrupción.

—Sucedió durante el baile country. Me temo que me moví en la dirección equivocada y choqué con el señor Rufford. Lo pisoteé.

—¡Qué espantoso! —El señor Rufford no era pequeño en absoluto, y una colisión con el hombre seguramente le dolió—. Espero que estés lo suficientemente recuperado como para caminar a casa.

—Me las arreglaré —dijo galantemente.

—¿Entonces has elegido seguir la carrera de tu padre? La última vez que hablamos todavía tenías que decidirte, pero estabas casi seguro que querías ser vicario.

El señor Upshaw enderezó los hombros, preparándose para responder a mi pregunta.

—Lo he hecho. Me voy a Cambridge, después de la Noche de Reyes, y espero con ansias mi futuro como clérigo.

—Harás un buen trabajo en ese rol. —Estuve de acuerdo—. Quizás algún día reemplaces a tu padre.

El hombre estaba envejeciendo, pero me abstuve de añadir eso último en voz alta.

El señor Upshaw se acercó. La emoción superó su ansiosa energía.

—Sí, exactamente. Espero volver a Bakewell y hacer una vida aquí.

La forma en que pronunció las palabras y el trasfondo de su significado fueron demasiado para mí. Me recosté en mi silla. El roce de mis piernas contra el suelo duro sacudió mis huesos. El señor Upshaw debió sentir mi inquietud, ya que se enderezó.

—Tengo envidia de su confianza en su futuro. Temo decir que no tengo la misma certeza por mi cuenta. —Miré hacia las puertas dobles, abiertas de par en par para permitirnos ver a los bailarines—. ¿Crees que el set podría llegar a su fin pronto? No quisiera que Lady Edith se preocupara.

Él se quedó en silencio, por un momento, pero agradeció mi indirecta. Se levantó ofreciéndome su brazo.

—No estoy seguro. ¿Vamos a buscarla?

—Sí, gracias.

El señor Upshaw me llevó de regreso al salón de baile y busqué a la familia Bradwell. Felicity y James estaban contra una pared con las cabezas inclinadas, en una conversación tranquila, y las manos entrelazadas, pero Lady Edith no estaba y Benedict estaba… bailando con la diosa plateada. ¡Nuevamente! Sin embargo, no solo bailaba sino que también le sonreía con su maldita y hermosa sonrisa.

Una oleada de celos me invadió y aparté la mirada de ellos. Si hubiera algo que nunca haría, sería permitir que Benedict ganara mi corazón.

Capítulo 17

Thea

La mañana después de las asambleas en Bakewell me salté mi paseo matutino, porque aún no podía enfrentar los sentimientos que llenaban mi pecho y recorrían mi cuerpo, o, más bien, realmente era incapaz de enfrentar al hombre que incitaba esos sentimientos. Quería analizar la forma en que había reaccionado, ante Benedict, para poder descifrar lo que había sucedido, y así determinar una manera de extinguir para siempre la chispa, que se encendía y ardía dentro de mí, cada vez que él estaba cerca.

Era posible lograr esto. Simplemente, tenía que encontrar una manera. Desarrollar sentimientos por mi enemigo nunca sería suficiente.

Una vez que todas las horas razonables para el desayuno llegaron y pasaron, y el sol subió cansinamente en el cielo, me puse mi falda de hábito y bajé a los establos para dar mi paseo. Tal vez yo también saltaría los setos del norte, solo para mantener el despecho de mis crecientes sentimientos por Benedict.

Los mozos de cuadra ensillaron a Luna relativamente rápido y tomé asiento, viendo los otros caballos y alegrándome de ver a Jasper descansando felizmente, en su puesto. No podría evitar a Benedict para siempre, pero haría todo lo posible por eludirlo hoy. Temía no poder esconderme más detrás de la cortina de desdén, que hasta el momento me había protegido de su encanto.

Luna me guió desde la casa hacia las colinas, como si entendiera de forma innata a dónde yo quería ir. Nuestro paseo no fue doloroso, más bien reflejó el paso lento y metódico de un caballo que se toma su tiempo. Disfruté del ritmo constante, respirando el aire frío de diciembre. Faltaba solo una semana para Navidad y temía que la festividad trajera consigo nieve, como parecía suceder a menudo. Una vez que la nieve cayera en serio, montar en bicicleta sería cada vez más incómodo. Aunque, por ahora, podría arreglármelas.

Apareció el templo griego y me sorprendió encontrar un carro estacionado, en uno de los árboles detrás de él, con una mula esperando pacientemente con su arnés. Felicity se acercó a una de las columnas, y se protegió los ojos para verme. Me sentí aliviada al encontrarla allí y no a un extraño.

—¿Interrumpo? —la llamé, deteniendo a Luna en la locura—. Puedo venir en otro momento.

—No, en absoluto. —Ella sostenía un libro con el dedo metido entre las páginas cerradas para marcar el lugar donde estaba leyendo—. ¡Me encantaría tu compañía!

Dudaba de eso. Al parecer, ella había venido allí para leer en paz. A la sombra casi helada de un falso templo griego, había disfrutado de alguna que otra novela, pero nunca me permitiría a mi misma sufrir tanta frialdad, mientras leía, cuando había una casa perfectamente cálida disponible.

Luna dio un paso adelante y me deslicé por el suelo, antes de llevarla a un árbol, apartado de la mula de Felicity, y atar sus riendas a la rama baja.

—¿Vienes aquí a menudo a leer? —pregunté, subiendo los escalones de piedra para llegar a Felicity.

—Sí, aunque casi hace demasiado frío para ello. —Caminó alrededor del exterior, por una curva, hasta un banco de piedra y levantó la manta de lana que descansaba allí. La colocó sobre

todo el banco y luego me miró—. Ayuda a protegerse un poco del frío. La piedra se parece mucho al hielo sin ella.

Me senté junto a Felicity y casi me quedé sin aliento, ante la gloriosa vista que teníamos ante nosotras. La había visto muchas veces antes y esta nunca dejaba de asombrarme.

—¡Es impresionante!

—Evidentemente… La abuela de James venía aquí a pintar, cuando estaba viva. Su marido lo hizo construir para ella.

—Recuerdo algo sobre eso, ahora que lo dices. ¿Te imaginas a un hombre que te ama tanto que construiría esto para tu placer?

Ella me miró de reojo.

—De hecho, sí puedo.

—¡Oh, por supuesto! Incluso James haría algo de esta naturaleza —dije. Él amaba profundamente a su esposa, era tan devoto de ella que verlos a veces hacía que mi estómago se contrajera de envidia—. Dada la forma en que comenzó tu relación, creo que eres una mujer afortunada.

Felicity inclinó un poco la cabeza hacia un lado.

—Estoy de acuerdo en que tuve suerte de encontrarlo en la biblioteca esa noche, pero eso no es todo. Más que eso, tuve suerte que un hombre tan bueno estuviera conmigo. ¡Que un hombre con tan buen carácter pidiera mi mano!

—Él te quiere mucho. Eso es fácil de ver.

—Quizás ahora, pero no estábamos enamorados, cuando nos casamos. Eso llegó más tarde, después de trabajar juntos por la felicidad, tomando la decisión cada día de aprender unos de otros y hacer sacrificios... No enfadarnos y dormir en habitaciones separadas, cuando estamos enojados, sino comunicar nuestras quejas y besarnos todas las noches.

Mi corazón dio un vuelco, ante la idea de besar a un hombre todas las noches, y mi mente traidora desarrolló una imagen de Benedict en ese rol. Sacudí la cabeza para aclararla, reemplazándola con la imagen de su fácil coqueteo en las asambleas con otras mujeres. Nunca pude tomarlo en serio. Lo mismo había sucedido, cuando llegué a Chelton por primera vez hace tantos años. Tomé su coqueteo como algo más de lo que realmente significaba, desarrollé sentimientos por el hombre y lo encontré coqueteando de la misma manera, diciéndoles exactamente lo mismo a todas las demás chicas, que me había dicho a mí.

Exactamente como lo hacía mi padre con todas las mujeres en Suecia. Coquetear y coquetear hasta que se escapaban juntos. ¡Esto era repulsivo!

—James es un buen hombre —dije—. Pero no todos son tan sanos.

—¡No! Estoy de acuerdo, no lo son. He oído muchas historias de libertinos y pícaros en Londres, pero no creo que nos enfrentemos a muchos canallas aquí en Bakewell.

—¿Excepto por el que vive en Chelton, quieres decir?

Ella me miró fijamente.

—¿Quién… oh, te refieres a Benedict, no es así? No clasificaría a ese hombre como un canalla, y mucho menos como un libertino.

—Un pícaro, entonces.

—No, ni siquiera eso. —Sus cejas color cobre claro se juntaron—. ¿Ha hecho algo horrible para ganarse una opinión tan baja de tu parte? Lo admito, cuando escuché que ustedes dos no se llevaban bien, no me di cuenta del alcance de su desagrado mutuo.

Ella se equivocó. No es que me desagradara ese hombre, más bien no confiaba en él ni creía que fuera sincero.

—Me gusta bastante Benedict. Siempre está dispuesto a divertirse, por irritante que sea. Y es un compañero de viaje perfectamente amigable.

Felicity esperó, cruzando suavemente las manos sobre el libro que tenía en el regazo.

—Pero él es extremadamente egoísta —continué—, y nunca se le puede tomar la palabra. Es un bromista y coquetea con todas las mujeres por igual. Como la mujer de anoche. ¿La del vestido plateado?

—Señorita Dodwell, creo... Ella es la sobrina de los Dodwell.

Cubrí mi sorpresa. ¡La conocía! Aunque no tanto. Ciertamente, yo no la había reconocido anoche.

—¡Sí! La señorita Dodwell. Él la trató como si… como si tuvieran algún tipo de entendimiento. Sonriéndole toda la noche, bailando dos sets juntos. Debes ver que el resto de la sociedad en esa sala piensa lo mismo que yo.

—Probablemente, sí.

—Lo cual es simplemente... —Volteé para mirar a Felicity. *"¿Ella estaba de acuerdo conmigo?"*—. ¿Crees que él también actuó de manera inapropiada?

—Yo no diría eso, no exactamente. No creo que todavía haya un acuerdo entre la pareja, pero eso no significa que sus acciones estuvieran demasiado fuera de los límites de lo correcto. A Ben le importa demasiado la opinión de su madre como para manchar el apellido.

"¿Todavía?" Ella había dicho que aún no había ningún acuerdo entre la pareja. El banco de piedra pareció caer debajo de mí, y me concentré en las ovejas que salpicaban la ladera lejana, moviéndose lentamente, mientras pastaban, y aparté esa palabra de mis pensamientos. *"Benedict estuvo suficientemente dispuesto como para ser considerado cortejando a una mujer y bailó con ella dos veces. ¿Benedict está dispuesto a casarse con ella?"* La idea fue impactante.

—Supuse que Henry sería el próximo en casarse —dije débilmente.

—Para hacer eso tendría que conocer a una mujer, y no puede conocer a una mujer, a menos que salga de casa. —Ella parecía preocupada—. Esperaba convencerlo que se uniera a nosotros en Londres para la temporada, pero hasta ahora ha pospuesto la idea.

—Quizás si le prometemos una multitud de libros nuevos, estaría de acuerdo.

Los ojos de Felicity bailaron.

—De hecho, es posible darle algo a su mente. Creo que Henry no ha visitado la ciudad desde hace mucho tiempo. ¿Hablamos de los Mármoles de Elgin y de las cosas que se pueden contemplar en el Museo Británico, si viene? Seguramente, podemos seducirlo hablándole de Hatchards y de todos los libros nuevos que podría comprar, si fuera, o de la historia que admiraría.

—O una parada en Cambridge u Oxford para una conversación inteligente de camino a la ciudad.

—Creo que lo perderíamos allí, si ese fuera nuestro objetivo —dijo Felicity.

—Quizás el hombre necesite perderse allí por un tiempo. —Me envolví con más firmeza en mi pelliza para protegerme del frío, un poco más, pero mis orejas y la punta de mi nariz ya estaban más frías que la piedra debajo de mí—. Quiero agradecerte por aceptar ser mi acompañante. Preferiría encontrar otro puesto en las cocinas de una gran propiedad que permanecer mucho tiempo bajo el cuidado de Lord Claverley.

Felicity dio un pequeño escalofrío y sus mejillas se sonrojaron por el frío.

—Aún tengo que formarme una opinión sobre Lord Claverley. Ha sido cortés conmigo, pero él es un poco intimidante.

—Hombres así no pueden intimidarme —dije—. ¡No lo permitiré! Creo que es su objetivo,

y nada me produce más placer que demostrar el poco efecto que tienen en mí.

—Seguramente, debe tener algún efecto, o no habrías tomado medidas tan extremas para evitarlo.

La miré fijamente.

—No los considero como casos extremos. Mis intentos de hacer mi propia vida fueron lamentables, supongo, pero fueron genuinos. No espero encontrar un marido en los salones de baile de Londres, pero mi incursión en la servidumbre demostró cuán profundamente aprecio una vida relativamente tranquila. Un colchón de plumas, por ejemplo, o unas manos que no se agrietan, pero sangran.

—Puedo ver los méritos de ambas cosas —dijo Felicity suavemente, mirándome con un poco de asombro—. ¿Qué piensas hacer entonces?

—Tengo la intención de mantenerme abierta a las oportunidades disponibles para mí, y agradecer a mis padres, que descansen en paz, por dejarme una herencia que nos proporcionará a mí y a mi esposo, quienquiera que sea, ingresos suficientes para disfrutar una vida de relativa tranquilidad. —Le sonreí a Felicity y ella se rió, sacudiendo la cabeza.

—A veces, eres demasiado.

—Sí, me han dicho eso antes. —Me puse de pie, sacudiéndome la falda—. No puedo quedarme sentada con este frío ni un momento más. Necesito un viaje duro para calentar mi sangre.

—¡Disfrútalo! Me quedaré aquí hasta que tenga demasiado frío para seguir pasando las páginas de mi libro.

Al mover su cabeza, Luna se elevó a través de las colinas doradas, cubiertas de hierba verde y amarilla, extirpadas en parte por los rebaños de ovejas. Dejé que el viento soplara a través de mi cabello, arrancando mechones de sus horquillas y agitándolos frente a mi cara. Mis manos enguantadas agarraron las riendas y reboté al ritmo de los cascos de Luna, respirando el aroma de la tierra y la hierba húmeda.

Cuando regresé a casa, mis mejillas estaban sonrojadas y mi cuerpo lucía rejuvenecido. Podría afrontar la perspectiva de Benedict y su futura esposa, la diosa de plata. Podría enfrentarme a Lady Edith y sus expectativas. Pero, ¿podría enfrentar a Henry?

Él abrió la puerta y me ayudó a entrar, mostrando su cálida sonrisa apagada.

—Acabas de recibir una carta. Creo que Forester la tiene en la antecámara.

—Gracias. —Me moví para alejarme, pero me detuve y lo miré con ojos evaluativos. Se parecía mucho a Benedict en apariencia, aunque no era tan alto con su cabello castaño y rizado, mostrando un estado de desorden que añadía un poco de estilo a su apariencia, por lo demás discreta. Tenía inteligencia en sus ojos, aunque reflejaba una tranquilidad, que estaba completamente en desacuerdo con el comportamiento de su coqueto hermano. Él era apuesto. Podría encontrar una esposa en Londres, fácilmente, si solo buscara una.

—No puedo evitar preguntarme, si tengo algo entre los dientes —dijo Henry, rompiendo la barrera de mi lectura y llevándome de regreso al presente.

—Tus dientes están perfectamente bien. Solo me preguntaba por qué no vendrás a Londres con nosotros el mes que viene.

—Para ser sincero, no encuentro la sociedad tan atractiva.

—Comprensible, por supuesto. Pero no viajarías con la sociedad ni te alojarás con ellos, ni cenarás con ellos, a menos que lo desees. Sin embargo, podrías pasar ese tiempo con nosotros o en los clubes y tiendas de Londres. Hay mucho que hacer en la ciudad, además de asistir a bailes y fiestas, ¿sabes?

Inclinó un poco la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos, mientras pensaba.

—Supongo que no lo había pensado mucho.

—Espero que ahora lo hagas. —Le di una sonrisa traviesa y me fui.

No recibía cartas con frecuencia, así que no pude evitar la curiosidad que me invadía. Me dirigí a la antecámara, pero Benedict se interpuso en mi camino. Me obligó a detenerme en seco para evitar toparme con él, y un vistazo a la determinación en su mirada demostró que no debía detenerme a hablar con él ahora. Me preguntaría por qué me perdí nuestro paseo matutino, estaba segura de ello.

—Nunca concertamos una cita —dije, rodeándolo y continuando por el pasillo hacia la antecámara. Viajar juntos a la misma hora, todas las mañanas, durante casi una semana, no constituyó un acuerdo—. No me he perdido ningún compromiso.

Él se puso a caminar detrás de mí.

—No te tomé por el tipo de mujer que necesitaba dormir hasta tarde por la mañana después de un baile.

—No dormí hasta tarde. No es que haya nada malo en necesitar un poco más de descanso, después de pasar la tarde participando en una actividad tan animada.

—¿Entonces decidiste saltarte el viaje?

—Elegí posponer mi viaje hasta que saliera el sol y pudiera calentarme un poco, en lugar de la madrugada, que empezó a sentirse muy helada para mi gusto.

¡Eran mentiras! Me había saltado el viaje para evitar a Benedict. Abrí la puerta de la antecámara y encontré a Forester, el mayordomo, de pie junto a un armario abierto lleno de platos para servir.

Benedict, por supuesto, me siguió al interior. Su aroma especiado y picante flotaba a mi alrededor, nublando mi determinación. Había elegido evadirlo, evitar una conversación, porque… ¿Por qué exactamente? Tenía algo que ver con la forma en que me sentí anoche, y mi profundo deseo de abstenerme de enfrentar esos sentimientos. Pero ya no podía recordar los detalles, ahora que él estaba cerca, interfiriendo con mi determinación.

—Me han dicho que tienes una carta para mí —le dije al mayordomo.

Él fue a buscarla y la trajo en una bandeja de plata.

—Gracias, Forester —dije, dándome la vuelta y fingiendo que Benedict no estaba directamente detrás de mí.

—Por supuesto, señorita.

Regresé al pasillo y me dirigí hacia el salón. Debería estar vacío a esta hora del día, y seguramente Benedict me dejaría en paz, ahora que sabía que tenía intención de leer la correspondencia.

La escritura en la dirección me resultaba un poco familiar, pero no pude ubicarla. Los bordes de la carta doblada estaban particularmente desgastados, como si hubiera viajado una gran distancia. Rompí el sello y desdoblé la misiva con curiosidad. Una pequeña nota doblada cayó de los pliegues al suelo pulido. ¿Una segunda carta dentro de la primera? Me incliné para recuperarla. Mi mirada saltaba entre las palabras nítidas y recién escritas en la nota y la misiva antigua que aún no había abierto.

Mis ojos se quedaron pegados a la escritura de la carta más pequeña y descubrí que no podía moverme. Me quedé paralizada, en el centro del pasillo, con una carta desdoblada en una mano y una pequeña misiva burlándose de mí en la otra. Habían pasado seis años desde que murió mi padre, un hombre que me amaba, a pesar de lo poco que yo respetaba sus costumbres. Seis años, en los que había crecido, y me había convertido en una mujer empeñada en no

permitirme la vida que él y mi madre llevaban. Tenía emociones contradictorias con respecto a mis padres, era cierto, pero sostener ahora una carta, en mis manos, que seguramente estaba escrita por la mano de mi padre hizo que mi estómago se revolviera en partes iguales de temor y ansiosa fascinación.

—¿Qué es? —preguntó Benedict, dando la vuelta para mirarme.

No podía apartar los ojos de la misma.

—Es una carta de mi padre.

Capítulo 18

Thea

Las manos de Benedict rodearon mis hombros. Él me condujo al salón vacío y hacia el otro extremo, donde había un grupo de sillas apoyadas contra las ventanas. Me dejé caer en una, mientras él abría completamente las cortinas para brindarme mejor luz.

Me miró hasta que pude apartar la mirada del papel amarillento y la inesperada compasión en sus ojos me inundó de calidez.

—Te dejaré ahora.

Quería estirarme hacia adelante, canalizar la fuerza de su toque, pero parecía que no podía separar mis dedos de la carta. ¡Era una carta sellada y doblada procedente de la tumba!

—No —dije, mi voz era un susurro bajo y ronco—. Por favor no te vayas.

Al principio, pareció que Benedict no me había oído, pero a mitad del salón se detuvo.

—Me quedaré aquí si me necesitas.

Era más de lo que me debía, después de mi frívolo saludo de esta mañana, y mucho más de lo que yo merecía. Le envié una sonrisa agradecida, y me moví ligeramente para que la luz fluyera mejor sobre mi hombro y el papel, en mis manos. Mi mirada buscó primero el nombre al final de la otra carta y descubrí que era el de la mujer con quien mi madre y yo habíamos vivido en Viena, después de la muerte de mi padre. Necesitábamos un lugar para descansar y llorar, y la señora Richter era una vieja amiga de la familia. Nos había visitado varias veces en Suecia y nosotros habíamos ido a verla a Viena, mientras mis padres estaban vivos y felices. Su caridad hacia mi madre y mi persona, en ese momento, había significado mucho para mí, y me entristeció dejarla, después de la muerte de mi madre, pero eso no ayudó en nada. Mi tutor, el tío Northcott, el hermano mayor de mi padre, vivía en Inglaterra, así que me enviaron allí.

Apartando mi atención de mis recuerdos, leí la carta de la señora Richter, mi mente daba vueltas como un molino de viento, en una tormenta, mientras devoraba las palabras.

“Señorita Dorothea Northcott...

Espero que me perdones con el tiempo. Descubrí esta disparidad hace aproximadamente un año, mientras revisaba un cajón en la antigua habitación de tu madre, pero no sabía cómo proceder. En el año que viviste con nosotros, tú y tu madre se volvieron muy queridas para mí, y ha sido una lucha saber cómo seguir adelante con esta nueva información. Inicialmente, intenté olvidar que alguna vez había visto el papel que encontré, pero eso fue imposible. Mi alma no podía desaprender algo que se me había dado a conocer de esta magnitud.

Nuevamente, espero que comprendas mis razones para informarte sobre esto. Desearía haberlo hecho yo misma, en lugar de a través de esta carta, pero mi gota ha levantado su bestial cabeza, y me temo que ahora no cruzaré un océano fácilmente.

Había una carta escondida debajo del cajón del escritorio de tu madre de una manera que solo podría haber sido puesta allí, si ella hubiera intentado ocultarla. Recuperé el papel y descubrí que era el testamento final de tu padre. Evidentemente, tu padre dividió su herencia con la ayuda de un hombre llamado Adam Robertson de una empresa en Bath, Robertson and Sons. Fue hecho legalmente. He investigado la situación exhaustivamente, y me temo que el

testamento está blindado legalmente, y está fechado después del que se leyó luego de su fallecimiento. No podrás disputarlo. Escríbeme, si tienes alguna necesidad. Sería un honor para mí hacer todo lo posible para aconsejarte.

Ten en cuenta que estoy disponible, si necesitas más explicaciones. Según el hombre, todavía tú tienes derecho a una suma decente. Te deseo lo mejor y nuevamente, te ruego que te comuniques conmigo, si necesitas ayuda u orientación.

Siempre tuya, etcétera.

Sofía Richter.

Posdata: He incluido una carta que recibí del abogado Adam Robertson, cuando pregunté sobre el testamento. Debía ser entregada a ti, tras la muerte de su padre, pero sucedió que la empresa nunca fue informada de su fallecimiento. La enviaron a mi dirección, bajo el malentendido que todavía estabas aquí conmigo. Me temo que los llevé a ese entendimiento para poder obtener la información y dártela. Ahora que ellos han sido notificados de la muerte y de tu dirección, puedes esperar tener noticias del señor Robertson, o puedes escribirle a la siguiente dirección…"

Tragué espesamente en una garganta seca.

—¿Es una noticia terrible? —preguntó Benedict. Su voz era tan suave que no lo había creído posible.

"¿Lo es? Mi herencia ha sido dividida: eso es todo lo que sé hasta ahora. Sin embargo, ¿cuán dividida? ¿Y por qué?"

Para empezar, la herencia no es demasiado grande, pero constituye una suma significativa. Era lo suficientemente sólida como para permitirme creer que podía forjar una vida con cualquier hombre que eligiera, que podía buscar una pareja por amor, y aún así podía permitirme tener un tutor decente para mis hijos y muchos zapatos o vestidos, según fuera necesario.

Hacer los papeles de criada de cocina, ayudante de costurera e incluso institutriz habían sido trabajos agotadores, a veces demoledores, pero yo no había tenido la intención que la servidumbre o esos oficios fueran mi vida para siempre. La perspectiva de poder quedarme sin la seguridad de la modesta fortuna de mi padre me dejó en pánico, como una cuchilla caliente. Quizás más, ahora que conocía de primera mano las dificultades de una vida laboral.

—¿Thea? —cuestionó Benedict, levantándose de su asiento. Dio un paso hacia mí vacilante y de inmediato anhelé los reconfortantes brazos de mi madre, como no los había deseado en años.

—No son buenas noticias —dije.

Él cruzó la habitación más rápido y se sentó en la silla, a mi lado. Mis manos descansaban inertes en mi regazo, y las cartas permanecían aferradas débilmente a mi alcance. La voz de Benedict era baja y firme, y la agarré con la misma fuerza que desearía poder aferrarme a él.

—Sea lo que sea, recuerda que no estás sola. Tienes a otros que te apoyarán y te llevarán a través de cualquier tormenta, que se presente en esa carta.

Asentí. Mis párpados se cerraron. Estaba en lo cierto. Tenía a Lady Edith, Felicity, James y Henry. Por muy impactante que fuera admitirlo, en ese momento sentí que también contaba con el apoyo de Benedict. Lo miré, perdiéndome en sus suaves ojos azules, incluso su ceja oscura bajada con una preocupación, que se deslizó en mi pecho, me animó.

—Es de la señora Richter —admití en voz baja—. Mi madre y yo nos quedamos en su casa de Viena, después de la muerte de mi padre, y yo todavía estaría allí hoy, si ella no hubiera considerado oportuno devolverme con mi tutor. Ninguna de nosotras sabía en ese momento que mi tutor no me querría.

Tampoco sabíamos que inmediatamente él me subiría a un carruaje hasta Chelton con una nota para Lady Edith, explicando que no quería formar parte de la vida de su joven sobrina, y que nunca había pedido semejante responsabilidad. Supuse que no podía culparlo por conocer sus limitaciones. Pero tampoco me agradaba por eso.

—Entonces, ¿ella fue buena contigo?

—En efecto. —Mis dedos buscaron el anillo, que ahora adornaba mi dedo, el que había usado alrededor de mi cuello, cuando me obligaron a hacer el rol de una sirvienta. Anhelaba la sabiduría y los consejos de mi madre, ahora más que nada. Debía haber tenido una razón para ocultar el testamento, y yo deseaba desesperadamente interrogarla al respecto.

—¿Ella te dio este anillo? —preguntó Benedict.

Mi mirada se posó en la pieza de joyería en cuestión: sus pequeñas piedras rojas rodean un rubí ovalado más grande. Sacudí la cabeza. Debí haber sido obvia en mi inquietud, si él iba a hacer tal conexión.

—Era de mi madre. —Levanté la mano y se la mostré a Benedict—. Me encuentro inquieta, cuando pienso en ella.

Tomó mis dedos y acerqué el anillo para verlo mejor. Su suave toque sostuvo tiernamente mi mano.

—No tiene mucho valor —le expliqué—. Excepto en el significado que tiene para mí.

Esto fue una de las pocas cosas que saqué de los baúles de mi madre, cuando dejé Viena para regresar a Inglaterra. Este objeto me recordaba verla prepararse para cenas y planear, cuándo podíamos hacerlo juntas, a una madre que me adoraba, a pesar de las decisiones que había tomado y con las que no estaba de acuerdo. Una madre que me contaba fantásticos cuentos de hadas y me pintaba las mejillas con colorete, cuando yo estaba triste, por no poder asistir a los bailes con ella. Una madre que cometía errores, pero no me amaba menos por la forma en que mi padre la trataba.

—Puedo entender por qué este anillo significa tanto para ti —murmuró.

—Lo entiendes... Es una de las últimas conexiones que tengo con mi madre. —Dejé escapar un suspiro y volví a mirar la carta en mi regazo—. La señora Richter es otra conexión, por supuesto.

—La noticia que ella trae —dijo suavemente. Sus dedos envolvieron más firmemente los míos y los bajó sobre su rodilla—. ¿Es terrible? No es necesario que la compartas, si no lo deseas.

Mi mente entendió las palabras que dijo, pero mi corazón estaba concentrado en mi delicada mano envuelta en la grande y capaz de Benedict, acurrucada en calidez en su pierna, mientras él la acunaba con cuidado. Esto me devolvió al presente, desterrando los recuerdos de Viena y Suecia, y volviendo mi atención a la segunda carta que tenía en la mano: la de mi padre.

—La señora Richter encontró el testamento de mi padre, escondido en el escritorio que mi madre usaba, cuando vivíamos en su casa.

—¿No lo tenías…?

—Es un testamento más reciente, creado después del que nos leyeron, luego de su muerte. Evidentemente, recurrió a otro abogado y le proporcionó una carta explicativa para que me la entregara, en el momento de la lectura del testamento. Pero eso nunca se hizo, porque escribimos

al abogado original de mi padre, cuando él murió, y solo se leyó su primer testamento.

Benedict se inclinó un poco hacia adelante, rogándome que lo mirara.

—¿No podría ser del todo malo, entonces? Quizás sea casi lo mismo.

—La señora Richter leyó una copia del testamento, Ben. Mi herencia ha sido dividida, sea lo que sea que eso signifique.

Tragó, su mano apretando suavemente la mía.

—¡Ah! Claro —dudó—. Puedo dejarte para que leas la carta de tu padre.

Mis dedos se enredaron más firmemente alrededor de los suyos, un impulso del que no me arrepiento en ese momento.

—Por favor, quédate.

Ya dos veces le había suplicado, bajé mis defensas y le pedí algo a Benedict, y no había tenido el efecto adverso que esperaba.

Benedict reconfiguró su agarre en mi mano para que fuera más cómodo, entrelazando nuestros dedos. Pasé el dedo por debajo del sello de mi padre, desdoblé la carta que tenía en el regazo con la mano libre y la leí.

"Querida hija—

Me entristece escribir esto porque si lo estás leyendo, significa que estoy muerto. Un pensamiento amargo, ese. No me gusta la idea de dejarte en esta tierra sin un protector, aunque no dudo de las habilidades de tu madre, y estoy seguro que se volverá a casar rápidamente.

No te dejaré más suspenso, porque estoy seguro que te sorprenderás del secreto de mis métodos, pero tuve que dejar la carta a mi abogado, o temía que nunca te llegaría, querida. Verás, tengo un hijo. Fue bendecido con tus mismos ojos azules y cabello oscuro, y me atrevería a decir que reconocerás el parecido familiar de inmediato. Lo amé en el momento en que lo vi. Sin duda, él será llevado a una luz escandalosa, una vez que reciba su herencia y mis transgresiones sean reveladas, pero sé que puedo contar contigo para guiarlo, a través de la sociedad, y ser para él la familia que yo no puedo ser.

Me hubiera gustado hacerlo yo mismo, pero si estás leyendo esa carta, entonces esto ha recaído sobre tus capaces hombros.

No puedes saber cuánto te amo y espero que algún día vengas a perdonarme. Verás, no podía soportar la idea de dejar a ninguno de mis descendientes sin una parte de mi fortuna. Espero que… aunque se haya reducido a la mitad..."

—¿Reducido a la mitad? —casi grité, sorprendiendo a Benedict para que apretara más su mano.

—¿Qué…?

—Shhh —lo amonesté y seguí leyendo.

"Descubrirás que tu herencia será lo suficientemente importante como para satisfacer a futuros pretendientes. Eres una niña encantadora y estoy convencido que no tendrás dificultades para encontrar una pareja decente cuando seas mayor de edad.

Todo mi amor,

Tu Padre.”

Bajé la misiva y miré a Benedict.

—Tengo un hermano.

—¿Un hermano? —repitió, apropiadamente sorprendido.

—Sí, y mi padre redujo mi herencia a la mitad para que nos llegara a nosotros, en partes iguales.

—¿Dijo algo más sobre el asunto? —Benedict parpadeó.

—Solo que espera que yo orqueste la entrada de mi hermano en la sociedad y que ciertamente veré el parecido familiar de inmediato.

Él puso su otra mano sobre la mía, presionando hacia abajo, y ofreciéndome apoyo de una manera que me tranquilizó.

—¿Te ha dado alguna información sobre…? ¿La madre? ¿O cómo podrías contactar a este hermano?

Negué con la cabeza.

—La señora Richter proporcionó la información de contacto del abogado de Bath. Ella me explicó que él debería comunicarse conmigo pronto, pero que puedo comunicarme con él, si así lo deseo.

—¿Qué crees que debes hacer?

Incliné mi cabeza hacia un lado en consideración y dejé ambas cartas en el asiento vacío a mi lado.

—¿Es una opción fingir que no he leído ninguna de estas cartas?

—Lo es, por supuesto. —Él sonrió suavemente, desarmándome. Su pulgar rozó mis nudillos distraídamente—. Pero me temo que eso no hará que él desaparezca.

Mi voz se redujo a un susurro.

—¿Cómo hago para que desaparezca?

—No puedes, Thea. Solo puedes afrontar este nuevo futuro y decidir cómo deseas proceder. No se te obligará a ponerte en contacto con este hermano, a menos que así lo desees. Nadie te obligará a conocerlo.

—Medio hermano.

—¿Perdón?

—Él es mi medio hermano. Si fuera plenamente mi hermano, mi madre no habría ocultado el testamento que le dio la mitad de todo a este hombre.

Seguramente, mi madre tuvo que haberlo escondido, como supuso la señora Richter, para poder proporcionarme la herencia completa que esperaba. Seguramente, lo hizo por amor, pero no pude evitar estar de acuerdo con la señora Richter. No me habría parecido correcto fingir que esto no había sucedido, que este hombre no era real, que, como hijo de mi padre, no tenía derecho a ninguna herencia.

Solo deseaba que no fuera la mitad de la mía.

Capítulo 19

Benedict

Thea no pareció perturbada porque seguía tomando su mano, así que no la solté. Era pequeña y encajaba muy bien en la mía, como si nuestro Creador hubiera considerado adecuado diseñar mi mano con el propósito expreso de sostener la de Thea.

En este momento, parecía que no necesitaba nada más que apoyo. Me alegré de estar presente y poder ofrecerlo.

—¿Le escribirás al abogado?

Ella levantó la vista de nuevo y se formó una pequeña línea entre sus cejas.

—¡Sí! Me gustaría saber toda la situación y mi padre fue un poco parco en explicaciones. Solo puedo asumir que este hermano tiene cerca de mi edad, si necesita entrar en la sociedad, pero, por lo que sé, podría ser un pícaro o un sinvergüenza. En cuanto al testamento, por el contrario, la señora Richter examinó el asunto detalladamente y me informó que es irrefutable. No puedo impugnarlo.

—¿Confías en la señora Richter?

La pequeña línea no se suavizó entre sus cejas, pero ella respondió sin dudarlo.

—Completamente. Ella solo se ha preocupado por mis mejores intereses.

Todavía creía que sería bueno investigar la situación, nosotros mismos, pero se lo mencionaría a mi madre, tal vez más tarde.

—Entonces, supongo que deberíamos proceder, como si todo fuera cierto.

—No podría hacer otra cosa. —Thea cerró los ojos y no podía imaginar la cantidad de shock, que la había recorrido al leer una carta de su padre, al ver su letra o al escuchar su voz en su mente, mientras leía sus palabras. Si mi propio padre me hubiera escrito una carta para leerla más tarde y la hubiera encontrado ahora, la atesoraría por encima de todas las cosas.

—Sin embargo, esto tiene un beneficio —dijo ella, y sentí un poco de humor deslizándose en sus palabras.

—¿Cuál?

—Si Lord Claverley no estaba convencido de abandonar el asunto que su esposa me acompañara durante la temporada, probablemente se opondrá en el momento en que se entere de esto.

Sonreí suavemente.

—Ya estabas a salvo de sus garras, Thea.

—Lo sé. —Ella deslizó su mano de la mía y se puso de pie, alisándose el vestido, y llevándose consigo la sensación cálida y brillante—. Me doy cuenta que tengo que agradecerte por ello. Creo que hemos formado un equipo decente.

Me paré a su lado, extrañando la sensación de su piel sobre la mía.

—Sí, en este asunto, creo que sí.

—Es una lástima que estemos destinados a seguir siendo enemigos, Benedict. A veces puedes ser una compañía agradable.

—¿Solo a veces? —pregunté con una sonrisa burlona, subiendo por mis labios. Mi mano anhelaba la de ella otra vez. Quería extender la mano y acercarla a mí, envolverla en un abrazo y consolarla con mi abrazo.

Aunque, como era Thea, dudaba que un abrazo mío fuera muy reconfortante.

—Muy ocasionalmente —dijo. La tristeza apareció en sus ojos y dio un paso adelante, cerrando un poco más la brecha entre nosotros, y apoyando su mano en mi antebrazo con su olor floral y cítrico flotando y haciéndome cosquillas en la nariz.

—Gracias, Ben. Esto fue difícil de leer y estoy agradecida de haber contado con tu apoyo. —Ella se rió ligeramente—. Realmente es irónico que seas tú quien me apoye, mientras leo sobre las indiscreciones de mi padre...

—¿Irónico? ¿En qué manera?

Ella retiró la mano rápidamente y abrió mucho los ojos.

—Me olvidé… Tienes… —Ella tragó—. La señorita Dodwell, ¿cierto?

La capacidad de Thea para saltar de un tema a otro sin conexión aparente hizo que mi cerebro diera vueltas.

—¿Qué hay de ella?

—Ella es muy hermosa.

—Sí, lo es. —Estuve de acuerdo. Aunque ella no estaba a la altura de Thea y no podía decirlo en voz alta. No sin asustar a Thea para que saliera corriendo del salón.

—Creo que será una muy buena esposa —asintió Thea levemente para puntualizar sus palabras.

Fue algo extraño que ella dijera eso.

—¿La conoces bien?

Thea negó con la cabeza y sentí que se alejaba de mí de una manera más que física. Su distancia era una fuerza tanto emocional como física, que me dejó desconsolado. Recogió sus cartas y las volvió a doblar, siguiendo sus pliegues originales.

—No hablamos mucho, antes de irme a la escuela, así que sé de ella más que de la mujer misma.

—Entonces, ¿por qué?

—Ahí están ustedes dos —dijo mi madre, entrando el salón. Se detuvo abruptamente cerca de la puerta, y nos miró con sospechas—. ¿He interrumpido algo?

Le hice un gesto a Thea para que le explicara. Era su vida la que acababa de ser destrozada.

Levantó la barbilla y miró a mamá:

—Recibí una carta de la señora Richter, la mujer con la que mi madre y yo vivimos en Viena, después de la muerte de mi padre. —Hizo una pausa como si su voz no pudiera pronunciar las palabras que debían pronunciar a continuación. En lugar de eso, levantó el brazo y le ofreció las cartas a mi madre—. Aquí, Lady Edith. Es mejor que las lea usted misma. No me importa.

Mi madre cruzó la habitación con elegancia y tomó las cartas.

Thea se alejó, mientras ella las leía en silencio, metiéndose el labio inferior en la boca para masticar su preocupación. Me tomó cada gramo de voluntad que poseía permanecer donde estaba con las manos apretadas con fuerza detrás de mi espalda, y no acercarme a ella.

—Ese es un gran avance —dijo mi madre en voz baja—. Pero es algo que podemos afrontar juntos, Thea. No estarás obligada a ayudar a la entrada de este medio hermano en la sociedad, a menos que así lo desees, y le escribiremos esto a…

Miró hacia abajo y consultó la carta:

—El caballero Robertson… para asegurarnos que todo se haya hecho correctamente y si así es, si de hecho, este es un testamento legal.

—Gracias —dijo Thea con los ojos sospechosamente nublados. Se acercó a mi madre con unos pocos pasos rápidos y fue tragada por su abrazo maternal. Los brazos de mi madre rodearon

la espalda de Thea, tranquilizándola, mientras la cola violeta profunda del traje de montar de Thea se extendía majestuosamente sobre la alfombra, detrás de ella. Nunca antes había sentido tanta envidia de mi madre, ya que quería estar donde ella estaba ahora, ofreciéndole un consuelo que podía brindar con tanta libertad.

Apreté la mandíbula para luchar contra el impulso de unirme a ellas y sostener a Thea contra mi pecho. Nunca antes había comprendido completamente el poder del anhelo para volver loco a un hombre hasta que vi a Thea abrazar a otra persona, y deseé que ese fuera yo.

Apartando mi mirada de las mujeres, las rodeé en silencio y salí del salón. Sabía que era hora de retirarme.

* * *

Exactamente cuatro días después, recibí la noticia del mayordomo de Lord Claverley que Bumpton Hall estaba vacío, y el jardinero estaría encantado de mostrarme el lugar, cuando lo considerara conveniente. Las palabras tuvieron un gran impacto al hacer tangible mi futuro, y tuve el repentino deseo de ver la casa de inmediato.

Encontré a Henry en la larga y estrecha biblioteca con las paredes de paneles oscuros ricamente iluminadas por la luz del sol del mediodía, que entraba sesgadamente por las ventanas abiertas.

—¿Te importaría dar un paseo? —pregunté, deteniéndome frente a su silla.

Henry puso su libro boca abajo sobre su pierna y me miró.

—¿No te vi regresar de un paseo esta mañana?

—Lo hice.

Había esperado en vano encontrar a Thea, esperándome en los establos al amanecer. No me había acompañado para montar desde antes de la noche de las asambleas de Bakewell, y temía que algo alteró su opinión sobre mí. Esto era demasiado similar a la última vez, cuando pensé que nos íbamos a hacer amigos, y de repente todo cambió sin explicación.

Aunque, para ser justos, todavía no había buscado una explicación. No podía enfadarme con ella por no haberme proporcionado una hasta que se lo hubiera preguntado.

Pegué una sonrisa fácil en mi cara.

—Tengo algunos asuntos que atender, y me gustaría conocer tu opinión al respecto, si crees que eso puede salvarme.

Henry tardó en responder. Su mirada pensativa y reflexiva se sentía penetrante a veces, y estaba casi seguro que mi hermano podía ver mis pensamientos. Él asintió y se puso de pie, estirando los brazos.

—He estado sentado demasiado tiempo. Un aventón me vendría bien.

Marcó el lugar del pesado tomo y lo puso en una mesa cercana, luego me siguió fuera de la habitación.

—¿Nos vemos en los establos? —pregunté porque estaba listo para irme, pero Henry necesitaba cambiarse y ponerse ropa de montar. Él asintió y se fue.

El viento arreció, mientras avanzaba por el camino de grava hacia los establos, y no sentí alivio hasta que pasé bajo el amplio arco que daba al patio. Le pedí a un mozo de cuadra que ensillara a Jasper y al caballo de Henry. Luego esperé. Para un hombre tan a menudo perdido en los libros, o que no estaba dispuesto a asistir a eventos sociales, Henry era un hábil conductor de carruajes y un jinete extraordinario. Él también era sabio y yo estaba ansioso por recibir su consejo.

No mucho después estábamos en la carretera y nos dirigíamos hacia Bumpton Hall.

Estábamos a solo unas millas de Chelton, afortunadamente situados fuera de la carretera y perfectamente pegados a la ladera amarillenta. La hierba era alta y no había suficientes ovejas para mantenerla podada. Sin embargo, eso era algo que eventualmente se podría rectificar. Si no con animales al menos con guadañas.

El sol brillaba en lo alto, pero no con suficiente fuerza como para protegernos del frío de finales de diciembre. Faltaban solo unos días para Navidad y el aire así lo reflejaba. Bumpton apareció a la vista, cuando doblamos la curva, y detuve a Jasper para poder mirar la casa desde esta distancia.

Henry hizo lo mismo y esperó a mi lado.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Ben? —preguntó, aunque el tono de su voz implicaba que ya estaba a medio camino de adivinar el propósito de este viaje.

—Estoy considerando comprar una propiedad.

—Nadie ha ocupado Bumpton desde hace al menos un año. Han tenido que bajar el precio, o eso me han dicho, porque no se vende —asintió suavemente.

"¿Cómo diablos él sabe esto?"

—También necesita reparaciones exhaustivas, por lo que puede que no valga la pena el dolor de cabeza.

—No lo sabremos hasta que miremos. ¿Alguien se reunirá con nosotros aquí? —Henry levantó un hombro.

—Los propietarios han contratado a un jardinero para que vigile el lugar. Nos dejará entrar a la casa.

El silencio se instaló entre nosotros, y aunque la conversación naturalmente había llegado a su conclusión, yo estaba indeciso y no insté a Jasper a seguir adelante.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó Henry.

Él reconoció mi retraso por lo que era: miedo. Por eso, realmente le pedí que me acompañara. La naturaleza tranquila de Henry tenía el beneficio adicional de hacerlo extremadamente observador, y sus extensas lecturas lo hicieron sabio. No fui tan tonto como para creer que era un ingenuo sino más bien él era todo lo contrario. Un hombre tan culto, tranquilo y discreto, ciertamente tenía muchos más conocimientos de los que yo podría esperar tener, a pesar que se había alistado en el ejército, en lugar de asistir a la universidad. Confiaría implícitamente en su opinión sobre el estado de esta casa.

Temía que la considerara como una buena compra. Este era un paso enorme en mi vida y tenía miedo de darlo. La responsabilidad y los grilletes que esto me proporcionarían eran inminentes, y sin una esposa en mente, temí que fuera demasiado pronto para dar este paso hacia la independencia y la responsabilidad.

—Hay tantas cosas que me preocupan —dije a la ligera—. Desde esta distancia, la casa se ve bastante bien, pero estoy seguro que solo será un desastre decrépito tras una inspección más cercana.

—No lo sabremos hasta que nos acerquemos.

Me pasé una mano por la cara y giré hacia mi hermano.

—¿Qué pasa si no estoy preparado para esto, Hen? ¿Qué pasa si lo estropeo todo?

—Entonces habrás desperdiciado tu herencia, y te verás obligado a vivir conmigo en Sedwick. Seremos dos solteros ancianos que pasaran los días cazando y las noches junto al fuego.

—Esa es una perspectiva aterradora.

—Entonces, esperemos que no tomes la decisión equivocada. —Henry me sonrió y luego

alentó a su caballo a avanzar. Me reí suavemente y lo seguí.

La casa no era tan grande como Chelton, pero estaba hecha de la misma piedra clara, y con el sol brillando sobre ella y los setos cubiertos de maleza, por lo que era una mezcla de belleza arquitectónica clásica y paisaje salvaje.

—Es una casa preciosa —expresó Henry, mientras nos acercábamos—. Pero el techo deja mucho que desear.

La evidente necesidad de reparación no permitía confiar en que los áticos no estuvieran ya arruinados por la lluvia. Nos detuvimos en el pequeño camino circular, apeándonos. Un hombre con el pelo demasiado largo bajo la gorra y un abrigo sucio salió de los establos más alejados, y se acercó a nosotros.

—Señor Bradwell, ¿cierto? —llamó.

—Sí —respondí—. Buenos días, señor Tanner. He traído a mi hermano conmigo.

—Tanner —dijo, dando a entender que estaba feliz sin añadir "señor"—. Les mostraré los alrededores.

Lo seguimos hasta la puerta principal y esperamos, mientras él sacaba una llave y la abría. Cuando la puerta se abrió con un chirrido, el olor a humedad del interior nos asaltó de inmediato.

—Necesita un poco de aireación —dijo Tanner—. Pero todo saldrá bien.

Nos condujo a través de una pequeña entrada y a cada una de las habitaciones de la planta baja, antes de tomar las escaleras de servicio hasta el ático. Macetas y bañeras de hojalata estaban estratégicamente colocadas sobre el suelo polvoriento, y las sábanas cubrían muchos más muebles de los que esperaba encontrar.

Tanner apartó una de las vasijas más grandes para revelar un amplio círculo de madera dañada, y mi estómago se hundió.

"¿Cuántas otras áreas son exactamente iguales?"

—Hay bastantes reparaciones que hacer aquí arriba. El dormitorio de abajo necesitará yeso nuevo en el techo, y hay otro lugar en ese extremo en mal estado. Pero nosotros hemos logrado evitar que la mayor parte del agua llegue al suelo.

—¿Nosotros? —preguntó Henry.

—La señora y yo.

—¿Por qué no han reparado el techo hasta ahora?

—Creo que los dueños no pueden permitírselo. —Se inclinó un poco hacia adelante y bajó la voz—. Entre nosotros, creo que están tan desesperados por vender la casa que aceptarán cualquier cosa por ella.

Ofrecer un precio miserable sería la única manera de comprar la propiedad y también hacer las reparaciones necesarias.

Tanner nos llevó al resto de las habitaciones de los sirvientes, una de las cuales tenía el daño en el techo del que nos había advertido. Continuamos el recorrido y cuando terminamos de ver todas las habitaciones de la casa y bajamos a las cocinas, yo estaba razonablemente convencido que visitar esta casa había sido una pérdida de tiempo. Tanner nos llevó afuera nuevamente, dejándonos cerca de nuestros caballos.

Me paré en la parte delantera y contemplé la tierra, cubierta de maleza y amarillenta por el invierno. Era una tierra salvaje que llegó a mi corazón, la cual me llenó de un fuerte anhelo de ser parte de algo sólido y seguro, como esto, para posponer la vida de soltero de la que hacía tiempo que me había cansado. Cuando Frederick Keller intentó convencerme para que permaneciera en la pelea, durante mi viaje con Thea de regreso a Chelton, ni siquiera me sentí tentado a quedarme con él, ya que eso no me atraía.

Lo que ahora me fascinaba era la idea de cuidar mi propia tierra, mis propios animales, no los de James, por mucho que lo amaba, sino los míos. Quería arreglar y reparar mi propio techo. Tal vez fuera inmaduro, pero quería ser dueño de mí mismo, y esta parecía una forma posible de hacerlo.

Si tan solo pudiera convencer a los propietarios que rebajaran casi la mitad de lo que pedían. Era una tarea insuperable y también estaba perfectamente consciente que esperaba algo poco realista.

—Entonces, ¿te convertirías en ermitaño si vivieras aquí? —preguntó Henry, sacándome de mis cavilaciones.

—Naturalmente. Por supuesto, nunca sería bueno casarse o tener una familia. Me dejaré crecer la barba y le gritaré a cualquier niño que se atreva a acercarse a mi puerta.

—¿Tienes a la mujer en mente? —preguntó, claramente conociéndome mejor de lo que yo me conocía a mí mismo.

Me imaginé a Thea parada en la entrada, justo a mi lado, mientras el viento invernal azotaba su cabello y el sol comenzaba a descender para visitar la otra parte del mundo. La hierba alta que soplaba sería, por supuesto, más corta y verde. Le rodearía la cintura con el brazo y ella la acunaría un poco...

¡No! Esto no era sano y necesitaba cortar ese sueño en el paso. Fue más impactante de lo que admitiría, darme cuenta que mis sueños contenían a Thea, a mi lado, en la felicidad matrimonial. El calor resultante en mi vientre por la imagen mental, que había creado, impregnó mi cuerpo, dejando un dolor resonante por algo que nunca llegaría a existir.

Henry no dijo más nada y no me molesté en responderle. Hablar en voz alta de la atracción que sentía por Thea solo solidificaría mis pensamientos confusos, y los haría demasiado reales. Montamos en nuestros caballos y nos dirigimos a casa, cabalgando en silencio por el largo camino hasta llegar a Chelton.

No fue hasta que desmontamos y nos dirigimos hacia la puerta que Henry me detuvo con una mano en el hombro.

—No se puede predecir lo que deparará el futuro y ella no esperará para siempre.

Había dolor en sus ojos, mientras hablaba, y estaba seguro que él pensaba en su propio pasado al darme consejos para mi futuro. Sin embargo, esto fue inútil.

—Ella no siente lo mismo por mí…

—Tonterías —dijo Henry, sacudiendo la cabeza—. Escúchame, Ben. Ella no va a esperar para siempre.

Él me dejó parado en el camino de grava, mirando hacia la puerta, con esas palabras rebotando en mi cabeza.

“Ella no va a esperar para siempre”.

Capítulo 20

Thea

Había pasado una semana desde Navidad, quince días desde que recibí la carta original, informándome de la desaparición de mi herencia, y casi un mes desde que Benedict me trajo de regreso a los cálidos y acogedores brazos de Chelton.

—Una parte de mí desearía haberme quedado en esa cocina, donde Benedict me encontró —le dije a Lady Edith, sentada en la tumbona, mirando a su criada peinarla para la cena que íbamos a celebrar en Chelton, esa noche—. Entonces, no sabría de mi medio hermano ni de las expectativas que mi padre tenía sobre nuestra relación.

Ella frunció el ceño frente al espejo, como solía hacer, cuando le mencionaba los sucios meses que había pasado escondida.

—Será mejor que te olvides del tiempo que pasaste fuera de la escuela de la señora Moulton. Si piensas en ello con frecuencia, es más probable que cometas un desliz, y se lo reveles a la persona equivocada. Además, si hubieras permanecido en tu puesto, en esa cocina, todavía estarías asumiendo que una fortuna te esperaba en tu cumpleaños.

—Cierto. —Ella tenía razón porque si me hubiera enterado después de casarme, solo podía imaginar los problemas que eso habría causado—. En cualquier caso, mi marido, granjero, se habría sentido angustiado al saber que mi herencia se había reducido a la mitad.

—Granjero… —Lady Edith miró al techo—. No puedes decir esas cosas, Thea. Algunas personas te creerán.

—Como deberían… No es algo tan descabellado. No he descartado por completo a ningún hombre, en ningún puesto.

—¿Un granjero? ¿Es eso lo que estás considerando para tu futuro?

Arrugué la nariz y jugué con la sobrefalda rosada transparente de mi vestido de cena.

—Solo si lo amo.

—Tu madre nunca lo habría permitido —dijo Lady Edith, alzando las cejas.

Mi estómago se apretó por la incomodidad, ya que era verdad. Cuando solía sentarme y observar a mamá preparar cenas o bailes de la misma manera que lo hacía ahora con Lady Edith, mamá hablaba de los duques y condes con los que bailaría, y de los lores que planeaba presentarme, cuando regresáramos a Inglaterra. Mi salida del armario fue igualmente anticipada, entre mi madre y yo, y planificada y preparada con entusiasmo. Me aplicaba colorete en los pómulos, sus ojos brillaban sobre su hermosa sonrisa y excitaba mi espíritu para el día, en que entraría al mercado matrimonial.

Era extraño sentirme culpable por permitir que ese sueño se marchitara y se desvaneciera, pero mi madre ya no estaba aquí y, a pesar del futuro que había querido para mí, la vida que había llevado no era una, a la que yo sometería mi corazón. Si no me casara por amor, con un hombre que pretendía que yo llenara su corazón hasta tal punto que no hubiera lugar para las demás, entonces no me casaría en absoluto.

—Mi madre ya no está aquí para permitirlo o no, y el año que viene seré mi propia señora.

La criada completó el aseo de Lady Edith y dio un paso atrás, y mi madrina se giró en su pequeño asiento acolchado para mirarme.

—Cuando estés en Londres, disfrutando de la temporada, pregúntate si tu madre hubiera estado satisfecha con tu elección. Felicity sabe juzgar bien el carácter y valoro su opinión, por lo

que también te ruego que le preguntes, si está satisfecha con tu elección. A veces, necesitamos la percepción de otra persona para comprender si estamos tomando la decisión correcta y, a veces, solo necesitamos escuchar el funcionamiento interno de nuestro corazón. La sabiduría viene al determinar cuál de los dos es necesario para ti.

Asentí. Mi reacción instintiva fue ignorar su consejo porque sabía que coincidía con el de mi madre: buscar un marido rico con títulos y de buena reputación. Sin embargo, la verdad de sus palabras se hundió en mi comprensión, y no podía negar el poder de escuchar mi corazón o los sabios consejos de los demás.

—No desperdicies esta oportunidad simplemente por despecho, Thea —continuó Lady Edith con preocupación en sus palabras.

Me senté más erguida en mi silla.

—¿A mí? ¿Esto es malévolo? ¡Qué absurdo!

Ella soltó una risa arrepentida.

—A veces me pregunto, si estás escuchando, pero luego demuestras que estoy equivocada.

—Siempre estoy escuchando —le aseguré, mientras me levantaba y sacudía la falda de mi vestido—. Pero si sigo o no el consejo es otra cuestión.

Nos dirigimos juntas hacia la puerta. La inminente cena y los invitados, a los que íbamos a recibir, se posaron sobre mi pecho con una pesadez fatalista. Lord y Lady Claverley vendrían a cenar, y ya me estaba preparando para bailar y actuar delicadamente entre ser cortés y mantener la distancia.

—Lord Claverley hablará conmigo esta noche y aseguraré tu liberación oficial del acuerdo —dijo Lady Edith—. Aunque sería mejor informarle del nuevo desarrollo con tu herencia.

—Si lo hago, las noticias sobre mi hermano se difundirán, incluso antes que tenga la oportunidad de conocerlo.

Ella pareció considerarlo.

—¿Esto es algo que deseas mantener en secreto?

—Esperaba hacerlo, sí, al menos hasta que lo conozca. No sé si el ingreso en la sociedad es algo que él siquiera requiere o desea, y no sé si vive en Inglaterra, o en Suecia. Hay demasiadas cosas desconocidas para darlo a conocer a un grupo tan censurante como la alta sociedad.

—Entiendo... Haremos todo lo posible para anular el acuerdo sin mencionarlo.

—Gracias, Lady Edith. —Me detuve en la puerta y la abracé—. Gracias por todo.

—Sí, bueno, estoy segura que si nuestra situación fuera al revés, tu madre habría hecho lo mismo por cualquiera de mis hijos —fanfarroneó un poco.

Giré el anillo en mi dedo y consideré la verdad de sus palabras. De hecho, mi madre habría hecho lo mismo.

Bajamos a esperar a nuestros invitados, en la antecámara. Felicity y James nos acompañaron. Cruzaron para saludarnos y Benedict los siguió poco después. La energía entre nosotros había sido tenue desde las asambleas, sin duda debido a mi malestar, ante su presencia. No podía ver al hombre sin imaginarme a la diosa plateada en su brazo y la forma en que le había sonreído cálidamente. Él me había dirigido la misma calidez, y me había equivocado al pensar que eso significaba algo.

No permitiría que mi corazón se comprometiera con un hombre que me trataría con la misma consideración que a otras jóvenes. ¡No podía! Pero sacar a Benedict de mi mente era mucho más sencillo en teoría que en la práctica.

—Hace poco se me ocurrió… —dijo Benedict, uniéndose a nosotros cerca del fuego ardiente—. Le hice creer al primo Matthew que Thea y Felicity son las mejores amigas, y es por

eso que Thea ha elegido acompañar a James y Felicity, a Londres, para la temporada.

—¿Cómo es posible que se te haya ocurrido eso hace poco, cuando debiste habérselo contado a Claverley hace semanas? —preguntó James.

—Bueno, la parte de la que me di cuenta recientemente es que olvidé mencionárselo a cualquiera de ustedes. —Él mostró una amplia sonrisa—. Si queremos seguir con el engaño, hay que ser conscientes de ello.

—Puedo hacer eso —dije—. Me agrada Felicity, así que no será una gran prueba.

Las mejillas de Felicity se sonrojaron.

—Puedo decir lo mismo, por supuesto.

—Espléndido. —Benedict juntó las manos—. En ese momento, no me había dado cuenta que estaba prediciendo el futuro.

Ahórrate las autofelicitaciones, Ben —dijo James—. Aún debemos sobrevivir a la cena.

—¡Ah! Pero tengo plena fe en que las mujeres nos harán sentir orgullosos.

Lady Edith se rió. Sacudió la cabeza cuando se anunció a los invitados. Lord Claverley entró en la habitación, un poco más bajo que su esposa, con cara redonda y cabello rubio. Le siguió su esposa, majestuosa y alta, con joyas colgando de sus orejas y goteando por su pecho.

Mi columna se enderezó, ante el impacto de ver a un hombre en persona que había evitado durante tanto tiempo, y luché contra el instinto de huir de la habitación. Levanté la vista y encontré el rostro de Benedict, y esa seria mirada azul me pegó, haciéndome sentir como si dijera mucho más de lo que podía decir en ese momento. Giró para saludar a su primo, pero inclinó su cuerpo, justo delante del mío, de una manera que me hizo preguntarme, si se había dado cuenta que había adoptado una postura protectora.

—Señorita Northcott —dijo Lord Claverley, posando su mirada codiciosa en mí.

Hice una reverencia y saludé tanto al conde como a su esposa.

—Usted es la imagen de la salud —confirmó Lord Claverley.

Me dirigí hacia Lady Claverley:

—¿Cómo están tus hijos? El más pequeño aún no tiene un año, ¿no?

Su sonrisa floreció y sus ojos se iluminaron con interés.

—¡Oh, sí! Todos ellos son unos pequeños queridos encantadores. La bebé, Gwendolyn, fue bendecida con el mismo cabello ardiente que posee su hermano mayor. Es un shock tan grande que te prometo que quedarás impresionada cuando la veas. Es un verdadero querubín, y a veces me pregunto si nos la enviaron directamente del Cielo. Pero, ¿no son todos los bebés de espíritu tan dulce? Supongo que esa misma consideración tuve yo cuando nació cada uno de mis hijos. Ya sabes, es ese tiempo entre seis meses y un año de diferencia, cuando realmente brillan con personalidades tan distintas. Ha sido un auténtico sueño descubrir el afecto de la dulce Gwenny por sus hermanos, y creo que será bendecida con el carácter más dulce, porque ya ha demostrado ser de una naturaleza muy dulce, y solo llora muy ocasionalmente durante la noche. Su enfermera es...

—Querida —interrumpió Lord Claverley—. Creo que la compañía actual no desea oír hablar de la enfermera de nuestros niños.

—Al contrario —argumenté—. Me interesa mucho saber acerca de la mujer que cuida a una bebé de carácter tan dulce.

Lady Claverley fue interrumpida nuevamente, lo que le impidió explicar el tema, debido a que Forester abrió la puerta y anunció que la cena estaba lista. El conde me miró, aunque se le impidió pedir que me acompañara hasta la mesa, cuando Benedict dio la vuelta y me tendió el brazo.

—¿Puedo tener el honor de tu compañía? —preguntó en voz baja.

El alivio me inundó. No importaba que lo hubiera estado evitando activamente durante las últimas semanas. Él era actualmente mi salvador y podría haber abrazado al hombre en mi gratitud. Puse mi mano sobre su brazo y seguimos la procesión. Henry debió haber entrado sigilosamente en la antecámara, en algún momento, durante el monólogo de la condesa, porque ahora conducía a Lady Edith al salón, justo detrás de Lord Claverley y Felicity con James y Lady Claverly, a la cabeza.

Una vez que estuvimos sentados en la mesa, Benedict se inclinó y me dijo en voz baja:

—Ahora me debes un favor.

Una burla silenciosa fue mi súplica, y mantuve mi atención en alisar mis guantes, en mi regazo, mientras respondía.

—¿Es tan complicado acompañarme que requieres un pago?

—Ciertamente, es un riesgo. Todo contigo es un riesgo.

Su voz baja y aterciopelada se deslizó sobre mi piel, e hice lo mejor que pude para ocultar lo profundamente que me afectaba.

—Es un milagro que alguna vez te atrevas a hablar conmigo.

—No dije que no valiera la pena correr el riesgo.

—¿Qué? —Levanté la vista bruscamente para encontrar sus ojos azules oscureciéndose, mirándome con algo acechando profundamente, detrás de su sencilla expresión.

—Señorita Northcott, ha estado tranquila esta noche —dijo Lord Claverley—. Eso es de lo más inusual. Cuéntenos… ¿planeas divertirte?

—En Londres —respondí con los dedos temblando por el efecto de la expresión de Benedict—. Felicity insiste en ello.

Felicity me miró y luego pareció sentir lo que estaba haciendo.

—¡Oh, por supuesto! Debemos sacarla adecuadamente. —Volvió sus ojos inocentes hacia Lady Claverley—. Tengo muchas ganas de llevar a Thea a todos los bailes y fiestas de Londres.

Eso era mentira, y cualquiera que conociera bien a Felicity lo sabría. Era una suerte que Lord y Lady Claverley no parecían conocerla bien.

—Pero, ¿no te divertirás aquí en Chelton? —preguntó Lord Claverley—. ¡Esto es sorprendente!

—Tendrá más posibilidades de encontrar pretendientes, si su baile se celebra en la ciudad, que si es aquí —confirmó razonablemente Lady Edith.

—Supongo que entonces… tendremos que ir a Londres. —Su mirada lasciva me recorrió—. Espero que me prometas un baile.

—Pero cariño, me dijiste que ya no nos necesitan en la ciudad…

El conde lanzó a su esposa una mirada de reprimenda.

—No podemos perdernos el baile de presentación de nuestra querida señorita Northcott.

—Bueno, por supuesto que nos gustaría estar allí, pero viajar una distancia tan grande solo para...

—Discutiremos esto más adelante. —Lord Claverley mojó su cuchara en la sopa, que le acababan de servir, y la sorbió con satisfacción.

Por el contrario, yo había perdido el apetito.

Me quedé mirando la sopa blanca en mi plato, y recordé la noche en la cocina de los Fuller, cuando Benedict me encontró por primera vez, y se escabulló para convencerme que viajara a casa con él. Había sido frustrante verlo, por supuesto, pero, ¿no había sido también un alivio? Me encontró, me dijo que regresara a mi vida normal y a las personas que se preocupaban por mí, y

así me salvó de arruinar aún más mis manos callosas. Levanté un poco la mano para verla mejor, a la luz de las velas y, aunque tenía los dedos alrededor del mango de la cuchara, pude ver los callos y la piel endurecida. ¿Tenía cicatrices? El jabón había sido áspero y mi piel antes era muy suave.

Una presión debajo de la mesa contra mi rodilla me llamó la atención, y me incliné un poco hacia Benedict.

—¿Llamando a tu favor tan pronto?

Su voz no era burlona cuando respondió:

—No dejaré que te pase nada.

No podía bromear ahora, no después de escuchar la fuerza que transmitía con sus palabras. Giré para mirarlo de nuevo, olvidando mi sopa.

—Solo estaba pensando en la cocina de los Fuller.

Su rodilla volvió a presionar la mía y la dejó allí.

—Nunca más tendrás una razón para huir. No si puedo evitarlo.

Fue entonces, sin pensar en lo que estaba haciendo, que deslicé mi mano debajo de la mesa y la presioné suavemente contra su brazo que descansaba sobre su regazo, antes de recuperar mi servilleta para frotarme los labios. La acción fue tan rápida y fluida que estaba segura que nadie más podría haberlo notado. Pero por la forma en que los músculos del antebrazo de Benedict se habían tensado durante esa breve conexión, y por lo quieto que se había vuelto después, estaba segura que eso tuvo algún efecto en él.

Lo cual fue un poco preocupante porque ciertamente esto también había tenido un fuerte impacto en mí.

Capítulo 21

Benedict

Lord Claverley había estado haciendo todo lo posible para ponerse en una posición en la que pudiera estar cerca de Thea, toda la noche, y yo estaba a punto de tomar al hombre por la corbata y echarlo de la casa. *"¿Siempre ha sido así? Si es así, ¿por qué diablos no lo había notado hasta ahora?"* Fue ridículo en sus intentos de sentarse junto a ella en el sofá, y no estaba seguro, pero creo que presionó su zapato contra el de ella, debajo de la mesa, mientras jugábamos al whist, debido a la forma en que ella se sobresaltó y me miró... tal vez cuestionando, si yo era el culpable.

Sin embargo, ese no había sido yo. La única vez que dejé toda apariencia de caballero, y la toqué, en esa noche, fue en un intento de llamar su atención durante la cena. Quería que siguiera sintiéndose segura, como lo estaba, antes de venir a Chelton. Yo era responsable que ella estuviera aquí, pero por encima de eso, me preocupaba por ella.

La segunda vez que presioné mi rodilla contra la de ella no había sido tan inocente. Había sido producto de la abrumadora necesidad que tenía de estar cerca de Thea.

Supuse que podía entender por qué Claverley deseaba estar cerca de ella también, pero el hombre necesitaba controlarse. Estaba casado y su comportamiento era totalmente inapropiado. No era de extrañar que Thea se hubiera mostrado inflexible, en no quedarse en su casa. Tragué fuerte, luchando contra la ardiente ira que llenaba mi cuerpo de furia.

Lady Claverley bostezó por cuarta vez, en el último cuarto de hora, y su marido le lanzó otra mirada irritada.

—Supongo que deberíamos seguir nuestro camino —dijo. Miró a James—. Aunque está bastante oscuro y las carreteras pueden tener hielo.

—Hoy no llovió —le dije.

Hubo solo un momento de silencio, antes que James se aclarara la garganta.

—De todos modos, si desean pasar la noche, estaremos encantados de atenderlos.

—Sí, puedo hablar con la señora Prescott de inmediato y pedirle que prepare una habitación —dijo Felicity.

El pánico se apoderó del rostro de Lady Claverley de una manera que me sorprendió.

—No llovió, como dijo Benedict. Estoy segura que no desearíamos molestar a nadie, cuando el camino a casa no es tan largo. Lo hemos hecho antes, en numerosas ocasiones.

—Sería más seguro…

—Pero, Gwenny —suplicó—. Ella seguramente ya me extrañará. Y la pobre enfermera siempre se alegra mucho, cuando llegamos a casa, porque puedo calmar a Gwenny de inmediato. Ella mantendrá a toda la familia despierta toda la noche, esperándome, si no llegamos a casa, por supuesto, y no podemos permitir eso, cuando los niños se ponen muy irritables, cuando no duermen toda la noche… Deben estar de acuerdo en que el riesgo de conducir de noche no es tan grande como el de perturbar dos hogares...

—Muy bien —espetó Claverley con sus redondas mejillas manchadas de rojo.

La condesa dejó escapar un largo suspiro, inequívocamente aliviada. Ella no fue la única que se sintió así. Los hombros de Thea se relajaron de la misma manera.

Todos nos reunimos, mientras traían su carruaje, y Claverley se separó del grupo para acercarse a mí. Lo había estado observando de cerca y me preguntaba, si él se había dado cuenta

y quería cuestionar mis acciones.

—¿Bumpton, entonces? ¿Cómo te fue?

Me sorprendió y miré rápidamente a Henry, que escuchaba con calma a la condesa compartir la historia del reciente éxito de su hijo mayor entrenando a su poni.

—Dilapidada —dije—. No vale lo que piden, claro. Considero que ofreceré menos.

—Al menos vale la pena el esfuerzo de preguntar —dijo Claverley con aprobación—. La familia está fuera esta semana, y mañana, al mediodía en punto, podrás pasar por Kellinger. Son muy exigentes al respecto, así que no llegues tarde.

—Sí, claro. Gracias.

Claverley asintió una vez y se alejó, pero levanté la vista y encontré a James mirándome con curiosidad. Le envié una sonrisa y fingí que no acababa de hacer negocios en el salón, ya que eran negocios de los que él no tenía conocimiento.

Despedimos al conde y a la condesa, luego suspiramos como grupo colectivo, una vez que la puerta se cerró detrás de su carruaje en retirada.

—Puede ser una tarea ardua acoger a la propia familia, ¿no es así? —dijo mi madre.

—Estaba pensando que era un milagro que Lady Claverley alguna vez aceptara ir a Londres, dado el estado de la pobre Gwenny, cuando no está a su lado —expresó Felicity.

Thea se rió entre dientes.

—¿No escucharon? La condesa compartió conmigo, mientras jugábamos al whist, que su intención había sido llevar a toda la familia a la ciudad, pero no estaba segura de cómo iba a manejar a todos los niños y todos los bailes. Está muy agradecida de no tener que equilibrarlos más.

—¿No tienen sirvientes? —preguntó Felicity—. Aparte de su enfermera.

—Los tienen. La condesa es una madre muy dedicada —suspiró Lady Edith.

—Creo que es dulce —dijo Thea—. Me gustaría implicarme así, cuando sea madre.

Entonces, no pude evitar admirar su sonrisa melancólica. Algún día sería una madre amorosa. Thea no hacía nada a medias.

Felicity asintió, como si estuviera de acuerdo.

—Lo cual tendrás todo el derecho a ser.

La fiesta se acabó poco después y James me arrinconó en el salón, cuando todas las mujeres se habían ido a pasar la noche.

—¿Esgrima por la mañana, después de tu paseo?

—Absolutamente —dije. La esgrima era una excelente manera de quemar parte de la energía ansiosa que no había abandonado mi cuerpo, desde la noche de las asambleas. Trabajaría lo suficientemente duro para superar todos los sentimientos residuales que estaba desarrollando por Thea, y entonces ella ya no tendría tanto control sobre mis pensamientos.

Enfrentaría esa situación. No tenía otra opción.

* * *

James ya estaba esperando en la larga galería, cuando me quité el traje de montar. Las alfombras estaban enrolladas y las cortinas permanecían cerradas para dejar entrar la suave luz de media mañana.

—A menudo siento como si nuestros antepasados nos estuvieran observando cuando nos enfrentamos aquí —dije, cruzando la habitación y dando un buen golpe a mi florete en el aire, probando mi muñeca.

—Creo que se sentirían decepcionados por la poca frecuencia con la que practicamos. —

James levantó su máscara de malla de alambre y se la colocó en la cara.

—Hoy en día los duelos se libran con armas de fuego. Para nosotros no es un deporte tan necesario aprender como lo era para la generación de nuestro padre. —Me encogí de hombros.

—¿Tienes la intención de batirte en duelo ahora? ¿El honor de quién estás defendiendo?

—Anoche me preocupaba que fuera de Thea. —Bajé mi espada y me levanté la máscara hasta la cara, borrando un poco la imagen de mi hermano—. ¿Notaste que el primo Matthew se concentraba en ella?

James bajó la voz.

—Sí… Me preguntaba si siempre había actuado de esa manera o si esto es nuevo. Dada la insistencia de Thea en no ir a su casa, me inclino a pensar que no es la primera vez que él le prestaba tanta atención. —Se rió sin humor—. Estaba preparado para trasladarla a la habitación de Felicity, a pasar la noche para poder vigilarla. Me alegré cuando la condesa insistió en volver a casa.

—Al igual que yo. —Terminé de colocarme la máscara en su lugar—. Para un hombre que desprecia tanto el escándalo, su comportamiento fue impactante.

Tomamos nuestras posiciones y James comenzó. Nuestros floretes eran débiles, pero aún así elegimos usar máscaras para protegernos la cara, aunque a veces sentía que eso me ponía en desventaja.

—¿Kellinger? —preguntó, sin aliento por las paradas y estocadas.

De modo que había estado escuchando la noche anterior, cuando Claverley habló de la casa.

—No quieren que se sepa ampliamente que deben vender.

—La familia se engaña a sí misma, si no creen que la mayor parte de Bakewell ya lo sabe.

Me quedé sin aliento y perdí la concentración. James dio un golpe en el pecho derecho de mi chaqueta, y ambos dejamos caer nuestros puntos de florete, y retomamos nuestras posiciones para comenzar de nuevo.

—Voy a verlo hoy —admití.

—¿Estás interesado en una propiedad? —preguntó James—. ¿Qué provocó esto? Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que desees. En Chelton hay suficiente espacio para todos nosotros.

Él extendió los brazos para ilustrar su punto.

—Cuando formas una familia, no querrás que los hermanitos estén cerca.

—Por supuesto que estaremos…

—Cuando forme una familia, me gustaría hacerlo también en mi propia finca.

James hizo una pausa, dejó caer el brazo y dirigió su florete hacia el suelo.

—Ese es otro punto completamente diferente. ¿Tienes alguien en particular en mente, o se trata simplemente de sentirse preparado para el matrimonio?

Estaba inquieto y no aprecié esta pausa en nuestro combate.

—A mi madre le gustaría que considerara a la señorita Dodwell, pero le di a la muchacha dos bailes, en las asambleas, hace unas semanas, y al final de la noche supe que no encajaríamos.

—Madre debe haber compartido tu opinión con mi esposa. —James se rió entre dientes—. Liss estaba segura que tú y la señorita Dodwell estaban en camino alegre para cortejarse.

—Corrige a tu esposa, antes que tus esperanzas se vean comprometidas demasiado. La señorita Dodwell y yo nunca seremos…

—¡Qué lástima!

—¿Lo es? —Empujé hacia adelante y James se apresuró a participar. Siempre él había sido el mejor esgrimista. Continuamos durante casi una hora, antes que tuviera que admitir la derrota.

El sudor bajó por mis sienes y se acumuló en mi espalda.

—Necesito irme pronto, si quiero llegar a Kellinger, antes del mediodía.

James se desató la máscara y la arrojó al suelo, antes de pasarse el brazo por la frente para secarse el sudor.

—¿Llevarás a alguien contigo?

Busqué mi pañuelo en mi bolsillo pero no lo encontré, optando por usar también mi manga.

—Henry aceptó venir.

James asintió.

—Él te aconsejará bien. —Cruzó la habitación y me dio una palmada en la espalda—. Creo que adquirir una propiedad es una idea maravillosa. Seguramente, es lo que mi padre tenía en mente cuando te dejó el dinero, y creo que le agradaría saber que elegiste establecerte tan cerca de casa.

Parpadeé para alejar la repentina humedad que amenazaba mis ojos y respiré temblorosamente.

—Me planteé dedicarme a otra ocupación, pero nada me atrae tanto como administrar la tierra. No soy reacio al trabajo duro.

—Por cómo suenan las cosas en Bumpton, no debes serlo.

—¿También has oído hablar de Bumpton?

James sonrió, bajando un poco la barbilla.

—Es posible que Henry haya mencionado el estado del techo.

—Para ser un hombre que tiene los labios tan cerrados en sus propios asuntos, ha sido notablemente abierto en los míos.

—No te enfades con él. ¡Estaba preocupado por el techo!

La ira llenó mi estómago, retrocedí un poco y recogí mi máscara.

—Si decido reparar el techo, no temas. Henry y tú serán los primeros en la lista de hombres que reclutaré.

James tomó mi antebrazo y me suplicó:

—Sabes que también seremos los primeros en llegar. No descargues tu enojo conmigo simplemente porque tu hermano estaba preocupado. Ya no tenemos a padre, por eso debemos cuidarnos unos a otros. Nosotros tres, para nosotros tres. —Suavizó su tono y añadió—, no estamos tratando de ocupar su lugar.

El dolor se derramó sobre mi piel y se infiltró en mi pecho, ampliando mi sufrimiento interior.

—Lo sé —dije en voz baja—. Solo desearía que estuviera aquí para aconsejarme.

—Le hubiera encantado ayudarte a seleccionar una propiedad. Calcular costos y compararlos con los beneficios, ese era el tipo de actividad que más disfrutaba.

—La segunda después de ganarnos en las carreras de caballos.

—O sentarse con mamá junto al fuego.

Compartimos una sonrisa, cada uno de nosotros estaba perdido en nuestros propios recuerdos. James me abrazó, y su abrazo fue cálido y afectuoso, pasando por alto nuestro dolor mutuo, y envolviéndolo en el vínculo familiar que compartíamos. A veces extrañábamos tanto a nuestro padre, que no había palabras para hacer justicia a esa pérdida.

Di un paso atrás.

—Realmente, debo estar en camino.

James giró para recuperar su florete y su máscara, y me hizo un gesto para que me fuera.

—¿Ben?

Di la vuelta para mirarlo y caminé de espaldas hacia mi habitación.

—Cuando estés en la finca, pregúntate qué pensaría nuestro padre. Estoy seguro que hablará contigo, entonces.

Asentí y di la vuelta para ver adónde iba. James tenía razón. Si le preguntaba, estaba seguro que mi padre me diría exactamente lo que necesitaba oír.

Capítulo 22

Thea

Levanté mi falda de hábito para que no se arrastrara con la suciedad y besé a Luna, en la nariz, antes de dejarla en su cubículo. Nuestro viaje se había interrumpido hoy porque el aire de enero era demasiado frío para una exposición prolongada. Mañana debería intentar salir, después del mediodía, ya que entonces el sol estaría más fuerte. Quizás podría aguantar un poco más.

Se oyeron pasos en la grava y doblé la esquina para encontrar a Benedict, viniendo hacia mí. Ambos nos detuvimos a medio camino de la entrada arqueada de los establos, cuyo techo alargado parecía un túnel.

—¡Qué desafortunado que te extrañé! —dije.

—No voy a pasear por la finca.

—¿Oh? ¿Tienes más asuntos que atender?

Para ser un caballero con recursos y ocio, ciertamente él mantiene muchas conversaciones de negocios. *"A menos que… a menos que por negocios se refiera a una mujer"*. Después de todo, los contratos matrimoniales eran acuerdos comerciales. Me dio un vuelco el estómago y traté de disimular mi repentina consternación con una sonrisa atrevida.

—Tengo la esperanza que hoy sea la última de todas las reuniones, durante un tiempo.

Mi corazón martilleó en mi pecho.

—¿Crees que todo terminará tan pronto?

—Tendrá que ser así. —Él se encogió de hombros—. Si nos vamos a Londres en las próximas semanas, tendré que realizar el resto de mis negocios por correspondencia.

—Si han llegado al punto de mantener correspondencia entre ustedes, entonces casi deben haber llegado a un entendimiento.

Ciertamente, no se mantiene correspondencia con una persona del sexo opuesto, a menos que haya un compromiso, y Benedict era un caballero. Nunca pondría en peligro la reputación de la señorita Dodwell.

—Cerca de… —Su boca se torció en una sonrisa—. Henry y yo vamos a ver una casa hoy.

Mi corazón cayó a mis pies.

—¡Cielos! Ese es un gran paso.

—Lo es... Quizás no me siento tan preparado como debería —suspiró.

—No comprometas tu corazón, si no puedes resolver el asunto.

Las cejas de Benedict se juntaron y se pasó una mano por la barbilla.

—Hasta ahora he tenido mucho cuidado de no dejar que mi corazón guíe mis decisiones. Esto es estrictamente comercial. Números y costos versus beneficios, ese tipo de cosas.

Levanté la barbilla, un poco perturbada por la forma fría en que él veía el matrimonio. Fue una suerte que no hubiera revelado mis crecientes emociones porque Benedict no era mejor que mi padre, y esto era una prueba.

—¡Cielos! Esto parece bastante... Bueno, no es de mi incumbencia. Te deseo suerte hoy, supongo. —Empecé a alejarme.

—Podrías estar un poco más feliz por mí —dijo, llamando mi atención.

Hice una pausa y volteé para mirarlo. Sus ojos parecían oscuros en el túnel y el músculo saltó cuando su mandíbula se flexionó, lo que se hizo más obvio por las sombras sobre su rostro.

—¿Lo deseas? ¿Para que yo sea feliz por ti?

Él se acercó. Sus dedos cruzaron el espacio entre nosotros para revolotear por el dorso de mi mano enguantada, donde estaba apretando mi bata. Inmediatamente, dejé caer la cola de mi falda al suelo embarrado, cuando un escalofrío recorrió mi brazo.

—Sí —dijo él con voz ronca—. Lo hago, por encima de todas las cosas.

—¿Por qué mi opinión debería tener algún mérito?

—Seguramente, ¿ya has visto cuánto la valoro?

Lo hacía. Él tenía razón y lo había demostrado al buscar mi compañía y conversación, desde que regresamos juntos a Chelton y acordamos la tregua. Pero no podía permitirlo. Quería inclinarme hacia adelante e inhalar su aroma sabroso y picante. Quería que sus dedos bailaran ligeramente sobre los míos, otra vez. Quería que su sonrisa fuera para mí, y solo para mí.

Pero no era así. Iba de camino a comprar una propiedad para una familia que tendría con otra persona. En ese momento, se comportaba exactamente como mi padre: el tipo de hombre con el que nunca podría estar.

Fue injusto que el destino decidiera poner a Benedict en mi vida, hacerme amarlo, y luego convertirlo en algo totalmente inadecuado para mí.

"¿Amarlo?" Jadeé y di un paso atrás. Era una verdad que ya no podía negarme a reconocer, pero sabía que no podía hacerlo frente a él. Di la vuelta y salí de los establos, descuidando mi dobladillo. Ayudaría a Hannah a fregarlo más tarde. Había demostrado que podía fregar bastante bien en mi último trabajo.

Benedict pronunció mi nombre una vez, pero lo ignoré, y él no volvió a hacerlo. Pasé al lado de Henry, a medio camino de regreso a la casa, y logré sonreírle, pero ni siquiera ralenticé el paso.

La casa se acercaba y su protección estaba al alcance. Entré mucho más rápido de lo que debería hacerlo una dama y subí corriendo las escaleras hacia mi habitación. Hannah ya estaba allí, extendiendo mi vestido y limpiando los implementos que había usado antes para arreglarme el cabello.

—Pensé que el verde claro para hoy... —Se detuvo al ver las lágrimas corriendo por mis mejillas y dejó el vestido sobre la cama—. ¿Qué puedo traerle, señorita?

—Nada. —Cerré la puerta y crucé hacia la ventana. Desde este punto de vista no podía ver los establos, y algo en mí deseaba enormemente verlos. Si me daba prisa, podría llegar al salón, cuando el caballo de Benedict estuviera ensillado. Me sequé los ojos y encaré a mi criada con resolución—. Ayúdame a vestirme rápido.

Hannah nunca había trabajado tan rápido como ahora. Mi cabello no tenía el nivel que a ella le hubiera gustado, pero me vestí, me quité la falda de hábito y me puse las pantuflas en una mera fracción del tiempo que normalmente dedicamos a mi aseo. El salón estaba vacío cuando llegué, a excepción de Felicity, que estaba sentada en una silla lujosa cerca del fuego con un libro en su regazo.

—No me hagas caso —dije distraídamente, acercándome a la ventana y mirando el paisaje vacío. El camino que se alejaba de Chelton estaba desprovisto de ciclistas y el sol de invierno brillaba felizmente sobre la escena vacía.

—¿Hay algo de interés afuera? —preguntó ella.

—No… Lo cual me alegra.

Mi comportamiento debía haber sido extraño... No sabía por qué era extraño. Felicity pareció sentir lo mismo porque dejó su libro y cruzó la habitación para pararse a mi lado. Esperamos junto a la ventana, observando la carretera vacía y el sereno río que pasaba por debajo del puente y se perdía de vista.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Felicity.

—Bueno…

Fui tan tonta que pensé que no podría pronunciar las palabras en voz alta. Esperé la oportunidad de observar a Benedict sin reservas. La esperanza que no se iría, que hablaría conmigo, si había detenido sus planes de avanzar en su futuro con la diosa plateada. Cualquier cosa que implicara que sus palabras tuvieran un peso más profundo, que lo decía en serio, cuando me dijo que valía la pena correr el riesgo, que mi opinión tenía mérito, que le importaba lo que yo pensaba. Seguramente, no podía decir esas cosas y no debía decirlas en serio. Pero si yo hablaba en serio, como yo había anhelado, entonces él no se iría a ocuparse de la señorita Dodwell y este camino permanecería vacío.

Cuanto más esperábamos en silencio, mirando el río y la carretera vacía, más sentía que mis hombros se relajaban. *"¿Había cambiado de opinión?"* Seguramente, no podía haberse ido, antes que yo llegara a la ventana, ya que Jasper aún no había sido sacado de su puesto, cuando me alejé de Benedict.

—No puedo evitar sentir que me estoy perdiendo un aspecto importante de esta actividad.

—Pensarás que estoy loca. —Me reí.

—Como loca, según muchos de mis conocidos, soy la última persona en tirar esa piedra en particular.

—¿Porque eres tímida?

—Sí, mi tranquilidad y mis ataques de ansiedad. Han dado motivos para que se burlen y me juzguen. —Ella agitó una mano como si hiciera a un lado sus palabras—. Pero no estamos hablando de mí, ahora.

Me llamó la atención un movimiento en el rincón más alejado de la ventana y noté que Henry cabalgaba hacia el puente. Respiré hondo, esperando y deseando, hasta que Benedict apareció detrás de su hermano, y el aire salió de mis labios, en una ráfaga de decepción.

—¡Oh! ¿Esperabas hablar con ellos? —preguntó Felicity—. Se han ido a ver una propiedad para Benedict. Le gusta la vida de un caballero granjero.

"Un caballero granjero". No se me pasó por alto que la noche anterior había bromeado con su madre acerca de casarme con un granjero.

—Es bueno tener una herencia antes de casarse. Creo que eso hará que su traje sea más atractivo para el padre de la mujer. —Ciertamente, así lo expresaba él cuando hablaba de las transacciones comerciales que estaba realizando. Quizás el señor Dodwell estaba aportando fondos suficientes para hacer posible la compra de la propiedad, o algo así.

—¿Quién es la mujer? —preguntó Felicity.

La miré astutamente.

—La plata... —Me aclaré la garganta—. La señorita Dodwell, por supuesto. Fuiste tú quien me habló de su entendimiento.

—¡Oh eso! —Ella se encogió—. Me informaron erróneamente sobre el supuesto entendimiento. ¡No tienen nada en común! Lady Edith simplemente deseaba que fuera así. Creo que Benedict prestó especial atención a la señorita Dodwell para demostrarle a su madre que había hecho todo lo posible para que ella no insistiera más en el asunto.

Me apoyé contra el marco de la ventana, descansando parcialmente mi hombro en los fríos cristales, y encaré a Felicity. De alguna manera había perdido la capacidad de mantenerme erguida y pensar simultáneamente. *"¿Benedict no está comprando una propiedad para formalizar un contrato matrimonial con la señorita Dodwell? ¿Lo está haciendo por sí mismo?"*

Esta nueva información arrojó una luz diferente sobre la conversación que había tenido con

Benedict en los establos. Debió pensar que yo era una criatura muy extraña, cuando me perturbó su deseo que fuera feliz por él. Pensé que quería que yo encontrara alegría en su unión con la diosa de plata, y solo me había pedido que me alegrara que estaba dando un gran paso hacia su futuro.

—¿Qué propósito tiene comprar una propiedad, si aún no desea casarse? —pregunté—. James debe apreciar su compañía aquí, y Henry aún no tiene idea de establecerse en Sedwick.

—Quizás tenga una mujer en mente. —Felicity se encogió de hombros—. O simplemente está listo para tener una esposa y una familia. Cuando su padre murió, dejó Chelton a James y Sedwick Lodge a Henry, pero Benedict solo recibió fondos. Tiene la mayor flexibilidad de los hermanos, pero también debe tomar una decisión que alterará el resto de su futuro. No es una tarea pequeña.

Y aquí yo le había dicho al hombre que no dejara que su corazón guiara sus decisiones. *"Esto es estrictamente comercial. Números y costos versus beneficios, ese tipo de cosas"*. Pero esto no debería ser estrictamente un negocio, no cuando lo que estaba en juego era su futuro. Sacudí la cabeza, deseando poder volver al amanecer de esta mañana, y tener una segunda oportunidad en nuestra conversación con esta nueva información. Habría hablado de manera muy diferente, si lo hubiera sabido.

Alguien se aclaró la garganta en la puerta y un lacayo se acercó con una bandeja. Tomé la carta que me entregó y le agradecí.

—Es del abogado —dije en voz baja, mirando el nombre y preguntándome qué era lo próximo en implosionar de mi futuro.

Felicity apoyó una mano en mi brazo.

—Volveré a mi libro y te daré algo de privacidad.

Asentí, sentándome contra el alféizar de la ventana y rompiendo la oblea. Mi carta al señor Robertson pedía detalles sobre la herencia y cómo ponerme en contacto con mi medio hermano. Había sido una especie de carta de presentación, porque aún no se había comunicado conmigo.

"Señorita Northcott...

Envié mi última carta a la escuela a la que se supo que usted asistía por última vez y supongo que pasará algún tiempo hasta que le llegue. Gracias por notificarme de su nueva dirección y sus planes de ir a Londres. Tenía la esperanza que este negocio pudiera realizarse en persona. Si a usted le es conveniente venir a Bath y es tan amable de venir a mi oficina, estaré encantado de coordinar una reunión con el otro beneficiario, Archibald Danvers.

Si eso está fuera de discusión, preguntaré sobre la posibilidad de concertar una reunión en Londres. Aunque, dadas sus circunstancias, eso podría resultar difícil de lograr durante algún tiempo.

Como su tío ha tomado el control de su herencia, desde la muerte de su padre, ha sido informado del cambio en los fondos y actuará en consecuencia con respecto a su asignación trimestral. Nada en este sentido debería cambiar, pero depende de su tío tomar esa decisión.

No dude en escribirme, si usted tiene alguna pregunta adicional. Espero ansiosamente su respuesta.

Adam Robertson, abogado."

“¿Dadas sus circunstancias? ¿Qué significa eso?” Con la mitad de mi herencia, Archibald Danvers ciertamente no tendría dificultades económicas. *“¿Está atrapado en la prisión de un deudor? De nuevo… ahora tiene los fondos para liberarse. ¿O podría estar cuidando a un pariente anciano o enfermo?”*

No. No me permitiría sentir simpatía por un hombre del que no sabía nada más allá del hecho que compartíamos un padre.

“¿Y su madre?” Esperaba que el señor Robertson al menos me diera una idea de ello.

Levanté la vista, más frustrada que antes de leer la carta, y encontré a Felicity mirándome con preocupación. Ella era muy amable y había llegado a valorar su compañía, durante el último mes. Me alegré que aceptara venir conmigo a Londres para no tener que afrontar esto sola. Sin embargo, debíamos partir en apenas quince días.

—¿Te apetece un viaje a Bath? —pregunté, haciendo que mi tono fuera más ligero, a pesar de las emociones en conflicto que me acosaban.

—¿Para qué?

Respiré profundamente.

—Para poder conocer a mi hermano.

Capítulo 23

Benedict

Kellinger Park era una hermosa finca, situada en una colina, con la intención expresa de ser admirada desde todos lados. Tenía una historia prestigiosa, y aunque el mayordomo que nos proporcionó un recorrido no nos permitió entrar a los dormitorios principales, era muy evidente que la casa no era más que una hermosa estructura arquitectónica, y estaba seguro que los dormitorios principales no eran diferentes. Habían retirado la mayor parte de los muebles, junto con las amplias alfombras, los cuadros y las mesas. Faltaba la lámpara de araña en el salón de baile, y solo eso sería costoso reemplazarlo, por no hablar de las paredes vacías que pedían ser adornadas con espejos de marcos dorados y retratos familiares.

Al caminar por los pasillos, quedó muy claro cómo la familia había podido postergar a sus acreedores durante tanto tiempo.

—De alguna manera, Bumpton se sentía un poco más como un hogar, ¿no estás de acuerdo? —le pregunté a Henry, cuando regresamos a los establos para recuperar nuestros caballos.

—Se necesitarán menos fondos para poner a Bumpton a la altura —asintió Henry.

—Esta casa está en un estado mucho mejor.

—Y completamente vacía. Costará mucho más equipar a Kellinger que reparar el tejado de Bumpton.

Recuperamos nuestros caballos y bajamos la colina, deteniéndonos al pie del camino y girándonos para mirar la casa. James me había dicho que me preguntara qué pensaría mi padre, y supe desde ese punto de vista que él apreciaría la grandeza y el prestigio de una casa así. La encontraría digna de un hombre de Bradwell, y diría que yo tenía tiempo suficiente para llenar las habitaciones, que seguramente no sería necesario hacerlo todo de una vez.

—Quizás haga una oferta —dije, mirando la piedra rosada desde la luz del sol menguante.

—No es necesario que tomes una decisión ahora —me recordó Henry—. Puedes obtener más información sobre ambas casas, y enviar los precios que estás dispuesto a pagar, y decidir más tarde que acuerdo se adapta más a tus propósitos.

—¿Prefieres una casa sobre la otra?

La boca de Henry se inclinó hacia abajo en una especie de ceño fruncido.

—La tierra de Bumpton parece fértil y rica. Hay muchas cosas que se pueden hacer con una buena tierra.

—Cierto. —Me pasé los dedos por el pelo y me puse el sombrero en la cabeza—. Basta con mirar entre el florecimiento de Chelton y el declive de las finanzas de Claverley para ver cómo la tierra marca la diferencia.

—¿Has pensado en un administrador de la tierra?

—Aún no. —Tiré de mi corbata y la aflojé—. No sabría por dónde empezar.

—Pregúntale a James. Quizás tenga en mente a un lugareño. O tal vez lleve la consideración a Londres, y pregunte a sus viejos amigos de la escuela. Quizás alguien esté buscando trabajo.

—No es una mala idea. —Pateamos a nuestros caballos y los pusimos a medio galope para poder llegar a casa, antes que oscureciera—. Si vienes a la ciudad, puedes ayudarme a encontrar a alguien.

—¿Por qué es tan importante para todos que asista a la temporada? Eres la cuarta persona

que me lo menciona.

"¿La cuarta? ¿Qué persona de nuestra casa aún no lo ha mencionado?"

—No puedo hablar por nadie más, pero creo que debes dejar Chelton, si tienes esperanzas de encontrar a una novia.

La boca de Henry se aplanó hasta convertirse en una fina línea.

—Que tú te sientas listo para ser encadenado a una mujer no significa que quiera ese destino para mí.

—¿Encadenado? —Le levanté una ceja—. Realmente, no se ve el matrimonio de esa manera.

—No, no lo hago. Pero no me preocuparé por encontrar una esposa hasta que esté listo.

—¿Y hasta entonces? ¿Estarás deprimido en Chelton, y fingirás que estás perfectamente contento con no hacer nada más que leer todo el día, excepto algún descanso ocasional para montar a caballo?

Henry apartó la mirada, incapaz de mirarme a los ojos.

—Me planteé venir a Londres, pero no para asistir a la temporada. Thea me recordó otras cosas que la ciudad tiene para ofrecer.

—¿Te gustan las mujeres de buena reputación y en edad de casarse?

—Como los museos y las librerías.

—Eres tan aburrido.

—Y tú, hermano, estás enamorado.

Me sorprendió hasta dejarme en silencio.

Seguimos un poco más y Henry se encogió de hombros.

—Si tú puedes ser franco, yo también.

Eso fue justo.

—No debería hablar de tu vida tan claramente. No me corresponde a mí juzgar.

—No, no es. Pero disculparte por tus palabras no quita las mías. Estás enamorado, ¿no?

Reduje la velocidad de Jasper, solté las riendas y me froté la cara con ambas manos. Cuando me las quité, Henry dio la vuelta y regresó hacia mí, desacelerando su caballo para caminar junto al mío.

—Amor es una palabra fuerte y no estoy seguro que sea aplicable aquí. —Tragué con dificultad, temiendo las repercusiones por expresar en voz alta los pensamientos tranquilos de mi corazón. Pero podía confiar en Henry—. Me preocupo por ella. Yo… Ojalá no estuviéramos siempre tan enfrentados, que ella me viera y no levantara inmediatamente sus muros defensivos. Pero no sé cómo derribarlos.

—¿Has hablado con ella sobre eso?

—Hicimos una tregua, pero eso no pareció abrirme su corazón tanto como esperaba.

—Entonces, debes hacer más. Porque ella no esperará eternamente, Benedict, y si vas a la ciudad para pasar la temporada, la competencia por su afecto solo se hará más fuerte a un ritmo exponencial.

—Creo que nos iremos en tres semanas. ¿Tengo tres semanas para ganármela?

—Al menos, eso te dará un mejor comienzo. —Henry se encogió de hombros.

—¿Pero cómo puedo conquistar a una mujer que no me deja en ganar nada?

—¿No es obvio? —expuso Henry—. ¡Déjala ganar!

* * *

Cuando llegamos a Chelton, el sol hacía mucho que se había puesto. Nos detuvimos en

Bakewell para cenar y evitar unirnos a la comida en casa, cuando ya estarían a la mitad de la cena. Entramos al patio de los establos y saltamos de nuestros caballos a la luz naranja de las linternas, que colgaban de los ganchos de la pared.

—Sigue adelante —le dije, ayudando al mozo de cuadra a quitarle la silla y la manta a Jasper. Planeaba cepillarlo y asegurarme que estuviera alimentado, ya que era una buena manera de retrasar la entrada a la casa.

—Debes entrar eventualmente —dijo Henry, como si pudiera leer mis pensamientos.

—Estaré allí pronto. —Ahora había admitido en voz alta mis sentimientos en desarrollo, los cuales eran reales y tangibles. Esto era algo que ya no podía negar.

Me preocupaba cómo actuaría con Thea. Solo tenía tres semanas para demostrarle que valía la pena arriesgarme, y no me pareció tiempo suficiente. Era tan vibrante, tan audaz y llena de pasión, que sin duda conquistaría a la alta sociedad. Ella llegaría y tendría una serie de admiradores, pidiéndole bailes y enviándole flores, antes que terminara la primera semana.

Bajé el cepillo de Jasper y me desplomé contra la pared. ¡Estaba condenado! Thea no me miraba de esa manera y tres semanas no harían ninguna diferencia en su afecto. Esta misma mañana, cuando hablamos, antes de ir a ver a Kellinger, le pedí que se alegrara por mí y ella se sorprendió, como si le hubiera solicitado la cosa más ridícula del mundo. ¿Necesitaba aceptar que ella y yo nunca íbamos a estar juntos?

O… O podría hablar con ella. Preguntarle por qué se alejó de mí, después de las asambleas. Preguntarle por qué pensaba que era absurdo que yo quisiera su apoyo. Preguntarle si tenía una oportunidad. Sin duda, esto aceleraría mi traje, o lo mataría de inmediato.

La determinación surgió en mi pecho, colgué el cepillo de un gancho junto con los demás utensilios y me dirigí a la casa. Una caminata rápida por el césped, en el frío, me refrescó, aunque todavía olía a caballos y sudor, así que no la buscaría ahora, a pesar de lo que quería. Me quité los guantes y los metí en el bolsillo, luego el abrigo y lo puse sobre mi brazo. Me escabulliría por la puerta lateral, me tomaría la noche para desarrollar mi plan y después...

Me detuve en la puerta de la casa, cuando me encontré cara a cara con Thea. Sus ojos muy abiertos mostraron su sorpresa, ante mi repentina entrada, y cerré la puerta mucho más suavemente de lo que la había abierto.

—La cena ha terminado —dijo, mirando desde mi cabello despeinado hasta mis botas polvorientas—. Te la has perdido, por completo.

—Comimos en el pueblo.

Ella asintió con la mano apoyada en la pared a su lado.

—Me estaba dirigiendo a la cama.

—¿A través del pasillo de sirvientes?

—Es mucho más rápido. —Ella se defendió. Un candelabro en la pared detrás de mí arrojó su luz sobre Thea, y pude discernir el suave rubor que calentaba sus mejillas.

—A menudo uso esta ruta cuando deseo evitar a alguien. —Tiré mi abrigo sobre la mesa colocada contra la pared y crucé los brazos sobre el pecho—. ¿Quieres evitar a alguien?

—Esto no me funcionó muy bien, ¿cierto?

Una burla juguetona salió de mi garganta.

—¿Por qué deberías desear evitarme? Pensé que teníamos una tregua entre nosotros.

—Lo hicimos, pero no estoy seguro que haya servido de nada.

—Me gustaría argumentar lo contrario. Ha sido muy agradable ser tu amigo, Thea.

Ella imitó mi pose, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Si hay alguien en esta casa que encuentra agradable mi amistad, sin duda son todos

menos tú.

—¡Me hieres! He hecho todo lo posible para demostrar lo contrario. —Bajé la voz y di un paso más cerca, esperando no asustarla—. De hecho, pensé que apreciabas mis esfuerzos.

—Si te refieres a la cena con tu horrible primo, entonces sí, lo aprecié mucho. Dime… —Hizo una pausa, mirando hacia un lado. Vi un destello de incertidumbre y mi pecho se hinchó con el deseo de consolarla—. ¿Fuiste tú presionando tu pierna contra la mía durante el juego de whist? En la segunda ronda.

"¡Maldito Claverley!" Quería llevar mis puños cerrados a su mandíbula sin reservas, pero me tragué esa reacción violenta y respiré suavemente por la nariz.

—¡No! Ese no fui yo.

Ella miró hacia otro lado.

—Pensé tanto… Solo que esperaba...

—¿Que había coqueteado contigo?

Su mirada se endureció. Había dicho algo equivocado.

—No exactamente. Es que sé que eres inofensivo. Pero… Lord Claverley no se siente inofensivo.

Toda mi sonrisa juguetona se escapó de mis labios.

—¿Él te ha lastimado?

—¡No!

Le creí y sentí alivio en mis venas.

—Todavía no, ¿tenías miedo?

Ella tragó con sus redondos ojos azules confiando en mí.

—Eso es lo que temía. Sus manos tienden a desviarse donde no son bienvenidas.

El fuego me atravesó con una rápida furia. Era bueno que mi primo estuviera a una distancia razonable, o no podría controlar mi ira.

—Eres tan fuerte, Thea. ¿Por qué no le dijiste que dejara de hacerlo?

Thea se burló en voz baja y ronca.

—Supongo que no soy tan valiente como parezco. Temía que nadie me creería si admitía que desconfiaba de la posibilidad que me lastimaran… Que simplemente tocó mi cinta y esto me dio una sensación repugnante. No había nada que compartir, excepto mis miedos, y supongo que esos miedos mantuvieron mis labios cerrados.

Hice lo mejor que pude para moderar mi ira, pero mi voz era ronca y cruda.

—Nunca permitiría que te pase nada, Thea.

Ella levantó la vista y sus ojos redondos me observaron atentamente. Esta mujer había sido lastimada antes, y no permitiría que volviera a ser lastimada, no si podía evitarlo. ¡Ya era hora! Necesitaba luchar por ella. Apenas tenía tres semanas y cada segundo contaba.

—Antes, cuando te pedí en los establos que te alegraras por mí…

—¡Oh! Por favor no menciones eso. —Thea dejó caer su rostro entre sus manos—. Precisamente, esa es la razón por la que estaba tratando de evitarte esta noche. ¡Estoy tan avergonzada!

Alcancé sus muñecas y tiré suavemente para quitárselas de la cara. Yo era consciente que olía fatal y tenía las manos sucias, así que solo la toqué ligeramente.

—¿Avergonzada por qué razón?

—Entendí mal… ¡Oh! No puedo decírtelo. —Ella giró sus muñecas en mi agarre y presionó sus dedos en mis brazos, apretándolos—. Encontrarás todo tipo de significados donde no los hay.

—Me temo que ahora no tienes otra opción. Mi curiosidad no permitirá que esto descanse

hasta que la hayas saciado.

Ella sacudió su cabeza.

—Es demasiado ridículo. Te reirás de mí.

—Si te juro no esbozar ni una sonrisa, ¿me lo dirás?

—Ni siquiera una pequeña sonrisa.

—Lo juro.

Thea dejó escapar un largo suspiro.

—Muy bien. —Cerró los ojos y luego habló—. Tenía la impresión errónea que tú y la señorita Dodwell se comprometieron, y cuando hablaste de transacciones comerciales, esta mañana, creí que estabas trabajando en el contrato matrimonial y buscando una propiedad para tu futura esposa.

Mi boca se abrió.

—¿Qué diablos te dio esa impresión?

—Felicity, por algo que tu madre le dijo.

Mi estómago se apretó con anticipación. Sus emociones habían sido un desastre porque pensó que yo estaba interesado en casarme con otra persona. Era una señal que ella me tenía cierta consideración.

—Ustedes las mujeres no son más que un montón de chismosas.

Su agarre sobre mis antebrazos se hizo más fuerte.

—No debes permitir que tu madre piense que estás considerando a una mujer que realmente no estás considerando.

—Pero deberías preguntarme si estoy considerando una mujer, en lugar de escuchar a mi cuñada.

—No deberías bailar dos sets con una mujer, a menos que quieras que todo Bakewell esté bajo el mismo malentendido.

—No deberías decirles a otros hombres que Bakewell te parece encantador, cuando en realidad te están preguntando...

—¡Oh! Eso no… ¡otra vez! —Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y dejó escapar un suspiro irritado.

Tiré de sus brazos y ella me miró, acercándose un poco más. Bajé la voz.

—Deberías dejar de evitarme.

—¿Cómo te estoy evitando? —susurró, igualando tono por tono.

—No has viajado conmigo en semanas.

—Pero, el frío…

—No me trago esa excusa ni por un minuto. Esta noche dijiste que elegiste este corredor para evitarme. Si tenemos una tregua, Thea, entonces seremos amigos y no deberíamos evitarnos el uno a la otra.

—¿Porque es natural que los amigos se abracen unos a otros en pasillos oscuros y silenciosos y susurren?

—Lo es. También es natural que los amigos se molesten, cuando creen que el otro ya ha comprometido su corazón con la señorita Dodwell.

Ella se congeló bajo mi toque. Sus manos se apretaron un poco.

—Bueno, te habría perdido, Benedict. ¿Y entonces con quién discutiría?

—Con nadie. —Mi pecho se llenó de anhelo. Sus palabras resonaron en las vastas cámaras de mi corazón. Ella no quería perderme y su cálida mirada me llenó de satisfacción—. No tienes permitido discutir con nadie más que conmigo. Es natural, ya que somos amigos.

—Esa excusa no servirá para todo. —Podía escuchar la sonrisa en su voz, mientras sus labios se curvaban con satisfacción—. Esto no tiene ningún sentido lógico.

—Puede funcionar, si así lo quiero. —Solté sus brazos y sus manos cayeron a los costados. Me invadió un momento de vacilación, pero lo superé. *"Tres semanas"*. Deslizando mi mano suave y delicadamente sobre su cintura, la acerqué un poco más. Su aroma, deliciosamente cítrico y floral, llegó a mi nariz y lo inhalé silenciosamente.

Thea no se apartó, así que deslicé mi mano libre sobre su mandíbula, perdiendo mis dedos en la base de su cabello. Sus ojos redondos no se apartaron de los míos y su respiración parecía hacerse superficial al ritmo de la mía.

Ella respiró hondo y yo me quedé quieto con el corazón acelerado.

—Pero solo si ambas partes lo desean por igual —susurré.

Thea pasó sus manos por la parte delantera de mi chaleco y juntó mis solapas con sus manos, acercándome.

—Eso es igualmente deseado.

Mi mano apretó su cintura, mi otra mano se deslizó hacia la parte posterior de su cuello, y me incliné hacia adelante, mis labios estaban a solo un suspiro de los de ella, cuando fuertes pasos sonaron en el otro extremo del pasillo.

Thea saltó hacia atrás y di la vuelta. El calor recorrió mi cuerpo y me hizo temblar las manos. Recogí mi abrigo desechado y lo arrojé sobre mi brazo.

—Ve por allí —susurré.

Thea no me preguntó. Se apresuró por el corto pasillo y dobló la esquina, justo a tiempo para evitar que Forester la viera entrando por el extremo opuesto.

—Buenas noches —le dije al mayordomo, ordenándole a mi pulso que disminuyera. Caminé hacia él.

Él hizo una reverencia.

—Buenas noches señor. ¿Usted no desea cenar? ¿Cierto?

—Correcto. Comimos en el pueblo. —Hice una pausa, esperando darle a Thea un poco más de tiempo para escapar—. Si usted ve a Robbins, ¿lo puede enviar arriba?

—Ya debería estar arriba, señor. Estamos en medio de una gran agitación y nos preparamos para partir sin previo aviso.

Me detuve.

—¿Quién se está preparando para irse?

—Casi todos… Robbins cree que usted tiene intención de ir a la ciudad con el señor y la señora Bradwell.

—Sí, pero eso no será hasta dentro de tres semanas.

—Se ha movido hacia arriba, señor. Ahora, saldrán en una semana.

—¿Solo una semana? ¿Por qué?

—Tendrá que preguntarle eso a la señorita Northcott, señor.

—Por supuesto. —Era lógico que Thea estuviera en la raíz de este cambio. *"Pero, ¿por qué? ¿Cómo voy a conquistarla en una semana?"* Una pequeña sonrisa se deslizó por mis labios. Si su actitud de hace unos minutos fuera una pista, entonces tal vez no sería tan difícil como lo había imaginado.

Capítulo 24

Thea

Me había vuelto loca. Mi cerebro había estado confundido y ahora se revolvía como un huevo. No había otra explicación para la forma en que había permitido que Benedict Bradwell casi me besara.

Me había interesado saber si besar a Benedict sería mejor que besar a Peter Seymour. Tenía la sensación que habría una gran diferencia entre las dos experiencias, pero ahora nunca lo sabría. Anoche me había dejado llevar por el romance del momento, pero la nueva mañana trajo una nueva claridad a mi mente, y un recordatorio de por qué nunca podría estar con un hombre como Benedict.

Se parecía demasiado a mi padre: sus tendencias eran demasiado similares como para dejarme cómoda. Su flagrante desprecio por los sentimientos de la señorita Dodwell, cuando la trató con tanta distinción, y sin tener intenciones de continuar la relación fue una prueba más. Carecía de un respeto básico por las expectativas de las mujeres, exactamente como actuaba mi padre.

Sin embargo, mi lógica no me impidió querer volver a verlo.

El paso de la noche y la aparición del sol me habían hecho reflexionar para considerar la posibilidad de reunirme con Benedict en los establos, al amanecer, pero no podía salir, mientras mi habitación estaba en tal agitación.

Los sirvientes se vieron obligados a preparar nuestra partida mucho más rápido de lo esperado, y fue por mi culpa.

Hannah estaba clasificando mis vestidos, seleccionando los que pensaba que funcionarían mejor para diferentes ocasiones en Londres, y organizándolos en mi cama, en diferentes montones. La mayoría de ellos habían estado en mi armario, durante al menos un año, abandonados aquí, mientras venía de visita durante las vacaciones escolares. No me importaba usar vestidos, que no estuvieran a la última moda, pero no estaba segura si la mayoría de los mismos todavía me quedaban bien.

Un ligero golpe en la puerta precedió a la entrada de Lady Edith, y le di la bienvenida.

—Creo que todo esto es demasiado —dije, señalando los vestidos.

—Eso es de lo que esperaba hablar contigo. Le he dado a Felicity el nombre y la dirección de mi modista favorita en Bond Street, y ella accedió a llevarte allí, una vez que llegues a Londres. Puedes confiar en que todo lo que compres allí estará a la última moda.

—No me preocupa demasiado la moda, pero no me opondría a vestidos nuevos.

Ella asintió y luego miró a Hannah.

—Aún debes llevar tu falda de hábito y cualquier vestido que sea aceptable para la sociedad. El vestido rosado, también los verde salvia… Sin duda. ¿Quizás el de ciruela también?

—Por supuesto, Lady.

Crucé hasta la ventana a tiempo para ver a Benedict pasar sobre el césped. Mi vista no era hacia los establos sino a la parte trasera de la casa, y su dirección parecía ser la locura. Mi corazón se aceleró al verlo alejarse, en su asiento firme y suave, y su postura recta.

Esas manos que ahora sujetaban con tanta firmeza las riendas me habían sostenido la noche anterior con tanta suavidad, como si yo fuera una porcelana. Cerré los ojos para eliminar la imagen. ¡Nunca fue así!

Girando sobre mis talones, dije:

—Si no me necesitas ahora, creo que iré a dar un paseo.

Lady Edith arqueó las cejas y miró hacia la ventana detrás de mí.

—¿No hace demasiado frío?

—Mi falda de hábito es cálida y me pondré mi pelliza encima.

—Por supuesto. —Parecía sospechosa, pero salió de la habitación—. Entonces, te dejaré para que te cambies.

Hannah se dispuso a sacar mi hábito de debajo de la pila de vestidos. Para cuando estuvo libre y me vestí, estaba casi segura que extrañaría a Benedict por completo. Había una distancia considerable desde mi habitación hasta los establos, y Luna no se quedaría quieta, esperando su silla, lo que tomaría un poco más de tiempo. Mi cuerpo estaba ansioso por la necesidad de estar boca arriba y cabalgando a través del viento, ansiosa por hablar con Benedict.

Necesitábamos tener esta conversación en la que estuviéramos seguros que no nos escucharían. Necesitaba decirle que nunca podría besarme.

Una vez sentada, tomé las riendas de Luna y la dirigí hacia los cerros con fervor. Recorrí con la mirada las lomas cubiertas de hierba y entre los árboles, en busca de un jinete, pero no lo vi. Cuando llegué a la locura, rodeé la estructura, pero nuevamente estaba vacía. No había ningún otro lugar donde se me hubiera ocurrido buscar, ningún otro sitio al que supiera adónde iría.

Estaba convencida que de alguna manera lo había extrañado, que había esperado demasiado para reunirme con él, y que había adelantado en su regreso, a la casa, por una colina diferente. La decepción me invadió y el frío sacudió mis brazos. Mis dedos enguantados luchaban por mantener las riendas. El invierno se acercaba con ferocidad y el frío del aire penetró todas mis capas, enojándome poco a poco.

—¿Thea?

Giré a Luna hacia el sonido y encontré a Benedict acercándose por el otro lado de la locura, como si hubiera ido aún más al norte, y ahora estuviera regresando a la casa. Realmente, no lo había perdido.

—Benedict —dije.

—¿Estás sola?

—Sí, y olvídate de cualquier idea de caballerosidad o galantería. No me bajaré de esta yegua para volver a ser arrastrada a tus brazos.

Él acercó a Jasper hasta que su rodilla casi rozó la mía. Podría alcanzarlo si quisiera, y deseaba hacerlo.

—No es necesario que te bajes —dijo él—. Nunca te obligaré a hacer nada que no quieras hacer. Aunque, en defensa de mi honor, anoche parecías una participante perfectamente dispuesta, antes que nos interrumpieran. Si me equivoco en mi suposición, dímelo de inmediato.

Tragué. *"¡Maldito Benedict!"* Me estaba obligando revelar fragmentos de mi corazón fragmentado.

—No estás equivocado.

Su ardiente sonrisa tuvo un efecto notable en mi estómago, haciéndolo girar con anticipación. ¡Quería regañarlo! Esta vez, no habría besos.

—Pero —continué—, eso no volverá a suceder.

Su sonrisa se atenuó un poco.

—¿Te importaría explicar por qué no debería volver a suceder, cuando esto fue completamente divertido y algo que ambos queríamos?

Benedict quería besarme. Lo supe por la forma gentil en que se acercó a mí anoche y por la manera en que coqueteaba ahora. Hizo que mi rechazo fuera aún más difícil de cumplir, por lo mucho que deseaba que él me besara.

—Eres un coqueto, Ben.

Pareció desconcertado por esta respuesta y encogió un poco la barbilla.

—Dices la palabra "coquetear" como si fuera la más baja de las actitudes.

—Tal vez porque siento que así es.

—Parece que disfrutas, cuando coqueteo contigo.

Esto iba a ser más difícil de lo que imaginaba.

—Sí… Pero, ese es el problema. Siempre ha sido el problema.

—¿Podrías bajar de ese caballo y hablarme sobre esto?

—Eso no es una buena idea.

—¿Porque necesitas la distancia entre nosotros para mantener tu determinación? —Se levantó el sombrero, pasándose una mano por el pelo—. ¡Cielos! Thea. Nunca te presionaría con mis atenciones cuando no las quieras. Al menos confía en eso.

—Sí. —Él era un buen hombre, aunque un poco equivocado. Podía abusar de los corazones, pero nunca me haría daño, si no me casaba con él y seguíamos siendo solo amigos. Lo sabía con tanta seguridad como conocía que el sol cae para que las estrellas brillen.

—Entonces, háblame…

—Estoy tratando de…

Nos miramos fijamente y el tormento en su mirada fue demasiado para mí. Agarré la silla con ambas manos, desenganché las piernas de los pomos y me deslicé hasta el suelo. Crucé hasta el falso templo griego, y subí las escaleras, antes que Benedict me alcanzara.

—Quiero saber qué te alejó de mí después de las asambleas —dijo—. Y quiero saber qué te alejó de mí hace tantos años, cuando llegaste por primera vez a Chelton. No puedo luchar contra el demonio que no conozco, y sea lo que sea lo que te está alejando de mí, quiero saber qué es.

Me detuve y lo enfrenté, mi respiración se agitaba y mi pulso se aceleraba. Ya no sentí el frío mordiendo mi piel expuesta ni la campana de advertencia, que me decía que no mirara demasiado profundamente sus ojos azules oscuros.

—Eres un coqueto, Benedict. No puedo tomar nada de lo que dices como verdad. Me dices cosas floridas y hermosas, luego te das la vuelta y se las dices a la siguiente chica bonita. Es imposible saber si lo que dices es en serio, y no viviré una vida en la que esté constantemente cuestionando lo que sientes por mí.

Él se quedó en silencio, sorprendido.

—¿Las asambleas?

—Sonreíste a la señorita Dodwell y a todas las demás mujeres que te acompañaron con el mismo cálido afecto, que me brindaste.

Sus cejas se alzaron, una silenciosa burla saliendo de su garganta.

—¿Y poco después de llegar a Chelton? Pensé que nos habíamos llevado estupendamente, y entonces una mañana… Le dijiste a una chica en la fiesta que tenía ojos del color de los zafiros más puros, y que ninguna otra gema podía compararse.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Cómo diablos recuerdas eso?

—Porque me habías dicho exactamente lo mismo el día anterior. —Cerré los ojos y sacudí la cabeza—. No puedo confiar en tu afecto, Benedict. ¿No ves eso?

—Ciertamente, entiendo por qué llegaste a esa conclusión anteriormente, pero yo era joven

entonces, apenas había salido del aula. Me mojaba los pies en actividades sociales y con chicas. Todavía no había entendido lo que se sentía al amar a alguien, y me gustaba hacer sonreír a las chicas bonitas.

—¿A costa de un cumplido falso?

—El hecho que le haya dado el mismo cumplido a otra chica no significa que sea falso.

—No puedes decirle a dos chicas distintas que no hay otras gemas que se comparen con sus ojos. Le estás mintiendo al menos a una de ellas.

—Bueno, entonces fui un tonto. ¿Ahora me reprocharás mis faltas de mi juventud?

—No —dije en voz baja—. Eso sería injusto.

—Gracias…

—A partir de ahora, te reprocharé tus faltas...

Él se burló.

—¿El baile? ¡Ah! Ven ahora. ¿Porque sonreí cálidamente?

Negué con la cabeza.

—Sueno enojada. Sé que lo estoy. Pero no es que solo hayas sonreído, Ben… Así fue como me hiciste sentir especial con esa sonrisa, y luego te vi entregándola, sin reservas, a todas las mujeres, en tu brazo esa noche. Coqueteas muy fácilmente, sin importar cómo eso sea recibido, o incluso si las mujeres lo aprecian.

Él se quitó el sombrero y lo arrojó sobre el banco de piedra, pasándose la mano por el pelo con agitación.

—No sé cómo podría defenderme en esta situación. ¿Cómo voy a convencerte que no es lo mismo? ¡Que puedo sonreír y reír y llamar hermosa a una mujer, pero eso no significa que ella tenga algún lugar en mi corazón!

"¿Cómo…?" Mi corazón se partió, mi pecho se sacudió por el impacto y cuestioné mis elecciones. El anhelo de dar un paso adelante y abrazarlo surgió dentro de mí, pero no pude sobrevivir a un dolor del mismo volumen que mi madre había soportado. No podría vivir con un hombre que prodigaba tanta atención a las demás, que poco a poco se alejaba de mí. Y no podía encontrar una manera de sentirme segura acerca de las verdades que ahora compartía con Benedict.

¡Esto fue injusto! Pero no tenía una respuesta adecuada y me odiaba a mí misma (y a mi padre, por extensión) por hacer eso.

—No es posible —dije débilmente.

Eso solo pareció endurecer la determinación de Benedict. Parecía como si quisiera acercarse a mí, pero se contuvo, y admiré su control.

—¿No sientes nada por mí? Dime ahora mismo que no sientes nada por mí y me alejaré de ti.

"¿Cómo puedo decirle tal falsedad? Cuando lo invité a besarme anoche, yo misma me delaté".

—Eso es irrelevante, ese punto...

—Dime, Thea —expresó, bajando la voz a un grado peligroso—. Dime que no sientes nada por mí, que tu corazón no late por el mío.

Me quedé en silencio frente a él, incapaz de mentir en la forma en que él necesitaba escuchar. *"¿Cómo puedo decirle a este hombre, a este tonto exasperantemente guapo, que mi corazón no late por él, cuando en realidad late al ritmo de su voz, al ritmo de su risa?"* Había perdido mi corazón hacía mucho tiempo, pero había luchado durante tanto tiempo, tan desesperada por protegerme de la eventualidad de un corazón roto.

"¿Podría un corazón romperse peor que esto? ¿Podría romperse aún más?" Me imaginé en el lugar de mi madre, a Benedict como mi padre, y la forma en que la lastimó una y otra vez hasta que la fidelidad en su matrimonio no fue más que un pasado melancólico. Sí, esto podría romperse, una y otra vez, hasta convertirse en un desastre destrozado y reconstruido.

Preferiría romperme el corazón solo una vez.

Levantando la mirada para encontrar la suya, respiré para calmarme.

—No me someteré a una relación con un hombre, a menos que tenga plena fe en su capacidad para permanecer fiel a mí.

La conmoción recorrió el rostro de Benedict, abriendo la boca y ampliando los ojos.

—No puedes creer que alguna vez traicionaría tu confianza...

Sacudiendo la cabeza, levanté una mano para detenerlo.

—Vi a mi padre romperle el corazón a mi madre durante años. Tuvo un hijo con una de sus amantes, ¡por el amor a la bondad! Nunca me someteré a la vida que tenía mi madre. Me niego a convertirme en la mujer rencorosa que era, a caer como ella. ¡No! —Sacudí la cabeza de nuevo —. Me niego a someterme a eso.

Benedict me miró, tragó saliva y bajó la voz.

—Pero, Thea, no soy tu padre.

Capítulo 25

Benedict

Era una hazaña casi imposible abstenerse de dar un paso adelante y abrazar a Thea para aliviar el dolor que había en sus ojos: el dolor de los errores pasados de sus padres, del presente, de mí. Pero si me acercara a ella ahora, ella solo huiría. Fue un equilibrio delicado, luchar por mi oportunidad de ser suya, convencerla que valía la pena correr el riesgo y que valía la pena estar juntos.

—No soy tu padre —repetí cuando ella no pudo hablar—. Jamás seré ese hombre.

—Él fue fiel al principio —dijo en voz baja—. Su comportamiento me pareció repulsivo, y cuando hablé de esto, una vez, mi madre me dijo que él no siempre fue así. Al comienzo de su matrimonio, él simplemente se volvió coqueto, pero amaba a mi madre y siguió con ella.

No sabía si salir victorioso o preocuparme porque la pelea parecía haberse desvanecido de la voz de Thea. Si no estaba dispuesta a luchar, ¿eso significaba que ya se había rendido?

Sus redondos ojos azules se dirigieron hacia mí.

—Él era exactamente como tú. Carismático, encantador, el favorito de todos. No era un hombre horrible, pero se perdió. Me niego a amar a un hombre que ya exhibe tales similitudes, que lo hacen terriblemente parecido a mi padre.

—Tus preocupaciones son válidas, pero me haces daño al echarme toda la culpa a mis pies. Tus expectativas sobre lo peor de mí tampoco son indicativas de felicidad. —Mi sangre se calentó y pasé una mano por mi cabello rizado, enganchándolo y soltándolo—. ¿Crees que me complace amar a una mujer que no tiene fe en mí? ¿Quién no puede ver la diferencia entre el afecto y el anhelo que te tengo, y la charla educada que mantengo con las demás?

—Pero, ahí es donde radica nuestro problema —alardeó, aparentemente capaz de ignorar mi declaración accidental de amor—. No puedo ver la diferencia.

—Entonces dame la oportunidad de mostrártela. Permíteme demostrarte que soy diferente, que mi cariño por ti es real y duradero. —Que ella pensara que yo era similar a su padre me dolía. Quería demostrar que no era ese hombre, nunca lo sería. Pero más que eso, quería que Thea lo viera por sí misma.

Ella soltó un pequeño resoplido de resignación.

—¿No ves cuánto peor sería eso? ¿Cuánto más nos haría daño a ambos?

—Tu negativa a darme una oportunidad, ya me duele bastante.

—Entonces estás de acuerdo —dijo—. Debemos terminar las cosas aquí. No más coqueteos, no más sonrisas cálidas, no más caricias.

—Pero, ¿si no estoy de acuerdo? —Apreté la mandíbula.

—Quizás la distancia nos haga bien.

—¿Distancia?

Ella movió su mano con impaciencia.

—Seguramente, ya no tienes intención de ir a Londres.

—¿Y ver cómo te cortejan los burros de la alta sociedad? Eso suena miserable.

La sorpresa apareció en sus ojos.

—Bueno, exactamente. ¿Entonces permanecerás en Chelton, cuando nos vayamos? Puedes continuar con el negocio de comprar tu propiedad.

La búsqueda de un hogar y un suelo propios de repente había perdido atractivo y se secaba

en mi lengua. Se me agrió el estómago al darme cuenta, que ella esperaba que yo me alejara tan fácilmente.

—Igual iré a Londres.

—Pero…

—No te dejaré ahora, Thea, solo porque las cosas se hayan puesto difíciles.

Ella me miró fijamente y le pedí que viera a través de mi pecho hasta los rincones de mi corazón, cómo latía por ella, cuánto la deseaba.

—Primero, debemos ir a Bath para encontrarnos con mi medio hermano.

—Estaré allí para apoyarte, como amigo.

—¿Un amigo?

—Me encantaría ser más que eso, pero no lo permitirás. Debo conformarme con la amistad. —Por mucho que me doliera permanecer cerca de ella, no podía dejarla ahora. No cuando estaba a punto de enfrentar sus miedos personificados.

—¿Amistad? —repitió, como preguntándose qué engaño yo estaba preparando.

—Sí… Es natural que los amigos viajen juntos a Londres, y asistan a todo tipo de bailes, cenas y fiestas de cartas.

Thea negó con la cabeza, pero una sonrisa apareció en sus labios.

—¿También es natural confesar tus sentimientos a tu amigo y luego fingir que eso no ocurrió?

—No tengo intención de fingir nada —dije, manteniendo la voz firme, a pesar de las emociones en conflicto dentro de mí—. Tengo toda la intención de seguir luchando por ti.

Thea dio la vuelta y miró hacia las colinas doradas.

Tenía toda la intención de: estar allí para apoyarla cuando llegara el momento de conocer a su medio hermano, estar en los bailes cuando la presentaran a los pretendientes, cuidarla de mi horrible primo y mantener alejados de ella a réprobos como él. Podría demostrarle a esta mujer con el tiempo, que quise decir lo que dije.

—¡Estás siendo ridículo!

—No, Thea. —Olvidé lo que dijo mi hermano sobre permitir que Thea ganara. En esto no podía complacerlo porque significaba no tener la oportunidad de estar con ella—. ¡Voy a ganar!

* * *

Mi renovada determinación de convertirme en un elemento fijo en la vida de Thea influyó en el dolor que sentí nuevamente por poseer tierras. Ahora, más que nunca, sentí el creciente deseo de poner mi nombre en una propiedad y hundir mis raíces profundamente en la tierra, para crear un hogar al que pudiera llevarla. Cuando Thea y yo regresamos de nuestro viaje, localicé a James, jugando al ajedrez con su esposa en el salón. Aceptó reunirse conmigo, más tarde, para redactar cartas de oferta para cada una de las dos casas, y salí en busca de Henry. Lo encontré en una mesa de la biblioteca con una pluma y un papel delante de él.

—¿Vendrás a Londres o te quedarás aquí?

Levantó la vista y su confusión se aclaró rápidamente, cuando su mente volvió al presente. Cualquiera que fuera la carta que estaba escribiendo, eso lo sacaba de esta habitación y lo llevaba a un mundo completamente diferente.

—Lo siento… ¿Qué preguntaste?

Coloqué una silla frente a mi hermano y él se movió un poco para ocultar la carta que estaba escribiendo.

—¿Vendrás a Londres o elegiste quedarte aquí con mamá?

—¿Debería quedarme con mamá? —preguntó—. Había decidido ir, pero no se me ocurrió que todos la dejaríamos. Odiaría que ella se sintiera sola.

—Sí… Y eres una compañía tan brillante.

Aplanó sus labios en una sonrisa irónica.

—Ciertamente soy mejor que nada. Puede que no sea enérgico, pero puedo mantener una conversación.

—Sí puedes, hasta con los mejores. Deberías mostrar esa habilidad en la ciudad.

—Había planeado ir… pero no asistir…

—¡Sí! ¡Sí! Lo sé. —Me levanté de mi silla. Henry estaba claramente en medio de algo y no quería molestarlo más.

—¿Qué es lo que necesitabas? —preguntó con voz tranquila.

—Nada. Preferiría que vinieras con nosotros a la ciudad.

—¿Hay algún servicio que pueda brindarte si permanezco en Chelton?

—No. Yo… —Me senté nuevamente en el asiento—. Es solo que voy a escribir a Bumpton y Kellinger con ofertas. Si te quedas aquí, quiero que envíes cualquier respuesta, pero me aseguraré de informarles nuestra dirección en Londres para que puedan comunicarse conmigo directamente.

—Es prudente considerar ambas propiedades. Reúne toda la información, antes de tomar una decisión —asintió Henry.

—Mi decisión ya está tomada, pero dependerá de los dueños, por supuesto.

—Me pregunté sobre eso. Creo que Bumpton te vendrá bien, si todo va según lo planeado. —Henry esbozó una leve sonrisa.

—¡Sí! Veremos qué dicen los dueños. —Oculté mi sorpresa y me alejé de mi hermano, dejándolo regresar a su correspondencia privada. Sin embargo, cuando lo dejé, se me arqueó el ceño, ya que la casa en la que me instalaría próximamente no sería Bumpton, en absoluto.

* * *

Esa noche, la cena estuvo ocupada con charlas sobre la inminente temporada, ahora más cercana de lo que cualquiera de nosotros había planeado originalmente. Con la parada adicional en el camino a la ciudad para ocuparnos de los negocios de Thea, en Bath, llegaríamos a Londres más tarde de lo que habíamos pensado, pero debido a esa misma parada, ahora saldríamos de Chelton, antes de lo que mamá se sentía preparada. Mi madre temía despedirnos, antes de poder darle a Felicity todos los consejos que creía que la joven acompañante necesitaba, y se hizo cargo de la conversación, durante la cena, para continuar con su enseñanza.

—Por mucho que odies hacerlo, es mejor escuchar un poco de chismes, porque así sabrás a qué caballeros evitar.

Felicity asintió.

—Estoy segura que puedo recurrir a la experiencia de mi madre para mantenerme informada sobre quién es apto y quién no para acompañar a Thea.

—¿Y yo? —preguntó Thea, bajando el cuchillo y el tenedor—. ¿Se puede confiar en que yo tomaré las mismas decisiones?

—Por eso tienes a una acompañante, querida —dijo mi mamá a la ligera—. Para ayudarte a tomar estas decisiones.

A la mayoría de los ocupantes de la mesa no les pasó por alto que Felicity y Thea tenían casi la misma edad. Los casi dos años que las separaron no hicieron que Felicity envejeciera con sabiduría, en este sentido, en lo que ella estaba claramente de acuerdo, si sus cejas levantadas

hacia James eran una pista.

—Los hombres podrán buscar presentaciones contigo, Felicity —continuó mi madre—, pero no es necesario que le presentes a Thea a ninguno de ellos, si no parecen conocidos adecuados.

Felicity asintió obedientemente. Su mano cruzó la parte superior de la mesa y tomó la de James.

—Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para encontrarle a Thea una pareja decente —dijo James—. Ella nos tendrá a mí, a Henry y a Benedict cuidándola.

Mi madre me miró.

—¿Eso es así?

—Por supuesto. No quiero nada más que ver a Thea felizmente instalada. —*"Conmigo, por supuesto, en una preciosa finca situada en una colina"*. Pero dejé ese pensamiento de lado por ahora.

—¿Y Henry? —preguntó la madre, mirando a su hijo mediano.

—Creo que estará demasiado ocupado explorando Hatchards, y admirando los mármoles de Elgin para ser de mucha utilidad para nosotros —finalizó Thea.

Henry sonrió, luciendo una rara sonrisa que se extendía de un lado a otro de su cara.

—Si eso sucede, entonces no estaré triste en lo más mínimo.

La cena terminó y todos entramos al salón para escuchar un poco de música. Thea se sentó en el piano y tocó perfectamente, mientras mi madre cruzaba la habitación para detenerse a mi lado.

—También podrías echar un vistazo, mientras estés en Londres, Benedict.

Vi a Thea tocar suavemente con la dulce melodía llenando el salón.

—Me casaré cuando esté listo.

—Pero, ¿asistirás a los bailes y a las fiestas?

—Planeo hacerlo.

—Bien. —Mi madre pareció dudar—. Me preocupaba que tú y Thea estuvieran discutiendo todo el tiempo, haciendo imposible que alguien sintiera paz, pero ambos han actuado de forma muy reservada el uno con la otra. Aprecio la madurez que has demostrado.

—Acordamos dejar atrás nuestros malos sentimientos y ser cordiales, uno con la otra. Una especie de tregua. —Mi mandíbula se tensó.

—Nos ha sido muy útil a todos —dijo mi madre, colocando su mano en mi brazo, y apretándolo afectuosamente.

Asentí y volví mi atención a la música. Una vez que dejé de hacerlo, crucé el salón con marcada lentitud, esperando no llamar demasiado la atención. Felicity y James se sentaron en la mesa de juego, jugando a las damas, y Henry se sentó en el sofá junto a mamá con un libro, que probablemente no podía ver muy bien debido a la luz menguante.

Thea no dejó de tocar, incluso cuando me acerqué. Apoyé la espalda contra el piano, mirándola ligeramente con los brazos cruzados perezosamente sobre el pecho.

—Sabes, recientemente me he dado cuenta que estamos impresionando a los miembros de mi familia con nuestro buen carácter y nuestra falta de disputas.

—¿Ayer no había nadie desayunando, cuando discutimos sobre las ventajas de una tostada con mermelada o miel?

Mi madre ciertamente no estaba y eso no venía al caso.

—Pero esas fueron discusiones con un buen carácter, Thea. No nos angustia a ninguno de los dos.

—Habla por ti mismo. Me sentí extremadamente angustiada, cuando mi amor fue calumniado tan brutalmente.

Luché contra una sonrisa. A pesar de toda su concentración en las teclas bajo sus dedos, ella estaba hablando de la manera más ridícula.

—Nunca será mejor que la mermelada, por lo que deberías acostumbrarte a la decepción.

Una risa escapó de los perfectos labios de Thea y mi atención se centró en ellos de inmediato. Quería besar esos labios. Estar tan cerca, como lo había estado la otra noche, solo para que los pasos de mi mayordomo me robaran la oportunidad, y eso fue una tortura.

—¿Qué es? —preguntó con la sonrisa desapareciendo de su rostro.

—Estaba pensando en cómo me vas a besar al final de la temporada.

Los dedos de Thea tocaron una nota equivocada, pero siguió tocando. No aparté la mirada de su rostro para ver si habíamos llamado la atención de alguien más en la familia. Ella los miró rápidamente y luego me dirigió su sonrisa atrevida con la presunción de un pequeño pug avanzando contra un perro jabalinero.

Tocó la canción hasta el final, cruzó las manos sobre el regazo, volvió la cara hacia arriba y dijo:

—Lo único que besarás, Benedict, será mi mano.

—Acepto ese desafío, querida mía.

Capítulo 26

Thea

Llegamos a Bath exactamente doce días después que tuviera lugar la desdichada conversación con Benedict en la locura. Las piedras amarillas y los caminos estrechos y sinuosos eran tranquilos y reconfortantes, dándonos la bienvenida a la antigua ciudad romana. Nuestro hotel estaba situado en el centro de una colina empinada y, tan pronto como nos instalamos, envié una nota al señor Robertson para informarle que estaba en la ciudad y que le agradecería que concertara una reunión. Le di mi dirección y esperaba recibir respuesta rápidamente.

Felicity se alegró de estar en Bath. Ella siempre había disfrutado de la ciudad, lo dijo, y James no había pasado suficiente tiempo aquí para tener una opinión firme de cualquier manera, pero yo sentía el peso de ser la razón por la que todos estábamos esperando nuestro momento, en esta fría ciudad, de todos modos. Benedict desapareció casi tan pronto como llegamos, y me prohibí mirar por la ventana, cada pocos minutos, para ver si regresaría pronto. Cuando cayó la noche, quedó claro que no tenía intención de acompañarnos a cenar.

—¿Deberíamos esperar a que Benedict venga a cenar? —preguntó Felicity, enderezándose el guante.

—Probablemente se encontró atrapado con viejos amigos —le aseguró James—. No sería la primera vez.

—Es un milagro que haya permanecido con nosotros tanto tiempo —intervino Henry, quien me miró y continuó—, no nos ha dejado mucho desde que regresó contigo. Me pregunto si mamá se lo pidió.

—¿Quedarse? —pregunté.

Henry asintió.

—Ella lo extraña mucho cuando él no está. Su preocupación puede volverse aburrida.

Cenamos en un salón privado en el primer piso del hotel, uno más pequeño de lo que estábamos acostumbrados en Chelton, pero bien equipado. James nos dejó para ver qué tipo de entretenimiento podíamos tener durante la semana, mientras esperábamos, y Henry se retiró cerca del fuego con un libro.

—Creo que James ha ido a buscar formas de ocupar nuestro tiempo para mi beneficio —le dije a Felicity, mientras tomábamos el té en la mesa redonda—. Sé que no te gustaría asistir a las asambleas, si pudieras evitarlo.

Ella sonrió en su taza.

—No, pero me gusta un buen musical.

—Puedo soportar una noche de música, siempre que no sea ópera.

—Entonces, estamos de acuerdo. —Felicity cubrió un bostezo con la palma de su mano—. Me temo que viajar me ha cansado.

—¿Subimos? Henry no necesita que nos quedemos aquí para su beneficio.

—Puedes dejarme con mis propios recursos —dijo Henry sin levantar la cabeza del libro.

Le dimos las buenas noches y salimos del salón. Me acerqué a Felicity y le susurré.

—Esperaba que dejara sus libros de vez en cuando, y saliera con nosotros a conocer gente.

—No te desesperes. —Felicity igualó mi susurro, mientras caminábamos hacia la estrecha escalera—. Creo que todavía le encontraremos una esposa. Se necesitará una planificación un poco cuidadosa, pero ya he decidido que no será muy difícil, si unimos nuestras cabezas.

—O simplemente lo llevamos a una biblioteca, en cada baile, y esperamos que una dama que busca refugio disfrute de los libros tanto como él. —Levanté un dedo, mientras compartía mi brillante idea.

Felicity me lanzó una mirada poco divertida.

—Hagamos solo planes adecuados, por favor. No se beneficiará de una acompañante que emplee métodos tan adversos. —Comenzó a subir las escaleras y añadió en voz baja—, especialmente no por la forma en que James y yo nos conocimos. Las lenguas seguramente ya se moverán bastante.

No pude contener mi sonrisa.

La puerta principal se abrió y se cerró con un golpe decidido en la planta baja, y miré por encima del hombro, esperando que fuera Benedict. Reduje el paso, por si acaso él llegaba (porque evidentemente era un glotón que debía ser castigado), y fui recompensada al encontrar su mirada, justo antes de doblar las escaleras y perderme de vista. Subí al primer piso con el sombrero colgado en las manos y la cabeza gacha.

Me detuve en lo alto de la escalera, muy por encima de él.

—Confío en que ya hayas cenado.

Benedict levantó la vista, sorprendido de encontrarme esperando allí.

Noté que los pasos de Felicity se detenían y ella dijo:

—¿Con quién estás hablando?

—Benedict —respondí.

El hombre en cuestión se detuvo en el rellano frente al salón privado.

—Sí, gracias. ¿Están mis hermanos ahí? Me dijeron que iban a cenar todos juntos.

Felicity apareció por encima de mi hombro en la estrecha y oscura escalera.

—James ha salido, pero Henry está adentro. Nosotras nos retiramos para pasar la noche.

—Entonces las acompañaré a sus habitaciones —dijo, dirigiéndose hacia nosotras.

Mi corazón se aceleró ante su cercanía y el olor inminente que sabía que aún llevaría.

—¿Tuviste una velada llena de acontecimientos? —pregunté, manteniendo mis pasos lentos, mientras Felicity iba delante de nosotros, perdiéndose de vista en las escaleras. Si Benedict se dio cuenta que lo había extrañado durante las últimas horas y me alegré de volver a verlo, no hizo ningún comentario al respecto.

—No está tan lleno de acontecimientos como esperaba.

Mis dedos se apretaron alrededor de la falda que me había levantado para evitar tropezarme.

—¿El entretenimiento en Bath es indigno de tu gusto sofisticado?

—De ninguna manera. —Me tomó del brazo y me detuvo. Lo miré por encima del hombro, aunque todavía estaba debajo de mí, y tuve que mirar hacia abajo para sostener su mirada—. ¿Qué creías que estaba haciendo, Thea?

—¿Un descubrimiento? ¿Entretenimiento?

Sus espesas cejas se juntaron y surcos se alinearon entre ellas. Dejé caer el dobladillo de mi falda y presioné mi pulgar sobre los surcos de su frente hasta que se aclararon. Nunca antes había sido lo suficientemente alta para hacer eso, aunque había querido hacerlo un puñado de veces.

Él tenía los ojos pegados a mí y tragó.

—Salí a recopilar toda la información que pude sobre tu medio hermano y la firma que representaba a tu padre, para estar preparados, cuando los encontráramos.

Mi mano cayó a mi costado. *"¿Hizo eso por mí?"*

—¿Qué encontraste?

—Nada. ¡Eso es lo extraño! Dadas las cartas, es lógico que Archibald Danvers viva en Bath,

pero nadie ha oído hablar de él. Robertson and Sons, por otro lado, tiene una reputación inmaculada. Ninguna de las personas con las que hablé que conociera la empresa podía decir nada más que lo mejor sobre ellos. Me temo que son ampliamente conocidos y reputados.

—¿Esperabas que fueran delincuentes?

—Si cualquiera de ellos lo fuera, entonces tendrías la posibilidad de quedarte con la totalidad de tu herencia. Tal como están las cosas, me temo...

—¿Thea? —llamó Felicity desde lo alto de las escaleras.

—Ya voy —dije. Me alejé de Benedict y seguí subiendo las escaleras, luego me detuve y lo miré por encima del hombro. Él permaneció donde lo había dejado—. Gracias.

—No necesitas…

—Gracias, Ben.

—Quedo a tu orden —asintió una vez.

Felicity estaba en lo alto de las escaleras y me vio acercarme con el ceño fruncido.

—Todo está bien, ¿espero?

—¡Oh! Sí —dije a la ligera, pasando y continuando hacia nuestras habitaciones. Hannah y Fanny, la doncella de Felicity, iban a compartir un nido en mi habitación y nos esperaban allí—. Benedict escuchó esta tarde que Robertson and Sons tiene buena reputación.

—Entonces, al menos sabemos que estamos haciendo negocios con gente buena y honesta.

“Pero no sabemos nada de mi medio hermano o si el tipo es digno de confianza”.

—Sí, al menos eso lo sabemos.

* * *

A la mañana siguiente, no pude desayunar y en lugar de eso devoré la nota enviada por el señor Robertson hasta que memoricé cada remolino y floritura hecha por su pluma. Felicity pasó por encima de mi brazo y apoyó una mano sobre el papel.

—Si no comes, no tendrás fuerzas para enfrentarlo.

—Ella tiene razón —dijo James amablemente—. Debes tener algo que te sostenga.

Asentí. Agarré los bollos y la mermelada. Felicity seleccionó un poco de tocino y lo puso en mi plato con una sonrisa.

—Para tener fuerza —me recordó.

Comí con el sonido de su charla, llenando mi estómago de migajas arenosas. Me reuniría con mi medio hermano hoy, si todo iba según lo planeado, y estaba igualmente nerviosa e impaciente por verlo hecho.

—No iremos a su oficina hasta las dos en punto —dijo Felicity, aparentemente respondiendo a una pregunta que le hizo James y que yo no había escuchado.

—¿Vamos a Pump Room? Siempre están las aguas, si alguien tiene una enfermedad que necesita curación —expresó James con sarcasmo.

La puerta del salón se abrió para dar paso a Henry y Benedict.

Me aclaré la garganta, ansiosa por la distracción que podían proporcionarme.

—Benedict debería intentar tomarlas, aunque dudo que funcione.

Él se sentó frente a mí y llenó su plato con la comida de los platos que estaban en el centro de la mesa redonda.

—Tengo la sensación que quieres que te pregunte a qué te refieres, así que me inclino a no hacer nada por el estilo.

—Haz lo que quieras —dije, metiéndome un bocado de bollo en la boca y bañándolo con té.

Henry llenó silenciosamente su plato junto a su hermano y me dirigí a él:

—¿Qué planes tienes para tu estancia en Bath…?

—Oh, muy bien —dijo Benedict, como si le hubiera causado un gran inconveniente—. ¿De qué estabas hablando, Thea? ¿Qué es lo que debería probar pero no funciona para mí?

—No creo que quiera decírtelo ahora.

—Eso es cruel.

—No, es un asunto de poca importancia. Ya hemos comenzado a pasar a un tema diferente. En realidad, no es necesario que seas tan egocéntrico como para no permitirle al pobre Henry la oportunidad de participar también en la conversación.

Henry levantó la vista al oír esto con las cejas arqueadas, como si pudieran hablar por él, y declarar lo perfectamente feliz que estaba de no verse arrastrado a ninguna conversación.

—Creo que mi hermano será más feliz si lo dejamos con su tocino.

—Estoy de acuerdo con esa idea —dijo James, untando una rebanada de pan tostado con mermelada—. Deja al pobre Henry con su desayuno.

—No soy un niño. —Henry dejó el tenedor.

—No, por supuesto que no —dije, estando perfectamente de acuerdo.

Su mirada se deslizó hacia mí.

—Pero mis hermanos no se equivocan, y me alegraré de no estar en el centro de tus juegos y los de Benedict.

—No eres divertido. —Inflé mis mejillas.

—Exactamente. —Él sonrió.

—Creo que eres perfectamente divertido —dijo Felicity—. Nadie más está dispuesto a hablar extensamente sobre los matices de *La fierecilla domada*.

—Me encantaría hacerlo —confirmó James, sonriendo—. Si me dijeras cuáles son los matices.

Felicity se rió, inclinándose para besarlo en la mejilla.

—O podemos seguir con nuestras novelas góticas, ya que ambos las disfrutamos.

—Solo cuando me las lees —respondió James.

Benedict se aclaró la garganta ruidosamente.

—Por favor, cásate con alguien a quien solo puedas tolerar levemente, Hen. No puedo soportar muchas de estas bromas afectuosas, en mi desayuno.

—No temas por mí —dijo Henry en voz baja.

James levantó una ceja oscura.

—Si alguien va a bromear afectuosamente con su cónyuge, Ben, algún día serás tú.

Benedict hizo un sonido de disgusto en su garganta que creí que era más que nada para llamar la atención.

—Improbable.

—Sí, es poco probable. —Estuve de acuerdo—. Primero, tendrías que encontrar una mujer dispuesta a aguantarte durante el desayuno.

Hubo algunas risas educadas y la mirada de Benedict se posó en la mía.

—No me arrojes desafíos a mis pies, Thea, a menos que quieras que los acepte de todo corazón.

Me acordé del momento en que me habló de su objetivo: besarme en Londres. Tendría que recordar su fuerte afinidad por ganar cosas, cuando hablaba, pero el deseo de concentrarme en cualquier cosa excepto en el inminente encuentro con mi medio hermano había permitido que mi lengua se escapara de mí.

—¿Entonces caminamos hasta Pump Room? —preguntó Felicity, ansiosa por dejar atrás el

desayuno. Ella pareció ver más vitriolo en las disputas entre Benedict y yo de lo que realmente sentíamos. A veces me preguntaba si nuestras burlas se le escapaban.

James empujó hacia atrás su silla.

—Un paseo rápido al aire libre suena encantador.

Felicity y yo salimos a recoger nuestros sombreros, abrigos y guantes, y nos encontramos con Benedict y James afuera. La carretera descendió a un ritmo más pronunciado de lo que esperaba, y cuando Benedict me ofreció su brazo doblado, lo tomé.

La piedra amarilla formaba los edificios que se curvaban a lo largo de la carretera y desaparecían en la brumosa niebla de la mañana. Seguimos detrás de James y Felicity, con las cabezas inclinadas el uno hacia la otra, mientras ellos estaban perdidos en su propia conversación.

—Te preguntaría si estás nerviosa por su reunión de hoy, pero creo que la respuesta es bastante obvia.

Miré a Benedict.

—¿Por qué estás tan distraído?

—No… porque has estado buscando pelea desde que entré al salón esta mañana. ¿Te das cuenta que hay otras formas de distraerme además de discutir conmigo?

Mi cuello se calentó. *"¿Cómo es posible que ese hombre me conozca tan bien?"*

—Pero discutir contigo es un pasatiempo muy agradable.

—Y perseguirte es placentero para mí, pero no tengo la intención de hacerlo para siempre.

—¿No lo harás? —Mi pulso latía con fuerza, y no era solo por intentar bajar la colina sin resbalarme—. ¿Qué te hará cesar, entonces?

—Cuando te haya atrapado bien y de verdad, por supuesto.

Me reí, aunque mi pecho se contrajo y tenía ganas de llorar.

—Buena suerte, Benedict.

—Gracias —dijo, completamente en serio—. La necesito.

Mis pasos se desaceleraron un poco.

—¿Qué pasa si mi hermano es horrible? ¿Y si él desea una entrada en la sociedad que yo no puedo darle? Debo tener cuidado con la forma en que mi propio nombre será recibido entre la alta sociedad. O… —Tragué, expresando en voz alta la preocupación que me había mordisqueado vagamente—. ¿Qué haré si su madre está presente en nuestra reunión?

Benedict dejó de caminar y me miró, empujándome para que me detuviera justo a su lado.

—No había considerado eso. ¿Tienes algún deseo de conocerla?

—No tengo muchas ganas de conocerla, pero lo haré porque mi padre lo hubiera deseado. Sin embargo, su carta no menciona nada sobre la madre, por lo que no me siento exactamente obligada a conocerla. —De hecho, la lealtad a mi propia madre hacía que la misma idea fuera repugnante.

—No tienes que conocerla, si no lo deseas —habló Benedict con tal poder y autoridad que le creí de inmediato. Él sonrió—. Iré, si lo deseas. Puedo entrar primero a la habitación y darte una señal para prepararte para quién encontrarás esperándote.

—¿Quieres decir que si la madre está ahí, trinarás como una gallina?

—Ya hemos establecido que no tengo habilidad para trinar, pero estaría feliz de cloquear.

Una sonrisa calentó mi rostro y lo tomé del brazo, acercándome un poco más a él. *"¿Notó el cambio en la proximidad?"* Era cómodo tenerlo tan cerca, a pesar que sabía que debería poner más distancia entre nosotros.

—Puedo enseñarte a trinar. Sería menos obvio.

—O podría ladrar. Estoy seguro que podría lograrlo.

—Eso podría asustar al abogado. El maullido de un gato sería mucho más adecuado. —Apreté más su brazo—. ¿Practicamos ahora?

Benedict se aclaró la garganta.

—¡Miau!

—¿Quieres sonar como si estuvieras pidiendo leche o advirtiendo a tu amigo? —Chasqueé.

—Quiero suplicar, por supuesto. Soy muy bueno en eso.

—Entonces, has conseguido el sonido perfecto.

Felicity nos miró por encima del hombro desde donde ella y James ahora esperaban en la entrada de Pump Room. La Abadía de Bath se alzaba por detrás con su impresionante arquitectura gótica llenando el cielo más allá. Me maravillé de su grandeza y deseé entrar inmediatamente.

—¿Quizás podamos visitarla más tarde hoy? —murmuró Benedict, siguiendo mi mirada hacia el edificio—. Podría ser exactamente lo que necesitas después de la reunión.

Asentí y seguí a los Bradwell hasta Pump Room. De algún modo, una vez más, Benedict había sabido exactamente lo que yo necesitaba oír. Se estaba volviendo cada vez más difícil recordar todas las razones por las que no podía permitir que su coqueteo se convirtiera en algo real.

Capítulo 27

Thea

La oficina de Robertson and Sons estaba ubicada en una calle tranquila, en la cima de una colina inclinada. La niebla de la mañana se había disipado, derritiéndose con el sol, y aunque hacía frío afuera, me sudaban las palmas. Anhelaba quitarme los guantes, pero no permitiría que este medio hermano me considerara una campesina carente de modales básicos.

Por lo que yo sabía, él podría ser un petimetre o un trepador de clase social.

Felicity se detuvo frente a la puerta.

—Entraremos contigo para asegurarnos que todo esté correcto y apropiado, pero luego podemos irnos, si lo deseas.

Miré de ella a Benedict. James había optado por quedarse con Henry y le había preguntado a Benedict, si quería hacer lo mismo. No creía que yo quisiera una audiencia para una reunión tan emotiva. Pero mi incondicional compañero estaba demostrando su valía, y ahora nos acompañó hasta la puerta, brindándonos el apoyo que necesitaba de su parte.

—Gracias —dije, siguiendo a Felicity y Benedict al interior.

Benedict se inclinó y susurró en voz baja:

—No me iré de tu lado a menos que tú me lo pidas.

Su tranquila y firme seguridad me llenó de fuerza para enfrentar la encarnación de la infidelidad de mi padre, la razón por la que nunca podía confiar en Benedict como esposo. La ironía no pasó desapercibida para mí por fugaz que fuera el reconocimiento.

El señor Robertson nos saludó. Su cara larga y estrecha era mucho más agradable de lo que esperaba de un hombre que me había despojado de la mitad de mi herencia. Hizo una pausa después de hacer las presentaciones y me sonrió.

—Tu padre habló muy bien de ti. Puedo ver que no exageró tu belleza.

Mis mejillas se calentaron y asentí en agradecimiento.

—Supongo que no deberíamos esperar más. El señor Danvers llegó un poco antes y está ansioso por conocerla.

El señor Robertson cruzó la pequeña habitación hasta una puerta al final de un estrecho pasillo, y volteó para sonreírme afectuosamente otra vez. Su comportamiento fue extraño, asentando recelos en mi estómago. Algo en esta situación estaba mal y me preocupaba lo que podría ser.

Benedict asumió una posición defensiva delante de mí y siguió a Felicity al interior de la habitación. Me quedé atrás, esperando una señal de él sobre que la madre estaba presente y yo huiría, pero la misma nunca llegó. En la oficina claramente faltaban trinos, cloqueos y maullidos.

—¿Señorita Northcott? —llamó el abogado.

Di un paso adelante, vacilando, cuando Benedict se asomó por la puerta. Sus cejas se arquearon y una suave sonrisa calentó su rostro. Todavía no emitía ningún sonido felino o de pájaro, así que lo tomé como una afirmación que mi hermano estaba allí solo.

La habitación estaba en silencio, las tres personas que me habían precedido me esperaban en silencio. Di otro paso adelante y entré en la habitación sorprendentemente luminosa, la luz del sol entraba por la ventana y allí estaba… era un niño.

Por lo demás, la habitación estaba vacía excepto por las personas con las que había llegado, el abogado y este muchacho. Sacudí un poco la cabeza. Quería creer que había habido algún tipo

de malentendido, pero supe de inmediato que estaba mirando a mi hermano, porque casi me sentía, como si me estuviera mirando en un espejo de una década antes.

Cuando entré en la habitación, él se puso de pie inmediatamente, evidenciando los buenos modales que le estaban inculcando. Su cabello oscuro estaba peinado y untado con pomada, la parte de atrás estaba un poco levantada, aunque no era por su evidente falta de intento de alisarlo hacia abajo. Sus ojos eran azules, redondos y muy abiertos, y su rostro en forma de corazón era como el mío, y pude ver a mi padre en él.

—Buenos días, señorita Northcott —dijo, su vocecita cruzó la habitación, seguida de una cortés reverencia.

Hice una reverencia, porque no sabía de qué otra manera responderle a este pequeño caballero-niño. No había venido en absoluto preparada para un hermano tan joven y sentí que mi padre debería haberme advertido mejor. Aunque, en su defensa, supongo que debió escribir la carta cuando Archibald era muy joven, y no anticipó la edad que tendría el niño cuando lo conociera.

—Buenos días —dije.

—Los dejaremos para que se conozcan ahora —dijo el señor Robertson, guiando a Felicity y a Benedict con los ojos muy abiertos fuera de la habitación. Asentí levemente y Benedict cerró la puerta detrás de él.

—¿Le gustaría sentarse? —preguntó Archibald, de nuevo con una calma educada. Obviamente, él me conocía desde hacía bastante tiempo al permanecer tan absolutamente imperturbable.

—Lo haré, gracias. —Sacudí mi sorpresa y tomé asiento a su lado. Era un niño y los niños (según mi limitada experiencia) no se andaban con rodeos. A pesar de sentir que actuaba una década mayor de lo que parecía, decidí hablarle como si fuera pequeño—. No parece que estás tan sorprendido por mi existencia como yo por la tuya.

—¿Cómo podría estarlo? Te conozco toda mi vida.

Eso fue inesperado.

—¡Qué injusto! Solo supe de ti hace unas semanas.

—Debe haber sido extraño saber que tenías un hermano. —Su naricita se arrugó, mientras pensaba.

—Extraño, sí.

—Pero seguramente tú también debes haber sido feliz. —Sus ojos se iluminaron.

—Por supuesto. —No podía soportar atenuar su sonrisa ahora, no cuando era tan inocente —. Dime, Archibald…

—Puedes llamarme Archie. Todos lo hacen.

Una sonrisa salió de mis labios.

—Muy bien, Archie. Dime… ¿Vive tu madre en Bath?

—No, solo estoy aquí para ir a la escuela. Mamá vive en Londres. Pero ella viene a buscarme cada día festivo y a veces viene a visitarme.

No podía imaginarme a nadie viniendo a Bath desde Londres, no con la distancia y el tiempo que pasaba en un carruaje, pero me preguntaba si eso significaba que su madre no hacía que visitarlo pareciera una dificultad. De mala gana, respetaba eso de ella, si ese fuera el caso.

—¿Tienes otros hermanos o hermanas, Archie?

—No solo tú.

Mi corazón se hinchó con un afecto inesperado por su sonrisa desdentada. Había una serie de pecas sobre su nariz, más oscuras que las mías, y una energía nerviosa en sus dedos inquietos.

—¿Me hablarás de ti?

Se enderezó en su asiento.

—Tengo nueve años, asisto a la escuela Goddard y mi mayor sueño es algún día tener mi propio caballo.

—A mí también me encantan los caballos —dije.

Archie se inclinó un poco hacia adelante para compartir su secreto, susurrando con una reverencia:

—Nunca he montado uno. Pero mamá dice que ahora podemos permitirnos uno.

—¡Esa es una noticia maravillosa! Tendrás que escribirme y contarme qué tipo de caballo eliges.

Sus pequeñas cejas oscuras se juntaron.

—¿No piensas quedarte aquí?

—Viajo a Londres para esta temporada, pero me gustaría visitarte nuevamente cuando deje la ciudad, si te parece bien. Quizás incluso podamos convertirnos en corresponsales habituales.

Archie hizo una mueca.

—No soy muy bueno escribiendo cartas, pero puedo intentar hacerlo mejor.

—¿Quieres saber un secreto?

—Sí.

—Tampoco soy muy buena con las cartas. Pero creo que seré buena escribiéndote cartas.

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué será diferente?

—Porque realmente querré leer tus cartas, Archie, lo que me también me dará más motivación para escribirte.

Él sonrió. Una sonrisa traviesa se dibujó en su hermoso rostro.

—El señor Rothschild, mi maestro, me dijo que tal vez no te alegrarías de verme. Pero creo que se equivocó. ¡Te ves muy feliz!

Mi corazón volvió a hincharse de amor por este niño y me di cuenta que tenía razón. Antes de enterarme de Archie, no me quedaba ningún familiar en la Tierra, en realidad no. No consideraba a mi tío familia por la forma en que me había despreciado e ignorado. Pero sí tenía familia a quien reclamar. Ahora tenía un hermano y se llenó un poco del vacío, que había quedado, cuando mis padres me dejaron huérfana. Algunas de las grietas que habían causado sus muertes ahora estaban reparadas.

Los Bradwell hicieron todo lo posible para ser mi familia y los amaba por eso. Eran como hermanos y una madre para mí. Pero esto fue diferente, me levantó el ánimo y me calentó el alma.

—¿Saldrás de Bath muy pronto? —preguntó.

—Estoy a merced de mis amigos, Archie. No puedo quedarme para siempre porque esperan continuar hasta Londres. Pero creo que podemos estar juntos uno o dos días y, si tu director lo aprueba, me encantaría invitarte a salir.

Sus ojos azules se abrieron y me pregunté si yo también parecía tan ansiosa, como él, cuando estaba emocionado por algo.

—¿Podemos caminar por Great Pulteney Street? Por allí pasan los mejores caballos.

Reprimí mi risa.

—Sí, pero tendrás que usar todas tus prendas más abrigadas o podrías resfriarte.

Me presentó la más seria de las expresiones.

—Tengo una constitución muy fuerte, así que no debes preocuparte que me muera.

—Cuánto me alegro de escuchar eso.

La puerta se abrió para dar paso al señor Robertson, seguido por un caballero corpulento con gafas y ojos curiosos.

—El señor Rothschild ha venido a llevar al señor Danvers de vuelta a la escuela, ahora pueden despedirse.

Archie se levantó inmediatamente y yo lo hice a su lado. Le pregunté al maestro, si podía sacar a Archie, durante aproximadamente una hora al día siguiente, y concertamos una cita, siempre que yo fuera a la escuela a recogerlo.

—Hasta mañana, Archie —dije, haciendo una reverencia.

Él respondió con otra galante reverencia y nos despedimos. Una vez que Archie estuvo calle abajo con su maestro, volteé hacia el abogado.

—Si quisiera escribirle a la madre de Archie, ¿usted podría darme su dirección?

—¡Oh! —dijo el señor Robertson, aparentemente sorprendido por mi solicitud. Felicity y Benedict se pararon un poco detrás del hombre y me observaron con curiosidad—. Supongo que podría hacer eso. Si usted me concede un momento, se la copiaré.

Él se alejó rápidamente y yo crucé los pisos de madera pulida hacia mis amigos.

—Acaso, ¿tienes pensado escribirle a la mujer? —preguntó Felicity, en voz baja—. La reunión con el señor Danvers debe haber ido bien.

—Me pidió que lo llamara Archie.

Felicity sonrió.

—Ciertamente parece un Archie. Tiene tu sonrisita traviesa, ¿sabes?

Me sobresalté y miré de Felicity a Benedict en busca de confirmación de ese hecho.

—Ciertamente lo es —asintió Ben, con un brillo burlón en sus ojos—. ¡Que el Cielo nos ayude a todos!

* * *

El musical al que asistimos más tarde, esa noche, se llevó a cabo en uno de los salones de actos más pequeños, iluminado por fuegos en las chimeneas que destacaban en las paredes y velas en los candelabros. Me puse el vestido rosado que le gustaba a Lady Edith, y pensé que a ella le habría gustado estar con nosotros, si su salud se lo hubiera permitido. Fue triste que una mujer tan sana se viera obligada a quedarse en casa, debido a mareos tan violentos. Aunque no podía imaginar que ni siquiera una obra musical bien realizada, o unos meses de actividades sociales en Londres valieran una semana o más de enfermedad en un carruaje.

—¿Cómo convenciste a Henry para que viniera? —susurré, acercándome a Felicity y rodeando con mi brazo el de ella.

—Él disfruta de la música, evidentemente. Hablé brevemente del arpista del programa de esta noche, y lo siguiente que supe fue que nos esperaba abajo vestido de etiqueta.

—Ahora que hemos encontrado otra de sus debilidades, debemos explotarla —dije, sonriendo.

—No somos mejores que un par de madres casamenteras.

—Cuando se trata de Henry, ¿es algo tan terrible?

Felicity asintió, pero la picardía que bailaba en sus ojos demostró que estaba de mi lado. Henry me gustaba excesivamente y solo quería verlo feliz.

“¿Qué hay de malo en eso?”

Elegimos asientos en el salón mal ventilado y me encontré entre Benedict y Henry, inclinándome hacia el último para que mi pierna no rozara accidentalmente al primero.

—¿Te gusta la música de arpa, Henry?

Me miró con leve sospecha.

—Sí. Es difícil no apreciarla.

—Cuando tu compañera de escuela es novata y no puede dominar los acordes, creo que resulta difícil apreciarlos. Sin embargo, hay que admirar su perseverancia. Ella siguió así y en mi último año de escuela, yo soñaba con música entrecortada y acordes rotos.

Henry me dio una sonrisa divertida.

—Tengo plena confianza en que la mujer en el programa de esta noche no asaltará nuestros oídos con hilos entrechocados.

Cuando la sala se llenó y comenzó la música, inmediatamente me sentí arrastrada por la armoniosa melodía. Mi postura se relajó con la música hasta que sentí la presión de la pierna de Benedict, descansando ligeramente contra la mía y, a pesar de saber que debía alejarme, no me atreví a hacerlo. Pasamos la duración del programa musical, en este débil contacto, con el calor de su pierna filtrándose a través de las capas de mi vestido. Cuando sonó el aplauso final, se inclinó más y me susurró al oído. Su cálido aliento provocó escalofríos en mi cuello.

—El petimetre que vimos en Fremont, esa pequeña ciudad comercial con el combate de boxeo, está aquí. No entres en pánico, porque estoy seguro que no te reconocerá.

—No lo conozco —le susurré, aunque mi corazón había comenzado a galopar.

—No, pero recuerdo que tu amigo estuvo con él la última vez, por lo que es lógico que exista la posibilidad que estén juntos nuevamente.

"¿Mi amigo?" No sabía si contaría a Peter Seymour como amigo.

—Peter está en Londres.

—No estaba en Londres cuando lo viste en Fremont.

—¡Maldita sea! —Benedict tenía razón. Si Peter había viajado a la pelea con el petimetre, entonces tal vez también se hubieran quedado juntos en Bath.

—¿Te ha escrito otra vez? —preguntó Benedict.

Negué con la cabeza.

—No desde la última carta, y nunca le pedí a tu madre que le escribiera tampoco. —Tragué —. No pensé que sería prudente, preferiría que terminara la relación. Al menos no tengo ningún deseo de seguir adelante. No quisiera darle falsas esperanzas a ese hombre.

Benedict hizo una pausa y su mirada recorrió mi rostro. Una suavidad cayó sobre sus ojos azules que vertieron calor en mi pecho. Cuando habló, su voz era apagada y delicada:

—Está atenta a tu amigo y yo haré lo mismo.

Nos levantamos y saludamos a la pareja que estaba hablando con James. Henry se quedó atrás, contento de esperar que sus hermanos terminaran de socializar. Me acerqué a Felicity, mirando alrededor de James, mientras hablaba con la pareja y examinando la habitación en busca de Peter. Sabía que verlo en la ciudad era una eventualidad, pero tenía la intención de evitarlo tanto como pudiera. Él conocía de primera mano la infidelidad de mis padres y la reputación desfavorable que surgió había sido aún peor, ya que mi padre trabajaba para Inglaterra y representara a nuestro país.

—No lo veo —dije en voz baja, y Benedict asintió.

La mujer que estaba hablando con James centró su atención en mí. Sus ojos eran oscuros, rasgados y parecían exóticos, y era increíblemente hermosa.

—Perdóname —dijo James de inmediato—. He sido maleducado. Señor y señora Rossi, permítanme presentarles a la señorita Dorothea Northcott. La llevaremos a Londres para esta temporada.

La señora Rossi me recorrió con la mirada y se aferró con fuerza al hombre que tenía en el brazo, cuyo pelo era oscuro, áspero y desordenado.

—La señora Rossi es una cantante increíble —dijo James—. Tuve la oportunidad de escucharla hace unos años en Londres.

—¿Qué cantas? —pregunté.

—Ópera.

—¿Y tu marido también canta?

Apretó el brazo del hombre al que se aferraba y se rió.

—No... Él es el director de la orquesta.

Pude ver que tenían un matrimonio ventajoso.

—Espero escucharte cantar algún día.

—Debes venir a mi show en Londres. Muy pronto representaremos una nueva ópera. El coro ha estado practicando durante meses.

Miré a Felicity y esperé que no revelara mi disgusto por este tipo particular de música, pero aparte de su sonrisa divertida, no hizo nada para delatarme.

—Estoy a merced de mis anfitriones.

El señor Rossi me miró entrecerrando los ojos.

—Northcott. Conocía a un hombre por ese nombre, aunque fue hace años.

—¿Charles Northcott? —pregunté—. Él fue embajador en Suecia recientemente y viajó mucho por el continente. Aunque murió hace seis años.

—Sí… Es así... Tu madre era muy hermosa. Te pareces a ella. —Sus ojos se iluminaron.

Esperé con los hombros tensos, a que me desestimara por ser hija de dos personas con tan poca consideración por la fidelidad o su reputación, aunque no lo hizo. Él simplemente miró hacia otro lado, ya aburrido de la conversación.

—También recuerdo a tus padres. Vinieron a la ópera de Viena. Ahora realmente debes venir a escucharme cantar —arrulló la señora Rossi. Dejó caer el brazo de su marido y se inclinó más hacia Benedict, envolviendo sus largos y delgados dedos alrededor de su manga, y deslizándose a su lado de una manera demasiado familiar.

Mi estómago se hundió hasta mis calzados y lo miré, esperando a que se soltara de las garras de esa mujer.

—El señor Bradwell nunca se perdería mi programa —dijo con toda confianza. Su voz era como un cuchillo de pelar en mi alma.

—Cuando esté en la ciudad, sabes que nunca me lo perderé. —Él le sonrió ampliamente.

Quería huir, pero esa era una respuesta infantil, así que aparté la vista de ellos, incapaz de soportar la forma en que la mano de ella acarició su brazo, o la forma en que sus pestañas se agitaban entrecerradas.

Mi mirada captó a Henry hablando con un hombre no muy lejos detrás de nosotros, y luego se posó en el familiar amor rubio de mis años de juventud: Peter Seymour. Él me había visto y ya era demasiado tarde para apartar la mirada, así que le susurré al oído a Felicity.

—He visto a un viejo amigo, pero permaneceré a la vista.

Ella asintió y luego siguió escuchando educadamente a la descuidada cantante de ópera y a su aburrido marido.

—¡Alabado sea el Cielo! —dijo Peter al acercarse a mí.

Hice una reverencia y le sonreí. No quería conocerlo, pero tampoco podía ignorarlo.

—Han pasado algunos años, señor Seymour. ¿Cómo está usted?

—Entonces, ¿asumo que usted no ha recibido mi carta? —preguntó en voz baja.

Mi sonrisa vaciló, pero la conservé.

—Señor, no sé a qué se refiere. He estado en Cumberland últimamente, y ahora viajaremos a Londres para pasar la temporada.

—¿Cumberland? —Sus cejas claras se juntaron—. Sabes… es la cosa más extraña. Estuve en Fremont para ver una pelea no hace mucho, y podría jurar que escuché tu voz en mi posada. Te busqué el resto del día, pero nunca te vi.

Arqueé una ceja, esperando estar haciendo un trabajo adecuado para cubrir mi temblor.

—¿De verdad usted cree que me encontraría en un lugar donde se celebra una pelea?

—Al principio no, pero tu voz es única y podría jurar…

—Buenas noches —dijo Benedict. Su voz baja interrumpió en el peor momento posible—. Creo que nos conocimos recientemente.

—Ah, sí… —Peter miró de Benedict a mí. —En realidad, en la posada de Fremont. Es curioso, porque justamente estábamos hablando de ello.

—¿Hablando de Fremont?

—Bueno, pensé que había escuchado a la señorita Northcott en mi posada, pero nunca la vi. —Sacudió un poco la cabeza, pero la línea entre sus cejas no desapareció—. ¿Se conocen?

—Señor… La madre de Bradwell es mi madrina —dije—. Su cuñada y su hermano son mis acompañantes durante la temporada.

La mirada de Peter se iluminó.

—También estaré de camino a Londres en breve. Espero volver a verte pronto. ¿Usted me concederá el placer de visitarla?

—Por supuesto —respondí con una sonrisa, *"¿qué más puedo hacer? Tengo que decepcionarlo suavemente, si quiere acompañarme, por supuesto"*. Le di a Peter mis indicaciones sobre dónde podía encontrarme en Londres, y nos dejó para regresar a su fiesta.

Con una sonrisa, aún en su lugar, me incliné un poco para que solo Benedict pudiera escucharme:

—¡Esto fue ridículo! ¿Pensaste que acercarte a ese hombre era el mejor curso de acción?

—Parecía que necesitabas que te salvaran.

—¿Salvarme? ¿De Peter? ¡Santo Cielo! … Ben. Es un viejo amigo de la familia.

—Un amigo al que te agachaste desde una ventana para evitar verlo, así que sé exactamente lo confiable que lo encuentras.

Me tragué mi burla, antes que pudiera llamar la atención sobre nosotros.

—¿Qué fue esa parte ridícula al final, darle tu dirección? —protestó.

Me encontré con su mirada.

—¿Qué más se suponía que debía hacer? No me colgué de su manga ni le lancé miradas amorosas. Simplemente, estaba con un amigo.

—¿Por qué diablos quieres que sea tu amigo?

—No lo quiero… Pero tampoco seré grosera. Mientras él no crea que tengo interés en tener una relación con él, no he hecho nada malo. —Aligeré mi voz—. Además, podría traer a un amigo con él. Nunca se sabe dónde encontrar caballeros.

Los ojos azules de Benedict se agrandaron.

—Thea… Tú no eres seria… Tenía la impresión que no podías casarte con un caballero.

—No… no me casaré con una coqueto. ¡No me casaré sin amor! Pero debo encontrar un marido en alguna parte. —Levanté un hombro en el más delicado de los encogimientos de hombros. No tenía intención de cortejar a Peter, pero ya no me oponía a todos los caballeros—. Felicity encontró a su marido en un baile y son perfectos el uno para la otra.

Además, James, que poseía un carácter excelente, ¡era un Bradwell! Aunque no permití que mi mente siguiera transitando por ese camino.

—¿Quién puede decir que yo no tendré la misma suerte?

Benedict parecía una mezcla justa entre indignado y disgustado.

—Tengo la intención de arrojarte al carruaje, y llevarte directamente de regreso a Chelton, en este mismo instante.

—Bueno, no puedes hacer eso por dos razones —dije con mi voz engañosamente tranquila. En realidad, la imagen que Benedict creó en mi cabeza, la idea que él me llevara a cualquier parte, envió una ola de anhelo a través de mí. Después de la escena que había presenciado entre él y la rapaz cantante de ópera, tal vez me sentí más malhumorada de lo que la situación justificaba—. Tengo una cita con Archie mañana y me niego a faltar.

—¿La segunda razón?

—Si me llevas de regreso a Chelton, ¿cómo encontraré marido en Londres?

Parecía un dragón de los libros de cuentos de mi infancia, preparándose para lanzar fuego sobre la aldea. Solo que yo era el pueblo.

Benedict se inclinó hacia adelante nuevamente para susurrarme al oído y yo me quedé perfectamente quieta para que sus labios no tocaran mi piel.

—El único marido que coleccionarás en Londres, Thea, seré yo.

Al pronunciar las últimas palabras se enderezó y se ajustó la manga de su chaqueta. Terminó alejándose y dejándome sin ningún recuerdo de cómo respirar.

Capítulo 28

Benedict

Thea había pasado toda la tarde con su hermano, sentada en un banco en Sydney Gardens, admirando los muchos caballos que trotaban, tirando de varios medios de transporte, o cargando jinetes, mientras James, Felicity y yo caminábamos por los senderos del jardín y permitíamos a los hermanos su privacidad.

Hacía frío, pero mis capas de lana cálida mantenían los escalofríos a raya, mientras mis pensamientos estaban envueltos en la imagen de la brillante sonrisa de Thea. Parecíamos haber caído nuevamente en un ritmo de amistad, nuestras burlas eran lo que alguna vez fueron, pero mucho menos hostiles. Me preguntaba, en lo que respecta a Thea, si eso era todo lo que sabía hacer conmigo: ¡provocarme!

—Esa mujer de anoche —dijo Felicity con su tono lleno de leve curiosidad—. ¿La cantante de ópera? Parecía muy familiar contigo.

—La conozco desde hace algunos años —dije.

—Yo también, pero ella no actuó igual conmigo. Fue atrevida por su parte acercarse a ti con su marido al lado —dijo James.

Giré la cabeza para mirar a mi hermano mayor.

—¡Cielos! ¿Es eso lo que piensas? Nunca nos conocimos de esa manera.

Las cejas cobrizas de Felicity se alzaron en su frente.

—Por la forma en que se aferró a ti, ciertamente parecía que tenía una razón para ser tan posesiva. —James se encogió de hombros.

—Ella es una mujer. Es lo que ellas hacen. —Me pasé una mano por la cara. Si James y Felicity creían que la señora Rossi era una ex amante mía. *"¿Thea también lo cree?"* Ella había sido fría conmigo la noche anterior, pero me pregunté si eso se debía al cansancio excesivo.

Felicity se detuvo en el camino, e inclinó la cabeza para mirarme. La confusión se hizo más fuerte en su expresión.

—Benedict, ¿no puedes decir que la forma en que actuó la señora Rossi, toqueteándote el brazo de una manera tan familiar, es un hecho tan común que creías que era un comportamiento normal?

—¿O quieres decir que es un comportamiento tan familiar para la señora Rossi, que a ella le parecía normal? —intervino James.

Miré entre ellos, tratando de darle sentido a lo que me preguntaban. *"¿No son iguales todas las mujeres? ¿Se congracian lo mejor que pueden con la esperanza de recibir un cumplido, o una solicitud para llamar más tarde o enviar algunas flores?"*

—Así es como te tratan la mayoría de las mujeres, ¿no? —preguntó Felicity.

—Bueno, por supuesto. —Le hice un gesto a mi hermano—. Estoy seguro que lo entiendes.

—¡Pelearía contigo por una cuota de mujeres coquetas! Pero eso no es lo mismo para mí. ¡Fue ridícula la forma en que se colgó de tu brazo! La mayoría de las mujeres de buena crianza no se atreverían a tocarte de una manera tan familiar. —James se rió.

—Tal vez mi problema es que debería rodearme de más mujeres de buena crianza.

—Creo que ya lo estás haciendo —dijo Felicity con una sonrisa irónica—. Thea y yo somos perfectamente aceptables.

—Y ninguna de ellas cuelga de tu brazo, como si lo confundiera con un perchero —agregó

James.

—No, es seguro decir que no. —Le dediqué una sonrisa a Felicity, pero mi estómago estaba revuelto. Se lo debía al hecho que Thea nunca parecía querer tener nada que ver conmigo y Felicity era mi cuñada. Sin embargo, al repasar las últimas interacciones que había tenido con mujeres que no eran de mi familia, recordé que todas tenían un comportamiento similar. La señorita Dodwell, en las asambleas de Bakewell, había actuado de manera muy parecida, y lo mismo podía decirse de cada una de las otras mujeres con las que había saludado esa noche.

La mala interpretación que hizo Thea de mis intenciones con la señorita Dodwell y la forma en que había tratado a mis otras compañeras ya no podía descartarse como un toque de dramatismo, no cuando Felicity y James veían las cosas de la misma manera. Siempre supe que era un poco coqueto, pero creía que era un comportamiento típico, y que no actuaba de manera diferente, a como lo haría cualquier otro hombre en mi posición.

—Díganme —pregunté, llamando su atención una vez más—. ¿Ambos creen que soy irreprochable en la forma en que trato a las mujeres, o tal vez lo soy?

—Exactamente, ¿quizás qué…? —preguntó James.

—¿Soy demasiado coqueto?

—¿Eso es algo malo? A mi lado, nunca has hecho nada que pueda convertirte en un libertino o un canalla. Coquetear, por el contrario, es inofensivo, siempre que ambas partes sean plenamente conscientes de los límites. —Felicity se rió.

—La señora Rossi estaba junto a su marido. Ciertamente, él no vio nada malo en su forma de actuar. —James se encogió de hombros—. Si fuera tú, no me quitaría el sueño por eso.

—No estoy demasiado preocupado por ese momento en particular —le aseguré—. Pero no quiero darle a la mujer equivocada una razón para creer que estoy interesado en perseguirla.

“O, tal vez, darle a la mujer adecuada una razón para creer que estoy persiguiendo a otras”.

—Es algo que debe ser considerado —coincidió James. Levantó la vista y la mano a modo de saludo—. Aquí vienen Thea y Archie. ¡Cielos! Sí se parecen.

Seguí su línea de visión hasta que los encontré caminando hacia nosotros y tuve que estar de acuerdo. El niño serio, con cabello oscuro y ojos azules vibrantes, podría haber sido el hijo de Thea. Al parecer, su padre ciertamente había influido mucho en su apariencia. La sonrisa de Thea era radiante y su cuerpo verdaderamente palpitaba de alegría. Por lo que era imposible no devolverle la felicidad hasta cierto punto.

“¿Le resultaría difícil dejar Bath? Quizás Thea desea quedarse aquí un poco más”. Ciertamente, estaba dispuesto a retrasar nuestra incursión en Londres. Me preocupaba que una vez que llegáramos allí, la perdería para siempre. Incluso ¿cómo podía una mujer con su aspecto, que irradiaba tanta alegría en un salón de baile, no tener una oleada de pretendientes derribando su puerta, y llenando su salón durante la primera semana?

—Necesitamos que Archie regrese a la escuela ahora —explicó Thea con cierta tristeza cuando nos encontraron.

Avanzamos por el camino que conducía a su escuela y nos paramos frente al edificio, mientras Thea guiaba a Archie de regreso al interior. Cuando volvió con nosotros, nos quedamos frente a la escuela de piedra amarilla, en la que Archie Danvers acababa de desaparecer y esperamos, mientras Thea parecía estar intentando memorizar todo lo que estaba a la vista. Miré a James por encima de su cabeza y él se encogió ligeramente de hombros.

Thea tocó el anillo que adornaba su tercer dedo, el que había pertenecido a su madre, y luego le sonrió a Felicity.

—Estoy listo para irme.

Caminamos de regreso por los jardines de Sydney, avanzando lentamente hacia nuestra posada y el carruaje que nos llevaría a Londres por la mañana.

Le pregunté cómo había ido la conversación con su hermano y ella se limitó a sonreír y asentir, como si fuera suficiente.

Quizás para ella así fue.

—¿Necesitas permanecer más tiempo en Bath? —Esperaba que mi preferencia por esta opción no fuera evidente en mi tono.

—No —dijo ella—. Obtuvimos una buena base y creo que ahora podemos conocernos mejor a través de la escritura.

—Me alegro que las cosas hayan salido tan bien.

Ella me lanzó una sonrisa irónica.

—Mejor de lo que esperaba, en cualquier caso. Creo que conocer a Archie solo me ha generado más preguntas, pero no puedo encontrar ningún defecto en descubrir que tengo un hermano que es un alma tan dulce y desea conocerme. Estaba segura que el hombre que me esperaba en la oficina del señor Robertson sería más cercano a mi edad con antecedentes inseguros, y un gran deseo de ser presentado a los niveles más altos de la alta sociedad.

—Esa era sin duda una preocupación válida, dada la petición de tu padre que ayudaras a tu hermano a entrar en la sociedad.

—Sí, bueno, parece que eso no será necesario por un buen tiempo, y puede que Archie nunca me requiera algo así. Estoy segura que al chico nada le importa tanto como los caballos.

—¿No son así la mayoría de los niños pequeños?

—Supongo que no sabría decirlo —expresó agradablemente.

Después de hacer una amplia generalización sobre la forma de actuar de las mujeres, que quedó totalmente desacreditada, tal vez no debería hacer ninguna generalización. Consideré cómo me había equivocado y bajo qué luz eso había hecho que Thea me viera. Al descubrir que no entendía la forma en que las mujeres me habían tratado, quise pedirle a Thea que me explicara sus opiniones una vez más, para tratar de verme como ella me veía.

Ahora no se me escapaba que ella podía tener razón en sus preocupaciones sobre mi comportamiento, y eso me dolía. Hasta el momento había actuado bajo la creencia que ella estaba siendo injusta al declarar que yo era similar a su padre, pero ella me había visto exhibir rasgos que no eran típicos, aceptando coqueteos que no eran tan inocentes, como yo creía. Ella tenía razones válidas para estar preocupada.

—¿Puedo preguntarte algo que sea más delicado? —manifesté, acercándome a ella. James y Felicity estaban un poco por delante de nosotros en el sendero, pero sabía que mi voz podría llegar fácilmente a ellos, si se preocupaban por escuchar. Felicity estaba hablando ahora, así que confié en que no me estaban prestando atención.

—Siempre puedes preguntar, aunque no aceptaré responder hasta que sepa la pregunta.

—Me parece bien. —Junté mis manos ligeramente detrás de mi espalda para calmar su inquietud—. Anoche en el musical, cuando la señora Rossi estaba… hablándome… te alejaste. ¿Qué fue lo que te molestó?

Sus cejas se arquearon.

—No me molestó nada. Simplemente no sentí la necesidad de ver a la mujer envolverse sobre ti, como si de repente hubiera perdido todo recuerdo de cómo valerse por sí misma.

Una sonrisa victoriosa ensanchó mis labios. Thea había estado celosa. Podría tener un gran camino por recorrer para llegar a ser lo suficientemente bueno para ella, pero eso era ciertamente

una señal que ella no había perdido por completo el interés.

—Por supuesto, hay una manera de evitar que las damas se cuelguen sobre mí.

—¿Quitarlas de tu brazo?

Tenía razón, y esa era la razón por la que Thea no tenía suficiente fe en mí.

—No importa. Hay dos maneras.

—¿La segunda? —preguntó.

—¡Que tú estés sobre mi brazo en su lugar!

Ella sacudió la cabeza y sus pasos ganaron velocidad. Había sido un error decirlo.

—Thea, espera —le pregunté, desesperado por tener otra oportunidad de demostrar que era mejor de lo que ella esperaba, aunque no, esperaba, mejor de lo que ella creía posible.

—¿Qué, Ben? —La forma cansada en que dijo mi nombre me preocupó.

Tragué.

—No debería haber tomado a la ligera algo que te molesta. Pero ahora que soy consciente del problema, lo tomaré mejor en cuenta y haré un esfuerzo para cambiar. —La tomé del brazo y tiré de ella para que se detuviera, sin prestar atención a lo que mi hermano o Felicity pudieran pensar—. Quiero una oportunidad, Thea. ¡Una verdadera oportunidad!

—Y yo necesito protegerme. No viviré toda la vida preguntándome dónde estás cada noche o con quién estás. No estaré al lado de mi marido, mientras él permite que las cantantes de ópera se cuelguen de su brazo. Vi a mis padres arruinar la felicidad del otro y no permitiré eso. —Ella sacudió la cabeza y me quitó el brazo de las manos—. Siempre seremos amigos, Benedict, pero nada más.

Thea se alejó de mí y corrió hacia James y Felicity, quienes todavía caminaban por el sendero y sin prestar atención a lo que había sucedido justo detrás de ellos: Thea estaba rompiéndome el corazón.

Capítulo 29

Thea

La temporada en Londres ya había comenzado. El parlamento estaba en pleno apogeo y las debutantes se preparaban para saludar a la reina. Había una sensación de urgencia y expectación en Bond Street, cuando Felicity me llevó a pedir algunos vestidos y, a pesar de mis amplios intentos de considerar que la temporada social no es divertida, me encontré cada vez más emocionada por los bailes. Al menos, los bailes serían divertidos. Quizás encontraría un caballero que fuera amable, que se enamorara de mí, y que no considerara necesario coquetear con todas las mujeres bien vestidas. Lo que era el deseo de cada mujer.

"¡Oh! ¿A quién estoy tratando de engañar? No me estoy enamorando todavía. No hasta que encuentre una manera de sacar a Benedict de mi corazón".

Sin embargo, antes de eso tenía una misión que quería cumplir y no podía hacerlo sin la ayuda de Felicity.

Caminamos por Bond Street, después de nuestra cita con la modista, mirando los hermosos sombreros y abanicos en los escaparates, y admirando el esplendor general de la venta.

—Algún día planeo traer a Archie aquí y malcriarlo —dije, mirando un adorable par de pantalones de niño.

Felicity miró una bata de dormir para un pequeño bebé con agudo anhelo, y luego desvió la mirada.

—Es un chico tan amable. Me alegro de haber podido conocerlo también.

—Esperaba invitarlo a visitarme durante algunas semanas, en el verano.

—¿A Chelton? —preguntó Felicity, alzando sus cejas cobrizas—. ¿Y si te casas?

La idea de conocer a un hombre, enamorarse y casarse con él, antes del verano, era absurda.

—Eso parece escandalosamente irreal. Pero supongo que si no estoy en Chelton por algún motivo, invitaría a Archie a visitarme donde esté.

Parecía que yo estaba en un conflicto interno.

—Por tu bien, espero que encuentres una buena pareja, pero por mi bien, lamentaré que te vayas.

La sonrisa que apareció en mis labios no fue forzada en lo más mínimo. Felicity se había convertido en una querida amiga mía, durante el mes anterior, y yo valoraba inmensamente su compañía.

—Seguiremos siendo amigas, independientemente de dónde esté.

—¡Bien!

Pasé mi brazo por el de ella y fuimos a la siguiente tienda para examinar la variedad de abanicos pintados, que esperaban nuestro juicio.

—Sabes, con respecto a Archie, tenía un proyecto con el que esperaba que me ayudaras.

Ella me miró con sospecha. Debió hacer algo con mi tono que me delató.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Quiero visitar a su madre.

—Esa no puede ser una buena idea. —Felicity arrancó su brazo del mío.

—No sabremos si es una buena idea o no hasta que sepamos quién es.

—Pero si… —Felicity bajó la voz y se inclinó, observando para asegurarse que nadie que pasara la oyera—. ¿Qué pasa si la mujer es una…? Si no es respetable.

—¿Una amante? Ella claramente lo era…

Felicity miró al cielo como si buscara ayuda desde arriba.

—No creo que sea una buena idea.

—Suenas como Lady Edith.

Felicity se burló y apretó los labios.

—No soy una anciana, pero tengo el suficiente sentido común como para desconfiar de visitar a la antigua amante de tu padre, cuando no tienes noción del tipo de persona que es, o de si serás bien recibida.

—Yo también soy cautelosa. Pero eso no significa que no lo haré. Pedí tu acompañamiento y tu bendición, pero nada de esto es necesario. —Dejé que el desafío quedara suspendido entre nosotros. Mi padre había admirado a esta mujer lo suficiente como para amar a su hijo, y dejarle la mitad de mi herencia, por lo que era lógico que ella no fuera del todo inaceptable.

Felicity respiró hondo y entrecerró los ojos.

—Bueno… Iré contigo, pero solo porque sé que si no lo hago, irás sola, y eso enviaría a mi suegra a la tumba… si se enterara.

Una sonrisa apareció en mis labios.

—Pero —continuó—, seguirás mis términos y serás consciente de tu reputación.

—Por supuesto.

Dejamos atrás los hermosos escaparates para regresar a nuestro carruaje.

—Por favor, recuerda que mientras estás bajo mi cuidado, mi reputación también está en juego.

Hice una pausa y esperé, mientras Felicity subía al carruaje. No había considerado ese punto antes, pero ahora no pude evitar pensar en ello.

—Intentaré no hacer nada que pueda dar una mala imagen de ti.

Ella no parecía del todo convencida, pero sonrió de todos modos.

—Gracias, Thea.

—¿Podemos ir esta tarde?

—Esta noche tenemos el baile de los Hutton. Podemos ir mañana.

—Mañana —repetí. Conocería a la amante de mi padre y finalmente recibiría algunas respuestas.

* * *

Se acercaba el primer baile de la temporada y Hannah había hecho todo lo posible para asegurarse que tuviera un aspecto digno de mi primer evento social en Londres. Ella había rizado mi cabello y lo había arreglado contra una cinta rosada que combinaba perfectamente con mi vestido. Había presenciado muchos bailes y fiestas, asistiendo a muchas asambleas desde que cumplí los diecisiete años, pero me aseguraron, una y otra vez, que los bailes en la ciudad eran diferentes. ¡Eran especiales!

Estaba ansiosa por ver cómo se comparaban con los lujosos bailes que había visto, desde mi habitación, mirando a través de las tablillas de la barandilla, en Suecia. Tenía el presentimiento que estos no serían exactamente iguales.

Hannah puso mis gotas de perlas para los oídos, en mi mano, y me dejó colocármelas en silencio. Eran de mi madre, y con una punzada de dolor, me las puse, y admiré mi reflejo en el espejo. Mis ojos se cerraron para bloquear la imagen de mi cabello recogido y el vestido rosado puesto. Mamá siempre me había amado al verme vestida de rosado, y ella misma habría elegido ese color, si estuviera aquí.

Éramos tan parecidas que me asusté.

Aparté los sentimientos y me limpié la humedad de los ojos. Tenía la intención de aprovechar al máximo mi tiempo en Londres, con o sin un matrimonio por amor al final. Aunque era claramente obvio que no encontraría marido. Giré el anillo de mi madre en mi dedo y alejé los recuerdos de ella, sola, esperando a mi padre, luego se daba por vencida, y encontraba compañía en otra parte. Fue una historia que me negué a repetir. Quería casarme por amor, y hasta que encontrara una manera de eliminar hasta el último resto de Benedict, en mi corazón, no estaría abierta a otro hombre.

Hasta entonces, sin embargo, todavía podría disfrutar del baile.

La casa que Felicity y James habían alquilado para la temporada era cómoda, pero pequeña. Salí de mi habitación con el sonido de otra puerta, cerrándose al final del corto pasillo. Benedict hizo una pausa con la mano en el pomo. Su abrigo negro como la tinta contrastaba claramente con su chaleco de bronce y su corbata de marfil. Golpeó una figura que era a la vez esbelta y poderosa, y me tragué el suspiro de agradecimiento que amenazaba con salir de mis labios.

—Buenas noches —murmuró, ajustándose el puño, mientras cruzaba el pasillo hacia mí. El acto personal de ajustarse la manga era una tarea tan ordinaria, que daba una sensación de intimidad al encontrarlo en el estrecho y oscuro pasillo.

—¿Estás deseando que llegue el baile? Ambos sabemos lo mucho que disfrutas bailar.

—Lo disfrutaré si puedo reclamarte en un set.

Tenía muchas ganas de estar de acuerdo, pero esto era imprudente. Si permitiera que Benedict fuera tan guapo conmigo, que me tocara, nunca dejaría de amarlo. Me aclaré la garganta.

—Creo que mis bailes serán retomados por caballeros elegibles que compiten por la oportunidad de cortejarme. —Le di una sonrisa frívola para igualar mis palabras jocosas, esperando que sonaran más juguetonas que cortantes.

—Eso es precisamente lo que temo. —Su tono serio hizo que se me revolviera el estómago.

Dupliqué las defensas alrededor de mi corazón y suavicé mi voz:

—No vamos a estar juntos, Benedict. Debes aceptar eso.

—No tengo que aceptar nada con lo que no estoy de acuerdo. Te dije que te demostraría mi valía y tengo la intención de hacerlo.

¡Qué injusto! No fue como si lo hubiera alejado por despecho. Hacía solo unos días había visto a la señora Rossi colgarse de su brazo posesivamente, y él no había hecho nada para indicar que su atención no era bienvenida. Ni James, ni Henry actuaban de esa manera con las mujeres, por lo que Benedict no debería creer que su falta de límites era aceptable.

Si Benedict estaba probándose a sí mismo, entonces solo estaba demostrando que mis temores eran válidos.

—Mientras tanto, bailaré con amables caballeros que no reutilizan sus elogios para cada mujer que tienen en sus brazos. —Levanté la barbilla.

—Harás que todos se enamoren de ti también —dijo en voz baja y grave—. Lo cual es un tipo especial de tortura, cuando ninguno de ellos podrá tenerte.

—Nadie se enamorará de mí esta noche, Benedict.

Dio un paso adelante, con los ojos oscuros y brillantes.

—Un hombre ya lo ha hecho.

Me quedé sin aliento y me apresuré a tapar el sonido, mientras mi pulso latía furiosamente.

—No deberías decir esas cosas.

—¿De qué otra manera voy a luchar por ti?

—Es una batalla infructuosa. No sé cuántas veces debo decirlo.

—¿Porque soy exactamente como tu padre?

—Sí. —*"Peor aún, yo soy exactamente igual a mi madre"*—. No seríamos buenos el uno para la otra.

—Pero deseas un matrimonio por amor.

—Y tendré uno.

Apretó la mandíbula y el músculo saltó.

—Podrías, Thea. Tú eres la única razón por la que no anunciamos nuestras buenas noticias y no nos regocijamos, ante la posibilidad de un futuro feliz. ¡Quiero ser tu esposo! ¡Quiero besarte! ¡Quiero tomar tu mano debajo de la mesa, exactamente como lo hacen James y Felicity, cuando creen que nadie los está mirando! ¿Por qué no me dejas amarte?

Su súplica no carecía de fuerza. Se filtró a través de mis extremidades, sacudiéndome hasta los huesos. Un destello de duda sacudió mis muros de protección perfectamente construidos.

Benedict pareció sentir mi menguante compromiso con mis objetivos. Dio un paso más y extendió la mano tentativamente para arrastrar sus dedos ligeramente sobre mi pómulo y trazar mi mandíbula. Envió escalofríos por mi cuello y mi pecho se agitó, mientras intentaba recuperar la respiración. Olía tan bien, tan familiar, y quería inhalar profundamente para recordar siempre ese aroma.

—No soy tu padre, Thea. Soy diferente y te lo demostraré. —Tomó mi mano, la giró para revelar mi muñeca desnuda y depositó un beso en la tierna piel allí.

Mi cuerpo se sonrojó de calor. ¡Quería esa sensación para siempre! Y la sensación de sus labios hizo que mis pensamientos nadaran. Retazos de recuerdos pasaron por mi cabeza sobre Benedict con la señorita Dodwell, él sonriendo a sus compañeras de baile, y la mujer de la ópera colgando de su brazo. Sacudí la cabeza y di un paso atrás. Liberé mi mano y de inmediato sentí su ausencia.

"¿No se da cuenta de lo difícil que esto es para mí también?"

Mi voz sonó estrangulada cuando hablé:

—Incluso si no eres como mi padre, pasaría el resto de mi vida, preguntándome si te convertirías en él. No puedo vivir una vida tan llena de angustia y miedo. ¡No lo haré! Sería mejor casarme con un hombre al que no amo, que casarme contigo y preocuparme de perderte.

—¡Eso es una tontería! ¿No puedes ver eso? Tu razonamiento no es sólido. Es ridículo.

—¿Y pretendes hacerme cambiar de opinión?

Dio un paso atrás.

—Bien. Dejaré de intentar hacerte cambiar de opinión, Thea. La tuya es claramente inventada, y no hay nada que pueda hacer para modificarla. ¡Así que vete esta noche y búscate un hombre! De hecho, también podrías apostar por un lord, porque sé que Keene o Hampton se enamorarían de ti en un instante.

—Tal vez encuentre a un lord. Entonces, al menos… ¡Afrontaré mi matrimonio con plenas expectativas! —espeté, enfrentando su ira con igual exasperación.

—Eso es sabio. No puedes decepcionarte si no te permites tener esperanzas, ¿cierto? ¿Es ese la tonta mantra que eliges seguir para vivir?

Mis respiraciones eran agitadas y violentas. Quería alejar a Benedict y atraerlo hacia mí y disculparme sinceramente por haber sido tan imprudente, pero había cavado este terrible hoyo, y ahora me veía obligada a permanecer allí. Me alejé de él y bajé las escaleras, con cuidado de respirar larga y lentamente, y calmarme antes de enfrentarme a Felicity.

Dominaría estos sentimientos

Dominaría mis emociones.

Y esta noche, para demostrarle a Benedict lo poco que esto me había afectado, iba a bailar con un lord.

Capítulo 30

Benedict

Normalmente era imposible permanecer enojado con Thea, pero esta noche yo estaba haciendo un trabajo espectacular. Su terca obstinación iba a ser mi muerte, y me preguntaba por qué amaba tanto a una mujer que me llevaba a tal distracción.

Bueno, ella era tremendamente independiente, para empezar, y yo admiraba mucho su capacidad para trabajar duro por las cosas que le importaban profundamente. No muchas mujeres que conozco estarían dispuestas a vivir en la cocina de una gran casa y lavar platos simplemente para poder trazar su propio camino. También estaba la forma en que se burlaba de mí, que era tremendamente entretenida, cuando no la ponía bajo mi piel. O la manera en que llevaba consigo una energía tan apasionada que era imposible no sonreír en su compañía, incluso en medio de las burlas.

Pero esta noche no podía quitar de mi mente su rostro decidido, cuando anunció que nunca estaríamos juntos. *"¿Idiotez o esperanza lo que me permitió persistir en intentar ganármela? ¡La amo! Ella incluso admitió que también me amaba. ¡No estar juntos es una completa tontería!"*

Entré al pequeño estudio en el piso inferior de nuestra casa alquilada y encontré a Henry allí. Anhelaba su compañía constante y su estabilidad tranquilizadora. Quizás podría convencerlo para que saliera conmigo y ahogara mis frustraciones en puñetazos. Me dejé caer en la silla a su lado, y apoyé la cabeza contra la parte superior del cojín acolchado.

Esperó un minuto, antes de hablar.

—¿No vas a ir al baile?

Tenía los ojos cerrados y los mantuve así.

—No. Thea no quiere admitir que me ama, entonces, ¿cuál es el punto? Solo vine a Londres por ella.

—Te dije que ella no esperaría para siempre.

Lo miré.

—Cuánta sabiduría demostraste, sabiendo cómo me sentía antes de estar dispuesto a admitirlo yo mismo.

—Bueno, era dolorosamente obvio —murmuró Henry—. Lo que es menos evidente es por qué estás huyendo de ella ahora.

—Le pedí que me reservara un baile esta noche y ella me rechazó. Está siendo terca y no puedo hacerla entrar en razón. —Aunque entendía la validez de sus miedos. De hecho, después de hablar con James y Felicity sobre la señora Rossi, pude ver cómo Thea había llegado a esas conclusiones. Pero si ella nunca me permitía demostrar mi valía, ¿cómo iba a hacerla cambiar de opinión?

—¿Entonces la dejarás bailando con todos los demás caballeros sin siquiera pelear?

Parpadeé hacia mi hermano.

—He estado peleando. Parece que eso es todo lo que he hecho durante las últimas semanas. Pero ella quiere que yo acepte tranquilamente que no somos buenos el uno para la otra.

Henry se quedó pensativo por un momento, antes de hablar.

—¿La has dejado ganar?

—Sí. Constantemente. Ella recibe todo lo que quiere de mí.

—No todo, no si todavía estás tratando de convencerla que se case contigo.

Lo miré fijamente.

—Déjala ganar esto —dijo Henry—. Acepta dejar de molestarla. Dale espacio para que ella crea que estás dando un paso atrás, como te pidió que lo hicieras.

—¿Y dejar que los otros hombres se la queden?

—No. No tiene nada que ver con los otros hombres. Le demuestra que respetas lo suficiente lo que ella quiere como para darle lo que te pide. Te brinda la oportunidad de demostrar tu valía.

Sus palabras resonaron en mí y me senté.

—Eres un hombre brillante.

Una y otra vez había jurado demostrarle a Thea que era diferente, que valía la pena arriesgarme. Le había rogado por la oportunidad de demostrar mi valía. Pero no le di lo único que había pedido, lo que demostraría cuánto valoraba sus opiniones y juicio.

Henry se rió entre dientes.

—Yo no llegaría tan lejos. Simplemente estaba señalando lo obvio.

Me levanté y le revolví el pelo rizado.

—Gracias, gallina.

Henry se pasó los dedos por el pelo para corregirlo, y yo crucé la habitación rápidamente, esperando no haberme perdido el carruaje. Me detuve en la puerta del estudio y miré hacia atrás.

—¿Estás seguro que no deseas venir?

—Sí. Extremadamente seguro. —Levantó su libro.

—Haz lo que quieras.

Llegué a la puerta, mientras el resto del grupo estaba afuera y tomé mi sombrero de la mesa donde lo había dejado antes de ponérmelo en la cabeza. Felicity pareció sorprendida de verme.

—Pensé que habías elegido no venir.

—Cambié de opinión.

Thea frunció el ceño y yo le sonreí benignamente.

—Tú ganas —dije en voz baja, mientras caminábamos hacia el carruaje que esperaba—. Te dejaré en paz.

Ella parecía inquieta, pero asintió.

—Gracias.

Nos dirigimos al baile en silencio y subimos las escaleras que conducían a la casa alta y brillantemente iluminada. El señor y la señora Hutton estaban en la puerta de su salón de baile, dando la bienvenida a sus invitados, y yo controlé mi expresión para que adoptara un interés general. Los Hutton habían sido buenos amigos de mis padres y los padrinos de James, por lo que los conocía la mayor parte de mi vida.

James se inclinó para hablar en voz baja con Felicity, mientras esperábamos en la fila para saludar a nuestros anfitriones. Hice lo mejor que pude para dejar espacio entre Thea y yo para no tocarla sin darme cuenta. Su familiar aroma floral picante flotaba hacia mí, y apreté los dientes para evitar inhalar profundamente.

—Buenas noches, James, señora Bradwell —dijo la señora Hutton, haciendo una cortés reverencia.

Felicity realizó las presentaciones. Les presté poca atención más allá de sonreír e inclinarme, cuando mencionaron mi nombre. Mi atención fue atraída hacia la multitud ya reunida en el salón de baile. Iba a ser un flechazo, y a Thea no le iban a faltar compañeros.

Tiré de mis manguitos nuevamente, ansioso por seguir adelante. Después de ver la gran cantidad de caballeros que podrían enamorarse de Thea, en un instante, me arrepentí de haber

venido esta noche. Pero no podía mostrarle a Thea que respetaría sus deseos, a menos que estuviera aquí, y no la molestara para que bailara conmigo.

Nuestro grupo entró en el salón de baile y encontró un lugar para pararse junto a la pared del fondo.

Thea se plantó junto a Felicity y me esforcé por escuchar lo que decía.

—Sé que no bailarás —dijo Thea—. Pero tienes la intención de presentarme, ¿cierto?

—Te ayudaré en todo lo que pueda, Thea, como prometí. —Ella se hundió un poco aliviada.

—Primero me gustaría conocer a Lord Keene y luego a Lord Hampton, si es posible.

Me mordí la mejilla para no maldecir. *"¿Está la mujer decidida a torturarme? Ella solo sabe sus nombres porque yo los mencioné en un ataque de furia"*.

Felicity parecía apropiadamente confundida.

—¿Quiénes son esas personas? ¿Cómo sabes sus nombres?

Ella se encogió de hombros un poco, lucía sin refinar y evitó mi mirada.

—Tengo mis métodos.

—¡Oh, cielos! Thea. Quería ayudarte a hacer una pareja, pero, prométeme que serás prudente. Después de lo que pasó el año pasado...

Thea miró de Felicity a James.

—Eso funcionó para tu beneficio, ¿no?

"¡Cielos! Ella está actuando ridículamente esta noche".

—Sí, pero tuve suerte que me encontraran con James y no con un canalla. También podría haber sido mi ruina —dijo Felicity.

Thea se rió un poco. El sonido fue hueco.

—Tengo la intención de permanecer irreprochable en todo mi comportamiento, Felicity. Lo prometo. Quiero conseguir a un buen marido.

Mi estómago se apretó de nuevo.

—Es bastante imposible prometer algo así, ¿no es así, señorita Northcott? —dije secamente.

Thea parpadeó inocentemente hacia mí.

—¿Quieres decir que no crees que yo sea capaz de comportarme bien, señor Bradwell? ¡Qué impactante de tu parte! Pensé que éramos amigos.

La palabra era amarga y no estaba seguro de cuánto más podría soportar. Algo entre una risa y una carcajada salió de mi garganta, y miré alrededor de la habitación en busca de una mesa para tomar refrigerios.

—¿Hay algo de beber aquí?

Esto fue mucho más difícil de lo que pensé que sería.

Felicity agarró mi manga con una mano y la de Thea con la otra, mirándonos implorantemente.

—Hagan lo que hagan, prométanme que ambos permanecerán en el salón de baile, toda la noche, hasta que llegue la hora de irse. ¡Deben prometerlo!

Yo prometí. Amaba a mi cuñada y no haría nada para lastimarla si pudiera evitarlo.

—Gracias —dijo.

Una mujer con un turbante violeta y una larga pluma blanca se acercó y habló con Felicity, y yo di un paso atrás, apoyándome contra la pared y esperando a que la matrona se fuera.

—Deberíamos encontrar algunos caballeros para presentarte —le dijo Felicity a Thea—. James sabrá quién es el mejor.

—Lord Keene o Lord Hampton estarán bien —insistió Thea, esta vez lanzando una mirada en mi dirección.

Luché por reprimir mi frustración. *"¿Está tratando de incitarme? Ella ni siquiera los conoce. Podrían ser septuagenarios o faltarles la mitad de los dientes, y ella no se daría cuenta. Fui un tonto por darle cualquier nombre"*.

—Ninguno de esos hombres se adaptará mucho a nuestros propósitos aquí.

—¿Porque no soy digna de un título? —espetó Thea, claramente aún aturdida por nuestro encuentro anterior.

—Porque ninguno de los dos está buscando una esposa —dije. Ambos eran libertinos, y lo máximo que querrían de Thea sería escabullirse con ella a la biblioteca. Algo que le había prometido a Felicity que no haría.

Thea miró al techo, como si eso le otorgara serenidad y paciencia.

—Quizás yo podría ser la mujer que les hiciera cambiar de opinión.

—Ese es un objetivo muy alto.

—Pero, no es imposible.

—¿Detecto la posibilidad que ahora hayas tomado mi advertencia como una especie de desafío? —Mordí entre los dientes casi apretados.

—No me parece un gran desafío.

—¡Cielos! —dijo Felicity, con los ojos muy abiertos disparando entre nosotros—. ¿Debo verme obligada a separarlos como a escolares descarriados?

¡Oh! ¿Qué estaba haciendo? Ciertamente, todo lo contrario de lo que Henry me había aconsejado. Sacudí la cabeza y un rizo solitario cayó sobre mi frente. Pasé una mano por mi cabello para devolverlo a su lugar, y fijé mi mirada en mi cuñada. Estos eventos sociales me resultaban extremadamente difíciles de manejar, y ciertamente estaba empeorando la situación. Sería mejor si dejara espacio entre Thea y yo.

—Perdóname, Felicity. Me he dejado llevar. Me retiraré para evitar más interrupciones en tu velada.

—¿Vas a dejar el baile? —preguntó ella.

—No. He visto a un amigo de la vieja escuela y lo saludaré, antes que Thea pueda prender fuego a mi corbata con su mirada malvada.

Thea levantó la barbilla.

Estaba disgustado, evité mirar a Thea, lamentando mis últimas palabras, cuando salieron de mi boca. Di la vuelta y me alejé de ellos. Deje que Thea buscara a sus pícaros lores y bailara con todos los hombres presentes. No la volvería a molestar.

* * *

El resto del baile fue una forma de tortura aguda. Thea bailó casi todos los números, después que me fui de su lado, y pasé la noche haciendo exactamente lo mismo, aunque rápidamente descubrí que era una pareja algo desagradable. Ninguno de los intentos de mis compañeras de baile de ponerme de buen humor fue recompensado con algo más que una suave sonrisa, y acompañé a más de una debutante decepcionada de regreso con su madre que la esperaba.

Ahora que se habían levantado las cortinas de mi ignorancia y me habían dado a conocer mi coqueteo excesivo, estaba claro que yo era, de hecho, la mitad del problema. Esta noche me había alejado de varias mujeres que permanecían en mi brazo, obligándolas a soltar sus agarres. No pronuncié ni un solo cumplido que no sintiera con toda mi alma, y las mujeres parecieron entender el mensaje que intentaba transmitir. Mi comportamiento rayaba la cortesía, permaneciendo firmemente en el ámbito de lo amistoso, pero desinteresado. ¡Esto no fue difícil

de hacer! La única mujer en el salón que tenía mi interés era Thea.

Por otro lado, Thea fue un éxito rotundo, tal como se esperaba. Giraba de un hombre a otro (me alegró notar que nunca estuvo en los brazos de Keene o Hampton), e iluminaba radiantemente el salón de baile, dondequiera que iba.

Me había convencido a mí mismo de no salir del salón, en más de una ocasión, porque no podía demostrar que honraría los deseos de Thea, si no estaba allí, ¿cierto?

Su risa flotó sobre el grupo que actualmente se encontraba entre nosotros, y se alojó en mi corazón. Ella era un faro y yo lucía como un barco descarriado. Solo quería deslizarme hacia ella. Me acerqué a la mesa de refrigerios para poder ver con quién estaba hablando, levanté un vaso de algo de color extraño, y lo bebí sin importarle su sabor.

Thea estaba parada entre dos caballeros, mostrando su deslumbrante sonrisa para ambos, mientras Felicity y James esperaban cerca. Levantó la vista y me encontró mirándola, su sonrisa vaciló momentáneamente. Levanté ligeramente mi copa en un pequeño saludo, e incliné un poco la cabeza, pero ella recibió mi mensaje. Su boca era plana, sus ojos estaban pegados a mí y me preguntaba… no, esperaba que estuviera cambiando su firme opinión sobre el estado de nuestra relación.

Volteó hacia Felicity y dijo algo, y lo siguiente que supe fue que ambas mujeres se estaban alejando de los caballeros, y acercándose a la mesa de refrigerios.

Felicity me miró y sonrió.

—Has estado ocupado esta noche, Ben. No creo haberte visto quedarte fuera ni un solo baile.

—Deja a un lado tus ideas de emparejamiento, por favor —dije con gran aburrimiento—. No tengo planes para ninguna de estas jóvenes.

—¿Ninguna de ellas? —Thea preguntó con los ojos muy abiertos, como los de una muñeca —. ¿Ni una sola mujer en este salón despierta tu interés?

Sostuve su mirada.

—No deseo a una mujer que no me desee a mí en igual medida, por eso en este momento tendría que decir que no.

Ella se quedó quieta, pero yo había terminado con estos juegos. Me dolía ver a Thea actuar con tan poca consideración por mi corazón y estaba cansado del deporte. Un hombre solo podía luchar o intentarlo durante un tiempo determinado, antes que se le acabaran las ganas de sufrir más dolor. Levanté la mirada hacia mi cuñada.

—Creo que alquilaré un particular a casa. Ya terminé por la noche.

—No es de extrañar. Ya has bailado mucho —dijo sonriendo.

Le di una débil sonrisa en respuesta, luego miré a Thea.

—Espero que disfrute esta noche, señorita Northcott.

Dicho esto, di la vuelta y salí del salón sin mirar atrás.

Capítulo 31

Thea

Lo había hecho ahora. Realmente había arruinado cualquier posibilidad de felicidad que Benedict y yo hubiéramos tenido juntos, pero ni siquiera podía permitirme lamentar una relación, la cual no había permitido que comenzara. Sus esfuerzos de la noche anterior por tratar a las mujeres con cortesía, pero sin excesiva atención no habían pasado desapercibidos. Él me había escuchado, pero yo había tratado de contener el encanto que normalmente brotaba de él.

Pasé la mañana deambulando por la casa, esperando a que Benedict se despertara para poder disculparme por mi mala educación de la noche anterior, pero él nunca llegó. Después que todos los miembros de la casa estuvieron despiertos durante horas, finalmente, me cansé de esperar, alejándome de la ventana del salón.

—¿Benedict ya salió esta mañana?

Henry dejó su libro y miró a James.

James miró de Felicity a mí.

—Él ya… Fue a buscar alojamiento.

—¿Alojamiento? —pregunté, incapaz de estar segura de haberlo entendido correctamente.

—Sí. —James se aclaró la garganta—. Sintió que sería mejor si se quedara en la habitación de soltero que normalmente alquilamos, cuando venimos a la ciudad.

Nadie más pronunció las palabras que permanecían sobre nosotros como una opresiva nube de lluvia, que yo era la razón de su repentina partida. Miré a Henry.

—¿No deseabas hacer lo mismo?

—Me siento cómodo aquí —dijo simplemente.

Entonces me echaron a los pies la implicación que Benedict no se sentía cómodo aquí. Aunque estaba segura que Henry no lo decía de esa manera, era la verdad de todos modos.

Me senté en el asiento acolchado de la ventana y me apoyé contra la pared para mirar la calle vacía de abajo. Esto era lo que quería, ¿no? Que aceptara que no éramos una buena pareja y que nuestro futuro estaba escrito en las estrellas. Bastaba ver la infelicidad de mis padres y lo mucho que nos parecíamos a ellos para desanimarnos, ante la idea que Benedict y yo estuviéramos juntos. Pero ahora que se había ido, mi corazón lo extrañaba, mis ojos dolían por verlo, y mis dedos estaban desesperados por estar en su brazo.

Todo mi ser quería estar cerca de él y odiaba ser la razón por la que se había ido.

Felicity se puso de pie y se secó las manos en el vestido.

—¿Estás lista, Thea? También podemos seguir adelante.

James nos miró con resignación y no tenía ninguna duda que su esposa le había informado de nuestros planes.

—¿Estás seguro que no deseas una escolta? Permaneceré en el carruaje, si la casa parece respetable.

—La dirección está ubicada en un vecindario respetable —dijo Felicity, como si le recordara algo que ella ya había dicho en numerosas ocasiones—. Anoche le pregunté a mi madre sobre las casas de esa calle, y me aseguró que son perfectamente aceptables. No tengo ninguna duda que estaremos a salvo.

James parecía como si quisiera discutir, pero creo que debía saber lo que Felicity supuso: tendría que hacer esto por mi cuenta, sin audiencia. Me levanté y le di un gesto decidido.

—Estoy lista.

* * *

La calle estaba tranquila y limpia, y nuestro carruaje se detuvo ante una casa azul con vegetación colgando sobre la terraza. Era una casa tan acogedora y cómoda que no pude evitar sorprenderme un poco. No es que pensara que una amante vivía en una casa oscura con gárgolas francesas protegiendo las ventanas, pero sí podría haber esperado algo un poco menos agradable.

—¿Qué haremos si el abogado anotó la calle equivocada y esta no es la mujer que buscamos? —pregunté.

—Entonces, nos disculpamos por nuestro error y vamos a Gunter's por un hielo.

Sonreí.

—Me gusta tu plan. Quizás deberíamos obtener ese hielo independientemente del resultado de hoy. —Miré hacia la puerta y suspiré—. Creo que lo necesitaré.

Felicity no dijo nada más, pero se quedó a mi lado y esperó a que estuviera lista para tocar la puerta. Esta fue una presentación necesaria, porque si quería que Archie fuera un niño, en mi vida, al menos necesitaba que me presentaran a su madre. Si ella era una madre decente y respetable (y según Archie, era una muy buena mamá), entonces no le permitiría pasar el verano con una desconocida, independientemente que compartiéramos el mismo padre.

Pero también estaba la ridícula necesidad en lo profundo de mi corazón de respuestas que solo ella podía darme.

Enrosqué mis dedos enguantados alrededor de la aldaba de hierro, y la golpeé tres veces, luego di un paso atrás y esperé, conteniendo la respiración y presionando distraídamente un dedo contra el anillo de mi madre.

Una criada apareció en la puerta, bien vestida, aunque sencilla.

—¿Puedo ayudarles?

—Hemos venido a visitar a la señora Danvers, si está en casa.

Felicity le tendió su tarjeta y se la entregó a la sirvienta, quien la tomó con curiosidad y luego cerró la puerta.

—Me tomé la libertad de escribir tu nombre en mi tarjeta también, antes de irnos —dijo Felicity en voz baja—. Pensé que podríamos necesitarlo.

Solo tuvimos que esperar unos minutos, antes que la criada regresara y nos dejara entrar, luego cruzamos por un pasillo hacia una habitación bien iluminada. Una mujer estaba junto a la ventana con un proyecto de bordado tirado en el sofá, y dio la vuelta, cuando entramos.

Era mayor de lo que esperaba para una madre de alguien tan joven. Su cabello oscuro era muy parecido a mi color, pero salpicado de mechones plateados, y su rostro, aunque hermoso, estaba marcado por la edad. Ella me miró fijamente durante un minuto en silencio. Esta mujer ahora tenía control sobre la mitad de mi herencia. No me había enojado con Archie, después de conocerlo, porque entendía el deseo de mi padre de mantener a sus dos hijos. Sin embargo, esta mujer era una extraña y su participación en la situación me molestaba.

—Nunca creí que tendríamos motivos para encontrarnos —dijo, con voz sedosa y más baja de lo que esperaba—. Pero cuando recibimos la noticia de la herencia, tuve esperanzas.

Me acerqué a ella y la encontré en la ventana, mientras Felicity estaba cerca de la puerta. Parecía que ninguna de nosotras quería sentarse, pues eso implicaba el deseo de quedarse.

—No deseaba conocerte —dije sin rodeos—. Pero Archie me hizo cambiar de opinión.

Su rostro se suavizó con el afecto de una madre.

—¿Has ido a verlo, entonces? ¿Cómo está mi chico?

—Bien… Prosperando en su escuela. —Mis palabras eran tan entrecortadas y tensas como mi respiración—. Pero, me preguntaba por qué elegiste una escuela en Bath para él…

—Mi hermano es el director.

—¡Oh! —Archie no me había dicho eso.

—Entonces, sé que lo vigilan. También pensé en vivir en Bath, pero Londres es mi hogar. —Ella sonrió.

—Parece que usted está bien asentada… Esperaba que también le concedieras permiso para visitarme en ocasiones. Quizás en verano.

Ella vaciló, miró a Felicity y luego se dirigió a mí:

—Quizás sea mejor, si se sientan.

Obedecimos y nos sentamos en el sofá frente a su silla.

Los nervios hicieron que sus dedos revolotearan ansiosamente por el borde del cojín del sofá.

—Archie es todo lo que tengo, ¡ya ves! Así que soy bastante protectora con él.

—Eso es comprensible, señora Danvers. Pero, seguramente el señor Danvers...

—No existe —dijo en voz baja con las manos inmóviles sobre su regazo.

No esperaba eso.

—Pero… el nombre de Archie.

—Sí, bueno, no podría darle el nombre de su padre. —Se miró las uñas y luego volvió a mirarme a mí—. El señor Danvers se creó hace años cuando yo luchaba por encontrar una manera de mantener a raya a otros hombres, de explicar por qué no estaba disponible. Conocí a tu padre cuando trabajaba para un prestigioso club de faro, y casi me enamoré de inmediato, pero no pudo casarse conmigo, debido a mi posición.

—Y por mi madre —dije.

Ella me dio una suave sonrisa.

—Aún no conocía a tu madre.

El viento salió de mis pulmones y apreté los puños sobre mi regazo. Si quería dar a entender que mi padre había estado con ella primero… que había mantenido una relación con ella durante décadas, y ni siquiera había tenido un hijo hasta hace nueve años… Tragué fuerte y sacudí la cabeza.

—Eso no puede ser cierto. ¡Mi padre amaba a mi madre! No lo haría… Él no le sería infiel al comienzo de su matrimonio.

—Por supuesto que amaba a tu madre —dijo amablemente la señora Danvers—. Era un hombre de corazón pleno y amaba a muchas mujeres.

“¡Dos mujeres! Si está en lo cierto. Pero, por supuesto, también estaban las demás. Las mujeres con las que se escabullía después de bailes y fiestas. Al parecer, no solo le fue sido infiel a mi madre… Pero la señora Danvers parecía perfectamente consciente de ello, a juzgar por su respuesta. ¡Mi padre amaba a muchas mujeres!”

La repulsión hizo que mi garganta se espesara, haciéndome difícil tragar.

—¿Cuánto tiempo fue…? —No pude terminar mi pregunta, pero afortunadamente ella pareció entenderme.

—Nunca dejé de amar a tu padre y, a pesar de sus frecuentes responsabilidades en el extranjero, él nunca dejó de amarme. Proporcionó lo suficiente para sacarme del club de faro, e instalarme en un pequeño apartamento en Cheapside.

Ese fue un gran gasto que mi padre no tenía por qué haber incurrido. Seguramente, vivir en el continente eliminaba esa necesidad, a menos que ayudar a la señora Danvers fuera algo que

hubiera deseado hacer por su propia voluntad.

—Cuando supe que Archie era solo un niño, supuse que tu relación era de corta duración.

Ella inclinó un poco la cabeza con una niebla presente en su mirada.

—Hubo otros bebés antes, pero los perdí. Archie fue el primero en nacer sano y fuerte, y lo aprecio con todo lo que soy.

Por la forma en que hablaba de su hijo era evidente que era una madre cariñosa y un alma bondadosa. Deseaba que ella me agradara, y pensé que en cualquier otra capacidad me gustaría, pero dada su relación con mi familia, no sabía si alguna vez podría encontrarme en una situación agradable con esta mujer.

Aunque no necesitaba una relación con ella. Solo deseaba tener una con su hijo.

—Entonces, ¿permitirás que Archie venga a verme? Quizás durante unas semanas en verano. Él es la única familia que tengo y me gustaría conocerlo mejor.

Ella dudó solo por un momento.

—A tu padre le hubiera gustado esto.

La ira voló a través de mí, pero la moderé, respirando tranquilamente. Mi impulso de defender el honor de mi madre era fuerte y también el de rechazar cualquier cosa que la hubiera lastimado, pero ella no fue más fiel que mi padre, así que mis defensas cayeron como arena en mi lengua.

Mi madre también había ocultado el testamento que le habría proporcionado a Archie su herencia, hace seis años, por lo que ciertamente no era necesario que se hablara de ella en esta casa.

—¿Puedo preguntar qué has hecho desde la muerte de mi padre? Si él te proveyó, entonces…

—Hicimos lo que teníamos que hacer. Nunca hemos tenido demasiada hambre, si ese es tu temor. Mi hermano aceptó a Archie como estudiante becado, antes que pudiéramos permitirnos pagar. —La señora Danvers se encogió de hombros.

La imagen de Archie, delgado y hambriento, me había perseguido momentáneamente, aunque pude tranquilizarme.

Me levanté, habiendo llegado a mi límite por el momento. Todavía me estaba recuperando de la revelación que la señora Danvers había estado con mi padre más tiempo del que él conocía a mi madre. Si ese fuera el caso, entonces me había equivocado mucho… pero no, no podría recorrer ese camino en este momento.

Felicity se levantó a mi lado, brindándome apoyo en silencio.

—¿Puedo preguntar qué pasó con su ficticio señor Danvers? —dije, viendo a la señora Danvers levantarse.

—Estuvo mucho tiempo en la marina, lo que me dio la excusa para vivir sola, o hacer viajes largos sin generar preguntas entre mis vecinos. Pero luego, hace seis años, murió, dejándonos a Archie y a mí sin nada.

Asentí, entendiendo. Para ella, su padre había sido el señor Danvers. Él le había proporcionado las historias que ella le contó a sus amigos y vecinos, y probablemente también las cartas que recibió. Como el nombre de mi padre era Charles Daniel Northcott, no fue un gran esfuerzo de imaginación discernir de dónde venía el nombre de Danvers. Similar, pero sutilmente.

Caminamos hasta la puerta y nos despedimos, antes que Felicity me llevara al carruaje.

—¿Estarás bien?

—Ciertamente —dije con más confianza de la que sentía—. Ella no parece ser una mujer

terrible.

—No, no es terrible —suspiró Felicity, mientras el carruaje avanzaba—. Parecía una mujer profundamente enamorada.

—Tuve la misma impresión.

Era una mujer tan profundamente enamorada que vivió una vida sola con momentos de atención, la verdadera vida de una viuda, mucho antes que muriera el hombre a quien amaba. Pero él debió haber cuidado de ella, en la misma medida, al mantener la relación durante tanto tiempo y dividir su herencia entre su hijo y yo. Él la había cuidado mucho antes de amar a mi madre, y esta nueva información derribó todas mis paredes cuidadosamente erigidas y las convirtió en polvo.

Mi temor que Benedict fuera como mi padre, que cambiara lentamente con el tiempo, era infundado. Mi padre ni siquiera había hecho eso. Para empezar, él nunca fue honorable.

La verdad me sacudió y todas las defensas que había construido contra la solicitud de Benedict ahora eran inválidas.

—Mi padre nunca fue fiel a mi madre. No fue en absoluto como lo había imaginado, que su disposición a coquetear con otras mujeres se había distorsionado lentamente hasta convertirse en un adúltero. —Incliné la cabeza y dejé caer la cara entre mis manos—. ¡Oh! Las cosas de las que he acusado a Benedict. He sido una tonta.

Felicity permaneció en silencio y levanté la cabeza para mirarla a los ojos. Negué con la cabeza.

—¡Tan tonta! Estoy segura que he perdido a Benedict para siempre.

Si mi sincera confesión la sorprendió, ella lo ocultó bien.

—No lo has perdido.

—¡No puedes saber eso! ¡Fui horrible con él! Ha tratado de convencerme que estaríamos bien juntos, que vale la pena luchar por nuestro amor, y lo alejé, una y otra vez, porque temía terminar como mi madre. ¡Es muy parecido a mi padre! Ya ves… Son casi la misma persona. Y yo soy mi madre tanto en apariencia como en temperamento. Pero ahora… ahora veo que no sabía nada de la relación de mis padres —gemí fuertemente—. He desperdiciado mi oportunidad de ser feliz con él y nunca seré perdonada. ¡No merezco ser perdonada!

Felicity se rió, llamando mi atención.

—Por mucho que encuentres un poco divertido tu dramatismo, debes dejar de hacerlo. Seguramente, tú te darás cuenta que si el corazón de Benedict estaba tan completamente comprometido contigo, antes de lo que ocurrió entre ustedes dos anoche, entonces no será tan fácil de cambiar.

—No, no fácilmente. Pero si le he roto el corazón, tampoco será fácil de reparar. He sido una...

—¿Una tonta? Sí, tú lo dijiste. Ahora, en lugar de llorar por ello, debemos pensar en la situación de manera lógica.

—¿Me ayudarás?

—Por supuesto. —Felicity mostró una fuerza silenciosa que admiré, mientras que yo no sabía estar callada en nada de lo que hacía—. Comenzaremos por elaborar un plan.

Capítulo 32

Benedict

Por más difícil que haya sido mantenerse alejado de Thea, también ha sido una necesidad. Muy fácilmente podría haberme ido de Londres, pero me estaba ocupando de encontrar un agente inmobiliario o un mayordomo, que pudiera estar dispuesto a venir a trabajar para mí en Cumberland. Todavía no había comprado una de las casas, pero había recibido cartas de los dos abogados con los que había consultado, y ahora todo lo que me quedaba era tomar una decisión sobre mi futuro.

Pero, ¿cómo podría tomar esas decisiones sobre mi futuro cuando la persona con la que quería compartirlo era obstinada y testaruda, y bailaba con ridículos petimetres para meterse bajo mi piel?

Lamenté profundamente la forma en que dejé las cosas con Thea la semana pasada. Desde esos días del baile de los Hutton, yo la había pasado miserablemente, entrevistando a posibles candidatos y sentándome en la habitación húmeda, que estaba dejando en St. James Street. Sin embargo, con gran determinación me mantuve alejado de la casa de mi familia. No estaba preparado para verla todavía. Esperaba que el tiempo hiciera más fácil enfrentarme a Thea, la próxima vez.

Me encontré con James y Henry en la acera frente a mis habitaciones, y nos pusimos en camino por St. James Street. Los hombres pasaban junto a nosotros, blandiendo bastones y saludando con sus sombreros de camino a sus clubes.

—Podemos ir a Brooks —sugirió James—. Podría invitarlos a ambos a cenar.

—Hoy preferiría una caminata rápida —dije, disfrutando del sol, a pesar del frío—. Ahora deja de hacerme esperar y dime…

—Benedict Bradwell —llamó una voz profunda y empalagosa detrás de nosotros. Me volví y encontré a Keller acercándose a nosotros por detrás, y el amigo de Thea, Peter Seymour, estaba a su lado. Su boca se curvó en una sonrisa de zorro—. Me preguntaba si eras tú.

Di la vuelta e incliné cortésmente la cabeza hacia ambos.

—¿Conoces a mis hermanos? James y Henry Bradwell.

El señor Seymour asintió.

—Nos conocimos ayer. Es bueno verlos a ambos de nuevo.

—¿Ayer? —Miré a James.

—Cuando el señor Seymour visitó a Thea —asintió.

Mi pecho se apretó cuando la repentina envidia me atravesó. Sabía que Thea habría tenido pretendientes llamando a su puerta, toda la semana, pero escucharlo no me sentó bien en el estómago. El señor Seymour no la merecía. No conocía al hombre, pero podía sentirlo. Y él la besó hace años atrás.

Tuve que apretar los puños discretamente, detrás de mi espalda, para eliminar algo de la ira y los celos que ahora me invadían.

—Recientemente, nos enteramos de la apertura de un nuevo club de faro en King Street —dijo Keller—. Si tienes algún interés, puedo conseguirte una invitación.

—No. —Por supuesto, no estaba interesado en perder mi herencia, antes de poder asegurar una propiedad.

Cada uno de mis hermanos dio respuestas similares y Keller nos miró, molesto.

—Solías ser confiable durante un buen tiempo, Bradwell. Ahora no eres más que una decepción.

Vi a Keller alejarse, el señor Seymour iba tras él, y mis hombros se aligeraron hasta un punto de satisfacción.

—Creo que está muy bien ser una decepción para él —dije—. Siempre y cuando, me sienta orgulloso.

James me dio una palmada en la espalda y reanudamos nuestra caminata hacia el parque St. James.

—Me haces sentir orgulloso, Ben.

—Yo también agregaría mi orgullo a esto —dijo Henry—. Pero me temo que el momento ya se ha vuelto demasiado tierno para mi comodidad.

—¿Quieres decir que preferirías no escuchar lo miserable que he sido la semana pasada? —Sonreí.

—No es necesario que lo compartas —destacó Henry secamente—. Thea ya se ha sentido bastante mal porque ustedes no están juntos, y está empezando a desgastarse.

Dejé de caminar y mis dos hermanos voltearon hacia mí.

—¿Se ha sentido miserable?

James se rió.

—Indudablemente. No ha hecho más que deprimirse y quejarse de las fiestas, a las que vamos a asistir. Sonríe a los invitados que vienen a visitarla, pero en el momento en que se van, vuelve a su melancolía taciturna. Es… bastante deprimente, en realidad.

—Si ella se siente miserable sin mí, entonces tal vez pronto entre en razón. —Una sonrisa curvó mis labios.

—No creo que debas preocuparte por eso. Ella y Felicity están ideando un plan y no me permitirán saber de qué se trata, pero tengo el presentimiento que te involucra a ti.

—¿Un plan? —*"¿Por qué el sonido de eso me emocionó cada vez más?"*—. Quizás debería asegurarme de asistir al próximo baile de su calendario para poder verla.

—Podrías —dijo Henry—. O podrías…

—Si me dices que la deje ganar una vez más, arrojaré tus libros al lago.

—¿Cuáles libros? —preguntó Henry, perturbado.

—¿Qué lago? —confirmó James de una manera divertida.

Fruncí el ceño y seguí caminando, mientras mis hermanos seguían el paso a mi lado.

—Cualquiera de ellos.

—Por el bien de mis libros, cualesquiera que sean los que estés amenazando, no lo diré en voz alta. Pero sí creo que regresar ahora será demasiado pronto...

—No deseo jugar. Quiero conversar con ella, comunicarme y saber qué está pensando.

—Esto no es jugar —añadió James—, estás demostrando que respetas a Thea lo suficiente como para darle lo que ella te pidió.

Pasé una mano por mi cabello.

—Espero hasta que ella venga a mí, ¿entonces? ¿Qué pasa si ese día nunca llega?

Henry y James compartieron una mirada.

—Vendrá. Y, mientras tanto, ¿podemos hablar de los agentes inmobiliarios con los que te has reunido hasta ahora? —preguntó James—. Haversham me dijo que se reunió con su hermano menor, y me preguntaba si se presentó bien. Evidentemente, él tiene buena cabeza para los números.

—Pero una pésima reputación entre los prestamistas —dijo Henry—. Escuché que está muy

endeudado.

—¡Oh! Pero… Me gustaba él. —Doblamos la esquina y continuamos calle abajo hacia el parque verde al final. El sol y el aire fresco eran rejuvenecedores y la esperanza que mis hermanos habían puesto en mi corazón era alentadora—. ¿Qué pasa con el sobrino de Finch? Es un poco joven, pero recientemente estudió nuevas técnicas de riego que me parecieron interesantes.

—¿Entonces no traería sabiduría, pero quizás ingenio? —reflexionó James.

—Esa fue la medida que tomé.

Nos adentramos en el parque St. James, hablando de los distintos candidatos que había entrevistado y luego de las dos casas. Mis hermanos me ofrecieron consejos y me dieron mucho que considerar, pero todavía no sabía qué hacer. Mi padre, si hubiera estado vivo, habría apreciado la grandeza de Kellinger. Pero Bumpton, una casa tan tosca como su nombre, todavía no podía pasar desapercibida. No podía borrar de mi mente la forma en que había sentido la presencia de Thea, cuando me paré en el pórtico delantero junto a Henry, y contemplé la tierra fértil.

Me dolía el corazón, así que con gran placer acepté una distracción en la forma de dos damas que venían hacia nosotros. La señorita Marianne Hutton y su madre, la señora Hutton, que también era la madrina de James, nos sonrieron y se intercambiaron las bromas apropiadas.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó la señora Hutton—. He querido programar una visita desde la debacle del año pasado.

—La debacle resultó ser una especie de bendición —replicó James, refiriéndose a su matrimonio. Fue en el baile de la señora Hutton, donde lo pillaron a solas con Felicity, antes de casarse.

La matrona le sonrió con adoración.

—Así fue. ¿Cómo le va a su señora Bradwell? No tuve muchas oportunidades de hablar con ella en el baile de Marianne.

—Ella está bien.

—Tenemos muchas ganas que llegue el baile de la señorita Northcott —dijo calurosamente la señora Hutton—. Su madre fue mi querida amiga hace años, cuando éramos solo unas niñas, y me ha hecho bien en el corazón ver a la señorita Northcott. Tiene el mismo aspecto que su madre, a su edad.

—¿También asistirá al baile, señorita Hutton? —preguntó Henry, sorprendiendo a todos los miembros del grupo. Tenía los ojos fijos en la joven y su boca dibujaba una leve sonrisa.

Ella lo miró a los ojos con lo que parecía determinación.

—Tengo la intención de hacerlo… ¡Sí!

—Entonces, ¿podría ser tan atrevido como para pedirle que me guarde un baile? No me importa cuál.

La señorita Hutton miró a su madre, luego de nuevo a Henry y asintió.

—Estaría encantada de hacerlo.

Las mujeres se pusieron en camino poco después, y yo no sabía cuál de las dos preguntas era más apremiante: *"¿Por qué diablos le pidió Henry a esa chica que le guardara un set? Y ¿cuándo se celebrará ese supuesto baile?"* Henry evitó que tuviera que preguntar sobre la primera de las dos.

—No pienses nada de eso. Se trata simplemente de negocios y no tengo ninguna intención romántica en lo que respecta a la señorita Hutton.

—No sabía que eras consciente de la existencia de la chica.

Henry dirigió una mirada confusa a James.

—Por supuesto que la conozco. Ella es una Hutton. Los amigos particulares de mi madre.

Tanto James como yo lo sabíamos, pero este era Henry, un hombre tan a menudo perdido en un libro, que no se podía contar con él para darse cuenta de todo lo que ocurría a su alrededor.

—Ya basta de lo extraño de lo que sea que haya sido —dije—. ¿Por qué ninguno de ustedes me ha hablado del baile de Thea?

—Lo planeamos —replicó Henry.

—En una semana, a partir del martes.

—¿Me van a invitar?

Creo que eso es parte del plan que están tramando las mujeres. Se te notificará en breve.

—¡Oh, Santo Cielo!

—En efecto.

—¿Debo fingir sorpresa cuando reciba la invitación? —pregunté.

—No creo que nadie tenga la intención de ver cómo la recibes, así que eso depende totalmente de ti.

Continuamos y sentí el peso de las decisiones que aún tenía que tomar sobre mis hombros. Pero cuando cerré los ojos e imaginé la vida que quería tener, todas las respuestas estaban claramente ante mí. El administrador de la tierra, la casa, la finca en sí eran deslumbrantemente obvios, si Thea estaba a mi lado. El problema era que, si compraba la propiedad y Thea y yo no llegábamos a un acuerdo, ¿podría soportar vivir en la casa sin ella?

Capítulo 33

Thea

No era propensa a los nervios, pero esta noche, mientras esperaba a que Hannah terminara de peinarme, no pude calmar mis dedos temblorosos. Felicity había cumplido la palabra que le había dado a su suegra y había planeado y ejecutado un baile en mi honor, pero habíamos acordado realizar algo pequeño. Ninguna de los dos pensó que valiera mucho la pena un baile lujoso, cuando yo no necesitaba buscar un pretendiente. Sabía exactamente con quién quería casarme y planeaba conseguirlo esta noche.

Un suave golpe en la puerta precedió a la entrada de Felicity, que cruzó la habitación, mientras Hannah retrocedía.

—Thea… Te ves bien cariño.

—Gracias. —La seda rosada corría lujosamente por mis piernas y se detenía justo encima de mis pantuflas a juego, realzando las perlas de marfil en mi cuello—. ¿Está todo listo?

—Lo está… ¿Estás nerviosa? —Felicity sonrió.

Mi estómago dio un vuelco al pensar en lo que pretendía hacer.

—Sí, pero creo que valdrá la pena. No puedo esperar que olvide todo lo que he dicho o hecho, ¿cierto?

—Improbable. Pero puedes esperar su perdón. —Su sonrisa se suavizó.

—Al menos, eso espero.

Tomé mi par de guantes largos de color marfil del borde de mi cama y seguí a Felicity por el pasillo, poniéndomelos, mientras caminábamos. Ella se detuvo y volteó hacia mí.

—¡Oh! Casi lo olvido. Tuvimos una incorporación tardía al grupo. —Ella arrugó la cara a modo de disculpa—. Me temo que James vio ayer a Lord Claverley en Brooks, y le extendió la invitación. Al parecer su primo no le dejó muchas opciones.

—¿Se me permite rechazar su petición de bailar?

—Puedes rechazar a quien quieras… Esa es tu decisión, totalmente… Nunca te obligaré a bailar con alguien con quien no deseas bailar.

—Eres la mejor acompañante, Felicity. —Deslicé mi brazo por el de ella y lo apreté.

—Es una situación fácil cuando la mujer en cuestión apenas quiere salir, y ya sabe con quién quiere casarse. No creo que sería una buena candidata para el puesto de acompañante de una mujer, que desee asistir a todos los bailes, y conocer a todos los caballeros de la alta sociedad.

—No te subestimes. No soy fácil de manejar y lo has hecho espléndidamente.

Ella me lanzó una sonrisa desde un lado y bajamos las escaleras para ocupar nuestros lugares en la entrada del salón. El esplendor no fue menor para la reducida lista de invitados. Habían enrollado y quitado las alfombras y apartado los muebles para crear espacio para bailar. Un cuarteto de cuerda que James había contratado para esa noche ahora estaba afinando sus instrumentos, en el otro lado del salón. La lámpara de araña estaba iluminada con hileras de velas, y más llamas se alineaban sobre la repisa y las mesas, cuya luz iluminaba la habitación con la ayuda de los espejos detrás de ellas. Fue un baile del que estaba orgullosa y un hermoso telón de fondo para lo que pretendía hacer esta noche.

Habían pasado poco más de dos semanas desde que Benedict se había alejado de mí, y cada día sentía, más y más, como si me arrancaran el corazón del pecho, lo manipularan mal y luego

lo devolvieran. Mi comportamiento esa noche había sido infantil y aborrecible, y aunque creía que mis inseguridades estaban justificadas, ya no podía permitir que esa justificación se mantuviera, después de la luz que la señora Danvers había arrojado sobre el verdadero carácter de mi padre.

Era irrelevante si mi madre estaba al tanto de la señora Danvers, o de las otras mujeres con las que había estado mi padre. No podía permitir que los errores pasados de mis padres gobernaran mi vida, y ninguno de ellos era inocente.

Sin embargo, podría trazar mi propio futuro.

—¿Estás seguro que Benedict recibió una invitación? —susurré.

—Sí, Thea, por vigésima vez recibió tu invitación y respondió favorablemente. —Ella apretó mi mano—. Él estará aquí.

Los invitados empezaron a llegar a última hora y en treinta minutos el salón estaba casi lleno. Estábamos a punto de abandonar nuestro puesto, cuando Lord Claverley empezó a subir las escaleras hacia nosotros, e intercambié una mirada con Felicity. James, que había ocupado su lugar junto a su esposa, ahora dio un paso adelante, un poco, y me alegré de tener a un acompañante tan incondicional.

—Estás impresionante esta noche, mi mascota —dijo Lord Claverley, inclinándose sobre mi mano. Presionó un beso húmedo en mis nudillos, mientras yo reprimí un escalofrío.

—¿Lady Claverley no viene con usted esta noche? —pregunté, desenredando mi mano.

—Ella no podía dejar a los niños.

—Por supuesto, milord —manifestó Felicity—. Sabemos cuánto los adora.

—¡Mucho!

Otro par de pasos subieron las escaleras y mi corazón se aceleró, anticipando al caballero que había estado esperando ver toda la noche.

—¿Puedo suplicarle humildemente que me dé el primer baile, señorita Northcott? —preguntó el conde.

"¿El primero?" Seguramente, él era consciente que el primero tenía una gran importancia, especialmente en mi propio baile. Pero el hombre con el que esperaba bailar aún no había llegado. Lord Claverley era conde, por supuesto, pero eso no significaba que fuera el hombre más importante en mi vida. Ni siquiera era miembro de mi familia.

Me aclaré la garganta.

—Oh, en realidad…

Entonces, Benedict apareció en lo alto de las escaleras con pasos seguros y rápidos. Su apariencia me robó las palabras. Primero, tomó la mano de Felicity y besó sus nudillos con afecto fraternal.

—Siento llegar tarde. Tuve problemas para encontrar un carruaje.

—No es ninguna molestia —dijo ella fácilmente.

Él se dirigió hacia mí y mi cuerpo se sonrojó por el placer de estar bajo su escrutinio. Sus ojos azules se oscurecieron con alguna emoción que no pude nombrar.

—En realidad —afirmó Benedict, inclinándose sobre mi mano, sin dejar de mirarme—. Creo que me prometieron el primer set.

Dobló su brazo y yo puse mi mano vacilantemente encima de él. Esta noche no iba en absoluto según lo planeado, pero fui flexible, y aún así pude lograr mi objetivo. Sin embargo, era difícil concentrarme con los músculos de Benedict, apretándose bajo mis dedos.

Claverley farfulló, sorprendido y consternado, pero lo ignoramos.

Entramos al salón de baile y se anunciaron los primeros bailes. Para empezar, un vals. Miré

por encima del hombro y encontré a Felicity sonriendo. Ciertamente, eso no estaba en el plan, pero me alegré del cambio.

—Creo que mi familia está comenzando la tradición de abrir los bailes con valses —dijo Benedict.

—¿Estás decepcionado? —pregunté, tomando mi lugar a su lado.

Él sostuvo mi mirada.

—De ninguna manera.

Comenzaron las cuerdas. La música flotó suavemente por el salón como una caricia, y comenzamos nuestro paseo. Mi corazón reaccionó al estar en presencia de Benedict, como si yo fuera un desierto y él fuera agua. Su ausencia se había sentido seca y sin vida, y ahora quería disfrutar de su mirada.

—No tenías que venir a rescatarme, pero te lo agradezco de todos modos.

—A la orden —dijo agradablemente.

El paseo cesó y nos enfrentamos. Una de las manos de Benedict rodeó mi cintura y la otra tomó posesión de mi mano izquierda, levantándola por encima de mi cabeza. Tragué contra mi garganta seca y puse mi mano derecha, alrededor de su espalda. Estábamos cerca, nuestros brazos entrelazados de tal manera que apenas podía respirar. Su olor me hizo cosquillas en la nariz, y quise abandonar nuestra posición y caer en su abrazo.

Por la forma en que su respiración se hizo superficial, creí que él podría haber sentido lo mismo.

—¿Puedo preguntar por qué interviniste, cuando tu primo me invitó a bailar? Tienes todo el derecho a estar enojado conmigo.

Benedict sonrió y comenzamos a girar con la música.

—Te prometí que siempre te protegería, ¿no? Siempre estaré aquí para ti, Thea. No importa qué…

El calor recorrió mi cuerpo y no sabía cómo manejaría el resto del baile. Hicimos los movimientos, como lo hacían dos personas que sentían profundamente. Nuestros ojos no se desviaron el uno de la otra, y su mano enguantada sostuvo la mía con tal ternura, que me sentí acunada bajo su cuidado. Cuando la canción llegó a su fin, caminamos desde el centro de la pista, como si por mutuo acuerdo silencioso fuera suficiente un baile, y terminaríamos la presentación, conversando en lugar de bailando.

No teníamos una terraza a la que escapar, así que volteé hacia él y le dije:

—Me gustaría un poco de limonada, si fueras tan amable de acompañarme al salón.

Benedict accedió y salimos del salón, pasando junto a Peter Seymour cerca de la puerta. Parecía como si quisiera hablarme, pero di la vuelta. Una vez que llegamos al pasillo, abrí la puerta del estudio, tomé a Benedict del brazo y lo llevé al cuarto oscuro.

—No creo que Felicity aprecie mucho esto —dijo Benedict en voz baja. La habitación estaba oscura, pero suficiente luz de la luna se colaba por la ventana para mostrar su expresión, que parecía tallada en piedra—. Le prometimos que no nos escaparíamos.

—Esa promesa era para otro baile. Estoy segura que mientras no nos atrapen, a ella no le importará...

Pasaron voces en el pasillo y cerré la boca de inmediato para que no nos detectaran. Solté la manga de Benedict y miré hacia la puerta, tomando el cerrojo y deslizándolo en su lugar para que nadie pudiera abrirla desde afuera.

—No nos podrán encontrar, si no pueden abrir la puerta.

—Sin embargo, nos pueden extrañar —dijo secamente.

—Por favor, Ben. Permíteme decirte lo que he estado planeando con tanto cuidado durante semanas, y luego abriré la puerta y te dejaré en libertad.

—No dije que me importara estar en secreto contigo. Solo me pregunto si es la elección más inteligente.

—¿Porque mis decisiones hasta ahora han demostrado ser extremadamente sabias? —respondí con una pregunta.

—Me parece bien.

Me aclaré la garganta.

—Primero, debo disculparme por mi comportamiento infantil.

—No puedo pasar por esto —manifestó, pasándose una mano por los rizos.

—¿Por qué no? —Un miedo frío se deslizó en mi estómago.

—Porque no puedo ver tu cara. Si estás a punto de humillarte, pidiendo mi perdón, al menos disfrutaría viéndote hacerlo.

Aplasté la boca y luego miré alrededor de la habitación.

—No deberíamos encender una vela. Podría verse debajo de la puerta.

—Podríamos acercarnos a la ventana.

—¡Oh, sí! A la luz de la luna.

Nos abrimos camino con cuidado hacia la única ventana del pequeño estudio, y Benedict abrió aún más las cortinas hasta que la luz fría nos envolvió.

—¿Qué estabas diciendo? —insistió, ampliando su sonrisa.

—Realmente, debo empezar por el principio. —Inspiré y luego comencé. Le hablé de mi visita a la señora Danvers, sobre las capas de verdad que ella había revelado, y de la forma en que había tomado mis creencias sobre mi padre, y las había alterado.

—Eso debe haber sido muy difícil para ti —murmuró.

—Lo fue. Pero, ¡también fue liberador! Mis padres nunca cambiaron. Mi madre podría haberlo hecho, pero mi padre le había sido infiel todo el tiempo. No era, como me temía, un coqueto que se salió de control. Me preocupaba que fuéramos un reflejo de mis padres, que mi corazón se rompiera, una y otra vez, pero me di cuenta de lo tonto que era eso. Nosotros no somos ellos...

—Como te lo he dicho anteriormente.

—Sí… Sí… —suspiré—. Porque fuiste mucho más inteligente que yo.

—No, porque no tenía la nube de inseguridad y preocupación sobre mí. Si bien no me gustaron tus opiniones sobre el tema, llegué a comprender de dónde venían.

—Noté tus esfuerzos en el baile de los Hutton —dije, recordando la forma en que se había salido del alcance de una de sus compañeras, después que su mano se demoró demasiado en su manga.

—Esperaba que fuera así —dijo en voz baja—. Una vez que me quedó claro que tus preocupaciones eran válidas y que mi coqueteo no estaba transmitiendo el mensaje correcto a estas mujeres, lo dominé… Todavía estoy trabajando para encontrar un equilibrio entre la charla educada y amistosa y el coqueteo.

—Tu conciencia te da crédito, Ben. —Me aclaré la emoción de la garganta y el corazón me golpeó en el pecho—. Eres considerado, y esa es una de las razones por las que me gustaría rogarte, Benedict Bradwell, que me perdones por mi necedad, que me aceptes tal como soy, hoy, y que aceptes ser mi marido.

Su boca se abrió y su cabeza se inclinó un poco hacia un lado. La luz de la luna proyectaba sombras sobre su rostro, pero su sorpresa era evidente junto con la alegría que brillaba en sus

ojos.

—¿No es esa mi responsabilidad?

Le parpadeé. Esto no estaba saliendo en absoluto como esperaba. Seguramente, ya debería estar besándome.

—Bueno, ya lo intentaste y me negué. Esperaba que, si supieras cómo había cambiado mi comprensión, también aceptarías mi petición de comprometerte.

—Sí, entendí todo eso. —Se pasó una mano por la mandíbula—. ¿Pero no se supone que debo pedirte que seas mi esposa?

—No te pedí que fueras mi esposa. Te pedí que fueras mi marido.

—No deberías estar haciendo la pregunta en absoluto.

—¿Por qué no? Si decido que deseo casarme contigo, amarte para siempre y apreciar tu corazón y tu mente, ¿por qué debo esperar a que me lo pidas?

Él sonrió.

—Porque es lo que se acostumbra.

—¿Cuándo he hecho lo que se acostumbra?

Él abrió la boca para responder, miró hacia la ventana y luego volvió a cerrar la boca.

—¿Puedo al menos disculparme ahora?

—No tienes nada por qué disculparte. Fue mi comportamiento infantil y aborrecible lo que te alejó de mí, una y otra vez...

—Y mi incapacidad para ver cómo mi comportamiento coqueto con otras mujeres podría hacerte daño. Ambos tenemos defectos —dijo suavemente, pasando sus dedos por mi pómulo y trazando mi mandíbula como lo hizo antes—. Pero ahora trabajaremos juntos para superarlos.

—Juntos —susurré—. Me gusta el sonido de eso.

Benedict se acercó y deslizó su otra mano alrededor de mi cintura. La luz de la luna nos bañó por completo y me sentí levantada del lúgubre estudio y exaltada por el toque de Benedict. Sus labios se cernieron sobre los míos, a un susurro de distancia, y mis ojos se cerraron para poder saborear cada sentimiento, desde la presión de sus manos hasta su cálido pecho contra mí. Sus labios bajaron y me besó lenta y tiernamente, como si quisiera alargar el momento para siempre. Perdí toda noción del tiempo, envuelta en la explosión de calidez, y dejé que mis labios se entretuvieran, mis manos se perdieran al agarrar su abrigo y mis pies se sintieran ingrávidos.

Envolvió sus brazos, alrededor de mi cintura, y me levantó, inclinando su cabeza para profundizar el beso, y rápidamente me di cuenta que Peter Seymour no me había preparado adecuadamente para lo absolutamente maravilloso que podían ser los besos.

Cuando Benedict me volvió a bajar, no me soltó sino que me apretó contra su pecho, y besó lentamente mi frente, mis sienes y mi nariz.

—No has respondido a mi pregunta —dije, incapaz incluso de fingir resentimiento, mientras estaba en tal estado de éxtasis.

Su risa retumbó a través de su pecho.

—¡Bien! Thea… Me casaré contigo.

—No te molestes en parecer complacido ni nada por el estilo.

Benedict me apretó más fuerte.

—Sería un honor para mí convertirme en tu marido.

—¡Es un alivio! Felicity y yo hemos estado planeando esto durante semanas —suspiré.

—¿Planificar qué, exactamente? ¿El baile?

Deslicé mis manos por su espalda y hablé con indiferencia:

—El momento adecuado para suplicarte que me consideres y me perdones. Entonces sí, el

baile… El baile. La conversación tranquila y secreta en una habitación oscura.

—¿Planeabas arrastrarme a un cuarto oscuro?

—Pensé que sería mejor para esta conversación. —Y para besar, pero ese había sido mi lado esperanzador.

—La verdad es que esto no me sorprende. —Él sonrió, levantando una ceja—. ¿También planeaste que te invitara a bailar?

—No. —Me encogí un poco de hombros—. Planeaba invitarte a bailar. Pero tú lo hiciste primero.

Benedict volvió a reírse. Dejó un beso en mi cabeza.

—Creo que deberíamos regresar ahora.

—Sí, necesitamos compartir nuestras noticias con todos.

Pero a Benedict esto no le pareció tan urgente como me había hecho creer, ya que me besó una vez más, profundamente, antes de llevarme hacia la puerta. Lo desabroché y miré por una rendija, antes de asegurarme que el pasillo estuviera vacío, y pudiéramos salir de la habitación.

—Ven —dijo, tomando mi mano y con ella mi corazón—. Tenemos un anuncio que hacer.

Capítulo 34

Benedict

—Mi madre probablemente agradecería que la boda se celebrara en Bakewell —dije, mientras mis dedos pasaban distraídamente por la borla de cordón que había sobre la almohada, a mi lado.

—Bueno, por supuesto que la boda debe tener lugar en Bakewell. —Thea caminaba, desde la ventana de la habitación hasta la chimenea y viceversa, con su vestido violeta ondeando alrededor de sus tobillos—. Cuando Felicity me llevó a la modista, encargamos un vestido rosado pálido, que ahora creo que será absolutamente perfecto para una novia. Está previsto que se entregue en los próximos días, por lo que solo queda por planificar el desayuno de la boda, y mandar a publicar las amonestaciones.

Me acurruqué más en el cojín del sofá, observándola caminar de un lado a otro con diversión.

—¿Ya has escrito un menú para el desayuno o estás considerando permitirle a mi madre alguna libertad allí?

—Ella puede tener total libertad. Aunque... —Thea se detuvo ante la ventana y me sonrió —. Esperaba que al menos pudiéramos servir mazapán.

Mi corazón se calentó y asentí.

—Estoy seguro que eso sería aceptable.

Thea se acercó al escritorio y se sentó.

—Le escribiré a Lady Edith de inmediato. —Giró en el asiento y me miró con una adorable línea, marcando su frente—. ¿O preferirías compartir la noticia con ella? Me pregunto cómo se lo tomará.

—Ella estará encantada. —Me puse de pie, me acerqué a ella, quien inclinó la cabeza hacia atrás para sostener mi mirada—. Ella no ha deseado nada más que verme felizmente instalado, y durante los últimos años no ha hablado más que de tu temporada, donde podrías encontrarte felizmente instalada. Creo que nuestra unión la aliviará mucho.

—Espero que ese sea el caso.

Felicity y James nos habían concedido muchas libertades desde nuestro compromiso, optando por no obligarnos a permanecer bajo su vista en todo momento, pero de todos modos mantuve mi habitación en St. James Street. Mis dedos recorrieron el brazo de Thea, y ella se quedó quieta de una manera, que solo había notado cuando la toqué, como si solo yo tuviera el poder de concentrar la energía efervescente de Thea, en la calma.

Tomé su mano y la puse de pie, y ella se corrió de buena gana. Se me hizo un nudo en el estómago, recordándome lo único que todavía tenía que decirle. Estaba seguro que Thea no se enfadaría exactamente, pero tampoco sabía si estaría contenta.

—Hay algo que quería discutir contigo. Sé que hay mucho que decidir sobre nuestro futuro, pero con respecto a dónde viviremos...

—¡Oh sí! —Sus ojos se iluminaron y tomó mi otra mano—. ¿Esperaba que estuvieras dispuesto a pasar algún tiempo en Bath? No tengo ningún gran deseo de vivir en Royal Crescent o estar a la moda, así que creo que podemos encontrar un lugar para alquilar que tenga un precio razonable. Cuando dejé la escuela y viví sola, aprendí a no gastar mucho.

—¿Bath? —Mi estómago se hundió aún más—. ¿Vivir allí?

—Me doy cuenta que más bien es el lugar al que acuden quienes envejecen o enfrentan problemas de salud, pero la sociedad parecía diversa, cuando asistimos al musical. Me pareció que mucha gente va a Bath de vez en cuando, incluso si no viven allí, por lo que veríamos a muchos de tus amigos y nunca nos faltarían invitaciones.

"¿Cómo le digo que no puedo dejar mi propiedad en el estado en el que se encuentra actualmente?"

—¿Deseas vivir en Bath porque amas la ciudad o por Archie?

—Bueno, ambas, para ser honesta.

Asentí, mirando hacia la ventana para considerar mejor cómo contarle mis noticias. Sus pequeñas manos se deslizaron alrededor de mi cintura y dio un paso hacia mis brazos, apoyando su cabeza contra mi pecho. Mis cargas se aliviaron de inmediato. No importaba si quería vivir en Bath. Iría a donde ella quisiera ir. Solo haría falta un poco de esfuerzo para encontrar un comprador para la propiedad, pero tal vez si hiciera algunas reparaciones podría vender la casa o alquilarla, y redimir una parte de mi herencia.

Thea inclinó la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Pareces disgustado. ¿Odias Bath? Te prometo que amarás a Archie.

—Estoy seguro que lo haré. Parece un buen niño.

—¿Entonces es Bath lo que no te gusta?

—Me gustó Bath y solo quiero estar donde tú estás.

—Entonces, dime qué te molesta. Los amigos se cuentan unos a otros las cosas que les molestan.

—¿Oh? —Me reí—. ¿Los amigos también planean juntos sus bodas y deciden dónde vivirán?

—Estos amigos… sí —susurró, levantando la mano y bajando mi cabeza para besarme. Nunca me cansaría que Thea me besara. ¡Nunca!

Me enderecé, abrazándola hacia mí.

—Cuando estuvimos separados durante esas pocas semanas, estaba entrevistando a agentes de tierras y administradores e incluso a un mayordomo, de hecho.

—¿Oh? —Deslizó sus manos debajo de mi abrigo y entrelazó sus dedos detrás de mi espalda, aparentemente contenta que la abrazaran. Luego miró hacia arriba—. ¿Estás planeando comprar una propiedad?

—No planeo hacerlo. —Encogí los hombros—. ¡Ya compré una!

Thea me soltó y dio un paso atrás con sus redondos ojos azules muy abiertos.

—Deberías haberme dicho eso. ¿Dónde está? ¿Qué es?

—Es… un proyecto. Me temo que es lo que puedo permitirme, pero el techo tiene algunas goteras y necesitará muchas reparaciones, antes que sea habitable.

—Pero eres bueno en las reparaciones. Estoy seguro que James y Henry te ayudarán.

Su confianza inmediata en mis hermanos fue dulce.

—Han aceptado ayudarme, sí.

—También tenemos mi herencia, así que no nos faltarán fondos. Se redujo a la mitad, pero todavía me quedaba mucho dinero.

Mi sonrisa se amplió. Su entusiasmo por compartir nuestros fondos la hizo sentir como una socia igualitaria: una mujer que yo quería a mi lado. Sin embargo, Thea frunció el ceño.

—Tus hermanos ya aceptaron ayudarte. ¿Soy la última en enterarme de esto?

—Necesitaba un hogar. Necesitaba una distracción, cuando pensé que te había perdido. Me lancé a planificar mi futuro, ya que parecía vacío de ti. —La alcancé para que pudiera estar en

mis brazos, una vez más—. Pero no sabía cómo decírtelo. La propiedad se puede vender, pero primero será necesario hacer las reparaciones. Estuvo vacía durante bastante tiempo, por lo que no estoy seguro que sea fácil deshacernos de la misma… y no está en Bath.

—¡Oh! Eso no me importa, en realidad no. Mientras podamos pasar algún tiempo allí, ¿tal vez? ¿O invitar a Archie a pasar el verano con nosotros, tal vez? —Sus ojos se volvieron vidriosos—. ¿Una casa propia, Ben? ¡No puedo creerlo! ¿Dónde está?

—Cerca de la frontera de Westmorland, no muy lejos de Chelton. Aunque yo no la llamaría como una casa vecina.

—Pero… Suficientemente cerca.

—¿Serías feliz viviendo en las tierras salvajes de Cumberland para siempre?

—Pienso en niños pequeños corriendo por los jardines de Chelton, o haciendo un picnic en nuestro misterioso parque, y no puedo hacer nada más que amar la idea de vivir en la naturaleza salvaje de Cumberland contigo. —Ella bajó la voz—. Viviría en cualquier lugar contigo.

Entonces, la besé profundamente, infundiéndole todo el amor y afecto que no había podido mostrarle anteriormente en las últimas semanas.

—¿Incluso en una casa llamada Bumpton Hall?

—Aún allí.

—Sabes que será trabajo.

—Yo era ayudante de cocina, cariño. No le tengo miedo al trabajo. —Ella sonrió.

No pude evitar sentir una alegría total y absoluta, porque sabía que ella me estaba diciendo la verdad.

—Ahora —dije—. Sobre esos niños pequeños que estabas imaginando…

* * *

Thea

Viviría en cualquier lugar, siempre y cuando viviera con Benedict. Sería incluso mejor, pensé, traer a Archie a nuestra finca para unas vacaciones de verano que intentar pasar un rato con él, mientras estaba en la escuela. Una vez más, Benedict me sorprendió gratamente, cuando me compartió la noticia de la casa que había comprado. Un hogar que podríamos construir juntos. Estiré la mano para besarlo de nuevo y mostrarle mi absoluto agradecimiento, cuando un educado golpe en la puerta nos advirtió de una compañía inminente y nos separamos.

Benedict miró con el ceño fruncido a la puerta, esperando ver quién era, y me pregunté si sabía lo imponente que podía verse.

—Tiene una visita, madame —dijo el lacayo—. Lord Claverley.

—Tráelo —dijo Benedict.

—¿Para mí? —susurré—. El conde ya no tiene asuntos conmigo.

Lord Claverley entró en la habitación, poco después, con sus mejillas rubicundas manchadas por el frío exterior, o por el esfuerzo de subir las escaleras hasta el primer piso.

Benedict dio un paso adelante, inclinándose ligeramente ante mí, en una postura protectora, y me pregunté si fue intencional o natural.

—Primo —saludó cortésmente—. ¿Qué podemos hacer por usted?

La mirada de Lord Claverley se dirigió hacia mí.

—Esperaba hablar con la señorita Northcott.

—Por supuesto —dije galantemente, luego moví mi brazo hacia los sofás—. Por favor, toma asiento.

Él dudó, pero yo no avancé. Debió haber sentido que yo no daría un paso hacia los asientos

hasta que él lo hiciera. Esperé hasta que se sentó en el sofá, antes de optar por sentarme frente a él, con Benedict a mi lado.

—Debes estar ansiosa por la boda —expresó Lord Claverley, mirando de mí a Benedict. Sus ojos se entrecerraron—. El anuncio fue una completa sorpresa para mí.

Arreglé mi expresión en una sonrisa, aunque luché por no fruncir el ceño.

—De hecho, estamos muy ansiosos. ¿Necesitaba algo de mí, milord?

—Sí, bueno, vine a ofrecer mi ayuda. Me gustaría organizar un baile de compromiso en su honor. —Se aclaró la garganta.

—Acabo de divertirme, así que no creemos que sea necesario...

—¡Ah! Pero lo pasaste genial en Londres, no en Cumberland. Seguramente, Lady Edith deseará celebrar la unión en casa con sus vecinos.

—Ella podría —admití—. Tengo la intención de reservarle ese honor.

El conde parecía exasperado.

—¿Debería ofenderme porque usted no desea mi ayuda, señorita Northcott? No he sido más que rechazado por su parte, desde que regresaste de la escuela.

—Creo que si una mujer rechaza tus insinuaciones, primo, es prudente dejar de hacerlas. —Benedict se aclaró la garganta.

—¿Insinuaciones? —Sus mejillas se sonrojaron—. ¡Estoy ofreciendo ayuda!

Lo hacía con el motivo de bailar conmigo, yo lo sabía. El hombre era orgulloso y aburrido, y quería encontrar una manera de ponerme las manos encima. Benedict lo sabía tan bien como yo, y la ira que brillaba en sus ojos azules era una indicación.

—Ya no necesitamos su ayuda y le agradeceré que me respete —dije. Benedict se puso de pie para respaldar mi posición, y yo me puse a su lado, rodeándole el brazo con mi mano.

Lord Claverley farfulló. Su rubor se deslizó hasta los bordes de sus orejas y a lo largo de su cuello, haciendo que su pálido rostro brillara más que una manzana. No tuvo la cortesía de despedirnos, en vez de eso, él salió de la habitación con pasos enojados y humillados.

—Me temo que eso tendrá consecuencias —concluí suavemente.

—De hecho, ¿cómo mantener a mi primo alejado de Chelton?

—Y Bumpton, potencialmente —agregué.

Benedict giró y me tomó en sus brazos, sin importarle la puerta abierta y la posibilidad de ser descubierto por Felicity o James. Levantó mi barbilla para besarme directamente en los labios, luego se inclinó hacia atrás y habló en voz baja.

—Ese hombre nunca pondrá un pie en Bumpton, cariño.

—¿Rechazarás a tu propio primo?

—Rechazaré a cualquiera que te haga sentir insegura. Como dije, Thea… —interrumpió Benedict sus palabras con una sucesión de besos a lo largo de mi mandíbula—. Siempre estaré aquí para ti.

Epílogo

Thea

Lady Edith resplandecía con orgullo palpable y su sonrisa era una vela encendida que brillaba sin cesar. La boda terminó y nos quedamos en el patio de Chelton, admirando las mesas repletas de comida y bebida, y los diversos amigos y vecinos dando vueltas.

—¿Es seguro asumir que nunca pensaste que esto sucedería? —pregunté, mirando por encima del hombro hacia donde Benedict estaba con James.

—Creo que es seguro asumir que ni siquiera tú lo creías posible —dijo Lady Edith—. Aunque me alegro mucho porque me sorprendieron, en este caso.

Tomó mi mano y apretó mis dedos afectuosamente.

Bebí un sorbo de mi vaso de limonada y escudriñé a los ocupantes del patio, feliz de encontrar ausente el rostro rubicundo de Lord Claverley. Lady Edith se sintió incómoda al aceptar negarle la invitación al conde, pero al final Benedict se mantuvo firme y su madre cedió.

—Si hubiera sabido que estarías feliz con Benedict, no me habría preocupado tanto por encontrarte una pareja en la ciudad. —Dio un sorbo a su limonada y me miró por encima del borde—. De hecho, en un momento me pregunté si podría idear una unión entre Henry y tú, pero sus personalidades son tan diferentes que no pensé que encajarían el uno con la otra.

Levanté una ceja y cada uno de nosotras buscó a Henry. Como era de esperar, estaba desaparecido.

—Algún día encontrará a una mujer a quien amar —dije—. ¡Cuando esté listo! El amor no se puede apresurar.

—No, no puede —dijo Benedict, parándose a mi lado—. Incluso si uno se esfuerza demasiado en apresurarlo...

Su sonrisa era impenitente y su mano se deslizó alrededor de mi cintura, acercándome a su costado.

—Debería ir a buscar a Henry —dijo Lady Edith, mordiéndose el labio.

Benedict se inclinó y me susurró al oído:

—Deberíamos irnos, mientras mamá esté ocupada.

—No podemos dejar nuestro propio desayuno de boda.

—¿Por qué no? Hemos comido, aceptado buenos deseos y alimentado a nuestros vecinos. ¿Qué más necesitan de nosotros?

—Muy bien —susurré—. Pero no te olvides de las maletas.

Benedict me miró, confundido.

—Ya hice que entregaran tus baúles en Bumpton.

—Sí, pero necesitaremos maletas.

—¿Para qué?

—Para la cama —dije, manteniendo una expresión inocente en mi rostro—. Las alinearé en el centro. Es la única manera de atraerte, ¿cierto? Por supuesto, sé que prometí que nunca volvería a mencionar que no fuiste un caballero, y me obligaste a dormir en el suelo frío y duro...

Benedict me levantó del suelo y me llevó desde el patio hasta el interior de la casa sin importarle quién estuviera mirando.

—Bájame y te prometo que no volveré a hablar de tu absoluta falta de caballerosidad.

—En primer lugar, prometiste no mencionar nunca el tema —murmuró—. Pero ahora que

lo has hecho, estoy decidido a esconder tomates debajo de tu cama y permitir que apesten tu habitación.

Aplané mis labios, rodeé el cuello de mi marido con mis brazos y lo sujeté. Parecía que no tenía intención de menospreciarme, mientras atravesábamos la casa hacia la puerta principal.

—Solo hice eso una vez. Estaba muy enojada contigo por coquetear con esa chica en la fiesta.

Dejó de caminar y me miró. Estaba tan cerca que podía ver los distintos tonos de azul en sus ojos.

—¿Por eso escondiste los tomates debajo de mi cama? ¿Porque coqueteé con esa chica?

—Pensé que te preocupabas por mí, Ben, y estaba extremadamente celosa.

—Aunque no estoy seguro de merecer los tomates —murmuró.

—No, probablemente no. —Arrugué la nariz—. Esperaba un olor, pero no me di cuenta que olería tan mal.

Benedict me llevó a través de la puerta principal y por las escaleras curvadas de piedra hasta el carruaje que nos esperaba.

—¿Tenías planeada esta fuga? —pregunté.

Me lanzó una sonrisa impenitente.

—Llevan esperando un cuarto de hora. Los pobres caballos necesitan caminar.

—Entonces, deberíamos apresurarlos a ir a Bumpton.

Los ojos azules de Benedict brillaron.

—Mis pensamientos exactamente…

* * *

El sol llegó al borde de la tierra y arrojó una luz dorada sobre las nubes que surcaban el vasto cielo. Desde el pórtico frontal podíamos ver la gran mayoría de nuestro terreno, formado por colinas y campos, en todas direcciones, cortado por la mitad por un largo camino. Benedict ya había completado una buena parte del trabajo requerido en el techo, antes de la boda, y ahora dependía de nosotros modificar la casa de una manera, que se adaptara a nuestros gustos.

Los nudillos de Benedict rozaron mis mejillas.

—Te ves mucho más saludable ahora que cuando te vi por primera vez en el jardín de los Fuller.

—Es todo el mazapán y el chocolate de la mañana, que llenan mis mejillas otra vez.

—Cualquiera que sea la causa, me alegro. La delgada y demacrada Thea que encontré ese día me asustó un poco.

Me incliné hacia su costado y su brazo rodeó mi hombro.

—Pensé que extrañaría la locura de Chelton, pero tenemos vistas tan hermosas desde nuestra puerta principal, que no creo que la extrañe demasiado.

—Me imaginé eso, ¿sabes?

—¿Las vistas?

Respiró temblorosamente y él me acercó a su pecho. Mi cabeza giró para poder escuchar los latidos de su corazón y mirar la puesta de sol al mismo tiempo.

—No… Es la vista… Estuve aquí con Henry cuando vinimos a ver la casa por primera vez...

—Espero que no en esta posición.

—Me imaginé parado aquí contigo, mirando nuestra tierra.

Permanecí quieta, feliz que él hubiera ignorado mi broma.

—Por eso elegí esta casa, en lugar de la otra.

—No puedo imaginar otra casa que satisfaga nuestras necesidades mejor que Bumpton. ¡Está tan lleno de personalidad y emociones!

—¡Exactamente como tú!

Me puse de puntillas y envolví mis manos alrededor del cuello de Benedict, tirando de él hacia abajo para recibir mi beso. Un calor explotó dentro de mi corazón, tan lleno de amor que no pude contenerlo, en ese pequeño órgano.

—Ahora, hay un último lugar que aún no hemos visitado en la casa —dijo Benedict, apoyando su frente contra la mía—. Creo que querrás familiarizarte íntimamente con él.

Junté mis cejas. Había visitado la casa varias veces, antes de la boda, y pensé que lo había visto todo, desde los áticos hasta los dormitorios y el salón. Incluso habíamos pasado mucho tiempo en las dependencias de servicio, haciendo una lista de lo que necesitábamos comprar para hacer estas habitaciones más cómodas, y eligiendo papeles para las paredes para que no fueran tan aburridas.

—¿Qué es? —pregunté.

—La cocina, por supuesto.

Comencé a alejarme con una sonrisa extendiéndose por mi boca, cuando Benedict tiró de mí hacia adentro. La diversión era espesa en su sonrisa, y brillaba como picardía en sus ojos.

—En caso que alguna vez sientas la necesidad de huir otra vez, quiero que te sientas cómoda aquí, en la cocina.

—Una vez que hayas probado mi pan destrozado, te arrepentirás de haberme dado esa opción.

—He sido testigo de tu habilidad para fregar un plato, así que creo que podemos encontrar un lugar para que ayudes a la cocinera.

—¿Estás seguro que es una buena idea? En la cocina tendré acceso a todos los tomates.

—¡Mmm! —Benedict se frotó la barbilla, fingiendo pensar en lo que había dicho.

Me incliné y besé su barbilla, robándole su atención. Desenredándome, tomé su mano y lo arrastré hacia la casa.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A la cocina, por supuesto —dije, como si fuera lo más razonable.

La risa fuerte y retumbante de Benedict provocó escalofríos en mi piel y una amplia sonrisa en mi rostro. Me detuvo de un tirón y me abrazó, besándome profundamente.

—Podemos ir a la cocina, mañana.

—¡Oh, muy bien! —Y lo besé de nuevo.

El fin.

Honorablemente comprometida

Kasey Stockton

Capítulo 1

Marianne

Londres, 1818.

"Tonterías, esto no tiene sentido, Mari". Me regañé a mí misma, alisando el billete de diez libras, que tenía sobre mi regazo. La luz se coló por la ventanilla empañada del carruaje y brilló sobre la tinta, desplazándose por el sello del Banco de Inglaterra, en la parte superior. "*El señor Marbury no tiene motivos para rechazar esto"*.

Mis nervios bailaban, ante la inminente confrontación, que me esperaba al otro lado de la puerta pintada de burdeos de la oficina del editor, pero aún no había abandonado la seguridad y la paz de mi carruaje. Con los ojos pegados al insultante trozo de papel que tenía en mis manos (apenas diez libras), ignoré los sonidos del tráfico, en la transitada carretera. Había cascos golpeando, cuero crujiendo y ruedas rodando. Tenía una oportunidad de expresar mis deseos, y por supuesto, esta vez no la desaprovecharía.

—Señorita, ¿usted ha cambiado de opinión? —preguntó Keene, mirándome con ojos esperanzados y redondos, en su asiento frente a mí. Mi doncella se había opuesto a esta salida, desde el primer momento.

—¡No! —Doblé el papel cuidadosamente sobre sus arrugas desgastadas por el tiempo, y volví a meter las diez libras, en mi bolso, apretando los cordones una vez más—. Pero no tiene que acompañarme. Espéreme aquí. —Abrí la puerta de un empujón y bajé sola. Estaba acostumbrada a hacer muchas cosas por mi cuenta, y afortunadamente, en esta parte de la ciudad, nadie me censuraría.

—Pero...

—Espéreme aquí —repetí, volviéndome para mirar a mi ansiosa doncella—. Volveré en breve.

Cerré la puerta de golpe y me tapé la cara con el velo de encaje azul. Quizás tenía cierta confianza en mi capacidad para permanecer anónima, en este lugar de Londres, pero yo no era tonta. Todavía mi reputación es importante… Por ahora.

La campana sobre la puerta sonó, anunciando mi llegada, y un hombre levantó la vista de su escritorio, que estaba apoyado contra la pared. Era joven y delgado, luciendo como el secretario.

—¿Puedo ayudarla, madame? —dijo con voz nasal.

—Necesito una audiencia con el señor Marbury, por favor.

—¿Usted tiene una cita?

"Efectivamente, él es el secretario". Lo pensé acertadamente.

—No. Pero, él me recibirá. —Tenía esperanza y confianza en mí misma.

El hombre se puso de pie, mostrando una tardía demostración de caballerosidad.

—¿Quién lo llama?

—Una mujer con la que deseará mucho hablar.

El secretario parecía inquieto. Acaso, ¿mi velo resultaba desagradable? ¿O simplemente era por mi sexo?

—Pregúntele al señor Marbury, si usted no me cree —lo desafié.

El hombre se alejó corriendo, probablemente para hacer precisamente eso. Aplasté la tentación de jugar con el cordón de mi bolso. Mi madre me había enseñado a comportarme como

una dama, y hasta ahora lo había hecho de manera impecable, a pesar de la difícil situación actual.

Tenía la sensación que mi solicitud no sería concedida, aunque felizmente para mí, el secretario me iluminó el camino directo hacia el hombre que buscaba. Lo seguí por el corto pasillo, y me detuve frente a una puerta, en cuya placa dorada, leí:

"Señor Marbury, editor".

Acaso, ¿no es necesario haber escrito libros para obtener ese título? Esta era casi una broma lo suficientemente divertida, como para provocarle un ataque de risas a cualquiera, pero reprimí mi tentación a expresar esta ironía.

La puerta cedió fácilmente, revelando al delgado secretario, parado frente a un escritorio de roble, demasiado grande, con un hombre corpulento, descansando frente a él con unas patillas tan largas, como para rivalizar con las de mi gato.

—Señor Marbury. —Reuní toda la falsa confianza que pude fabricar, en ese momento, y entré en su oficina—. Es muy importante que yo hable con usted.

El señor Marbury me miró a mí y luego al secretario con sus mejillas sonrosadas visibles, debajo de sus patillas temblorosas.

—Madame, usted no ha concertado una cita.

—No ha sido por falta de esfuerzos. —Le envié una breve sonrisa, y me senté frente a su escritorio, quitándome los guantes, un dedo a la vez. Quizás esto era innecesario, pero esperaba hacerle entender, que no tenía intención de irme hasta que hablara con él.

Una mirada se dibujó en su rostro. ¿Resignación? El secretario se dio por vencido, retirándose al pasillo. Esperé hasta que la puerta se cerró con un clic detrás de él, antes de poner los guantes en mi regazo, y levantar el velo para que descansara sobre mi sombrero.

—Madame, aquí no nos dedicamos a publicaciones periódicas.

Al parecer, él no me reconoció. Supuse que tres años podían hacer mucho para madurar el rostro de una mujer joven, pero de todos modos, esto me dolió. ¿Me había descartado de su mente tan fácilmente, como a mi manuscrito?

—Lo sé muy bien. Usted apenas se dedica a las novelas.

Esto lo hizo enfadar. Se apoyó en su silla con la boca apretada hacia abajo. Era la misma expresión, que tuvo después de nuestra presentación inicial, cuando entré en su oficina por primera vez, y descubrió que la autora del manuscrito, que había comprado por correspondencia, *"M. H."*, era una mujer.

Hoy no tenía necesidad de crearme un enemigo. Debía reprimir mi lengua.

Él sacó un reloj de cadena larga del bolsillo de su chaleco y miró la hora.

—En breve, tengo una reunión con un cliente, que concertó una cita… Indique su motivo.

En otras palabras, él me manifestó que procediera con prisa. ¡Muy bien! ¡Sí! Podía hacerlo. Sin embargo, no me molestaría en responder a su pulla, porque habría estado más que feliz de concertar una cita, si él hubiera respondido a mi carta. No obstante, encontrar tiempo lejos de mi madre para participar en reuniones clandestinas era difícil de planificar con antelación, así que esto había funcionado a mi favor. Aunque la salida que ella desaprobaría por completo fue más fácil de organizar, en este momento.

Lo examiné con la mirada más directa que pude. Por supuesto, yo tenía la desventaja de ser mujer. Ahora que mi futuro pendía de un hilo, esperaba que al menos él me escuchara, pero parecía más probable que cerraría los oídos.

—Usted posee los derechos de mi novela y todavía no ha hecho nada con ella. Me gustaría

volver a comprarla. —Saqué el billete de diez libras de mi bolso y lo alisé sobre el escritorio que tenía por delante—. Estoy dispuesta a pagar la suma que me pagaron, junto con otras cinco libras por su tiempo. —Me dolió hacerlo, pero saqué un segundo billete y lo añadí al primero.

El señor Marbury me miró a mí y luego a los billetes, entrecerrando los ojos.

—¿'Eme Hache'?

—Sí. —No me convenía darle mi nombre completo, Marianne Hutton, pero él tenía razón al adivinar cuál de sus novelas estaba acumulando una capa de polvo, en su estantería. Le sostuve la mirada, imitando a mi padre, durante una partida de ajedrez—. ¿Le conviene este acuerdo?

—No. —Se pasó una mano regordeta por la barbilla.

—¿Perdón?

—No. No le venderé los derechos, madame 'Eme Hache'.

Nunca antes me había sentido como un salmón, pero ahora me costaba mantener la boca cerrada.

—Compré el manuscrito legalmente —continuó—, y es mío para hacer con él lo que crea conveniente.

¿Mi historia solo era apta para un armario oscuro? No lo creía así, cuando se la envié inicialmente.

—Ha tenido el manuscrito en su posesión durante casi tres años, señor. Si no publica la novela, yo encontraré a alguien más que lo haga.

—Me temo que eso está fuera de cuestión.

—¡Santo Cielo! ¿Por qué? ¿No querrá decir que mantiene la intención de publicarla? —A pesar de la incompetencia demostrada del señor Marbury, mi pecho se hinchó con un mero atisbo de esperanza.

—Por el momento, no… No tengo un minuto libre para otro proyecto. Estoy totalmente ocupado con otro autor. Un hombre que llegará en cualquier momento, y usted está ocupando su asiento.

Por supuesto, él está trabajando con otro autor, quien produce demasiado dinero, y ese hombre exige toda la atención y dedicación del señor Marbury. Otro autor, cuyo libro se publicó, poco después que se suponía que se publicara el mío. Mi pecho se hinchó de rabia y disgusto.

—¿Usted habla del señor Dalton Henry, supongo?

El hombre no lo admitió, pero su frustración adicional lo delató. Saqué los billetes de su escritorio y los doblé de nuevo, guardándolos en mi bolso con desagrado. Me bajé el velo para ocultarme la cara, poniéndome de pie y colocándome los guantes con deliberada lentitud. Despreciaba al autor, que me había robado mi puesto ante el editor, y su atención. La tentación de quedarme un rato y echarle un vistazo al culpable era demasiado grande. Dalton Henry probablemente era un hombre bajo, delgado y pálido, debido a tiempo que seguramente pasaba en su casa, escribiendo novelas sobre antiguas batallas y otras disputas. Arrugué la nariz, reflejando mi malestar. Nada en esta oficina me resultaba atractivo. Ni la persona que la dirigía, ni los hombres con los que él trabajaba.

—¿Eso es todo? —dijo el señor Marbury, tratando de empujarme hacia la puerta.

—Si quince libras no son suficientes. Entonces, ¿cuánto quiere usted?

Él exhaló un suspiro de impaciencia.

—Como lo dije antes, todavía tengo pensado publicar la novela.

—*¿Eventualmente?*

—Sí. —Él estuvo de acuerdo.

—Pero eso no es suficiente para mí, señor. —*Eventualmente* no me proporcionaría un

ingreso para mantenerme. Además, *eventualmente* no pondría mi historia en los estantes de las tiendas de libros y las bibliotecas. Y e*ventualmente* no me liberaría de mi vida de la alta sociedad, que me agobiaba y limitaba considerablemente.

Recordé que me obligaban a coser muestrarios, o a atender a los invitados, en las cenas de de mi madre, esforzándome más de lo necesario. Esas ideas eran suficientes para aumentar esa marea de temor inquieto dentro de mí. Había trabajado duro, durante los últimos años, para ser la hija perfecta. No había pedido nada y fui devotamente obediente. Ahora tenía un plan. Sin embargo, el señor Marbury, con sus largas patillas y sus ojos duros, se interponía en mi camino.

—Cincuenta libras —le prometí. No tenía cincuenta libras, pero eso no venía al caso. Tal vez pudiera convencer a mi padre, que me prestara ese dinero.

—No. —Sus cejas canosas se alzaron.

—Cien libras. —Tragué saliva. Ahora, ¡sí había perdido la cabeza! Pero recuperaría el dinero, si el libro se publicaba en otro lugar, estaba completamente segura de esto.

El aire estaba cargado, y pude ver la reflexión pasar por el rostro del señor Marbury. Mis manos se apretaron en puños tensos. ¡Estaba cerca de mi objetivo! Había abierto la boca para seguir hablando, cuando sonó el fatídico timbre, indicando que alguien había entrado al edificio por la puerta principal. El señor Marbury cerró los labios de golpe, sacudiendo un poco la cabeza como para despejarse.

—¡No!

Casi que me devolvieron mi manuscrito. Me di cuenta de eso. ¡Estuve tan cerca!

—Mi cliente está aquí, madame. Si es tan amable de permitirme acompañarla hasta la puerta.

Nuevamente, su cliente, el autor de aventuras Dalton Henry, me estaba arruinando mi vida.

—Si usted cambia de opinión...

Su mano se posó en mi espalda y me condujo suavemente hacia el pasillo.

—No cambiaré de opinión.

Me aparté de su alcance y levanté la nariz para avanzar, ante él, con la educación y el refinamiento propios de mi posición, tal como mi madre me había enseñado a hacer, aunque estaba dejando mi alma, en las garras del señor Marbury. Él rechazó mi oferta, pero ese no sería el final de este asunto. Conseguiría una suma lo suficientemente grande, como para tentarlo aún más, y volvería con los billetes para presentar una oferta viable.

Dos hombres estaban de pie, ante el escritorio del secretario, en la entrada. Noté con un sobresalto que, si bien uno de ellos era ciertamente estrecho y se encontraba en el lado más pálido del espectro de la tez (el secretario), el otro era su opuesto en todos los sentidos. Alto y de hombros anchos con el pelo castaño y rizado, parecía despeinado, a pesar de sus evidentes esfuerzos por domar sus salvajes mechones. Sostenía el sombrero en una mano y una pila de papeles en la otra. Acaso, ¿ese era Dalton Henry? ¿El famoso autor? No era bajito, tampoco era pálido, y de ninguna manera parecía un hombre que escribiera sobre aventuras, simplemente porque no podía vivirlas por sí mismo. La postura relajada y el porte formidable de este caballero hablaban de estatus y prestigio. Su sensación de comodidad, en su propio ámbito, era prueba que había visto algo del mundo.

Si su sensación de importancia era resultado de su éxito como autor, él caería aún más bajo en mi estima. Curiosamente, yo deseaba que no fuera así.

—¡Ah! Señor Henry. —La tonta sonrisa del señor Marbury me agrió el estómago—. Si me da un momento, estoy casi listo para reunirme con usted.

El señor Henry volteó hacia el editor. En el momento en que nuestras miradas se cruzaron,

mi estómago se hundió hasta el suelo de madera. A pesar del velo, que cubría mi rostro, sus ojos se iluminaron al reconocerme, y reprimí la maldición poco femenina que bailaba en mi lengua.

Realmente, no era el señor Dalton Henry que esperaba, un destacado autor y un completo desconocido para mí. No, ¡era Henry Bradwell! Un caballero y amigo de mi familia desde hacía mucho tiempo.

"¡Oh, maldición!" Ahora sí me encontraba en un verdadero dilema.

Capítulo 2

Henry

El señor Marbury no podía culparme por esforzarme en prestar atención a su monólogo, mientras todavía me recuperaba del shock de ver a Marianne Hutton, en su entrada, sola y con una especie de disfraz. Me consideraba un hombre inteligente, en general, pero mi mente no pensaba en una sola razón para su presencia, que presagiara algo bueno para mí. ¿Qué hacía ella allí? ¿Dónde estaba su doncella? ¿Su lacayo? ¿O su madre? Además, ¿mi secreto ya no estaba intacto?

—¿El señor Henry?

Nunca dejaba de resultarme extraño que me llamaran por el seudónimo que había adoptado para mis novelas. Para todas las personas, excepto para mi editor, yo era simplemente Henry o Bradwell, y había querido que siguiera siendo así. No obstante, ¿la señorita Hutton revelaría la verdad, a todos? ¿Llegaría la noticia de mi secreto, a mi madre?

—¿El señor Henry? —volvió a decir el señor Marbury con la paciencia cada vez más escasa.

—Perdóneme. Mi mente se ha ido de las manos. —Me enderecé en mi asiento—. ¿Qué decía?

—No podemos competir con las novelas románticas... *Orgullo y prejuicio... Sentido y sensibilidad*… Hace tiempo que tienen el monopolio de las ventas, y nos convendría modificar nuestro enfoque para atraer mejor a todos los lectores.

—¿A todos los lectores?

—Tal como usted escribe, cuenta historias aptas solo para hombres.

—Por supuesto que sí. ¡Esa es mi intención! —Sin embargo, las cejas levantadas del señor Marbury indicaban que él quería algo diferente—. ¿Le gustaría que también fuera apta para mujeres?

—De hecho… —Él se inclinó hacia delante en su silla—. Muchas novelas cuentan aventuras y amor simultáneamente. ¿No puede hacer lo mismo?

—No... Mis historias no pueden. No tengo ni la menor idea de cómo escribir una historia de amor. ¡Cielos! Quiere una reescritura completa de mis obras literarias, ¿no? —Mi mirada se desvió hacia el manuscrito terminado, que estaba sobre el escritorio entre nosotros—. ¿Usted insinúa que mi próxima novela será...?

—No será la próxima, señor Henry. ¡Es esta! —Le dio un golpecito con un dedo grueso—. No podemos esperar obtener las ventas, que deseamos, sin atraer a la población en general.

—Eso llevará tiempo.

—Puede quedársela. No debería ser demasiado problema. Solo tiene que añadir una mujer de la que su personaje se enamore.

Él quería que añadiera orto personaje, ¡y femenino! Como si esto fuera tan sencillo como poner una pera más en el plato, o colocar una segunda manta sobre la cama. El trabajo que tenía por delante era abrumador. Por no hablar del hecho que no sabía cómo escribir sobre una mujer de la que mi personaje se enamorara. No era algo con lo que tuviera experiencia ni estaba dispuesto a hacerlo.

Había una mujer, a la que había considerado románticamente, pero ella se había casado con mi hermano, y ahora ya no la tenía en esa consideración romántica. Esa era la que me gustaba.

Incluso ella es firme y segura de sí misma.

"Soy totalmente carente de sensibilidad femenina".

—No estoy seguro de poder hacerlo, señor Marbury.

—Me temo que necesito que lo haga. —Su sonrisa se desvaneció.

La amenaza se cernía pesadamente en esas palabras. Debía hacer los cambios, o él no publicaría mi libro. Él tenía que estar mintiendo. No se quedaría sentado sobre un manuscrito, que tenía el potencial de traerle dinero, ¿cierto? Sin embargo, su expresión decía lo contrario. Supuse que lo mínimo que podía hacer ahora era intentarlo.

—Bueno, haré todo lo posible.

—Muy bien, señor Henry. ¡Muy bien!

Me puse de pie, ansioso por irme. Necesitaría idear alguna excusa para pasarme por casa de los Hutton sin anunciarme. No podía ir a visitar a Marianne y pedirle que me acompañara en un paseo sin incitar rumores, pero necesitaba hablar urgentemente con ella. No, no era solo hablar. Debía rogarle que olvidara que alguna vez me vio en una editorial.

Deslicé mi sombrero sobre mis rebeldes rizos y tomé de nuevo mi manuscrito.

—Tendrá mi respuesta dentro de seis meses.

—¿Su respuesta?

—Sobre si soy capaz o no —le expliqué.

Ahora el señor Marbury lucía realmente incómodo e insatisfecho. No se había manifestado de esa manera, cuando entré a su oficina.

—Tres meses… Para entonces, usted deberá saber si es posible.

—Muy bien. Buenos días, señor —asentí una vez.

"¿Tres meses para una reescritura completa con un personaje adicional, y una nueva historia romántica? ¡Marbury se volvió loco!"

El aire fresco de la primavera me recibió, cuando salí corriendo, buscando en la calle un carruaje para alquilar. Había pasado mucho tiempo desde la última vez, que había ido a la casa de los Hutton, y no estaba seguro de poder recordar dónde la misma se encontraba, lo que significaba volver a casa para buscar la dirección primero. Me dolían las extremidades y las mismas zumbaban como un enjambre de abejas.

"¿Y si la señorita Hutton ya anunció a toda su familia que yo soy...?"

—¿Señor Bradwell?

Di la vuelta y me encontré, cara a cara, con la misma mujer que había estado esperando ver. Era más baja de lo que recordaba, su cabello oscuro estaba recogido y permanecía escondido debajo de su sombrero. Sus ojos castaños resplandecían, chisporroteando como un fuego recién encendido, y no eran menos brillantes por el velo que los cubría.

—Marianne Hutton.

—Así que es cierto. ¡Usted es Dalton! —Sus labios se apretaron en una línea plana.

—No —dije, aunque ambos sabíamos que esta era una mentira descarada. Miré a nuestro alrededor, pero nadie parecía prestarnos atención—. No hable de eso aquí, por favor. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

Ella me miró con astucia. Conocía a esa mujer de toda la vida (nuestras madres eran queridas amigas), pero no la había visto a menudo y tampoco la conocía bien. La verdad era que Marianne Hutton era una auténtica desconocida, pero en todos nuestros años de relación, jamás había pensado en ella, como algo más que de voz suave y buenos modales. Nunca antes la había visto tan descaradamente enojada.

Hizo un gesto hacia la calle.

—Mi carruaje está justo allí y mi doncella está esperando adentro. Puedo llevarlo a su casa, si usted quiere.

¿Era eso del todo apropiado? Incluso con la presencia de su doncella, me pregunté, sabiendo que a su madre no le gustaría esto. Pero ella no parecía preocupada por el decoro, y yo necesitaba privacidad para pedirle silencio.

—Eso es muy agradable, gracias.

La señorita Hutton me guió hasta su carruaje.

—Dígale a Clayton a dónde le gustaría ir.

Le abrí la puerta, pero ella no aceptó mi mano, sino que subió sola, agarrándose la falda para no tropezar. Le di mi dirección al cochero y seguí a la señorita Hutton hasta el carruaje, sentándome frente a ella y la doncella, cuyo aspecto era nervioso. Cuando la puerta se cerró, ella se levantó el velo y desató los cordones de su sombrero, quitándose el sombrero de la cabeza. Se lo dio a su doncella, que sacó un sombrero diferente de la caja de sombreros, que tenía en el regazo (sin velo), y la señorita Hutton lo ató, en su lugar, asegurando el lazo a la izquierda de su barbilla.

Marianne era realmente encantadora, en todos los sentidos, excepto en su actitud. Su nariz recta se arrugó, mientras se acomodaba en su asiento, y me miraba, como si yo estuviera perfumado con estiércol.

Yo sabía que ella olía muy bien, así que la causa de su disgusto no estaba clara.

—¿Deseaba hablar en privado? —preguntó, mientras el carruaje se balanceaba al incorporarse a la carretera, y se unía al tráfico.

Miré a su doncella.

—Keene es el alma de la discreción. Se puede confiar en ella.

No se podía confiar en ningún sirviente, pero no discutiría ese punto. ¿Qué opción tenía?

—Nadie lo sabe, señorita Hutton.

Ella parecía desconcertada, sus hombros se balanceaban ligeramente con el movimiento del carruaje, antes que su frente se aclarara.

—Se refiere al seudónimo.

—De hecho. Nadie lo sabe.

—¿Ni su familia?

—Ni siquiera ellos.

—Usted desea que siga siendo así.

—Lo deseo. —Pellizqué los bordes de mi portafolio, sosteniendo sus ojos marrones—. Confío en su discreción.

La señorita Hutton se recostó contra los cojines y sintió que algo la reconfortaba.

“¿Ella se siente aliviada? ¡Qué extraño!”

Hizo una pregunta:

—¿Cuánto tiempo lleva con Marbury?

—Algo más de tres años.

—Como pensaba —murmuró ella.

—¿Le pido perdón?

—Usted quiere que guarde su secreto, lo cual es bastante fortuito… Pero, necesito un favor suyo.

Keene miró a la señorita Hutton con inquietud.

—¿No querrá insistir más? —le preguntó tímidamente.

—Haré lo que deba hacer. —La señorita Hutton volvió a fijar su mirada en mí, y parecía

más decidida de lo que cualquier persona tendría derecho a estar. Ella era intimidante, y yo no podía negar eso. Temía lo que estaba a punto de pedirme—. ¿Está de acuerdo en que tiene una influencia significativa con el señor Marbury, no?

—¡No! —Incluso si fuera así, no estaría reescribiendo mi novela para incluir un romance.

—Podemos estar de acuerdo en estar en desacuerdo, en ese aspecto. ¿Usted estaría de acuerdo, en que su editor quiere mantenerlo feliz? —Ella frunció el ceño.

—Sí, esa es una evaluación justa.

—¿Diría que lo escucha? —preguntó.

"¿Realmente lo hace?"

—Supongo que sí.

—Entonces, prometo guardar su secreto, si acepta ayudar a que mi novela se publique.

Me atraganté, tosiendo.

—¿Eso es lo que usted estaba haciendo allí? ¿Intentando publicar una novela?

La tranquila y suave señorita Hutton había escrito un libro, reuniéndose con un editor por su cuenta. ¿Sin su padre u otro hombre que la apoyara?

—No exactamente. Estaba intentando recuperar mi manuscrito del señor Marbury, y él se negó… Si no quiere venderme los derechos de mi novela, entonces usted podría convencerlo que la publique. —Miró hacia la ventana, y sentí que esto era una gran dificultad para ella.

—¿Ya él le pagó por esa novela?

—Sí. —Me observó detenidamente—. Hace tres años.

No me di cuenta que el carruaje se detuvo, sorprendido como estaba por su admisión. La forma directa en que lo dijo no podía ocultar su irritación hacia mí, o la importancia que le daba a esos tres años. ¿Me culpaba porque su novela permanecía sin publicar? Seguramente, reconoció que yo no tenía nada que ver con eso. En fin, Marbury tomaba esas decisiones, por su cuenta.

No podía argumentar que era demasiado tiempo para esperar. Se me agotaría la paciencia, si estuviera en su lugar. Pero el punto que me pesaba ahora era el rol de Marbury en esto: estaba muy claro que él estaba dispuesto a quedarse con su manuscrito. Ciertamente, esto aumentó mi deseo de tener éxito con mis esfuerzos de reescritura, rápidamente.

—Exactamente, ¿qué necesita de mí, entonces? —pregunté.

—Quiero que use su influencia para que mi libro se publique. El señor Marbury se negó a venderme los derechos, pero al ritmo que avanza, mi libro nunca verá la luz del día.

Debía haber alguna razón por la que aún no haya publicado una novela por la que había pagado. Podía hablar con el hombre, pero ella estaba pidiendo algo que estaba más allá de mi poder.

—No puedo hacer ninguna promesa.

—Pero, ¿usted puede hacer el esfuerzo? —Se encogió de hombros levemente.

—Si hago eso, ¿usted guardará mi secreto?

—Sí —lo dijo, mirándome con sinceridad.

Mi cuerpo estaba tenso. A grandes rasgos, yo no era un hombre sociable, y estar sentado tanto tiempo, en compañía de una mujer, que no conocía bien, a pesar de la amistad de larga data de nuestras familias, era agotador. Hablar del tema de su novela con Marbury también fue demasiado fatigoso. Aunque todos estos esfuerzos valdrían la pena para prolongar mi anonimato.

—¿Cómo puedo comunicarme con usted después de hablar con él?

—¿Asistirá a algún evento social la semana que viene?

—Supongo que ahora no tengo otra opción, si vamos a comunicarnos de manera informal.

—La idea de bailes, fiestas o cenas de la sociedad me resultaba repulsiva. A menudo asistía a ellos, cuando estaba en el campo para apaciguar a mi madre, pero ella no estaba aquí con nosotros ahora, y no había nadie que me obligara a hacerlo. Por otro lado, mis hermanos encontrarían extraño, si de repente mostrara interés en la alta sociedad, pero como ellos tampoco estaban aquí, eso no tenía importancia. Además, ¿qué otra opción tenía?

—Es una ventaja que nuestras madres hayan seguido siendo amigas, durante tantos años, señor Bradwell. No se considerará extraño que nos busquemos para conversar.

Un lacayo abrió la puerta y me miró expectante. Habíamos llegado a mi casa, por lo que parecía. El viaje fue más rápido de lo que me había dado cuenta, y todavía tenía preguntas para la señorita Hutton. Esta mujer había escrito un libro, vendiéndoselo a un editor, y yo había asumido que no le interesaba nada más que aprender nueva música para tocar el pianoforte, o dedicarse a un proyecto de bordado terminado.

—¿Cuál es la naturaleza de su novela, señorita Hutton?

—Romance. —Sus labios se curvaron en una sonrisa cansada—. Si Marbury no desea continuar, encontraré a otra persona que sí lo haga. No pretendo encontrar mi propia historia increíble. Ciertamente, no es *Persuasión*. Pero sí creo que podría hacer sonreír a muchas caras, si se le diera la oportunidad.

—Su dedicación es impresionante.

—¿Porque soy mujer? ¿Mi dedicación sería menos impresionante, si fuera hombre?

Sí. Eso era exactamente lo que había pensado. La mayoría de las mujeres que conocía no perseguirían nada de esta naturaleza. Se enfurecerían en privado por su frustración, y lamentarían su mala suerte.

—Me impresiona que usted está persiguiendo algo que le importe tanto.

—Espero no verme obligada a perseguirlo por mucho más tiempo.

Y ella confiaba en mí para que sucediera de esa manera.

—Hasta que nos volvamos a encontrar. —Salí del carruaje y le hice una reverencia, volviendo a ponerme el sombrero en la cabeza.

—¡Oh! ¿Señor Bradwell? … El señor Marbury no sabe mi nombre completo. Mi manuscrito está a nombre de ‘Eme Hache’.

—¡Entendido! —El lacayo cerró la puerta, saltó a la parte trasera del carruaje, y ellos se fueron. Me quedé en la calle, mirándola irse. Un pequeño zarcillo de inquietud se enroscó en mi cuerpo. Todavía no estaba completamente a salvo. ¿Y si no podía hacer ningún progreso con el señor Marbury? ¿Estaría la señorita Hutton dispuesta a ayudarme a mantener mi anonimato? No me había parecido que fuera una mujer rencorosa, pero yo no conocía la naturaleza de su carácter, más allá del hecho que me consideraba de algún modo responsable de la falta de publicación de su obra. Mis palmas se humedecieron al apoyarlas en la carpeta, que contenía mi manuscrito, imaginando cómo me enfrentaría a mi familia, si esto se supiera. De hecho, ¿cómo me enfrentaría a la sociedad, en su totalidad? Negué con la cabeza y subí las escaleras. ¡Todo esto se solucionaría! No obstante, debía atender una cosa a la vez.

Capítulo 3

Marianne

A menudo, la biblioteca de mi padre era un refugio para mí, y los cuatro días transcurridos desde que vi al señor Bradwell habían hecho necesario su uso frecuente. Esperar noticias de ese hombre resultó ser excesivamente agotador. Todavía no podía concebir que Henry Bradwell fuera un autor de novelas tan queridas. Mi padre tenía un libro de Dalton Henry, pero yo nunca lo había abierto. ¿Quizás por rencor? Mi frustración por haber sido ignorada por ese editor, mientras mi libro languidecía en los estantes de Marbury, no era ningún secreto para mí.

Bueno, era un secreto para todo el mundo, pero no era algo que yo pudiera esconder a mí misma.

Julia asomó la cabeza por la puerta, con su fichu ligeramente torcido por el niño que descansaba sobre su cadera, y la mano regordeta de él, agarrando su escote.

—Pensé que te encontraría aquí. ¿Tienes un minuto?

—Tengo muchos. —Me levanté y extendí ambos brazos hacia mi sobrino, que vino a mí voluntariamente. Volví a sentarme, haciendo rebotar a Frederick sobre mi rodilla—. ¿Cómo has estado durmiendo?

—Mejor, un poco. —Se sentó en la silla, reclinándose en una posición poco femenina—. Me gustaría que él fuera con la niñera, pero no quiere a nadie más que a mí, y nunca me abandona a una hora decente.

—Las pesadillas no juegan con los caprichos de las madres.

—No —dijo Julia, abriendo los ojos para reiterar su punto—. No lo hacen.

—¿Gatito? —preguntó Frederick, sin tener en cuenta que él era el centro de nuestra conversación.

Me puse de pie, lo equilibré sobre mi cadera y escudriñé los estantes hasta que mi mirada se posó en una masa de pelo gris a rayas.

—Allí —susurré, señalando hacia arriba—. ¿Ves al señor Darcy?

—¡Gatito! —Frederick se movió hasta que lo puse en el suelo, y él se tambaleó hacia la estantería, donde mi gato estaba durmiendo la siesta. Levantó ambas manos en el aire y saltó, como si pudiera alcanzar los seis pies que lo separaban del escondite del felino.

—Se quedará así durante horas —manifestó Julia, bostezando. —Espero que tu gato no se despierte pronto.

Me senté de nuevo en la silla, y metí los pies debajo de mí.

—¿Cómo está el señor Walding?

—Muy lejos —dijo Julia con un puchero—. Hubo una inundación en Dorset, y él se fue a evaluar los daños en nuestra casa, y a ver a los inquilinos. No espero que regrese por un tiempo.

—Rezaré para que tenga que hacer reparaciones mínimas.

—¿Has pensado en adquirir un señor Walding propio?

—¿Quieres que yo compre a tu marido?

—No seas tonta —replicó ella.

Mi hermana y yo siempre habíamos sido muy unidas. Ella solo tenía dos años más que yo. Aunque se había casado con el señor Walding hacía cinco años, lo que cambió un poco nuestra relación. Sin embargo, a pesar que hacía tiempo que yo estaba en edad de casarme, no había seguido ese camino hacia el matrimonio inmediato. Ahora, a los veintitrés años, yo era una

auténtica solterona, a los ojos de mi madre.

—Mi soltería no se debe a que no haya intentado encontrar marido.

—Eres joven, Mari. No puedes decir que eres solterona, todavía no… —Julia se rió.

—Dudo que mamá comparta esa opinión.

—Ella solo quiere que seas feliz. —La compasión brilló en los ojos de Julia.

Para mí, la felicidad era escribir, crear una historia y experimentar el crecimiento, a través de los personajes. No era desempeñar incesantemente el papel de anfitriona ni preocuparme por la disposición de los asientos, ni los pedidos de velas y tampoco averiguar quién iba a pagarle al carnicero. Yo quería amor, hijos y una casa propia, pero no quería ser ama de casa.

Por eso, no había descartado por completo la posibilidad de no casarme nunca. Un ingreso considerable por mis novelas y una casa, en el campo, me vendrían mejor que organizar fiestas por el resto de mis días. Hasta que tuviera el coraje de discutir esta opción con mis padres, seguiría haciendo todo lo posible por ser su hija casi perfecta.

—El señor Jacobson era agradable —expresó Julia con cuidado—. Guapo y educado. Nunca te pisó los pies, mientras bailabas ni te obligó a ir a buscar tu propio refresco.

—Es educado, pero tiene aspiraciones políticas.

Julia me miró fijamente.

—¿Cuándo empezamos a sentir antipatía por los políticos?

—Nunca… Pero ser la esposa de un político sería incómodo para mí.

Ella pareció considerar mi breve opinión.

—Esto requeriría tener gusto por ser anfitriona. Sé lo mucho que te disgusta esa posibilidad.

—¡Gatito! —gritó Frederick sin dejar de saltar. El señor Darcy se reclinó sobre unos libros, sin abrir un ojo.

—¿Y el capitán Neal? —preguntó Julia.

Últimamente él había sido muy atento conmigo. Era bastante atractivo con su pelo castaño rojizo y su nariz torcida y rugosa, pero ahí terminaban sus virtudes.

—Es un marinero… Me niego a vivir en un barco.

—Tu disgusto por el océano es tan injusto —destacó ella—. ¿Y el señor Ferrars? —Ella me desafió.

—Tiene demasiadas hermanas. Sus familias se visitan constantemente.

—No sabía que también nos disgustaban las hermanas.

—Esa no es la cuestión. —Le hice una mueca irónica.

—Entonces, ¿no te gustaría casarte? Simplemente, ¿no deseas un marido, que te obligue a hacer todas las cosas, que normalmente se le pide a una esposa que haga?

—¡Tus razonamientos son injustos! —protesté. Aunque, en cierto sentido, supuse que ella tenía razón.

—Solo intento comprenderte. —Abrió los ojos con inocencia.

—¿Por qué? ¿Quieres que me case pronto y le proporcione a Frederick unos primos pequeños?

—¡Eso es! Y mamá me preguntó si entendía por qué vacilas tanto a la hora de elegir un esposo… Ya cuentas con una buena cantidad de pretendientes elegibles, como los has tenido en las últimas temporadas, pero no te interesa ninguno de ellos. Tienes la suerte de tener unos padres tan indulgentes, que te permiten elegir a tu propio marido. Tengo muchas amigas, a los que no se les habría permitido comportarse de esta manera.

Por supuesto, ella estaba reuniendo información para pasársela a mamá.

—Eso fue muy astuto de tu parte, Julia.

—Habría sido astuta, si nunca hubiera admitido mi propósito al mantener esta conversación. Mamá no entiende por qué no aceptaste al señor Jacobson, y piensa que pareces más interesada en el capitán Neal… Ella está casi al borde del abismo, tratando de encontrar un esposo que te pueda apaciguar. ¡Eres una chica quisquillosa! Ella me lo dijo con cierta frustración.

—¿Quisquillosa? —Mis ojos buscaron el techo, esperando encontrar paciencia en los paneles de allí arriba.

—Adam está casado y vive feliz en Kent. Yo estoy casada y estoy contenta. Tú eres la única hija que queda. Si algo le pasara a mamá y papá, ¿qué sería de ti?

—Aceptaría un puesto de institutriz para mi dulce sobrinito.

—Sabes bien que no necesitarías tener una ocupación para vivir con nosotros, pero eso no viene al caso. Una vez que estés casada y tengas tu propia casa, mamá dejará de preocuparse por tu futuro.

Nunca antes me lo habían dicho tan claramente. Podía entender lo atractivo que es para una madre tener a todos los hijos cómodamente ubicados. Me percaté por qué mi madre había organizado tantos bailes, cenas y fiestas, en nuestra finca de campo. Incluso ella me había preguntado, si me encontraba incapaz de elegir marido por mi cuenta. Aunque fue un alivio cerciorarme que sus motivaciones no eran tan ofensivas.

Mis dedos juguetearon con un hilo deshilachado en la tapicería de la silla.

—Tal vez la razón por la que todavía no he encontrado un esposo es porque los caballeros que mamá elige para mí son aficionados a los eventos sociales. La idea de quedarme en Londres, y ser anfitriona por el resto de mi vida es agotadora.

Julia levantó la vista, pensativa.

—¿No puedes encontrar a un hombre tranquilo, en el campo, entonces? El señor Walding y yo asistimos a cenas o a bailes íntimos de vez en cuando, pero no tanto como uno esperaría en la ciudad.

—Supongo que sí. —¿No lo había estado haciendo ya? Era obediente, prestando atención a cada caballero elegible, que mamá me dirigía hasta que decidía, si su estilo de vida encajaba con mis gustos. La mayoría de las veces no era así.

Miré a Julia. Su rostro, en forma de corazón, estaba fijo en mí y las sombras se acumulaban bajo sus ojos. Su hijo la había mantenido despierta tan a menudo últimamente, que estaba agotada, lo cual entendía, pero eso estaba empezando a pasarle factura. Supuse que ella no cambiaría el sueño por Frederick. Aunque valía la pena sacrificarse por algunas cosas.

—¿Por qué no le has contado a mamá tus opiniones? Ella podría haber modificado su búsqueda, si hubiera sabido de tu fuerte aversión por el entretenimiento.

Esa era una pregunta válida.

—¿No es el deber de una hija ser obediente? Mamá eligió al señor Walding para ti, y no conozco otra pareja más adecuada, ustedes son el uno para la otra. Hizo lo mismo con Adam y Harriet, y también forman un matrimonio por amor.

—Quiero que tengas ese mismo amor. —Los ojos de Julia se llenaron de nostalgia—. Es el sentimiento más importante.

—Quizás algún día lo tenga.

Aunque mi fe en encontrar a ese hombre, bajo la dirección de mi madre, estaba menguando. Así que mi plan de obtener un ingreso propio y mudarme a una cabaña, en el campo, se estaba volviendo más atractivo. Tal vez, al disfrutar de una vida tranquila, me encontraría a un hombre que quisiera compartirla, en lugar de esperar encontrarlo, en uno de los sofocantes eventos de Londres.

Julia se quedó otra hora. Ayudé a Frederick a convencer al señor Darcy para que bajara de la percha. Mimamos al gato con cariño, haciendo que valiera la pena este esfuerzo, y ellos nos dejaron a primera hora de la tarde.

Mamá me encontró en la biblioteca con su sombrero colgando de sus manos.

—¿Vamos a dar un paseo? El parque estará encantador a esta hora del día.

"Ella solo quiere que me cuiden", me recordé a mí misma. Sus intentos autoritarios de casamentera se debían únicamente a que me amaba. Puse una sonrisa en mi rostro.

—Debería disfrutarlo, pero si vemos al señor Jacobson, debemos ir en la otra dirección.

—¡Oh, muy bien! —replicó mi madre resignada.

St. James' Park estaba más concurrido de lo que esperaba. A pesar que la luz del sol se filtraba entre las ramas desnudas de los árboles, el viento frío me hizo agradecer que llevaba mi gruesa chaqueta de punto.

—La señora Ormiston va a dar una cena la semana que viene —dijo mi madre—. Y me han dicho que tiene intención de invitar a un conde.

—No tengo aspiraciones de casarme con un conde.

—Lo sé. Pero, ¿quizás te guste?

No iba a aplastar su sueño tan completamente, en ese momento. Mamá deseaba que hiciera un esfuerzo concertado para cortejar a alguien, en esta temporada. La conversación de Julia se había prolongado y me había tentado a hacerlo, pero incluso si mi mente se hubiera abierto, un poco más al asunto, no deseaba comprometerme con un hombre, que defendiera tan plenamente lo que a mí me disgustaba.

Preferiría buscar a alguien que disfrutara de una noche tranquila. Leer junto al fuego, o jugar una partida de ajedrez era mucho más de mi agrado. Alguien con quien pudiera hablar de libros o...

—¡Los hermanos Bradwell!

Levanté la cabeza de golpe y vi a Henry Bradwell caminando junto a sus hermanos. Sin duda, tenía un comportamiento minucioso, y no me sorprendería que prefiriera una noche tranquila en casa, a una plétora de funciones sociales. Pero nuestra relación era profesional, en ese momento, y no me atrevería a ponerme a criticar a un hombre, que era la razón por la que mi libro aún no se había publicado.

Mi madre nos dirigió directamente hacia ellos. Sonreí cuando ella intercambió cumplidos con James Bradwell. Era una lástima que no pudiera llamar al señor Henry Bradwell aparte, ahora, y preguntarle si había tenido éxito con mi manuscrito o no.

—¿También asistirá al baile, señorita Hutton? —preguntó el señor Henry Bradwell, tomándome por sorpresa. Tenía los ojos clavados en mí y su boca dibujaba una leve sonrisa. Era una boca agradable, atractiva a la luz del sol. Me sacudí la idea.

"¿De qué baile estaba hablando? Ah, sí, el de la señorita Northcott".

Busqué su mirada, tratando de leer su emoción.

"¿Me está diciendo algo con los ojos?" Nada que pudiera discernir.

—Tengo la intención de hacerlo… ¡Sí!

—Entonces, ¿podría ser tan atrevido como para pedirle que me guarde un baile? No me importa cuál.

"¡Maldito hombre! ¿No podía evitar señalarme así?"

Miré a mi madre, decepcionada, al verla observando ansiosamente el intercambio. No había nada que hacer ahora, y necesitaba la información que el señor Bradwell me proporcionaría.

—Estaría encantada de hacerlo.

Tomé el brazo de mamá y nos despedimos, antes de volver al parque.

—Henry Bradwell es muy guapo.

"¡Oh, cielos!"

—Estoy segura que no quiso decir nada con eso.

—Un hombre no pide un baile de antemano sin intención. —La sonrisa burlona de mi madre demostró que no estaba de acuerdo conmigo.

Ella no se equivocaba en eso. Sin embargo, estaba malinterpretando la naturaleza de la intención del señor Bradwell. Estuve tentada de contarle sobre nuestro acuerdo, pero decírselo también la informaría sobre mi libro, y no estaba preparada para eso. También había prometido guardar el secreto del señor Bradwell.

—¿Por qué no lo consideré antes? —murmuró mi madre, mientras me empujaba por el pasillo lleno de gente, que conducía a nuestra casa.

—¿Qué quieres decir? —El miedo se apoderó de mi estómago.

—Henry Bradwell es un verdadero caballero. He adorado a su madre desde que éramos niñas. Tiene una vida cómoda. Sería un matrimonio brillante, sinceramente.

—¿Más brillante que un conde? —pregunté, un poco inquieta.

—No estás interesada en un conde. —Me lanzó una sonrisa fulminante.

No, yo no lo estaba. Pero tampoco estaba interesada en Henry Bradwell, el ladrón de los afectos de los editores.

Capítulo 4

Henry

Thea Northcott, quien recientemente se había comprometido con mi hermano Benedict, irradiaba alegría, mientras saludaba a sus invitados y daba vueltas por la pista de baile, en brazos de su prometido. Su alegría era casi palpable y hacía que fuera difícil no compartir su felicidad. Su baile había sido un éxito, aunque no pude evitar mi decepción por la ausencia de Hutton hasta el momento. Mis ojos habían recorrido a la multitud, desde que comenzó el primer baile, examinando constantemente a las personas presentes, buscando el cabello oscuro de la señorita Hutton, y sus ojos agudos e inteligentes, entre ellos.

James se acercó, observándome con una mirada astuta.

—Pareces más distraído de lo habitual esta noche. ¿Buscas a alguien en particular?

—Estás buscando información, hermano.

—Eso está justificado. Estás actuando de manera inusual.

Eso era cierto. Necesitaría encontrar una manera de distraerlo para que no observara mis interacciones con la señorita Hutton tan de cerca.

—¿Dónde está mi cuñada? —Miré por encima de su hombro, pero no vi a Felicity por ningún lado—. Seguro que te está buscando.

—No puedes posponerlo para siempre. Yo sabré lo que está pasando entre tú y la chica Hutton. No puedes pedirle a una mujer que baile con antelación sin decírmelo, ¿sabes? —James pareció dudar, antes de inclinarse más cerca y bajar la voz—. No hay nada de malo en apuntarle el ojo a una mujer. Si encuentras interés en la señorita Hutton, entonces me alegro por ti.

"¿Mi situación de soltero es una carga para James?"

—Ten cuidado, o pronto sonarás como mamá.

—He experimentado la satisfacción del amor y quiero lo mismo para ti.

—Ahora sí que suenas como mamá.

—Creo que hay cosas peores —aclaró James.

—Lamento decepcionarte, pero no tengo planes románticos con la señorita Hutton. Ya te lo dije, es un asunto de negocios, estrictamente, entre nosotros.

James arrugó la nariz.

—El matrimonio a veces puede ser una cuestión de negocios, pero esperaba que ese no fuera tu caso.

"¿Matrimonio? Él no puede hablar en serio".

—Quizás algún día una mujer me llame la atención...

Mis palabras se atascaron en mi garganta, cuando mi mirada se fijó en la señorita Hutton, al otro lado del salón. Ella miró a su alrededor, como si buscara a alguien (supuse que a mí), y esta oportunidad repentina de admirarla, sin que ella se diera cuenta, no sería desperdiciada. Llevaba un vestido largo de color verde salvia con su cabello castaño oscuro peinado hacia arriba, resaltando su cuello esbelto. Era realmente hermosa, algo que había notado antes, pero a lo que no le presté mucha atención, cuando estaba ocupado, preocupándome por mantener mi secreto.

Su mirada me recorrió, antes de detenerse de golpe. El peso de su atención era más pesado de lo que esperaba y, por más que lo intenté, no pude evitar devolverle una mirada franca.

—O quizás —dijo James—. Una mujer ya lo ha hecho.

Le envié una mueca ceñuda. Él se rió entre dientes y se alejó.

Era hora de reclamar mi baile.

Me sentí extrañamente tímido, pero igualmente ansioso por saber de ella.

—Buenas noches, señora Hutton. Señorita Hutton. —Me incliné, ante cada una de ellas—. ¿El señor Hutton no se unirá a ustedes esta noche?

—Ya está en la sala de juegos.

—¿Puedo reclamar mi baile? —Doblé mi codo y se lo ofrecí a la señorita Hutton.

—Eso estará bien. —Ella colocó su mano en el hueco de mi codo, y la guié hacia el centro del salón de baile, donde se estaba formando un grupo en dos largas filas. Tomamos nuestros lugares, uno frente a la otra, y me di cuenta que no este sería un buen baile para aquellos que desearan entablar una conversación privada.

La señorita Hutton miró a la fila de ansiosos bailarines y después a mí, aparentemente sacando una conclusión similar.

—La sala ya está bastante cargada —dijo—. Hay una pequeña terraza abierta para que entre aire fresco, pero sin mucho espacio… Aunque será mejor que este baile para nuestros propósitos.

El baile comenzó y ya no pudimos hablar. Nos movimos a través de los movimientos, ninguno de los dos estaba dispuesto a correr el riesgo de ser escuchado.

—¿Pudo hablar con nuestro amigo en común? —preguntó ella, finalmente.

—De hecho, pero me temo que no traigo noticias favorables. —Mis labios se abrieron en una suave sonrisa.

—¡Maldición!

Ella había hablado en voz baja, pero la oí de todos modos. Nos movimos durante el resto del baile, como almejas al capricho de las corrientes oceánicas. Cuando el mismo llegó a su fin, le ofrecí mi brazo de nuevo.

—¿Vamos a la terraza?

—Eso sería ciertamente preferible a otro baile, en el que no podamos hablar abiertamente —murmuró ella.

La terraza era pequeña, aunque mientras se formaba el nuevo baile, también estaba vacía salvo por un par de damas con las cabezas inclinadas juntas, en el otro extremo. Llevé a la señorita Hutton al lugar más alejado, frente a ellas, y giré para apoyarme en la balaustrada de piedra, cruzando los brazos sobre el pecho, y vigilando a cualquiera, que tuviera la misma idea de escapar desde afuera para entrar aquí.

—¿Marbury? —Ella me animó.

—Hablé con él ayer, pero nuestra reunión no estuvo bien. Él está dispuesto a quedarse con ese manuscrito hasta que esté listo para publicarlo. No quiere correr el riesgo de arriesgarse con tu libro hasta que haya visto mayores beneficios de otros, pero piensa hacerlo en los próximos años.

—¿Años? —Ella se apoyó en la balaustrada a mi lado, presionando ligeramente su hombro contra el mío.

—Perdone mi impertinencia, pero, ¿puedo preguntarle por qué está tan desesperada para que el libro se publique ahora? ¿Cuál es el motivo de su prisa?

—¿Usted estaría satisfecho si su libro se quedara en el estante del señor Marbury, durante tres años?

—Ni en lo más mínimo.

Ella parecía complacida con mi respuesta

—No es que sea de gran importancia, supongo. Ya fue bastante difícil encontrar a alguien que publicara la obra literaria de una mujer, para empezar. Sin embargo, el hombre que me pagó

se niega a hacer gran cosa con mi libro. A veces, me siento tentada a rendirme, pero me temo que soy demasiado terca para eso.

—¿Rendirse? ¿Por dificultades tan pequeñas? —Me enderecé.

—Es fácil para usted llamarlas pequeñas, cuando estoy segura que su libro fue publicado por la primera persona, a la que se dirigió.

—La segunda, en realidad. —No le diría que ambos habían hecho una oferta por el manuscrito—. Pero eso importa poco, ahora Marbury quiere cambiar mis historias.

—¿Cómo es eso?

—Aparentemente, mis ventas no se pueden comparar con las de *Orgullo y prejuicio*. A Marbury le gustaría que le añadiera un romance.

Ella se rió, y la melodía de su risa se arremolinó en mi pecho. Una sonrisa autocrítica curvó mis labios.

—Sí, ¡es muy gracioso!

—¿Qué piensa hacer?

—Intentarlo. Me ha dejado con pocas opciones. Aunque ayer me concentré en la tarea y no tuve éxito. —Me pasé una mano por la cara—. No sé nada sobre romance.

La señorita Hutton se levantó de la balaustrada, su movimiento para alejarse dejó mi brazo frío.

—¿Y si nos ayudamos mutuamente?

—¿Qué es lo que propone?

—Cada uno de nosotros tiene algo que el otro necesita. Yo puedo ayudarlo con su escritura romántica, y usted puede ayudarme a publicar mi libro.

"¿Ella no me ha estado escuchando? Marbury no está dispuesto a ceder".

—Pero… Ya lo intenté y fue en vano.

—Es una causa perdida con el señor Marbury, por el momento, se lo aseguro. Tengo otra historia que está casi terminada. Podría finalizarla y usted podría ayudarme a encontrar un nuevo editor para la misma, uno que no espere años. Es más probable que lo escuchen, ya que es un hombre... Mis iniciales no delatan mi sexo.

—¿A cambio, usted me ayudará con la relación romántica en mi historia?

—Es un acuerdo mutuamente beneficioso.

—Puedo verlo. —Miré a través de las puertas francesas, abiertas a la gente, que se arremolinaba, en el salón de baile, mi familia, entre ellos. ¿Qué pensarían si de repente pasara mucho tiempo con esta mujer? ¿Qué pensaría la sociedad en su conjunto?

"Es mejor discutir este posible revés, ahora".

—Mi hermano se puso sospechoso, después que le pedí que me reservara un baile. Mi familia ha comenzado a hacer suposiciones sobre la naturaleza de nuestra relación.

—Al igual que la mía. —Resopló ella, frustrada—. Mi madre ciertamente está encantada con eso.

—James está igual. Casi me tienta a proponerle matrimonio a usted, solo para hacerlo feliz a él.

—Tuve un pensamiento similar —murmuró ella.

—¿Entonces, no está cortejando a nadie?

—Mi madre ha estado intentando encontrarme un marido adecuado, durante los últimos años, pero hasta ahora ninguno de ellos ha sido bueno para mí.

Tenía curiosidad por saber qué criterios tenía ella para elegir una pareja. Era hermosa, tranquila, y claramente inteligente, ya que podía escribir una novela entera.

—¿Qué busca la señorita Hutton en un hombre?

—Debe ser apuesto, dispuesto a bailar, y poseer al menos diez mil libras al año.

La sorpresa me recorrió el cuerpo.

—Eso es muy… particular de su parte.

—Supongo que no ha leído *Orgullo y prejuicio*.

—Me temo que no. ¿Es eso… oh? Supongo que está haciendo referencia a un personaje, ¿no?

—El señor Darcy de Pemberley.

Por alguna razón, eso hizo que ella me agradara más.

—¿Usted está enamorada de un hombre ficticio?

Su suave sonrisa era encantadora.

—No estoy enamorada, no. Simplemente siento un fuerte afecto por él. —Me miró, apartándose un rizo de los ojos, y mi corazón latió de forma extraña—. Si elegimos trabajar juntos, ¿cómo cree que podemos lograr estar solos con la suficiente frecuencia, como para hablar de nuestras novelas?

Una idea pasó por mi mente, pero no estaba segura si nació de la tentación, o de la respuesta genuina a nuestro dilema.

—¿En qué está pensando? —preguntó ella. Se formó una pequeña línea entre sus cejas, que quería alisar.

—¿Y si yo fingiera cortejarla? —Sostuve su mirada.

* * *

Marianne

"Está loco el señor Bradwell?" Parpadeé, pero su expresión no cambió.

—¿Qué quiere usted decir con fingir?

Con esa palabra, rápidamente él dejó en claro que no tenía interés en un cortejo real. Fue una decepción inmediata, e hice todo lo posible por disimular el dolor que aún me quedaba.

—Actuaré como si mi intención fuera cortejarla: la llevaré al teatro, a paseos por el parque, o por Londres, en el carruaje de mi hermano. Puedo visitarla en su casa. Esto nos dará muchas oportunidades para una conversación tranquila.

Su descripción provocó una oleada de mariposas en mi estómago, que traté de reprimir. Sin embargo, nuestra situación no sería verdadera.

—¿Y nuestras familias?

—Estarán encantadas, por supuesto.

—Hasta que decidamos que no somos compatibles. —O eso supuse. Nuestro falso cortejo tendría que disolverse en algún momento.

—En cuyo caso, usted pondrá fin a nuestro arreglo, y yo me iré corriendo a mi pabellón de caza en el norte para lamerme las heridas.

—Y todo Londres me considerará incasable.

—¡Eso no puede ser! —Él agachó la barbilla sorprendido.

—Usted sabe tan bien como yo, que una mujer no rompe un noviazgo sin llevarse una mancha consigo.

—Supongo que no puedo discutir eso. —Él miró hacia las puertas abiertas, el resplandor anaranjado de las antorchas cercanas le calentaba el rostro—. ¡Fue un plan tonto!

¿Era tonto? No había forma de evitar despertar las esperanzas matrimoniales de mi madre, si quería pasar tiempo con el señor Bradwell, y realmente pensé que podríamos tener un acuerdo

mutuamente beneficioso. Además, aparte de nosotros, no había nadie más en nuestras vidas, que supiera de nuestros escritos. Por ahora, al menos, el señor Bradwell era todo lo que tenía.

Otra pareja salió a la terraza para un disfrutar de un respiro, y pude escuchar la segunda canción de nuestro set terminando. Era casi la hora de volver al lado de mi madre, pero no estaba ansiosa por dejar esta conversación. ¿O era que no quería alejarme del hombre con quien estaba conversando? Necesitaba encontrar una manera de aplastar la pequeña atracción, que crecía en mi pecho. Era guapo, pero nunca había sido especialmente vulnerable a la belleza de un hombre. Ni siquiera cuando tenía unos ojos azules llamativos, o un cabello rebelde y rizado, tan rico y castaño.

Me sacudí la idea. Si el señor Bradwell deseaba un falso cortejo, esto solo complicaría las cosas. Más aún, si yo permitía que mis sentimientos se volvieran reales.

—Es un plan excelente, señor Bradwell. —Bajé la voz para evitar que me oyeran—. Si acepta cortejarme el tiempo suficiente para ayudarme a encontrar un editor, podré mantenerme por mí misma y, en ese momento, no importará mucho, si me consideran incasable.

—Podría llevar mucho tiempo. Un cortejo de tanta duración tendrá mayores repercusiones, cuando termine.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

Ciertamente, la idea de recibir ayuda para comunicarme con los editores superaba a todas las demás cosas. Mi padre nunca me ayudaría, no consideraba apropiado que una mujer publicara una novela, y mi hermano pensaba lo mismo. Quizás pudiera convencer a mi cuñado que lo hiciera, pero él no podría guardar un secreto ni siquiera para salvar su vida. Aunque después de tres años de producir novelas bajo un nombre falso, estaba muy claro que el señor Bradwell sí podría esconder un secreto.

—¿Cuándo empezamos? —pregunté, tratando de no sonar demasiado ansiosa.

—Mi hermano se ha comprometido recientemente y viajaremos a Cumberland para la boda. No me sorprendería que nos marcháramos, mañana mismo.

—Está bien. Me vendría bien algo de tiempo para terminar mi novela.

—Entonces, ¿esperamos hasta que yo regrese para comenzar nuestro cortejo? La visitaré, después de la boda de mi hermano, y le daré a conocer mis intenciones.

Sus palabras me hicieron estremecer. No era la primera vez que un hombre expresaba su interés en cortejarme, pero sí era la primera vez, que yo tenía una reacción positiva, ante eso. Sospeché que mi entusiasmo tenía más que ver con nuestra relación como autores, y no era un asunto de naturaleza romántica.

De todos modos, me sentía ansiosa.

—Entonces, le deseo un buen viaje.

Él tomó mi mano y me besó los nudillos doblados.

—¿Para qué fue eso? —le pregunté.

—¿Práctica? —Sus ojos azules se clavaron en los míos—. Me preguntaba si podría cortejar a una mujer de manera creíble.

—¿Nunca lo ha hecho antes? —Mis cejas se alzaron.

—No, nunca. —Su rostro se contorsionó en una sonrisa sin pretensiones—. Hay una razón por la que necesito ayuda con el romance, en mi novela.

—Tal vez, usted debería leer algunas novelas románticas, mientras está en su viaje.

—¿Tiene la intención de educarme?

—Sí. Le daré clases particulares sobre todo lo relacionado con el amor. —Sonreí—. Comenzaremos con *Orgullo y prejuicio*.

Capítulo 5

Marianne

Habían pasado seis semanas eternamente largas desde la noche en que Henry y yo tomamos nuestra decisión. Había avanzado un poco en mi novela, pero no tanto como esperaba, en ese tiempo. En verdad, la culpa era mía. Podría haber sido mucho más productiva, si hubiera leído menos. Me había resultado difícil priorizar mi propio manuscrito, cuando estaba ocupada leyendo todo lo que Dalton Henry había publicado.

Descubrí con gran consternación que el señor Bradwell es un excelente escritor. Había estado preparada para odiarlo por la eternidad, al principio, pero eso sería imposible, ahora que apreciaba su talento. Me había enviado un mensajero con su manuscrito, antes de partir hacia Cumberland, y después de devorarlo, el camino hacia sus otros libros era corto. Sus novelas eran interesantes. Tenían la capacidad de transportarme a otro mundo, dejándome satisfecha y medio enamorada del hombre ficticio, que se había embarcado en la aventura, aunque ninguno había superado aún al señor Darcy, en mi estima. Me confundió que el señor Marbury hubiera solicitado una trama romántica adicional, cuando las novelas del señor Bradwell eran tan satisfactorias, tal como estaban presentadas.

Tomé la primera hoja de papel de mi propio manuscrito y leí las últimas líneas, que había escrito, pero mi mente no estaba prestando atención. La luz del sol entraba a raudales por la ventana de mi dormitorio, y pensé en enviarle una nota a mi hermana para preguntarle, si le gustaría caminar por el parque conmigo. El aire fresco, a menudo, ayudaba a relajar mi mente, cuando la misma se estancaba en algún punto de mi escritura.

El señor Darcy se colocó entre mis tobillos. Su largo pelaje gris estaba cosquilleando la suave piel de mis pies descalzos. Me incliné y lo levanté, acomodándolo en mi regazo, mientras él se estiraba perezosamente sobre mis piernas. Le acaricié la espalda, mirando a través de mi ventana hacia la calle de abajo. Un carruaje de dos asientos se detuvo frente a nuestra puerta, y el conductor saltó del asiento, mientras un mozo de cuadra descendía de la parte trasera del carruaje, y se dirigía a sujetar las cabezas de los caballos.

Desde ese punto de vista, era imposible saber quién era el hombre que se acercaba a nuestra puerta, pero una aceleración, en mi pecho, me reveló quién esperaba que fuera. *"Deténgase de inmediato"*, murmuré para mi corazón. Logré que mi expresión fuera indiferente, y bajé corriendo las escaleras, agarrando al señor Darcy en mis brazos.

Un caballero estaba de pie, en nuestra puerta principal junto a Shaw, nuestro mayordomo. Estaba de espaldas a mí, pero eso no ocultaba su identidad. Su altura y anchura de hombros combinadas con la mata de rizos castaños en su cabeza eran reveladoras. Se apartó del mayordomo y pareció complacido, cuando sus ojos se posaron en mí.

—¡Ah! Señorita Hutton —dijo el señor Bradwell—. Precisamente, usted es a quien esperaba ver. —La luz de las grandes ventanas se derramaba sobre él con su sombrero colgando de los dedos enguantados—. ¿Puedo tentarla con un paseo en Hyde Park?

—Eso sería muy agradable.

Su mirada se posó en el señor Darcy.

Apreté mi agarre sobre el gato.

—Permítame un momento para ir a buscar mi sombrero, si es tan amable.

—¿Y sus zapatos, tal vez?

Miré hacia abajo y vi que los dedos de mis pies desnudos asomaban por debajo de mi vestido, y mis mejillas se sonrojaron.

—Solo un momento, señor.

Había demasiado calor en mi habitación, y un tiempo atrás, me quité las medias para refrescarme los pies. Ahora me sentía tan ridícula.

—Shaw, ¿le puede informar a mi padre de mis intenciones?

Él asintió y me apresuré a subir las escaleras. Me puse rápidamente las medias y las botas cortas, localicé mis guantes y sombrero, y dejé que el señor Darcy saliera de mi habitación con la esperanza que cazara ratones en el ático, y se ganara el sustento. Pero, él era tan altivo y arrogante, como su tocayo, y en lugar de eso, bajó las escaleras, buscando presas fáciles, y encontró a las criadas de la cocina, quienes siempre lo atiborraban de leche y restos de carne.

Con el manuscrito del señor Bradwell, escondido debajo de mi chal y sujetado a mi costado con el brazo, caminé un poco torpemente hacia las escaleras.

—¿Vas a salir? —preguntó mi padre, sobresaltándome por detrás.

Salté y casi dejé caer los papeles, apenas logrando mantenerlos bien sujetos a mi costado.

—El señor Bradwell me ha invitado a dar un paseo en el parque. ¿Puedo ir?

—Esperaba robarte para una partida de ajedrez, pero supongo que eso puede esperar. ¿Podré arrancarte de tu novela más tarde, esta misma tarde?

—Con gran dificultad —le dije.

Papá se rió entre dientes.

—Tu habilidad para leer esos libros hasta que se les caen las páginas, casi me tienta a intentarlo.

—Puedes, lo sabes… Puedes disfrutarlos.

—¿Disfrutarlos? —Sus cejas se dispararon y su cabeza se inclinó con sorpresa—. Me quedaré con mis hombres de confianza.

Porque ellos pensaban que el Cielo le impediría a una mujer escribir algo igualmente entretenido. No abrí la boca por miedo a decir algo irrespetuoso, así que di la vuelta, en vez de reunirme con uno de los escritores de confianza de mi padre, que estaba abajo. Si él supiera que Dalton Henry estaba en la entrada, seguramente él se moriría del placer.

También imaginé la apoplejía que sufriría, si él supiera que yo también había escrito una novela.

El señor Bradwell abrió la puerta y me ofreció la mano para llevarme hasta su carruaje. El sol nos calentaba y el día de finales de primavera estaba inundado de flores y calor. Se acercaba el verano con una abundancia de flora, aún intacta.

—Aquí tengo su manuscrito.

—¡Ah! —Él miró hacia donde le indiqué, debajo de mi brazo—. ¿Quizás, puede dejarlo en el asiento?

Miré el banco angosto.

—¿Quiere que me siente sobre su novela?

—Creo que eso evitará que se la lleve el viento, y podré guardarla, cuando usted se vaya de nuevo.

—Muy bien. —Deslicé la carpeta de papeles hacia abajo y me senté en ella, mi vestido se extendió lo suficiente para cubrir la carpeta en su totalidad. Esto era extraño, pero funcionó.

—¿Hyde Park? —cuestioné, mencionando nuestro destino—. ¿Su plan es que nos vean juntos?

—Sí. Pensé que proclamar con valentía mi intención de estar cerca de usted, ayudará a que

no parezca extraño, cuando siga buscando su compañía.

Su declaración logró que mi estómago se sintiera raro, como si se hubiera convertido en una colmena, llena de abejas. Sin embargo, mi intención era estar cerca de él.

"Pero, si sigo disfrutado de su compañía. ¡Cielos! Pronto necesitaré hacer uso de mi abanico, para que no me vea sonrojándome".

El señor Bradwell me miró.

—¿Está usted bien, señorita Hutton?

—Perfectamente. —Me aclaré la garganta—. Mi padre leyó, en el periódico, el compromiso de su hermano. ¿La boda fue satisfactoria para su madre?

—Mucho. Pero hablar de mi viaje a Chelton no es la razón por la que la traje aquí. —Maniobró el carruaje con destreza desde la carretera hasta el paseo del parque, ordenando a los caballos que caminaran más despacio para incorporarse al tráfico sin problemas.

Me sorprendió un poco el cambio de conversación. Si tenía alguna esperanza persistente que Henry pudiera verme desde una perspectiva romántica, la había apagado. Me veía como una tutora, incluso como una colega. No como a una mujer.

—¿Quiere empezar su instrucción inmediatamente? No creo que este sea el lugar adecuado para educarlo en cuestiones de romance. ¿Y si alguien nos escucha?

—Entonces nuestros espías creerán que albergamos sentimientos románticos, el uno por la otra.

¿Ese era el plan? ¿No? ¿Por qué demonios me sentí tan decepcionada por esa respuesta? Independientemente de mi incipiente atracción por Henry, teníamos un acuerdo, y yo me estaba beneficiando del mismo, tanto como él.

—Supongo que es un buen punto. ¿Puede decirme qué le gustaría saber primero?

—Tengo la esperanza que esté dispuesta a leer una muestra de la escena romántica, que he elaborado. Si usted experimenta mi ineptitud, podrá ayudarme a mejorar.

Una burla se escapó de mi garganta.

—Leí la totalidad del manuscrito, que me dejó, señor Bradwell. —Era el que ahora se escondía debajo de mí—. No hay nada que deba cambiarse.

Me miró rápidamente, como si hubiera olvidado que era el único responsable de conducir nuestro carruaje. Los caballos tomaron con calma su indulgencia y aceleraron la marcha, casi alcanzando un carruaje descubierto, por lo que hicieron un movimiento brusco, que me obligó a agarrarme al costado del banco con una mano, y sujetar mi capota con la otra.

El señor Bradwell redirigió su atención a los caballos y los aminoró, una vez más, con un rubor en sus mejillas.

—Tal vez, dada la naturaleza de nuestro entendimiento actual, podamos prescindir del uso de nombres formales, señorita Hutton. —Parecía recuperar mejor el equilibrio. Todavía no había soltado el costado del carruaje, aunque bajé la mano de mi capota—. Nuestras familias se conocen desde hace mucho tiempo, y la naturaleza de nuestro negocio me lleva a creer que pronto seremos buenos amigos. Además, cada vez que me llama señor Bradwell, me recuerda a James.

—¿Nadie más lo llama de otra manera?

—No tengo muchas ocasiones para conversar. En el ejército, simplemente era Bradwell. Mi familia me llama Henry. Supongo que "señor" solo se usa en las relaciones más formales. Dejemos el lenguaje formal…

—¡Qué extraño!

—Extraño, sí. ¿Demasiado informal para la sociedad? Probablemente. Si te sientes

incómoda, no prescindiremos de...

—No tengo ningún problema con eso. Pero tal vez únicamente cuando estemos solos.

—Como espero que la mayor parte del tiempo que pasemos juntos sea sin otros, eso me resultará agradable.

De nuevo, tenía un estómago revuelto con el encantador zumbido de las abejas. Sabía a qué se refería el señor Bradwell, no, Henry, pero mi cuerpo aún no había recibido el mensaje, que debía estar en el correo, o en camino con un sirviente holgazán, en alguna parte, porque el mismo estaba tardando demasiado en llegar.

Él arrugó la nariz.

—Mi editor no está de acuerdo contigo sobre el estado de mi manuscrito. Ya he reescrito parte del primer volumen para incluir la presentación de una joven señorita, pero temo haberlo escrito mal.

—Dame las páginas. Veré qué puedo hacer con ellas.

—Las tengo conmigo ahora, dobladas y guardadas en un libro. Creo que el préstamo de novelas es una buena forma de pasar los papeles. Tampoco me había dado cuenta que podemos usar tu chal. —Me lanzó una sonrisa y traté de no retorcerme.

Como no podíamos enviarnos cartas sin arriesgar nuestra reputación, me gustó la idea de usar libros en el futuro.

—Hablando de libros…

Un caballo y su jinete se detuvieron a nuestro lado.

—Buen día, señor Bradwell —expresó el señor Gatley con su cabello blanco, asomando por debajo de su sombrero. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, claramente feliz de ver a Henry esta tarde. Su mirada se deslizó hacia mí y su felicidad vaciló momentáneamente, aunque se recuperó rápidamente, y se quitó el sombrero en una breve reverencia—. Señorita Hutton.

—Buen día —replicó Henry, aminorando la marcha hasta que descansamos junto al jinete.

Incliné la cabeza, aunque el señor Gatley parecía dispuesto a desear que me fuera a otro sitio.

—Me enteré de buena fuente que usted volvió a Chelton —le dijo a Henry—. ¿Un matrimonio en la familia, según tengo entendido?

—Sí, mi hermano Benedict se ha casado con la señorita Dorothea Northcott. He vuelto a Londres solo. El resto de mi familia se quedó en Cumberland.

—Es una lástima. Me habría gustado invitarlos a cenar a todos. Tal vez podría convencerlo para que viniera a cenar con nosotros, señor Bradwell. Mañana, si no tiene otros compromisos.

Henry pareció sorprendido por esta invitación.

—No tengo otros compromisos.

El señor Gatley parecía satisfecho de sí mismo. Sus mejillas se redondearon y sus ojos se arrugaron, hasta que volvieron a posarse en mí. Se enderezó en su silla de montar, fanfarroneando.

—Señorita Hutton, su familia también será muy bienvenida a unirse a nosotros.

Siempre era un poco aburrido ser un pensamiento de último momento.

—No estoy segura que estemos disponibles, mañana por la noche, pero le agradezco la invitación. Es muy amable de su parte.

En breve, nos pusimos en camino de nuevo. Henry frunció el ceño.

—No puedo entender por qué el señor Gatley ha tenido un deseo repentino de mi compañía. Era amigo de mi padre, pero nos conocíamos casi siempre de pasada. No recuerdo la última vez

que asistí a una cena, en la casa de los Gatley.

—¿Cuándo fue la última vez que él estuvo en Londres para la temporada?

Él arrugó la frente.

—Hace mucho tiempo, supongo. Pero eso no explica sus acciones. Tal vez mi hermano, cuando estaba en la ciudad… pero, ¿por qué Gatley querría invitarme a cenar?

—¿De verdad no se te ocurre ninguna razón? —pregunté. Era tan claro para mí, como la luz del sol que caía sobre nosotros. La ignorancia actual de Henry podría explicar muy bien por qué aún no había cortejado a una sola mujer en su vida. Me miró sin comprender por un momento, antes que los caballos volvieran a requerir su atención.

—La señorita Gatley —dije. Conocía a la mujer. Era menuda, rubia y estaba buscando marido. Era su segunda temporada, por lo que yo sabía, pero había tenido una serie de pretendientes el año pasado. Tal vez fuera tan meticulosa, en su búsqueda de pareja, como yo.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Henry con adorable ignorancia. Su ceño se aclaró—. ¡Oh! Crees que ella es la razón por la que el señor Gatley ha desarrollado un repentino interés en mí.

—Quizás me equivoque. ¿El señor Gatley y tú comparten el gusto por la lectura? ¿Por investigar? ¿O tal vez por las actividades militares?

—Conoció a mi padre en la escuela, no en el ejército. No puedo pensar en nada más que tengamos en común. —Henry parecía apenado—. Casi desearía ignorar sus motivaciones.

—Puede que aún quede algo en común. —Aunque yo albergaba poca creencia en eso.

Él se animó.

—Supongo que lo averiguaré en breve. ¿Crees que podrías acompañarme?

—Estoy muy segura que esa invitación fue solo por cortesía. La decepción del señor Gatley, por mi presencia, fue la otra mitad de mi razón para suponer que le gustaría mucho que cortejaras a su hija.

—Esa lógica es impecable, pero aún así espero que esté equivocada.

—Tú podrías hacerlo mucho peor que la señorita Gatley.

Él me envió una expresión nerviosa.

—Estoy seguro que una cena acabará con cualquier ambición que la señorita Gatley o su padre puedan tener de conseguirme como su marido. No soy propenso a ningún sentido de falsa modestia. Hay una razón por la que nunca he cortejado a una mujer.

Salimos del parque y me alegré de no haber sido interrumpida de nuevo, pero esto significaba que volvíamos a casa, y nuestro tiempo era limitado.

—Puedo sentir que hay algo que te gustaría preguntarme —dijo Henry.

Me tragué las preguntas que me ardían en la lengua. ¿Nunca había estado enamorado? ¿Nunca había llamado su atención una mujer? ¿Había alguna razón por la que no había cortejado y cuál era? ¿Ya estaba enamorado de alguien? Todas esas cosas eran inapropiadas. Reorienté la conversación hacia un terreno más equilibrado.

—¿Has terminado la tarea que te di, antes de irte de Londres?

—¿Leer *Orgullo y prejuicio*? —Henry mantuvo la mirada fija en los caballos—. Sí.

—¿Y?

—Tengo muchas ideas. La principal de las cuales es que mis novelas son bastante diferentes a eso.

—De hecho. ¿Qué más notaste?

—Que no era algo que elegiría leer por mi propia cuenta.

—¿Porque el enfoque es la relación entre Elizabeth y el señor Darcy?

—Sí. No suelo leer ni escribir historias de naturaleza romántica.

El señor Marbury se iba a arrepentir de haberle pedido a Henry que cambiara tanto su manuscrito.

—Me pregunto, si te gustaría más la obra más reciente de esa autora, *Persuasión*.

—Mmm —dijo, sin comprometerse. Tuve que reprimir mi sonrisa. Ciertamente, él no deseaba leer otra novela de *"A Lady"*, y yo no lo obligaría a hacerlo. —La ventaja fue que pude dejar mi copia de la novela con mi cuñada, quien es una ávida lectora y le encantará la historia.

—Tengo el placer de considerar a Felicity como amiga mía. No me sorprende que le haya gustado esa historia. Por cierto, ¿cómo has logrado mantener tus novelas en secreto para tu familia durante tanto tiempo?

—Estoy tan a menudo recluido en la biblioteca, que nadie en mi familia lo cuestiona. También paso mucho tiempo solo en nuestro coto de caza. Y, de nuevo, nadie lo cuestiona. —Alzó la mirada pensativo—. Supongo que adopté la personalidad de un hombre estudioso tan pronto y por completo que, ya sea que pase mi tiempo escribiendo o leyendo, me dejan solo. No ha sido difícil ocultarlo.

—Si tu familia es tan tolerante, ¿por qué te has molestado en ocultarlo?

—Tengo la intención de decírselos algún día. Nunca imaginé que mis libros circularían tan bien. —Sonrió—. Tengo la ventaja de una madre que apenas sale de casa y dos hermanos que no leen. Dejé pistas en mi nombre de autor inventado, pero hasta ahora nadie lo ha descubierto.

—Dalton Henry. Henry es claramente tu nombre de pila. ¿Cuál es Dalton?

—Mi nombre completo es Henry Dalton Bradwell.

Me reí.

—Supongo que no podrías haber sido más claro que eso.

—Solo podría haber sido más claro, si hubiera usado mi nombre completo.

Nos detuvimos frente a mi puerta, y el mozo de cuadra de Henry corrió a sujetar las cabezas de los caballos.

Me sobresalté al darme cuenta que el mozo de cuadra había estado sentado detrás de nosotros, durante todo nuestro viaje.

—¿No te preocupa que tus sirvientes cuenten tus secretos, o revelen tu identidad como autor de tus libros?

—Sí… Algunos de ellos. Pero, Presley aquí es casi sordo. Un desafortunado efecto secundario de Waterloo —habló casi con desdén, como si intentara que esto no pareciera importante. Pero Henry también había servido, en el ejército, durante la batalla de Waterloo, y sospeché que la ligereza de su tono ocultaba un gran pozo de sentimientos.

Henry bajó del carruaje y rodeó el vehículo para ofrecerme su mano. Me condujo hasta la puerta principal, que Shaw nos abrió.

—Todavía espero verte mañana por la noche —dijo Henry, inclinándose sobre mi mano.

—¿Mañana por la noche? —preguntó mi madre, apareciendo detrás de Shaw, en la entrada. Absorbió la vista de mis dedos doblados dentro del agarre de Henry, y sus ojos brillaron.

Retiré mi mano rápidamente.

—El señor Gatley nos extendió una invitación a cenar, pero estoy segura que solo quiso ser educado.

Mamá soltó una risa sorprendida.

—¿Por qué no querría que aceptáramos? La señora Gatley es una de mis queridas amigas.

Casi todas las matronas de Londres eran queridas amigas de mi madre. Eso era producto de ser un alma tan amable y generosa, como ella, quien era muy talentosa para hacer amigas.

Sus labios se apretaron.

—Supongo que es un punto discutible, ya que mañana por la noche tenemos otros compromisos. Ya hemos aceptado la invitación al baile de los Hamilton.

—Eso lo resuelve… Buenos días, señor Bradwell. Gracias por su compañía.

—¡Ah! Casi lo olvido. Tengo una novela que quiero prestarte, señorita Hutton. Si esperas un momento, iré a buscarla.

Henry regresó al carruaje, mientras mi madre me dirigía una mirada muy reveladora.

—Es solo un libro —susurré en voz baja.

Henry regresó y puso la novela encuadernada en cuero, en mis manos.

—Buen día. —Se levantó el sombrero, inclinándose ante nosotras, antes de despedirse. Shaw cerró la puerta detrás de él y mamá me sonrió, como si yo fuera un tazón de leche, y ella una gata.

—No soporto que me sonrían de esa manera.

—Esto se siente diferente a los demás —dijo en voz baja con un tono lleno de esperanza—. ¿No es así?

Hasta ahora Henry no había actuado de manera distinta a ninguno de mis otros pretendientes, así que solo podía imaginar que la diferencia, que mamá sentía, estaba en la forma en que aceptaba su atención. Yo estaba acostumbrada a no tomar en serio a los caballeros, haciendo todo lo posible por mantenerlos a distancia para no involucrar demasiado mi corazón, si me enteraba de que eran hombres de cierta estima, o tenían una aptitud general para socializar.

—Es solo un amigo al que también le gusta leer y comentar novelas. Estoy absolutamente segura que no saldrá nada más de esto.

La sonrisa de mamá vaciló un poco, lo que hizo que me sintiera culpable, pero reprimí la tentación de retractarme de mis palabras. Henry había dejado en claro que éramos amigos y solo amigos. Quizás él era el primer caballero, que conocía, con el que me gustaría entablar una relación, y el primero que quería hacerlo con falsas pretensiones. Necesitaba dominar mi creciente inclinación, antes que me causara problemas, como arruinar mi oportunidad de finalmente publicar un libro.

Mi sueño de encontrar mi novela, en los estantes de Hatchards, no se haría realidad sin su ayuda, por no hablar de la independencia que esto me daría.

Tomé la novela que me había dado.

—Ahora, si me disculpas, iré a leer este libro.

Mi madre me despidió.

—Por supuesto. Ve a leer, cariño. Supongo que el señor Bradwell querrá hablar de ello contigo la próxima vez que lo veamos. —Su sonrisa alegre y esperanzada había regresado.

El hecho que ahora ella estuviera fomentando mis hábitos intelectuales era una prueba de lo mucho que deseaba que me casara. Hace apenas una o dos temporadas, esta idea hubiera sido impensable.

No obstante, esto ya se estaba volviendo mucho más complicado de lo que yo esperaba.

Capítulo 6

Henry

No entendía a las mujeres. Ni siquiera sus motivos, deseos o lo que les inducía a parpadear incesantemente, mientras bajaban la barbilla. Supuse que esto era una forma de coquetear. Tampoco entendía por qué ella apelaba de esta manera.

Precisamente, la señorita Gatley ejecutó esas tácticas de seducción en la cena. Y eso fue suficiente para alejarme de ella para siempre. Si hubiera sabido que esta cena sería tan íntima, el señor y la señora Gatley, su hija y mi persona, probablemente habría expuesto alguna razón para excusar mi ausencia.

Marianne no se equivocó. No podía haber otra razón para esta invitación, que la idea mal concebida del señor Gatley, que yo podría ser una buena pareja para su hija sonriente.

—¿Su hermano todavía conserva un palco en la ópera? —preguntó la señorita Gatley.

¿Cómo sabía eso? Quizás James y el señor Gatley se habían visto antes, en la temporada, como yo sospechaba. Mantuve una sonrisa paciente en mi cara.

—En efecto. Creo que se pagó hasta finales de mayo.

—¡Qué lindo! —La señorita Gatley aplaudió y sus rizos rubios rebotaron—. Siempre he soñado con ver la ópera desde un palco.

El salón quedó tan silencioso, como un bosque a medianoche. Los tres Gatley me miraron expectantes. Eran buenos amigos. Pero, ¿cómo iba a salir de esto? Si iba a sufrir durante la ópera, sería para pasar el tiempo con Marianne.

Eso fue todo. Nada más podría inducirme a ir. La forma en que la señorita Gatley me miraba ahora, combinada con el silencio, en ese salón, hacía que esta situación fuera completamente imposible. Tres pares de ojos parpadearon hasta que ya no pude sentarme, en el pesado silencio.

—Había considerado organizar una velada con los Hutton —dije finalmente—. Quizás, ¿les gustaría unirse a nosotros? Debo admitir que no es mi forma favorita de entretenimiento, por lo que no asisto con frecuencia.

—Eso sería muy apreciado, señor Bradwell. ¡Qué amable de su parte pensar en incluirnos! —asintió la señora Gatley.

Levanté mi copa y tomé un largo trago. La hora siguiente transcurrió de manera similar, hasta que me paré en la puerta para despedirme de ellos.

Había caminado hasta la residencia Gatley porque la casa alquilada estaba lo suficientemente cerca, pero mis pies desaceleraron, antes que pudiera doblar la esquina para regresar. Aunque la casa de los Hamilton estaba en la dirección opuesta y no demasiado lejos como para hacerme imposible caminar. Había buscado la invitación antes, entre la pila que acumulaba polvo, en la mesa de entrada, y revisé la dirección, no por ningún motivo en particular, sino en caso, que tuviera tiempo.

Y ahora tenía tiempo.

Estaba aprovechando los últimos meses de los arreglos que James había hecho para la temporada: su palco en la ópera, la casa que alquiló, y los vales de Almack’s, que buscó para nosotros. Las escasas semanas, que quedaban de la temporada, no parecían suficientes para recibir la ayuda que necesitaba de Marianne, pero me las arreglaría con lo que tenía.

Los hombres patrullaban las calles, a las afueras de la residencia de los Hamilton, sin duda

informados de lo que probablemente sería una verdadera aglomeración para poder mantener el tráfico en movimiento. A juzgar por los sonidos de la música y la gente, que salía de la casa, sus suposiciones habían sido correctas. Subí las escaleras, buscando a la señora Hamilton para poder presentar mis respetos a la anfitriona. Parecía atrapada en una conversación con un grupo de matronas, justo dentro del salón de baile, así que esperé.

El baile estaba en pleno apogeo y mi mirada tropezó con las mujeres reunidas, buscando hasta que vi a Marianne. No fue sorprendente encontrarla bailando. Tenía las mejillas sonrojadas y una sonrisa curvaba sus labios, mientras participaba en un baile country con un hombre alto y desgarbado.

Mi cuerpo se tensó y mi respiración se detuvo, como si un puño se hubiera aferrado a mis pulmones y los hubiera apretado. Ella no me notó, tan absorta estaba en los pasos del baile y en la alegría de moverse alegremente por la pista al son de la alegre música. Estaba radiante, ligera de pies y lucía como un faro. Para mí era un completo misterio, cómo ella todavía no se había casado.

Esto era casi tan misterioso, al igual que su supuesto aprecio por mis libros. Todavía no podía aceptar que ella disfrutara historias de aventuras, como las mías. No las había escrito para que las disfrutara el público sensato. Entendí que las mujeres podían apreciar los clásicos, Shakespeare, e incluso los cuentos infantiles, que a menudo estaban plagados de aventuras, pero, ¿mis libros? Esos no fueron escritos pensando en las mujeres, y Marbury comprendía esto cabalmente.

Quería hablar con Marianne, pero en una situación como esta, no había ninguna palabra que pudiéramos decir que no fuera escuchada. Estaba seguro que la terraza estaría demasiado llena. Incluso el salón, o dondequiera que hubieran dejado los refrescos, también.

El baile continuó. Bordeé la multitud de curiosos hasta acercarme a la anfitriona, ahora que sus amigos se habían disuelto un poco, y me incliné ante ella.

—Buenas noches, señora Hamilton. Es un placer verla.

Se hundió un poco y su pluma de avestruz se balanceó.

—El placer es mío.

—Debe estar extraordinariamente satisfecha por el éxito de esta fiesta.

Ella no logró moderar su sonrisa, lo que reveló precisamente lo complacida que estaba.

—Su incorporación es muy bienvenida, porque siempre nos alegra recibir a un Bradwell en nuestras reuniones. Señor… ¡Qué amable de su parte honrarnos con su presencia esta noche! ¿Supongo que tiene intención de bailar?

¡Oh! No podía pensar lo suficientemente rápido en una razón para no hacerlo. Yo era perfectamente capaz, pero esa no era una de mis actividades favoritas.

—Si hay una mujer que necesita una pareja, ciertamente estoy dispuesto.

Su sonrisa se hizo más amplia. La música llegó a su fin y las mujeres fueron escoltadas fuera de la pista de baile. La señora Hamilton me tomó de la manga para que no escapara. Cuando una joven, que supuse era su hija, se acercó a nosotros, ella soltó mi brazo cautivo.

—Recordará a mi hija, la señorita Cecily Hamilton, por supuesto.

No pude hacerlo. ¿Había conocido a la chica antes? Me incliné.

—Por supuesto. Está preciosa esta noche, señorita Hamilton.

Ella sonrió tontamente, agachando la cabeza, antes de mirarme a través de sus pestañas. ¿Por qué las mujeres hacían eso? Ciertamente, no les resultaba fácil ver a su objetivo.

La señora Hamilton esperó expectante, al igual que su hija. ¿Se publicó recientemente un panfleto, que instruye a las señoritas, en edad de casarse, que para incitar a un caballero a

ofrecerle lo que ella desea (un palco en la ópera, una serie de bailes, por nombrar algunas cosas), simplemente, deben quedarse en un silencio incómodo hasta que el caballero se sienta abrumado por la necesidad de escapar, y ofrezca precisamente lo que la joven busca? O tal vez difundieron esa táctica entre ellas. Hasta el momento, esa noche, la misma había funcionado dos veces a favor de una joven.

—¿Puedo tomar el siguiente baile, señorita Hamilton?

Ella aceptó, colocando su delicado guante en mi antebrazo y permitiéndome llevarla al suelo. Las parejas se estaban reuniendo en grupos de cuatro para un cotillón, y busqué a Marianne para unirnos a su grupo, pero no la vi. La señorita Hamilton y yo ocupamos nuestros lugares, sonriendo a la otra pareja, y esperando a que dos más se nos acercaran.

—No hace mucho escuché el rumor que usted había regresado a la ciudad —dijo la señorita Hamilton—. Me alegra que haya elegido asistir a mi baile tan pronto, después de viajar una distancia tan grande. Pero, usted debe estar fatigado.

—El camino es largo entre Chelton y Londres, aunque valió la pena el esfuerzo.

Ella sonrió ante esto, y yo miré hacia otro lado, buscando algo en lo que centrar mi atención para evitar darle a la señorita Hamilton cualquier razón para creer que tenía interés en ella. Mi mirada se elevó para encontrarse con la de Marianne, que ahora estaba frente a mí, junto a otro hombre que yo conocía.

—Capitán Neal —expresé con cierta sorpresa—. No me di cuenta que estaba en Londres.

Su sonrisa se extendió sobre sus dientes rectos. Algunos hombres tenían mucha suerte.

—Con una compañía como esta, ¿cómo puedo mantenerme alejado? Es muy bueno verlo de nuevo, Bradwell.

—Y a usted. —Bajé la cabeza hacia él y luego hacia Marianne—. Señorita Hutton.

Ella me devolvió el saludo. Tenía los ojos brillantes y las mejillas todavía rosadas por el esfuerzo del baile anterior. ¡Estaba radiante!

La música exigía que dirigiéramos la atención a nuestros compañeros, pero no pude evitar notar, durante el resto del baile, cuán estrechamente la atención del capitán Neal estaba fijada en Marianne. Era de esperarse, por supuesto, ya que él debía guiarla a través de los escalones, pero esto se asentó de manera extraña en mi estómago.

No había bailado a menudo y nunca con una mujer por la que tuviera un interés romántico. De hecho, la única mujer, que alguna vez había considerado a la luz del matrimonio, se había casado con mi hermano, y rápidamente apagué la llama del potencial, que había hervido ligeramente en mi pecho. Eso ya era otra historia, pero incluso mis sentimientos por Felicity, nunca se habían extendido de esta manera, obligando a mi corazón a latir fuertemente, en ese momento, y a lo mucho que me desagradaba ver a Marianne con Neal.

Mi consideración hacia Felicity había sido de interés. Sin embargo, ¿qué era esto? Intriga. ¿O celos? ¿Había sido demasiado prematuro al decirle con tanta audacia a Marianne que nuestro noviazgo debería ser completamente falso?

Perdí el paso, giré en la dirección equivocada, y no logré que una joven de otra pareja se moviera. El resto de los bailarines de nuestro set tenían la habilidad suficiente para continuar, a pesar de mi percance, y saqué de mi mente los pensamientos sobre Marianne y el capitán Neal.

Esto fue solo un baile. Marianne no me había dado ninguna razón para creer que agregaría otro hombre a su lista de pretendientes. Por lo que yo sabía, el capitán Neal había sido un buen amigo de los Hutton, desde hace mucho tiempo, al igual que mi familia, o había alguna explicación fraternal y razonable.

“¡Maldición, hombre! No tiene sentido tener un momento tan introspectivo, ahora”.

Terminamos el resto del cotillón y nos movimos para formar un círculo, a modo de carrete. La señorita Hamilton hizo un buen trabajo, intentando entablar conversación, en los pocos momentos que tuvimos para hablar, entre los dos bailes, pero no pude atenderla, cuando Marianne seguía riéndose de las tonterías, que salían de la boca del capitán Neal.

"Esto es ridículo. ¡Yo no soy un tonto enamorado!".

Posteriormente, llegó el final del baile, y acompañé a la señorita Hamilton de regreso a su madre, pero no sin observar a Marianne todo el tiempo. Ella no estaba cerca y, para mi consternación, después de dejar a mi señorita bailarina con sus padres, descubrí que el capitán Neal no se había apartado del lado de los Hutton.

Me abrí camino entre la multitud, eligiendo grupos de personas y deteniéndome solo brevemente para saludar a un conocido, o responder a una pregunta, que me hicieron sobre mis hermanos y sus recientes nupcias. El matrimonio parecía ser lo más importante en la mente de todos: quién se casaba, quién había sido retirado recientemente del mercado matrimonial y cómo formar una pareja.

Quizás Marbury no había sido ridículo al suponer que el público en general deseaba más romance en sus vidas. Si no hacían más que pensar en matrimonios, añadir esto a mi novela, los complacería, en teoría.

El problema era que estaba seguro que había hecho un puré, en mi intento hasta el momento, y deseaba profundamente saber qué pensaba Marianne de las páginas, que le había dado ayer.

La señora Hutton, majestuosa y educada, como siempre, escuchaba amablemente al capitán, mientras él describía una tormenta reciente que había sufrido. Fue necesario un gran esfuerzo para no suspirar de sufrimiento. Los hombres de la marina siempre hablaban de sus barcos. Sin duda, Marianne vería la historia como lo que era: un intento de ganarse su simpatía por su supuesto roce con la muerte. Pero tras una inspección más cercana, Marianne no tenía la expresión de alguien que podía ver las verdaderas intenciones de Neal. Ella estaba absorta con atención.

"¡Maldición! Ella es demasiado inteligente para dejarse engañar por alguien como Neal".

La señora Hutton por fin me vio, y sus ojos se iluminaron. Lo que normalmente me hacía sentir una vaga preocupación por las madres casamenteras, en cambio, encendió un fuego de éxito.

—Señor Bradwell, no esperábamos verlo esta noche.

—No había previsto encontrarme libre.

—¡Qué feliz sorpresa! —Hizo un gesto hacia Neal, quien es tan alto como yo—. ¿Conoce al capitán?

—Así es. —Lo saludé y miré a Marianne, que hasta el momento había permanecido en silencio—. ¿Me daría el honor de su próximo set, señorita Hutton?

Ella arrugó ligeramente la nariz, antes de suavizar su rostro.

—Me temo que ya le he prometido el baile final a otro.

Así era mi suerte.

—El beneficio de llegar justo a tiempo, ¿eh? —dijo Neal, sonriendo, como si su broma fuera humorística. Sin embargo, para mí no lo era.

Lo ignoré y miré a Marianne.

—Entonces, ¿puedo asegurar su tiempo, mañana por la tarde? ¿Un paseo por St. James' Park, tal vez?

—¿No le parece que lloverá, Bradwell? —preguntó Neal, fingiendo preocupación—. Creo

que las nubes que se acercan son siniestras.

—Mi paseo hasta aquí estuvo libre de humedad. Rezaré por una tarde soleada, tal como la tuvimos hoy. —Pensé en que la misma sería soleada, cálida y sin nubes de lluvia.

—Y yo también —replicó Marianne—. Debería disfrutarlo mucho, señor Bradwell.

—Entonces, está arreglado. Con eso, me despido de ustedes. —Les hice una reverencia, y las mujeres, a la vez, también hicieron reverencias. Neal y yo intercambiamos agradables despedidas, pero sospeché que ninguno de los dos lo decía en serio. Parecía que yo tenía un rival para captar la atención de la señorita Hutton, y él era un marino. Como era de origen militar, estaba bien versado en estrategia y diseño de tácticas. Podría defenderse, en una batalla así.

La puerta se abrió para mí de la mano de un lacayo, salí y espeté unas maldiciones.

¡Estaba lloviendo!

Capítulo 7

Marianne

El capitán Neal estuvo tan atento anoche, como lo había estado durante el baile al que asistimos la semana pasada, y los pocos compromisos sociales, en los que ambos nos habíamos encontrado, en los meses anteriores. Era amable y sus historias interesantes, pero ahí terminaba mi admiración. No deseaba pasar mi vida columpiándome, en una hamaca, en los estrechos camarotes de un barco, en el futuro previsible.

No obstante, mi madre tenía ideas diferentes sobre lo que era razonable.

—No se puede descartar al capitán —dijo, durante el desayuno, a la mañana siguiente—. Es guapo, amable, tiene buena reputación dentro de la marina, y te proporcionará una vida cómoda.

—Lo cómodo quizás sea relativo, mamá. No creo que disfrute cambiando mi cama por una hamaca. —Él tenía la ventaja de no recibir visitas con frecuencia, ya que vivía en un barco, pero, ¿cómo escribiría mis novelas, si me estaría balanceando de un lado a otro?

—¡Maldición! Los capitanes tienen camas naturales, cariño. Estoy seguro de ello.

—No se puede considerar natural un lecho, si se balancea, según los caprichos del océano, por no hablar de las tormentas que al capitán Neal le gusta describirnos en sus anécdotas. ¿No escuchaste a Catherine Downer hablar en la fiesta, en el jardín, hace unas semanas, sobre las dificultades que enfrenta su tía casada con un marino? La esposa de un capitán debe compartir sus raciones y su dormitorio. A ella no se le permite su porción de comida. —Esto no me pareció agradable.

Mi madre frunció el ceño, ante mis planteamientos.

—Apruebo su dedicación. El hecho que el señor Jacobson te estuviera prestando especial atención hace semanas no disuadió al capitán Neal, en lo más mínimo. No ha vacilado en su consideración hacia ti. —Ella tomó un sorbo de su taza—. Admito que después que rechazaste la propuesta del señor Jacobson, creí que el capitán Neal vendría más a menudo. Pero no puedo quejarme de la firmeza de su carácter.

—No importa cuán firme sea una persona, cuando se ve obligado a dividir sus raciones con una esposa.

Mamá hizo un sonido evasivo.

—El señor Bradwell no tiene esos mismos impedimentos. Creo que luchó contra Napoleón, pero su carrera militar parece ser cosa del pasado.

Sí, pero sin que mi madre lo supiera, Henry no estaba realmente interesado en adquirir mi mano. Solo quería mi cerebro, no para él, sino con el fin de mejorar su novela. Después de leer los documentos, que me había dado, después de nuestro paseo por Hyde Park, me percaté que él podría necesitar un poco de ayuda.

Miré hacia la ventana y al agua, que caía en riachuelos.

—Confía en un hombre de la marina para entender el clima —murmuró mi madre, siguiendo mi mirada—. Quizás puedas invitar al señor Bradwell a quedarse a tomar el té.

—Si el cielo no se ha despejado cuando él llame, lo haré.

El tiempo no mejoró a lo largo del día, y Henry llegó a nuestra entrada con una ráfaga de viento y su abrigo goteando agua sobre el suelo de baldosas. Era alto y ancho, un poco imponente con su abrigo oscurecido por la lluvia. Debió haber sentido mi mirada, porque inclinó la cabeza hacia arriba, y me encontré mirándolo por encima de la barandilla de arriba, con mi

mano sin guantes, apoyada en la barandilla de madera lisa.

—Está un poco húmedo, en el parque —dijo.

—Pensé lo mismo. —Sonreí—. ¿Te gustaría acompañarnos para tomar el té?

—Estaré encantado —asintió.

Shaw despojó a Henry de su abrigo y lo llevó abajo, sin duda para colgarlo junto al fuego para que se secara. Henry subió las escaleras para reunirse con mi madre y conmigo en el salón. Me puse los guantes y los aseguré en su lugar, antes que él entrara.

—¡Qué tiempo tan terrible estamos teniendo! —exclamó mi madre, haciendo un gesto para que Henry se sentara.

Él obedeció.

—No puedo quejarme de la oportunidad de visitar a dos encantadoras damas, aunque estoy de acuerdo en que viajar bajo esta lluvia no es una experiencia cómoda.

—¡Oh! Perdona mi descuido. Deberías sentarte cerca del fuego. Seguramente, tienes frío. —Mi madre tenía un porte regio y siempre era atenta con sus invitados. Fue algo extraño para ella tener una idea de último momento, lo que me llevó a creer que en realidad, no era una idea de último momento. Ella me miró—. Estoy segura que a Marianne le gustaría sentarse más cerca del fuego, así que pueden hacerlo. Me temo que este pañuelo, que estoy bordando para el señor Hutton, ha resultado ser un patrón de lo más complicado, que requiere toda mi atención y tanta luz solar como sea posible.

Miré a mi madre, pero su afectación de mujer inocente era alarmantemente genuina. Era una buena actriz, porque sabía que, en general, no tenía problemas con el bordado. Su prioridad era encontrarme un marido.

"¡Cielos! Mamá. Esto es demasiado obvio para considerarlo natural".

—Me gustaría sentarme más cerca del fuego —confirmó Henry—. ¿Qué sillas debo mover, señorita Hutton?

Decidí seguir el juego de la ridícula artimaña de mi madre porque la misma servía para mis propósitos, pero odiaba que ella se creyera exitosa, en este tipo de emparejamiento. Si ella lo intentaba con alguien más, yo me vería obligada a darle una paliza al hombre.

—Esas estarán bien. —Señalé dos sillas acolchadas cerca de la pared. Henry se puso a moverlas de inmediato, levantando cada una, como si no pesaran más que una almohada rellena de plumas. En otras ocasiones, yo las había empujado ante el fuego, una o dos veces, y sabía que no eran tan livianas.

Bajé la mirada a la alfombra y tomé asiento, arreglándome la falda sobre las rodillas. No sería bueno que lo pillaran a él mirando la tensión de mis músculos contra las mangas de su abrigo. Los brazos hermosos no tenían nada que ver con escribir novelas, así que haría bien en separarlos, en mi mente.

Mi madre preparó una taza de té para Henry, según sus indicaciones. Ella se lo entregó, antes de servirme la mía. Cuando ambos tomamos el té, ella llevó su cesta de trabajo al asiento más alejado posible, y se quedó allí.

—¿Has hecho algún progreso en el libro que te presté? —preguntó, en voz baja.

—Sí.

Su mirada de cielo de verano se volvió casi ansiosa.

—Sería un honor para mí, si compartieras tus pensamientos.

—Soy de la misma opinión que tú, en que a la relación romántica de la historia le vendría bien un poco más de... *finura*.

Sus cejas se arquearon. Quizás fue mi elección de esa palabra lo que lo sorprendió.

—¿De qué manera?

Tomé un sorbo de té y luego bajé la taza.

—Por ejemplo: una dama, en general, no desea ser abordada por un extraño, por muy guapo y rudo que parezca.

Su taza se detuvo, antes de encontrarse con sus labios.

—Pensé que todas las mujeres deseaban ser besadas.

Miré hacia donde mamá estaba sentada, en su sofá, con la aguja y el hilo en la mano. Estaba lo suficientemente lejos, como para que pudiera hablar en voz muy baja y esperar que no me escuchara del todo, pero estaba segura que su oído estaba fijo en nosotros. Ella haría todo lo posible para comprender nuestra conversación. Me aclaré la garganta suavemente, buscando las palabras.

—En general, sí. Pero incluso un pirata aventurero debería mostrar cierto decoro con respecto a las mujeres, por muy ficticio que sea. Una sutil muestra de interés, al conocerla por primera vez, atraerá a la dama sin que se sienta engañada.

—¿Quieres decir que el pirata ha sido demasiado fuerte, al atender a la dama por primera vez?

—En efecto. Si te encontraras interesado en una mujer, señor Bradwell, ¿sería ese tu primer paso a seguir?

Se rió entre dientes, observando las llamas lamiendo el interior de la chimenea.

—No. Nunca me impondría así a una dama. —Levantó su mirada azul para encontrarse con la mía—. Pero no soy un pirata.

—Quizás no. —¿Por qué se me había secado la garganta? ¡Qué extraño! Desterré de mi mente la repentina imagen de Henry al timón de un barco, y tomé otro sorbo de té—. Pero si bien esta historia trata sobre piratas y una mujer que necesita refugio y una familia, supongo que terminará de esa manera… También está destinada a ser consumida por las damas de Inglaterra. Esas son las mujeres que también necesitarán enamorarse del pirata.

Henry parecía pensativo. Se frotó la barbilla bien afeitada, y volvió a mostrar un profundo interés en las llamas.

—Quizás el autor no tiene la menor idea de cómo hacer que una dama se enamore de un pirata.

La presencia de mi madre, detrás de nosotros, hizo que esto fuera delicado. Por supuesto, no podía instruir abiertamente a Henry. A ella le resultaría extraño.

—Si tan solo pudiéramos escribirle una carta para ayudarlo.

Henry pareció entender lo que yo quería decirle.

—Sería muy amable de nuestra parte enviarle una carta, ya que el autor podría utilizar nuestros consejos en su próxima historia. ¿Cómo la escribiremos? —Se reclinó detrás de su silla para dejar su taza vacía, en la mesa lateral del sofá, luego tomó mi taza para hacer lo mismo.

—Así: *"Estimado señor autor, nos ha deleitado con su historia de un héroe de capa y espada, y la mujer, a quien salva de un destino solitario... En nuestra opinión, se podrían haber hecho algunos cambios en las acciones del héroe para hacerlo más aceptable para la población femenina, en general, y los hemos identificado de la siguiente manera: primero, el pirata necesita tener suavidad hacia la mujer, así que ella entiende que él está empezando a preocuparse por ella, en lugar de preguntarse por qué él es tan salvaje"*.

—¿Esto no le quitará reputación al pirata?

—No, si ella es la única persona que ve o nota los momentos de suavidad. Me imagino que ella se sentirá atraída a descubrir por qué él solo actúa de esa manera con ella.

—Mmm. —Henry no parecía convencido.

—Otra opción, por supuesto, es darles un comienzo, en el que ella lo encuentra como un libertino irredimible, y luego, en el transcurso de la historia, él le muestra pequeñas bondades, o le da una atención tan especial, que ella no puede evitar enamorarse de él.

—En cuyo caso, se le podría permitir besarla, cuando ella llegue a su barco, en el primer capítulo.

—De hecho, pero el autor se verá obligado a recuperar el corazón de sus lectores, nuevamente, después de una acción tan sucia. —Mi cuerpo se tensó.

—¿Te refieres a los lectores del autor?

"¿Será que no me entendió?"

—Por supuesto. Simplemente, estoy cada vez más indignada por la mujer solitaria. No puedo pensar con claridad.

—Entonces, pasemos a otro tema. Podemos seguir redactando nuestra carta al autor, en otro momento.

—No soy tan frágil como eso. Tengo otro punto que me gustaría resaltar.

Henry se inclinó un poco hacia adelante, y mi atención se centró en el hilo deshilachado, en el borde de mi reposabrazos, mientras mis dedos lo alisaban.

—La acción que crees que está justificada al comienzo de la relación sería mejor, de hecho, dejarla para más adelante, aunque solo sea con el simple propósito de otorgarle la distinción que merece. El beso entre dos personajes no debe precipitarse. Es la culminación de sus sentimientos y de los nuestros, como lectores. Encontraremos una mayor satisfacción, si esa acción, en particular, recibe la consideración y, me atrevo a decir, la reverencia que merece.

—No había pensado en eso antes. —Me miró pensativamente.

—Damos tanta importancia a ese momento, ¿no es así? Cuando ellos se juntan. Parece una tontería tomarlo a la ligera por diversión.

—Estoy de acuerdo contigo, en ese sentido, señorita Hutton. —Él sostuvo mi mirada—. Nunca desearía tomar a la ligera aquello, que yo también respeto en todos sus límites de propiedad. Incluso para un pirata atrevido y sanguinario.

—Tal vez a algunos piratas se les pueda permitir actuar como caballeros, y las damas que lean sobre ellos se enamorarán aún más.

—Tu percepción es valiosa. Ves muchas cosas que no he considerado.

—Soy una dama, señor Bradwell. Eres un hombre.

—Eso está muy claro para mí —dijo en voz baja.

Mi corazón se aceleró, el tono suave difería mucho del que él usaba normalmente.

Él adoptó una suave sonrisa.

—Creo que hemos agotado el tema de la incapacidad de este autor para incitarlo a animar a su héroe.

—Quizás deberíamos compararlo con *Orgullo y prejuicio*. Has leído la novela entera, ¿no es así?

—Lo hice… El señor Darcy tampoco fue agradable al principio.

—No. Pero es un caballero, aunque estuviera lleno de orgullo. Creo que estaba destinado a no agradarle a la gente. Esa autora logró transformar el personaje del señor Darcy, porque: ¿quién no termina el libro sin estar enamorado de él?

Henry sonrió.

—Puedo decir, con toda la verdad, que no me encontré enamorado del señor Darcy.

Me reí.

La sonrisa de Henry se extendió sobre sus dientes ligeramente desiguales, creando pequeñas líneas junto a sus ojos, que eran entrañables y atractivos. La misma se sintió íntima y me atrajo. Cuando levantó la mirada, sus cejas hicieron lo mismo.

—Parece que el sol nos ha honrado con su presencia.

—¿Vamos a caminar hasta el parque? —dijo mi madre, sorprendiéndome. Sabía que ella estaba en el salón con nosotros, pero su inserción en nuestra conversación había sido inesperada —. Enviaré a Shaw a buscar tu abrigo a la cocina, señor Bradwell. —Ella se puso de pie y se dirigió apresuradamente hacia la puerta. ¡Oh! Ella quiso decir que lo buscaría ahora. Salió al pasillo en busca de nuestro mayordomo, dejando la puerta abierta.

—Ella debe confiar en ti excesivamente —le dije. Anteriormente, mi madre había sido el alma del decoro y la discreción con mis pretendientes. Incluso ella descubrió al hermano de Henry, a solas con Felicity, en nuestra biblioteca, el año pasado, y esa situación terminó en una boda. Quizás esta confianza fuera una señal que estaba desesperada—. O escuchó atentamente nuestra conversación, y esperaba que dos personas que eran capaces de hablar sobre besos, también pudieran robar uno en su ausencia.

Su mirada cayó a mis labios, deteniéndose, haciéndolos arder por la atención.

Mis mejillas se calentaron. Lo dije como una broma, pero temía que sonara demasiado serio. Fue embriagador darme cuenta que me gustaría mucho que él fuera el apuesto pirata, robando besos sin ninguna preocupación en el mundo.

—Pero tú no eres un pirata, Henry, y yo no soy una mujer solitaria que necesita ser rescatada.

Él se enderezó en su silla.

—Por supuesto que no. Tienes una familia que te ama y te apoya, y muchos novios te persiguen.

—¿Muchos? ¡Exageras! Tengo uno solo, y no es más que un pretendiente falso, si eres tan amable de recordarlo.

—No me refería a mí mismo. —Su atención no se apartó de mi rostro—. Me pregunto si el capitán Neal se sentiría desanimado por tu claro rechazo de su solicitud.

—Él y yo no encajaríamos, por lo que su desánimo será bienvenido.

—Mi pobre amigo, ser descartado tan descuidadamente. —Al parecer, Henry observó mi rostro en busca de una reacción. A pesar de sus palabras, no parecía sentir mucha simpatía por su amigo.

—No podría soportar vivir como esposa de un capitán. La vida en un barco no me resulta nada agradable.

—¡Ah! Pero esa es solo una opción.

—¿Qué quieres decir?

—Por supuesto, él podría construir una casa en un terreno. Espera su permiso, cría a tus hijos en el campo... —Bajó la voz—, y así escribirías lo que quisieras.

Esa imagen que él pintó de un futuro potencial me dejó sin aliento. Era todo lo que deseaba: un hogar lejos de la ciudad, sin necesidad de organizar fiestas con frecuencia, mis propios hijos, la capacidad de escribir... ¡Cielos! ¿Había sacado de mi mente al capitán Neal prematuramente?

Durante los días anteriores, yo había estado luchando contra la decepción que Henry no tenía la intención de realmente cortejarme. Quizás él tenía razón, y yo tenía un caballero apropiado y dispuesto, que quería mi mano y deseaba bailar conmigo y, aunque más una gratificación que un requisito, también era guapo.

—Nunca antes había considerado al capitán Neal de esa manera. Supongo que debo

agradecerte por ayudarme a ver el potencial, donde antes no había encontrado ninguno.

Una extraña tensión se apoderó de las facciones de Henry.

—Después de tu ayuda con mi novela, Marianne, es lo mínimo que puedo hacer por ti.

Si había tenido alguna duda antes, eso la resolvió. Henry no me veía bajo una luz romántica.

Mi madre volvió a entrar en el salón.

—¿Salimos?

Me enderecé, haciendo lo mejor que pude para moderar mi decepción.

—Lo haremos.

Capítulo 8

Henry

"Soy un hombre tonto, demasiado tonto. Si tuviera siquiera un ápice de inteligencia, no habría empujado a Marianne hacia Neal". Era claro que ella no me consideraba un pretendiente, debido a la frecuencia con la que me recordaba que nuestro acuerdo era una fachada, pero no podía negar los extraños celos, que había sentido anoche al verla bailar con otros hombres.

Nuestro paseo por St. James' Park fue agradable, y solo nos detuvimos periódicamente para saludar a otros que buscaban la débil luz del sol, después que la lluvia había amainado. Cuando regresamos a la casa de los Hutton, Marianne levantó la mano para detener mi salida.

—No te vayas todavía, por favor. Me gustaría devolverte tu novela.

Asentí y la observé seguir a su madre escaleras arriba. Subí las escaleras a un ritmo más lento y crucé la puerta para esperar a Marianne, en la entrada. Ella tenía una figura encantadora y su gusto era refinado. Para ser una mujer, no mucho más joven que yo, todavía habría esperado que la jovialidad de la juventud se aferrara a ella. Sin embargo, Marianne era como un alma anciana en el cuerpo de una joven. Era muy sabia, como me demostró la perspicacia que manifestaba, cuando hablaba de novelas.

La señora Hutton pidió la atención del mayordomo, y desapareció por el pasillo, mientras hablaba con él.

Marianne reapareció, bajando tranquilamente las escaleras, levantándose el dobladillo de su vestido para no tropezar con mi libro, que sujetaba en la otra mano.

—Hice algunas mejoras donde pude, pero recuerda que son meras sugerencias.

Tomé el libro de su mano extendida. Era más voluminoso de lo que recordaba.

—¿Cómo lograste eso? No dejé mucho espacio entre líneas.

—Alfileres de coser. Ya lo verás. —Ella sonrió y el efecto fue deslumbrante.

—¿Cuándo tendré la oportunidad de verte de nuevo? —Me encontraba ansioso por su compañía, incluso antes de dejarla.

—Mamá está organizando una fiesta de cartas. Sospecho que tu reciente atención hacia mí es su principal motivación para el evento, así que puedes esperar una invitación. Creo que será el próximo martes.

—Por supuesto. Mantendré mi día martes despejado. Ahora dime, ¿qué piensas de la ópera? James aseguró varios boletos, y todavía podré usarlos durante las próximas semanas.

—Me puedes convencer para que lo disfrute. ¿Quién no aprecia una actuación de calidad?

—Muchos no, me imagino. Pero fijaré una fecha y enviaré una invitación en breve. Creo que los Gatley también vendrán con nosotros.

Sus suaves cejas se juntaron.

—¿Con el señor Gatley? Ciertamente, no desearás mi presencia. No podrías apreciar tener a una usurpadora, en el grupo.

—¿Usurpadora? —pregunté con cierta sorpresa.

—Él debe verme de esa manera, si tiene planes de convertirte en su yerno.

Ciertamente, ese hombre albergaba esa ilusión.

—Él puede diseñar todo lo que quiera. Eso es algo que nunca sucederá.

—¿Porque tu aborreces el matrimonio? ¿O simplemente estás convencido que la señorita Gatley y tú no se llevan bien?

—No estoy preparado para tomar decisiones de esa naturaleza. El matrimonio no está actualmente en mi mente.

—Sin embargo, estás permitiendo que la sociedad considere lo contrario. ¿No te has preguntado qué pensarán las matronas, cuando te vean cortejándome?

—No creí que esto tendría un gran efecto, cuando ideamos nuestro plan por primera vez. Supuse que creerían que estaba enamorado, y respetarían que mi atención ya estaba asegurada.

Ella se rió entre dientes y se acercó, mirando brevemente por encima de su hombro, como si se asegurara que todavía estábamos solos.

—Ese privilegio no se te concede hasta que te comprometes con una mujer. Mientras simplemente cortejas, te abres a las insinuaciones de todas las jóvenes elegibles de Londres.

Ella no debería tener la razón, ¿cierto? El señor Gatley tenía planes de promover mi relación con su hija, y la señora Hamilton había hecho lo mismo con la suya, pero ciertamente ninguno de los dos sabía de mi acuerdo con Marianne.

—Puedo ver que estás pensando en lo que he dicho, y puedo asegurarte que nuestro paseo en Hyde Park fue suficiente para hacer que las lenguas se movieran. Lo más probable es que el señor Gatley tuviera una razón diferente para seleccionarte, pero tu presencia, bien podría haber despertado la idea de tu elegibilidad. Te sorprendería saber lo rápido que pueden viajar las noticias entre las madres de la ciudad.

—¿Sorprendido? No… Perturbado… Tal vez eso sea más apropiado.

—¿Te arrepientes de nuestro acuerdo? —preguntó ella.

No podía mirar sus preocupados ojos marrones y arrepentirme de nada todavía. Me había dado mucho en qué pensar para mejorar mi novela y hasta el momento su compañía había sido agradable. Si una asociación con Marianne me trajera algunos padres casamenteros, todavía esto valdría la pena para mí.

—No, no me arrepiento. Solo espero que no resulte ser más que un dolor de cabeza de lo que habíamos previsto.

—No lo será —dijo ella con picardía—. Me anticipé plenamente al dolor de cabeza.

—En ese caso, me alegro de ser el único ignorante que sufre. —Hice una reverencia y guardé el libro en el bolsillo de mi abrigo—. Buenos días, Marianne.

—Buenos días, Henry.

Hubo un pequeño rebote en mis pasos, cuando bajé a los adoquines y giré hacia mi carruaje. Pensé en las bromas, ya que cuando comencé este acuerdo con Marianne, no tenía idea de cuánto las disfrutaría.

O mejor dicho, a ella.

* * *

Cuando terminé de repasar las notas de Marianne, hábilmente escritas y clavadas en los lugares de mi manuscrito, que necesitaban revisión, quedó claro que ella sabía lo que estaba haciendo. Sus sugerencias fueron en su mayoría acertadas y aprecié sus ideas. Desearía haber contado con una amiga con su experiencia, mucho antes de iniciar mi carrera literaria, pero me contentaba con tenerla ahora.

Habían pasado tres días desde nuestro paseo por el parque. Hasta ahora había hecho buenos progresos, en mi historia. Seleccioné el siguiente segmento de páginas, las doblé cuidadosamente, y las metí en un libro diferente al que había pretendido prestarle la última vez. En caso que su madre estuviera tomando nota de las novelas, que le llevaba a Marianne, quería estar seguro de no darle ningún motivo de alarma.

Felton, mi ayuda de cámara, me ayudó a vestirme, pero volteé hacia el espejo de afeitar para atarme la corbata.

—Hace años que no sale de casa tan a menudo, señor. Si no le importa que lo diga, no sabemos qué pensar de este cambio.

—No es necesario que pienses en ello, en absoluto. —Levanté la cabeza para poder terminar de anudarme la corbata—. Ciertamente, usted no debe pensarlo demasiado. He encontrado una compañera intelectual, y ella está haciendo mucho para ampliar mi perspectiva sobre una variedad de novelas.

—¡Ah! —dijo comprendiendo—. Muy parecido a lo que hizo la señora Bradwell cuando llegó a Chelton.

—Sí, exactamente como Felicity. —Fue precisamente lo que inicialmente me unió a mi cuñada. Nuestras discusiones sobre las diversas novelas, que disfrutamos, fueron apasionantes e interesantes. Encontré un alma similar en ella, y siempre sería una de mis amigas más queridas.

—En cuanto a esta nueva señorita…

—Eso es suficiente de parte suya —dije, girándome para deslizar mis brazos dentro de mi abrigo—. ¡Usted es peor que una madre chismosa!

—Me hiere, señor.

—Usted no se lastima tan fácilmente, Felton —murmuré. Lo miré, una vez más, mientras cruzaba la puerta, pero él no me prestaba atención, recogía mis cosas desechadas y ordenaba la habitación. Sin mostrar celos, Marianne hablaba libremente de sus escritos, delante de su doncella. ¿Podría confiar en Felton? El hombre había estado conmigo desde que mi padre lo contrató como mi lacayo en el ejército. Habíamos pasado por muchas cosas, juntos.

Aún así, me preocupaba que su lengua estuviera demasiado suelta. Un hombre que cuenta chismes a menudo, también lo hace sobre uno, y Felton siempre estaba demasiado ansioso por compartir las últimas noticias, que había aprendido, en las escaleras de abajo.

“No, cuanta menos gente sepa mi secreto, será mejor”.

Metí un par de prismáticos en un bolsillo, y mi novela repleta de papeles en otro. Si pudiera sentarme al lado de Marianne, sería lo más conveniente, pero en caso contrario, encontraría una manera de pasarle el libro, al final de la velada. Si se podía confiar en la señora Hutton, habría muchas oportunidades de disfrutar de un momento de tranquilidad con su hija. Hasta ahora se las había arreglado para mantener todo el decoro, y al mismo tiempo darnos tiempo para hablar en relativa privacidad. Ella es una mujer astuta y brillante.

Mi carruaje se detuvo frente a la casa de los Hutton. Todo nuestro grupo era demasiado grande para caber en un solo vehículo, por lo que habíamos planeado encontrarnos con los Gatley, en la ópera. Me tragué mi preocupación inicial que los Gatley considerarían un insulto, si no los llevaba a la ópera, pero eso fue rápidamente aplastado, cuando recordé sus estrategias para forzar esta invitación de mis labios. Sería bueno reiterar que mi atención está en otra parte.

El mayordomo de los Hutton me dejó pasar a la entrada, y un puñado de voces femeninas, en algún lugar del piso encima de nosotros, llamaron mi atención.

—Solo digo que no deberías ignorar su atención todavía.

—No lo he hecho, mamá. —Esa era Marianne. Su voz se estaba volviendo familiar, calmando mi cuello tenso—. Recientemente, se me ha ocurrido que tal vez ser la esposa de un marino no sería tan horrible, como lo había imaginado.

Mi estómago se apretó y mi cuello se tensó de nuevo. Ella no estaba hablando de mí, como había supuesto originalmente. Estaba hablando de Neal.

—¿Qué pasa con las raciones divididas? —preguntó la señora Hutton con tono divertido—.

¿Su atención ha hecho que la perspectiva te resulte menos desagradable?

—Eso no es nada. Su atención no tuvo nada que ver con eso. —Hizo una pausa por un momento antes de continuar—, simplemente, me dijeron que no necesitaba vivir en un barco, en absoluto. Muchas esposas permanecen en Inglaterra, mientras sus maridos están en el ejército.

—No había considerado eso.

—Yo tampoco, hasta ahora —replicó Marianne.

—Bueno, solo te pido que no descartes a nadie, todavía.

"¿A nadie, incluyéndome a mí?"

Solo podía esperar que eso fuera lo que ella quería decir. No fue vanidad lo que me llevó a creer que la señora Hutton me aprobaba como futuro marido. La esperanza en sus ojos, cuando me miraba, era una prueba suficiente de esto.

—Entiendo lo que quieres decir, mamá. Tampoco he descartado al señor Bradwell. Excepto que el otro día habló en un tono extraño, y me pregunté por qué alteró su voz, cuando hablaba de mí.

"¿Me estoy convirtiendo en una carga para ella?" Ese fue un pensamiento degradante.

—Aquí —expresó la señora Hutton—. Da la vuelta y déjame ayudarte con eso. —Hubo un poco de movimiento y el sonido de una tela crujiendo, antes que ella dijera—, todo listo. ¿Bajamos y esperamos?

Miré al mayordomo, pero estaba de pie contra la pared con el rostro impasible. ¿Sabían los Hutton con qué claridad se podían escuchar sus voces? Debería haberle pedido al mayordomo que fuera a buscar a la familia. Fue con un mínimo de vergüenza, que me di cuenta que no lo había hecho. Pero tampoco él necesitaba que se lo pidieran.

Las mujeres bajaron juntas las escaleras y levanté la mirada para encontrarme con la sorpresa de Marianne, al verme esperándola. Su cabello oscuro estaba apartado de su rostro, dejándolo abierto para recibir mi admiración. Llevaba guantes blancos hasta el codo y un vestido blanco con detalles plateados, lo que la hacía parecer brillar, cuando la luz de las velas caía sobre ella con una cola siguiéndole los escalones. Era una visión angelical, el blanco contrastaba nítidamente con su rico cabello castaño.

—Buenas noches. —Me incliné más formalmente de lo que requería la ocasión, pero descubrí que necesitaba un momento para componer mi expresión, y adoptar una de neutralidad.

—Shaw —dijo la señora Hutton—. ¿Podría informar a mi marido que estamos listos para partir?

Él asintió y salió de la sala.

—Me he tomado la libertad de reservar una mesa en el Clarendon, después de la ópera —manifesté—. Espero que me acompañen a tomar un refrigerio.

La señora Hutton hizo un movimiento que empujó el brazo de su hija. ¿Le había dado un codazo?

—Eso es muy amable de tu parte —destacó Marianne, sosteniendo mi mirada. ¿Estaba tratando de descubrir mi propósito? De ser así, se sentiría decepcionada... O tal vez aliviada. Al asegurar la cena, yo no pretendía otra cosa que prolongar nuestra velada, juntos.

Me aclaré la garganta.

—También te traje otra novela, señorita Hutton, si te agrada leerla. —Un repentino y extraño nerviosismo se apoderó de mí, mientras buscaba dentro del bolsillo de mi abrigo y sacaba el libro, pero cuando lo levanté, descubrí que los ojos de Marianne brillaban con una fuerte emoción, me atrevo a decirlo. Quizás era una sensación de anticipación.

—¡Qué lindo, señor Bradwell! —Extendió la mano y tomó el libro—. Espero con ansias

nuestro próximo debate.

—Espero que estemos más de acuerdo sobre este tema.

Ella se rió y el sonido musical subió por mi columna.

—No puedo hacerle ninguna promesa, señor.

El señor Hutton apareció e hizo una reverencia, antes que saliéramos y subiéramos al carruaje, que nos esperaba. El señor y la señora Hutton se sentaron juntos, así que me deslicé al lado de Marianne. No era un transporte pequeño de ninguna manera, pero yo tampoco era un hombre de poca estatura. Mi pierna rozó la de ella, mientras me acomodaba en el asiento. La alejé, pero cuando el carruaje comenzó a rodar, meciéndonos suavemente con el movimiento, no pude evitar que eso volviera a ocurrir. Ella no parecía perturbada en lo más mínimo al ser tocada de esa manera, así que dejé que mi pierna descansara, y fingí que esto no me afectaba.

En general, nunca había sido de los que buscaban compañía femenina. Siempre me habían interesado más las actividades intelectuales que las líneas de las enaguas. Más aún, me uní al ejército para seguir los pasos de mi padre e intentar complacerlo, sacrificando mi mayor deseo: la universidad. Cuando mi padre murió, durante la batalla de Waterloo, agradecí el momento que compartimos el día anterior: me llevó a un lado y me dijo lo orgulloso que lo había hecho sentir, al tener un hijo militar, a quien dejar su legado.

No obstante, Waterloo lo cambió todo, y me agoté rápidamente.

Quizás la parte de mí, que sería una decepción para mi padre, si hubiera seguido vivo, me impidió evitar el mismo destino que quería mi madre. Al respecto, no buscaba una esposa porque consideraba que no podría elegir una, que estuviera a la altura de las exigencias de mi familia.

Simplemente, era más fácil mantenerme en secreto. Me concentraba en mis escritos y novelas, esperando los ingresos que estas publicaciones me proporcionarían.

Pero ahora estaba sintiendo todo tipo de cosas extrañas, y no podía identificar si eran producto de arrojarle la gorra a una mujer, o si las mismas eran por Marianne, en particular. ¿Era natural encontrarme pensando en ella, cuando estaba afuera, o descubrir que estaba ansioso por extender nuestra velada, a un gran costo para mí?

Su rodilla volvió a chocar contra la mía, y cada partícula de mí fue consciente de lo cerca que ella estaba sentada, la nube de dulce perfume que emanaba, y la aguda inteligencia que trasmitía en su mirada.

—He traído mis gemelos de ópera por si alguien los necesita —dije, con la esperanza de desviar mi atención de nuestras rodillas chocando.

—Creo que mamá también lo hizo —replicó Marianne.

La señora Hutton se atragantó un poco, pero se recuperó rápidamente.

—Me temo que no querrás usar los míos. Son cositas diminutas y no es nada fácil de usarlos para ver.

Esto fue extraño.

—Todos ustedes son más que bienvenidos a compartir los míos. Todos tendrán la oportunidad de ver las expresiones en los rostros de nuestros cantantes esta noche.

Nuestro carruaje se detuvo y mi mozo de cuadra nos abrió la puerta. Salí y giré para ofrecerle la mano a Marianne. Ella la tomó y disfruté la sensación de sus dedos, envueltos en los míos, por un momento, acercándolos para descansar sobre mi brazo doblado. Cuando dejó su mano allí, sentí una oleada de victoria.

Mis sentimientos comenzaban a comprometerse. ¡Esto no era nada bueno!

Capítulo 9

Marianne

A pesar de reunirme con la familia Gatley, en el vestíbulo, y caminar con ellos hasta nuestro palco para pasar la noche, de alguna manera logré sentarme al lado de Henry. ¿O él se las había ingeniado para sentarse a mi lado? Su aparente negativa a soltar mi mano, durante nuestro viaje hacia el palco, implicaba que quería mantenerme a su lado. ¿Era porque deseaba mi compañía, o simplemente para utilizarme como escudo contra la ansiosa señorita Gatley?

Mi apuesta estaba concentrada en lo último.

Mi madre se sentó en mi otro lado, junto a mi padre. Estábamos en la primera fila de dos juegos de sillas, en el palco de Henry.

Las luces parpadearon dentro y alrededor del escenario, resaltando los rostros de los actores, mientras cantaban tristemente, unos a otros. Los músicos actuaron en el momento oportuno, y las voces nítidas y hermosas resonaban en la sala de yesería dorada. Mi madre se acercó los pequeños gemelos a sus ojos, como si fueran un pequeño telescopio. Los inclinó de un lado a otro, con la boca apretada en señal de concentración.

—¿Puedo tomarlos prestados? —Me interesaba ver el rostro de la mujer y los detalles de su extravagante peinado.

Mi madre pareció dudar, antes de entregármelos. Me los llevé a los ojos y me sobresalté, cuando el rostro de Henry llenó el pequeño telescopio, y un sonido poco femenino de sorpresa salió de mi garganta.

Bajé el telescopio y lo miré, porque aunque Henry apareció, cuando me llevé el catalejo al ojo, no se había movido del asiento a mi lado. La mano de mamá se estiró para apretar suavemente mi pierna.

Ella había esperado eso.

—¿Estás bien? —preguntó Henry, acercándose y susurrándome, su voz me estaba haciendo cosquillas en los pequeños pelos cerca de mi oreja.

Un escalofrío recorrió mis hombros.

—Sí.

Levanté de nuevo el extraño telescopio, esta vez lentamente, y lo moví para ver el rostro de Henry, una vez más. Era un dispositivo extraño y, decididamente, no se trataba de unos gemelos de ópera. De alguna manera, logré apuntar hacia el escenario para dar la ilusión que estaba mirando a los actores, pero me mostró a la persona sentada a mi lado. Lo hice girar lentamente hasta que se posó en el rostro de mamá, al otro lado, y su inocencia estaba lejos de ser genuina. Ella debía darme algunas explicaciones, más tarde.

"¿Qué me hizo anhelar este dispositivo? ¿Y por qué ahora siento la necesidad de espiar a alguien?"

Centré de nuevo la mirilla en Henry. Su expresión era suave y sus ojos se movían hacia un lado repetidamente. ¿Me estaba mirando? Bajé el telescopio y me incliné para susurrarle:

—¿No estás disfrutando la actuación?

—No soy contrario a la ópera, en general, pero esta noche no puedo convencer a mi mente que se calme.

—Pareces inquieto.

—¿Es tan obvio?

Le señalé suavemente el pie, que rebotó un poco, y él inmediatamente lo detuvo. Era imposible ver su expresión sin girarme, en mi silla, pero podía escuchar la suave risa resonando en su pecho.

—Me han pillado —dijo—. Lo haré mejor durante el resto de la actuación, lo prometo. —Su tono gentil y burlón, y el susurro dirigido, solo a mí, no ayudaron a mi determinación de eliminar a Henry de mi mente, como posible pretendiente. El hombre había proclamado su deseo que siguiéramos siendo amigos, y aunque no lo había contado entre mis amigos particulares hasta hace muy poco, pensé que me gustaría conservarlo, incluso después que nuestra artimaña terminara.

Él es un hombre de gran intelecto, capaz de hablar de libros y dispuesto a hacerlo con una mujer (dos grandes puntos a su favor) y también es interesante. Las mariposas que envió a través de mi vientre fueron solo un inconveniente menor. Podrían reducirse con esfuerzo. ¿O quizás lo reemplazaría? ¿Podría convencerse al capitán Neal para que me entregara un par de mariposas en el abdomen? De todos modos, ¿cómo se desarrollaron esas pequeñas bestias, que aleteaban dentro de mí sin piedad?

Enrosqué mis dedos alrededor del cristal de ópera en mi regazo, haciendo lo mejor que pude para concentrarme en los actores, pero incapaz de apartar mi mirada de la rodilla inquieta de Henry. ¿Él estaba ansioso? Quería ver su expresión, pero no podía arriesgarme a girarme para mirarlo nuevamente, y llamar la atención sobre mi curiosidad. Aunque los prismáticos servirían bastante bien para mi propósito.

Cuando los situé en la posición adecuada para ver el rostro de Henry, me sorprendió encontrarlo en un estado de leve agitación, su mirada estaba saltando del escenario hacia mí nuevamente.

Me miró durante un largo momento, antes de acercarse, y mi estómago se apretó con anticipación.

—¿Hay algo de interés ahí abajo? —preguntó.

Moví un poco el cristal para ver a la señorita Gatley, sentada detrás de Henry. Su ceño era feroz y lo dirigía hacia mí, casi como si estuviera mirando el pequeño espejo, que capturó su reflejo, y lo entregó a mis ojos. Bajé el telescopio de inmediato.

—No, nada de interés.

Henry se enderezó en su asiento y su rodilla activa se detuvo.

—¿Qué te ha puesto nervioso? —susurré.

La señorita Gatley se inclinó hacia adelante en su asiento, y golpeó a Henry en el hombro con su abanico.

Él pareció sorprendido al principio, pero rápidamente ocultó la expresión, y giró en su asiento para mirarla.

—Olvidamos nuestros impertinentes en casa. —Su mirada se dirigió hacia mí, y sentí calor en mi espalda.

No podía permitirle usar este dispositivo ni que se diera cuenta cómo yo la había estado espiando, durante el transcurso de la actuación. Ella difundiría con celo esos chismes, por todo Londres.

Henry me miró, pero me negué a verlos a los ojos. Se aclaró la garganta.

—Aquí, señorita Gatley. —Buscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un par de gafas con un largo mango de latón—. Puede tomar prestadas las mías.

Solté el aliento, aliviada, y me recosté en mi asiento. Puse los extraños gemelos de ópera en la mano de mi madre, y ella los tomó con las mejillas sonrojadas.

—¿Por qué siento que te salvé de una situación incómoda? —Henry no me dio un respiro.

—No tengo idea sobre qué te refieres.

—¡Ah! —expresó—. ¿Entonces, debemos fingir?

"¿Él puede ver a través de mí tan fácilmente?"

—No se puede fingir.

—¿No es toda nuestra relación fingida?

Lo miré sorprendido. Me guiñó un ojo y dirigió su atención al escenario.

—¡Ay! Estoy bastante confundida. ¿No está destinada la mujer a estar enamorada del hombre? —La señorita Gatley se inclinó hacia adelante en su asiento.

Henry se reclinó un poco en su silla y explicó el punto de la trama que la señorita Gatley se había perdido. O había fingido no entender (yo suponía eso). Sus rizos rubios se movían, mientras prestaba especial atención a la explicación de Henry. El resto del primer acto continuó de manera similar, con la señorita Gatley, moviéndose hacia adelante para hacer preguntas absurdas, que fácilmente podría haber dirigido a su madre o a su padre, sentados a cada lado de ella. La naturaleza de distracción de sus recursos de coqueteo fue casi suficiente para tentarme a ofrecerle mi asiento, y así el pobre Henry ya no tuviera que forzar su cuello.

Nos sobrevino el intermedio, lo que me salvó de seguir ese impulso.

El grupo se levantó y salió del palco para salir en busca de algo de beber, o para alardear del hombre que nos acompañó, en el caso de la señora Gatley y mi madre, muy probablemente. Cuando llegamos al pasillo, reduje el paso, tomando la mano de mi madre, y tirando de ella suavemente. Esperé hasta que el resto del grupo se nos adelantó.

Ella parecía confundida.

—¿Qué es?

Bajé la voz.

—Es demasiado marrón, mamá.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué diablos es ese dispositivo?

Ella sonrió, abandonando su falsa confusión.

—La señora Ormiston lo llama el vaso de los celos. Anoche le hablé de nuestros planes para la ópera, así que vino a visitarnos esta mañana.

—¿Con qué propósito?

—Para observar a la gente que está a tu lado o detrás de ti. Quienquiera que estés intentando mirar.

Bueno, eso ya lo había descubierto.

—Sí, pero, ¿por qué la señora Ormiston pensó que necesitabas un vaso de celos?

—Así podría ver si el señor Bradwell tiene un interés particular por ti. Por supuesto, no quería que me viera mirándolo.

Mi estómago se apretó. Mi madre no era una mujer propensa al dramatismo, por lo que este comportamiento fue una sorpresa, viniendo de ella.

—Mamá —dije en un tono levemente amargo—. ¿Qué sucede?

—Solo quería comprobar su interés, cariño.

"¿Su interés? ¡Oh! Ella se está tomando demasiado en serio este cortejo".

—¿No crees que sus llamadas regulares te dicen lo suficiente?

—Por supuesto que son informativas, pero no puedo medir la profundidad de su interés, cuando estoy constantemente inventando formas de darte espacio para que lo conozcas mejor.

—Entonces, tal vez no deberías preocuparte por crear oportunidades para que hablemos en

privado.

"¡Cielos! No quise decir eso. ¿Por qué dije tal cosa?"

Mi madre entrecerró ligeramente la mirada hacia mí.

—¿Están comprometidos tus afectos?

"¿Podría ella ver a través de nuestra fachada?"

—Es demasiado pronto para saberlo. —Aparté la mirada.

—No hay nada de malo en tomarse el tiempo para discernir la profundidad de los sentimientos. De hecho, es posible que desees pasar tiempo con él y el capitán Neal, hasta que decidas quién te importa más. Hasta que ames a uno de ellos. —Tomó mis dos manos, entre las suyas, y apretó mis dedos suavemente con una sonrisa en sus labios—. ¡Estoy muy contenta! Marianne.

La culpa me llenó de una energía cálida y zumbante, que me llegó hasta los hombros. Solté una pequeña risa.

—Deberíamos ir con los demás.

—Tienes razón. —Soltó mis manos y pasó su brazo por el mío, empujándome por el pasillo hacia el vestíbulo, donde mi padre y nuestro grupo nos estaban esperando. Cuando entramos en el salón, y localizamos a nuestros amigos, mi madre apretó mi brazo con más fuerza—. ¡Qué afortunadas somos! —susurró.

El capitán Neal estaba junto a mi padre y le hablaba en voz baja. Su mirada se posó en mí y sus ojos se iluminaron. Era guapo, amable, se llevaba bien con mi padre y mi madre ciertamente lo aprobaba. Era un héroe, muy respetado en la marina. Si decidía casarme con él, podría vivir en el campo, criar a mis hijos y escribir a mi antojo.

La vida con el capitán Neal pintaba un cuadro absolutamente perfecto. Entonces, ¿por qué mi corazón no latía más rápido por él?

"Todo el tiempo del mundo para escribir". Me repetí a mí misma.

"¡Maldita sea! Todavía mi corazón no late más rápido".

—Señorita Hutton, usted está preciosa —dijo el capitán Neal, inclinándose sobre mi mano. Su cabello color arena estaba recogido sobre su frente, y sus ojos grises se fijaron en mí, mientras se enderezaba.

Hice una reverencia. Los sentimientos aún podrían desarrollarse. No tenía por qué amar a ese hombre, en los primeros meses de conocerlo.

—No me di cuenta que tendríamos el placer de su compañía esta noche, capitán.

—¡Qué suerte que me apeteciera pasar una noche en la ópera!

—Es una suerte, cierto —expresó Henry secamente. Ocultó su evidente disgusto con una sonrisa—. ¿No hablamos de eso anoche?

El capitán Neal adoptó una expresión demasiado inocente, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¿Lo hicimos? Ahora no necesito preguntarme quién me metió la idea en la cabeza. —Su mirada se movió hacia mí nuevamente con cierto significado.

¿Se había enterado por Henry que asistiría a la ópera y me había perseguido? La idea envió una especie de escalofrío, a través de mi pecho. Hasta el momento, el capitán Neal había estado atento, cuando lo vimos en compañía de otros, pero no había hecho todo lo posible para buscarme. No me molestaría en mirar a mi madre porque estaba segura que, en ese momento, ella estaba sonriendo.

—¿Ha venido solo? —le pregunté.

—De hecho, así es. Esperaba deleitar mis ojos con una belleza saludable. —Él me miró—.

Y eso es exactamente lo que estoy haciendo.

El señor Gatley se aclaró la garganta.

—Hay una mesa reservada en Clarendon, después de la actuación. —El señor Gatley nos miró al capitán y a mí. Parecía contento, y me imaginé que quería que yo estuviera ocupada para que la señorita Gatley tuviera más tiempo con Henry—. ¿Quizás nos acompañe?

La expresión de Henry se tensó.

—No me gustaría molestarlos —negó el capitán Neal con la cabeza.

—¡Tonterías! —espetó Henry, pegando una sonrisa en su rostro—. Su presencia será muy gratificante.

—Entonces, eso está arreglado —dijo mi madre—. Nuestro grupo ha crecido.

—Tal vez no solo en Clarendon —sugirió la señorita Gatley con sus ojos de muñeca agrandándose y luciendo más expectantes que nunca.

—Espero que nos acompañe en el palco —confirmó Henry.

El capitán Neal no apartó la mirada de mí, cuando respondió:

—Debería disfrutarlo mucho.

* * *

El resto de la actuación transcurrió sin que yo reconociera nada de lo que ocurría en el escenario. Estaba demasiado ocupada utilizando el catalejo de los celos, que mi madre me había prestado, para observar las interacciones entre Henry y la señorita Gatley, sentada detrás de mí.

El capitán Neal me había escoltado hasta el palco, ocupando el asiento junto al mío y relegando a Henry a la segunda fila junto a la señorita Gatley. Capté la mirada de Henry, cuando tuvo lugar la interacción y él me guiñó un ojo. Solo esperaba que mi madre no se hubiera contagiado.

Mirarlo a través de los gemelos fue una lección sobre cómo fingir de verdad. Sabía que Henry no tenía un interés genuino en la señorita Gatley, pero eso no me impidió sentir exactamente lo que pretendía mostrarme el cristal de los celos, cuando los vi acercarse y susurrar juntos. Tenía demasiada curiosidad por saber qué pasaba entre ellos de manera tan constante. Tuve que dejar a un lado mis celos, y fingir una serenidad total.

La cena en el Clarendon no me dio motivos para sentir mis celos, en menor medida. Henry estaba sentado frente a mí, al lado de la señorita Gatley, y el señor Gatley al otro lado. La presencia del capitán Neal igualó nuestros números perfectamente, pero su posición, a mi lado, hizo imposible prestar atención a la conversación, que tenía lugar al otro lado de la mesa. Cuando la señorita Gatley arrojó suavemente sus rizos rubios con una risa recatada, apreté el tenedor con tanta fuerza, que mis nudillos se pusieron blancos.

Aparté mi atención de ellos con un alarmante grado de dificultad.

—¿Qué fue lo que lo inspiró a unirse a la marina, capitán Neal?

Se llevó el vaso a los labios y tomó un sorbo lento, como si contemplara su respuesta.

—Siempre me ha atraído el mar. Inicialmente, tomé la carrera por necesidad. Toda mi familia se ha ido, y cuando mi padre murió, yo no tenía a dónde ir, siendo un niño, así que me fui al océano. Llegué a amar la vida, en un barco, de una manera que nunca pensé que amaría.

—¿Ninguna familia? ¿Realmente? —Mi corazón se rompió un poco por él.

—Ninguna —repitió, lanzándome una sonrisa triste—. Mi madre murió, dándome la vida, y mi padre diez años después. Mi mayor deseo es tener una familia propia.

Solo podía imaginar el profundo anhelo que debía sentir por tener una esposa, hijos y personas con quienes sentirse conectado. Sería una tarea más fácil de realizar si no dependiera

del horario de su barco.

—¿Ha considerado dejar la marina?

—No. Me temo que ahora mi sangre corre con el agua del mar. Puedo permanecer unos meses seguidos en tierra, pero me siento ansioso por regresar a mi barco, antes que termine mi período de descanso.

—¿Está ansioso por hacerlo ahora?

—En la actualidad, no… He encontrado algo mucho más atractivo que un barco para incitarme a quedarme. —Su sonrisa era perfectamente clara.

Bajé la mirada y empujé un poco la gelatina sobre el plato con el tenedor, mientras mis mejillas se calentaban. Este hombre quería una familia, más que yo, y mi deseo de tener hijos propios, algún día, también era fuerte. Al menos, nuestros objetivos estaban alineados.

Él bajó la voz para que no lo escucharan.

—Permítame observar, señorita Hutton, que mi solicitud no ha sido totalmente rechazada. Por lo tanto, me he permitido creer que tal vez sería un camino aceptable para mí continuar.

"¿Está pidiendo cortejarme? ¡Cielos! ¿Qué le diré?"

—Antes no estaba segura de la naturaleza de sus intenciones, pero creo que ahora las entiendo mejor.

Él parecía complacido con mi respuesta.

—No digamos más. Haré todo lo posible para seguir demostrándole mi valía, si fuera tan amable de aceptar mi humilde atención. No soy un hombre joven, y mis objetivos al venir a Londres están… *centrados*.

Centrados en el matrimonio, supuse. Fue un bonito discurso. Mi corazón latió con fuerza, aunque no pude identificar, si era por su ansiosa anticipación, o ante una abrumadora sensación de incertidumbre. Sentí que esto era por ambas cosas.

Busqué algo que decir para cambiar el rumbo de la conversación.

—Es una lástima que la mayor parte de la sociedad se vaya al campo en unas pocas semanas.

—¿Usted está entre aquellos que eligen encontrar refugio, en sus grandes mansiones rurales? —preguntó.

—Por lo general, mi madre ya está ansiosa por regresar a nuestra propiedad en Cheshire, pero aún no ha dado ninguna indicación sobre nuestros planes. ¿Cuánto tiempo piensa permanecer en Londres?

—Seis semanas más, antes de presentarme en Plymouth. —Me dio una sonrisa torcida—. No es mucho tiempo, pero creo que se puede lograr mucho, si se tiene dedicación.

En otras palabras, si nos esforzáramos lo suficiente, ¿tal vez podríamos enamorarnos, antes que él regresara a su barco? No sabía si el plazo, que me impuso, me atraería, o me prohibiría desarrollar sentimientos por él, pero mi mente ciertamente estaba abierta a ello.

—No pude evitar escucharlo, capitán —dijo mi madre, acercándose a mí—. Es una lástima que solo tengamos su compañía por seis semanas más. ¿Cómo piensa pasar su tiempo?

—Esperaba que fuera con ustedes, por supuesto. —Él esbozó una sonrisa.

—Eso es justo lo que esperaba escuchar. —La sonrisa felina de mi madre era tan propia de ella, que comencé a mostrarme un poco cautelosa—. ¿Qué plan está tramando, y cuál de sus amigos le ha dado la idea?

—No se burle de mí, señora —dijo en broma—. ¿Tiene intención de permanecer en Londres?

—Usualmente, no lo hacemos —respondió sin remordimientos—. Estoy planeando una

fiesta en nuestra casa de Cheshire dentro de quince días. Espero que nos acompañe. —Se recostó un poco en su asiento para incluir a toda la mesa, en su invitación—. Espero que todos ustedes vengan.

Capítulo 10

Henry

La sorpresa que sentí al escuchar la invitación a la fiesta, en la casa de los Hutton, no fue nada comparada con la conmoción en el rostro de Marianne.

—Una fiesta en casa. —La señorita Gatley respiró con sus ojos azules muy abiertos—. ¡Qué exquisito!

—¿Usted irá? —me preguntó el señor Gatley.

Él quería mirar a su esposa y pedirle su opinión. Había muchas madres casamenteras, repartidas por todo Londres, pero este hombre tenía una dedicación anormal para ser un padre.

Noté que muchos pares de ojos parpadeaban hacia mí. No solo los Gatley, sino Marianne y su madre me observaron en busca de una respuesta, así como el capitán. La única persona, en esta mesa, a la que parecía no importarle en lo más mínimo, si yo asistía o no a esta fiesta, en casa, era el señor Hutton. Sus patillas temblaron, mientras comía su pastel de carne y cerveza, y la gelatina se agitaba en su plato con cada bocado.

Deseé poder dedicarme tan a fondo a mi comida para evitar la pregunta. Una fiesta en casa significaba más socialización de la que estaba preparado. Mi naturaleza no estaba hecha para compromisos prolongados ni para una situación que requiriera mi atención durante una semana entera (o dos) sin encontrar ningún respiro, en mi propia casa.

Capté la mirada de Marianne, al otro lado de la mesa, y supe de inmediato que no podría rechazar una invitación, que significaría pasar más tiempo con ella. Me preocupaba, que no tuviéramos suficiente tiempo para conversar con el verano acercándose, y tantas familias eligiendo quedarse en el campo. Unas cuantas semanas más con ella valdrían la pena el esfuerzo de soportar la incomodidad de una fiesta, en casa, ¿no?

—¿Quizás el señor Bradwell tenga otros compromisos? —preguntó el capitán Neal.

Deseaba que ese fuera el caso, sin duda. Me obligué a sonreír y esperé que esto pareciera más agradable que una simple mueca.

—No hay compromisos que me impidan pasar tiempo con todos ustedes. Estaría más que feliz de acompañarlos, señora Hutton. ¡Muchas gracias por la invitación!

—¡Qué modales tan preciosos! —manifestó la señora Hutton—. Su incorporación será sumamente bienvenida.

Marianne había recuperado el equilibrio y su padre no parecía prestar atención a la conversación actual. Era una forma extraña de extender tal invitación, pero conociendo a la señora Hutton, una invitación formal no tardaría en llegar.

—¿Ustedes asistirán? —le pregunté a la señora Gatley.

—¡Oh! No estoy segura. —Miró a su marido—. Ya estábamos invitados para…

—Por supuesto que lo haremos. —El señor Gatley dirigió su atención hacia donde el señor Hutton estaba disfrutando de su vino—. He oído cosas maravillosas sobre su lago, señor.

El señor Hutton chasqueó ligeramente los labios.

—En Hutton House se puede practicar un gran deporte. Los hombres pueden acompañarme al lago, por supuesto. Creo que se aprovechará mucho el respiro de la pesca.

Supuse que el señor Hutton estaría tan ausente de ese evento, como lo hacía en Londres.

Al menos, esta sería una oportunidad para Marianne y mi persona de continuar nuestro proyecto, juntos. Con un poco de suerte, la señora Hutton estaría tan atenta en el campo, como lo

demostró en la ciudad. La forma en que la vi mirar al capitán Neal no dejó ningún misterio, en cuanto a lo que sentía por él como pretendiente para su hija: ¡estaba esperanzada! De alguna manera, tendría que reconciliarme con el hecho que no era el único hombre que competía por la mano de Marianne.

* * *

Había estado en lo cierto, y una invitación formal siguió a otra informal, apenas dos días después. Me alegró que la misma estuviera acompañada de una nota escrita con la letra que, según supe, era de Marianne.

"¡Qué excelente oportunidad para nosotros de continuar nuestro diálogo sobre la interesante historia de los piratas! Espero que respondas favorablemente. Espero con ansias la próxima entrega.
Suya, etc. M. Hutton."

El libro que le había prestado a Marianne, más recientemente, me había sido devuelto con la invitación, y mi capítulo revisado estaba escondido entre sus páginas. Escribí una rápida aceptación a la fiesta, en casa, y luego subí al estudio para dedicar mi atención a este capítulo, aunque mi mente parecía estar perdida en otra parte.

A veces las palabras fluían de mi pluma, como un río desinhibido, siguiendo un camino sin prestar atención a su entorno. Podría perderme tanto en una historia, que no podía comer. Lo único que me mantenía consciente de lo que me rodeaba era la necesidad de ocultar mis escritos. Esos momentos rara vez ocurrían fuera de Sedwick Lodge, el refugio de caza de mi familia.

La casa había sido mi herencia tras la muerte de mi padre, junto con una suma de dinero, pero todavía tenía que mudarme a ella y reclamarla como mía por completo. Como sabía que mi padre estaría completamente decepcionado, si no continuaba en una carrera militar, no podría aceptar esta casa como propia.

En cambio, me dediqué a la escritura. Así como mi creatividad tenía la capacidad de fluir como un río, más bien, otras veces, me parecía que escribir era como si hubiera cogido una piedra del mismo lecho del río, y estuviera haciendo todo lo posible para exprimirle agua. En otras palabras: ¡estaba haciendo lo imposible!

No obstante, independientemente de lo que pareciera estar experimentando, mi deseo de escribir nunca disminuyó. ¡Y esta era mi gran dificultad!

Desafortunadamente, hoy esto había parecido más una roca que un río.

Abrí las páginas del libro y saqué el capítulo que Marianne había revisado antes. ¿Había enviado a su doncella para completar la tarea, o simplemente esperaba que el lacayo, al que se le había asignado el trabajo, no abriera la novela ni descubriera mis páginas por sí mismo? Dada su discreción, imaginé que había confiado la tarea a su doncella.

Leí las notas de Marianne, clavadas en la parte superior de mi manuscrito. Había algunas que quería ignorar, pero en su mayor parte sabía que debía aceptarlas. Valoré mucho su opinión.

Saqué una hoja de papel nueva para comenzar la reescritura final del capítulo, antes de pasar al siguiente, pero una nota en particular llamó mi atención.

"Una dama nunca rechazará la atención de un hombre con el que desea estar cerca. Él puede hacerla sentir especial, haciéndole cumplidos sinceros, como lo has hecho tan ingeniosamente. También puede hacerla sentir adorada, sacrificándose de alguna manera como

lo hizo el señor Darcy al arreglar el matrimonio de Lydia con el señor Wickham. Cualquier sacrificio por el bien de la otra persona servirá. Si eliges implementar eso en tu historia, sería prudente elegir el sacrificio ahora mismo para poder preparar el comienzo de la relación".

A veces me preguntaba por su sabiduría. ¿Fue producto de su propia experiencia, o simplemente de su intuición por ser mujer? Recorrí con la vista la última frase y dejé caer mi pluma en el soporte nuevamente. No podía escribir en este momento. Preferiría mucho discutir qué tipo de sacrificios tenía Marianne en mente.

Miré el reloj sobre la repisa de la chimenea. Mmm. Era demasiado tarde para llamarla. Marianne había mencionado sus compromisos para las próximas noches, cuando hablé con ella después de la ópera, pero no podía recordar si esa noche era la velada de Lord Wenton o la de Tomlinson.

Un golpe en la puerta me hizo dejar de considerar las ventajas de salir esa noche. Apilé los papeles del manuscrito, y los deslicé en el cajón superior del escritorio.

—Adelante.

Felton entró con una bandeja, en equilibrio, en una mano.

—¿Ahora también lo han relegado a traerme la cena? —pregunté, apartando un libro para hacer espacio en el escritorio para mi comida.

—Me ofrecí a completar esta tarea, señor. Es un honor ofrecerle su cena.

—¡Usted exagera Felton! —Sacudí la servilleta que había en la bandeja, y la puse sobre mi regazo—. ¿Qué es lo que necesita?

—Usted me hirió… —Se apretó el pecho.

—No intente apelar a la adulación o al falso sentimiento de orgullo herido. Puede que no lo conozca desde hace mucho tiempo, pero sí lo conozco bien.

Felton se quedó inusualmente silencioso.

—De hecho, señor. —Se aclaró la garganta—. Mi hermano me ha avisado que mi padre no se encuentra bien de salud.

Levanté la barbilla y capté su mirada, antes que la desviara hacia el escritorio. Él había estado allí, la última vez que hablé con mi padre, esperando en la tienda, cuando regresé, y estuvo allí al día siguiente, acompañándome durante la muerte de mi padre.

—Debes acudir a él.

—Él está en Ipswitch, señor.

—Usted puede ausentarse, mientras su padre requiera su atención, y su puesto estará esperándolo. ¿Necesita fondos?

—Tengo mucho para mis necesidades —dijo con una gentileza poco común.

Me puse de pie, sosteniendo la servilleta para que no cayera al suelo.

—¿Puedo ayudarlo de alguna otra manera?

—No sé cuánto tiempo llevará.

—Mis botas seguramente sufrirán en su ausencia, pero me las arreglaré. —Le di una sonrisa autocrítica.

Felton asintió brevemente, ya que la emoción no era su fuerte, y giró sobre sus talones para irse.

—Felton —dije, llamando su atención de nuevo hacia mí—. ¿Recuerda que lamenté las cosas que no se dijeron?

—De hecho, señor.

Lo había pensado mucho. Si bien todavía tenía que confiar en Felton (el hombre todavía era un chismoso descarado), lamenté no haber confiado en mi padre, antes de su muerte. Felton me

había visto llorar por el hombre que perdí y la oportunidad no aprovechada de hablar con él, abiertamente. Quería contarle sobre mis novelas, pero tenía demasiado miedo, y en lugar de eso le hice creer que tenía interés en permanecer en el ejército. Si hubiera dicho la verdad, tal vez ahora me sentiría diferente acerca de mi carrera literaria. Quizás no tendría tanto miedo de contarle a mi madre o a mis hermanos sobre mis libros.

—No espere para hablar de su padre de las cosas que son importantes para usted. Sinceramente, se arrepentirá, más tarde, si no lo hace.

Me miró durante un largo momento, antes de hacer una reverencia, y salir de la habitación. Retomé mi asiento, bajándome. Quizás fue bueno que no pudiera recordar a cuál de los espectáculos había aceptado asistir Marianne esta noche, porque mi estado de ánimo melancólico me impedía ser un buen compañero de baile o de cartas. Tenía la sensación que esto también obstaculizaría una conversación literaria decente. Mi mente ahora estaba nublada con imágenes del pasado, que había intentado olvidar, y los arrepentimientos, que aún impulsaban mis motivos.

La masa mantecosa y hojaldrada del pastel humeaba en mi plato, y clavé el tenedor en la cena, liberando el rico aroma de la carne guisada en su interior. Las páginas esperaban ser editadas, en el cajón superior del escritorio, pero mi mente no podía atenderlas ahora. Cuando terminé de cenar, me había puesto ansioso por la conversación de Marianne. Anhelaba que su sonrisa llenara de luz las grietas y hendiduras de mi pecho, en sombras.

La melancolía sería ahorcada. ¡Quería verla esta noche!

En la mesa de la entrada principal de mi casa había una bandeja con invitaciones, cuyo número crecía rápidamente desde que me relacioné con Marianne, en el parque, durante aquel fatídico día. Hojeé un puñado de ellas, buscando la que tuviera la fecha de hoy.

¡Ah! La encontré. La de Tomlinson. Examiné la tarjeta y descubrí, para mi consternación, que se trataba de un musical. Tenía solo media hora para ir al evento. Subí las escaleras para cambiarme. Con suerte, Marianne agradecería mi presencia y un poco de conversación, esta noche.

—¿Usted va a salir? —preguntó Felton, respondiendo a mi toque de campana.

—Sí. He cambiado de opinión.

—¿Usted? ¿O lo ha hecho la encantadora señorita Hutton? —Felton sonrió y desapareció en el vestidor para recuperar un nuevo conjunto de ropa para mí.

Cuando regresó, no le di cuartel.

—A menos que la señorita Hutton tuviera la forma de mi cena, no podría haber influido en mí. El pastel captó completamente mi atención.

—Por supuesto, señor.

Me quité la camisa y me puse una nueva.

—Tampoco me ha pedido que asista al evento de esta noche.

—Por supuesto, señor.

—Tampoco me ha dado permiso para imaginar que agradecería especialmente mi compañía esta noche.

—Por supuesto…

—Ya basta de eso —dije, abrochándome la camisa.

Felton levantó silenciosamente mi chaleco, y yo deslicé mis brazos en él.

—Por supuesto, señor.

—¿Soy realmente tan transparente? —Mis labios se aplastaron en una sonrisa irónica, mientras me abrochaba los botones.

—Por supuesto, señor. —Felton sonrió, amablemente.

Capítulo 11

Henry

La casa de los Tomlinson era estrecha y alta. El salón había sido limpiado de todos los muebles y las sillas adicionales fueron colocadas en filas, la mayoría de las cuales estaban reservadas, cuando yo llegué. Me posicioné contra la pared al fondo del salón, y cuestioné las decisiones que me habían llevado a este punto.

Socializar era una actividad singularmente agotadora para mí. Consideré que valía la pena, cuando se trataba de la oportunidad de hablar con Marianne, pero esto no era lo que esperaba. Ella estaba al otro lado del salón, rodeada de otras personas, con la cabeza ligeramente inclinada, escuchando algo que le decía su madre. Llevaba un vestido apagado de color lila suave, aunque eso no le quitaba su resplandor.

Fue una locura de mi parte no haber llegado antes, porque desde este punto de vista podía ver fácilmente al capitán Neal acompañándola. ¿El hombre la había escoltado hasta aquí? Esto me agrió el estómago.

Cuando acepté fingir un noviazgo con Marianne, no me di cuenta que estaría luchando por su tiempo o atención. No me habría molestado, si lo hubiera sabido desde el principio, pero ahora sentía una gran carga. Sin embargo, no me preocuparía por la naturaleza de esos sentimientos. Baste decir que una vez consideré al capitán Neal un conocido interesante, y ahora no podía soportar verlo.

¡Qué extraño! No había explicación para mi repentino disgusto.

La señora Tomlinson se paró al frente del salón, y esperó a que el ruido se calmara. Sus ojos brillantes recorrieron triunfalmente a los asistentes. Un asiento quedó vacío en la última fila, así que lo ocupé en silencio.

—Gracias a todos por estar aquí —dijo la señora Tomlinson, mientras la pluma de su turbante se balanceaba, mientras hablaba—, aquellos de ustedes que han aceptado actuar tienen mi más sincero agradecimiento. Tengo muchas ganas de escuchar lo que han planeado, porque estoy segura que será un placer para nuestros oídos. —Hubo un ligero aplauso de acuerdo—. Mi hija aceptó ser nuestra primera intérprete… ¿Alice?

La señorita Tomlinson se puso de pie y ocupó delicadamente su lugar, ante el pianoforte situado delante del público. Su pluma hacía juego con la de su madre y se movía, mientras se acomodaba frente al instrumento. Ella empezó a tocar. El sonido era encantador, la música era exactamente la que cualquier otra joven consumada nos ofrecería esta noche, estaba seguro de esto. ¿Qué era esto sino una oportunidad para hacer desfilar a las jóvenes, ante pretendientes elegibles, y mostrar sus rasgos casaderos? Generalmente me gustaba la buena música, pero esta noche volví a estar inquieto. Parecía una repetición de la ópera. Era difícil disfrutar de la música, o las actuaciones, cuando mi mente estaba ocupada con Marianne.

“Prefiero estar en un rincón tranquilo hablando con ella”.

Los siguientes números musicales fueron muy parecidos. No podría repetir en qué orden o qué jóvenes actuaron, porque todos eran variaciones del mismo tema. La noche avanzaba. Media docena de mujeres jóvenes cantaban, tocaban el pianoforte o el arpa.

—Ahora, la señorita Hutton nos deleitará con una canción —destacó la señora Tomlinson.

Me senté más erguido. Marianne tomó asiento frente al pianoforte y extendió su documento musical sobre el atril. El capitán Neal se levantó para seguirla. Unos celos ardientes me

atravesaron, como a un halcón planeando acabar con su presa.

Ella miró al público, apoyó los dedos en una posición inicial, y vi el momento en que se dio cuenta de mi presencia. Su mirada se enganchó, como si ella fuera un hilo suelto, y yo fuera el clavo ofensivo que la atrapó. El color ruborizó sus mejillas, dándole una encantadora humildad, y sus pestañas bajaron. Respiró profundamente y empezó. De repente, escuchar música ya no era una tarea tan ardua.

Esta canción no era diferente de las otras piezas tocadas esa noche, pero ver a Marianne hizo que la experiencia fuera mucho más placentera, cuando yo apartaba la mirada del hombre, que pasaba las páginas para ella.

Cuando la canción llegó a su fin, Marianne recogió sus partituras y volvió a tomar asiento, escoltada generosamente por el capitán. Mis manos se apretaron y las descansé nuevamente. ¿Qué me había pasado? Sin duda estaba celoso, pero no podía explicarlo. Marianne era hermosa, consumada, culta y no tenía miedo de ser vista como una media azul... sabía lo que quería y no se conformaba con menos. Ella era... bueno, sinceramente, yo creía haber encontrado a la mujer perfecta.

Una mujer que ahora miraba a los ojos del capitán Neal con lo que parecía ser adoración.

Las últimas actuaciones musicales transcurrieron rápidamente, y me levanté junto con el resto del público, después de aplaudir a las jóvenes que habían actuado. En el salón se habían preparado algunos platos como refrigerios. Me quedé atrás, cerca de la pared, y esperé a que la mayor parte de la gente saliera, antes de cruzar hacia el grupo de los Hutton y hacer mis reverencias.

—Señor Bradwell —dijo la señora Hutton, y sus ojos traicionaron su alegría al encontrarme presente—. No sabía que tendríamos el placer de su compañía esta noche. ¡Qué placer para todos nosotros!

—De hecho —expresó Marianne—. Me alegro de verte. ¿Recibiste nuestra invitación? Le pedí a Keene que te devolviera el libro, y lo hizo.

“¡Ah! Tenía razón y ella le confió el recado a su doncella”.

—Lo hice, gracias. Buscaré en mis estantes otro para reemplazarlo.

—No hasta que hayamos discutido el último, señor. —Ella me reprendió—. Estoy ansiosa por escuchar tu opinión sobre la atención prestada a la mujer por su prometido.

—¡Qué interesante! —repliqué, incapaz de luchar contra la pequeña sonrisa, que se dibujaba en mis labios. Su manera ingeniosa de referirse a sus notas, pero expresándolas, como si vinieran de una novela, fue divertida—. Me había preguntado tu opinión sobre eso mismo.

—¡Cielos! —exclamó la señora Hutton, mirando a su hija, a mí, y luego al capitán Neal—. Tienen conversaciones muy intelectuales, ¿no?

El capitán Neal se rió entre dientes de buen humor.

—Puedo ver que debo leer más, si tengo alguna esperanza de inspirar un saludo tan animado por parte de la señorita Hutton.

—Ese no es el caso, capitán. Su conversación es muy estimulante. —Ella sonrió.

—De hecho. —Estuve de acuerdo—. Capitán, es difícil no dejarse llevar por historias como las que usted comparte… Sus aventuras seguramente igualan a las de las novelas que leemos.

Ella me dirigió una breve mirada inquisitiva.

—Esto lo dice humildemente un hombre que ha visto más aventuras de las que cualquier hombre debería desear, ¿eh?

Se refirió a mi época bajo el mando de Wellington, luchando hasta llegar a Waterloo. No era un tema del que me interesara hablar, así que esbocé una sonrisa tensa.

—¿Puedo conseguirte un vaso de…? ¿Qué es lo que sirven en el salón, señorita Hutton?

—¡Oh! —Miró al capitán Neal—. Me temo que el recado ya ha sido concedido...

—Iré —dijo el capitán—. Señora Hutton, ¿le importaría acompañarme?

"¿Qué está haciendo, dándome activamente tiempo a solas con Marianne? Él sabe que esa es una posición ideal y comprometedora, ¿no?"

Sacó a la señora Hutton del salón, y yo le ofrecí mi codo a Marianne sin otro motivo que alejarla de las personas que todavía estaban sentadas en sillas, demorándonos en la conversación.

—No sabía que apreciabas la música, Henry —manifestó Marianne, apartándose los rizos oscuros de la sien—. Después de la ópera, supuse que no era de tu agrado.

—No me importa la ópera.

—Tu rodilla que rebotaba decía lo contrario.

Me aclaré la garganta.

—Eso fue algo fuera de lo común para mí, te lo aseguro.

Ella entrecerró ligeramente la mirada.

—No me importa si no te gusta la música. Puedes decirme la verdad.

—Te lo prometo, ese no es el caso. Lo que me molestó en la ópera fue la presión de la noche, no estoy acostumbrado a recibir a tantas personas de esa manera. Tu interpretación de esta noche fue simplemente encantadora, Marianne. Me encontré bastante perdido en ella.

Sus mejillas se sonrojaron de nuevo. Esas pequeñas manchas de color me dieron una oleada de victoria. Disfruté incitándola a sonrojarse.

—Eres muy amable.

—Soy honesto. —Me apoyé ligeramente contra la pared con Marianne parada a mi lado—. Como tú, en tus notas.

—¿Demasiado honesta? No he herido tus sentimientos, ¿cierto? —Ella se encogió de hombros.

—¿Al decirme que mi héroe es un bruto y no lo encuentras atractivo? Te lo agradezco.

—Para ser justos, lo adoré, cuando leí tu historia por primera vez… Cuando la atención se centraba en su búsqueda y no en cortejar a la huérfana. Pero, ahora, no me agrada en este nuevo rol.

—Entonces, lo estoy escribiendo incorrectamente.

—No necesariamente. Hay muchas mujeres que podrían desear una relación grosera y atrevida...

—No, por favor, detente ahí. Entiendo. —Pasé mi mano por mi barbilla bien afeitada—. Pero, ¿cómo lo soluciono?

Ella dudó.

Me enderecé, sosteniendo su mirada.

—Di la verdad. Si no logro arreglar esto, nuestro acuerdo no servirá de nada.

Marianne tragó saliva y asintió.

—¿No puedes rogarle al señor Marbury que reconsidere su postura sobre agregar romance a tu novela?

La entendí de inmediato.

—¿Porque solo estoy empeorando mi historia con mis modificaciones?

—No. —Ella bajó la mirada y se mordió el labio, llamando mi atención allí, e inundándose de color rosado. Cuando volvió a levantar los ojos, lo hizo con resolución—. Sí... No puedo mentirte, no cuando hemos acordado ayudarnos. Es una tontería que te haya pedido que cambies algo, que ya es tan perfecto.

Sus elogios llenaron mi pecho de cálida exaltación y me levantaron el ánimo. ¿Perfecto? A ella le encantó mi historia, tal como estaba escrita originalmente, y ese fue un cumplido que no pude olvidar fácilmente.

—Eres muy amable conmigo, Marianne. No sé qué he hecho para merecerte.

* * *

Marianne

"¿Qué ha hecho para merecerme?"

El hombre estaba viendo en mi consejo mucho más de lo que justificaba. Lo que yo había hecho era decirle que sus mejoras eran todo lo contrario, y estaba dispuesta a apostar que el libro tendría mucho más éxito, si dejaba de intentar cambiarlo.

—He hablado con Marbury —lo dijo con pesar—. No publicará nada más. Quiere, por muy equivocado que esté, competir con la autora de *Orgullo y prejuicio*.

"¿Cómo puedo decirle a un hombre que la historia, que está escribiendo, jamás competirá con una novela tan grandiosa y profundamente romántica?"

—Entonces, supongo que debemos trabajar más duro. —Pegué una sonrisa en mi cara.

—Y más rápido —dijo él—. Tendré listo el próximo capítulo, antes del viernes.

—Esto será mucho más conveniente, cuando lleguemos a Cheshire.

Me miró como si recién ahora recordara la inminente fiesta en casa. Sus ojos eran más oscuros, en ese salón poco iluminado, atrayéndome como deliciosos estanques en la noche. Su voz baja y sus esfuerzos por no ser escuchado solo lo hacían sonar profundo y tranquilizador.

—¿Cómo avanza tu novela?

—Ya casi he terminado —le dije—. Solo quedan unos pocos capítulos hasta llegar al final. Entonces podré dedicar todo mi tiempo a ayudarte, una vez que lleguemos a Hutton House.

—Eso debe sentirse maravilloso. —Su sonrisa era amplia.

—Lo será cuando haya terminado —le respondí.

Henry asintió, entendiendo. Un mechón de su cabello rizado cayó hacia adelante y reprimí la tentación de estirar la mano y corregirlo. La fuerza de su atención me mantuvo inmóvil, tal como estaba.

—Háblame de tus tradiciones, Marianne. ¿Tu madre nos mantendrá ocupados durante toda nuestra visita?

—Me temo que sí. Tiene todo tipo de cosas planeadas para entretener a sus invitados.

—Mientras pueda pasar ese tiempo contigo, estaré satisfecho. ¿Quizás incluso podamos leer otra novela y discutirla?

—Si tan solo tuviéramos tiempo. Me estás manteniendo bastante ocupado por tu cuenta.

—¿Es demasiado? Sé que tienes tu propia historia que considerar. —Él parecía un poco avergonzado.

—Mi propia historia avanza a un ritmo demasiado lento, como para que valga la pena mencionarla. —¿Mi amargura se había filtrado en mis palabras? Quería que la novela entregada al señor Marbury no fuera un rehén. Aunque la segunda era distinta. O tal vez percibía la frustración de terminar un manuscrito completo, que no llegaría a ninguna parte. ¿Pasaría lo mismo con este segundo libro?

Henry fijó su mirada en mí.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Nada. —Dejé de lado mis preocupaciones y traté de sonreír. Esta segunda novela se publicaría porque esta vez contaría con la ayuda de Henry. Ya él había conseguido que sus tres

novelas pasaran del manuscrito a la publicación. Él podría hacer lo mismo por la mía—. Solo necesito encontrar más tiempo para dedicarle…

—Podría abstenerme de darte más capítulos. Eso reducirá la carga de tu tiempo.

—Tus capítulos no son una carga, Henry. Los disfruto mucho.

—Disfrutas mucho haciéndolos trizas, ¿eso es lo que quieres decir?

No pude evitar sonreír.

—Has pedido asistencia romántica, señor. ¡Eso es todo lo que he hecho!

—Lo has hecho muy bien. —Se movió, mirándome más—. ¿Qué tipo de sacrificios tienes en mente para mi pirata?

¡Por la bondad! La forma en que me miró tan intensamente hizo que las palabras se secaran en mi lengua. Quería la bebida que el capitán Neal había ido a buscar, pero igualmente deseaba que él permaneciera alejado para que esta conversación no tuviera que terminar.

—Nada, todavía no lo sé… Lo pensaré bien. ¿Has considerado obligarlo a hacer pequeñas cosas para darle a la huérfana una pista, que él podría estar interesado en tener una relación con ella?

—¿Pequeñas cosas?

Guiar a Henry, en el arte del romance, era como enseñar a los perros de mi padre a quedarse quietos: era algo que no les resultaba natural a ninguno de ellos.

—Sí, Henry, pequeñas cosas*:* como mirarla a los ojos durante largos períodos de tiempo. Que lo atrapen mirándola. Buscándola…

Él parecía estar considerando mis palabras.

—También podrías pedirle que realice un pequeño acto de servicio. Escabulle una galleta extra para ella o algo así.

—¿Una galleta extra demostrará su amor? —preguntó Henry.

“Él es exactamente como los perros de mi papá”.

—Demostrar que él está pensando en ella dará una indicación que se preocupa por ella. —Vi al capitán Neal entrando nuevamente en el salón—. Consideraré el asunto más a fondo, y te proporcionaré una lista de ideas.

—Gracias. Si quieres que lea tu...

—¡Cielos! ¡No! —suspiré—. Un hombre que no disfrutó de *Orgullo y prejuicio*, ciertamente no apreciará mi historia.

Él empezó a dudar.

—Podrías estar subestimándote a mí.

—No lo estoy. Simplemente, estoy prediciendo que no te gustará.

—No has hecho más que intrigarme, Marianne.

—Entonces me temo que pronto te decepcionarás, porque ese no era mi objetivo.

El capitán Neal se acercó y me entregó un vaso. Le di las gracias y lo llevé a mis labios, saciando mi boca repentinamente seca con una horchata demasiado dulce.

Ambos hombres me miraron, y me encontré preguntándome a mi misma: ¿cómo había pasado de no tener pretendientes serios a contar ahora con dos? Sin embargo, intentaba enamorarme de uno, y el otro, realmente, no tenía ningún interés en mí, aunque deseaba que lo tuviera.

Les sonreí a ambos, antes de bajar los ojos, y tomar otro sorbo. Esa fiesta en casa sería realmente interesante.

Capítulo 12

Marianne

La última semana había transcurrido en un ajetreo y me alegraba de estar ahora fuera de Londres, y en nuestra cómoda propiedad en Cheshire. No era una casa grandiosa de ninguna manera, pero era lo suficientemente grande como para recibir a una docena de amigos, o albergar un pequeño baile. Ahora estaba de pie en la terraza, una brisa cálida levantaba el dobladillo de mi vestido y revoloteaba cómodamente sobre mi piel. La piedra roja brillaba, a la luz del sol, y respiré el aire fresco del campo.

El calor del verano ya estaba sobre nosotros, lo que había hecho que el refugio en las colinas abiertas, a las afueras de nuestra casa, fuera un cambio bienvenido de los sofocantes salones y las veladas abarrotadas de Londres. El clima sería aún más bienvenido, cuando llegaran nuestros invitados.

Y para mi buena suerte, eso sería hoy. El chillido de un niño llamó mi atención y regresé al salón para encontrar a mi sobrino doblado por la mitad, con el trasero en el aire, mientras intentaba pescar algo, o a alguien, debajo del sofá.

—¡Gatito! —llamó.

—No creo que el señor Darcy esté de humor para socializar hoy, Frederick.

—¿Gatito? —Mi sobrino, confundido, arrugó la frente. Por lo general, después del viaje, él se toma algunos días para volver a familiarizarse con la casa.

—Quizás podamos salir...

—¡Gatito juega! —Frederick volvió a llamarlo sin hacerme caso.

—¡Cielos! Necesitamos enseñarles más palabras. —Busqué a mi sobrino, lo tomé en mis brazos y levanté su cuerpo, retorciéndolo hasta que tuve toda su atención, aunque su brazo todavía estaba extendido hacia el sofá, como si no pudiera soportar dejar de perseguir a mi gato —. ¿Salimos afuera, Frederick? No queremos hacer demasiado ruido, o tu querida mamá se despertará, y ella necesita desesperadamente una siesta.

—¿Afuera? —Su cabecita se inclinó hacia un lado, considerando la golosina.

—El gatito no quiere jugar. ¿Bajamos al lago a buscar un pato?

—¡Sí! ¡Pato! —Se movió con mucho entusiasmo hasta que lo dejé bajar, y luego corrió hacia la puerta, quitándose la gorra de su mata de cabello castaño, y arrojándola al suelo. Inmediatamente, fui a buscar su gorra, después até mi sombrero, en su lugar, y tomé su mano. Shaw tomó la gorra de Frederick para guardarla.

La brisa nos persiguió por el sendero hacia el lago de mi padre. Para no aterrorizar a los patos, esperaba que estuvieran en otro lugar. Caminamos por la orilla del agua y tomé la mano de Frederick para que no sintiera la necesidad de saltar. Era un buen chico, aunque un poco salvaje. No era de extrañar que Julia estuviera en constante estado de agotamiento, incluso con la ayuda de la niñera.

—¡Pato! —gritó Frederick, señalando el otro lado del lago. Tiró de mi mano, pero yo la agarré con más fuerza. Hoy no estábamos nadando.

—Sí, hay un pato —dije—. ¡Oh! Mira. ¡Tiene sus patitos!

Él tiró con fuerza, pero yo no solté su manita regordeta.

—Debemos caminar alrededor del lago para poder verlos, Frederick. Seguiremos con cuidado el camino. Si somos muy amables, tal vez no los molestemos y así no se irán.

La promesa debió ser suficiente para él porque me permitió conducirlo por el sendero, que bordeaba el perímetro del lago. No estaba segura que pudiera entenderme del todo, pero debió haber sentido mi voluntad de mostrarle los patos para poder inspeccionarlos desde más cerca. Quizás debería haber esperado hasta que la niñera estuviera disponible para venir con nosotros, pero pensé que en general tenía buen sentido al cuidar de Frederick.

Cuando llegamos al otro lado del lago, la casa estaba a la vista, junto con la columna de polvo, que perseguía a dos carruajes por el camino hacia la misma.

Habían llegado. Bueno, habían llegado los invitados. No estaba segura de quiénes de los amigos de mi madre ocupaban los vagones. Tal vez, Lord y Lady Moorington, los Gatley u otros hombres. El aumento en mi pulso demostró a quién más deseaba ver, pero no me permití sentir nada más que un entusiasmo general por el comienzo de la fiesta en casa. Era peligroso sentir algo por un hombre, que no correspondía a mis sentimientos, y además, yo esperaba que mis sentimientos crecieran, donde no existían.

Tenía dos semanas para desarrollar algo por el capitán Neal, más allá de una atracción general, y estaba decidido a lograrlo.

Frederick tiró con fuerza, su mano se soltó de la mía y corrió por el borde de la pendiente hacia el agua, donde la tierra caía repentinamente al lago. El agua no era profunda, pero tampoco había una suave transición de la tierra al lago. Si mi sobrino se cayera, seguramente le resultaría difícil mantenerse erguido sobre el resbaladizo lecho del lago. Quizás haberlo traído, a ver los patos de este lado del agua, no fue de buen gusto para esos animales. La mamá pato tomó con afrenta el acercamiento de Frederick, y se escabulló por la orilla fangosa hacia el agua, con sus patitos siguiéndola, mientras ella los acorralaba lejos del peligro inminente de un niño pequeño.

—¡Aquí, agáchate! —gritó Frederick.

—Los patos no quieren que los carguen —le expliqué, apresurándome hacia él—. Son como el señor Darcy y no te permitirán recogerlos.

Él me miró, reflejando confusión en su pequeño rostro.

Me agaché para estar al mismo nivel que él.

—Solo debes mirar a los patos. ¿Ves a la madre con sus dulces bebés?

—¿Agacharme? —asintió.

—Quizás, pero hoy no. —Ahora estaban nadando, más adentro del lago—. No podemos llegar a ellos.

Los ruidos atrajeron mi atención hacia la casa. Había gente saliendo de los vagones, los baúles se sacaban de los maleteros y los sirvientes estaban alborotados. No podía oír mucho de lo que estaba ocurriendo, cerca de los carruajes, pero ahora podía ver que los Gatley habían llegado, y parecía que habían traído a Henry con ellos.

Mi estómago dio un salto mortal al ver a Henry bajar del carruaje y estirarse sutilmente, inclinándose hacia atrás para admirar toda la majestad de Hutton House. Dio una vuelta lenta, pareciendo contemplar toda la propiedad.

—Mira, Frederick, nuestros amigos están aquí.

Pero cuando giré hacia mi sobrino, ya él no estaba.

Mi corazón se aceleró, palpitando, en mi pecho, cuando registré el sonido de un chapoteo, ya que Frederick perdió el equilibrio y se tambaleó en el agua. Su brazo, pequeño y regordete, estaba extendiéndose hacia los pájaros, mientras caía.

Un rápido grito salió de mi garganta. No podía pensar en nada más que en su pequeño cuerpo cayendo bajo el agua, mientras me levantaba el dobladillo y saltaba. El agua se filtró, a través de las capas de mi vestido, empapándome justo por encima de la rodilla. Saqué a

Frederick del agua con los ojos muy abiertos. Mientras él tosía, sus bracitos se aferraban a mí, y yo recuperaba el aliento. El agua goteaba de su cuerpo, empapándome hasta la piel y refrescándome con la brisa.

Di la vuelta y me enfrenté al dilema de cómo salir del lago. La cornisa era lo suficientemente alta como para dificultar la tarea, mientras yo tenía mi ropa empapada, y cargaba a un niño inquieto. Levanté el pie, pero la pesada falda me arrastraba. No se elevaría lo suficiente, como para que pudiera agarrarme con mi zapato.

Frederick se lamentó. Evidentemente, la situación había afectado al niño, quien tuvo que ventilar el trauma de encontrarse mojado, y haber estado sumergido, recientemente, en un lago lúgubre.

—Lo sé —le dije—. Esto es aterrador para los dos.

Agarré mi dobladillo y lo saqué del agua, pero la tela era pesada y difícil de levantar. Frederick echó la cabeza hacia atrás y gimió, arruinando mi equilibrio.

—Debes quedarte quieto, si quieres que salgamos del agua, Frederick.

Él no me hizo caso.

Caminé lo más cerca que pude del borde del lago, e intenté colocarlo en la cornisa, pero él se aferró a mí como un percebe. Sus gritos no disminuyeron, solo parecieron exacerbarse aún más, y sus pequeños dedos se clavaron en la suave carne de mis brazos.

—Frederick, debes…

—¡Dámelo, aquí!

Levanté la vista y encontré a Henry parado en la orilla del lago con los brazos extendidos hacia mí. Su pecho se agitó. ¿Había huido de la casa? Estaba bastante cerca, pero la longitud del viaje, alrededor del lago, para llegar hasta nosotros no podría haberse recorrido en tan poco tiempo. Aunque debió haberlo conseguido, porque allí estaba, extremadamente sin aliento y con la preocupación en los ojos.

—Ve con el señor Bradwell, Frederick. —Lo levanté más alto. Henry se acercó y lo tomó de mis brazos. Frederick luchó contra la transición, pero Henry se alejó un poco y lo depositó en el suelo, antes de regresar y alcanzarme.

Deslicé mi mano en la suya, y él la sostuvo firmemente. Agarrando mi falda, la saqué del agua y levanté el pie hasta el borde de la orilla. Me levanté, mientras Henry tiraba de mí y daba un paso atrás. Él tiró de repente, tropezó con Frederick y salió volando hacia atrás. Caímos al suelo, pero los brazos de Henry me rodearon, mientras caíamos, protegiéndome del brusco aterrizaje.

—¡Uf! —dijo Henry, como si el aire se le escapara de los pulmones.

Me desplomé sobre él, sus brazos estaban alrededor de mi cintura y mi cabeza permanecía apoyada en su sólido pecho. Podía sentir su corazón latir salvajemente y mi cuello se calentaba. Los gritos de Frederick me sacaron del trance inducido por Henry. Sacudí la cabeza y empujé hacia arriba. Inmediatamente, él me soltó, y luego me ayudó a levantarme. Mi vestido colgaba pesado cerca de mis pies, pero lo levanté y me acerqué a Frederick.

—¿Estás herido? —le pregunté a mi sobrino.

—Pato —dijo, señalando hacia el agua con sus mejillas moteadas cubiertas de lágrimas. Ciertamente, parecía que estaba ileso.

—Los patos hoy no desean un abrazo.

—Quizás lo hagan en otro momento —aclaró Henry, sin duda intentando ser útil. Me miró con una extraña luz, en sus ojos, y yo desvié la mirada. No analizaría cuánto había disfrutado estar envuelta en sus brazos ni la sorpresa que desde entonces había coloreado su rostro.

—Ven, Frederick. Debemos limpiarte. —Lo tomé de la mano. Hipó, pero vino de buena gana.

Henry se puso a caminar a nuestro lado y me llamó la atención.

—Ese es tu…

—¡Cielos! Las presentaciones. —Estaba nerviosa, incapaz de fijar la mirada en nada por mucho tiempo. Era difícil concentrarme, cuando acababa de estar en sus brazos, aunque fuera brevemente—. Henry, este es mi sobrino, Frederick.

Él se inclinó un poco.

—Frederick, ¿te gustan los animales?

El niño miró a Henry con leve curiosidad.

—Sí. Amo al gatito. —Miró el agua con tristeza—. ¡Pato!

—¡Ah! Sí. Dos ejemplares muy buenos. ¿Qué pasa con los caballos?

—No, caballos, no… —El pequeño meneó la cabeza con firmeza.

—Son bastante grandes para él —le expliqué.

—¿Ciervos?

—Desde la distancia, tal vez —supuse.

—¿Pájaros?

—¡Pájaros! —repitió Frederick con entusiasmo.

—¿Pez? —preguntó Henry.

Frederick soltó mi mano y su atención se centró en el extraño, que enumeraba todas sus cosas favoritas.

—Pez.

—¿Haremos todo lo posible para encontrar pescado mañana? —preguntó Henry.

—¡Pato!

—Sí, volveremos a buscar los patos. Pero quizás seas tan amable de permanecer lejos del agua. —Parecía estar luchando contra una sonrisa.

Un poco de miedo apareció en los ojos de Frederick y él asintió. Estaba escuchando a Henry mucho mejor de lo que nunca me escuchó a mí, y quería saber qué tipo de magia tenía ese hombre sobre él. Llegamos a la casa y subimos los escalones de piedra de la entrada. Tomé de nuevo la mano de Frederick, y él me dejó agarrarla suavemente.

—¿Vamos a buscar a tu mamá?

Shaw nos abrió la puerta, y echó un segundo vistazo, a nuestra ropa empapada y embarrada.

—¿Han acompañado a los Gatley a sus habitaciones? —insistí, preguntándome por qué no estaban a la vista.

—En efecto. La señora Hutton ya está arriba con ellos.

—Frederick hizo todo lo posible para nadar con los patos —le expliqué—. ¿Enviarías a Keene y a la niñera a mi habitación?

—De inmediato, señorita.

—¿Y tu hombre? —le pregunté a Henry.

—No viajé con mi ayuda de cámara. Me ocuparé yo solo de mi ropa.

“Muy gracioso. ¿Él sabe cómo hacer eso?”

—Estoy seguro que Keene estará encantada de ayudarte con cualquier cosa, que necesites limpiar. O puedes confiar en el ayuda de cámara de mi padre...

—No es necesario —replicó Henry, sonriendo—. Puedo arreglármelas muy bien por mi cuenta.

El barro le había manchado el abrigo y los pantalones. Esperaba que hubiera traído

suficiente ropa para que esto no causara ningún gran inconveniente.

Nuestro mayordomo pareció absorber todo esto. Quizás se ocuparía de las necesidades de limpieza de Henry.

—Si espera un momento, señor, iré a buscar a la señora Shaw para que lo acompañe a su habitación.

—Por supuesto —asintió Henry, galantemente.

Shaw fue a buscar a los sirvientes, que yo había solicitado, y tiré suavemente de la mano a Frederick, que sollozaba, escaleras arriba.

Mi hermana apareció, en lo alto de las escaleras, con el rostro pálido, sin parecer más descansada por la siesta, que acababa de tomar.

—¡Cielos! —exclamó Julia, quien bajó corriendo las escaleras—. ¿Qué pasó?

—Frederick quería sostener los patos —le expliqué.

Ella me dio una mirada de sorpresa mezclada con diversión.

—¿Y pensaste en pescarlos en el lago para él?

Le lancé una sonrisa irónica.

—Lo saqué del lago, después que se cayó, y el señor Bradwell me ayudó, cuando no pude sobrevivir por mi cuenta.

Julia pareció notar a Henry parado cerca de la puerta. Ella levantó las cejas hacia mí, y el calor volvió a invadir mis mejillas. No podía pensar en el momento, en que caímos al césped, sin que todo mi cuerpo se calentara por la confusión.

Henry dio un paso adelante para recibirnos en las escaleras.

—Señor Bradwell —dijo ella—. No te he había visto en mucho tiempo.

Él inclinó la cabeza en una suave reverencia.

—Tu hijo es muy entretenido.

Ella soltó una carcajada.

—Creo que fue un cumplido y lo aceptaré.

—¿Viene el señor Walding?

—Espero que lo haga. Actualmente gestiona negocios inmobiliarios. Tuvimos inundaciones y causaron grandes daños a algunas de las casas de los inquilinos.

—¡Qué lástima!

—En efecto. —Ella intentó sonreír, pero había una clara tensión detrás de ello, que coincidía con el embotamiento de sus ojos. No era la Julia alegre, que yo conocía tan bien, aunque era evidente que intentaba serlo—. Me alegra que haya venido, señor Bradwell. A papá le vendría bien la distracción de algunos amigos pescadores para ahorrarnos excesivas partidas de ajedrez.

—Estoy feliz de poder servirles. —Él sonrió.

—Vamos —dije, queriendo quitarme la ropa empapada y maloliente—. Enviarán a la niñera a mi habitación para Frederick.

Julia miró a Henry inquisitivamente, antes de aceptar y subir las escaleras conmigo. Ella sonrió, cuando llegamos al pasillo y nos perdimos de vista.

—Él es guapo.

—¡Mejor que susurres! —la amonesté.

—Seguramente, él no puede oírnos.

—Nunca se puede saber qué sonidos viajarán.

—Entonces, ¿lo niegas?

—Negar que el sonido pueda...

—No, ¡ese ganso! Ese Henry Bradwell es guapo.
—Es tolerable, supongo. —Mis mejillas se calentaron.
Julia sonrió, iluminando sus pálidas mejillas.
—Lo sabía. Lo encuentras sumamente guapo.
No discutí más con ella porque tenía toda la razón.

Capítulo 13

Henry

No había sido mi intención ensuciar mi ropa, al llegar a Hutton House, sin embargo, por desgracia, aquí estaba con un abrigo, una corbata y un par de pantalones completamente arruinados. A pesar de mis afirmaciones, no tenía idea de cómo limpiar el barro de la tela. Siempre tuve a Felton para eso.

La cena llegó y se fue, el oporto se compartió entre los caballeros, después de comer y, como el capitán Neal había avisado, que no llegaría hasta dentro de un día, tenía a Marianne para mí, en el salón. La ropa sucia estaba arriba, esperando para que la limpiara, y yo quería determinar cómo manejar esto.

Crucé hasta donde estaba Marianne, quien permanecía sentada junto a Lady Moorington, en el sofá.

—Esperaba incitarte a jugar una partida de ajedrez conmigo, señorita Hutton.

Ella me lanzó una mirada, que no pude interpretar.

—Creo que mi madre tiene otros planes para la noche.

La señora Hutton negó con la cabeza.

—Mis planes pueden esperar. Deberíamos guardarlos para cuando lleguen más invitados.

—¿Huéspedes? —preguntó Marianne—. ¿No estamos esperando solo al capitán Neal?

—Daniel se unirá a nosotros en unos días —aclaró Lady Moorington con una sonrisa en sus labios—. Nadie está más sorprendida que yo… Que mi hijo aceptó una invitación a un evento, en el que estoy presente. No lo he visto en mucho tiempo.

—Yo tampoco —dijo Marianne—. ¿Jane también vendrá?

Solo conocía a Jane porque ella y su esposo, Ewan, nos habían visitado en Chelton el año pasado. Llegaron poco después que mi hermano James se casara con Felicity, la prima de Jane. Ewan es escocés y ellos viven en algún lugar de las Tierras Bajas.

—Lamentablemente no. Actualmente, están cuidando a su bebé.

—Por supuesto —replicó Marianne—. ¿Cómo le resulta ser madre?

—Ewan y ella son padres tiernos. De hecho, vamos de camino a verlos, cuando salgamos de tu casa —asintió Lady Moorington.

Lord Moorington se instaló cómodamente junto a su esposa.

—Es un muchacho fornido —dijo.

Supuse que se refería al bebé.

—¿Vamos entonces? —pregunté.

Marianne se puso de pie y se secó las manos en la falda.

—Prepárate para perder, señor. He jugado muchas partidas de ajedrez, y no soy una aficionada.

El señor Hutton resopló desde el otro lado del salón, y Marianne le lanzó una sonrisa divertida.

—¿Entiendo que la reacción de tu padre significa que podrías, de hecho, ser lo opuesto a lo que afirmaste?

—¡Oh! He jugado muchas partidas de ajedrez, pero no puedo molestarme en mejorar mi habilidad en absoluto. Pierdo terriblemente cada vez.

—Entonces, haré todo lo posible para brindarte una experiencia agradable de todos modos.

Nos trasladamos a una mesa colocada contra la ventana oscura. El tablero de ajedrez estaba incrustado en la superficie de la mesa con bloques de madera blancos y negros arremolinados. Marianne tomó asiento y abrió un cajón, sacó las piezas de ajedrez y colocó el tablero de lado. Me senté frente a ella y seguí su ejemplo.

—¿Has tenido tiempo de leer mis notas recientes? —preguntó en voz baja—. Dejé el libro en tu habitación, cuando supe cuál era el libro que mi madre quería para ti.

Moderé mi sorpresa y dejé de concentrarme en preparar mi lado del tablero.

—No lo vi.

—Debería estar en el escritorio.

—No creo que haya un escritorio en mi habitación.

O no recordaba haber visto ninguno. Intenté recordar los muebles de la habitación, pero eran escasos. Una cama, un arcón, una mesa con un aguamanil y un cuenco. Había una silla, pero no un escritorio.

—Quizás no lo viste. —Ella enderezó su reina y luego me miró—. O tal vez dejé la novela en la habitación del capitán Neal.

—Entonces, es bueno que no llegue hasta mañana.

—Entraré sigilosamente en la habitación y recuperaré el libro, antes de irme a la cama —me aseguró ella con complicidad, todavía concentrada en sus piezas—. Keene puede entregártelo.

—¡Un plan espléndido! —Luché contra una sonrisa—. Quizás deberías escribir historias de aventuras, después de todo.

—¿O sobre misterio? —preguntó ella, levantando una ceja.

—Ciertamente, me interesaría esa historia.

Marianne miró hacia abajo y movió un peón.

—Sin embargo, no estoy segura de poder escribir nada sin una fuerte dosis de romance, así que tal vez no te interese después de todo. —Había un tono extraño en su voz, y yo no sabía a qué se refería con eso.

—¿Porque soy tan inepto en el asunto?

—¡No! No eres un inepto. —La forma en que su voz se hizo más aguda, mientras hablaba delataba lo poco que creía en eso.

—¡Qué amable de tu parte tratar de perdonar mis sentimientos! —También moví un peón, y luego junté las manos sobre la mesa frente a mí—. Pero, si fuera capaz de alguna manera, no te estaría rogando tu ayuda.

—Gracias por intentar cambiar nuestra historia, pero la idea de un acuerdo fue mía, desde el principio.

—Y yo soy el que más me beneficia.

—Para ser justos, no puedes ayudarme hasta que termine mi manuscrito. —Tomó otro peón y lo hizo avanzar.

—Lo cual no sería necesario, si hubiera tenido éxito en mi primer intento de recuperar tu manuscrito.

—Espero que ambos salgamos bien de este acuerdo. —Ella se encogió levemente de hombros.

—Saldrás mejor de esta fiesta, en casa, si la proporción entre caballeros y señoritas es una indicación.

—Daniel Palmer es un libertino, Henry —susurró ella—. Probablemente, solo lo invitaron por el bien de su pobre madre.

—Si es tan malo, no puedo imaginar que indujo a tu madre a invitarlo, a que viniera, a esta

casa con una hija soltera... Por no hablar de los Gatley.

—Se puede tener hábitos desagradables sin mostrar falta de decoro. Estoy segura que será un caballero, en cada pulgada, cuando su madre esté cerca. Es un conocido de la familia, desde hace mucho tiempo, por lo que dudo que mis padres sientan miedo de su presencia. —Movió su pieza, luego levantó la mirada y sonrió con complicidad—. O no esperan que acepte la invitación, más bien la hicieron, a instancias de su madre.

Mi apuesta estaba en lo último.

—¡Qué decepcionante es cuando la estrategia de uno fracasa!

—No estoy familiarizada con ese concepto. Sin duda, tienes más experiencia en estrategia que el resto de nosotros.

—Salvo quizás por el capitán Neal.

Marianne asintió, observando mis dedos, mientras elegía una pieza y la deslizaba sobre el tablero. Abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar. Se libraba una batalla en sus expresiones, y solo despertó en mí la curiosidad de saber qué estaba ocultando.

—¿Qué es lo que no estás diciendo? —le pregunté.

Ella cruzó las manos sobre el borde de la mesa, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—No hablas de tu tiempo en el ejército. No me gustaría hacerte una pregunta que te hiciera sentir incómodo.

Ya me sentía así. El malestar y mi tiempo en el ejército iban de la mano. No podía reflexionar sobre esos años sin pensar en mi padre, o en cómo le había fallado. Tragué contra la pesadez en mi garganta.

—Normalmente, no disfruto recordando esos años, pero puedes preguntarme cualquier cosa. —Lo extraño es que lo dije en serio.

—Tu padre era famoso por su carrera militar.

—De hecho, lo era. Por eso elegí seguirlo. James estaba en la universidad y mi hermano menor, Benedict, no estaba interesado. Mi pobre padre estaba muy decepcionado con nosotros, sus hijos, que no estábamos entusiasmados, ya que hemos tenido generaciones de militares.

—¿Fuiste a la universidad?

—Tenía la intención de hacerlo, cuando terminara con el ejército. —Me concentré en la pesada pieza del rey negro, girándola en su lugar sobre el tablero de ajedrez.

—¡Qué sacrificio! —dijo en voz baja.

Miré hacia arriba.

—Me sentí así, en ese momento, pero en realidad pude pasar los últimos años de mi padre, junto con él. Sacrifiqué la universidad y tuve ese tiempo. No puedo arrepentirme de eso.

—¿Incluso cuando te obligó a sacrificar algo, que deseabas profundamente, por algo para lo que no estabas preparado?

Mi pecho se contrajo, mientras consideraba cómo responderle. Siempre había creído que valía la pena sacrificar esos años porque pude pasarlos a la sombra de mi padre, aprendiendo de él. Si él hubiera permanecido vivo el tiempo suficiente para ver cómo se vendían mis libros, tal vez las cosas hubieran sido diferentes. Tal vez, si él hubiera seguido vivo, nunca hubiera tomado la decisión de dejar el ejército, o podría haberlo hecho, decepcionándolo por completo. Ciertamente, él podría estar decepcionado, mirándome ahora desde el Cielo.

Su mano se deslizó por la mesa y descansó sobre la mía, haciendo que me quedara quieto en cada parte de mi cuerpo, excepto en mi corazón, que seguía latiendo a una velocidad cada vez mayor. Agarré al rey, bajo el calor de su piel, y obligué a mi mirada a encontrarse con la de ella.

—Olvídate que lo mencioné. —Ella sonrió amablemente—. No deseo hacerte sentir

incómodo.

—Confía en mí —dije con la voz ronca—. No estás haciendo tal cosa. —Agarré al rey con más fuerza—. Nunca he hablado de esto con otra alma. Es una dificultad, pero eso no significa que deba evitarse. Mi padre era un hombre maravilloso, y yo no habría hecho nada diferente, si pudiera volver atrás y hacerlo todo de nuevo. —Le di una sonrisa trémula—. Aunque, con toda honestidad, si el destino me concediera esa oportunidad, intentaría convencer a mi padre, que se mantuviera alejado de Waterloo. Sin embargo, no estoy seguro, si tendría mucho éxito en ese esfuerzo.

—Es una bendición que no podamos regresar y cambiar nuestro pasado —habló ella con una convicción sensata.

—¿Y tú lo harías?

Ella miró hacia otro lado.

—No le habría vendido mi manuscrito al señor Marbury. O le hubiera exigido que firmara un contrato, estableciendo que publicaría el libro, dentro de un plazo específico. Pero como ahora no puedo hacer ninguna de esas cosas, no me detendré en estas. —Ella sacudió levemente la cabeza, pero aún así no retiró la mano. ¿Había olvidado que yo estaba allí?

Disfruté esa sensación. Quería girar mis dedos para poder sostenerla, pero temía que cualquier movimiento la asustaría y se retractaría. Quería aferrarme a este sentimiento tanto tiempo como pudiera. De alguna manera, ella logró filtrar calor a través de mi piel y directamente a mi corazón.

Una sonrisa curvó sus labios.

—Es un gran alivio que podamos hacer que nuestros personajes hagan lo que queramos que hagan. A veces nos sentimos, como si fuéramos los titiriteros y ellos nuestros juguetes.

—Realmente. Debe ser una especie de ejercicio catártico controlar tan completamente algo más sin ninguna repercusión. —Sonreí.

—Gracias por confiar en mí, Henry. —Sus ojos se dirigieron hacia donde estaban sentados sus padres con la señora Gatley, y Lord y Lady Moorington—. Mis conversaciones contigo siempre son muy gratificantes. Es agradable sentir algo más que una decepción, durante unos minutos.

"¿Decepción? ¿Marianne estaba decepcionada?"

—No puedes hablar en serio. Tus padres te adoran.

—Eso es indiscutible, pero también están frustrados, por mucho que intenten ocultarlo, porque sigo soltera.

¡Ah! Vi lo que quería decir. No estaba a la altura de lo que sus padres esperaban de ella. Lo entendí muy bien.

—La mayoría de los padres se preocupan hasta que sus hijas estén felizmente instaladas. Probablemente, tus padres solo están preocupados por tu futuro.

—Posiblemente, lo están. Por eso invitaron a dos solteros elegibles a pasar quince días con nosotros, con la esperanza que hubiera mucho cortejo entre manos. Notarás que nadie nos presta atención, en este momento. —Sus dedos se movieron suavemente sobre los míos y mi corazón latió rápido. Y añadió en voz baja—, aunque el señor Gatley seguramente nos interrumpiría, si se hubiera reunido con nosotros en el salón, después de la cena.

Mi mente se detuvo tartamudeando, aunque eso no impidió que la diversión se reflejara en mi rostro.

—¿Hablas en serio, entonces? ¿Tu relación con el capitán no es fingida?

Ella apartó su mano, moviendo una pieza, en el tablero, y me arrepentí de mi pregunta.

Estaba bastante seguro que ella se había saltado mi turno, pero realmente no me importaba. Ninguno de los dos prestó mucha atención al juego de ajedrez.

—Sí, es en serio. No permitiría que un caballero creyera que estoy interesada en tener una relación, si no lo estuviera. Debo agradecerte por mostrarme el beneficio de casarme con alguien como el capitán Neal.

—¡Qué amable de tu parte! —dije secamente. Lamenté sinceramente haber mencionado algo positivo sobre la vida con un capitán de la marina.

Ella se rió entre dientes.

—No parezcas tan decepcionado, señor. Me diste permiso para creer que la idea de casarme con otra persona no te decepcionará.

Pero así fue. Lo sentí profundamente en mis entrañas. ¿Y si ya no quisiera que nuestro noviazgo fuera fingido? ¿Y si quisiera que fuera real? Ella estaba buscando activamente un marido y, hasta donde yo sabía, no estaba enamorada del capitán Neal. ¿Eso significaba que todavía tenía una oportunidad con Marianne? La forma en que me miró, ahora produjo un anhelo en mi pecho, vacío y doloroso de ser llenado con ella. Tenía el rostro vuelto hacia arriba, los ojos muy abiertos y una expresión cautelosa, en el ceño, que me hizo creer que estaba conteniendo la respiración.

Era muy parecido a cómo se había sentido en mis brazos, cuando la saqué del lago y tropecé con su sobrino. Podría haberla abrazado durante horas.

—Marianne, ¿qué dirías si te dijera…?

La puerta del salón se abrió y Shaw entró.

—El capitán Neal ha llegado, madame.

—Llegó antes de lo esperado —expresó Marianne en voz baja.

—¿Lo han atendido? —preguntó la señora Hutton.

—El capitán ha sido acompañado a su habitación, y le llevarán la cena en una bandeja.

—¿Planea unirse a nosotros, cuando termine de comer?

—De hecho —respondió Shaw—. Aunque él desea refrescarse primero.

—Por supuesto —confirmó la señora Hutton—. Gracias, Shaw.

El mayordomo agachó la cabeza y se fue, cerrando la puerta detrás de él.

La llegada del capitán Neal significó que todo había cambiado. Ya no tenía a Marianne para mí sola. ¡Qué decepción! Por cierto, necesitaba encontrar una manera de hablar con ella, en privado, durante el transcurso de la fiesta, en esta casa, y tenía la sensación que esa tarea requeriría mucha creatividad.

El rostro de Marianne se dirigió hacia mí con sus cejas marrones arqueadas sobre su frente. La preocupación brilló en sus ojos.

—¿Qué es? —le pregunté. ¿Sintió ella el cambio en la casa, como yo?

—El libro. Tu capítulo más reciente, plagado de mis notas. ¡Está en la habitación del capitán Neal!

Capítulo 14

Marianne

Estaba íntimamente familiarizada con la distribución de las habitaciones, donde dormían nuestros invitados, y el cuarto, en que mi madre había alojado al capitán Neal solo tenía una silla, que estaba colocada junto al pequeño escritorio. Eso significaba que el capitán Neal tomaría su cena, sentado, en la mesa, donde estaba el libro. Uno con una carta elegantemente encima, que yo le había escrito descuidadamente a Henry.

El capitán Neal estaba en esa misma habitación, en ese momento.

"¡Oh! ¡Maldición! ¿Cómo pude haber sido tan imprudente?"

Dejando a un lado mis errores, había prometido ayudar a Henry a guardar el secreto de su autoría, y si el capitán Neal encontraba esa carta, e investigaba el libro, el secreto ya no existiría. Me levanté rápidamente, golpeando la mesa de ajedrez, y provocando que algunas piezas se cayeran.

—¿Debemos preocuparnos? —Henry tomó mi mano.

—Encontrará mi carta para ti cuando se siente a cenar.

Él soltó mi mano y se reclinó en su silla.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó—. ¿Debería hacerle una visita?

Me alegré que Henry entendiera la gravedad de la situación.

—Iré a buscar a Keene. Ella sabrá qué hacer.

—¿Cómo escaparás de este salón sin llamar la atención sobre tu angustia?

—No fue necesario que la señorita Gatley asistiera porque viajar la había agotado. Puedo decir lo mismo de mí. Atender a mi sobrino hoy me ha cansado. Es hora que me retire por la noche. —Sin embargo, lo contrario era cierto. Mi corazón se aceleró por la conversación de Henry, la forma en que me miró, y lo que sea que había estado a punto de decirme. Pero no podía pensar en eso, ahora. Si no recuperaba pronto esa carta y sus páginas, su secreto saldría a la luz, y él no tendría motivos para volver a mirarme con amabilidad.

—Entonces, buenas noches, Marianne.

Crucé la habitación, obligando a mis pasos a no tener prisa, y me incliné para susurrar algo al oído de mi madre.

—Estoy a favor de la cama. Quiero descansar para nuestros invitados, y estaré dispuesta mañana.

—Por supuesto. Buenas noches, querida.

Extendí mi sonrisa entre los invitados, antes de salir del salón, y subir corriendo las escaleras hacia mi dormitorio. Tiré de la cuerda y esperé, caminando hacia la ventana y de regreso. ¡Era una chica tan tonta e irreflexiva!

Keene entró en la habitación e hizo una reverencia.

—Tenemos una crisis.

Sus ojos se agrandaron, y los habría encontrado cómicos, en cualquier otra situación. No obstante, no podía reírme debido a que el secreto de la autoría de Henry estaba en juego.

—Dejé el capítulo reciente del señor Bradwell en lo que creía que era su habitación. La señora Shaw lo puso en otra, y ahora el capitán Neal está allí con las páginas manuscritas del señor Bradwell, y una carta escrita con mi puño y letra.

—¿Una carta, madame?

—Sí. —Dejé caer mi cara entre mis manos—. Insinué en esa carta a un caballero, que me alegraba pasar tiempo con él aquí. ¡Fui descarada y tonta! Lo lamento de todo corazón, en este momento, pero si el capitán Neal la encuentra, estoy en serios problemas. ¡Mi propia reputación está en peligro!

Keene parecía tan angustiada como yo. Con cierto desagrado, por cierto.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó ella.

—¿Usted puede recuperarla? ¿Puede idear una razón para entrar a la habitación de ese caballero, ahora mismo? Me temo que llevarán la bandeja de la cena al escritorio, y perderé toda esperanza.

Ella arrugó la nariz.

—¿Puedo llevarle agua caliente? ¿Hacer como si creyera que él lo solicitó?

—¿No lo hicieron?

—Por supuesto. Será un error de mi parte. Fingiré ser una doncella tonta.

No era el mejor plan, pero serviría.

—Sí. Hazlo. —Levanté la mano y el plan se formó, al salir de mi boca—. Pasaré casualmente por su habitación, cuando usted llame a la puerta y haga contacto visual con él, entonces, él saldrá al pasillo para saludarme.

—Así él se ausentara de la habitación para que yo pueda tomar las páginas del libro.

—Y la carta que descansa encima.

Ella se dirigió hacia la puerta.

—Iré a buscar agua de inmediato.

—Dese prisa —le rogué.

Keene salió corriendo de la habitación y estaba segura que corrió escaleras abajo para llenar su balde con agua tibia. Me acerqué al espejo y comprobé mi reflejo, metiendo algunos rizos sueltos, en mi peinado, y pellizcando mis mejillas para devolverles el color.

Cuando mi doncella regresó, yo estaba sufriendo un ataque de nervios. La seguí en silencio por el pasillo, y caminamos hasta la otra ala, donde están ubicadas las habitaciones de invitados para los caballeros. Pasé por la habitación, y esperé a que ella tocara la puerta. Pequeñas llamas de velas rebotaban en los candelabros de los pasillos, la luz parpadeaba contra las paredes, y se veía la gorra blanca, en la cabeza de Keene. Me acomodé contra la pared, cuando se abrió la puerta del capitán Neal.

—¿Sí?

—Agua caliente, señor.

—Ya tengo…

Caminé rápidamente y encontré la mirada del capitán Neal. Aminoré mis pasos, fingiendo que no me di cuenta que él estaría parado allí. Demostré que estaba sorprendida, y recé por estar haciendo una actuación creíble.

—¿Capitán Neal? No pensé que llegaría hasta mañana.

Él estaba un poco desaliñado, pero todavía llevaba el chaleco y le faltaba la corbata. Era alto y de hombros anchos. A pesar de mis sentimientos por Henry, no podía negar que el capitán era un hombre muy atractivo. Me sonrió, pareciendo olvidarse de la criada, que estaba delante de él, con un cubo de agua.

—Señorita Hutton. —Bajó la cabeza—. Pude ocuparme de mi negocio temprano, y llegué antes de lo previsto.

—¡Qué maravilloso para nosotros! Me alegra que esté aquí para nuestro paseo matutino. ¿Le gusta montar, señor?

Dio un paso adelante y Keene pasó junto a él, silenciosamente. Contuve la respiración.

—Sí, aunque no he traído ningún caballo que sirva para ese propósito.

—Mi padre tiene muchos para todos nosotros. Sin embargo, debemos viajar a primera hora de la mañana, o seguramente lo robará para pescar o cazar, o algo así que implique demostrar su destreza, y proporcionarnos la cena.

Él se rió entre dientes.

—Un paseo será excelente, incluso tan temprano. Por supuesto... —Se giró un poco para mirar por encima del hombro, y entré en pánico.

—Pero no debemos detenernos ahí —dije apresuradamente, llamando su atención de nuevo hacia mí.

La intriga brilló en sus ojos grises y volvió a mirarme.

—¿Oh? ¿Qué más tiene en mente?

—¿Qué, de hecho? ¿Desayuno? ¿Desayunamos juntos, antes de montar? Sin duda me traerá una gran alegría... comer... —Hice lo mejor que pude para mirar sutilmente detrás de él hacia la habitación, pero no podía ver el escritorio ni a mi doncella, desde esta perspectiva.

La admiración brilló en sus ojos.

—Un desayuno será delicioso.

—¡Maravilloso! Nos vemos mañana, capitán. Espero encontrarlo bien descansado.

—¿Tiene la intención de llevarme a un viaje doloroso?

—Solo si usted me cree capaz de eso.

Él se rió un poco más fuerte.

—Espero verla mañana por la mañana, señorita Hutton.

Hice una reverencia.

—Yo también. —Di la vuelta, me alejé y cerré los ojos con fuerza por un momento. Esperaba que Keene hubiera terminado su tarea, y me siguiera poco después.

Cuando llegué a mi habitación, me alivió escucharla justo detrás de mí. Sostenía un cubo, pero ningún libro en sus manos. La tomé del brazo y la llevé a mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí.

—¿Lo encontró?

Dejó el cubo vacío en el suelo y sacó un montón de papeles doblados de su delantal. Tomé los papeles y los presioné contra mi estómago, mientras mi cuerpo se inundaba de alivio.

—Gracias. ¿Él se dio cuenta si parecían desaliñados? ¿Los encontró?

Ella miró hacia otro lado.

—Keene —dije, mi tono contenía la consternación que afilaba mi esperanza—. Dime.

—Él abrió la carta.

"¡Maldición!"

—Esto no es bueno.

—¿Él sabrá que usted la escribió para el señor Bradwell?

Me senté en el borde de mi cama, y dejé caer la cabeza entre mis manos. Si tan solo pudiera leer esa misiva, otra vez.

"¿Escribí el nombre de Henry? No puedo recordarlo. Pero… No creo haberlo hecho".

—¿Recuerda lo que escribió?

—Difícilmente. Fue una nota rápida y no firmé con mi nombre completo. Pero no será difícil saber quién escribió la carta.

Ella estaba callada, vacilando.

—¿Usted cree que el capitán Neal podría pensar que fue escrito para él?

—Él puede creer eso. La carta no estaba dirigida a nadie, en particular. Al menos, recuerdo que no lo estaba. —Moví mi mano hacia la habitación—. Pero lo invité a desayunar, y a dar un paseo porque no se me ocurrió otra forma de prolongar nuestra conversación, en el pasillo. Seguramente, eso solo reiteró que yo quiero pasar tiempo con él.

—¿No es eso algo bueno, señorita? —preguntó Keene, confundida—. ¿No quiere que la corteje?

¿Era así? ¿No? Excepto que lo que sentí alrededor del capitán no podía compararse de ninguna manera con la sensación que tenía, cuando estaba sosteniendo la mano de Henry.

Levanté la vista y sostuve la mirada de mi doncella.

—Creo que estoy en un aprieto. El hombre con el que me gustaría pasar tiempo, no tiene verdaderos planes para mí, y el hombre que parece dispuesto a casarse conmigo, no inspira todavía ningún sentimiento particular de amor o afecto.

—¿Me imagino que el segundo hombre es el que recibió la nota?

—En efecto.

La expresión preocupada de Keene no auguraba nada bueno para mí.

—¿Quiere que le suba una taza de chocolate caliente?

Le sonreí. Ella sabía exactamente lo que ansiaba en momentos de angustia. Pero mi estómago estaba revuelto.

—No podría beberlo, ahora, si lo intentara, pero le agradezco la oferta, Keene. Creo que me retiraré anticipadamente.

Ella me ayudó a prepararme para acostarme, y avivó el fuego antes de irse. Me paré en mi ventana, y miré a través del cristal oscuro la media luna, en lo alto.

"¡Oh, no! ¿Qué voy a hacer?"

* * *

No podía dormir. Mi mente luchaba con la idea de colarme en la habitación del capitán Neal para recuperar la carta, que Keene había dejado en su mesa. Quizás si el hombre se despertara y descubriera que falta, se preguntaría, si había sido una realidad o un sueño. Pero si se despertara durante mi furtiva aventura, y me encontrara en su habitación, toda esperanza se perdería y mi reputación con ella.

Me puse mi bata violeta y me la abroché al cuello. Habían pasado horas, desde que todos se habían ido a dormir, y los minutos de tranquilidad, que pasaban, solo exacerbaron mi preocupación. Había transcurrido suficiente tiempo, desde la cena, y yo ahora estaba cada vez más hambrienta. Al menos, podría conseguir la taza de chocolate caliente, que había rechazado antes.

Encendí mi vela y bajé por las escaleras, deslizándome hacia la escalera de servicio para llegar a la cocina.

Un fuego ardía en la cocina, cuando llegué allí, y me detuve en seco, al notar una sombra, saltando a lo largo de la pared, en el pequeño cuarto de almacenamiento. Alguien estaba allí, y tal vez ese alguien podría decirme cómo calentar una olla con agua.

—Perdón por mi intrusión —dije, asomando la cabeza por la puerta y congelándome como un carámbano de color violeta. Henry estaba sentado en pantalones con una camisa larga por fuera, inclinado sobre un cubo de agua, mostrando una pastilla de lejía en una mano y un par de pantalones recogidos, en la otra.

—¡Oh! —dije con cierto asombro—. No esperaba encontrarte aquí.

Dejó caer el jabón, en el agua, y me dedicó una sonrisa irónica.

—Esa era ciertamente mi intención.

Crucé los brazos sobre el pecho y apoyé un hombro en la puerta.

—¿Porque no soportas que te vean completando una tarea tan insignificante?

—Difícilmente. Esperé hasta que todos estuvieran dormidos para que no me descubrieran siendo completamente incompetente.

—Nadie te culpará por no saber lavar tu propia ropa, Henry.

El disgusto en su rostro era una prueba que él estaba equivocado. Se culpó a sí mismo de todo corazón.

—¿Por qué no pediste ayuda? Keene se alegraría...

—Fui yo quien despidió al sirviente para que pudiera atender un asunto familiar, así que seré yo quien se ocupará de mis asuntos. —Miró el agua con jabón, que había en el cubo, el cual tenía entre las rodillas—. No quisiera agobiar más a tus sirvientes. Me imagino que tienen mucho que hacer, preparándose para recibir invitados adicionales, esta semana.

La vergüenza y la confusión me invadieron. No había considerado el trabajo adicional, que ya habíamos añadido a la carga de Keene, solo que ella no dudaría en hacer todo lo que le pedía.

—No puedo decir si fue la consideración o el orgullo lo que te llevó a esto. —Hice un gesto hacia él, quien estaba sentado sobre un cubo de agua con un par de pantalones empapados colgando de su agarre.

—Quizás un poco de ambas cosas. —Dejó caer la ropa en el cubo—. Para ser honesto, no tengo la menor idea de lo que estoy haciendo. ¿Esta agua debe estar fría o caliente? Salió fría de la bomba, pero no es fácil trabajar con la lejía, y temo que si uso este mismo método con todas mis prendas sucias, podría arruinar mi abrigo.

Cogí el abrigo y la corbata que colgaban del respaldo de su silla.

—Déjame darle esto a Keene. Si no tiene tiempo, encontrará a alguien que sí lo tenga. Le diré que no tienes mucha prisa para que te los devuelvan, así que no será una carga adicional demasiado grande.

Sus hombros se desinflaron un poco.

—Muy bien… Dale las gracias de mi parte, por favor. —Sacó sus pantalones del cubo y los escurrió—. ¿Qué te trajo aquí, en medio de la noche? ¿Tu propia lavandería secreta?

—No. Mi razón es mucho más sofisticada. Tengo hambre. —Sonreí—. Esperaba prepararme una taza de chocolate caliente, pero una mirada, a la cocina, me recordó lo poco que sé de ese departamento.

Henry estrujó aún más los pantalones, luego los sacudió y los levantó.

—Me tomó solo unos minutos llegar a la misma conclusión sobre mí mismo.

—Mira lo indefensos que estamos.

—No estoy del todo indefenso con respecto a tu dilema. Estoy seguro que puedo hurgar en la basura. ¿Querías beber chocolate?

—Lo había considerado, pero eso está completamente fuera de mi conocimiento o capacidades.

—También bastante fuera de lo mío —dijo, disculpándose.

—Entonces, supongo que el té tendrá que ser suficiente. —Salí de la despensa y busqué en la cocina la caja de té. La localicé en la habitación del ama de llaves, pero cuando tiré de la tapa, no se movió—. Cerrado —murmuré.

Henry me siguió al cuarto oscuro.

—Déjame adivinar. ¿La señora Shaw tiene la llave?

Di la vuelta y me apoyé en el apoyabrazos del pequeño sofá.

—Sí, o mi madre, a ninguna de las cuales me gustaría despertar, en medio de la noche, para tomar el té. —Me reí entre dientes—. Para ser honesta, no estoy segura de haber podido descubrir cómo encender la estufa.

Él sonrió.

—Eso puedo hacerlo. No se recorre el campo con el ejército sin aprender a encender un fuego. Incluso cuando el padre de uno le contrata a un soldado como sirviente.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Puedes demostrar tus habilidades, pero sin la llave de la caja de té, no tendremos nada más que agua caliente.

—¿Voy a hurgar en la despensa? Puedo encontrarte algo de comer. —Se formaron líneas en su frente.

—Puedo hurgar por mí misma, Henry. Pero es muy amable de tu parte ofrecerlo.

Dudó por un segundo, antes de volver a hablar.

—¿Me dirás qué te has mantenido despierta tanto tiempo? Espero que no te molesten mucho las páginas de mi manuscrito, que quedaron en la habitación de Neal.

Habíamos dejado las velas en la cocina y por eso teníamos muy poca luz para ver. Henry parecía preocupado, pero su rostro estaba envuelto en sombras, y su expresión era ilegible. Sin embargo, el brillo, en sus ojos, demostró que me estaba mirando.

—Keene y yo recuperamos las páginas del manuscrito, pero no tenemos forma de saber si el capitán Neal las encontró primero. Creo, según lo que describió Keene, que pasaron desapercibidos. Tu secreto permanece a salvo.

Sus hombros se relajaron visiblemente.

—No puedo expresar el alivio que supone eso. Soy un hombre reservado, y la idea que todos sepan que yo escribí esas novelas... —Dio una pequeña sacudida—. Si eso no te preocupa, entonces sospecho que hay más…

—Sí. —Tragué.

“¿Cómo le digo a este hombre que le escribí una carta?”

Esto rompió todo tipo de reglas de etiqueta y puso en peligro la reputación de ambos. ¿Pero toda nuestra relación no había hecho exactamente eso, desde el principio? Escribirle una nota para acompañar sus páginas me pareció natural, en absoluto, como si no nos estuviéramos sometiendo a algún peligro.

Aunque tal vez ese fuera el peligro. ¿Me había sentido demasiado cómoda con Henry? Le había escrito notas para acompañar sus páginas, antes… Esto era cierto, pero ninguna de ellas había sido así.

Henry dio un paso cuidadoso hacia mí.

—Estás empezando a preocuparme.

—He hecho algo tonto —susurré, doblando el cuello para poder intentar mirarlo a los ojos.

—¿Qué es?

Apretando el extremo de mi trenza con mis dedos, jugué con la cinta de lino, que la mantenía unida.

—Cuando dejé el libro en tu habitación, también escribí una nota.

—Has mencionado eso, pero no es tan terrible. Lo has hecho siempre.

—Sí. Lo he hecho. —*“Qué amable de tu parte señalar mis constantes fallas a la hora de mantener el decoro”*—. Esta vez no la metí en el libro con las otras páginas. La sellé con una oblea y la dejé encima de la novela, como una carta real.

Henry guardó silencio.

—No me di cuenta que tendría que ocultarla —dije—. Me informaron que ocuparías esa habitación, y sellé la carta para que tu hombre no pudiera mirarla, en caso que supiera leer.

—¡Estás pensativa! —murmuró—. ¿Está tu mente sumida en el dilema de qué hacer ahora? Neal la encontró, ¿no? ¿Supongo que ese es el motivo de tu preocupación?

—Lo hizo. El sello estaba roto.

—¿Cuál era la naturaleza de la carta?

Mi corazón latía con fuerza.

—Fue sugerente. Probablemente sonaba ansiosa por la fiesta en casa para que pudiéramos conocernos más. De ninguna manera fue una nota inocente.

Henry respiró profundamente, y luego se acercó hasta que pude distinguir ligeramente sus rasgos en el cuarto oscuro.

—Entonces has dado todas las razones para que otros sospechen de un entendimiento.

—Precisamente. —Pasé mis dedos por mi trenza nuevamente. Si el capitán Neal compartiera la nota con alguien, mi reputación podría arruinarse. Ahora, ¡estaba en su poder convertirme en una mujer lasciva!

—Supongo que no hay nada más que hacer —dijo Henry. Su voz baja y seria me invadió—. Me casaré contigo…

Capítulo 15

Henry

No me había imaginado proponerle matrimonio a Marianne, en la habitación del ama de llaves, a la mitad de la noche... y menos aún, en la oscuridad. ¿Dónde estaban nuestras velas? Pero mentiría, si intentara fingir que no había pensado un par de veces, en cómo se sentiría decir esas palabras en voz alta. Su total sorpresa, sin embargo, no fue lo que esperaba.

—¿Matrimonio? —preguntó ella.

—¿Qué más se puede hacer? Si el capitán Neal encontró una carta que me escribiste, entonces, seguramente...

—Él no sabe que fue escrita para ti... Ese es el problema. —Ella dio un paso atrás y se frotó las sienes—. La firmé con mis iniciales, pero no te la dirigí a ti. Quizás estaba inconscientemente preocupada que esto ocurriera. Ahora, el capitán Neal debe creer que estaba destinada a él.

Eso cambiaba las cosas. Una ligera decepción se apoderó de mí. Me froté la barbilla sin afeitar, y sentí el comienzo de una barba desaliñada.

—¿Neal cree que le escribiste una nota clandestina y la dejaste en su habitación?

—De hecho —susurró.

—Neal cree que estás ansiosa por tener la oportunidad de conocerlo mejor. —Mi estómago se apretó.

—Lo cual debería ser. Quiero decir, por supuesto. —Ella se frotó las sienes nuevamente—. Pero seguramente, él cree que soy el tipo de mujer, que descaradamente dejaría una nota en el dormitorio de un caballero. —Giró y se dejó caer en el pequeño sofá, bajando la cabeza hasta las manos—. Si eso lo aborrece, podría arruinarme. Si le agrada, creerá que siento más de lo que siento... Oh, ¿qué debo hacer?

Rodeé el sofá y me senté a su lado. Tomé su mano y la aparté de su rostro, sosteniéndola suavemente entre las mías. Si antes albergaba sospechas que podría estar desarrollando una especie de atracción por Marianne, la forma en que sentí tomar su mano confirmó esas sospechas, más allá de toda duda. El calor se filtró en mi pecho, y se extendió a través de mí.

—¿Tu doncella no recuperó la carta, cuando trajo las páginas de mi manuscrito?

—No. Vio que la cera ya se había roto y la dejó allí. Henry, ¡esto es peor de lo que piensas!

—¿Cómo? —Mi estómago dio un vuelco, ante la facilidad con la que usó mi nombre de pila. Cada vez que lo deslizaba descuidadamente por sus labios, la amaba aún más.

—La única manera, que se me ocurrió de recuperar las páginas de tu manuscrito, fue enviar a mi doncella a la habitación del capitán Neal con agua caliente, pero necesitábamos una distracción para que ella pudiera tomar los papeles sin que él la mirara. —Ella soltó una risita acuosa.

—¿Tú proporcionaste esa distracción?

—Lo hice. Esperé afuera de su puerta, y me acerqué, cuando la abrió. Así lo incité a conversar en el pasillo, dejando a Keene libre para que pudiera tomar lo que necesitaba.

—¡Qué astuto de tu parte!

—Extremadamente. Si todo lo demás falla en el mercado matrimonial, podría tener una carrera en Bow Street.

Me reí entre dientes.

—No creo que el uniforme te quede bien, Marianne. A pesar de lo incómoda que te hayas

sentido al distraer al capitán, no parece tan terrible.

—No… Lo terrible fue lo ansiosa que yo parecía por pasar tiempo con él. Lo invité a desayunar conmigo mañana, y a dar un paseo. Esto no fue más que una reiteración de los sentimientos, que supuestamente proclamé por él, en esa carta.

Una cálida punzada de celos recorrió mi estómago, mientras imaginaba todo lo que ocurrió en el pasillo: las luces tenues y lo hermosa que ella estaba, después de la cena. Tragué.

—¿Tienes ganas de desayunar con él?

—De ninguna manera.

—Esa es una respuesta vehemente de alguien, que supuestamente está cortejando a un hombre.

—No lo estoy cortejando, exactamente.

"¿No dijo, momentos antes, que esperaba con ansias la oportunidad de conocerlo mejor? ¿Quién la entiende a ella?"

—Su presencia en la fiesta de tu casa dice lo contrario.

—Sí. Esto refleja que mi madre desea que él pueda competir por ser su futuro yerno.

Mi mano apretó la de ella.

—¿Y tú, Marianne? ¿Qué opinas de la perspectiva que el capitán Neal se convierta en el futuro yerno de tu madre?

Ella se rió suavemente.

—No estoy segura. En lo que respecta a que se convierta en mi futuro esposo, ciertamente tiene todos los rasgos que considero dignos.

—¿Cómo?

—Es amable, atento, guapo. Él me brindará la oportunidad de administrar mi propia casa, criar a mis propios hijos y tener la libertad de escribir, mientras él no esté.

"¿Puedo proporcionarle todas esas cosas?"

—¿Le contarás sobre tus escritos?

—Supongo que debo hacerlo. —Ella arrugó la cara—. Sin embargo, para ser honesta, no estoy segura de querer compartir esa información con nadie.

—Entonces, ¿por qué él está aquí? —pregunté suavemente.

Ella soltó una risa suave, burlándose de la situación.

—Debo casarme con alguien, Henry. ¡Quiero casarme con alguien!

Mi garganta se secó. Mis recientes palabras flotaron en el aire entre nosotros. ¿Estaba pensando en mi declaración anterior de la misma manera que yo?

"Me casaré contigo". Recordé muy bien lo que le dije.

En ese sentido, le había dicho que podría ser su marido. Si ella aceptaba, todo esto podría terminar, y la fiesta en casa se convertiría en una oportunidad para conocer mejor a mis futuros suegros. No obstante, ella había cambiado esto a un acuerdo comercial, nada más que una oportunidad para pasar capítulos de un lado a otro, mientras yo escribía, y ella los mejoraba.

"¿Así será nuestra vida, juntos? Si nos casamos, ¿estaremos escribiendo nuestros libros, constantemente, e intercambiándolos entre nosotros, ayudándonos mutuamente a mejorarlos?"

Parecía mucho trabajo, pero por alguna razón, esto también sonaba absolutamente increíble, ¡y maravilloso!

Pasé mis pulgares por sus nudillos, uno a la vez, concentrándome allí para no perder el valor de hablar.

—Si lo que deseas es casarte con el capitán, entonces, por supuesto, te apoyaré plenamente. Pero para mí será un gran sacrificio perder tu compañía y tus inteligentes cartas.

—¿Por qué mi matrimonio con el capitán Neal pondría fin a nuestra amistad? —preguntó ella—. ¿No querrás hablar más conmigo?

—Cuando estés casada, Marianne, ya no será apropiado. En conciencia, no puedo escribirte. Incluso no debería hacerlo ahora.

—No lo hagas ahora —replicó ella, simplemente—. Soy la única que ha sido inapropiada. Lo siento, Henry. ¡No lo volveré a hacer!

—No necesitas disculparte conmigo. Disfruto de tus cartas, como ya te lo he dicho, antes.

—Es una pena que no podamos ser hermano y hermana, entonces, y nada en nuestra relación tendría que cambiar.

¿Hermanos o buenos amigos? Eso era lo último que quería de Marianne. Pero si eso era lo que ella sentía por mí, ciertamente, esto explicaba por qué mi anterior declaración de matrimonio fue recibida con tanta incomodidad, silencio y miedo. ¡Qué horrible es que alguien le proponga matrimonio, a quien lo considera como hermano! Me revolvía el estómago que ella me viera de esa manera.

—Tengo suficientes hermanas, ahora que mis hermanos están casados. Una de las cuales disfruta leyendo tanto como tú.

—¿Felicity? —preguntó, quitando su mano de la mía. ¿Ella también sintió que se levantaba el muro entre nosotros?—. Si ella es una lectora tan devota, ¿por qué no le has hablado todavía de tus libros?

—No puedo decírselo a Felicity sin admitirlo también ante el resto de mi familia. —Tiré del borde de su trenza.

—Tienes una familia tan cariñosa y solidaria. Realmente, no entiendo por qué todavía no se lo has dicho. —Ella entrecerró ligeramente los ojos, como si intentara comprender mi personalidad.

—¿Cómo podría hacer eso? ¿Cómo puedo decirles que dejé el ejército en pos de algo tan estudioso? Mis hermanos no lo entenderán. No soportan la lectura y mi entrega significa que ninguno de nosotros seguirá los pasos de mi padre. Decirles esto los decepcionaría a todos. —Las palabras habían fluido fácilmente de mis labios, perseguidas con celo, en este cuarto oscuro. No me había dado cuenta antes de lo mucho que deseaba compartir ese miedo, al hablarlo en voz alta.

—Acaso, ¿ellos creen que tienes la intención de regresar al ejército algún día?

“¿Cómo Marianne vio a través de mí?”

—Si les informo sobre mi nueva carrera, sabrán que no tengo ninguna posibilidad. En cierto sentido, la línea militar de la familia terminará conmigo.

—Entonces, no les darás ningún crédito a tus hijos y sobrinos. ¿Las actividades militares no pueden saltarse una generación?

—Estoy seguro que pueden, pero no será lo mismo. —Sacudí la cabeza y me puse de pie, pasándome la mano por el pelo despeinado. Me di cuenta, en ese momento, de lo descuidado que estaba, vestido únicamente con pantalones y una camisa. Nuestro estado de desnudez no parecía bueno. Si nos descubrieran, ambos estaríamos arruinados. Marianne necesitaba subir las escaleras. Ambos necesitábamos estar en nuestras habitaciones, ahora mismo.

—Estás agitado —dijo ella, poniéndose de pie—. No quise angustiarte, Henry. Solo traté de entenderte.

—¿Cómo puedes entenderlo sin haber conocido a mi padre? Su carrera militar y su orgullo por las generaciones, que habían servido antes, eran su identidad. Nunca se habría sentido orgulloso de mis libros. No… Por la manera en que tuvo el honor de presentarme, a cualquiera

que quisiera escucharme, y explicarle que llevaba el apellido Bradwell en el ejército.

—Es demasiada presión para poner sobre tus hombros. Ni siquiera eres el hijo mayor.

—El hijo mayor, si hubiera querido, se habría alistado, después de la universidad. Lo salvé de tal necesidad.

—¡Qué desinteresado de tu parte!

—Habría seguido siendo desinteresado, en el ejército, a pesar de lo mucho que lo odiaba. —Me burlé.

—No puedes imponerte eso a ti mismo.

—Es un hecho que si mi padre estuviera vivo, y yo ya no estuviera en el ejército, sería una completa decepción para él. Mi fracaso en ascender de rango sería una decepción. Mi dedicación a la escritura, la lectura y las actividades literarias sería una decepción. —Los ojos de ella brillaron con compasión y yo levanté la voz—, no busco tu compasión. Simplemente estoy exponiendo los hechos.

—No puedo hablar por tu padre porque no lo conocía bien, pero me gustaría pensar que después que se recuperara de la decepción de perderte, en el ejército, estaría orgulloso de los libros que has escrito y del éxito, que has logrado en la carrera que elegiste.

—¿Tanto éxito que mi editor me pide que cambie mi forma de escribir? —No pude continuar esta conversación. Necesitaba irme a dormir. Parecía como si hubiera buscado su compasión, que no era en absoluto lo que quería de ella. Mis miedos y las cosas, que me atormentaban, no necesitaban ser discutidos en mitad de la noche, en el cuarto del ama de llaves.

—Tienes que irte a dormir —le dije—. Necesito hacer lo mismo.

—Soy perfectamente capaz de determinar cuándo debo irme a dormir, pero te agradezco la preocupación. —Sus ojos se abrieron.

—Por supuesto que lo eres... Solo quise decir que esto no es apropiado. Si nos encontraran...

—¿Podría ser tan peligroso, como si encontraran mis cartas para ti? ¿Que se descubra nuestro acuerdo clandestino, o que se escuchen las discusiones inapropiadas que tenemos sobre el romance?

—Eso no es inapropiado —destaqué.

—Mi madre no estaría de acuerdo contigo. Si hubiera sabido que nuestras discusiones románticas no estaban profundizando nuestra conexión, sino un verdadero debate literario, no nos habría permitido tener tantas.

—Si su única motivación es encontrarte un marido, seguramente, le agradará cuando desayunes con el capitán mañana.

—Sí. ¡Así será!

—Buenas noches, entonces —dije.

Ella se dispuso a salir de la habitación, tomando su vela de la mesa de trabajo, en el centro de la cocina, y luego recogió mi abrigo y mi corbata.

—Buenas noches, Henry.

—Espera —le dije. Cuando llegó a las escaleras, ella volteó para mirarme. La luz de las velas rebotaba en su rostro, resaltando sus pómulos y la línea inclinada de su mandíbula. No tenía un vestido de noche completo ni cabello peinado, ni color en las mejillas, pero en este estado simple con una bata apretada a su alrededor, y una larga trenza marrón cayendo sobre su hombro, no parecía menos hermosa—. ¿Qué escribiste exactamente en la carta?

Ella tragó y vi cómo su garganta se movía con ese movimiento.

—Nada más de lo que ya te dije. Que tenía muchas ganas de conocerte mejor, esta semana. Que había disfrutado nuestras conversaciones, y esperaba ansiosamente más.

—Entonces, permíteme decirte que espero lo mismo, y espero con ansias pasar más tiempo contigo.

Marianne me miró fijamente, durante un momento, antes de inclinar la cabeza, en una ligera reverencia.

—¿Mañana, entonces? Si estás despierto, ¿nos acompañarás?

Asentí, pero no sabía qué pensar de la invitación. Ella no me había dado ningún motivo para creer que estuviera verdaderamente enamorada del capitán. Su angustia, cuando creyó que el capitán podría asumir que ella se preocupaba por él solo demostró eso aún más, por no hablar de invitarme a acompañarlos en su viaje. Sin embargo, no podía dejar pasar la oportunidad de pasar tiempo con ella.

—Voy a estar allí.

Capítulo 16

Marianne

El desayuno, acompañada de dos caballeros, fue mucho menos agradable de lo que había pensado. Cualquiera podría creer que una compañía tan atractiva podría tener motivos para disfrutar más la comida. No obstante, estaba descubriendo que era todo lo contrario.

Más bien, no sabía con quién hablar. Miré mi plato y le presté mucha atención a mi panecillo.

—¿Han encontrado que las habitaciones son de su agrado?

—Sí.

—Mucho.

Ambos volvieron a guardar silencio.

—Capitán Neal, ¿no tuvo muchos problemas en el camino?

—No hubo ningún problema, en absoluto.

Prevaleció el silencio, otra vez.

Me enfrenté a Henry.

—Señor Bradwell, tiene una casa en el norte, ¿no?

—Es más bien un coto de caza. Pero he apreciado el aislamiento que proporciona, así que no me oirán quejarme de eso.

—¿No hay mucha gente de la sociedad en el norte? —preguntó el capitán Neal.

—Hay, si uno decide unirse a ellos. Pero la sociedad está mucho más dispersa de lo que encontrará en la ciudad y, como hombre soltero, que no suele buscar un exceso de eventos sociales, a mí me sienta bien.

—Entonces, debe tener muchas oportunidades para montar a caballo —dije, contenta de estar fuera del forzado silencio.

—¿Para escribir? —preguntó Henry, mirándome fijamente.

—Equitación. —Eso sonaba mejor, pero sentía que mis mejillas se calentaban—. Aunque me imagino que la distancia, desde la casa de su madre, también le da una gran oportunidad para escribir cartas a su familia.

—Sí, me volví muy bueno, en correspondencia, cuando estaba en el continente. —Cogió su té y tomó un largo trago.

—¿Y usted, capitán Neal? ¿Es un corresponsal experimentado?

—La verdad es que podría ser mucho mejor escribiendo y montando. No practico ninguna de las dos actividades lo suficiente.

—Entonces, no nos demoremos ni un minuto más. —Empujé mi silla hacia atrás y me puse de pie, limpiándome las manos, en la parte delantera de mi traje de montar de color verde oscuro. Tenía los ojos llorosos y mi agotamiento era total. Solo había dormido un par de horas la noche anterior, y podía sentirlo.

Me había sido imposible conciliar el sueño, después de esa conversación con Henry, o luego de su propuesta de matrimonio, la cual, realmente, no era una propuesta de matrimonio, en lo absoluto.

No podía mirar a Henry, a los ojos, sin que mis mejillas se sonrojaran, como una puesta de sol de invierno. Me alegré que estuviera con nosotros hoy, pero todavía tenía que decidir cómo me sentía realmente, después de nuestra conversación. Proponer matrimonio simplemente porque

había pensado que mi reputación estaba en peligro, y por ninguna otra razón, me dolía. Cuando él dijo esas palabras, permanecí en silencio, pero mi cuerpo reaccionó agradablemente. Había querido aceptarlo, y la sola idea, así como la decepción que sentí, cuando nuestra conversación se desvió del matrimonio, ahora me asustaba.

Me alejé de la mesa, mientras ambos hombres colocaban sus servilletas, en los platos, y me seguían. Nuestro mozo de cuadra, Nelson, esperaba afuera con cuatro caballos ensillados. ¿Debería haber invitado a la señorita Gatley? Quizás ahora parecía egoísta, como si quisiera mantener a los caballeros para mí.

"Lo cual es cierto". Supuse que era así.

Si la señorita Gatley hubiera bajado a cenar anoche, o estuviera despierta para desayunar esta mañana, sin duda la habría invitado.

Conduje a Cinnamon hasta el bloque de montaje y subí los escalones de piedra, antes de sentarme en la silla. Al parecer, había llovido ligeramente, esa mañana, y me preocupaba que el camino estuviera embarrado. Nelson y los caballeros tomaron sus sillas, y alejamos nuestros caballos de los establos y de la casa. Las colinas se alzaban, detrás de Hutton House, y las atravesamos, tomándonos nuestro tiempo, subiendo más y más, mientras el sol ascendía constantemente, en el cielo. Los cálidos rayos besaron mi piel. Reajusté mi sombrero para permitir que el calor impregnara mi rostro, y decidí preocuparme por las pecas más tarde. ¿Había alguna sensación mejor que el calor del sol, después de un resfriado?

Miré hacia donde Henry cabalgaba a mi lado. La forma en que me observaba con sus ojos recorriendo mi rostro, como si fueran rayos de sol bañando mi piel, tenía un poder propio. Estos ojos calentaron mi pecho, llenándome con el resplandor del sol.

—Usted hablaba en serio, cuando insinuó que era una amazona consumada —dijo el capitán Neal, robándome la atención.

—Solo lo dije en broma, capitán. —Ciertamente, no íbamos por ningún sendero especialmente complicado.

—Pero he descubierto que es la realidad. ¡Esto es muy impresionante, señorita Hutton! Creo que no se hace ningún favor al disminuir sus logros. Más bien, debería estar orgulloso de ellos. —Él estaba un poco sin aliento.

—A menudo, he pensado lo mismo —aclaró Henry.

Yo sabía que él no estaba pensando en mi forma de montar.

—¡Por la bondad! Ambos están decididos a hacerme sonrojar. Toda esta charla sobre logros me está cansando. ¿Vamos a correr a algún lugar? La primera persona que alcance el sauce en la orilla del lago será la ganadora. —Miré a cada uno de ellos, una vez, antes de echar a Cinnamon a correr.

Tenía la ventaja de conocer el terreno, por lo que esperaba ganar. Lo que no esperaba era que Henry siguiera mi ritmo. Su caballo estaba una cabeza detrás de mi yegua, y corrimos colina abajo y sobre la hierba verde hacia el lago. El sol brillaba en el agua y la cálida brisa me envolvía, tonificándome con su frescura.

—¡Te has escapado del pobre Neal! —gritó Henry, entusiasmado.

—¡Yo no lo he…! Él puede seguir el ritmo. —Empujé a Cinnamon con más fuerza, adelantándome a Henry, mientras daba vueltas alrededor del lago. La casa estaba justo al otro lado, pero moví mi yegua lejos de la misma, dirigiéndome hacia el árbol ubicado en la pendiente de la orilla, cuyas hojas descendían para besar el borde del agua.

—¡Bien hecho! —exclamó Henry, riéndose. Se detuvo a mi lado, y ambos nos bajamos de nuestros caballos con el pecho agitado. Le sonreí, incapaz de apartar la mirada. La sonrisa que

tenía no se parecía a nada que le hubiera visto antes. Estaba radiante. El aire fresco y la luz del sol le habían sentado bien.

—Lo mismo para ti, señor —le dije—. Eres un jinete consumado.

—He competido con mis hermanos muchas veces, a lo largo de los años —replicó—. He tenido la práctica.

Salí de la sombra del sauce y busqué en el horizonte al capitán Neal, pero no lo veía por ninguna parte.

—Él encontrará su camino hasta aquí —me aseguró Henry.

—Pero, si está perdido...

—Tu mozo está con él, Marianne. No puede perderse.

Esa era una idea reconfortante.

—Él me considerará la criatura más vanidosa por elegir correr, como si sintiera la necesidad de demostrar mi habilidad.

—O quedará impresionado por ello.

—¿Qué hombre se impresiona cuando una mujer lo eclipsa? ¿No desean todos ustedes ser vistos como superiores? —Me reí.

—Le haces un flaco favor a mi sexo. —Las cejas marrones de Henry se alzaron, moviendo la barbilla con sorpresa.

—¿Cómo?

—A algunos de nosotros no nos importaría que una mujer nos golpeara. Algunos de nosotros quedamos bastante impresionados, cuando ocurre esa situación.

Sacudí la cabeza, buscando de nuevo las colinas. Me alegré de ver aparecer al capitán Neal, al otro lado del lago, con Nelson pisándole los talones.

—Debería saberlo —presionó Henry—. Siento exactamente eso ahora, después de haber sido completamente derrotado, en una carrera.

Mi estómago dio un vuelco.

—¡Cielos! Señor —lo dije, riéndome ligeramente—. No puedes hablar en serio. Actúas como si te hubiera golpeado de buena gana, cuando en realidad estuviste a mi lado todo el tiempo.

—Era difícil seguirte el ritmo, Marianne. ¡Acepta el cumplido!

—Lo haré cuando sienta que lo merezco.

El capitán Neal se estaba aproximando.

Henry se acercó lo suficiente como para poder hablar en voz baja, y no ser escuchado.

—Estoy empezando a pensar que tu modestia es lo único que se interpone entre algunas de las páginas de tu manuscrito y yo.

—¡Bien hecho, señorita Hutton! —gritó el capitán Neal, deteniéndose no lejos de nosotros y desmontando.

Henry se alejó un paso de mí, y apoyó las manos detrás de la espalda.

—Asume que yo gané —ratifiqué.

—¿No es así?

Me reí, pero Henry no me apoyó.

La atención del capitán Neal se centró en mí.

—Quizás tu hombre sería tan amable de devolver nuestros caballos a los establos para que pueda tentarte a dar un paseo tranquilo, alrededor del lago.

—Eso sería maravilloso —dije, mirando a Nelson. El mozo asintió.

—Yo lo ayudaré —confirmó Henry, pero su expresión era ilegible. Acaso, ¿tenía miedo de

volver a dar trabajo adicional a los sirvientes, o simplemente buscaba una excusa para dejarnos? Traté de encontrar la causa en su rostro, pero él solamente inclinó la cabeza hacia nosotros, y volvió a tomar su silla, tomando las riendas de Cinnamon para llevarla, junto a él.

Lo vi irse sin mirar atrás. ¿Qué significaba esto? El capitán Neal dobló el codo y me lo ofreció. Mi falda de hábito era demasiado larga, en un lado, pero no lo suficiente como para pasarla por encima del brazo sin exponer mis piernas. Agarré la tela con mis manos, y la levanté lo suficientemente alto para que no se arrastrara por el suelo.

Tomando el brazo del capitán Neal, dejé que me guiara hacia el sendero, que bordeaba el límite del agua. El sol de media mañana todavía brillaba intensamente, pero de alguna manera el calor parecía haber disminuido, en los últimos minutos. Miré a Henry por encima del hombro, mientras se alejaba y guiaba mi yegua, y realmente, quería estar con él.

—Le tiene mucho cariño a su yegua —manifestó el capitán Neal, atrayendo mi atención hacia adelante.

Mis mejillas se inundaron de color. ¿Me estaba recordando amablemente que mi atención debía estar en él, en este momento? Aunque él no era bueno cortejando.

—La amo muchísimo —repliqué, y estaba feliz porque eso era verdad.

—Entonces, sería una gran prueba para usted separarse de ella por un período prolongado de tiempo.

—Me las arreglo muy bien, cuando vamos a Londres para la temporada, todos los años, y eso supone al menos unos meses de separación. Pero admito que me alegro sinceramente de regresar con ella.

Él asintió, pero no dijo más sobre el tema. Era un buen momento para hablarle de mis escritos. Si fuéramos a entablar una relación, sería el tipo de cosas que un marido necesitaría saber, por supuesto. Aunque esto no era algo que tuviera intención de mantener en secreto para siempre, como lo había hecho Henry, aún así, esto era algo difícil de compartir. Sin embargo, apelando a mi conciencia, no podía permitir que continuara una relación entre cualquier hombre y mi persona, si él no supiera que algún día, yo sería una autora publicada, y que mi nombre estaría escrito, aunque disfrazado, en la portada de un libro. Además, si ese era el tipo de cosas que avergonzarían al capitán Neal de la misma manera, que imaginaba que le sucedería a mi propio padre, entonces, él necesitaba saberlo, antes que pasara mucho tiempo.

"Pero, ¿cómo se lo digo?"

Era aterrador hacerme a mí y a mis sueños vulnerables, frente a alguien, y mucho más ante un hombre, al que todavía estaba empezando a conocer.

Quizás por ahora haría lo mejor que pudiera para que la conversación regresara en su dirección. Luego, tendría el tiempo suficiente para reunir coraje.

—¿Tiene algún interés, capitán? —Reajusté el agarre de mi falda larga, con cuidado de no dejar que se arrastrara por el barro—. ¿Algo que le guste hacer, cuando está de permiso?

—Observar las estrellas es uno de mis pasatiempos favoritos —respondió—. Lo disfruto muchísimo en el barco. Busco constelaciones y cosas por el estilo.

—Ya debe haber perfeccionado eso.

—¡En efecto! Si el cielo nocturno está despejado, puedo mostrarle algunas de ellas. Deberíamos poder ver a Polaris, la Osa Mayor, y si tenemos suerte, quizás podamos distinguir a Casiopea.

—Esto sería excelente. En una ocasión vi la Osa Mayor, pero me temo que no tengo buen ojo para distinguir las estrellas.

Él sonrió amablemente, la brisa alborotó su cabello color arena.

—Es algo bueno, a lo que estoy acostumbrado.

Pasamos por el lugar donde Frederick había caído en el lago, ayer, y tiré del brazo del capitán Neal y ajusté mi agarre sobre mi falda, que caía una vez más.

—¡Oh! Mire. ¿Ve los patos escondidos entre los juncos de allí?

—Es un milagro que no se refugien en los sauces —replicó—. Se puede obtener una cobertura mucho mejor debajo de las ramas.

—Pero mucho menos luz solar. Quizás disfruten del calor, cuando no se esconden de nosotros.

—Tal vez.

Rodeamos el lago, bordeando lentamente el agua. El capitán Neal me habló de algunos de los hombres de su barco, y de los diferentes puertos, que había tenido el privilegio de visitar. Habló sobre una tormenta reciente, que casi lo derribó, y el miedo que le había infundido, en el pecho.

El barro se volvió más resbaladizo, a medida que avanzábamos por el sendero, y agarré con más fuerza el brazo del capitán, cuando mi equilibrio se volvió inestable.

—Cuidado —dijo.

—Después de lo del otro día, sería el colmo de mi mala suerte, si me resbalara... —Un chillido salió de mi garganta, cuando la punta de mi bota se deslizó hacia atrás y volé de cabeza hacia el camino fangoso.

—Señorita Hutton —me llamó, acercándose a mí—. ¿Se ha lastimado?

—Solo mi orgullo. —Levanté la cabeza del lodo y mis ojos entraron en contacto con excrementos frescos de pato—. ¡Cielos! Eso estuvo cerca.

¡*Chirp*! ¡*Chirp*!

—Capitán, ¿oyó eso? —Me levanté, evitando los excrementos, y miré hacia los juncos a la orilla del lago. Un patito amarillo saltaba sobre la hierba con un gorjeo agudo.

—Sí, permítame...

—No, espere. —Me alejé de él, arrastrándome hacia el borde del agua, consciente que él parecía algo enloquecido, o era simplemente un inmaduro. Me arrodillé sobre la hierba empapada y alcancé al patito. Él chilló, intentando huir, pero logré sostenerlo. Sus suaves plumas, tan delicadas, estaban en mis palmas.

—Creo que está perdido. Debemos reunirlo con su madre.

—Seguramente, él podrá encontrarla por su cuenta. Los animales tienen sentido para estas cosas.

Miré al capitán por encima del hombro y su expresión me provocó una sacudida de sorpresa. Estaba mirando al pájaro peludo, que yo tenía entre mis manos, y era incapaz de ocultar su total repulsión.

"¡Maldición! ¿Ese hombre está disgustado por el pájaro o por mi comportamiento?"

—¿No le gustan los pájaros, capitán?

—No le mentiré, señorita Hutton. La sola idea de tocar un animal salvaje me produce mucho disgusto. —Ese comentario de repulsión fue más preciso.

—No es necesario que lo toque. —Intenté levantarme, pero mi maldita falda se interponía en mi camino.

—Permítame ayudarla. —El capitán Neal se acercó, pero vaciló, como si no supiera qué hacer. Para un hombre que vivía en un barco, con otros hombres que no eran, en su mayoría, los especímenes más limpios (así lo imaginé), su aversión a la tierra, que me cubría a mí, y al pájaro, en mis manos, era sorprendente.

—No se moleste. —Intenté sonar como si no fuera una carga para él dejarme con mis propios recursos—. Puedo encontrar una manera…

—Si deja el pájaro en el suelo, seguramente, podrá pararse más fácilmente.

"¿Dónde está Henry cuando lo necesito?"

Respiré pacientemente por la nariz.

—Pero, entonces, tal vez no pueda volver a atraparlo.

—Por supuesto. —El capitán Neal parecía no entender por qué eso sería un problema.

Miré hacia los establos, deseando que apareciera Henry.

—¿Voy a buscar ayuda? —preguntó.

—No, no necesita preocuparse. —Eso sería nada menos que ridículo. ¿Buscando ayuda para poder ponerme de pie? Encontraría una manera de realizar la tarea por mi cuenta, o dejaría al pájaro en el suelo, y me arriesgaría a perderlo. Miré hacia la casa y pensé en mi sobrinito, en la guardería, con la niñera. El capitán Neal quería una excusa para irse. Pude ver lo incómodo que estaba. Lo miré y le di mi mejor sonrisa—. Si pudiera regresar a la casa, y enviar a buscar a mi sobrino Frederick, se lo agradecería mucho. A él le encantaría tener este patito en brazos.

—Por supuesto, ¡inmediatamente!

Se dirigió a la casa con pasos rápidos y amplios, y yo tuve que encontrar la manera de pararme con una falda excesivamente larga, y un patito retorciéndose en mis manos.

¡Maldición! Necesito ayuda".

Capítulo 17

Henry

Me paré en la entrada, quitándome el abrigo, esperando que Shaw pudiera llevárselo para limpiarlo. Había dejado de evitar el trabajo extra para los sirvientes de Hutton. Esperaba que Felton regresara rápidamente, pero tampoco deseaba que su asunto concluyera demasiado rápido, o eso implicaría que su padre había dado su último aliento en esta Tierra. Simplemente, necesitaría dejar a los sirvientes de Hutton algunas monedas extra para expresar mi gratitud, y hacer que el trabajo adicional valiera la pena.

Me estremecí ante las salpicaduras, en los faldones de mi abrigo.

—La lluvia de esta mañana dejó más barro del que esperaba.

—Nos encargaremos de ello, señor. —Tomó el abrigo salpicado de barro, mientras yo me quitaba los guantes.

La puerta principal se abrió y el capitán Neal, de aspecto acosado, entró. Sus ojos saltaron de mí al mayordomo.

Marianne no estaba a la vista y su ausencia hizo que mi corazón dejara de latir.

"¿Está herida?"

—¿Qué es? ¿Dónde está Marianne?

Me dio una mirada rápida, antes de ver al mayordomo. Si notó mi error al usar su nombre de pila, él no lo mencionó.

—Me enviaron a buscar al joven amo Frederick. ¿Seguramente, le gustaría ver un pato?

El alivio me invadió.

El mayordomo asintió.

—Lo localizaré de inmediato, señor.

—Espere, Shaw. —Crucé hacia él, antes de que pudiera desaparecer en la escalera de servicio—. ¿Mi abrigo, por favor?

Me lo devolvió y lo deslicé sobre mis hombros, después me puse los guantes, mientras esperaba que llamaran a Frederick.

El capitán Neal vaciló y se frotó la barbilla, al caminar por la entrada.

—¿Tiene la intención de llevar a Frederick hasta su tía? —preguntó.

—Sí. Puedo esperar al muchacho, si usted quiere irse ahora. —Después de todo, era justo. Ya los había dejado a su suerte. Esto fue desinteresado de mi parte, ¿no?

—Gracias. —Inclinó la cabeza y se dirigió hacia las escaleras, que iban a los dormitorios del primer piso. Lo vi irse, sorprendido.

"¿No tiene intención de regresar con Marianne? ¡Esto sí es quedarse corto! ¿La abandonó?"

Frederick llegó poco después, seguido de una mujer corpulenta, cuyas arrugas y cabello canoso delataban su posición.

—¿Niñera? —le pregunté.

Ella asintió brevemente.

—Nos enviaron a buscar a la señorita Hutton.

—La llevaré con ella. —Seguramente, no debería resultar demasiado difícil localizar a Marianne.

Salimos y Frederick tiró con fuerza de la mano de su niñera.

—¡Pato!

—Paciencia, amo Frederick. —Ella luchó por evitar que él tirara de su brazo—. Llegaremos lo suficientemente pronto.

Pero el muchacho no le hizo caso.

—Frederick —dije bruscamente. Él me miró y sus ojos se agrandaron. Era difícil no sonreír, ante su dulce inocencia, pero hice lo mejor que pude para mantenerme serio—. Si te acercas demasiado rápido o ruidosamente, ahuyentarás a los patos. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez?

No parecía recordarlo.

Suavicé mi voz.

—Vayamos en silencio para no asustar a los patos.

—Agáchate —insistió, aunque esta vez lucía más tranquilo—. Sostendré un pato.

Seguimos caminando hacia el lago y la niñera me miró con aprobación.

Marianne no fue difícil de encontrar. Una vez que doblamos el borde, pudimos verla sentada en el barro, con un patito en sus manos. Levantó la cara hacia nosotros y mi corazón dio un vuelco. Su sonrisa era amplia y el barro, que le cubría el pómulo, era encantador. Estaba tan llena de alegría y exuberancia, mientras que sus ojos marrones brillaban intensamente. Cuando Frederick vio el pato en su mano y chilló, ella ni siquiera se inmutó, ante su entusiasmo. En todo caso, eso la animó aún más.

—Ven en silencio, Frederick, o lo asustarás —habló suavemente.

En una especie de milagro, Frederick hizo lo que le ordenaron. Se acercó a su tía con cuidado, agachando sus cortas y regordetas piernas para poder observar más de cerca al pájaro.

—Si eres muy gentil, puedes abrazarlo. ¿Te gustaría eso?

El niño asintió y extendió las manos. Marianne levantó ligeramente los brazos.

—¿Te gustaría sentarte en mi regazo, Frederick?

Él así lo hizo, y ella colocó el pájaro en sus manos ahuecadas.

La sonrisa que se extendió por los labios de Frederick coincidía con la de su tía, ambos con los ojos fijos en el pájaro, que temblaba nerviosamente en sus manos. Este se estremeció, sacudiendo sus pequeñas alas. Frederick se rió.

Mi estómago dio un vuelco involuntario, como si estuviera recibiendo un pequeño vistazo de cómo sería Marianne como madre. Me gustó mucho lo que vi.

—Creo que este patito se ha perdido. ¿Lo reunimos con su mamá?

—¿Mamá? —Frederick miró a su tía.

—Sí. El patito probablemente quiere a su mamá. ¿Puedes verla?

La localizaron entre los juncos, más arriba del lago. Frederick intentó levantarse y yo salté hacia adelante para ayudarlo. Se negó a soltar el pájaro, así que lo agarré por los hombros y lo levanté del regazo de su tía. Se fue caminando, como un pato, hacia la madre pato, mientras su niñera corría tras él.

No pude borrar la sonrisa de mi cara. Alcancé a Marianne.

Ella miró mi mano y luego las suyas.

—He estado sosteniendo ese pájaro durante casi veinte minutos. O más…

No entendí las implicaciones de su declaración, pero a juzgar por la forma en que lo dijo, pensé que tenía algún significado.

—¡Qué amable de tu parte!

—Mis manos no están limpias. —Marianne me miró de nuevo.

"¡Ah! ¿Está preocupada que me disguste porque ella sostuvo un pájaro?" Mantuve mi mano extendida hacia ella.

—Esa es la menor de mis preocupaciones.

El alivio pasó por su expresión. Recogió su falda de hábito para levantarla del barro y tomó mi mano, permitiéndome levantarla. Ella se tambaleó un poco sobre sus pies.

—Ahora tengo el pie lleno de hormigueos.

—Entonces, quédate aquí un momento. No queremos que vuelvas a caer al lago.

Ella miró por encima del hombro para ver a Frederick acercarse, cada vez más al borde del agua, donde la mamá pato estaba acorralando a sus otros patitos.

—¿Cómo sabes a qué pato pertenece? —pregunté.

—Ella es la única con niños que he visto. —Marianne me miró, sus ojos brillaban a la luz del sol—. Al menos, ella puede ayudar al patito a encontrar a su madre.

—¡Quédate quieta! —Solté su brazo para inclinarme hacia el agua y poner un poco en mis dedos. No era el agua más limpia, pero serviría. Me enderecé, sacudiéndome el exceso, luego pasé mi pulgar por la mancha de barro en su cara. La humedad se acumuló y corrió por su mejilla, en riachuelos sucios, así que los atrapé con mi mano seca y le limpié todo el barro.

Un sonrojo subió por su cuello y apareció en sus mejillas de manera atractiva.

—Gracias, Henry.

—No podía permitir que saludaras a Mamá Pata con tal desorden en la cara.

—Reflexivo, por cierto.

Me enjuagué las manos en el lago, sacudiéndome el agua. Doblando el brazo se lo ofrecí a Marianne. Ella enroscó su mano alrededor de mi brazo, y sus dedos se clavaron en mis músculos. Lo flexioné por impulso, luego lo relajé inmediatamente, y mi mirada se disparó para ver si ella se había dado cuenta.

Ella me miró con una sonrisa en los labios.

—¿Fue ese un intento de demostrar tu fuerza superior? Te lo aseguro, eso no es necesario.

—Fue un impulso del momento que lamento de todo corazón —murmuré.

Marianne se rió y la melodía me calentó más que la luz del sol.

—Nunca deberías arrepentirte de haber demostrado tu fuerza, señor.

—Entonces, no lo hago. —Aunque, realmente, me sentí como un tonto. Estábamos detrás de la niñera, que se cernía sobre Frederick. Él se inclinó hacia adelante, y soltó al patito, en el agua, con un chapuzón. El pequeño pájaro amarillo tardó un minuto en orientarse, pero nadó un poco hasta unirse al resto de los patitos, que seguían a la madre.

—Están reunidos. —Marianne sonrió.

—Eso fue desinteresado de tu parte.

Ella dejó caer su falda larga de hábito con un chasquido.

—Desinteresado sería no imponerle a Keene otra prenda embarrada. Creo que me encontrarás limpiando el barro de esto, esta noche. La pobre Keene no se merece el lío que le estoy provocando.

—Si lo haces y arruinas la falda de hábito por tu ignorancia, ¿qué harás entonces?

—Esperaré y no volveré a montar hasta que mi mamá pueda pedir una nueva. ¡Ay, qué pensamiento tan espantoso!

—¿Por pedir una nueva falda de hábito?

—No. —Ella arrugó la nariz—. Por posponer la conducción.

La risa brotó de mi pecho.

Se acercó un poco más y pude sentir su hombro presionando mi costado.

—¿Recibiste el capítulo esta mañana? Estuve casi tentada de no enviarlo con Keene por temor a que de alguna manera terminara en las manos equivocadas.

—Lo hice. ¡Gracias! Aunque todavía tengo que mirar tus notas.

—¡Cielos! Disfrútalas. Es posible que sean las últimas, que tenga el descaro de escribir. —Parecía que la confusión con el capitán Neal la había molestado más de lo que ella misma pensaba.

—¿El capitán estuvo particularmente atento esta mañana?

—En efecto… Hasta que resbalé en el barro, caí de bruces y me ensucié al menos sosteniendo un animal salvaje. —Ella dejó escapar un suspiro—. No juzgaré sus aversiones, porque no puedo entenderlas. Pero admito que me sentí un poco varada.

Me invadió el impulso de darle una paliza al hombre. ¿La había abandonado? ¿Y qué era eso de ensuciarse, sosteniendo a un animal salvaje? Seguramente, no podía estar refiriéndose al suave y velloso patito.

—Perdóname si mi ausencia te causó angustia, Marianne. Estaba haciendo todo lo posible para que el capitán tuviera tiempo a solas contigo.

—¿Por qué?

Me quedé momentáneamente sin palabras.

—Para que pudiera cortejarte sin impedimentos.

—Estoy empezando a pensar que el esfuerzo es muy innecesario.

Mi corazón dio un vuelco y mi respiración se volvió entrecortada, aunque traté de disimularlo. ¿Fue esperanza lo que floreció ahora en mi pecho? Esa fue una respuesta irrazonable. Esta mujer me había visto como a un hermano.

—¿Oh?

—Me pregunto si él sería más adecuado para alguien más dócil. Alguien como la señorita Gatley. ¿Qué opinas?

—No me corresponde a mí decirlo.

Ella me agarró la manga con más fuerza y se rió.

—¡Qué discurso tan odiosamente cuidadoso! Quizás esa sea mi respuesta la próxima vez que me pidas ayuda con un capítulo.

—Eso no es lo mismo. Quizás deberías permitirme ayudarte a ti con un capítulo.

—¿Porque tienes talento para el romance?

Intenté no dejar que ese comentario doliera.

—Porque me encantaría leer lo que has escrito. Prometo abstenerme de dar mis opiniones, si crees que eso solo empeorará tu historia.

—¡Cielos! Henry. Eso no es en absoluto lo que quise decir. Seguramente, no empeorarás las cosas, pero es aterrador hacerme vulnerable de esa manera.

Lo entendí. ¡Demasiado bien! De hecho, porque yo tampoco podía mostrarme vulnerable, y decirle que había empezado a sentir cosas por ella. Quizás si ella tuvo el coraje de darme algunas de sus páginas, yo tendría el coraje de decirle que mis sentimientos hacia ella habían cambiado.

Caminamos por el sendero, a un ritmo más tranquilo que la niñera, que seguía a Frederick, mientras él avanzaba junto a los patos.

Me aclaré la garganta suavemente.

—Marianne, ¿crees que, una vez que has tomado una decisión, la misma es inmutable?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a lo que respecta a los caballeros. ¿Sientes que una vez que has tomado una decisión sobre un hombre, no puedes cambiarla?

—Me gustaría decir que ese no es el caso, pero, ¿cómo puedo saberlo? Pensé que sabía lo que sentía por el capitán Neal, pero su comportamiento hoy me sorprendió. —Su frente se

arrugó.

Me quedé sin aliento, pero no permití que esto me diera demasiadas esperanzas.

—¿Ese comportamiento fue suficiente para desanimarte del hombre?

—No… No lo culparé totalmente por un defecto percibido. Aunque no puedo mentir… Esto influirá mucho en mis sentimientos por él.

—¿Y tus sentimientos por mí?

Ella levantó la vista bruscamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

Intenté tapar mi respiración nerviosa con una suave sonrisa.

—Somos amigos, ¿no? Me preguntaba si eso estaba sujeto a cambios. ¿He hecho algo para influir, en ese sentido?

Su confusión era adorable, pero quería que pareciera segura.

—No puedo decirlo.

—¿Por miedo a herir mis sentimientos?

—Por supuesto que no. ¡Ah! Mira. —Me soltó el brazo y señaló el agua al final del lago—. Después de todo, hay más patitos. ¿Crees que le dimos nuestro amiguito, a la madre adecuada?

La miré, admirando su compasión. Extrañé la sensación de ella sosteniendo mi brazo.

—Solo el tiempo lo dirá.

Capítulo 18

Henry

Los Hutton adoptaron un enfoque informal, a la hora de sentarse a cenar. A pesar de tener a un conde presente, permitieron que cada persona seleccionara, a quién acompañaría al comedor y se sentaría a su lado. Por lo general, disfrutaba ese cambio, porque significaba poder sentarme al lado de una persona de mi elección, todas las noches, en lugar de sentarme según el rango, como lo imponen algunos hogares. Pero esta noche deseaba un plano de los asientos forzados. El capitán Neal había solicitado la compañía de Marianne, antes que yo pudiera pedir llevarla a cenar, usurpando mi lugar. Recurrí a conferir esa petición a la señorita Gatley, quien resultó ser una compañera joven y risueña. Cuanto más pasaba escuchándola, más anhelaba la conversación madura de Marianne.

La señorita Gatley parloteaba sobre la última moda y la falta de volantes en sus vestidos, mientras comíamos jamón, patatas hervidas y panecillos.

—Pero mi madre no permite un exceso de volantes porque teme que eso me haga parecer el tipo de mujer que no sabe lo que piensa.

—¿Volantes adicionales?

—Sí. —Clavó una patata y la masticó.

—Me temo que no entiendo.

—El exceso de volantes es la tendencia actual.

—Sí, ya lo entendí.

La señorita Gatley me miró con el ceño fruncido y una confusión fresca, en las arrugas de su rostro.

—¿No es típico estilizar los vestidos, según lo que está de moda? —pregunté.

Sus hombros se relajaron un poco.

—¡Ah, claro! No, mi madre no quiere que siga el estilo. Teme que eso me haga parecer, como si siguiera a otros, en lugar de llevar mi propio camino.

"¡Qué manera más extraña de ver la moda!"

—Lo veo. Ella cree que usted debe tener su propio estilo para que un caballero crea que sabe lo que piensa. —Aunque, incluso cuando yo dije esto, ella dejó claro, que solo estaba escuchando los caprichos de su madre. Si quería que los caballeros creyeran en ella, no debería decirles que solo estaba siendo obediente.

—¿Valoraría a una mujer que sabe lo que piensa? —lo dijo con un toque de amargura en su tono, que no había detectado antes.

—Me temo que nunca he pensado mucho en los estilos en general.

—Puedo ver eso. —Cortó otra patata.

Entonces, tomé un sorbo de mi copa, ahogándome ligeramente con el trago de vino. Me costó un gran esfuerzo no reírme de su desaire. ¿Realmente, la mujer acababa de decirme que yo no tenía sentido de la moda? Dudé en hablar y miré mi chaleco. El color bronce era apagado y clásico. O tal vez era simplemente una moda pasada, y lo llamé clásico para aceptar que no necesitaba molestarme en reemplazarlo.

Miré a Neal, al otro lado de la mesa. Su corbata tenía una forma elegante y su chaleco era de un azul deslumbrante. Pero su vestimenta no captó mi atención por mucho tiempo, cuando noté a su compañera de mesa. Marianne parecía estar agradablemente perdida, en una conversación con

él. ¿Se había redimido el capitán, en su opinión?

Si tan solo pudiera producir un patito ahora mismo para que ella lo sostuviera. Cualquier cosa para disuadirlo a él de ella. ¿Y dónde estaba ese maldito gato, cuando lo necesitaba?

Intenté volver a centrar mi atención en la señorita Gatley. No quería ser grosero, y sus palabras bruscas e hirientes significaban, que ya estaba de un humor algo amargo, y yo no sabía por qué.

—¿Se divirtió en Londres este año?

—Lo hice. Fue esclarecedor.

Su discurso parecía libre, menos repasado que de costumbre, pero también amargo y mordaz. Noté que en ocasiones su mirada se dirigía al capitán Neal. ¿Estaba ella tan decepcionada, como yo, por quién había acompañado a quién a cenar, esta noche?

—¿Conoce al capitán? —le pregunté.

—Difícilmente. Conozco su buena reputación, pero todavía no he tenido muchas oportunidades de hablar con él.

—Nos conocemos un poco, y lo poco que sé de él ha sido bueno.

—Sí. —Clavó su carne con fuerza extra—. Aunque no creo que se pueda decir lo mismo de todos los que están en esta mesa.

La franqueza de sus palabras hizo que mi sangre se helara. Ella miró desde su plato hacia mí sin ningún artificio en sus ojos, y me tragué el nudo de aprensión.

—Me temo que no sé a qué se refiere.

—¿No es así? —Dejó el tenedor y me miró, esperando una respuesta.

Cogí mi copa y tomé un sorbo de vino para posponer la necesidad de responderle. ¿Estaba buscando chismes, o insinuando que tenía algunos para compartir? De cualquier manera, no quería participar en una conversación tan incómoda. Especialmente, no como estábamos ahora, rodeados.

—Hasta donde yo sé, todos en este salón son irreprochables. ¿Se enteró de nuestro fiasco con el patito hoy?

—No. Bueno, oí hablar de ello, pero no es a eso a lo que me refiero. —Cogió el tenedor y el cuchillo para cortar las papas, en trozos más pequeños—. No sé si lo sabía, pero anoche cené en mi habitación. Viajar siempre me cansa excesivamente, por eso me retiré temprano.

—Lo hizo... La extrañamos anoche.

Ella no parecía convencida. Su atención permaneció en su plato, y seguía cortando las papas, en trozos cada vez más pequeños.

—Tomé una siesta, cuando llegamos, pero evidentemente dormí demasiado, porque después de cenar, no pude volver a conciliar el sueño.

—Ese es el problema de tomar siestas, a veces.

¿Cuál era su intención con esta conversación? Su mirada continuó moviéndose entre el capitán Neal y su padre, su historia tenía un propósito, como si esperara que yo supiera lo que ella quería decir.

—Se imaginará mi sorpresa, cuando escuché pasos en el pasillo, en medio de la noche.

El miedo se acumuló en mi estómago, retorciéndose de incomodidad. Miré al señor Gatley, que estaba sentado al otro lado de ella, pero no parecía prestar atención a nuestra conversación. Su esposa, un asiento más adelante, nos prestaba aún menos atención.

—Fue impactante para mí descubrir a mi amiga, escabulléndose a la cocina. La seguí porque esperaba participar de cualquier regalo, que ella estuviera buscando. No me di cuenta que ella iba abajo para reunirse con usted.

Se hizo el silencio en la mesa. Me di cuenta que la señorita Gatley no había intentado, en modo alguno, moderar el volumen de su discurso. Su padre me miró fijamente por encima del hombro.

—¿Qué? ¿Eso es cierto?

Miré a Marianne, cuyo rostro palideció, y el color desapareció de sus mejillas.

—Por supuesto que no —dijo la señora Hutton—. Marianne nunca haría algo tan indecoroso. ¿Lo harías, cariño?

Marianne miró de mí a su madre y luego a su padre. Ella era la viva imagen de la culpa con los ojos muy abiertos y redondos, y la piel pálida, como si estuviera bañada por la luz de la luna.

—Mamá, quería decírtelo antes...

—Pero no queríamos dar esta noticia de esa manera —repliqué rápidamente, antes que ella pudiera decir algo que nos condenara a ambos.

—Isabel —le siseó el señor Gatley a su hija—. ¿Qué significa esto?

—Lo escuché, padre. —Ella sacudió sus rizos rubios con voz desafiante—. Escuché al señor Bradwell proponerle matrimonio a la señorita Hutton.

“Me casaré contigo”.

No podría haber estado lo suficientemente cerca para oírnos, ¿cierto? Estábamos completamente solos, casi en la oscuridad, hablando en voz tan baja.

—¿Pensaste que sería mejor discutir esto durante la cena? —susurró—. Muchacha tonta... Ahora, la has obligado a actuar.

—Marianne —dijo el señor Hutton con brusquedad—. ¿Eso es cierto?

Ella me miró y nuestros ojos se fijaron en la mesa. Su expresión estaba perdida y asustada. ¡Quería salvarla! ¡Y quería casarme con ella! ¿Sería repulsivo para mí salvarla de esta manera, o ella estaría agradecida? Sus labios se separaron, y mis ojos se posaron en ellos.

Ya habíamos discutido esto antes, qué haríamos si nuestra artimaña fuera demasiado lejos. Podría salvarla ahora con un compromiso, y ella podría romperlo más tarde, arruinando mi reputación y simplemente lastimando la suya. Si hablaba ahora, eso no nos uniría para siempre, como creía la sociedad. Nos enfrentaríamos a un escándalo, cuando se rompiera el compromiso, pero nos enfrentaríamos a uno peor, si nunca nos comprometiéramos, en absoluto.

Me aclaré la garganta, sosteniendo los ojos de Marianne, y tratando de leer sus pensamientos. Estaba fallando miserablemente…

—Queríamos hacerlo correctamente, pero aparentemente, ahora tengo las manos atadas. Anoche le pedí a Marianne que se casara conmigo.

Ella tragó visiblemente y luego me dedicó una sonrisa trémula, que dirigió a su madre.

—No te enfades con nosotros. Quería encontrar un momento para hablar contigo en privado, antes de hacer un anuncio.

—¿Enfadada? —La señora Hutton respiró. Sus manos estaban entrelazadas, flotando sobre su pecho—. ¡Estoy muy emocionada!

El señor Hutton me miró, menos seguro.

—¿Vamos a disparar mañana, muchacho?

Se escuchó una suave risita por parte de Lord Moorington, cuya esposa permaneció firmemente en silencio.

—Por supuesto, señor. Hay una pregunta que me gustaría hacerle. —Vacié el resto de mi vino, en mi garganta. No tuve un comienzo auspicioso, ya que había conseguido la mano de la mujer, antes de pedirle permiso a su padre, y él evidentemente quería enmendar ese desaire—. Lo espero con ansias.

Aparte de la agradable confusión general de los Hutton y la gentil aceptación del cambio por parte de Lord y Lady Moorington, el resto del grupo estaba descontento. El capitán Neal me miró fijamente con la boca apretada, en una línea firme, y la ira bailando en sus ojos. Los Gatley apenas ocultaron sus frustraciones, y la señorita Gatley hizo pucheros, en la silla, a mi lado.

"Eso fue culpa de ella. No debería haberlo mencionado, si no quería este resultado".

El ambiente en el salón se había convertido en una gran incomodidad.

—¡Shaw! —El señor Hutton llamó al mayordomo—. Champán... Necesitamos celebrar.

La conversación fue forzada e incómoda hasta que regresó el mayordomo, distribuyéndonos vasos, a cada uno de nosotros. Brindamos por Marianne y por mí.

—A los nuevos esposos.

—Es una pena que su madre no pueda estar aquí, señor Bradwell —manifestó la señora Hutton—. Han pasado años desde que nos acompañó a una fiesta, en casa.

—Han pasado años desde que ella también venía a las nuestras —expresó Lady Moorington —. Ella solía venir todos los veranos. Aunque, entonces, sus hijos eran muy pequeños.

Me sentí profundamente aliviado que mi madre no estuviera aquí, porque ella me habría descubierto de inmediato.

—Tiene problemas en los carruajes y se enferma. Creo que no dudaría en visitarnos, si su cuerpo se lo permitiera.

Lady Moorington asintió.

—Lo entendemos. Solo la extrañamos a ella.

La señora Hutton dejó su vaso vacío.

—Supongo que le escribirás inmediatamente. Espero que esté encantada con esta unión.

Escribirle a mi madre haría que esto pareciera demasiado real. Miré a Marianne y la preocupación, que asomó en su frente, llegó a mi corazón. Temí haber cometido un grave error.

* * *

Una hora más tarde, estábamos reunidos en el salón. La señora Hutton estaba delante de la chimenea, preparada para dirigirse a nosotros.

—Ahora que casi toda la gente de la fiesta está presente. —Miró a Lady Moorington—. Pensé que sería muy divertido, si quitáramos la alfombra y bailáramos.

Dos lacayos se adelantaron para retirar la gran alfombra del centro del salón.

—¿Quién tocará? —La señorita Gatley aplaudió con entusiasmo.

—¿Quieres que lo haga, mamá? —preguntó Marianne.

—No, cariño. Deberías bailar. Yo tocaré.

Los lacayos solo tardaron un momento en enrollar la alfombra y apartar los muebles para que hubiera suficiente espacio para bailar. Lord Moorington condujo a su esposa hasta el centro de la pista, y el capitán Neal le pidió a la señorita Gatley, que lo acompañara. Levanté las cejas hacia Marianne, crucé el salón, y extendí el brazo.

—¿Bailarás conmigo?

—Lo haré. —Puso su mano enguantada en mi manga.

—¿Toco un vals? —preguntó la señora Hutton. Podía sentirla mirándonos, y no pude evitar preguntarme, si ella había orquestado este momento intencionalmente para mi beneficio. Debía darle las gracias a esta señora.

—¡Oh! Sí, me encanta bailar el vals. —La señorita Gatley volvió a aplaudir.

Mi pulso latía con anticipación. Marianne sonrió feliz, infundiéndome la confianza que ella podría estar tan contenta de bailar, en mis brazos, como yo de abrazarla.

La señora Hutton sacó su partitura y se sentó en la silla del pianoforte. Se calentó los dedos sobre las teclas, mientras las parejas paseaban por el salón. El señor Hutton, el señor Gatley y la señora Gatley se acomodaron en los sofás, que estaban contra la pared, y nos observaron. El señor Gatley tenía una expresión de frustración, e hice lo mejor que pude para ignorarlo. La mujer en mi brazo y su inmensa preocupación eran mucho más apremiantes que su temperamento.

Incliné la cabeza hacia Marianne para poder hablar sin que me oyeran.

—Perdóname.

—¿Por salvarme?

—Por ponerte en esta posición.

La canción empezó en serio, y nos pusimos a bailar.

—Debería agradecerte —respondió ella—. No tenía idea de qué decir.

—Yo tampoco, pero pensé que era prudente decir la verdad, y permitirles sacar sus propias conclusiones. Me pregunto si tu padre tiene intención de encontrarse conmigo con los fusiles, al amanecer.

Ella sonrió.

—Solo si los fusiles son para cazar.

—Quizás pueda ganármelo mañana.

—Puedes —dijo ella con confianza—. No debería ser difícil. Te unirás a él, en su actividad favorita.

Sonreí. Ella parecía pensar que era simple, pero evidentemente no había captado el destello de sorpresa, en sus ojos, cuando todo el drama se desarrolló durante la cena.

—¿Cuándo tendremos la oportunidad de hablar libremente, Marianne?

—¿Después de disparar con mi padre? Creo que las damas pintarán mañana, pero tal vez podamos escaparnos, antes de cenar.

—¿No fue el escabullirnos lo que nos llevó a este lío, en primer lugar?

—Tal vez. Pero ahora estamos en un lío, así que bien podríamos aprovecharlo. —Ella me dio una sonrisa descarada.

Agarré su mano con más fuerza, moviéndome con la música, y esperando que entendiera mi sinceridad.

—Marianne, lo siento mucho.

Ella me miró fijamente y abrió los labios con sorpresa.

—Lo siento muchísimo —repetí con más énfasis.

Su boca se cerró. Ella miró hacia otro lado.

—No pienses en eso. Encontraremos una salida a este problema.

Tal como lo temía, a Marianne no le pareció que estaba atrapada en una situación desagradable. Intenté disimular mi decepción y terminé el resto del baile, disfrutando de sentirla en mis brazos. La canción llegó a su fin y cambiamos de pareja. Bailé con Lady Moorington, la señorita Gatley bailó con Lord Moorington, y Marianne bailó con el capitán Neal. Deseé estar lo suficientemente cerca para escuchar su conversación, pero Lady Moorington me mantuvo demasiado ocupado para escuchar a escondidas.

Cuando terminamos nuestro tercer baile y agotamos todas las combinaciones de parejas, volvimos a colocar las alfombras y movimos los sofás delante de la chimenea. Se discutieron los juegos, y la gente se dispersó para ocupar las mesas adecuadas.

Las mejillas de Marianne estaban sonrojadas y sus ojos brillaban.

—Creo que toda esta debacle me ha dado una idea para la siguiente escena de mi libro.

¿Sería terrible si me escabullera para escribirlo?

Entendí muy bien a esta mujer. ¿Cómo no me había dado cuenta antes que ella era mi alma gemela?

—No, por nada.

—En ese caso, me voy a la cama.

Les dio las buenas noches a sus padres y la vi irse.

Quería seguirla y hacer lo mismo, pero eso generaría sospechas, a las que no quería exponernos, en este momento. Lady Moorington empezó una partida de whist con la señora Gatley, la señorita Gatley y el capitán Neal. El señor Hutton y Lord Moorington estaban inmersos en una partida de ajedrez, en la mesa junto a la ventana. Me pregunté cuánto tiempo tendría que sentarme en el sofá, frente al fuego, antes de poder irme a dormir.

La señora Hutton me entregó una copa de oporto. Hice girar el líquido en la taza, mirando el fuego, cuando ella se sentó a mi lado.

Mis nervios aumentaron en su presencia. ¿Había visto a través de mí? Ella me vio tomar un sorbo, pero no dio indicios de sus propias emociones.

—¿Tu hermano James te ha contado alguna vez sobre la noche que lo encontré con Felicity, en nuestra biblioteca?

—Un poco.

—Estaba claro que solo habían estado bailando. Lo que no sabíamos era lo que ocurrió antes del baile, aunque eso realmente no era asunto nuestro. Sin embargo, las mujeres que estaban conmigo son terribles chismosas, y tu hermano y Felicity nunca tuvieron ninguna posibilidad. —Hizo una pausa antes de continuar—. Nunca olvidaré lo rápido que James estuvo dispuesto a hacer lo correcto.

—Por su reputación —aclaré. James se había visto obligado a casarse con una verdadera desconocida, pero había tomado la decisión de hacerlo. Era irónico que yo me encontrara en una circunstancia similar.

—Y la de ustedes —corrigió la señora Hutton—. Tus padres siempre se han sentido orgullosos del apellido Bradwell.

—¿Me preguntas si poseo el mismo orgullo?

—Esa no es una pregunta que yo deba hacer. —Ella sonrió suavemente y miró el fuego—. Siempre he deseado que mis hijos se casen por amor. Los ayudé a seleccionar compañeros, y pude ver a Adam y Julia lograr exactamente lo que yo quería para ellos. He tenido suerte hasta ahora.

“Hasta ahora”.

—Marianne, sin embargo, ha sido difícil —continuó—, una y otra vez, yo creía que había encontrado al hombre perfecto para captar su interés, pero, una y otra vez, ella le encontraba fallas, a todos ellos.

—¿Crees que ella es selectiva?

—Creo que ella no entrega su corazón fácilmente. Siento que una vez que lo haga, será irrevocable. —La señora Hutton me miró y no supe exactamente qué quería decirme—. Si amas a mi hija, me alegra darte la bienvenida a nuestra familia, señor Bradwell. —Ella se puso de pie y se alisó la falda.

¿Amaba a Marianne? Agradecí que no me hubiera hecho la pregunta, porque no sabía cómo responderla, en ese momento. Nuestro compromiso no era real, y hasta que Marianne indicara que le gustaría que esto fuera de otra manera, no me sentiría cómodo, hablando de mis sentimientos con los demás.

—Creo que voy a dormir un poco —dije.

—Buenas noches, señor Bradwell. —Ella me dio una sonrisa triste y me pregunté qué vio en mi expresión. ¿Culpa? ¿Fracaso? O tal vez porque ahora yo empezaba a comprender que, una vez más, había hecho algo de lo que mi padre no estaría orgulloso.

Capítulo 19

Marianne

"Perdóname…" Después que Henry me salvara de una ruina segura, me pidió perdón. Había sido necesario hasta la última onza de control, que poseía, para abstenerme de ir a su habitación por la noche, y poder hablarle claramente. Mis padres, seguramente, habrían estado en desacuerdo con eso.

Sin embargo, ahora me sentía incompleta… Quería que él explicara sus disculpas, y cómo pretendía sacarnos de este lío. Seguramente, como siempre, él tenía un plan.

Me senté en la sala de estar. La luz entraba por las ventanas y se filtraba sobre el abanico, que estaba pintando. Mojé nuevamente mi pincel, en el agua y la pintura violeta, pasándolo suavemente sobre el segundo panel para continuar con las flores.

La señorita Gatley se sentó frente a mí, pintando flores azules sobre su abanico con especial dedicación. O tal vez estaba enojada conmigo por robarme al hombre, al que había venido a atrapar, y ahora esperaba castigarme, no mirándome a los ojos. De hecho, desde el momento en que Henry anunció nuestro compromiso, la señorita Gatley no me había mirado ni una sola vez.

El señor Darcy saltó sobre el cojín del sofá y se deslizó debajo de mis brazos para sentarse en mi regazo. Su corto pelaje gris me hizo cosquillas, en la piel, mientras se acomodaba en su lugar.

—Tienes que moverte, señor, o no podré terminar este abanico, que estoy pintando.

Al señor Darcy no parecía importarle lo que yo quería. Ronroneó suavemente y se puso cómodo.

—Quizás sea hora de un descanso —dijo mi madre.

Lady Moorington se reclinó y miró astutamente a su abanico.

—Probablemente, debería dejar de pintar por completo. El mío solo empeora, cuanto más intento mejorarlo.

—De todos modos, sería mejor dedicar nuestro tiempo a planificar un baile de compromiso —expresó mi querida madre, mirándome de cerca. ¿Estaba esperando una reacción? ¿Para ver si rechazaría la oferta? Algo en sus frases, o en su tono no estaba del todo bien, pero no pude identificar qué era.

Necesitaba andar con cuidado o ella nos descubriría.

—Parece un poco innecesario planear un baile para la ocasión.

—A nosotras, las madres, nos encanta mimar a nuestros hijos —confirmó Lady Moorington —. ¿No le quitarías esa oportunidad a tu querida mamá?

—¡Nunca! Solo me pregunto si es demasiado pronto.

—¿No deseas celebrar tu compromiso? —preguntó la señorita Gatley, todavía mirando su abanico, y aplicando demasiada pintura al panel, en el que estaba trabajando.

—Por supuesto que deseo celebrarlo. —Si ella pensaba en arrancarme una confesión, quedaría profundamente decepcionada. Miré a mi madre—. Fija la fecha y comenzaremos los preparativos.

Mi madre asintió.

—¿El próximo viernes? Podemos invitar a la sociedad local. Si lo planeamos para el final de nuestra fiesta, nuestros amigos podrán asistir, y tu hermana seguirá aquí.

—Es una idea encantadora —ratificó Lady Moorington.

No había visto a mi hermana desde ayer, porque ella había decidido no acompañarnos a cenar ni vino a esta sala.

—¿Dónde está Julia? ¿No deseaba pintar?

—Ella no se siente bien. Creo que está descansando.

Dormir era lo único que parecía hacer estos días.

—Su nieto tiene mucha energía —dijo dócilmente la señora Gatley.

—Es un niño dulce, pero siempre cansa a la pobre niñera.

—Algunos niños ciertamente cansan más que otros. —Lady Moorington sonaba como si hablara por experiencia. Dada la reputación actual de su hijo, imaginé que la tensión que ella cargaba, sobre sus hombros, no se derivaba simplemente de los días, en que su hijo era joven.

—Hablando de jóvenes, ¿cuándo podremos esperar a Daniel? —preguntó mi madre.

Lady Moorington volvió a dirigir su atención a su abanico.

—Hoy, creo. Pero, con él nunca se puede saber. —Ella sonrió, pero estaba claro que tenía los nervios a flor de piel.

—Estaremos encantadas de contar con su compañía, siempre que considere oportuno unirse a nosotras. Siempre ha sido un placer tenerlo cerca.

Le lancé una mirada a mi madre, esperando transmitirle que lo estaba haciendo demasiado traumático, pero ella me ignoró. La comodidad de su amiga era su primera prioridad, en ese momento.

Me puse de pie.

—Creo que visitaré a Julia ahora. De todos modos, mi abanico necesita secarse.

Lady Moorington se inclinó para mirar mi diseño floral.

—Es encantador, querida.

El ceño de la señorita Gatley se hizo más profundo. Mojó su pincel en agua y luego en la pintura roja con demasiado entusiasmo, antes de levantarlo y lanzarme una ráfaga de pintura roja diluida en agua. Me roció la cara y la bata, salpicando mi abanico, lo que me hizo respirar profundamente.

—¡Isabel! —gritó su madre, rápidamente.

—¡Cielos! ¿Hice eso? —La señorita Gatley levantó la cara, pero en su rostro no se veía una disculpa—. ¡Qué torpe de mi parte!

Mi abanico también estaba arruinado. Ni siquiera las acuarelas se podían quitar sin arruinar todo el cuadro. Apreté la mandíbula y mojé el pincel, haciendo girar agua sobre las manchas rojas para diluirlas, a un tono rosado, que combinara mejor con mis otros colores.

Las mujeres en la sala permanecieron en silencio. No entendí por qué la señorita Gatley me había atacado de esa manera. Si estaba enfadada porque había conseguido una propuesta de Henry, entonces ella tenía la culpa: fue ella quien lo obligó a cumplir con su oferta inicial.

Miré a la señorita Gatley y volví a dejar caer el pincel sobre el lino, junto a mi abanico. La pintura roja se secó formando costras en mi cara, pero no aparté la mirada de la señorita Gatley hasta que ella me miró.

—No te preocupes. Pude salvarlo. Pero me temo que debo ir a lavarme ahora. —Me puse de pie, mirando a mi madre—. Y luego visitaré a Julia.

Me escapé a mi habitación. La pintura se limpió fácilmente de mi cara con un paño húmedo. Me senté en mi escritorio y saqué mi manuscrito. Había terminado las últimas páginas, la noche anterior, y me quedé despierta demasiado tarde para poder escribir el final, que se me ocurrió, después de la cena.

Una segunda opinión sería útil para mi historia, pero seguramente Henry no era el hombre

para darla. Admitió su aversión por el romance, como se hacía más evidente, cada vez que me enviaba más páginas. Su historia funcionaría mejor, tal como estaba, cuando la leí por primera vez.

Reuní las páginas de todo el manuscrito y las até con un cordel para mantenerlas en orden. Henry me había pedido, una y otra vez, leer mi historia, pero esto era demasiado aterrador para mí. ¿Qué pasaría si no le gustaba, o me considerara una escritora horrible? Yo no tan inteligente como la dama que había escrito *Orgullo y prejuicio*. No era tan imaginativa como Jonathan Swift. Ni tan romántica como Byron. El miedo a menudo se interponía en mi camino, a la hora de tomar riesgos, pero saber esto, no hacía que mi miedo fuera menos poderoso.

Marbury había aceptado mi primer manuscrito sin que yo hubiera recibido nunca una segunda opinión al respecto. Seguramente, también podríamos encontrar un editor para este libro.

Abrí el cajón del escritorio y deslicé el manuscrito adentro. Había cumplido mi parte del trato. Ahora era el turno de Henry para honrar su compromiso.

* * *

Julia estaba reclinada en la cama con el rostro y las mejillas pálidas.

Ella me parpadeó.

—¿Comprometida ? ¿Con el señor Bradwell? ¿Lo amas?

Esa última pregunta era la que más temía, porque no sabía cómo responderla. Me senté en el borde, y toqué las flores bordadas en su colcha.

—¿Cómo una mujer sabe que está enamorada?

Se echó hacia atrás y la decepción formó líneas entre sus cejas.

—Si estuvieras enamorada, lo sabrías.

Eso no era lo que quería oír. Esperaba una fórmula, una regla, una explicación, cualquier cosa que me hiciera sentir segura acerca de mis sentimientos. Henry me había provocado palpitaciones, llenándome el estómago de mariposas y rescatándome de quedar atrapada, tanto en un lago como en una orilla fangosa. Quería estar con él, y cuando estaba lejos de él, no pensaba en nadie más. Pero, ¿realmente, lo amaba? No lo sabía.

—Él debe amarte, o no se habría ofrecido por ti —dijo.

Me reí.

—Solo se ofreció porque la señorita Gatley le impuso la situación. —Y luego yo casi lo había obligado a hacerlo, en la noche anterior. Eso demostró que era un caballero y nada más. Abrí mucho los ojos hacia mi hermana—. No le digas esto a mamá.

—Por supuesto que no lo haré.

Me incliné sobre la colcha y hundí la cara entre las manos. La oscuridad se cerró a mi alrededor, y borré por completo la imagen de Henry de mi mente, dejando escapar un gemido.

—¿Qué pasa con el capitán Neal? ¿No vino aquí con el propósito expreso de cortejarte?

—Lo hizo —respondí con mi rostro todavía enterrado en su colcha—. No estoy segura, si se quedará ahora. Indudablemente, debe sentirse engañado. Esa es la peor clase de mala educación.

—No puedo entenderte cuando hablas así, Mari... ¡Excúsate!

Estaba dispuesta a obedecerla.

—Debo hablar con él. Tengo la intención de hacerlo. Pero se fue a cazar con papá y Henry.

—¡Oh, querida!

—Y ahora mamá quiere organizar un baile de compromiso al final de la fiesta, en casa, pero yo apenas sé lo que pienso.

—Para eso no faltan ni dos semanas.

—Soy plenamente consciente de lo pronto que es, de lo rápido que se siente —repliqué con un profundo sentimiento.

—Henry debería escribirle primero a su madre, ¿no?

—Estoy seguro que lo hará, pero no he tenido oportunidad de hablar con él, desde que anunciamos nuestro compromiso, en la cena de anoche. Todo parece tan rápido e inquietante. —Bajé la voz, infundiéndole gravedad—. Julia, no estoy segura que él desee casarse conmigo, o si solo estaba tratando de salvar mi reputación. Lo peor de esto es… —Respiré entrecortadamente —. Después de la cena, colocamos las alfombras, bailamos y él se disculpó. Me pidió que lo perdonara por salvar mi reputación y fingir que estábamos comprometidos. Un hombre enamorado no pediría disculpas por encontrarse comprometido con la mujer que le importa.

Ella no parecía convencida.

—Un hombre que no estuviera dispuesto a casarse contigo tampoco se habría ofrecido como sacrificio.

—Un muy buen hombre lo haría, y Henry es el mejor de los hombres. Además, esa no es una forma muy prometedora de ver la situación, ¿lo sabes? ¿Un sacrificio?

—Me parece como si tu corazón estuviera decidido al respecto. —Julia sonrió.

—¿Porque lo respeto y venero? ¡Cielos! Julia. ¡Eso no es amor! Respeto a Shakespeare y Fanny Burney, pero no deseo casarme con ninguno de ellos.

—Creo que sé más sobre esto que tú —dijo, levantando una ceja—. El respeto es ciertamente un componente del amor. ¡Oh! Cómo desearía haber estado cenando para ver esto. Quiero saber por mí misma cómo te mira este hombre.

—Es muy posible que no hubieras estado cenando. Siento como si no te hubiera visto, desde que llegamos a Cheshire. He pasado más tiempo con Frederick que contigo estos últimos días. ¿Estás enferma?

—Sí. No puedo soportar ni siquiera la idea de asistir a cenar. Las gachas han sido mucho más adecuadas para mí. —Se frotó las sienes.

—¿Gachas?

—Sí, una receta muy fina. O rollos. La cocinera me ha enviado muchos panecillos, estos últimos días, porque son casi todo lo que puedo soportar.

La comprensión me golpeó tan directamente que me sentí poco inteligente por no haber identificado esto antes. La última vez que Julia no comió nada más que trozos de panecillos, estaba embarazada de Frederick.

—¿Estás embarazada?

Ella hizo una mueca.

—No quería decir nada hasta que tuviera la oportunidad de decírselo al señor Walding. Pero él aún no ha llegado y me siento miserable. —Sus ojos se llenaron de lágrimas no derramadas—. Me temo que la inundación ha sido mucho más extensa de lo que creímos inicialmente, cuando recibimos por primera vez la carta de nuestro administrador. Quizás hubiera sido mejor regresar a casa, en lugar de venir aquí.

Me senté y la abracé, antes de soltarla e inclinarme hacia atrás.

—¡Oh, querida! ¿Mis movimientos te están provocando náuseas? Perdóname. Estoy muy emocionada.

—Sí. Por favor, no muevas tanto la cama —expresó con una sonrisa llorosa—. Espero sentir mucho más esto, después de reunirme con mi esposo.

—Esta es una excelente noticia. ¿Mamá lo ha descubierto?

—Estoy segura que sí, aunque todavía no ha dicho nada al respecto. Quizás también esté esperando la llegada del señor Walding. —Los ojos de Julia se llenaron de lágrimas frescas—. Pero, él no está aquí, y me siento muy mal.

—¡Ay! Mi pobre Julia. ¿Te puedo ayudar en algo?

—No hagas ruido en mi cama. Eso es todo lo que pido. —Ella dio un hipo y se quedó quieta, esperando que pasaran las aparentes náuseas, antes de volver a hablar—. Gracias por mostrarle a Frederick el patito. Eso es de lo único que ha hablado desde ayer.

—¿Cómo? Apenas habla más de una palabra a la vez.

—Apuesto a que quedó bastante impresionado porque ha formado una especie de frase al respecto. Me dijo que: *"Anne sostiene pato"*.

—¡Qué chico tan inteligente! Estoy feliz de ser incluida, en cualquier cosa relacionada con esos patitos. Creo que ellos han superado al señor Darcy, en la estima de Frederick.

—Hoy no me ha mencionado al gato en absoluto, así que puede que tengas razón.

Incliné la cabeza, incapaz de contener mi sonrisa.

—Espero que este nuevo pequeño pueda seguir el ritmo de tu enérgico niño.

—Lo único que me preocupa, en este momento, es pasar el día. Me preocuparé por este niño, cuando esté en mis brazos. —Julia volvió a recostarse, en las almohadas, y me miró con los ojos ligeramente entrecerrados—. Sabes… Una forma de determinar lo que sientes por el señor Bradwell es hablar con él —suspiró.

—Estoy de acuerdo. Pero encontrar la oportunidad de mantener conversaciones privadas es casi imposible con tanta gente alrededor.

—¿Imposible? Difícilmente... Invítalo a dar un paseo y deja atrás al mozo. Invítalo a jugar al ajedrez, y mueve la mesa al extremo opuesto de la habitación, donde no está mamá. Invítalo a dar un paseo hasta el lago, y luego reduce el paso para poner distancia entre ustedes. Puedes invitarlo a pescar contigo, donde podrían sentarse juntos en un bote a la vista de quien sea el acompañante, pero habrá una distancia lo suficientemente grande, como para conversar en privado.

—Creo que el sonido viaja sobre el agua. Seguramente, quien nos acompañe escuchará todo lo que decimos en el bote.

—No estás comprendiendo mi punto. Es posible tener una conversación privada. Deberías saberlo, porque conseguí bastantes de ellas, antes de conseguir una propuesta del señor Walding. —Ella sonrió sin arrepentimiento—. Ahora que estás comprometida, no deberías tener muchos problemas. Aunque a veces, esto todavía requiere creatividad. —Se inclinó hacia adelante y tomó mi mano, apretándola—. Tengo fe en ti, Mari. Siempre has sido del tipo creativo.

Efectivamente, yo era más creativa de lo que ella pensaba.

Capítulo 20

Marianne

Hasta el momento, los hombres habían pasado todo el día afuera. Cazaron por la mañana, dispararon al blanco al mediodía, y se les podía ver pescando, en el lago, por la tarde. Parecía que Henry estaba compensando los últimos días de no acompañar a mi padre, en varias hazañas, participando en todas ellas, ahora mismo.

O me estaba evitando. Esperaba que ese no fuera el caso.

El capitán Neal estuvo con ellos, en cada una de sus actividades, pero supuse que le alegraba tener una excusa para estar fuera de casa. El señor Gatley y Lord Moorington eran menos devotos, pero iban y venían por su voluntad.

Me sentí más ansiosa, a medida que avanzaba el reloj, y el sol comenzaba a descender. Cuando me vestí para cenar, no había dirigido una palabra a Henry, en todo el día. No quería volver a enfrentarme a la señorita Gatley y a su ira ni al capitán Neal, y su comprensible frustración. Estuve tentada de esconderme en mi habitación, por el resto de la noche, pero eso solo pospondría lo inevitable.

Keene me peinó y me ayudó a prepararme para la cena.

—Usted se ve radiante, señorita.

—Gracias, pero aún no estoy lista para bajar. Creo que necesito un momento a solas.

Ella hizo una reverencia y desapareció.

Saqué una hoja de papel de mi escritorio, arranqué una tira de la parte superior, cogí mi pluma y la mojé en tinta.

“Encuéntrame en el sauce junto al lago, esta noche. ¿Medianoche?”

Era mucho menos peligroso, ahora, ya que supuestamente estábamos comprometidos, pero pasar notas, o reunirnos en secreto, nunca fue completamente seguro. Si nos atraparan juntos, esto solo solidificaría nuestra situación, lo cual era un pensamiento aterrador, cuando, para empezar, no sabía cómo él se sentía al respecto. Pero no podía quitarme de la cabeza las disculpas de Henry. Quería tener la oportunidad de hablar claramente con él para que pudiera explicar el significado, detrás de su disculpa, y cómo se sentía acerca de nuestro compromiso.

También necesitaba informarle que mi manuscrito estaba listo para los editores. Probablemente podría encontrar una manera de contarle esa información en público (era una excusa débil para buscar una conversación privada con Henry), pero mentiría si fingiera que no estaba ansiosa por estar cerca de él, otra vez, y hablarle claramente. Valoré su perspicacia y conversación.

Cuando la tinta se secó, doblé la tira de papel y la metí en mi guante, los bordes rasparon contra mi suave antebrazo.

Todo el grupo ya estaba reunido cuando llegué al salón. Todos excepto Daniel, quien, al parecer, aún no había llegado. A juzgar por la decepción en el rostro de Lady Moorington, o no vendría o llegaría muy tarde.

Henry estaba de pie, cerca de la mesa del tablero de ajedrez, escuchando a mi padre. Capté su mirada, cuando aparté la vista de la condesa, y mis pies me dirigieron hacia él sin ningún esfuerzo consciente de mi parte. Era tan guapo con el pelo rizado peinado y con pomada, la

corbata estaba simplemente anudada y el chaleco era de color neutro. Su ropa era sencilla, aunque le quedaba bien, y no podía negar que sus ojos azules, fijos en mí, con tanta firmeza, hicieron que mi corazón diera un vuelco.

Incliné la cabeza, en una reverencia, cuando me acerqué a ellos.

—¿Ya se han saciado de cazar, pescar y disparar?

Mi padre sonrió con culpabilidad.

—Eres una criatura demasiado gentil para entenderlo, pero me temo que es una tarea imposible, querida. —Se inclinó hacia adelante y besó mi sien—. Gracias por prestarme a tu señor Bradwell por el día.

"Tu señor Bradwell". Me gustó cómo sonó eso.

Parecía que Henry y mi padre se volvieron amigables. Mi prometido encajaba muy fácilmente como un caballero rural.

Henry apartó su mirada de mí.

—De hecho, me sentí como si estuviera en casa. Mi hermano mayor James coincide mucho con su forma de pensar, señor. A menudo paso días enteros con él de la misma manera, que lo hacemos hoy.

—No es de extrañar que tengas tan buen tiro.

—Debo agradecer al ejército por eso. Pero mi pesca deja mucho que desear.

Mi padre le dio una palmada en la espalda.

—Tenemos tiempo para trabajar en eso, muchacho.

Henry miró rápidamente a mi padre y sus mejillas se sonrojaron ligeramente. Parecía complacido por la interacción, pero era difícil saberlo del todo y sus ojos cayeron al suelo. ¿Estaba contento con cómo había ido su día, pasando tiempo con mi padre? No había podido hacerlo con el suyo, desde que su padre murió en Waterloo, e imaginé que lo extrañaba desesperadamente.

Shaw anunció que la cena estaba lista. Henry me miró.

—¿Me concederás el honor de permitirme acompañarte a cenar, señorita Hutton?

"¡Gracias al Cielo!"

—Estaré encantada. —Saqué el trozo de papel de mi guante, donde ya no podía rayarme el antebrazo, y lo agarré discretamente en mi mano.

—Debo encontrar a tu mamá —dijo mi padre, besando mi sien, nuevamente antes de irse.

Henry inclinó el brazo hacia mí y su chaqueta se movió lo suficiente para dejar al descubierto el pequeño bolsillo de su chaleco. Ese bolsillo era mi objetivo. Di un paso adelante para tomar su brazo y fingí tropezar en la alfombra, extendiendo las manos y agarrándome contra su estómago. Deslicé la nota en el pequeño bolsillo, mientras sus brazos me rodeaban, alegrándome que no llevara un reloj de bolsillo, que ocupara ese espacio disponible. Henry me enderezó, sujetándome por los hombros hasta que le solté el chaleco.

—¡Qué torpe de mi parte! —hablé en voz alta, en beneficio de cualquiera que hubiera presenciado mi terrible actuación. No se me pasó por alto que usé las mismas palabras falsas, que la señorita Gatley había usado antes, cuando arrojó pintura sobre mi abanico.

—¿Estás bien? —preguntó Henry en voz baja con la cabeza inclinada, mientras me miraba con preocupación.

"¿Magnífico? Ni siquiera él quedó convencido de mi farsa".

—Estoy perfectamente bien. —Bajé la voz—. Deslicé una nota en tu bolsillo.

Una burla de sorpresa salió de su garganta, mientras me presentaba su brazo nuevamente. Todo el grupo estaba de camino al comedor, sin embargo, aparentemente, el señor y la señora

Gatley habían observado la interacción, y esperaron a que nos acercáramos.

—¿Estás bien, querida? —preguntó la señora Gatley.

—Sí. Estoy usando calzados nuevos, y mi pie se enganchó en el borde de la alfombra.

—¡Qué suerte que el señor Bradwell estuviera al margen!

La observé y luego bajé la mirada.

—Sí, señora. Esto fue realmente afortunado.

El señor Gatley resopló evasivamente y sacó a su esposa del salón.

Henry enarcó ligeramente las cejas y se inclinó hacia adelante.

—No creo que el señor Gatley esté muy contento con nosotros, en este momento.

—Creo que estaría muy contento contigo, si me abandonaras, y rompieras el compromiso.

Henry se rió entre dientes, y el sonido profundo me golpeó en el estómago.

—Entonces, él está destinado a quedarse decepcionado, porque no tengo ningún plan para hacer tal cosa.

Mi estómago se retorció de anticipación. ¿Qué quiso decir con eso? Quería preguntarle, pero entramos al comedor y rodeamos la mesa para tomar asiento. Tuvimos la mala suerte de descubrir que los únicos dos asientos restantes me colocaban al lado del capitán Neal. Lo había evitado con éxito, durante todo el día, ya que él había estado en compañía de mi padre, y no tuve oportunidad de hablar con él, antes de la cena. El hombre debía estar enojado y con razón.

Le envié una sonrisa trémula, cuando tomé asiento.

Me la devolvió brevemente, pero aún así no pude evaluar su estado de ánimo.

Al menos podía confiar en que no habría ningún lanzamiento inmaduro de pintura durante la cena. Si el capitán o la señorita Gatley me apuntaran con una cuchara de sopa, simplemente me movería.

—¿Disfrutó su día, capitán Neal? —pregunté—. Pensé que mi padre aprovechó al máximo esa compañía tan dispuesta.

—Lo hice —replicó con aspereza—. Fue una buena oportunidad para aclarar mi mente y reevaluar mis planes.

—¿Reevaluar? No tiene intención de dejarnos, ¿cierto? —No podía culparlo, pero de todos modos me sentía culpable por ello.

—Ahora estoy menos motivado para quedarme. —Miró a Henry, antes de volver a sonreírme suavemente—. Dejé claro que tengo un tiempo limitado a mi disposición y un objetivo muy particular. No debería sorprenderles que, a menos que las circunstancias cambiaran, ahora debo lograr ese objetivo, en otra parte.

"¿Qué se supone que debo hacer en esta situación? ¿Disculparme por comprometerse con otra persona? ¿Le hice creer que no estaba mirando a nadie más? ¿Esto fue mi culpa?"

Sirvieron el primer plato y el capitán Neal centró su atención en su compañera de cena.

—Han sido veinticuatro horas muy emocionantes —me dijo Henry, en voz baja—. Sobre todo si tenemos en cuenta todo lo que pasó anoche, durante la cena.

—Eso es decirlo suavemente. —Solté un suave resoplido.

—Generalmente, soy un hombre paciente, pero en este momento me resulta increíblemente difícil. ¿Puedo preguntar la naturaleza de...? —No parecía saber cómo terminar su pregunta.

—¿De mi caída?

—Sí. —Sus ojos bailaron—. Creo que contigo tengo una curiosidad excesiva.

—Si pudiera responder eso ahora, no habría necesitado recurrir a la tinta.

—¡Touché! —Mojó una cuchara en la sopa y le dio un mordisco, luego se reclinó y me miró—. Hablando de tinta, ¿has hecho buenos progresos en el libro que estabas leyendo?

Por leer, supuse que él se refería a escribir.

—Sí. Lo terminé.

—Bien hecho, señorita Hutton. Debes estar muy orgullosa de ti misma. —Sus cejas se alzaron.

—Lo estoy. Fue un libro difícil de leer, pero tuve una repentina explosión de energía inspiradora y pude terminarlo anoche.

Él sonrió. Su sonrisa era tan amplia que estaba segura de su genuina felicidad por mí. Entendía las dificultades de escribir, y la euforia que acompaña al terminar una historia. Era solo la segunda vez que llegaba a este punto con un manuscrito, pero todavía me sentía, como si me hubieran elevado un poco, a las nubes, por haberlo completado. Hubo una catarsis general al escribir el final. Me sentía más completa por haber terminado el libro.

—¿Me lo prestarás? Me gustaría leerlo.

—No creo que pueda. —Le di toda mi atención a mi sopa.

—¿Me obligarás a esperar hasta que pueda comprar mi propia copia, en una tienda de libros?

Él tenía razón en eso. De una forma u otra, si publicara este libro, él podría leerlo.

—Me temo que no lo disfrutarás. ¿Qué pasa si no te gusta el libro?

—Dudo que ese sea el caso, pero incluso si lo fuera, ciertamente, eso no terminará con nuestra amistad —bromeó.

Incliné la cabeza hacia un lado, sosteniendo su mirada.

Él dejó su comportamiento general de broma.

—Me encantará. Me han gustado todas tus recomendaciones hasta ahora. No son más que una mejora con respecto a lo que tenía anteriormente... al leer.

—Esto es diferente. —No se trataba de notas sobre sus escritos, yo estaba escribiendo por mi cuenta. Él podría darse cuenta de cómo mis libros no eran ni cerca de lo mismo.

—Lo entiendo. De todas las personas, señorita Hutton, yo entiendo eso.

¿Me entendió? ¿O no? Tomé un sorbo de mi sopa y bajé la cuchara. No podía comprometerme a dejarle leerlo todavía, pero, posiblemente, debería hacerlo. Quizás era mejor saber cómo se sentía, ahora, en vez de esperar que leyera el libro publicado.

—Si permito que esto suceda, ¿no permitirás que eso afecte el acuerdo? Si no te gusta, ¿aún así me ayudarás?

—¡Cielos! Mari —dijo, acortando mi nombre. ¿Se había dado cuenta que lo había hecho? Me hizo estremecer y recé para que nadie más lo hubiera escuchado. Supuse que no importaría, que se tomara tales libertades con mi nombre, ya que estábamos comprometidos, pero de todos modos la familiaridad me calentó el pecho.

—¿Crees que incumpliría mi promesa? —Sacudió la cabeza—. De todos modos, no importa, porque ya hice lo que te prometí.

—¿Y qué has hecho? ¿Exactamente?

Él dobló su servilleta y la puso en su regazo, luego se inclinó hacia mí con el pretexto de alcanzar su copa. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Ya escribí a los editores, en tu nombre.

Capítulo 21

Henry

Si pudiera capturar la mirada de sorpresa que puso Marianne, cuando le dije que ya les había escrito a los editores, la guardaría para siempre. Quizás yo comenzaría a pintar solo para intentar volver a crear su expresión en el lienzo. Esto fue tan encantador e inocentemente dulce. Tomé otro sorbo de mi copa para ocultar la sonrisa, que amenazaba con estallar en mi rostro.

—¿Hablas en serio? —preguntó sin aliento—. ¿Cómo supiste que había terminado?

—No lo habías hecho. Al menos no, cuando envié las cartas.

—Debe explicarme eso, señor. —Marianne se rió y había una ligereza en su tono y porte, que había faltado antes. Quería que permaneciera así para siempre. ¿Qué pesadez la había estado atormentando antes?

—Mientras estábamos en Londres, mencionaste que casi habías terminado. Decidí enviar cartas a un puñado de editores, en tu nombre, para poder reunir interés e información.

—¿A dónde les pediste que dirigieran el correo de vuelta?

—Tomé nota que si la respuesta era inmediata, podrían escribirme aquí a Hutton House, y si les llevaría más tiempo, podrían escribirme a Sedwick Lodge. —Disfruté una cucharada de mi sopa—. Mi plan era ir allí inmediatamente, después de la fiesta en casa.

—Si mi madre se sale con la suya, probablemente te quedarás aquí el tiempo suficiente para planear una boda —murmuró Marianne.

"¿Debo decirle que la perspectiva de permanecer aquí más tiempo no me parece desagradable?"

—Creo que debería visitar a mi propia madre primero. —Le sonreí, pero ella parecía que estaba herida. La pesadez volvió a sus hombros. ¿Fue la perspectiva de casarse conmigo lo que le provocó estrés? ¿La idea de casarse con una figura parecida a un hermano? ¿Alguien que no la atraía? La idea me puso enfermo.

Estaba ansioso por sacar el trozo de papel del bolsillo de mi chaleco y leer lo que ella me había escrito. ¿Qué podría tener que decir que no pudiera hablar en voz alta? Claramente, logramos tener todo tipo de conversaciones sobre cosas que probablemente no deberíamos decir en voz alta, aunque pensé que hicimos un buen trabajo al disfrazar bien nuestros temas.

El resto de la cena transcurrió rápidamente, en una agradable conversación. Las damas nos dejaron tomando oporto, y el señor Hutton sacó su pipa. Vi a Marianne salir del salón y deseé seguirla, aunque tampoco me importaba estar con los hombres. Pasar el día con su padre había sido un impulso de algo parecido a un afecto, que no sabía que deseaba. Él era atento y digno de elogio, me recordaba a mi padre, en la forma en que admiraba mi equitación o mi capacidad para disparar, o me daba consejos de pesca.

Un día en su compañía nunca reemplazaría a mi padre, pero si se convirtiera en mi suegro, me preguntaba, si algún día sentiría, como si él estuviera llenando el vacío, que ahora reside en mi corazón. Dejé la idea a un lado. Era demasiado prematuro para pensamientos tan melancólicos.

Shaw llenó mi vaso con oporto y le di un sorbo.

El humo de los fumadores llenó el salón. El señor Gatley había conseguido una pipa y la encendió, mientras Lord Moorington y el capitán Neal disfrutaban de su oporto. Los hombres hablaron de nuestro fracaso, en la caza de esta mañana, y sobre la necesidad de usar perros bien

entrenados.

—Ha hecho bien en no dejarlos entrar a la casa —expresó el señor Gatley—. Los perros mimados nunca harán lo que se les dice.

Lord Moorington asintió con la cabeza.

—Mi hombre es un excelente entrenador. Puedo prestártelo, pero lo necesitaré en otoño.

—¿Estás criando cachorros? —preguntó Gatley.

—Sí. Me gusta entrenarlos jóvenes —dijo, vaciando su vaso.

—¿Qué es eso que he oído sobre tus bayos coincidentes, Gatley? —preguntó el señor Hutton.

—Los vendí. —Su voz era áspera y le indicó a Shaw que volviera a llenar su vaso.

El señor Hutton dio una chupada a su pipa.

—¿Los cambiaste por algo más?

—Aún no. Había planeado comprarlos nuevamente, pero las cosas no están saliendo como esperaba. —Su mirada se dirigió hacia mí brevemente, y luego se desvió de nuevo.

Tiré mis guantes sobre la mesa y bebí de nuevo mi oporto.

¿El señor Gatley había planeado volver a comprar sus propios caballos? Parecía que había estado confiando en mí para hacer eso por su mirada mordaz. Miré su ropa, pero parecía normal: sin codos raídos ni corbata amarillenta. Supuse que un hombre podría mantener su guardarropa, incluso si no pudiera soportar el gasto de caballos adicionales.

Claramente, no todo era lo que parecía con los Gatley.

Terminamos nuestro oporto y nos reunimos con las damas en el salón, donde estaban sentadas en los sofás.

La señora Hutton se puso de pie, cuando entramos, en el salón.

—Espero que su día de deporte no los haya cansado demasiado. Había planeado algunos juegos de salón para esta noche.

—¡Oh, sí! —confirmó la señorita Gatley—. ¿Quizás el farol del ciego? Siempre ha sido uno de mis favoritos.

El capitán Neal sonrió galantemente.

—Ha pasado mucho tiempo, desde que jugué un juego de ese tipo.

¿Estaba insinuando que estaba destinado a niños? Si es así, tendría que estar de acuerdo. Pero su sonrisa decía lo contrario. La señora Hutton salió, y regresó poco después con una pequeña faja, que llevó al centro del salón.

—Tengo para vendar los ojos. ¿A quién le gustaría empezar?

—Quizás a la señorita Gatley le gustaría ese honor —respondió Marianne.

La señorita Gatley la miró desafiante y levantó la barbilla.

—Debería disfrutarlo mucho.

La señora Hutton le ató la venda a los ojos.

—¿Quién más se unirá a nosotros?

Me puse de pie y ayudé a formar un círculo alrededor de ellos con Marianne y el capitán Neal. Lord y Lady Moorington también se unieron, pero los Gatley prefirieron permanecer en el sofá, junto al señor Hutton.

La señora Hutton agarró a la señorita Gatley por los hombros.

—Te haré girar cinco veces. —Procedió a hacerlo, luego soltó los hombros de la señorita Gatley, y dio un paso atrás suavemente para unirse al círculo.

La señorita Gatley extendió las manos y avanzó hasta encontrarse con la solapa de Lord Moorington. Ella se congeló, probablemente reconociendo por su circunferencia quién era.

—¿Señor Bradwell? —Ella intentó adivinar.

—Mal —respondió Lady Moorington, riéndose.

La señorita Gatley retrajo las manos y giró en la dirección opuesta a la voz de Lady Moorington para encontrar a la siguiente persona. Tentativamente, ella extendió la mano hasta hacer contacto con la manga del capitán Neal, luego deslizó sus manos por sus brazos, y le tocó la cara suavemente. Ella deslizó un dedo por el centro de su nariz y la sonrisa se ensanchó en sus labios.

—¿Capitán Neal? —preguntó ella.

—¡En efecto! —Él se adelantó, le levantó la venda de los ojos y ambos sonrieron. Algo brilló en sus ojos. ¿Quizás la estaba notando por primera vez? Ella claramente había orquestado toda esta situación para tocar libremente al capitán Neal, porque nadie podría adivinar, después de sentir el ancho de Lord Moorington, quien era yo. Todavía tenía que decidir si ella era simplemente inconsciente o inteligente. Quizás ambas cosas.

—Dado que el capitán Neal fue identificado correctamente, él será nuestra próxima víctima —ratificó la señora Hutton.

El capitán se inclinó hacia delante para que la señorita Gatley pudiera atarle más fácilmente la venda de los ojos. Ella lo llevó al centro del círculo y lo hizo girar cinco veces por los hombros, después dio un paso atrás para ocupar su lugar. Avanzó, viniendo directamente hacia mí, y cuando su mano se posó en mi brazo, sonrió.

—¡Maldita sea! No eres una joven hermosa.

No pude evitar reírme junto con el resto del grupo.

—Debes adivinar —exigió la señora Hutton.

—¿Bradwell?

—¡Bien hecho! —replicó la señorita Gatley.

Él levantó la venda de sus ojos para entregármela. Por un momento temí que me llamara Moorington, simplemente para tener otra oportunidad de buscar a Marianne, pero me sorprendió su sinceridad.

Le quité la venda de la mano extendida.

—¿No quieres atarla por mí?

Neal se rió y volvió a ocupar su lugar en el círculo, junto a la señorita Gatley.

—Puedo ayudarte —dijo la señora Hutton, acudiendo en mi auxilio. Me ató la venda y me llevó al centro del salón, luego me dio cinco vueltas. Ella no la había atado lo suficientemente fuerte y, si miraba hacia abajo, podía ver los zapatos. El problema era que no sabía qué calzados pertenecían a cada quién.

La señora Hutton tomó su lugar. Yo extendí los brazos y caminé con cautela hasta que toqué una manga. Miré hacia abajo y reconocí que los zapatos eran de la señora Hutton. ¿Pensé que me había alejado de ella? Suavemente, metí mis dedos en su manga, haciendo un sonido de pensamiento.

—¿Señorita Hutton?

—¡Mal! —Vino un coro de respuestas detrás de mí. Dejé caer la mano y di un paso atrás. ¿Dónde había estado Marianne en relación con su madre? Pensé que estaba a la izquierda de su madre, pero solo si la señora Hutton hubiera regresado al mismo lugar. Me moví en la dirección, donde pensaba que estaba Marianne, y me encontré con otra dama. Un rápido toque de su manga demostró que era Lady Moorington.

—¿Señorita Gatley? —pregunté.

—¡Equivocado!

“Marianne, ¿dónde estás?”

Retrocedí hacia lo que creía que era el centro y giré. Estaba parado justo en frente de Lady Moorington. Di media vuelta, avancé y palpé suavemente a una joven hasta que mis manos entraron en contacto con una manga hinchada. La parte inferior del vestido era blanca, el color del vestido de noche de Marianne. Suavemente pasé mis dedos por sus brazos hasta llegar a su mandíbula. Su piel era suave bajo mis dedos, y me alegré de haberme quitado los guantes, y haberlos dejado en la mesa, durante nuestra ronda de oporto.

Pasé mis dedos suavemente por los pómulos de Marianne, sintiendo la curva de su nariz y la perfecta simetría de su rostro en forma de corazón. Podía escuchar su respiración entrecortada, y tragué el nudo que se había formado en mi garganta.

—¿Señorita Hutton?

—¡Sí! —Ella respiró, extendió la mano y me levantó la venda de los ojos. Mis manos cayeron, a mis costados. El fuego ardía en sus ojos, haciendo brotar la esperanza, en mi pecho. Seguramente, ella debía sentir algo por mí más allá de una relación entre hermanos, si la forma en que me miraba ahora era una indicación. Anhelaba estrecharla entre mis brazos, y parecía que ella agradecería el gesto con gran ardor.

Ella parpadeó, sacudió un poco la cabeza y lució una sonrisa trémula.

—Supongo que es mi turno.

Me quité la venda y se la puse alrededor de los ojos, atándola en la espalda, luego la llevé por los brazos al centro del círculo. La hice girar cinco veces, y el salón se sintió como un silencio ensordecedor. Me resistía a liberarla, pero, ¿qué opción tenía? Estábamos bajo escrutinio desde todos los ángulos.

Mis manos se deslizaron de sus hombros y tomé mi lugar nuevamente en el círculo. Siguió adelante hasta llegar a Lady Moorington, y adivinó de inmediato la identidad de la mujer. Cuando levanté la vista y encontré la mirada de la señora Hutton, ella me estaba mirando con ojos cálidos.

Aparté la mirada rápidamente, pero no antes de registrar lo que estaba viendo allí. Ella quería un matrimonio por amor para su hija y, a juzgar por la interacción que acababa de presenciar, creía haberlo encontrado.

Tuve que estar de acuerdo con ella, parcialmente. Yo no quería ninguna otra mujer en mi vida. ¡Quería a Marianne! Sin embargo, ¿y si Marianne no me quería?

El juego continuó por un rato más, antes de convertirse en charadas. Mi mente estaba tan llena de Marianne, que no pude descifrar ninguno de los acertijos. Ya era más de medianoche, cuando nos separamos para acostarnos y Marianne se acercó a mí.

—Me preguntaba si tendrías algún interés en ver la biblioteca mañana, señor Bradwell. Hay algunos libros de mi padre, que podrían interesarte.

—Eso me gustaría mucho.

—Bien. Te llevaré allí después del desayuno. Puedes ignorar mi idea anterior, en esa nota. —Miró el bolsillo de mi chaleco con intención hasta que asentí.

Cuando llegué a mi habitación, saqué la nota de mi bolsillo y la desdoblé.

“Encuéntrame en el sauce junto al lago, esta noche. ¿Medianoche?”

Bueno, ¡Maldición! ¿Había cambiado de opinión acerca de reunirnos afuera porque ya había pasado la medianoche, o porque mi comportamiento durante el juego la había desanimado? Tiré la nota al fuego para que no la encontraran, y me pasé la mano por la cara.

Ya estaba obstinado de este toma y daca. Mañana me tragaría mis reservas, enterraría mis

miedos, y le contaría a Marianne cómo me sentía.

Capítulo 22

Marianne

Mi plato de desayuno brillaba con la luz de la mañana, que entraba por las grandes ventanas abiertas. Lord Moorington se sentó frente a mí y Henry a su lado. Formamos un grupo extraño para desayunar, aunque los caballeros llevaron la conversación muy bien.

—Mi esposa está fuera de sí —dijo Lord Moorington, atravesando una salchicha y cortándola por la mitad con más fuerza de la necesaria. Masticó algo enojado. Había encontrado un par de oídos dispuestos a desahogar sus frustraciones, y nos estaba utilizando al máximo—. Me preocupo por Daniel, por supuesto, pero la forma en que él la hace preocuparse a ella, me da motivos para desear tener la autoridad y el derecho de darle un puñetazo en las orejas.

—No imagino que Daniel aceptaría un castigo como ese. Al menos, no fácilmente —replicó Henry.

—De hecho, ya habría golpeado al muchacho. —La leve sonrisa de Lord Moorington contradecía la gravedad de sus palabras, y dudaba mucho que fuera a darle una paliza a su hijastro. Aunque, probablemente, sí deseaba hacer entrar en razón al hombre. Incluso ninguno de nosotros había disfrutado al ver crecer la decepción de la condesa, cada día que su hijo no llegaba.

—¿Crees que Daniel vendrá? —pregunté.

—Eso espero. Rezaremos para que llegue tarde, en vez que no llegue.

Henry tomó un sorbo de té y volvió a colocar la taza en el platillo.

—¿Recuerda cuando nos conocimos, milord? Asistías a una fiesta en casa de Lady Moorington... cuando ella todavía era la señora Palmer, creo.

—Sí —dijo, con sus redondas mejillas sonrojadas—. El carruaje de los Thurston tuvo problemas, y les permitiste refugiarse en tu cofre de caza, mientras esperaban que arreglaran el carruaje.

—Sí. ¿Quizás algo así le haya ocurrido a Daniel?

Lord Moorington hizo una mueca.

—No creo que un solo hombre, que viaja en verano, pueda encontrarse en los mismos problemas, que una familia viajando por la nieve. Pero te agradezco la perspectiva, hijo. Haré todo lo posible para reservar mi enojo para cuando esté justificado. —Apartó su silla de la mesa y se puso de pie—. Debo asegurarme que Lady Moorington haya recibido su desayuno. —Nos dio una sonrisa triste y se fue.

Comimos tranquilamente, escuchando sus pasos alejándose por el pasillo. Cuando se fue, vacié mi taza de té y la puse sobre la mesa.

—¿Estás listo para ver la biblioteca?

Henry levantó su mirada hacia mí, que contenía una calidez, la cual hizo más profundo el azul de sus ojos. Me había sentido nerviosa, pero algo en su expresión me tranquilizó. Nos dirigimos hacia la biblioteca.

—Quizás le dije algo equivocado al conde —aclaró Henry—. Parecía solo querer que alguien estuviera de acuerdo con él.

—No creo que ofrecer el beneficio de la duda sea nunca de mal gusto.

—Entonces, ¿esperaremos que Daniel me dé la razón?

—Por el bien de Lady Moorington, eso espero. —Llegamos a la biblioteca y abrí la puerta

de par en par, dejándola así. Entré y crucé hacia las ventanas, abriendo las cortinas para dejar que la luz del sol entrara y resaltara el remolino de polvo.

—¡Qué paraíso! —exclamó Henry con una reverencia.

—Sabía que te gustaría.

Largas estanterías se alineaban en las paredes. Había una escalera estrecha, unida a una varilla de latón, en la parte superior para permitir llegar a los estantes más altos. No era una habitación grande de ninguna manera, pero estaba llena de libros desde el suelo hasta el techo.

—¿Tu padre es un intelectual? —preguntó.

—No lo creerías, después de pasar ayer todo el día con él afuera, disfrutando de actividades deportivas, pero sí, siempre le ha gustado leer. Simplemente, tiene dominio de sí mismo con los libros, algo que yo no heredé de él.

—Pero, heredaste el amor por las bibliotecas. —Henry caminó entre los estantes, leyendo los lomos, mientras se movía—. Recuerdo que la de tu casa en Londres estaba igual, bellamente decorada.

—Papá está muy orgulloso de sus bibliotecas, pero para él son personales. Nunca lo oirás alardear de sus libros ni exhibirlos, como lo hace con la pesca, o con sus perros de caza o con sus caballos.

—¿Elogias su amor por los libros, pero no crees que él te apoyaría en tus propios objetivos editoriales? —preguntó, dirigiendo su atención a los estantes.

Me encogí de hombros.

—Él no cree que las mujeres deban escribir y no lee novelas escritas por autoras. Me ha comprado algunas por indulgencia, pero él mismo no quiere leerlas.

Henry dejó de examinar los estantes y me miró.

—Por eso no quieres pedirle ayuda para conseguir un editor.

—Por eso te lo pregunté. No parecías tener ningún problema con que una mujer escribiera un libro.

—Es cierto, no lo tuve. No tengo ningún prejuicio contra las escritoras.

La falta de ligereza, en su tono, me puso nerviosa por una razón, que no pude identificar. Me aclaré la garganta.

—¿Cuándo crees que recibirás noticias de los editores, a los que has escrito?

—Podría ser cualquier día de estos, dependiendo hacia dónde dirijan las respuestas. Me sorprende no haber recibido ninguna carta todavía, pero entiendo que a veces estas decisiones toman tiempo. No todo el mundo está dispuesto a arriesgarse con una desconocida, incluso si viene muy recomendada.

—Pero, ¿tú estás dispuesto? —le dije.

Se alejó de los estantes y apoyó las manos en la espalda.

—¡En efecto! Nunca pensé que las actividades intelectuales fueran solo para hombres. Mi madre es una mujer brillante, aunque no sea una lectora devota, y las conversaciones, que he tenido con mi cuñada, son algunas de las mejores discusiones intelectuales, en las que he participado.

“¿Este hombre es perfecto?”

Él se acercó hasta estar a mi lado, y miró por la ventana hacia el lago y el sauce.

—Cambiaste de opinión anoche —dijo.

—Ya era demasiado tarde.

—Me preguntaba cuál era tu razón. —Sus ojos azules brillaban a la luz del sol—. Esperaba que la hora te hubiera disuadido y no algo más, algo que dije.

—No me disuadiste de la reunión. Admito que me volví un poco cautelosa, pero fue lo avanzado de la hora y el miedo de estar siendo presuntuosa por encima de todo.

—No puedes ser demasiado presuntuosa conmigo —replicó—. Creo que eso sería imposible. —Respiró profundamente.

—Eso es un alivio, porque todavía tenemos que hablar sobre lo que pasó en la cena de la otra noche, y creo que es necesario conversar.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.

—Entonces, ¿nos vemos esta noche en el sauce?

—O podemos hablar ahora. —Él bajó la cabeza—. No me hagas esperar un día entero, Mari. No creo que pueda soportarlo.

Me burlé ligeramente.

—¿No puedes soportarlo? He estado completamente nerviosa, desde el anuncio del compromiso.

—Entonces, dime qué puedo hacer para tranquilizarte —murmuró.

—Supongo que lo desconocido es lo más aterrador de todo. No sé qué opinas de este acuerdo, pero parece que avanza a un ritmo alarmante. Mi madre desea organizar un baile de compromiso.

—Entonces, deja que lo haga.

Esto era lo que quería oír y al mismo tiempo no era suficiente.

—Cada paso que demos para solidificar este compromiso hará que sea más difícil disolverlo.

Él se acercó e inclinó la cabeza para mirarme a los ojos. Sus rizos desordenados estaban apartados de su frente, y quería hundir mis dedos entre ellos. Si se acercara más, nuestros pechos se tocarían.

—¿Qué pasa si no deseo que se disuelva?

Mi corazón latió con fuerza. Levanté la barbilla para poder mirarlo.

—¿Qué quieres decir? —Mi voz salió como un susurro, demasiado asustada para expresar la pregunta en voz alta, para darle poder.

Tragó y vi cómo se balanceaba su nuez.

—Disfruto de tu compañía, Marianne.

—Yo también disfruto de la tuya. —Pero los matrimonios se basaban en algo más que disfrutar de la compañía del otro.

—Sí, como hermano. —Él me miró

“¿Yo dije eso?”

Creí que en esa ocasión, mi única intención era tranquilizarlo. La forma en que había trazado mi rostro durante el juego del ciego, la manera en que me habló, ahora, no dejó lugar a confusión. Este hombre se sentía atraído por mí, como mínimo, y yo, ciertamente, sí me sentía atraída por él.

—¿Qué pasa si nuestro compromiso no tiene por qué terminar? —preguntó.

—¿Te gustaría permanecer comprometidos, el uno para la otra, para siempre? No veo el beneficio de tal acuerdo.

—No, gansa. Quiero decir —dijo sonriendo—. ¿Y si nos casamos? Podríamos escribir juntos, discutir libros, y evitar la sociedad, si así lo deseamos.

Mi pulso latía con fuerza. Él era todo lo que yo quería en un marido, y deseaba exactamente las mismas cosas que yo. ¿Podría un hombre ser tan perfecto para mí? Ojalá pudiera ser tan afortunada.

—Pintas una imagen encantadora, Henry. Me temo que estás a punto de decir algo que lo arruine.

—¿Por qué tengo que arruinarlo?

—Porque nunca nada sale tan espléndidamente, ¿cierto? —Cada vez que conocía a un caballero que parecía maravilloso, inevitablemente aprendía algo que demostraba que nunca encajaríamos. Incluso el capitán Neal sentía aversión por los animales, lo que me hacía creer que nunca nos entenderíamos. Hasta el momento, Henry aún tenía que revelar su defecto, ese era mi requisito final, lo que haría que su traje fuera poco atractivo, o tal vez haría que yo lo rechazara.

Tomó mi mano suavemente entre las suyas, sosteniendo mi mirada, y con esa intención, también dominó mi corazón.

—¿Y si se puede?

Mi corazón se detuvo, olvidándose de latir, o tal vez estaba latiendo tan rápido que sentí, como si se hubiera rendido. Él se inclinó más cerca y me pregunté brevemente, si estaba a punto de ser besada, cuando sentí que mi mano se elevaba, y Henry presionó sus labios contra mis nudillos.

—Me preocupo por ti, Marianne. Disfruto de tu compañía. Y de ninguna manera te veo como a una hermana.

"Ahora debo admitir que siento lo mismo".

—¿Hablas en serio?

Él se quedó quieto.

—Sí. Yo tampoco te veo como una hermana de ninguna manera. —Henry se rió y la tensión se disipó al instante. Su sonrisa era tan gloriosa, como su afecto, y sus ojos bailaban—. Por favor, dime que no completarás mi pensamiento allí.

—No, no lo haré. En verdad, no te veo como un hermano de ninguna forma. ¡Nunca lo he hecho!

Llevó mi mano a su pecho, dejándome sentir su rápido subir y bajar.

—¿Entonces me permitirás decirte cuán ardientemente te estimo? No quiero otra mujer en mi vida, Marianne. Solo te quiero a ti.

El calor inundó mi pecho y presioné mi otra palma contra el corazón de Henry. Latía rápidamente, dándome un pulso de confianza. Su respiración se aceleró y mis pulmones intentaron imitar los suyos. Me puse de puntillas y alcancé a presionar mis labios contra los suyos...

Un chirrido recorrió la habitación y Henry retrocedió rápidamente, gritando:

—¿Qué diablos...?

Una bola de pelo gris me llamó la atención.

—¡No, señor Darcy! ¡Mal gatito! —Estiré la mano para sacar al gato de la pierna de Henry, pero tenía las garras afuera, y me rascó el antebrazo.

—¿Estás herida? —preguntó Henry.

—¡Eso no significa nada! No sé qué le ha pasado. —Me agaché y calmé mi tono enojado—. Señor Darcy, ¡ven aquí, ahora!

El gato me miró. Todos parecíamos contener la respiración por un momento, antes que soltara la pierna de Henry, regresara al suelo, y caminara hacia mi lado.

—¿Qué sucede? —espetó mi madre, entrando corriendo a la habitación, con el pecho agitado. Ella miró de mí a Henry.

—El señor Darcy atacó a Henry —dije. Sin duda protegiendo mi honor, aunque no agregué más información.

—¡Qué extraño! —Mi madre miró al gato alarmada—. Nunca antes había hecho algo así.

—¿Pasa mucho tiempo en la biblioteca? —preguntó Henry, inclinándose para inspeccionar su pierna.

—En Londres lo hace. No sabía que había encontrado la biblioteca aquí.

Henry se enderezó.

—Déjame ver tu brazo.

—Es solo un rasguño.

Tomó mi antebrazo y lo giró, inspeccionando la larga marca roja.

—Deberías tener eso envuelto.

—Se curará.

Mamá nos alcanzó.

—Le pido disculpas, señor Bradwell. No sé qué pasó con el señor Darcy. Nunca antes había atacado a nadie.

Aunque, en defensa del señor Darcy, yo jamás había intentado besar a un hombre delante de él.

Henry miró al gato con recelo.

—Lo perdono. Quizás solo necesite acostumbrarse a mí.

—Quizás —dije, aunque no estaba convencida. ¿Este iba a ser nuestro futuro? ¿Mi gato atacaría, cada vez que Henry intentaba acercarse a mí?

—Eso sucederá con el tiempo —replicó mi madre—. Mientras los tenga a ambos, ¿puedo recibir sus opiniones? Quiero enviar invitaciones hoy para el baile. Señor Bradwell, ¿cree que a su madre le gustaría una invitación?

—Creo que le daría un gran shock. Quizás debería volver a casa, y entregársela yo mismo.

—¿Deberías? —pregunté, la palabra se deslizó de mis labios sin mi consentimiento.

Él me miró y no pude confundir el afecto que había allí.

—Creo que debo hacerlo. Mi madre merece escuchar esto de mí. Quizás pueda persuadirla para que se una a nosotros aquí. No creo que me lleve más de dos días llegar a Chelton.

—Probablemente, no. —La frente de mi madre se frunció—. Podemos cambiar la fecha del baile, si te resulta más fácil, señor Bradwell.

—Por favor, debes llamarme Henry. Después de todo, debemos ser una familia.

Ella asintió.

—La fecha que seleccionaste estará perfectamente bien. Regresaré en cinco días como máximo, y espero traer a mi madre conmigo.

—Espero que extiendas la invitación a toda tu familia.

—Benedict y Thea están disfrutando de su luna de miel, ahora, pero me aseguraré de incluir a todos en la invitación. —Se secó la mano en el chaleco—. Si me disculpan, debo empacar mis cosas. Será mejor que me ponga en camino pronto.

—Por supuesto —confirmó mi madre, dando un paso atrás para dejarlo pasar.

Henry me dio una breve mirada inquisitiva.

—Me encantaría tener un libro nuevo para leer durante el viaje. ¿Puedo tomar el que terminaste recientemente?

¿Quería leer mi manuscrito? No. No podía entregárselo. Aún no. Todavía estaba decidiendo si el mismo estaba listo o no para ser consumido por otra persona. Esa persona no podía ser alguien, cuya opinión me importara tanto.

—No creo que esté listo.

Él asintió, pero la decepción brilló en sus ojos.

—Muy bien. Espero que algún día me lo confíes.

—Algún día —repetí en voz baja, pero la culpa se deslizó a través de mí.

Henry hizo una suave reverencia, a cada uno de nosotras, antes de salir de la habitación.

Mamá me tomó del brazo e inspeccionó el rasguño. Si pensaba que nuestra conversación era extraña, se guardó esto para sí misma.

—¿Necesitas una tirita?

—No. Se curará.

—¿Interrumpí un momento? —Ella dejó caer mi brazo.

—El señor Darcy me interrumpió por un momento —murmuré—. Y tú hiciste que Henry abandonara la propiedad por completo.

—Para traer a su familia aquí. Si va a hablarle de ti a su madre, creo que puedes creer con seguridad que está enamorado, cariño.

—¿Dudaste de él? —pregunté, buscando en los estantes a mi maldito gato.

—Ya no. —Mi madre quería irse, pero se detuvo en la puerta—. Cuando termines aquí, ¿vendrás a la sala de la mañana y me ayudarás a realizar las invitaciones?

—Por supuesto.

Ella dudó.

—Por si sirve de algo, lamento haberlo ahuyentado.

—No es tu culpa.

Ella salió de la habitación, localicé al señor Darcy y lo regañé en voz baja.

—Aprenderás a amarlo, de lo contrario ya no te permitirán entrar en esta casa.

¡Miau!

Puse los ojos en blanco y levanté a mi gato, acariciando su espalda, mientras subía las escaleras.

—Mi brazo no se siente bien, ¿sabes?

¡Miau!

Lo peor fue que ni siquiera recibí mi beso.

Capítulo 23

Henry

El viaje a casa, en Chelton, fue demasiado rápido para mi gusto. Habría disfrutado de dos días más en la silla, simplemente para tener más tiempo para determinar qué le diría a mi familia. Generalmente, era un hombre tranquilo y esta noticia seguramente inspiraría una montaña de preguntas.

Nuestra gran propiedad familiar apareció frente a mí, mientras el sol descendía por detrás y el mundo se sumía en la oscuridad. Mi pecho se calmó y se tensó al mismo tiempo. Siempre le hacía bien a mi corazón regresar a Chelton, pero la tarea que tenía por delante hizo que esta llegada fuera agridulce. Dejé mi caballo en los establos, y crucé el camino de grava hasta la puerta trasera. Debería haberme limpiado la cara, al menos antes de ir a buscar a mi madre, pero la conocía bien. Ella querría saber de mi llegada, justo cuando ocurriera.

Encontré a mi familia en el salón. James y Felicity estaban inmersos en una partida de ajedrez, y mi madre estaba sentada en el sofá cercano, hablando con ellos. Levantó la vista y sus ojos se abrieron, al posarse sobre mí.

—¿Henry?

—Buenas noches, madre. —Di una pequeña inclinación a mi cabeza.

Ella vino hacia mí con la mano extendida.

—No sabíamos que te esperábamos.

—No querrás acercarte más. Llevo dos días en la silla. —Le di un beso en los nudillos.

Mi madre sonrió con indulgencia.

—¿Solo dos días? —preguntó James—. ¿De dónde vienes?

—De una fiesta en una casa.

James se rió y luego pareció sentir que hablaba en serio.

—¿Qué? ¿Una fiesta en casa? ¿Tú?

—Es sorprendente lo popular que puede llegar a ser un hombre Bradwell, cuando sus hermanos están recién casados.

Felicity movió una pieza en el tablero de ajedrez, luego se reclinó, y me miró con un ojo perspicaz.

—Estuvimos contigo en Londres hace unos meses, si lo recuerdas… Recuerdo a las mamás que te siguieron, y Ben aún no estaba casado. No te subestimes.

—Es un placer verte también, Felicity.

Ella sonrió.

—Bienvenido a casa. En realidad, es un buen momento porque recientemente adquirí un nuevo libro que creo que disfrutarás. ¿Has leído la última novela de Dalton Henry?

Mi estómago se retorció incómodamente.

—La tengo... De cualquier manera, me temo que no tendré tiempo para leer. Esta es una breve visita.

Mi madre volvió a sentarse en el sofá.

—¿Por qué?

Con esos tres pares de ojos mirándome con curiosidad, me resultó más difícil elegir las palabras. Declarar mis sentimientos por Marianne había sido aterrador y requirió mucha valentía, pero incluso eso parecía más fácil, que anunciar a mi familia que me había enamorado.

Mi corazón latió, saltando erráticamente, ante el pensamiento. ¿Amor? Eso fue lo que le atribuí a Marianne. Quería estar en Hutton House y estaba ansioso por presentarles a mi madre. Si hasta ahora nada más probaba mis sentimientos, estos impulsos ciertamente lo hicieron.

—Estás empezando a ponerme nerviosa —expresó mi madre.

Me deshice de mis pensamientos divagadores, que me distraían, y enderecé los hombros.

—Estoy comprometido.

El salón estaba tan silencioso, que podría haber dejado caer mi pañuelo, y haberlo oído caer al suelo.

—¿Tú? —preguntó James—. ¿Comprometido?

—No es eso lo que me sorprende, pero sí la velocidad —negó Felicity con la cabeza—. No es que sea alguien que juzgue la rapidez de un compromiso, pero esto es impactante.

—No me encontraron solo en la biblioteca con ella, así que no debes temer. —Hice una pausa—. Bueno, nos encontraron solos en la biblioteca, pero eso fue después que estábamos comprometidos. —Sonreí.

Mi madre había permanecido en silencio, durante todo este tiempo, pero pareció recuperar la orientación.

—¿Quién es la mujer?

Me puso frente a ella

—Marianne Hutton. La chica Hutton más joven.

—Sí, sé quién es Marianne. —Mi madre se sentó en el borde de su sofá con las cejas arqueadas—. La última vez que la vi todavía llevaba una muñeca.

—Creo que necesitamos saber más sobre este incidente, en la biblioteca —dijo James, sonriendo.

Me incliné hacia adelante, apoyando mis brazos en el respaldo del sofá.

—Creo que me retiraré por la noche, antes de quedarme dormido, en este mismo salón.

—¡Qué cruel dejarnos esa información y luego huir! —protestó James, casi haciendo un puchero.

"¿Fue cruel? Solo estoy cansado". Me froté los ojos con una mano.

—¿Qué te gustaría saber?

—¿Cómo la conociste? —Mi madre me observó de cerca.

—Ella es una Hutton, madre. La conozco la mayor parte de mi vida.

—La vimos en el parque —confirmó James—. Cuando todavía estábamos en la ciudad. Si tomé la medida correctamente, no era la primera vez que la veía, recientemente.

Si no tenía cuidado, me pedirían que explicara nuestro encontronazo en la oficina del editor, y eso no era algo que me interesara decirles. Cada uno de los miembros de mi familia me miró con interés, con expresiones abiertas y curiosas, pero de ninguna manera con desaprobación. Ahora podía contarles cualquier cosa porque tenía toda su atención. Sería muy sencillo hablar con Felicity.

"Sobre ese autor que desean compartir conmigo, Dalton Henry, debo confesarles..."

Mi corazón tronó y mis manos se pusieron temblorosas. Miré hacia la repisa de la chimenea y pude imaginarme a mi padre, parado allí, mirándonos con curiosidad, observando esta conversación. Contarles a mi madre y a James sobre mis libros sería como revelarle esto a mi padre, y no sabía cómo vivir sin convertirme en una decepción para todos ellos.

El silencio empezó a prolongarse demasiado. Parpadeé, dirigiendo mi atención a James nuevamente.

—Nos volvimos a conocer en la ciudad. Cuando regresé después de la boda de Ben, la

acompañé a la ópera y a varios paseos por el parque, como hace un caballero, cuando corteja a una joven.

—Sí, pero debes admitir que no esperábamos esto de ti.

—Yo tampoco lo esperaba.

—Por si sirve de algo —manifestó Felicity—. Tenía mis sospechas. No pensé que regresarías a Londres tan pronto sin ningún propósito.

—Pero Londres no está a dos días de Chelton. ¿A la fiesta en casa de quién asistías? —preguntó James.

—Los Hutton. Dejamos claro nuestro compromiso, en la fiesta, y a la señora Hutton le gustaría organizar un baile de compromiso. —Miré a mi madre y vi que las arrugas se tensaban alrededor de sus ojos—. Esperaba que estuvieras allí, pero entiendo…

—Iré.

Todo el salón volvió a quedar en silencio. Intenté leer la expresión de mi madre, pero no pude interpretarla.

—Podemos celebrar otro baile aquí, y presentar a Marianne, a la sociedad Bakewell.

—No. Yo iré. ¿Dos días de viaje, dijiste?

—O más, si quieres ir a un ritmo más lento.

—Creo que dos días es todo lo que puedo aguantar. ¿Cuándo debemos irnos?

Miré a James, pero él se encogió de hombros. Mi madre no había viajado a ningún lado desde hacía años. Esto era una gran carga para ella: apenas podía llegar al pueblo más cercano sin perder el contenido de su estómago. Ella se enfermaba excesivamente, y odiaba ponerla en esa situación. Pero si ella decidiera acompañarme, tampoco fingiría estar decepcionado.

—¿Será suficiente un día de preparación? Podemos irnos pasado mañana.

Mi madre asintió.

—Eso será suficiente.

—En ese caso, me voy a la cama. —Rodeé el sofá y tomé la mano de mi madre, dándole un beso en el dorso—. Gracias.

Ella sonrió dulcemente, pero pude ver sus nervios reflejados en las finas arrugas de su frente.

Subí a mi habitación. Hacía frío, a pesar del fuego reciente, ardiendo en la chimenea. Mi pequeño bolso estaba esperando en el arcón contra la pared, lo abrí y busqué la camisa de dormir. Los sirvientes de Chelton eran eficientes, y estaba muy claro por qué no tenía noción de cómo limpiar el barro de mi ropa. ¡Qué absurdo que me hubiera creído capaz de hacerlo!

Aunque nunca me quejaría de esa noche con Marianne ni de los acontecimientos a los que la misma condujo. Si no me hubiera encontrado con ella, en la cocina, entonces, tal vez no nos hubiésemos comprometido.

Cuando estuve listo para ir a la cama, y me encontraba acurrucado, en mis frías mantas, yacía despierto con los ojos alerta. La idea de escribir una historia había rondado por mi mente, desde el momento en que el señor Darcy me atacó y salvó a Marianne de un beso prematuro. Ahora, esto me atormentaba, golpeándome como lo haría un ariete contra mi cerebro.

Me levanté de la cama, prendí una vela con el fuego encendido y la llevé a mi escritorio. Todo estaba como lo había dejado, así que solo me tomó un minuto preparar todo lo que necesitaba: pluma, cuchillo, tintero y papel.

Corté la punta de la pluma para que estuviera fresca y la sumergí en la tinta. Sin pensarlo, presioné la pluma contra el papel, y comencé a escribir.

* * *

El sol casi había alcanzado su cenit, al abrir los ojos durante el día siguiente. Casi había amanecido, cuando finalmente guardé las páginas del manuscrito, y me fui a dormir. No pude evitarlo. La historia había brotado de mi pluma con la suave tranquilidad del río, que corría frente a nuestra casa. Me ardió el cuello, al recordar la naturaleza de este relato, pero juré no mostrársela a nadie más.

Nunca tuve la intención de escribir una historia romántica, pero la misma corría por mi tinta, y no tenía intención de detenerla. Estaba ansioso por regresar a mi escritorio, ahora, pero mi madre, probablemente, me estaba esperando con una docena de preguntas sobre la naturaleza de mi relación con Marianne, y cómo había llegado a un compromiso.

Me vestí rápidamente, extrañando a Felton. No había sabido nada de él, desde su partida a Londres, y esperaba que todo estuviera bien con su padre. Guardé mis páginas recién escritas, en el cajón del escritorio, antes de bajar a desayunar.

Ya había pasado la hora del desayuno, pero me enviaron una bandeja y fui en busca de mi madre, localizándola en el salón con Felicity. Se sentaron por la mesa redonda, con un puñado de papeles extendidos entre ellos. La imagen parecía demasiado familiar.

—El beneficio de tener tres hijos casados, en un año, es que ya tengo mi lista de quiénes deben ser notificados —destacó mi madre—. Solo necesitamos ajustarla ligeramente.

Saqué una silla frente a ellos, y me senté.

—Así que te he hecho un favor con la rapidez de mi compromiso.

—Mmm. —Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea—. ¿Dormiste bien?

—De hecho, lo hice. Una vez logré quedarme dormido, claro. Pensé que estarías haciendo las maletas.

—Las criadas están haciendo eso por mí. ¿Espera la señora Hutton que la acompañe?

—Ella me hizo prometer que extendería la invitación a toda nuestra familia. A ella le gustaría que permanecieras en Hutton House, mientras te sientas cómoda. —Miré a Felicity—. Todos ustedes están invitados.

Mi cuñada sonrió.

—Eso será maravilloso. Marianne es amiga mía y espero renovar nuestra amistad.

—Ella no es la única persona destacada en Hutton House actualmente. Tu tía está allí con su nuevo marido.

Felicity levantó la vista de la lista que había estado examinando.

—¿Lord y Lady Moorington?

—De hecho, Daniel debía estar allí también, pero aún no había llegado, cuando me fui.

—¿Una fiesta, en casa, a la que asiste su madre? Creo que será un milagro si llega. —Ella se rió.

Yo había empezado a preguntarme lo mismo.

—¿James y tú se unirán a nosotros?

—Estaremos encantados de hacerlo. ¿Terminamos esta lista primero? —Dio vuelta a las hojas de papel para que yo pudiera leerlas.

Había tantos nombres en las páginas, que se desdibujaban ante mí, y estos se volvían abrumadores. Hice girar las páginas hacia las mujeres.

—Dejaré que tú y Marianne decidan estas cosas. Lo único que me importa es la novia.

Felicity sonrió.

Me aclaré la garganta.

—¿Dónde está James?

—Montando —expresó mi madre, mojando su pluma para agregar otro nombre al final de

la página.

Me puse de pie, mientras un lacayo traía una bandeja, dejándola sobre la mesa. Cogí una rebanada de pan y un trozo de jamón frío del plato. Sonreí.

—Creo que iré a buscarlo. Buenos días, señoras. —Bajé la cabeza y luego le di un mordisco al pan, mientras salía del salón.

Fue fácil encontrar a James cabalgando por su colina favorita, mientras que yo empujaba mi caballo al galope para alcanzarlo, en un ejercicio vigorizante.

—Matrimonio, entonces, ¿eh? —preguntó James, cuando me detuve a su lado. Pateamos a los caballos, colina arriba. El sol caía a plomo sobre nuestras espaldas y la brisa era fresca.

—La amo.

Él me envió una sonrisa afectuosa, una típicamente reservada para cuando nos saludamos, después de ausencias extremadamente largas.

—El amor te cambiará, gallina.

—¿Para mejorar? —Mi escritura ya había sufrido tal cambio. Sin embargo, esperaba que esa alteración, en particular, no fuera temporal.

—Si ella ya te está dando el deseo de ser un mejor hombre, entonces esa mujer es la indicada para ti.

—Toda nuestra relación no ha sido más que Marianne ayudándome a mejorar. —Me froté la nuca, asustado de expresar en voz alta lo que me había atormentado, en silencio, desde que Marianne se negó a permitirme leer su novela. Había entendido su vacilación antes, pero después de haber declarado mis sentimientos por ella, esperaba que eso cambiara. Intenté no darle mucha importancia a esta preocupación, pero no supe aceptar que ella pudiera amarme sin ser vulnerable conmigo.

—¿Qué es? —preguntó James—. Puedo ver que algo te está molestando.

—No estoy seguro que ella confíe en mí.

La frente oscura de James se frunció y detuvo su caballo. Di la vuelta y reduje la velocidad para poder descansar a su lado. Habíamos llegado a la cima de la colina, así que contemplamos el campo, nuestra casa y el río, que pasaba por debajo de un puente de piedra.

—¿Qué te hace creer eso? La confianza es una parte importante del matrimonio.

—Creo que ella me valora bastante bien. De hecho, ella sabe que tengo buenas cualidades.

Las cejas de James se alzaron. Después de todo, tal vez él no quería escuchar los detalles de nuestro incidente en la biblioteca.

—No es así. ¡Todavía tengo que besar a esa mujer! —Me reí entre dientes.

James se quedó en silencio por un momento.

—¿No la has besado y sigues comprometido?

—¿Besaste a Felicity, antes de tu compromiso? —Le levanté una ceja a mi hermano.

—No. —Sus labios se aplastaron—. No la besé hasta que nos casamos. Continúa.

—Marianne me ha ayudado en numerosas cosas, pero cada vez que le ofrezco mi ayuda, ella duda, y no me permite devolverle la ayuda.

—Ella debe cuidar de ti, si aceptó tu propuesta.

—Nos vimos obligados a hacerlo. —Sostuve las riendas con una mano y me froté la nuca con la otra—. Le ofrecí asumir toda la responsabilidad por una disolución, si eso era lo que ella deseaba. Ella decidió casarse conmigo.

—Entonces, la señorita Hutton se preocupa por ti, pero temes que ella tenga miedo de confiar en ti.

—Evidentemente…

—¿Recuerdas cuando Benedict estuvo en una situación similar y le ofreciste un consejo?

Me enderecé en la silla. Mi caballo se estaba poniendo nervioso, pero no le permití moverse. Lo recordaba de unos meses antes, cuando estábamos juntos, en Londres.

—Él no sabía cómo demostrar que era digno de Thea, y le dijiste que la dejara ganar, que fuera paciente, y que confiara en su afecto por él. No puedes obligar a la señorita Hutton a confiar en ti, pero tal vez puedes demostrar que eres digno de ella. De cualquier manera, debes tener paciencia.

Él se refirió a una situación totalmente diferente, pero los mismos principios no habían perdido su vigencia.

—Creo que tienes razón, y eso es lo que tengo que hacer. Pero, ¿cómo lo logro?

—Siempre has sido el sabio —ratificó James, haciendo girar su caballo hacia Chelton—. Estoy seguro que lo resolverás.

Capítulo 24

Marianne

Mañana se cumplirá una semana, desde que Henry nos había dejado para viajar a Chelton y contarle a su madre, sobre nuestras noticias, y yo estaba cada vez más ansiosa por su regreso. Nada de nuestra relación me parecía real o planificado, y su ausencia solo exacerbó esta inquietud pasajera. Por no hablar del hecho que, sin él, cada actividad, en la que participábamos, parecía ser una oportunidad para que la señorita Gatley le demostrara al capitán Neal, que yo era un espécimen inferior, y que haría bien en mirarla a ella.

Para ayudarla a conseguir un marido y demostrarle al capitán Neal, que su visita a la casa Hutton no fue del todo en vano, me permití soportar la peor parte de sus payasadas.

Sin embargo, la artimaña de hoy fue más difícil porque me obligó a fingir una falta de habilidad, donde normalmente sobresalía. En ese sentido, me estaba costando demasiado disparar lo suficientemente terrible, como para anotar peor que la señorita Gatley.

Estábamos todos reunidos en el jardín trasero. Mamá había colocado dianas de tiro con arco, y la mayoría de los invitados optaron por sentarse, y mirar con limonada y tartas, pero la señorita Gatley, el capitán Neal y yo nos quedamos con arcos y flechas, en medio de un partido.

Tenía la sensación que la señorita Gatley estaba fingiendo ser extraordinariamente ignorante por la forma en que necesitaba tanta ayuda del capitán. Como a él no parecía importarle, prometí dejar de enojarme, más que todo por él.

La señorita Gatley alineó su flecha y tiró de la cuerda. Se quedó inactiva en esa posición y miró al capitán Neal.

—¿Cómo es eso?

—Mueve los dedos un poco hacia arriba, aquí te lo mostraré. —Él ajustó su agarre sobre la flecha, moviendo su muñeca y deteniéndose en su mano. Quizás, después de todo, había un romance incipiente entre ellos.

Soltó la flecha y chocó contra el objetivo, antes de caer a la hierba de abajo.

—¡Eso es una mejora! Gracias, capitán. —Ella le sonrió.

—Estaré encantado de ayudarla en su tiro con arco, cuando lo desee —dijo galantemente.

Estaba muy orgullosa de mí misma por abstenerme de poner los ojos en blanco.

La señorita Gatley volvió su mirada hacia mí.

—Ahora es su turno.

Di un paso adelante para disparar. Necesitaba falla con tres lamentables flechas, si quería anotar menos que la señorita Gatley, lo cual deseaba muchísimo. Si perdía esta ronda, la señorita Gatley y el capitán Neal se enfrentarían, y yo sería libre de comerme una tarta, y sentarme lo suficientemente lejos para evitar escuchar sus coqueteos.

Disparé desviada la primera vez, fracasando por completo en llegar al blanco. Moví mi siguiente flecha, y di un lamentable tirón a la cuerda, por lo que esta tampoco logró alcanzar el objetivo esperado.

—¡Oh, cielos! —exclamó la señorita Gatley. ¿Estaba preocupada que mis terribles disparos requirieran ayuda del capitán Neal?

Tomé la última flecha y la apunté demasiado alto, disparando rápidamente, antes que el capitán pudiera llegar a la misma conclusión. La flecha se arqueó en el cielo y cayó hacia abajo, alojándose por la hierba. Bajé mi arco.

—¡Maldita sea! Supongo que no es mi día para disparar bien.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el capitán Neal con su mirada perspicaz fija en mí—. Usted disparó muy bien, cuando practicaba esta mañana.

Un sonrojo subió por mi cuello y pude sentir cómo calentaba mis mejillas. Incliné la cabeza para ocultar mi rostro enrojecido, y me concentré en desabrocharme el protector de cuero de mi muñeca.

—Buena suerte para ambos.

Después de quitarme el equipo de tiro con arco, y colocarlo sobre la mesa, tomé un vaso de limonada de mi madre y lo bebí. Los otros dos coquetearon más de lo que dispararon, y su ronda tomó una cantidad excesiva de tiempo.

—Hacen una hermosa pareja —dijo cortésmente Lady Moorington.

—Si ella aprueba la marina. —El señor Gatley esbozó una sonrisa sombría.

—¿No es así? —preguntó el conde.

—No apruebo que mi hija tenga un marido que no viva en Inglaterra. —El señor Gatley emitió un sonido gutural.

Lady Moorington miró al hombre en cuestión.

—Seguramente, el capitán Neal no vivirá en barcos para siempre. Por el momento, podrá llevarse a su esposa con él.

—Se puede obtener mucho dinero, en su línea de trabajo —ratificó Lord Moorington—. Barcos premiados y todo eso.

—Quizás, pero el capitán Neal no ha tenido suerte, en ese sentido, ¿cierto? —manifestó el señor Gatley con cierta amargura.

Miré a mi padre, pero parecía encontrar más interés en sus tartas, que en la conversación. Mi madre me miró y sacudió ligeramente la cabeza. Era mejor no abordar un tema tan vulgar como el dinero de la guerra y los barcos de presa, especialmente cuando estábamos discutiendo las perspectivas de la hija del señor Gatley.

Feliz de dejar el asunto, con entusiasmo volví mis pensamientos a mi libro. Había reescrito una parte de la historia, en los últimos días, y solo me quedaban unas pocas páginas. Pronto estaría listo para ofrecérselo a cualquier editor, que respondiera favorablemente a Henry.

—Este calor es demasiado para mí —dije con cautela.

—Debes tener demasiado calor por estar tanto tiempo al sol, querida —indicó Lady Moorington, girando su sombrilla sobre su cabeza.

—En efecto. Creo que descansaré adentro, antes de cenar.

Mi madre me sonrió, como si supiera que descansar no era lo más importante para mí. En mi casa, me había ganado la reputación de escabullirme para leer, pero cuando nadie lo pronunciaba en voz alta, esto era mucho mejor. Esperaba que no se dieran cuenta que prefiero a mis amigos ficticios, en vez de los compañeros de la fiesta.

—Entonces, nos veremos en unas horas.

Me levanté y bajé la cabeza hacia el resto del grupo, antes de entrar a la casa. Eché un vistazo a los arqueros por encima del hombro, y encontré al capitán Neal, mirándome salir, y a la señorita Gatley viéndolo a él. Entré por las puertas francesas y me dirigí a la biblioteca para conseguir más tinta, que mi padre guardaba allí. Después de recuperar una botella pequeña, me dirigí hacia mi dormitorio.

Me detuve abruptamente, cuando doblé la esquina, y encontré a un hombre, esperándome en el pasillo poco iluminado.

Mis ojos se posaron en su chaleco azul y la decepción se instaló en mi estómago. En ese

breve momento, antes de reconocer al capitán Neal, había esperado que Henry volviera por mí. Puse una sonrisa en mi rostro.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Apoyó sus manos casualmente detrás de su espalda.

—¿No se encuentra bien? La vi partir y me preocupé.

—Solo cansada. Esperaba descansar, antes de cenar.

Él miró el frasco de tinta en mis manos.

—¿Tiene intención de escribir una carta, primero?

—Tengo cierta correspondencia que atender, pero no estoy segura de estar preparada para ello, en este momento. —Deseaba tener la capacidad de bostezar a voluntad. Temía parecer demasiado despierta y alerta para vender mi excusa de agotamiento.

Me miró, durante otro rato, y tuve la sensación que algo no estaba del todo bien. ¿Qué estaba haciendo él aquí? Su habitación estaba en el ala opuesta.

Intenté que mi voz sonara ligera para ocultar mi cautela.

—¿Quién ganó la competencia?

—Probablemente, usted lo habría hecho, si se hubiera quedado.

—Tuve un tiro miserable en la última ronda.

Dio un paso más cerca.

—Eso fue intencional, ¿no?

Mis mejillas comenzaron a calentarse de nuevo.

—No sé a qué se refiere.

Me sonrió, inclinando la cabeza hacia un lado de una manera que resaltaba la curva de su nariz, que una vez estuvo rota. Él sabía que yo era plenamente consciente de mis mentiras.

—La señorita Gatley es bastante guapa y de buen carácter, pero ambos sabemos que estaba haciendo gala de un gran artificio. ¿Cómo vamos a saber quién habría ganado, si ambos hubiéramos hecho lo mejor que podríamos?

El tono de sus palabras me preocupó. Intenté mantener mi tono ligero para equilibrarlo.

—Creo que es una práctica común, entre las mujeres, exagerar sus habilidades para obtener la atención de un caballero apuesto. Se nos ofrecen muy pocas oportunidades. ¿Puede culpar a la señorita Gatley por aprovechar al máximo cualquier momento ofrecido?

En general, no era partidaria de la falsedad para capturar a un hombre, pero sentía un parentesco con la señorita Gatley (probablemente debido a la dilución de mis propias habilidades, hoy mismo), y no podía permitir que ella fuera tan difamada. Simplemente, ella estaba tratando de acercarse al capitán Neal. ¿Dónde estaba el daño en eso?

—¡Ah! Y eso es lo que me confundió, señorita Hutton. —Dio un paso más hacia mí, pero yo me mantuve firme—. ¿Es por eso que también fingió no tener habilidad en el tiro con arco? ¿Para darle la oportunidad a ella de acercarme a mí?

"¿Dónde están los sirvientes y por qué la casa se encuentra tan silenciosa?" Solté una risa aguda. *"¿Cómo pudo el capitán haber interpretado mis acciones de esa manera? No es un llamado de atención, sino todo lo contrario"*.

—No, por supuesto que no. Estaba haciendo todo lo posible para que la señorita Gatley y usted pasaran tiempo, juntos. Pensé que les estaba haciendo un favor a ambos.

La irritación brilló en sus ojos.

—La persona por la que vine a Hutton House no es la señorita Gatley.

Esperaba que pudiéramos evitar esta conversación. Dada la apatía general del capitán Neal hacia mí, desde que Henry anunció nuestro compromiso, creí que eso era posible.

Evidentemente, él quería aclarar las cosas entre nosotros. Respiré profundamente.

—Pido disculpas. Si tuviera alguna indicación que... Sin embargo, las cosas salieron como salieron, yo habría...

"¿Qué? ¿Le digo que ya no lo necesitan en Hutton House? Pero, no hay una forma adecuada de terminar esta frase".

El capitán Neal me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Es casarse con el señor Bradwell lo que usted desea? Los compromisos se pueden romper.

Un escalofrío me recorrió.

—Efectivamente, cuando ambas partes lo desean.

—Incluso cuando solo una de las partes lo desea, a veces, esto es lo mejor. Generalmente la reputación de la mujer no resulta gravemente dañada, cuando se casa pronto con otro.

"¡Cielos! ¿Está insinuando lo que yo pienso que es…?"

El capitán Neal se acercó un paso más. Todavía tenía las manos detrás de la espalda.

—Si lo desea, no necesitará seguir comprometida…

—Me temo que se ha equivocado al decirlo, capitán. Me complace estar comprometida con el señor Bradwell. Solo lo lamento, si esto le ha causado algún dolor, porque esa no era mi intención. No sabía que el señor Bradwell me devolvería mi afecto.

Un músculo saltó en su mandíbula.

—¿Entonces admite que se preocupaba por él, antes de salir de Londres?

—Eso no es lo que quise decir. —Busqué algo que exponer para aliviar la peor parte de mis sentimientos. Él estaba enojado, y tenía todo el derecho a considerarme como desagradable, pero hablarme de una manera tan agresiva era alarmante. Intenté redirigir la conversación—. La señorita Gatley es encantadora...

—Ella no es más que una cazadora de fortunas.

Eso me dio un comienzo para plantear otros argumentos.

—¡Eso es imposible! El señor Bradwell no posee una fortuna y era su novio pretendido.

—Tal vez no la conozca a ella tan bien, como usted cree. El señor Gatley ha cavado un hoyo, y confía en su hija para liberarlo. —Sacudió ligeramente la cabeza—. Perdóneme, señorita Hutton. Eso no es lo que deseaba discutir con usted. Solo quería informarle que no está obligada a cumplir ningún compromiso con el señor Bradwell.

—Pero, sí lo estoy... Y me siento halagada, capitán.

—Los halagos significan poco para mí —replicó en voz baja con un tono agudo, en su voz, que me dejó sintiendo frío—. Usted me dio motivos para creer que terminaríamos esta fiesta, en casa, comprometidos. Usted aumentó aún más mis expectativas con la nota, que dejó en mi habitación. —Su voz se redujo a un susurro aterrador—. Espero que considere las implicaciones de la situación, antes de tomar su decisión final.

—Esa carta no ha sido mi…

—No puede cambiar la narrativa ahora, señorita Hutton. ¡Me ha tratado muy mal y esperaba más de usted!

Se alejó sin darme la oportunidad de responder, su salida me dejó con preocupación y alivio, a partes iguales. Me sentí como si hubiera entrado en mi habitación, abierto todos los cajones, baúles y armarios y luego vuelto a salir. Nada estaba completo, cerrado o bien atado. Él me hirió con una frase enojada y colgante, que no terminó de pronunciar...

Le había dado motivos para creer que podríamos comprometernos, eso era cierto. ¿Pero considerar eso como algo seguro? Él parecía dar a entender, que habíamos hecho una

declaración, lo cual no era verdadero. ¿Se me exigió que honrara sus suposiciones erróneas? ¿Le había dado permiso para creer que estaba más decidido a su traje de lo que creía? La nota fue extremadamente condenatoria, pero lo único que había escrito era que estaba ansiosa por conocernos más.

Mis ojos se cerraron con fuerza. No estaba exenta de errores, en esta situación. Aunque la nota no estaba dirigida al capitán Neal, él tampoco me permitió corregir su suposición, que era así. ¡Debí haberlo corregido de inmediato!

Fui a mi habitación y preparé mi tintero, sacando las páginas para poder completar mis modificaciones finales. Pero no pude concentrarme en la novela. El intento desesperado del capitán Neal de romper mi compromiso había arruinado mi frágil equilibrio emocional.

El señor Darcy bajó de mi cama, y caminó hacia mí. Su pelaje de rayas grises se erizó, mientras se estiraba, y luego se volvió a tumbar.

—Buenos días, señor. No sabía que estabas allí.

Pasó junto a mis piernas y rozó su cola por una de mis espinillas.

El sonido de todos regresando a la casa recorrió las escaleras y los pasillos, llegando hasta mi habitación. Quizás si no pudiera concentrarme, buscaría un rincón tranquilo de la biblioteca para leer.

Guardé el manuscrito, lo escondí en el cajón, y miré por la ventana, sorprendida de encontrar a mucha gente todavía reunida en el césped: todos excepto el capitán Neal. Sí, ellos estaban afuera, pero, ¿quién hacía todo el ruido en la entrada? Levanté al señor Darcy, acunándolo contra mi pecho, y salí de mi habitación para casi chocar con la señora Shaw, mientras pasaba. Me sorprendí al encontrarla liderando a un pequeño grupo de personas, y tiré demasiado fuerte de la manija de mi puerta, cerrándola de golpe por la sorpresa. Por lo que tuve que abrirla nuevamente.

—¡Señorita Hutton! —exclamó la señora Shaw, agarrándose el pecho.

El señor Darcy saltó de mis brazos, y salió corriendo para buscar refugio, en otro lugar.

—Estoy empezando a pensar que no me quiere —expresó Henry.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Su voz trajo una agradable infusión de calidez, y no pude evitar sonreír al verlo desaliñado por su viaje, y aún más guapo por ello.

—Bienvenido de nuevo, señor Bradwell. —Observé al resto del grupo: James y Felicity, y una mujer que debe ser la señora Bradwell con el rostro de un alarmante tono blanco—. Bienvenidos a todos. ¿Hay algo que pueda hacer por ustedes?

—Les estaba mostrando sus habitaciones, señorita —respondió la señora Shaw—. Quieren descansar, antes de cenar.

—Por supuesto. —Hice una reverencia, mientras el ama de llaves se los llevaba, aunque Henry permaneció fielmente a mi lado.

Tomó mi mano, apretando mis dedos suavemente.

—Buenos días, señorita Hutton.

—Lo es ahora —dije.

Henry sonrió, levantó mis nudillos para darles un beso, y luego se fue para seguir a su familia y verlos instalarse. Mi corazón se relajó. Dejando a un lado la insatisfacción del capitán Neal, obviamente, no me arrepiento de mi elección.

Capítulo 25

Marianne

No volví a ver a Henry hasta que nos reunimos todos para cenar. Su madre no se encontraba bien y optó por llevarse una bandeja a su habitación, pero el resto del grupo cenó con nosotros. Después de la explicación de Henry sobre la enfermedad del carruaje de la señora Bradwell, imaginé que ella necesitaba tiempo para recuperarse.

Después de cenar, mi madre hizo llevar mesas al salón para jugar al whist y prepararon dos partidas. Me senté con Julia, que se sintió lo suficientemente bien, como para unirse a nosotros, en el salón, una vez que terminamos de comer, y Felicity estaba en el sofá cerca del fuego, eligiendo renunciar al whist para poder compartir con nosotras.

—Estamos encantadas que nos acompañes —le dije a Felicity. Nuestra amistad había nacido en los salones de baile, unas temporadas antes, y gracias al conocimiento mutuo de nuestras madres, pero nunca habíamos sido lo suficientemente cercanas, como para escribirnos. Ahora esperaba que pudiéramos llegar a ser como hermanas, porque ella pronto se convertiría en mi cuñada.

—Normalmente, no me gustan las funciones sociales, pero esta era una invitación que no podía rechazar. Me alegra el corazón, al ver que Henry ha hecho una unión.

Esto también alegró mi corazón, aunque eso era evidente.

—¿Qué te parece el matrimonio?

Felicity miró hacia donde su marido estaba jugando al whist, haciendo equipo con Henry.

—Me sienta muy bien. Recomiendo encarecidamente el matrimonio, cuando el marido es tan amable.

Julia se removió en el cojín, a mi lado.

—De acuerdo, como le he dicho muchas veces a mi hermana. Aunque ayuda si estás enamorada.

—Entonces, creo que lo disfrutaré bastante —dije, mirando furtivamente a Henry, quien es tan guapo, incluso con su sonrisa contenida. Su mirada se elevó, encontrándose con la mía, y de repente, quedé paralizada, permaneciendo en mi lugar.

—Sí, creo que definitivamente estás enamorada —expresó Julia, sonriendo.

Mi atención se desvió de Henry y traté de no sonrojarme.

El capitán Neal entró en el salón. Hasta ese momento no me había dado cuenta que no estaba con nosotros, a pesar que los caballeros tomaron su oporto. ¿Había estado empacando su baúl? Todos podríamos estar más cómodos, si él decidiera regresar temprano a Londres, o tal vez solo era yo, quien se sentía así. Después de nuestra inquietante conversación anterior, en el pasillo, me sentí incómoda con él. No había estado contento, desde el momento en que se anunció mi compromiso, pero su humor parecía ahora más errático y oscuro, mientras que su frustración estaba dirigida a mí.

Fue simplemente mi mala suerte, cuando él vino a sentarse directamente frente a mí, en el otro sofá.

—Buenas noches, señoras.

—¿Está interesado en jugar al whist, capitán? —pregunté—. Uno de los juegos terminará pronto.

—Esta noche no. —Miró las mesas de los jugadores y luego a mí—. He decidido

mantenerme alejado de cierta persona, para no darle a nadie una falsa expectativa sobre mis intenciones.

Fue un comentario directo. Enderecé mis hombros. No podía hacerme sentir peor por mi comportamiento.

"Acaso, ¿no me disculpé con él?"

—De hecho, creo que es mejor, si me termino de ir. —Él sostuvo mi mirada—. No traten de disuadirme porque ya he tomado una decisión. Mi hombre ya está preparando mis cosas para la partida.

—Lamento que nos deje —dijo Julia—. ¿Va a regresar a su barco?

—No directamente. Tengo otros asuntos que necesitan mi atención primero. —Me miró y se apartó de nuevo.

Julia me lanzó una sonrisa inquisitiva. Me alegré de no ser la única que encontraba extraño su comportamiento. Algunos hombres se lamen las heridas, durante tanto tiempo, después de ser rechazados, que esto solo sirve para empeorarlas. El capitán Neal parecía ser uno de esos hombres.

Las partidas de whist llegaron a su fin y los compañeros empezaron a moverse. Felicity fue a ocupar el lugar de Henry para poder asociarse con su marido, y Henry me ofreció su mano.

—¿Te gustaría jugar una partida de ajedrez conmigo?

No quería hacer alarde de mi compromiso, así que reprimí mi sonrisa. No lo había visto en casi una semana, y deseaba desesperadamente tener alguna conversación con él. Los ojos del capitán Neal estaban pegados al fuego, ignorándonos resueltamente.

—Me encantaría, señor Bradwell. Gracias. —Le permití que me ayudara a levantarme, y luego él besó mi mano.

Nos trasladamos a la mesa de ajedrez, que afortunadamente estaba en el extremo opuesto de la sala al whist, y tomamos asiento, sacando las piezas de nuestros cajones para preparar el juego.

—¿Fue cómodo el viaje? —pregunté.

—Para todos menos para mi madre, sí.

—Lo admito, fue una gran sorpresa verla.

—Fue una sorpresa aún mayor, cuando expresó su deseo de acompañarme, en mi viaje de regreso. No puedo decir que esté molesto, incluso si no conozco sus principales motivos. Hace algunos años que ella no sale de Chelton. Creo que estar con algunas de sus viejas amigas le hará bien.

Henry me había dado el grupo de personajes blancos del tablero, así que moví mi peón para iniciar la partida.

—¿Y la recepción de la noticia? ¿Cómo se lo tomaron?

—Están emocionados, tal como se esperaba. A mi madre le resultaba más difícil de leer, pero si yo soy feliz, ella será feliz. —Bajó la barbilla y me miró—. Yo estoy feliz.

—No me hagas sonreír. —Una sonrisa se dibujó en mis labios, la cual no pude apagar, a pesar de mis esfuerzos.

—¿Por qué no? —preguntó, riéndose.

Moderé mi alegría, o al menos intenté hacerla menos visible.

—No deseo hacer alarde de nuestra felicidad frente al capitán Neal. Está muy descontento con la forma en que terminó para él esta fiesta, en casa.

Henry miró hacia el sofá con el ceño fruncido.

—¿Te ha hablado de eso?

Por un momento, sentí la tentación de compartir el hilo de miedo que el capitán Neal había cosido en mis entrañas. Sin embargo, él se marcharía pronto, como lo había mencionado, y su descontento no era motivo de una verdadera alarma.

—Se necesitaba una conversación que se mantuvo.

Toda ligereza abandonó su expresión.

—¿Nada demasiado inapropiado?

—Creo que su orgullo ha sido herido. Él siente que venir aquí fue una pérdida de tiempo, y que le subí las expectativas innecesariamente.

Henry se recostó y cruzó los brazos sobre el pecho. No era una postura, que le hubiera visto a menudo. Su expresión era pensativa y la posición amplificaba los músculos de sus brazos. Rara vez lo había visto así.

—Cesa tu disgusto —le dije—. En todo caso, tiene motivos justificados para sentirse de esa manera, después de haber sido engañado.

—Nadie ha sido engañado.

—¿No fue eso lo que nos propusimos hacer desde el principio?

—Supongo que es una evaluación justa, pero la lesión que se le causó a Neal no fue intencional y, en mi opinión, fue muy leve. —Él se inclinó hacia delante y movió un peón—. Ahora, hablando de lo que nos propusimos hacer desde el principio, te complacerá saber que un editor me respondió. La carta estaba esperando en mi habitación, cuando regresé. —Él esbozó una leve sonrisa.

Mi corazón se aceleró. Su sonrisa indicaba que había oído cosas buenas.

—¿Qué dijeron?

—Creo que deberías esperar y ver si Johansson responde, antes de escribirle a este editor, pero si no lo hace, entonces, esta será una buena opción. Están muy interesados en ver lo que tienes.

—Lo has hecho. —Sonreí.

—No del todo, pero estamos un paso más cerca. —Se aclaró la garganta y bajó la mirada hacia las piezas de ajedrez—. Me resultará más fácil vender el manuscrito, si puedo leerlo.

El miedo se enroscó en mi vientre, mientras que su atención permanecía en el tablero.

—No es necesario que me lo permitas, por supuesto, pero lo deseo mucho. Prometo que de ninguna manera, esto alterará nuestro acuerdo. Cuando lo encuentre tan maravilloso, así me deje sin mi negocio, seguiré vendiéndolo.

Solté una risita suave, pero aún así me sentí cautelosa. Una cosa era entregárselo a un editor desconocido, pero, ¿que lo leyera alguien a quien yo conocía personalmente? ¿Alguien a quién me importaba? Su rechazo sería una herida más profunda de lo que estaba preparada para soportar. Moví una pieza en el tablero, simplemente para tener algo que hacer. ¿Había sido una pieza blanca o negra? Me distraje sin darme cuenta.

—No es necesario que decidas ahora.

—Es aterrador, Henry. ¿Qué pasa si no te gusta? ¿Y si crees que soy una chica tonta por escribir una historia de amor? Y si…

—Entonces, yo también soy un muchacho tonto, porque he estado escribiendo mi propia historia de amor.

Me burlé.

—Si te refieres al cuento de piratas, en el que te he estado ayudando, no creo que puedas llamarlo sinceramente una historia de amor.

—No… Sé muy bien que no lo es. Me temo que toda la novela necesita encontrar su camino

hacia el fuego. —Se aclaró la garganta y movió un peón—. Me refiero a una nueva historia que he comenzado.

—No lo has hecho —lo dije sin poder creerle.

—De hecho, sí lo he hecho.

—¿Puedo leerla?

—¿Puedo leer la tuya? —Él levantó la mirada.

Hubo un estancamiento y al cabo de un rato, Henry se me acercó.

—Si no puedes confiar en mí para esto, ¿cómo puedes confiar en mí para cualquier cosa?

Él tenía razón en su planteamiento, pero aún así esto era desalentador para mí.

—Es aterrador volverme tan vulnerable.

—Lo entiendo. ¡Yo he pensado lo mismo! De hecho, repetidamente me hago vulnerable, mientras tú desmenuzas cada página que te doy.

—¡Esto es injusto! No tuve tales críticas para tu primera versión de la novela que leí. Una parte de mí se pregunta, si las críticas son fáciles de encontrar, porque creo que la misma estaba perfecta, en su estado original. —Me reí en voz baja, pero no había humor en el sonido.

—A veces me pregunto, si dices esas cosas con el expreso propósito de envanecerme. —Él me obsequió una sonrisa juvenil.

—Créeme, ese nunca fue el caso. Al principio, quería profundamente despreciar tus escritos. Más bien, me decepcionó mucho descubrir lo talentoso que eres.

Henry dejó escapar una fuerte carcajada, llamando la atención de los demás, en el salón. Miré y encontré al capitán Neal mirándonos con irritación en su rostro. No fue amable mostrar mi relación de una manera tan directa. Habría mucho tiempo para reírnos, después que él se fuera, mañana. Me recosté en mi silla y moderé mi tono.

—Me alegro que hayas regresado, Henry.

Él levantó la vista del caballo atrapado entre sus dedos.

—Igualmente.

Capítulo 26

Henry

Marianne perdió la partida de ajedrez. No fue difícil saber por qué, cuando no prestó atención a lo que movía ni a dónde debía dirigir sus piezas. Una vez, ella movió mi torre, tuve que devolverla, y decirle que volviera a hacer su jugada.

—Creo que me iré a dormir —dijo.

—¿Dormir? —la cuestioné.

Ella esbozó una sonrisa culpable, que no parecía en absoluto seria.

—Casi he terminado con mis modificaciones. ¿Me traerás más páginas, ahora que has regresado?

¿Debía hacerlo? Ya no sabía si valía la pena el esfuerzo. Estuve de acuerdo con Marianne: mi historia de piratas era mucho mejor, antes que intentara cambiarla.

—Estoy medio tentado a dejar de reescribir esa *horrible* historia por completo.

—No es *horrible* —confirmó ella, en voz alta—. Tampoco creo que estés haciendo lo que tú quieres.

Estuve de acuerdo con ella. Había sido una lucha escribirla y fue demasiado complicado agregar la historia romántica. Debería haber escuchado a mi corazón, en lugar de mi cerebro, y enfrentarme a Marbury.

—Buenas noches, señorita Hutton. Espero que confíes en mí pronto.

Ella me lanzó una mirada divertida, principalmente de culpa y nerviosismo, luego hizo una reverencia y se fue a la cama, con su madre detrás de ella.

Lord y Lady Moorington ya se habían ido a dormir. El señor Hutton y el señor Gatley se quedaron, en su mesa, con vasos de líquido ámbar, al otro lado del salón. Me había movido para sentarme junto a mi hermano, en el sofá, cuando entró un sirviente y le entregó una nota al capitán Neal. Desdobló el papel y lo leyó rápidamente, antes de guardarlo en su bolsillo. Era extraño que la misma no estuviera sellada, por lo que debió provenir de alguien de la casa.

¿Quién le escribiría una nota? Miré por encima del hombro y encontré a la señorita Gatley, en el sofá, junto a Felicity, charlando sobre Londres.

Aunque tal vez Marianne no había enviado ese papel, era propio de ella disculparse, y nunca había sido reacia a enviarme notas.

Un hilo de celos negros, como la tinta, se abrió paso a través de mi estómago, y me moví para expulsarlo. ¡Qué absurdo! Acabábamos de hablar sobre nuestra relación, y yo confiaba plenamente en ella.

El capitán Neal se puso de pie.

—Me despediré de todos ustedes ahora, porque me iré, antes que se despierten.

La señorita Gatley levantó la vista rápidamente.

—¿Nos va a dejar?

—Desafortunadamente, sí. —Sin apenas sonreír en su dirección, salió del salón.

El sitio se volvió pesado y el resto de los ocupantes se fueron poco después, hasta que solo quedamos James y yo.

—¿Quieres que me vaya también para que puedas ir a buscar un libro? —preguntó James.

—Disfruto más de tu compañía que de la lectura, ¿sabes? —Me froté la frente con una mano.

—¿A veces?

—A veces.

Sonreí.

Él sirvió dos copas de brandy del carrito, y me entregó una.

—No me dijiste que los Gatley estaban aquí. Tuve que descubrir eso durante la cena.

—No me di cuenta que valía la pena destacarlo.

—El hombre intentó presionar a su hija hacia Benedict hace apenas unos meses, pero puse fin a sus esfuerzos, antes que pudiera convertirse en un problema. —Hizo girar su vaso y tomó un sorbo.

—Pensé que tenías una relación amistosa con él.

James miró hacia arriba.

—¿Amistosa? Eso no está del todo bien. Él hizo demasiadas preguntas sobre Chelton y acerca de quién heredó Sedwick Lodge. ¡No revelé nada! Todo era demasiado imponente, pero pensé que nos habíamos librado de él.

—¿Él es un problema? Me sugirieron que es un cazador de fortunas.

—Esa es una evaluación segura. Sabe demasiado sobre nuestra familia y cuando le reclamé a mi ayuda de cámara, él me dijo que el criado de Gatley había estado haciendo muchas preguntas.

Entonces, Gatley utilizaba a sus sirvientes para recopilar información. No podría haber hecho eso conmigo, ¿cierto? Felton ni siquiera estaba aquí. Aunque había visto de primera mano cómo la gente hablaba con demasiada libertad, olvidando quién podría estar escuchando, mientras se ocupaban de sus tareas.

—¿Crees que el capitán Neal ha sido advertido?

—Si se va por la mañana, poco importa.

Ambos vaciamos nuestros vasos, y James puso el suyo en la pequeña mesa al final del sofá.

—¿Algún progreso con su señorita Hutton?

—¿En cuanto a obtener su confianza? Aún no.

James bajó la voz.

—Tu conversación parecía seria.

—Tenía la esperanza que estuviéramos logrando avances, pero ya veremos. Por mucho que me resista a admitirlo, creo que el consejo de tener paciencia es el más aplicable. Pero, esto es tremendamente difícil…

—Mi consejo siempre es aplicable. Hablando de tu próximo matrimonio, ¿has hecho algún plan sobre cómo piensas mantener a tu esposa? ¿Vas a vivir en Sedwick? —James sonrió.

—Creo que sí. La casa está un poco apartada, pero nos vendrá muy bien a los dos.

—No hay mucha tierra buena, a menos que se tale una parte de los árboles. —Se reclinó, perdido en sus pensamientos—. No sé cómo se puede utilizar la propiedad para obtener ganancias de otra manera. ¿Tienes algún interés en las ovejas?

Esta habría sido una conversación con mi padre, si hubiera estado aquí. Era natural que James lo mencionara, pero no sabía cómo decirle, que no debía preocuparse por mis finanzas.

—Tengo un poco de dinero ahorrado, así que ese dilema no me preocupa del todo.

—¿Dinero? ¿De dónde? —Su rostro se aclaró—. ¡Oh! ¿Cuándo lo conseguiste? No consideré eso. ¿Estás pensando volver al ejército?

La culpa se apoderó de mi pecho. Él nunca me había preguntado esto abiertamente antes y, por lo general, cuando la conversación se desviaba hacia mis planes para el futuro, podía dirigirla hacia otros asuntos. Pero el otro día, cuando simplemente le conté a Marianne, cómo me sentía,

en lugar de posponer esto, y esconderme detrás de mis nervios, me di cuenta que se me quitaba un peso de encima. Quizás hablar con franqueza ahora aliviaría una carga similar.

—No, no tengo planes de regresar. Yo... Honestamente, no me importó. Sé que mi madre siempre ha querido que considere volver, pero no creo que pueda hacerlo.

—¿Nuestra madre? ¿Estás bromeando? —negó James con la cabeza—. A ella le encantaría saber que has abandonado el ejército para siempre.

—¿Qué quieres decir? —El shock recorrió mi estómago.

—Es una ocupación peligrosa. Mamá estará feliz, si todos permanecemos en Chelton por el resto de nuestros días, con nuestras esposas y todo lo demás. Ella no te quiere en el continente.

Una sonrisa apareció en mis labios porque pude ver la verdad en sus palabras.

—Pero el *apellido...*

—Sí, sí, el *apellido* es lo más importante… Esto ha causado demasiado dolor en mi vida. He pensado mucho en esto, durante el último año, y he llegado a la conclusión, que podemos respetar el legado que nos queda, y al mismo tiempo crear uno nuevo para nuestros hijos. —Se frotó la barbilla—. Sabes, siempre quise unirme al ejército, pero nuestro padre no me lo permitió. Dijo que un hijo era suficiente y, aún así, le costó aprobar que tú fueras directamente desde Eton.

Mi cuerpo se congeló. La sangre dejó de bombear, mi corazón dejó de latir. No podía creer lo que estaba escuchando.

—No podemos recordar al mismo hombre.

—Sí podemos. Él estaba orgulloso del ejército y de sus logros, pero creo que fue un alivio, que solo un hijo siguiera sus pasos.

No sabía cómo tomarme esta opinión sesgada de mi padre. Ciertamente, no era lo que pensaba.

—No estabas allí, James.

La sobriedad cayó sobre su expresión, filtrándose al resto del salón.

—No, no estaba, aunque quería estar allí. Nunca entenderé por lo que pasaste.

“¿Él había querido unirse al ejército?”

—Pensé que te había salvado de ese destino.

—Me estabas haciendo un favor, pero no lo pensé así, en ese momento. Me obligaron a permanecer en la universidad, mientras tú tenías que ir a luchar contra las ranas.

—No hay gloria en la guerra. —Me tragué el nudo en la garganta—. Mi padre se alegró de tenerme allí. Me presentó a docenas de hombres, como su hijo militar y su legado.

—¿Y te cansaste?

—Cuando él ya no estaba, no tenía motivos para quedarme. No estaba vivo para sentirse decepcionado por mi elección.

El silencio en el salón era pesado y denso.

—Has cargado con esa decepción desde entonces, ¿no es así?

—¿Es tan obvio? —Levanté la vista bruscamente.

—No. Para ser honesto, pensé que nunca quisiste hablar de eso, debido a las cosas horribles que habías presenciado. Ahora veo que no pudiste soportarlo por otras razones.

—Tienes razón en ambos aspectos. Desde que regresé a casa, he encontrado refugio en historias y mundos imaginarios. No me atormentan horribles pesadillas, como a algunos de mis amigos, pero los males de la guerra no dejan a nadie sin cicatrices.

Él parecía iluminado.

—¿Por eso lees con tanta frecuencia?

—Sí. —Tragué—. Leo y… escribo.

Estaba en silencio, mi pulso latía con fuerza en mis oídos. Me ponía nervioso admitir la verdad, pero necesitaba ser honesto con James. Si no podía decirle la verdad a mi familia, ¿cómo podía esperar que Marianne fuera tan vulnerable conmigo?

Él entrecerró los ojos.

—¿Escribiendo? ¿Como Byron?

—No soy un poeta. Escribo novelas.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Con una pluma. A menudo en la biblioteca.

Se reclinó y me evaluó.

—¿Todo ese tiempo que pasas leyendo, no es realmente lectura?

—Gran parte lo es, pero eso no todo.

—Entonces, ¿son buenas? —Me dio una mirada evaluadora.

—Felicity parece pensar que sí.

—¿Se lo has dicho a mi esposa, pero no me lo has dicho a mí? —James parecía herido.

—No. —Hice una mueca—. Ella trató de recomendarme uno de mis libros, cuando llegué a Chelton.

Su expresión herida se transformó en sorpresa.

—¿Estás publicando libros y no pensabas en decírnoslo?

—No sabía cómo sería recibido, y luego, a los libros les fue muy bien. El tiempo pasó, y nunca pareció haber un buen momento para ello.

—Podrías haber confiado en nosotros. —Las cejas oscuras de James se juntaron.

—No se trata de confianza. Se trata de la ansiedad que acompaña, incluso la sola idea de tener esta conversación. Sabía que tendría que admitir que nunca regresaría al ejército, cuando explicara la ocupación que había elegido. ¡Tenía miedo de hacer eso!

—Hay otras formas de honrar nuestro apellido, Henry. No tienes que hacerlo de la misma manera que lo hizo nuestro padre. Creo que la forma en que lo estás haciendo ahora es maravillosa.

Me estremecí.

—Sí, bueno, no he usado mi nombre real en mis libros publicados, por lo que tampoco estoy dejando realmente un legado Bradwell, a través de las novelas.

—¿Con qué nombre publicas?

—Dalton Henry.

—En cierto sentido, todavía honraste tu nombre. —James se rió.

Me sentí más ligero, como si me hubiera arrojado otra piedra del hombro, tal como había pensado. Él había aceptado mis noticias con mucha facilidad, y fue un alivio (por sorprendente que fuera) descubrir que mi padre se había preocupado por mi seguridad. Él habría estado orgulloso de mí, lo sé, pero me preguntaba, si él también hubiera estado orgulloso de mis logros actuales. Como dijo James, todavía estaba honrando mi nombre, pero de otra forma. No lo consideraba así antes, pero ahora lo veía de esa manera.

Estuve tentado de contarle de los escritos de Marianne y cómo nos conectaban, pero ese era su secreto para compartir. Quizás debía tener otra conversación con ella. Tal vez, más tarde en la cocina, o esta noche en la biblioteca... Ya estábamos comprometidos y, desde que el señor Darcy se interpuso en nuestro beso, no había querido hacer más nada.

Quizás le escribiría una nota clandestina.

Capítulo 27

Marianne

Marqué mi última “T”, guardé la pluma, recostándome en mi asiento y mirando la última página de mi novela. Realmente, estaba terminada y me sentí confiada en la historia. Por supuesto, la misma no era *Orgullo y prejuicio* ni *Evelina*, aunque aquellos que busquen una historia similar, quedarán fascinados.

Esperé a que se secara la tinta y luego apilé las páginas. Tenía muchas ganas que Henry la leyera, y le gustara, sin embargo, temía que ocurriera lo contrario. Sabía que él cumpliría su parte del trato de todos modos, pero, ¿realmente, él podría defender una obra, si no creyera en ella?

¿Cómo podría saberlo, si no lo intentaba? No podía tener fe ni confiar en él, a menos que primero le ofreciera mi fe y confianza. No había una forma segura de determinar de antemano, si valdría la pena correr el riesgo. Después de todo, ese era el punto de confianza, ¿no es así?

Un rectángulo blanco sobre el suelo de madera me llamó la atención, y crucé la habitación para recogerlo. Alguien había deslizado una nota por debajo de la puerta.

No estaba sellada, así que la desdoblé y leí cuatro hermosas palabras garabateadas apresuradamente.

“Encuéntrame en el sauce”.

Mi mirada buscó inmediatamente el manuscrito, que estaba sobre mi escritorio. No estaba vestida para salir, pero eso se solucionó fácilmente. La fortuna me había sonreído, y me presentó la oportunidad de darle a Henry mi documento para demostrarle que confiaba en él. Tiré la nota al fuego, evitando que la encontraran, y me vestí rápidamente, aunque un poco al azar. Dejé que mi trenza colgara suelta sobre mi hombro y me puse la capa, abrochándola al cuello. Apenas presté atención, a lo que llevaba puesto, pero afuera estaba oscuro, por lo que Henry no lo notaría.

La casa estaba en silencio, cuando recogí mi novela, y salí de mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí. Bajé de puntillas las escaleras, y salí por la puerta principal. Estaba desbloqueada, así que Henry ya debía estar esperándome. Con el manuscrito, debajo de mi brazo, bajé silenciosamente los escalones hasta la grava. El sonido de los caballos relinchando me llamó la atención, y encontré un carruaje esperando en las sombras, a mi derecha, con los caballos inquietos e impacientes.

—¡Cielos! ¿Qué sucede?

Unas manos me rodearon por detrás, una envolvió mi cintura y la otra me tapó la boca con un paño enrollado, amortiguando mis gritos. El manuscrito se cayó de mis brazos y las páginas cuidadosamente escritas se esparcieron sobre la grava.

Grité, tratando de alejarme, pero el sonido fue demasiado apagado y muy bajo para ser escuchado desde la casa. Mis pies se elevaron en el aire, mientras me llevaban, pataleando y retorciéndome, hasta el carruaje. La comprensión que algo muy malo estaba a punto de ocurrir se hundió, como una daga en mi estómago.

Un sirviente desconocido abrió la puerta del carruaje y me arrojaron adentro, mi captor me siguió para mantener su paño sobre mi boca, pero un breve respiro me permitió tragar aire, y gritar lo más fuerte que pude.

—¡Tranquila! —Ordenó el capitán Neal, tapándome la boca con el paño enrollado otra vez —. No le haré daño, pero debe estar callada.

La tela tenía un olor agrio, que me provocó náuseas. Di una patada, intentando asestarle un golpe con el codo y liberarme de su fuerte agarre. El carruaje empezó a avanzar y el pánico creció en mi estómago. Mis esfuerzos por liberarme estaban limitados por un brazo de acero.

—No deseo pelear —dijo el capitán Neal, un poco sin aliento.

—¡Entonces, suélteme!

—No puedo quitarle el pañuelo hasta que sepa que no llamará la atención sobre nosotros. ¿Hablará cortésmente?

"¿Tengo alguna otra opción?"

Mi mente trabajó lo más rápido que pudo para encontrar una salida a esta situación destrozada. Por tonta que fui, había quemado la nota del capitán Neal. Nadie vendría por mí pronto, así que dependía de mi parte encontrar una manera de liberarme. Me relajé lo mejor que pude hasta que él tomó mis acciones como aquiescencia y disminuyó su agarre, quitándome el pañuelo.

Tragué una bocanada de aire fresco, y me deslicé en el banco lo más lejos que pude del capitán.

—¡Auxilio!

—Ahora, no la escucharán. —Él miró por la ventana.

Parecía que tenía razón. Estábamos demasiado lejos de la casa.

—¿Cuál es el significado de esta locura?

—¿Locura?

—No sé otra palabra para secuestrar a una mujer en la noche y llevarla… —La comprensión de mi probable destino se apoderó de mí, y contuve el aliento—. ¿A dónde vamos?

—No debe preocuparse por esos detalles, todavía…

—¿A dónde?

—Gretna Green. —Se aclaró la garganta.

El shock me recorrió.

"¡Qué descaro el de este maldito hombre!"

—No me casaré con usted. —Me burlé de él.

—¿Y cree que tiene otra opción?

—Sí, ciertamente la tengo.

Él se reclinó, contento que estuviéramos lo suficientemente lejos de Hutton House para evitar que me descubrieran, si yo gritaba.

—Si no deseaba casarse conmigo, no debería haberme hecho creer que ese sería el resultado de esta fiesta, en su casa.

—Le aseguro que la profundidad de lo que cree que prometí se logró de manera más inconsciente. No he hecho nada para animarlo, más que a cualquier otro caballero.

—No se puede jugar con las expectativas de un hombre, y no esperar repercusiones —expresó, en voz baja y uniforme—. Su aceptación inicial de mi noviazgo es una prueba que usted encontrará satisfacción, en una relación conmigo. No soy un hombre ridículo, Marianne. Me tomo el tiempo para tomar decisiones. La comparé con las otras mujeres de la ciudad, y encontré que la mayoría de ellas tenían deficiencias. ¡Usted es aceptable!

"¡Ay! ¡Qué cumplido!"

Eso explicó por qué le tomó tanto tiempo mostrar su interés en mí. Había estado reduciendo sus opciones.

—¿Por qué usted quiere casarse ahora mismo?

Se volvió a enderezar en el asiento.

—Nunca le he ocultado mi deseo de tener una familia. Ya no soy joven y no deseo ser un anciano, criando hijos. Usted está muy atenta a su sobrino, joven y robusto… Será una excelente madre.

No disfrutaba que me describieran por mis atributos casaderos. Él me hizo sentir como si yo fuera ganado.

—¿Qué tal una esposa? ¿De verdad cree que yo seré una buena esposa para un hombre que me obliga a hacerlo?

—Como dije, una vez estuvo dispuesta a casarse conmigo, o no habría aceptado mi noviazgo. Esto proporciona cierta incomodidad, lo admito. Pero lo superaremos con el tiempo.

"Este hombre está realmente perturbado".

—¿Superar este secuestro?

—Si esto es tan aborrecible, entonces no debería haberme animado. Necesito una… —Se aclaró la garganta y siguió hablando—, esposa… Necesito niños. No me queda otra familia. La línea Neal ha desaparecido por completo. He visto muchas tormentas en los últimos meses, como les he compartido, y mi reciente roce con la muerte me recordó mi mortalidad. Si no tengo hijos ahora, no quedará nada de mí, en la Tierra, si la próxima tormenta me lleva.

Miré en su dirección. Las tormentas de las que hablaba constantemente lo habían afectado más profundamente de lo que había dejado entrever. Recordé su reciente susto, pero nunca se me ocurrió que había confiado tanto en mí.

—¿Desea asegurar su línea de sangre?

—No es una idea ridícula.

—No, el sentimiento no lo es, pero, ¿cómo puede alegrarse de crear una familia de esta manera?

—Todo estará bien —dijo cómodamente—. Con el tiempo, todo estará bien.

Parecía un completo lunático. Lo era al creer que esta era su única opción para conseguir una esposa.

—¿Por qué eligió el sauce?

—Nos hemos conocido allí antes, si recuerda nuestra carrera, en esa primera mañana. También es lo primero que se ve, al cruzar la puerta de su casa, señorita Hutton.

Entonces, fue simplemente una coincidencia. Una desafortunada y frustrante. Había leído esas palabras familiares y no me percaté de las letras extrañas. Al respecto, yo había creído que era una nota escrita rápidamente por Henry, pero, lamentablemente, la misma fue completamente escrita a mano por otra persona. Me sentí como una tonta.

Intenté analizar la manija de la puerta, pero era difícil verla en la oscuridad, y no estaba familiarizada con este carruaje. A la velocidad a la que íbamos, si abriera la puerta y saltara, no podría garantizarme un aterrizaje seguro. Especialmente, si conducíamos a lo largo de un muro de piedra, o cerca de un barranco.

—Entiendo sus dudas, pero usted verá que esto es lo mejor.

—¿Es mejor alejarme de un hombre que amo, y obligarme a casarme con usted? No soy un barco, capitán Neal, y no estamos en el océano. No puede simplemente tomarme porque ganó la batalla y es más poderoso.

Se quedó en silencio por un minuto.

"¿Cómo podía él imaginarse que yo vería esto de la misma manera que lo vería un hombre de la marina, donde dominan a los barcos 'presa', y reclaman su recompensa? ¡Esto es

absurdo!”

—Llegaremos a Escocia rápidamente, si no nos detenemos a dormir.

“¿Así es como planeó evitar que escape en las posadas? ¿No me dejará entrar en ellas?”

—Por supuesto, cambiaremos de caballos, pero lo mejor es resolver este asunto rápidamente. Será un largo viaje de regreso a Plymouth, cuando nuestra boda esté completa. Me han notificado que debo informar, antes de lo esperado, por lo que tenemos poco tiempo que perder.

Había oído historias de mujeres que fueron obligadas a contraer matrimonio. En mi opinión, Escocia lo había hecho demasiado fácil de lograr. Temía lo que haría el capitán Neal para hacer esto legal. Una imagen de él destelló en mi mente: el capitán me llevaba a un barco, cruzando la pasarela de tablas hacia mi perdición.

Saqué eso de mi mente. Encontraría una manera de escapar, antes que llegáramos a ese punto. Seguramente, necesitaríamos cambiar de caballos con suficiente frecuencia, como para alertar a alguien cercano sobre mi situación. Si el carruaje desacelerara, podría tomarlo por sorpresa o saltar desde la puerta. Mientras estaba ocupada, planeando formas de escapar, el capitán Neal sacó una cuerda delgada, frustrando todas las ideas que yo tenía.

Levantó mis tobillos y comenzó a enrollar la cuerda alrededor de ellos.

—Perdóneme, pero no deseo correr ningún riesgo. Ya la perdí una vez, después de sentirme contento y seguro. —Cuando terminó de atarme los pies, me ató las muñecas a la espalda.

Saltar del carruaje o tomar al capitán por sorpresa se había vuelto mucho más difícil. No me desesperaría. Habría una salida a esta situación. Solo necesitaba poner mi mente en la tarea.

Apoyé mi cabeza contra los cojines, alejándome de él.

—No me odiarás para siempre —dijo con tranquila confianza.

“¡Oh! Él está muy equivocado”.

Capítulo 28

Henry

El grito que se deslizó, a través de mi ventana abierta, primero avisó a mis oídos, y luego mi cuerpo lo siguió. Me pregunté si el señor Darcy se habría peleado con un gato del granero, pero nunca lo había visto rebajarse a niveles tales, al salir a la calle. Guardé mi pluma, porque se estaba haciendo tarde y necesitaba dejar de escribir por la noche. Me estiré y me acerqué a la ventana. Mi cuerpo se enfrió.

Un carruaje se alejaba de la casa y pertenecía al capitán Neal. Lo reconocí desde su llegada. Evidentemente, él se lo había pedido prestado a una tía, y el mismo estaba claramente pasado de moda. Pero, ¿por qué se marcharía tan tarde, en la noche, y por qué su partida había sonado como un grito?

La inquietud me invadió. Me vestí rápidamente, cogí mi vela y me dirigí a la habitación de Neal. Sería mejor asegurarme que él era el hombre que se había ido, antes que entrara en pánico. Llamé a su puerta, pero no obtuve respuesta, así que entré. La habitación estaba vacía. De hecho, él se había ido.

"Pero, ¿el grito? ¡Este grito implica que no se fue solo!"

Mi corazón empezó a acelerarse. Había muy pocas mujeres en esta casa, que hubieran gritado, al salir con él a altas horas de la noche. Corrí por el pasillo, me dirigí hacia las habitaciones familiares y llamé suavemente a la puerta de Marianne, pero ella no respondió. Cerré los ojos con fuerza y volví a llamar suavemente, sin embargo, no obtuve respuesta. Cuando abrí la puerta, la misma cedió de buena gana, por lo que ella no la había cerrado con llave desde adentro. La habitación estaba a oscuras, pero levanté la vela y mi estómago se hundió en el suelo, cuando la encontré vacía.

Tal vez, ella estaba en la cocina, intentando prepararse un té.

"Pero, ¿el grito?"

Encontré el camino a la habitación de James, feliz de haber estado con él, cuando la señora Shaw me mostró dónde dormirían. Llamé silenciosamente y empujé la puerta, pero la misma estaba cerrada con llave. Fueron necesarios unos golpes más fuertes para despertar a James, hacer que se acercara y abriera la puerta.

—¿Qué es? —preguntó adormilado.

—No estoy del todo seguro. El capitán Neal se fue hace unos minutos, y escuché un grito proveniente de su carruaje, antes que ellos se fueran.

—¿Ellos?

—Un hombre no podría hacer ese ruido y la habitación de Marianne está vacía.

Una alerta entró en la mirada de James.

—Te veré en los establos.

Le entregué mi vela para que se vistiera más rápidamente, luego di la vuelta y eché a correr. La tarea de llegar a los establos y ensillar dos caballos no debería haber tomado mucho tiempo, pero me pareció que tardé demasiado. ¡Cada minuto era vital en mi vida!

Las preguntas me atormentaban, mientras trabajaba.

"¿Ella quiso irse con él? ¿Había deseado esto? La noche anterior, el capitán había recibido una nota en el salón de alguien de la casa. Acaso, ¿ellos habían planeado irse juntos?"

"Pero, ¿el grito?" Siempre volvía a ese incómodo pensamiento.

“Si estoy equivocado y ella se había ido voluntariamente, ha debido decírmelo de sus propios labios”.

“Pero, ¿el grito? No parece que Marianne sea su cómplice”.

Recogí las riendas de ambos caballos ensillados y los saqué de los establos hacia el frente de la casa. Estaba ansioso por seguir mi camino. Cada minuto era un tiempo precioso que los alejaba a ellos más de nosotros.

La luz de las estrellas y la antorcha, que había encendido en los establos, brillaron lo suficiente como para iluminar mi camino, y me moví para pararme directamente frente a las puertas. Algo en el suelo llamó mi atención, y me di cuenta que eran papeles esparcidos.

—¿Qué diablos…?

Me agaché para recoger las hojas de papel, y acerqué la antorcha lo suficiente para leerlas. Era la letra de Marianne, que conocía bien por sus copiosas notas sobre mi manuscrito y sus cartas. Distinguí algunas líneas, antes de mirar su extenso volumen de varios capítulos.

“¿Esta es su novela?”

La puerta principal se cerró con un ruido sordo. Levanté la vista, y encontré a James, abotonándose el abrigo, mientras bajaba apresuradamente las escaleras.

—¿Qué es todo eso? —preguntó.

—La prueba que Marianne fue llevada en contra de su voluntad.

Él se agachó para ayudarme a recoger las páginas esparcidas.

—¿Cómo es eso?

—Ella escribió todo esto. Si ella se hubiera ido voluntariamente, lo papeles no estarían dispersos por aquí.

Hicimos nuestro mejor esfuerzo para recopilar las páginas, juntando todas las que encontramos, y subí corriendo las escaleras para dejarlas adentro. James estaba en la silla, cuando regresé, y salté, antes de girar mi caballo y partir.

—¿Sabes en qué dirección han ido?

—Tengo mis sospechas —lo dije con la ira recorriendo mi cuerpo.

—Para Escocia… —James espoleó su caballo para seguir el ritmo del mío, y cruzamos el camino abierto.

Capítulo 29

Marianne

El carruaje avanzaba a un ritmo alarmante, y temí que a esa velocidad se rompiera un eje, o perdiéramos una rueda, en el camino oscuro. Conocí a personas que murieron en accidentes de carruaje, y no era algo que debía tomarse a la ligera.

—¿No deberíamos reducir la velocidad? —El camino lleno de baches me empujó innecesariamente. Si él estaba tan seguro de su infalibilidad, no necesitaba viajar tan rápido.

El capitán no respondió, lo que me hizo creer que estaba reflexionando sobre mi punto. No tenía idea de dónde estábamos, pero gran parte de la carretera, al norte de Cheshire, no estaba bien arreglada. Llegamos a una rodera particularmente grande y ganamos tanto aire, que me levanté del asiento por un momento, antes de volver a caer. Con las manos atadas a la espalda, no tenía capacidad para suavizar los empujones.

—Si se niega a reducir la velocidad del carruaje, al menos desáteme.

—No puedo.

—¿Al menos me atará las manos por delante? Temo romperme las muñecas con todos estos empujones.

Él pareció considerar mi dilema, mientras contenía el aliento, antes de avanzar y suspirar simultáneamente. Quitando mi capa a un lado, desató mis manos, sujetándolas con fuerza, mientras las movía para descansar sobre mi regazo y las ataba nuevamente. Fue una gran mejora, e hice lo mejor que pude para no estar agradecida con él, quien me había atado nuevamente.

Aunque ahora, tal vez podría encontrar mi camino a la libertad, cuando nos detuviéramos, en la siguiente posada, para cambiar de caballos. Era mi única oportunidad. Al ritmo que íbamos, cuando mis padres me encontraran desaparecida, por la mañana, ya estaría a medio camino de Escocia.

“Pero si pudiera frenar este carruaje, eso le daría tiempo a mi padre para alcanzarnos. ¡Cualquier cosa ayudará!”

—Viajamos a una velocidad peligrosa, capitán. No le servirá de nada robar una novia, si ella está muerta, antes de la ceremonia.

Se pasó una mano por los ojos.

—Quizás deberíamos...

La rueda chocó contra otro bache y nos balanceamos hacia un lado, inclinándonos, mientras el carruaje intentaba encontrar tracción nuevamente. El brazo del capitán Neal pasó rápidamente, a través de mí, sosteniéndome a su lado, mientras que su otro brazo nos sostuvo contra la pared.

Nos inclinamos dramáticamente, en una dirección, antes de tomar la otra, y luego caer hacia un lado. Se escuchó un fuerte chasquido y el carruaje se deslizó, como si cayera colina abajo, sacudiéndonos con él. El cuerpo del capitán Neal suavizó mi golpe, pero mi cabeza cayó con fuerza contra su hombro, como un latigazo, cuando finalmente aterrizamos.

Me aparté de él, mientras el carruaje se inclinaba de costado y mis hombros crujían contra los cristales rotos. El agua se filtró en mi vestido, y me di cuenta, alarmada, que habíamos llegado a algún tipo de corriente. El vagón volcado se estaba llenando de agua.

—Apúrese, capitán, ¡debemos actuar rápido!

Él no respondió. Estaba demasiado oscuro para ver su rostro o la profundidad del agua, que se filtraba dentro del carruaje.

—¡Capitán! —grité—. ¡Hay que quitar estas cuerdas!

Aún no había respuesta. Sus nudos náuticos serían imposibles de desatar, pero podría cortarlos. El agua ahora me llegaba a los tobillos. Busqué vidrios rotos en una de las ventanas y seleccioné un trozo grande. Me incliné y lo coloqué, a cierta altura, justo entre mis zapatos para mantenerlo en su lugar. Cortando la cuerda de un lado a otro, fui separando las fibras. El vidrio se desprendió un puñado de veces y tuve que buscarlo en el agua, que ascendía, para volver a colocarlo, en el medio de mis pies, y continuar.

La cuerda tardó mucho más de lo que esperaba en deshilacharse. El agua fría fluía, a un ritmo lento y constante, a través de la ventana rota, empapando mi ropa y mis pies, y mojándome cada vez más las manos. Me resbalé en mi prisa por cortar la cuerda y el cristal atravesó mi manga, cortándome la piel.

Grité, pero no cesé en mis intentos de cortar la cuerda. Finalmente, la última parte se rompió, y la desenredé de mis muñecas. Me dirigí hacia el capitán Neal, pero él seguía sin moverse.

—¡Despierte! —grité, una vez más—. Necesitamos encontrar una salida de aquí.

Me doblé por la mitad, trabajando en el nudo, que él había usado para atar mis pies. El agua me subió hasta las espinillas, haciendo que la cuerda se volviera resbaladiza. Mis dedos entumecidos no lograban agarrar con suficiente seguridad el apretado nudo.

Ahora, el agua empezaba a entrar por la ventana rota, a un ritmo alarmante.

—¡Auxilio! —grité.

"¿Dónde está el cochero? Nunca podré sacar al capitán Neal de esta agua por mi cuenta".

El brillo de la luz de la luna sobre el agua mostraba como la misma se estaba elevando. Dejé mi tarea. Escapar de esta caja de la muerte era mi máxima prioridad. Giré y tomé al capitán por los hombros, pero cuando le sacudí los brazos, su cabeza cayó hacia adelante.

"¿Se había golpeado lo suficientemente fuerte como para quedar inconsciente?"

Presioné mis dedos contra su garganta, buscando un latido, pero no encontré nada. Podría haber sido mi propio entumecimiento helado. Lo empujé, tirando de su abrigo hasta que quedó sentado, con la cabeza muy por encima del agua.

Necesitaba buscar ayuda. Mis fuerzas no eran suficientes para sacar solo a este hombre grande y empapado. El río dentro del carruaje había dejado de subir, pero llegaba hasta la mitad de su pecho, que estaba apoyado contra la pared. Esperaba que también nos hubiéramos encontrado al nivel del río, afuera. Si ese fuera el caso, la cabeza del capitán Neal permanecería fuera del agua hasta que yo pudiera regresar con ayuda.

Intenté ponerme de pie. Mi capa se arrastraba en el agua, así que busqué a tientas como quitármela, hasta que la misma se soltó y se hundió en el suelo acuoso. La puerta estaba situada encima de mi cabeza, y la otra puerta permanecía presionada contra el suelo. Levanté la mano y abrí la puerta, luego empujé hacia arriba. Esta cedió fácilmente, y se abrió para permitir que entrara más luz de la luna. Me puse de pie, apoyando mis manos, a cada lado de la puerta, para levantarme.

Eso resultó más difícil de lo que parecía. Mis brazos no tenían suficiente fuerza para levantar mi cuerpo. Apoyé las manos de nuevo, saltando con los pies atados hasta que se posaron en el borde de los cojines. El carruaje se balanceó con mis esfuerzos y salté de nuevo, empujando hacia arriba tan fuerte, como pude, hasta que mi trasero descansó en el borde de la puerta y pude maniobrar hasta la parte superior del carruaje.

—¡Auxilio! —grité nuevamente.

"¿Dónde está el cochero? ¿Fue arrojado al río?"

Busqué en el agua oscura, pero la misma estaba engañosamente tranquila, más allá del revuelo del carruaje volcado. No se veía ni un solo sonido ni un alma, más allá del agua ondulante, o el viento susurrando entre los árboles. La tierra estaba demasiado tranquila para el caos, que había estado soportando.

Moví mis piernas hasta que colgaron del costado del carruaje. Aferrándome a la abertura, rodé sobre mi estómago y bajé hasta que mis pies aterrizaron en el lecho rocoso y cubierto de musgo. El agua se movía demasiado rápido y hasta que no pudiera desatarme los tobillos, no podría llegar a la orilla. Me estremecí y pedí ayuda a un camino vacío. Evité mirar dentro del carruaje, y al hombre que no respondía adentro.

"¿Despertarlo era mi única esperanza?" Ese fue un pensamiento deprimente, porque temía que ya él no pudiera hacerlo.

El sonido de los cascos atronadores aumentaba mis esperanzas con cada golpe constante contra el camino de tierra abarrotado.

—¡Auxilio! —grité tan fuerte como pude. Esto era más un grito, que una palabra escapándose de mi lengua, una y otra vez, para no perder esta oportunidad que alguien me ayudara—. ¡Auxilio!

Por el camino pasaron unos hombres a caballo, entre las sombras, que pronto fueron visibles, a través de los árboles.

—¡Auxilio! —grité de nuevo, suplicando que me escucharan.

Afortunadamente, ellos lo hicieron.

Los caballos regresaron, y cuando el primer hombre miró en mi dirección, a través de los árboles rotos hasta el carruaje cargado de agua, saltó de su caballo, y se dirigió río abajo.

—¿Mari? —exclamó Henry.

—¡Sí! —Mi corazón dio un vuelco y se alojó en mi garganta. Un dulce alivio me invadió y, aunque estaba empezando a perder la sensación en los pies, sentí calor.

Bajó por la orilla con una antorcha, en una mano, y se lanzó al río, sin dudarlo, con el brazo libre extendido hacia mí.

—No puedo caminar. Mis tobillos están atados.

La antorcha iluminó su rostro y la ira lo atravesó.

—¿Dónde está?

—Adentro.

La mirada de Henry se posó en el carruaje, donde el agua del río entraba, con más fuerza, a través de las ventanas rotas. Él caminó penosamente con el agua hasta las rodillas, dando pasos lentos para evitar resbalarse en las rocas cubiertas de musgo. Cuando llegó hasta mí, dejó la antorcha, en el carruaje, y se inclinó, deslizando su brazo debajo de mis rodillas y el otro alrededor de mi espalda, levantándome suavemente fuera del agua. Agarré la antorcha y me aferré a su cuello, enterrando mi frente contra su pulso atronador, mientras él salía con mucho cuidado del río y llegaba a la orilla.

—Traté de desatarme los tobillos, pero tenía los dedos entumecidos por el agua.

Él me dejó suavemente en la tierra.

—Hace frío. ¿Puedo?

Asentí.

James tomó la antorcha y la sostuvo cerca, mientras Henry se inclinaba a mis pies y desataba el nudo. Desenrolló la cuerda y la arrojó al río. Me incliné hacia adelante para frotar mi tierna piel. Me dolía la muñeca por el corte que recibí del cristal, y el cansancio cayó sobre mí, como un pesado manto de densa niebla.

—El capitán Neal se golpeó la cabeza, cuando chocamos, y aún no se ha despertado. Yo... No encontré pulso, pero tenía las manos entumecidas, así que no sé si está...

Henry me miró fijamente.

—¿Está inconsciente?

James se dirigió hacia el agua.

—Nos ocuparemos de él.

Henry deslizó su mano alrededor de mi cuello, su pulgar rozó mi mejilla y se inclinó para dejar un beso, en la parte superior de mi cabeza. Luego me dejó en la ladera cubierta de hierba.

Los vi caminar penosamente por el agua, otra vez. Henry esperó afuera, mientras James entraba y tomaba al capitán Neal por debajo de los brazos, levantándolo lo suficiente, como para poder pasarlo por la puerta. Trabajaron juntos para sacarlo, llevarlo a través del agua y colocarlo sobre la hierba. Henry se inclinó sobre el corazón del capitán Neal, con la mirada fija en la antorcha colocada, en el suelo, entre nosotros. Levantó la cara hacia su hermano, que estaba escurriendo agua de su abrigo.

—Está vivo.

—Necesitamos un médico.

—¿Dónde estamos? —preguntó Henry.

—No tengo ni la más mínima idea.

Se quedaron en silencio.

—Hemos viajado demasiado tiempo para tener alguna idea de nuestra ubicación, —expresé —. Conozco el río, pero podríamos estar en alguno de varios lugares diferentes, que se encuentran a lo largo del canal. Si podemos viajar al pueblo más cercano, podríamos saber dónde estamos y a quién contactar.

Los hermanos compartieron una mirada. Henry me observó.

—Creo que mereces volver a casa.

—No podemos dejarlo aquí.

—¿No podemos? —preguntó Henry, aunque yo sabía que estaba bromeando.

—Estoy muy bien —dije—. Me quedaré con él, mientras viajas para ver a un médico...

—No —replicó James—. Ayúdame a montarlo en mi caballo y saldremos todos juntos. Será más fácil atenderlo en Hutton House.

—Y es mucho más rápido ir directamente allí y llamar a un médico, que intentar localizar uno en mitad de la noche —añadió Henry.

James me miró.

—¿Tenías algo de importancia en el carruaje?

Pensé en mi manuscrito tirado en la grava frente a mi casa.

—No.

—Entonces no tendremos que preocuparnos por eso hasta mañana.

—¿Y el cochero? —pregunté.

—¡Maldición! —murmuró James. Cogió la antorcha y corrió orilla abajo, buscándolo. Henry lo siguió, y buscaron en los terrenos circundantes, antes de regresar a mi lado.

—Está demasiado oscuro —destacó Henry.

El rostro de James parecía sombrío.

—No podemos posponer más llevar al capitán Neal al médico. Volveremos a buscar al cochero con las primeras luces del día.

Me puse de pie con las piernas temblorosas, mientras los hermanos Bradwell levantaban al inconsciente capitán de la marina y lo colocaban sobre la parte delantera de la silla de James.

Henry me tomó por la cintura y me levantó sobre la suya, antes de montar detrás de mí. Sus brazos rodearon mi cintura para tomar las riendas y me incliné hacia él, agradecida por el calor que me brindaba su cuerpo. Dejó caer su boca cerca de mi oreja.

—Déjanos llevarte a casa.

—En tus brazos, ya estoy allí.

Capítulo 30

Henry

Nunca antes había visto las cosas en rojo ni mi visión se había vuelto borrosa, simplemente por la ira. Cuando encontré a Marianne, temblando en el río, incapaz de moverse, debido a la cuerda que ataba sus piernas, podría haber exhalado fuego por la nariz. Fue una suerte para mí que el capitán Neal ya estuviera inconsciente, o podría haberlo puesto en ese estado, yo mismo.

Llegamos a Hutton House, en la oscuridad. Ayudé a Marianne a bajar del caballo y la rodeé con el brazo para guiarla escaleras arriba hacia la casa. Llamamos a los sirvientes cerca de la puerta, pero dada la hora, probablemente les tomaría algún tiempo despertarse.

—Déjame —dijo ella, mirando por encima de mi hombro hacia donde James estaba bajando de su caballo frente a la casa—. James necesita tu ayuda más que yo.

—¿Dónde deberíamos poner al canalla?

—Su dormitorio servirá —replicó con calma—. Puedo llevarte allí.

Mi boca se aplanó y mi mandíbula se apretaba, cada vez que pensaba en el hombre.

—Sé dónde está. Puedes subir a tu habitación, si quieres. Haré que el médico te atienda, cuando llegue.

—Envíalo hacia mí después que vea al capitán, por favor.

Quería extender la mano y atraerla hacia mí otra vez.

—Eres el alma más amable.

—Difícilmente. No deseo tener la muerte de ese hombre en mi conciencia.

—Muy bien. —Ella tenía un buen punto. El capitán estaba agonizando, y necesitaba ser atendido lo antes posible—. Nos encargaremos que le indiquen al médico, inmediatamente.

Marianne sonrió y tomó mi mano entre la suya, que estaba fría.

—Gracias, Henry. —Su voz temblaba y no podía imaginar el miedo, que la había mantenido cautiva toda la noche.

“Este hombre debe ir a la horca”.

Tiré de Marianne hacia mí, envolví mis brazos alrededor de su espalda y la apreté con fuerza contra mi pecho.

Ella contuvo el aliento. Mi corazón se apretó con afecto por ella y el alivio, al tenerla sana y salva en casa, nuevamente. Sus manos se deslizaron alrededor de mi cintura, debajo de mi abrigo, y agarraron la parte de atrás de mi camisa entre sus puños. En este momento no me importaba nada más que esta mujer.

Inclinándome ligeramente hacia atrás, esperé a que ella moviera la barbilla hacia atrás y me mirara. Estaba oscuro en la entrada, porque James tenía la antorcha afuera, pero aún podía sentir su firmeza y ver la forma de sus labios, a la luz de la luna prestada. Me incliné, esperando que el señor Darcy no estuviera acechando cerca para frustrar mis avances, y presioné mis labios contra los de Marianne. El calor se deslizó de sus labios a los míos, barriendo a través de mí, como un viento cálido y feroz. Mis sentidos cobraron vida, ardiendo dentro de mí.

Marianne respondió, agarrando la tela de mi camisa con tanta fuerza, que sentí la presión en mi pecho. O tal vez era su corazón golpeando contra el mío. Incliné la cabeza y profundicé el beso, dejándola sentir mi alivio por haberla regresado a casa, sana y salva.

Se aclaró la garganta, en la puerta, y me separé de ella para ver a mi hermano parado allí, levantando la antorcha para iluminarnos, y sonriendo.

—Si ya casi has terminado, me vendría bien un poco de ayuda con el canalla que está aquí.

Marianne enterró su rostro, en mi pecho, luego me soltó y dio un paso atrás. Esperaba que su mortificación no fuera una señal de arrepentimiento, pero ella me dio una dulce sonrisa, que calmó mis temores.

—Buenas noches, caballeros.

—Buenas noches —respondimos a coro. La vi subir lentamente las escaleras, antes de girar y cruzar la puerta, pasando junto a James.

—Es justo —dijo él al alcanzarme, la luz de la antorcha oscilaba, mientras ella caminaba.

—¿De qué manera?

—Recuerdo que interrumpiste mi primer beso con Felicity.

Me quedé quieto, mirándolo por encima del hombro.

—¿Cuándo? ¡Ah! ... ¿Cuándo fuiste a montar?

—Y me trajiste a casa para ver al primo Matthew… Sí.

—Parece que ambos fuimos interrumpidos por excusas lamentables y de mala reputación para los hombres. —Mis labios se aplastaron.

Estábamos juntos, frente al caballo, discutiendo la mejor manera de cargar a Neal, cuando Shaw salió.

—¿Llamó usted, señor?

—Sí. —Me acerqué al mayordomo—. Este señor necesita un médico y con prisa. ¿Lo llevaremos a la habitación, que ocupaba anteriormente, si esto es conveniente?

—Conveniente… —Miró al capitán.

—También es necesario atender a la señorita Hutton, aunque sus heridas no son tan graves. Le vendría bien un baño caliente y su doncella.

—De inmediato. —Él se fue para atender las órdenes.

James y yo bajamos al capitán Neal del caballo y lo llevamos adentro.

—Revisé su pulso, mientras revisabas el de la señorita Hutton —expresó James—. Él todavía está vivo.

—Bueno… Estoy ansioso por verlo despojado de su título militar y encarcelado.

—Una cosa a la vez, hermano.

* * *

Un mozo de cuadra fue enviado a buscar al médico. Un ayuda de cámara y un lacayo fueron llamados para cambiarle la ropa a Neal, y vigilarlo hasta que llegara el médico. James y yo también cambiamos nuestros trajes empapados por ropa seca, y regresamos al pasillo para estar disponibles, en caso que nos necesitaran.

Enviaron a la señora Hutton a atender a su hija, mientras la doncella calentaba agua para un baño, y el señor Hutton nos recibió, en el pasillo, fuera de la habitación del capitán Neal.

Él frunció el ceño.

—Gracias, señores. Parece una ofrenda insignificante, pero no sé qué más decirles.

—Esto aún no está terminado. —Me estremecí.

Un ayuda de cámara abrió la puerta y sacó la ropa sucia, y encontramos a una doncella arrodillada, ante la chimenea, encendiendo el fuego, mientras otra cubría al inválido con mantas.

—¿Qué le aqueja? —preguntó el señor Hutton.

—Marianne mencionó que él se golpeó la cabeza, cuando el carruaje se estrelló contra el río. —Ni siquiera podía decir esas palabras sin ofrecer una oración de gratitud porque ella salió casi ilesa del accidente—. Aún no está consciente.

La mandíbula del señor Hutton se tensó.

—¿Hasta dónde llegaron?

—No lo sabemos —dijo James—. Creo que los seguimos durante poco más de media hora, y encontramos los restos del naufragio. Es una suerte que ellos no estuvieran mucho más lejos.

—Pueden ir a descansar. Me encargaré que el médico encuentre al capitán. —El señor Hutton resopló.

—Él también necesita ocuparse del brazo de Marianne. Se cortó, pero puede esperar —dije.

Él asintió.

—Si necesita ayuda para asegurarse que el capitán no escape...

—Eso no será necesario —replicó el señor Hutton, dándome una palmada en el hombro—. Prefiero ahorcarme yo mismo, antes que perder de vista a ese sinvergüenza.

Dejamos al padre descontento en su puesto.

—Creo que entonces me iré a la cama —expresó James—. Puedo llevar a los hombres al río con las primeras luces del día para buscar al cochero.

—Eso está solo a unas pocas horas de distancia.

—Sí. Yo me las arreglaré. Llevaré algunos hombres. Supongo que preferirías quedarte aquí.

—Espero que Marianne duerma hasta tarde. Me uniré a ti en la búsqueda.

James asintió.

—Buenas noches, gallina.

Estaba agradecido de haberlo tenido a mi lado esta noche. Nos separamos y recorrí el pasillo, flotando fuera de la puerta de Marianne. Tarde o temprano seguramente vendría o saldría una criada, así que no temía tener que esperar mucho. Resultó que pasó un cuarto de hora, antes que alguien sintiera la necesidad de abrir la puerta, y fue la señora Hutton.

Se sobresaltó al encontrarme apoyado contra la pared opuesta, pero cerró la puerta detrás de ella y vino a mi encuentro, ajustándose la gorra sobre la cabeza.

—Ella está durmiendo ahora.

—Llamaron al médico.

Ella asintió.

—La despertaré cuando él esté listo para ocuparse de su brazo. Lo envolví lo mejor que pude para que no le impida dormir.

El silencio se mantuvo entre nosotros por un largo momento. Cuando la señora Hutton volvió a hablar, las lágrimas se acumulaban en sus ojos, y coloreaban su voz.

—Gracias, Henry.

Bajé la cabeza.

La señora Hutton me abrazó y yo le devolví el abrazo maternal. Dio un paso atrás y se secó los ojos.

—Nunca podré agradecerles lo suficiente.

—Solo estoy agradecido de haber estado despierto para escucharla irse.

—Es la Providencia —dijo ella.

—Indudablemente.

—Ahora, debes retirarte. Estoy segura que estás exhausto.

—Primero quería asegurarme que Marianne está bien.

—Ella está bien.

Eso alegró mi corazón, aunque el desagradable asunto no había concluido, todavía no. Teníamos que ocuparnos de Neal, llevarlo ante un magistrado, localizar al cochero perdido y los caballos que habían tirado del carruaje, y retirar los restos del río. Fui a mi habitación con el

corazón apesadumbrado y el consuelo del alivio. Todo eso estaba delante de nosotros, aunque dichosamente Marianne estaba a salvo.

Capítulo 31

Marianne

Dormí, mientras el médico me atendía. No se podía culpar totalmente al esfuerzo físico de la noche anterior por la fatiga, que me atormentaba, pero junto con el miedo de preguntarme si algún día volvería a ver a Henry o a mi familia, mi cansancio era total. Ahora el capitán Neal pertenecía a Bedlam. El hombre se había vuelto loco.

Cuando Keene me ayudó a vestirme para el día y a salir de mi habitación, con una venda en el brazo protegiendo mi brazo cortado, ya era más del mediodía y desconfiaba del estado, en el que encontraría a nuestros invitados. ¿Sabían todos de mi aventura nocturna? Ninguno de mis padres todavía me había preguntado por qué tenía que salir a caminar sola, después de medianoche, y me esperaba un ajuste de cuentas. El alivio que me había proporcionado mi velada traumática no duraría para siempre.

Sabía que necesitaba afrontar mis errores y decisiones tontas, pero eso no era un ejercicio agradable.

El sonido de la conmoción, en la entrada, llegó a mis oídos, antes de bajar las escaleras. Los sirvientes llevaban baúles por la puerta abierta, la luz del sol brillaba sobre el suelo de mármol y el bullicio de la evacuación era notable. La señorita Gatley estaba cerca, atándose los cordones de su sombrero, bajo la barbilla.

Cuando llegué hasta ella, ni siquiera fingió alegría al verme.

—¿Usted se va? —le pregunté.

—Mi padre insiste.

Los sonidos de los sirvientes cargando baúles y abrochándolos al maletero del carruaje Gatley afuera llenaron el espacio entre nosotras. Si ella no estaba al tanto de lo que ocurrió anoche, sería mejor no hacérselo saber. Pero estaba ansiosa por saber hasta qué punto debía protegerme contra la especulación y los chismes de la alta sociedad.

—Echará de menos el baile.

La señorita Gatley se puso los guantes.

—Creo que vamos a asistir a otra fiesta, en una casa, en Sussex. No se ofenda mucho por nuestra partida. Necesito un marido y aquí no hay ninguno.

La desesperación de sus acciones me impactó.

—¿No puede quedarse para disfrutar de nuestra compañía? —Me gustaba pensar que si hubiéramos dejado caer nuestras armas, y no estuviéramos luchando por la atención de los caballeros, podríamos habernos hecho amigas.

Una expresión de anhelo atravesó el rostro de la señorita Gatley, pero desapareció tan pronto como llegó. Se aclaró la garganta suavemente, enderezando un guante, que ya estaba recto.

—Tengo pocas opciones al respecto.

—¿Podríamos hablar claramente?

—Usted puede —concedió. Sin embargo, ¿eso significaba que ella no lo haría a cambio?

—Si necesita tanto un marido, ¿por qué reveló mi encuentro con Henry? Indudablemente, al guardar ese secreto, eso la habría ayudado. Al menos le habría proporcionado más tiempo.

El último baúl fue llevado afuera. La puerta permaneció abierta a los sonidos distantes de los caballos impacientes, que se movían.

—A pesar de mis circunstancias actuales, no quiero casarme por una fortuna.

—¡Eso es una bendición! Además, Henry no posee una. Para empezar, los esfuerzos suyos con respecto a él fueron infructuosos.

Ella me miró extrañada.

—Es posible que no usted esté debidamente informada sobre su situación.

Pensé lo mismo de ella, pero no lo dije.

La señorita Gatley me miró fijamente.

—Heredó una buena suma, además de una casa, cuando murió su padre. No es nada de lo que debamos reírnos. —Ella miró hacia otro lado—. El sirviente de mi padre se enteró por el ayuda de cámara de Henry hace solo unos meses. De todos modos, ya casi no importa.

"¿Una buena suma? Sin considerar los ingresos que, sin duda, ha acumulado con su exitosa carrera literaria hasta el momento, aunque nadie más sabe de esa parte".

La señorita Gatley suspiró. El cansancio le dobló un poco los hombros.

—Los Warburton están celebrando una fiesta en casa y se dice que asistirán tres caballeros elegibles. Creo que ese siempre fue el plan de contingencia de mi padre.

Sopesé mis palabras y su inminente partida me soltó la lengua.

—Si usted no está contenta, ¿por qué se somete al plan?

—Él es mi padre y me ha pedido esto. ¿Qué más puedo hacer? —La señorita Gatley masticó sus palabras.

—Usted interrumpió sus intenciones hacia Henry...

—Estoy dispuesta a ayudar a mi padre, pero no me casaré con cualquiera. Especialmente, no lo haré con un hombre que está enamorado de otra persona.

Se oyeron pasos sobre el suelo de mármol, impidiéndome responder a su atrevida declaración. No pensaba que él realmente me amara, en ese entonces, pero la idea (que sí podría haberlo hecho) envió una descarga de placer, a través de mí, de todos modos. La señora Gatley se adelantó, encabezada por mi madre.

—Estamos tristes que se vayan —manifestó mi madre—. Espero que se unan a nosotros, nuevamente.

La señora Gatley agachó la cabeza y tomó a su hija del brazo. Se marcharon en silencio. Me paré junto al hombro de mi madre, y los vi subir al carruaje. El señor Gatley ya estaba esperándolas adentro.

—¿Estaban conscientes de la situación? —pregunté, temerosa de mirar a mi madre, temiendo lo que encontraría en su rostro.

—No. Ya habían tomado una decisión. No se habló de ello, pero creo que tienen la impresión que el capitán Neal se fue por su propia voluntad.

—No podremos mantener en secreto su presencia aquí.

—No, pero la partida de ellos nos ha dado un poco de tiempo, antes que seamos objeto de chismes. —Ella tomó mi brazo, obligándome suavemente a mirarla—. Me temo que el capitán no se encuentra bien de salud. El doctor Mathers cree que no sobrevivirá este día.

Una extraña sensación de inquietud me invadió.

—¿Se ha informado a algún magistrado?

—Sí. Papá lo visitó esta mañana. Los dos hombres Bradwell partieron al amanecer para encargarse del carruaje y el cochero, y papá tiene la intención de reunirse con ellos, después de ocuparse del capitán Neal.

—¿Han regresado?

—Aún no. —Ella respiró entrecortadamente—. Debes considerar qué elección te gustaría

hacer. Si el capitán Neal no aguanta el día, no es necesario que lo arresten en absoluto. Podemos enterrar la situación, antes que llegue a la sociedad, pero entonces el hombre no será despojado de su posición, en la marina.

—¿Crees que harían eso? —pregunté. No estaba familiarizada con el protocolo militar.

—Ciertamente. Una baja deshonrosa al menos.

—O preservamos su memoria y nuestra reputación.

—En efecto.

¿Cómo podría tomar tal decisión? La misma no solo me afectaría a mí. Esta iría más allá, perjudicando a mi familia, Henry, su apellido, y la reputación de su familia. Yo era una mujer comprometida, pero todavía no estaba casada, y la mancha que podría pintar sobre todos nosotros no sería agradable.

—Y si sobrevive...

—Entonces, es una pregunta innecesaria, cariño. Será arrestado y juzgado.

—Voy a esperar —asentí.

—¿Pasamos la tarde más cómodamente? El resto de nuestros invitados están reunidos en el salón. Incluso Julia se ha unido a nosotros. Pensé que hoy podríamos terminar de coser las carteras. Creo que nuestras manos se alegrarán del trabajo intenso.

—En efecto. —Pasé mi brazo ileso por el de mamá y le permití que me llevara al salón—. Ocupemos mejor nuestras manos y nuestras mentes.

Capítulo 32

Henry

Saqué el pañuelo flácido de mi bolsillo y me lo pasé por la frente sudorosa. Fue una mala noticia descubrir que un hombre (de esos lares) sacó el cuerpo del cochero del agua, esta mañana. Esto fue una pérdida innecesaria de una vida.

El carruaje en sí quedó totalmente inservible, y lo habían retirado del agua. Un puñado de sirvientes de los Hutton lo estaba desmantelando, llenando un carro con las piezas, considerando que este vagón había sufrido daños irreparables.

El señor Hutton y Lord Moorington se quedaron para ver al agente local y hablar acerca del cuerpo del cochero, pero James y yo nos dirigimos a casa, dejando el último trabajo a los sirvientes. Habíamos hecho mucho, y estaba ansioso por regresar con Marianne.

—¿Paramos? —preguntó James, cuando llegamos a un pueblo pequeño y desconocido. Señaló con la cabeza hacia la taberna.

Mi vientre retumbó en respuesta.

—Consideraré que esa es la respuesta. —Él me sonrió.

Por muy ansioso que estuviera de estar en Hutton House, entendí la importancia de no caerme del caballo por la fatiga. Como dormí poco anoche y realicé mucho trabajo manual, esta mañana, estos factores se combinaron para dejarme hambriento.

—¿Pero podemos ser rápidos?

—Sí. Me doy cuenta de lo desesperado que debes estar por ver a la señorita Hutton.

Dejamos nuestros caballos y entramos al pub. Tomando asiento en una mesa contra la pared, solicitamos dos comidas a la sirvienta. La taberna estaba prácticamente vacía, salvo por un grupo de hombres, bebiendo en el otro extremo del salón. Otro hombre estaba sentado, cerca de nosotros, con la cabeza inclinada hacia adelante, mientras roncaba contra la mesa.

—Esto es lamentable —aclaró James, acercándose y bajando la voz. Asintió con la cabeza hacia los otros hombres—. Pensar que encuentran satisfacción en esta forma de vida.

—Entiendo que no se puede soportar la inactividad, pero a veces hay algo que decir a favor de reducir el ritmo.

—Felicity me enseñó mucho. Pero, ¿dormir todo el día en una taberna? ¿Y ni siquiera en una de las habitaciones de arriba? Les tengo lástima.

Nos trajeron pasteles humeantes y yo comí, sin importarme qué tipo de carne contenían. El aroma era rico y sirvió para saciar mi hambre.

—Es una lástima que Benedict y Thea estén disfrutando de su luna de miel —expresó James con la boca llena—. Cuando más tarde le regalemos la aventura, se arrepentirán mucho más de habérsela perdido.

—Me pregunto, si ellos ya han tenido suficientes aventuras últimamente.

—Quizás fui yo quien se perdió su ayuda en el río, esta mañana.

—Yo también los extraño. —Me reí y di otro mordisco.

El hombre dormido cerca de nosotros se despertó, frotándose la cara, antes de levantar su cuerpo de su posición desplomada. Estaba de espaldas a mí y se llevó la taza a los labios, emitiendo un sonido de decepción, al encontrarla vacía.

Golpeó la mesa con la taza, varias veces, y luego giró, estirando la espalda.

James bajó su tenedor.

—¿Daniel Palmer?

Por supuesto, yo conocía ese nombre. Miré bruscamente.

"¿Este es el hijo de Lady Moorington?"

El señor Palmer miró por encima del hombro con cautela. Sombras púrpuras cayeron bajo sus ojos inyectados en sangre. Tenía el pelo desordenado y la ropa tan arrugada, que al principio no me di cuenta que era un caballero.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó James.

—Evitando a mi madre. —Él mostró una sonrisa perezosa—. Sí, ella lo sabe… —pronunció las palabras, antes que pudiera pensar mejor en ello.

Él parecía sorprendido.

—Venimos de Hutton House —le explicó James—. Tu madre y tu padrastro también han sido invitados allí.

—¡Ah! ¿Van a asistir a la fiesta en casa? Ese es mi destino —manifestó Palmer. Estaba muy claro que estaba haciendo cualquier cosa menos dirigirse a Hutton House.

—Puedes acompañarnos el resto del camino. Estaremos felices de esperarte, mientras recoges tus cosas. —James se aclaró la garganta—. O refrescar tu cabello.

Daniel lo miró fijamente durante demasiado tiempo. Quizás no le gustaba que lo obligaran a cumplir con sus compromisos, pero había llegado hasta aquí. Era ridículo no recorrer el resto del camino.

Nos miró con recelo.

—Trato de evitar estas situaciones porque mi madre tiende a aprovecharlas como oportunidades para buscarme una pareja. Así que, como puedes ver, me ha costado convencerme de llegar hasta el final. —Se pasó una mano por la cara—. ¿Quién más está allí?

—Es una verdadera reunión familiar —respondió James—. Tu prima Felicity y mi madre están allí.

—Los Hutton, por supuesto —agregué—. Y su hija mayor, la señora Walding.

—La señorita Hutton aún no está casada, ¿cierto? —preguntó el señor Palmer.

—De hecho, pronto lo estará. —No pude evitar sonreír—. Recientemente, aceptó convertirse en mi esposa.

El señor Palmer se relajó.

—Buenas noticias.

—Gracias. —Estaba seguro que él quería decir que era feliz porque ella no se le presentaría como una posible novia. Especialmente, cuando su madre participaba en emparejamientos no deseados.

James tomó un trago de su cerveza y volvió a dejar la taza.

—Los Gatley estuvieron recientemente en la residencia, pero probablemente ya se habrán ido, cuando regresemos.

—Es una pequeña fiesta en casa —destaqué—. Me temo que no hay señoritas a las que tirarle la gorra.

El señor Palmer sacudió la cabeza y su postura se relajó aún más.

—Eso es un alivio. Mi gorra quisiera permanecer firme en mi cabeza. —Se puso de pie, sacudiéndose la parte delantera del chaleco—. Iré con ustedes, el resto del camino. Puedo bajar en un cuarto de hora.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dije, estando seguro que ese hombre tardaría más de quince minutos para lucir presentable.

Se fue, subió las escaleras y desapareció de la vista.

—Esto fue fortuito —murmuró James.

—Creo que su querida mamá se alegrará por su presencia.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva escondido aquí?

Consideré la comodidad, en la que había estado durmiendo, y luego pensé en su dormitorio.

—Lo esperaban hace más de una semana, así que me atrevo a decir que ha estado escondido, al menos durante ese tiempo.

—No envidio al hombre. Felicity ha comentado que no ha sido el mismo desde la muerte de su padre. He visto el dolor consumir a la gente. Espero que eso no le pase a él.

Esperamos casi media hora hasta que reapareció Daniel. Ese tiempo fue suficiente, mientras pedíamos y compartíamos otro pastel de carne. Trajo su baúl y entró en el salón, luciendo como un hombre completamente diferente. Su rostro estaba más fresco, afeitado y su cabello húmedo, limpio y en orden. Tenía los ojos enrojecidos, pero se habían aclarado un poco, y su ropa estaba fresca. Tenía todo el aspecto de un caballero, aunque muy cansado y con un aspecto ligeramente enfermo.

—Supongo que ya es hora —dijo.

No entendí su aprensión. Su madre parecía absolutamente encantadora y ansiaba volver a verlo. Era una emoción que conocía íntimamente, ya que deseaba ver a Marianne con la misma intensidad.

Solo media hora más, y ella volvería a estar en mi punto de mira.

Capítulo 33

Marianne

—Su nieto es una delicia —dijo la señora Bradwell, sonriendo a Frederick, mientras él alineaba sus animales de madera en el suelo.

—Lo has encontrado en un momento más tranquilo —destacó Julia, pero sonrió con indulgencia a su hijo.

Mi madre miró a Frederick.

—Todos los nietos parecen absolutamente encantadores, ¿no es así?

—En efecto. Estoy ansiosa por tener uno propio.

Felicity no dijo nada y me pregunté si preferiría un cambio de conversación. El señor Darcy acudió en su ayuda, saliendo de debajo del sofá y estirando la espalda.

Frederick levantó la vista de su elefante de madera, y su ansiosa mirada se posó en el gato de inmediato. ¡Cielos! La señora Bradwell estaba a punto de comprobar lo desagradable que a veces podría llegar a ser Frederick.

—¡Gatito!

El señor Darcy se quedó paralizado a medio paso, y miró a Frederick.

—Cariño, sé gentil —le advirtió Julia.

Frederick se acercó a mi nervioso gato y lo levantó, estrechándolo con amor y profundo afecto.

—¡Gatito!

El señor Darcy aceptó el abrazo con gracia. Me puse de pie, crucé hacia ellos y me arrodillé, ante mi sobrino.

—No queremos presionar demasiado al señor Darcy, o no querrá abrazos en el futuro. —Suavemente, lo liberé de sus brazos, y tomé al gato en mi regazo, acariciando su espalda—. ¿Lo acariciamos suavemente?

Frederick se arrodilló, apoyó la cabeza en la espalda del señor Darcy, y lo abrazó nuevamente.

—Gatito suave —expresó en voz baja.

El señor Darcy no rechazó esta insinuación. Quizás el gato podría aceptar mejor a Henry, porque claramente era adaptable. Hace unas semanas atrás, ni siquiera habría permitido tal afecto público por parte de nadie.

—Tienes habilidad con los niños —resaltó la señora Bradwell.

La miré. Pronto se convertiría en mi suegra y su aprobación me inundó de orgullo.

La puerta se abrió y Shaw entró. Tenía una pila de papeles en la mano, que me parecían extrañamente familiares, y el corazón se me subió a la garganta, cuando reconocí el documento sucio.

Él sostuvo mi manuscrito.

Me puse de pie de un salto, antes que mi madre me llamara. El señor Darcy saltó de mi regazo y corrió hacia el borde del salón. Frederick corrió tras él.

—Creo que eso me pertenece —dije con voz temblorosa.

El señor Shaw pasó la mirada de los papeles, que tenía en las manos, a mí, y asintió.

Solté una risa incómoda, aceptándolos.

—Me preguntaba adónde había llegado esto. —Pensé que tal vez se habían escapado con el

viento, o algo igualmente deprimente había sucedido. Me alegré que estuvieran aquí, incluso si lo más probable es que estuvieran arruinados y fuera necesario reescribirlos.

—¿Esos son tuyos? —preguntó mi madre, alzando las cejas hasta la frente—. Pero... es una novela.

Mi garganta se apretó y mi cuerpo se congeló. ¿Los había encontrado ella primero? Mi secreto estaba desnudo y abierto en mis manos. Cada par de ojos en el salón se dirigió hacia mí. Julia, mi madre, Felicity, la señora Bradwell y Lady Moorington. Había mucha gente aquí y cualquier respuesta moriría en mi lengua.

—¿Quieres decirnos que escribiste una novela? —preguntó Julia.

"Así es, pero, ¿puedo hacer pasar esto como una carta extremadamente larga?"

Miré hacia la pila de papeles, que tenía en mis manos. Había demasiadas páginas y esto no podía ser una misiva.

Mi madre negó con la cabeza.

—¿Mari? No comprendo.

—No es algo que quisiera que fuera ampliamente conocido —dije débilmente.

Parecía sentir que la audiencia me estaba desanimando, pero en este punto, sería mejor explicárselo a todos. El secreto fue revelado y, en cierto modo, todos en el salón, eran mi familia, o lo serían pronto. Incluso Lady Moorington, la tía de mi cuñada, se convertiría en parte de mi familia, y también, la señora Bradwell, la madre de mi marido.

"Sí, mi marido".

Incluso pensar eso me provocó cierta emoción. Mi corazón estaba ansioso por volver a verlo. Si estuviera aquí ahora, me habría apoyado, independientemente si hubiera decidido contarles o no sobre mi autoría. Esa comprensión solo sirvió para recordarme que tenía una opción. Había decidido hace mucho tiempo, que no podía compartir esta información con nadie por miedo a que no la comprendieran, me juzgaran o desaprobaran. Pero esa era simplemente una forma cobarde de no verme obligada a confiar, en las personas que amaba.

Al igual que con Henry, no podía confiar en mi madre, mi hermana o mi padre, sin antes darles un voto de confianza.

Me aclaré la garganta.

—Sí. Escribí una novela. En realidad, he escrito dos.

Las miradas sorprendidas y en blanco regresaron a mí, así que hice lo único que se me ocurrió: llené el silencio.

—Tengo la intención de publicar con mis iniciales. Un editor de Londres compró el primer libro hace tres años, pero...

—¿Tres años? —protestó mi madre—. ¡Cielos! Cariño, ¿por qué guardaste el secreto durante tanto tiempo?

—Porque tenía miedo que no aprobaras esto, o que no disfrutaras mis historias. Y temía que eso desagradara a papá.

Pude ver que ella me entendió y no dijo nada más.

—Esperaba que si pudiera publicar mis novelas y encontrar una manera de sustentarme con ellas, no necesitaría casarme por seguridad, y podría encontrar una pareja por amor.

—Todo lo que siempre quise que encontraras fue un matrimonio por amor —aclaró mi madre, en voz baja.

—Lo sé. —Sonreí—. Y eso es lo que tengo.

Julia se burló.

—No puedo creer que hayas escrito una novela... dos novelas —corrigió—. ¿Podemos

leerlas?

—Ojalá puedas hacerlo pronto. —Miré el desorden de papeles en mis manos, el barro y la condensación habían borrado algunas de las palabras—. Me temo que esto quedó esparcido afuera. Necesito devolver estas páginas al orden, que les corresponde, y me temo que tendré que reescribir muchas de ellas. ¿Si me disculpan? —Observé a mi madre, quien asintió con una sonrisa brillante. Podía sentir su orgullo irradiando, y eso me dio coraje.

—¡Esto es maravilloso! —destacó Lady Moorington—. Seré la primera en la fila de Hatchards, cuando tu libro llegue a sus estantes.

—Puede que no tenga mi nombre.

—Tu secreto está a salvo con nosotras —insistió la señora Bradwell.

Dejé escapar un suspiro, y estaba muy aliviada. Mantener mi identidad alternativa, en secreto, durante tanto tiempo había sido agotador. No deseaba que toda Inglaterra supiera que yo era la autora de estos libros, al menos, todavía no, pero tener a mi familia al tanto de la situación, seguramente haría esto más fácil, y aliviaría parte de la tensión de ocultarlo.

El señor Darcy hizo un sonido incómodo al otro lado del salón.

—¡Oh! Frederick, déjalo en paz —dijo Julia.

Crucé la habitación y recogí a mi gato, para consternación de mi sobrino.

—Creo que el señor Darcy necesita mi ayuda.

—Quiero gatito.

—Gatito volverá más tarde, pero gatito necesita una siesta.

Julia se levantó.

—Frederick también necesita una siesta.

* * *

Trabajé durante la mayor parte de la tarde para organizar la novela, en el orden correcto. Solo había media docena de páginas, que estaban arruinadas más allá de la legibilidad, y las reescribí lo mejor que pude. Necesitaría reescribir la novela entera, antes de enviarla a cualquier editor, si quería que me tomaran en serio. Al menos podría ofrecerle esto a Henry para que primero la leyera.

Keene me ayudó a vestirme para la cena.

—¿Han regresado los hombres? —le pregunté.

—¡Oh, sí! Regresaron hace más de una hora.

—Eso es un bendito alivio.

—También trajeron al señor Palmer con ellos.

Miré hacia ella.

—¿El señor Palmer? ¿Qué quiere decir con que lo trajeron?

—Él llegó con ellos. He oído algo acerca que los señores Bradwell lo encontraron en un pub.

—¡Oh, cielos! —Esto no era prometedor—. ¿Puede hacerme un favor, Keene?

Dejó de recoger mi vestido del borde de la cama y me miró.

—Por supuesto, señorita.

—Esperaba poder hablar en privado con Henry, antes de cenar. ¿Le puede pedir que se reúna conmigo en la biblioteca?

Ella sonrió y no pude evitar encontrar que su expresión es contagiosa.

—De inmediato, señorita.

Cogí mi manuscrito, me revisé el pelo en el espejo, y bajé a la biblioteca. Mi corazón se

aceleró. Tenía muchas ganas de volver a verlo.

Afortunadamente, el hombre no me hizo esperar mucho.

La puerta se abrió con un chirrido y Henry entró, cerrándola detrás de él.

—Deberíamos haber conseguido un compromiso desde el principio. Proporciona mucha más privacidad, ¿no? —Su voz baja era reconfortante.

Me recliné para sentarme contra el escritorio, ocultando el manuscrito detrás de mí. No pude evitar la sonrisa, que se dibujó en mi rostro, porque verlo trajo tanta alegría a mi corazón.

Llevaba papeles consigo. Los dejó en el escritorio, a mi lado, mientras sus brazos rodeaban mi cintura, atrayéndome para abrazarme, y su sien estaba descansando contra la parte superior de mi cabeza. Inhaló lentamente y sus brazos me rodearon con más fuerza.

—Me alegro de tenerte aquí. —Respiré, cómoda y segura.

—¿Te hablaron del cochero?

—No.

—Un granjero lo encontró. —Su tono fue suficiente para entender que el hombre no había sido encontrado con vida, y yo no deseaba conocer más detalles que eso.

—Me temo que habrá un resultado similar que con el capitán Neal.

—Tenía la esperanza que el hombre siguiera vivo el tiempo suficiente para responder por sus acciones. —Henry se burló.

—Y aquí ni siquiera quiero hablar de él. —Me recliné. Henry aflojó su agarre, pero no me soltó.

—Entonces, no hablaremos de él —replicó resueltamente.

—Te traje algo.

—También te traje algo.

—¿El próximo capítulo?

—No… Traje el primer capítulo de mi nuevo libro. —Él sonrió, dejando al descubierto sus dientes perfectos y ligeramente desiguales.

—Pensé que no deseabas que lo leyera. —Mi corazón tartamudeó.

—Creo que debe ser sobre ti, por la facilidad con la que esto fluyó de mi pluma, así que tienes todo el derecho a ello.

—Una historia de amor. —Mi corazón galopó.

—Precisamente.

—En ese caso... —Di vuelta y cogí la novela manchada de suciedad con el pulso acelerado —. Estaba tratando de contarte esto anoche, cuando intervino el capitán Neal.

—¿Estaban afuera?

—Recibí una nota, diciéndome que nos reuniéramos en el sauce. La leí tan rápido, que no vi nada malo en la letra. El lugar de reunión era el mismo que te había escrito, así que tiré la nota al fuego, y bajé.

—No me digas que ese canalla tiene una mano similar a la mía.

—Fue complicado, pero creo que así es, porque no cuestioné quién lo escribió.

Henry miró los papeles que yo sostenía.

—¿Me permitirás leer tu novela?

—Quiero que lo hagas. Tomé la decisión ayer. Mi madre también lo sabe, pero aún no se lo he contado a mi padre.

Él tomó mis hojas y me entregó las suyas.

—¿Fingimos cansancio y volvemos a nuestras habitaciones a leer? —pregunté.

—Me temo que ahora que todos conocen nuestros escritos, se darán cuenta directamente de

esa excusa.

—¿Todos? ¿A quién se lo has contado?

Hojeó las primeras páginas, antes de volver a centrar su atención en mí.

—James… Mi hermano fue un gran apoyo. Ahora debo decírselo a mi madre.

—Bueno, ella sabe de mí. Todas las mujeres de la casa lo saben.

Una sonrisa apareció en sus labios, llamando mi atención allí.

—¡Míranos, incapaces de guardar un secreto!

—Creo que hicimos un trabajo maravilloso hasta ahora, y no creo que confiar a otros esas cosas privadas e importantes signifique que hayamos fracasado. Encuentro un gran éxito en ello.

—Yo no podría haberlo dicho mejor. —Se inclinó para besarme, atrapando las páginas entre nosotros, mientras me acercaba, y sus labios encontraron los míos. El señor Darcy saltó al escritorio detrás de mí, y Henry retrocedió, pero el gato no lo atacó. Se acurrucó y se sentó en las páginas que Henry me había traído.

—Creo que te has ganado la aprobación del señor Darcy —dije.

Henry me besó de nuevo.

—Te amo —me susurró al oído con una dulzura que encarnaba al hombre que era.

—Yo también te amo.

Capítulo 34

Marianne

La incorporación de Daniel Palmer a nuestra fiesta, en casa, no había hecho más que provocar a Lady Moorington un ataque de placer, y a Lord Moorington cierto resentimiento. Sin embargo, aplaudí la habilidad del conde para ocultar su irritación. Aparte de las sonrisas con las mandíbulas apretadas y el ceño constantemente fruncido, él parecía perfectamente tranquilo.

Nos dirigíamos hacia el salón, después de cenar, cuando Keene abrió la puerta de servicio situada en la pared, y sus ojos muy abiertos miraban a Shaw y a mí.

El mayordomo dejó su puesto, en la puerta del salón, y le habló con severidad. Ella respondió, en un susurro, y él miró directamente a papá. Algo estaba pasando y estaba casi segura que tenía que ver con el capitán Neal.

—Me temo que el capitán Neal ha despertado —nos transmitió Shaw.

—¿El médico?

—Llamamos al médico —ratificó Keene.

—Yo me ocuparé de él —asintió mi padre.

Me moví para seguirlo y la mano de Henry se estiró para agarrar la mía. Parecía preocupado, pero no tenía por qué sentirse así. Le di un apretón tranquilizador y él me soltó.

—Caminaré contigo, papá. Me gustaría saber su condición.

Mi padre me ofreció su brazo, llevándome escaleras arriba. Cuando llegamos al pasillo, él dudó.

—No estamos seguros en qué estado lo encontraremos.

—No tengo ningún deseo de ver o hablar con el capitán Neal.

Mi padre parecía aliviado.

—Me preguntaba, si esperas que él rindiera cuentas.

—Esta noche no, al menos. Aunque su mala salud es culpa suya, y eso podría ser suficiente castigo.

—De hecho. —Él estuvo de acuerdo, pero parecía preocupado por mi declaración.

Estaba segura que no creía que me correspondiera exigirle a Neal, que rindiera cuentas, del mismo modo en que no tenía derecho a escribir libros, reunirme con un editor, o hacer aquellas cosas, en las que las mujeres no eran bienvenidas. Respiré profundamente.

—Fue mi estupidez la que me llevó afuera anoche y lo acepto. El hombre me hizo daño, y me gustaría ver que no pueda tratar a ninguna otra joven de la misma manera.

Papá me miró con el ceño fruncido.

—¿Elegiste caminar afuera anoche?

"¡Oh, cielos! ¿Él no lo sabía?" Tragué.

—Tenía la impresión que Henry me esperaba.

La mirada perturbada, que cruzó su rostro, me hizo explicarle rápidamente.

—Solo para poder darle algo. No fue así, es decir, necesitaba… —Respiré profundamente —. Un libro… Escribí un libro y quería que Henry lo leyera.

Mi padre estaba muy quieto.

—¿Escribiste un libro?

—Dos libros. Uno de ellos está con un editor, pero no lo envían a imprimir, probablemente porque descubrieron que yo soy una mujer. Henry me está ayudando a encontrar un nuevo editor

sin revelar nada sobre mí.

Mi padre guardó silencio y el momento se prolongó entre nosotros. Podía escuchar sonidos provenientes del salón cerca de la base de las escaleras, pero el lugar estaba perfectamente aislado de donde estábamos. Me miró por un momento, mientras que su cabeza ladeada hacia un lado, en un estado de confusión.

—¿Por qué no nos lo has dicho?

—Pensé que no estarías contento con eso.

Sacudió la cabeza lentamente, y me abrazó.

—Estoy impresionado, querida, y sorprendido. Ojalá hubieras sabido que podías pedirme ayuda. No era necesario que lo hicieras por tu cuenta.

La conmoción me recorrió, como las pequeñas olas en nuestro lago.

—¿Lo apoyas? Pero soy una mujer. No lees libros escritos por mujeres.

—Sí, porque no me atraen. No porque sean escritos por mujeres. Me encantaría leer tu libro de todos modos.

"¿Lo juzgué tan terriblemente mal? ¿Mi padre realmente respeta lo que he logrado?"

Él dio un paso atrás con cierto orgullo brillando en sus ojos, y supe de inmediato que lo había malinterpretado antes. O tal vez, él no valoraba a las mujeres, como autoras, hasta ahora, pero sí me valoraría a mí, y yo podría demostrar que su opinión anterior estaba equivocada.

—Si espero aquí, ¿me dirás cómo está? —pregunté, atraída por una repentina curiosidad.

—Por supuesto. —Entró en la habitación y yo esperé en el pasillo, escuchando el murmullo de voces ininteligibles, al otro lado de la puerta. Debió haber pasado un cuarto de hora, cuando mi padre regresó a mí.

La mueca que mi padre mostraba no era prometedora.

—Me temo que no le queda mucho tiempo en este mundo.

—¿Habló contigo?

Papá negó con la cabeza.

—No tiene familia a quien informar —dije.

—¡Qué lástima!

Llegó el médico y siguió a papá al interior de la habitación. Me escapé para unirme a la fiesta, y los encontré jugando charadas en el salón.

Me senté en una silla vacía cerca de mi madre, y vi como Henry me sonreía desde el otro lado del salón. Había mucho trabajo por hacer, antes de poder enviar mi novela, pero sabía que con su ayuda encontraría al editor adecuado.

Daniel Palmer le dio un acertijo al grupo:

—¿Qué hay que romper para poder usarlo?

—¿Un reloj? —preguntó mi madre.

—Un huevo. —Lord Moorington chasqueó los dedos.

La mirada de Daniel solo se dirigió brevemente a su padrastro, en un reconocimiento por lo que había escuchado.

—Sí.

—Has llegado justo a tiempo, ¿sabes? —dijo Lady Moorington.

—¿Oh? —Daniel volvió a tomar asiento, mirando a su madre.

—Sí. Tendremos un baile al final de la semana para celebrar el compromiso.

—¡Oh! —lo repitió sin emoción. Se pasó una mano por el pelo oscuro—. ¡Qué grandioso!

—No temas —aclaró James—. Mi esposa no baila. Puedes acompañarla tantas veces como quieras, y sentarte afuera toda la noche.

Lord Moorington tosió.
—Él cumplirá con su deber. Es un hombre Palmer.
—Sí, milord —expresó Daniel, aunque detecté sarcasmo en su tono.
En cuanto a mí, no podía esperar para volver a bailar con Henry.

Capítulo 35

Henry

Cuando regresamos de un paseo, a la mañana siguiente, Shaw me tendió una bandeja que contenía dos cartas. Las tomé y le di las gracias, dándoles la vuelta para descubrir al remitente. Levanté la vista y encontré la mirada de Marianne.

—¿Son ellos? —preguntó sin aliento.

—Sí. —Tomé su mano—. Ella recogió su falda de hábito con la otra mano para evitar que se arrastrara—. Las leeremos juntos.

Caminamos por el pasillo, pasamos por el salón, donde nuestras madres chismorreaban, hacia las puertas abiertas, que conducían al salón de baile. Dos hombres estaban pintando diseños en el suelo para el baile, que se celebraría dentro de dos días, mientras que una criada colocaba velas nuevas en la lámpara de araña, que se encendería esa noche. Tiré de la mano de Marianne hasta que llegamos a la pared del fondo, donde la luz entraba por las largas ventanas y nos inundaba de calidez.

La miré.

—¿Te gustaría abrirlas?

—No. Apenas puedo soportar el suspenso. —Ella me miró, esperando.

Me apresuré a abrirlas y a examinar las palabras, luego se las entregué para que ella misma las leyera, letra por letra.

—Tres editores interesados, Mari. ¡Son tres! Puedes decidir.

—¿Me aconsejarás?

—Por supuesto. —Sonreí—. Sabía que lo querrías. Ya no hace falta que te preocupes por Marbury.

—¿Por cualquiera de nosotros, tal vez? —preguntó.

Miré sus profundos ojos marrones.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando seleccionemos un editor y le enviemos mi manuscrito, tú también debes enviar el tuyo... Esa historia original, antes que la cambiaras.

“La historia original de aventuras sin romance, ella quiso decir eso”.

—¿Qué deje a Marbury? Pero, él ha hecho mucho por mí.

—Deberías estar agradecido, por supuesto, pero ambos sabemos que la historia, que escribiste primero fue la mejor. Si Marbury no la quiere, deberías buscar a alguien más que sí la quiera. —Ella tomó mi mano—. No es deslealtad. Es permanecer fiel a ti mismo. Puedes contarle tu plan primero y darle la oportunidad de cambiar de opinión.

—No creo que lo haga.

—Entonces, haz lo que quieras, y busca a alguien que publique la historia que quieres contar. ¡No necesitas cambiarla para complacer a los demás! Tú y tus palabras son perfectas tal como son. —Ella se encogió de hombros

Me incliné hacia adelante y la besé, sin prestar atención a los sirvientes, que trabajaban a nuestro alrededor, ni a cualquier otra persona que pudiera pasar. Lo único que me importaba, en ese momento, era esta mujer.

—Quizás lo haga.

Ella sonrió, luego desdobló las cartas y las leyó de nuevo.

Se oyeron pasos por el pasillo, guiando a alguien hacia nosotros. Levanté la vista y encontré a la señora Hutton, en la puerta, con una expresión de preocupación, en el ceño.

—Esto será suficiente por ahora —dijo a los sirvientes. Ellos cesaron sus esfuerzos y la vieron con confusión—. El cocinero tiene té preparado en la cocina para ustedes. Pueden continuar después.

—¿Mamá? —Marianne se levantó, cruzó el suelo pulido y reluciente, evitando la pintura fresca, y yo la seguí. La criada del candelabro y los hombres, que pintaban el piso, dejaron a un lado sus herramientas y salieron del salón, dejándonos solos—. ¿Cuál es el significado de esto?

—El capitán Neal ha muerto.

Marianne respiró profundamente.

Yo, por mi parte, no me sorprendí, aunque ciertamente esto ensombreció mi estado de ánimo.

—Por muy desagradable que fuera nuestra relación con ese hombre, me preocupa que nuestra celebración no sea de buen gusto. —Se adelantó y nos tomó a Marianne y a mí por los antebrazos—. Aunque deseo de todo corazón, que no tengamos que cancelar.

—¿Debemos cancelar? —pregunté—. El hombre era un sinvergüenza que intentó obligar a Mari a casarse con él. No celebraremos su muerte, pero tampoco creo que nadie piense que la casa deba ponerse de luto.

—No, ciertamente, no planeábamos hacerlo. —La señora Hutton dejó caer nuestros brazos y juntó las manos con el ceño fruncido, en señal de concentración—. Es cierto que no nos vestiremos de negro por él. Es una lástima... pero creo que tienes razón. Como es el viernes, esto no debería considerarse desconsiderado.

—¿Papá ha localizado a alguien de su familia? —preguntó Marianne.

—No. Parece que el capitán decía la verdad. Tu padre ha escrito a la oficina naval, y se encargará que esto se informe por los canales adecuados. —Ella respiró profundamente, y sacudió la cabeza—. Si estás segura que no quieres que lo despidan deshonrosamente de su puesto...

—No. Pronto esto será olvidado, y como ese era su peor temor, creo que esto es un castigo suficiente sin necesidad de arrastrarnos, a través del barro de los chismes.

La señora Hutton asintió con la cabeza.

—Supongo que procederemos, según lo planeado, por ahora.

—Creo que es lo apropiado —ratificó Marianne.

La señora Hutton volteó hacia mí y su sonrisa perdió su tono de preocupación.

—Me alegra mucho darte la bienvenida a nuestra familia, Henry. —Ella apretó mi mano y se fue.

* * *

Marianne

Mi vestido para el baile era magnífico. Azul cielo con bordados blancos por todas partes. Me quedó como el de un sueño, lo cual me hizo sentir como una princesa, cuando entré al salón de baile. Keene había hecho un gran esfuerzo para arreglar mi cabello, en rizos, recogiéndolos en un diseño favorecedor, en lo alto de mi cabeza, y acentuando mi cuello desnudo. El salón brillaba con las llamas danzantes de cientos de velas, y la energía emocionada de los invitados, que ya habían llegado.

Ocupé mi lugar, junto a mi madre, cerca de la puerta.

—¿Henry ya ha bajado?

—Sí. —Ella observó por encima de mi hombro—. Aquí viene.

Miré para encontrarlo, acercándose, y mi corazón casi se dio por vencido. Llevaba un abrigo verde botella sobre pantalones negros, y su cabello castaño y rizado, rico en color, estaba desordenado sin esfuerzo. Su atención estaba fijada en mí. Su mirada era directa, y no dejaba dudas sobre el objeto de sus pensamientos.

"¿Se considera de mala educación escaparse con el prometido, durante un baile de compromiso, para estar solos por un momento?"

—Es guapo —me recordó mi madre, en voz baja.

Tragué. No habría manera de escabullirnos, mientras nos vigilaran tan de cerca.

—De hecho, lo es.

Henry hizo una reverencia a cada una de nosotras. Le ofrecí mi mano y él la levantó para besar mis nudillos enguantados.

—¿Estás preparado para reunirte con todo el condado? No creo que mi madre ahorrara papel al enviar invitaciones.

—Más que solo nuestro condado —dijo mi madre—. Prepárate para que la mitad superior de Inglaterra te felicite.

Henry soportó las burlas fácilmente.

—Les daré la bienvenida. Cuanto mayor sea la multitud, más tiempo se me permitirá permanecer al lado de Marianne, esta noche, con el pretexto de dar la bienvenida a sus amigos.

—Eres muy encantador. —Mi madre soltó una risita.

—Mi hermano se ha ganado esa descripción, en nuestra familia —expresó Henry—. Aunque Marianne tiene la costumbre de sacarlo a relucir en mí.

Mi madre me miró con ternura.

—Creo que has tomado la decisión correcta en cuanto a tu marido, cariño.

No podría haber estado más de acuerdo.

Con Henry a mi lado, dimos la bienvenida a todos los conocidos, que vivían a una distancia razonable, hasta que nuestro salón de baile se convirtió en un verdadero atolladero. Según los estándares del baile country, habíamos superado incluso mis expectativas, y conocía la propensión de mi madre a excederse en su lista de invitados. Cuando Henry pudo llevarme a la pista de baile, ya era tarde. Me guió a través de un boulanger hasta que llegó el momento de pasar al siguiente compañero. Cuando terminó el baile y regresé de nuevo en los brazos de Henry, estaba bastante lista para el vals, que venía a continuación.

Al final, él también se me acercó, moviéndose con su mirada fija en la mía.

—He tenido un poco de tiempo para leer esta semana —dijo en voz baja.

—¿Oh? ¿Has encontrado algo en la biblioteca de mi padre que te interese?

—No. No he tenido tiempo de mirar allí. He estado ocupado con tu novela, querida.

Mi corazón saltó a mi garganta.

—¿Hasta qué punto has leído la historia?

—Toda...

Quería evadir ese discurso. Descubrí que no podía levantar los ojos para ver la expresión que él tenía. Su tono era juguetón y amable, pero temía el desinterés o el aburrimiento que encontraría en él.

—Me encantó, Mari.

—No puedes decir eso. —Levanté la vista bruscamente. La calidez de sus ojos azules verificaba su honestidad.

—No me sorprendió que me encantara. ¿Cómo podría no hacerlo, cuando amo a la mujer

que lo escribió?

Mi cuerpo estalló con suaves mariposas, no forzadas ni solicitadas.

—Me gustaría besarte ahora mismo.

El azul de sus ojos se hizo más profundo.

—Puedo hacer que eso sea una posibilidad.

Cuando la música llegó a su fin, Henry tomó mi mano y la colocó sobre mi brazo herido. Sonrió afable y me condujo hacia la terraza, a paso tranquilo. A pesar de los latidos de mi corazón, no sentía suficiente urgencia por parte de Henry. Sus pasos lentos y su forma suave de moverse, entre la multitud, no eran indicativos de un hombre, que quisiera besarme tanto, como yo deseaba besarlo a él.

Cruzamos las puertas abiertas y salimos a la cálida noche. Aunque la brisa fue un suave alivio de la congestión, en el salón de baile. Las parejas se reunieron en grupos con los rostros iluminados por las antorchas colocadas alrededor de la terraza. Henry me empujó suavemente hacia el borde.

—No hay privacidad aquí.

—Allí está la sala de la mañana —dije, señalando una puerta en el extremo opuesto de la terraza.

Henry tiró de mí y se detuvo para saludar a un amigo, antes de dirigirse nuevamente hacia la puerta de la sala de estar.

—Seremos vistos —susurré, cuando intentó abrir la puerta.

Me miró y abrió la puerta.

—Ya estamos comprometidos.

Mi corazón se sumergió en la sala, y mis pies lo siguieron. Las manos de Henry rodearon mi cintura, antes que la puerta se cerrara por completo. Me giró para que mi espalda quedara pegada a la pared, luego se inclinó y presionó sus labios contra los míos, en un beso largo y lento.

Henry se reclinó y apoyó su frente contra la mía, con la respiración entrecortada.

—Te amo.

—Yo también te amo —dijo. Luego se inclinó y me besó de nuevo.

Epílogo

Marianne

Dos años después.

Mis dedos tamborilearon sobre mis rodillas, y mis ojos se dirigieron a la puerta cerrada, a través de la ventanilla del carruaje. Deseé haber traído a Keene, aunque solo fuera para hacerme compañía. La espera se hacía interminable, y cada vez más insoportable. ¿Cuánto tiempo había estado allí? ¿Treinta minutos? Parecían años.

—¿Dónde está? —murmuré, inclinándome hacia adelante para ver mejor a través de la ventana.

La puerta de la oficina editorial de Marbury se abrió, y me recliné rápidamente, en mi asiento. No quería que él me pillara espiando.

Henry cerró la puerta detrás de sí, se acercó al carruaje, subió al interior y golpeó el techo con los nudillos.

—¿Bien? —pregunté con más aliento que palabras legibles.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

Chillé.

—¿Lo hiciste? —Salté en mi asiento y el movimiento del carruaje me arrojó contra Henry —. Él me atrapó.

—¡Cuidado! —amonestó, bajando la mirada, mientras sus cejas se juntaban.

—El bebé está bien —dije, ignorando su preocupación—. Necesito detalles, Henry, y no me los estás proporcionando, tan rápido como lo espero.

Él se acercó y me quitó un pelo suelto de la frente.

—Marbury me vendió el manuscrito. ¡Lo tengo!

—¿Cuánto costó? ¿Cien libras?

—Diez. —Su sonrisa fue victoriosa.

Él me robó el habla.

Henry metió la mano en su bolsillo, sacó el contrato firmado y me lo entregó.

—Tu novela vuelve a ser tuya, mi amor.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Podemos llevársela directamente a Johansson, ahora, si lo deseas.

—Por supuesto. Ya le dije que podría quedársela, si alguna vez lograba recuperar mis derechos.

El carruaje se detuvo, y Henry salió, antes de girar para ayudarme a bajar.

—¿Qué estamos haciendo? —Miré hacia arriba y encontré el escaparate con adornos verdes de Hatchard. Un pequeño grito ahogado se escapó de mi garganta—. ¿Sabías de esto?

La sonrisa de Henry no podría haber sido más amplia. Me llevó hacia la ventana y mis dedos se posaron en el cristal. Mi libro, *Una viuda paciente* de *"M. H. B."*, estaba justo en el centro de la exhibición, rodeado de flores de papel, dobladas en un intrincado diseño.

—Me avisaron. Resulta que Felton es bueno para algunas cosas.

—Ese hombre tonto —murmuré, con una amplia sonrisa—. ¿Sigue intentando ganarse tu perdón, después del fiasco de Gatley? Eso fue hace más de dos años.

—Le dije que no puede demostrar que ha cambiado, proporcionándome información, pero

parece que no puede evitarlo.

—Lo adoras de todos modos.

Henry hizo un sonido evasivo, aunque yo sabía que ese era el caso. Ya no guardaba rencor. Había perdonado a su ayuda de cámara muy rápido, si mal no recuerdo.

—¿Entramos? —Henry sostuvo la puerta y entré a Hatchards a curiosear. Encontramos nuestros dos libros en los estantes, y nos alegraba ver que quedaban muy pocos. Cuando llegamos al mostrador, llevamos cuatro libros nuevos, entre los dos, me hice a un lado para que Henry pudiera pagar. Apoyé mi mano sobre mi vientre redondeado, y sentí al bebé pateándome. Al parecer, él o ella estaba tan feliz de estar en una tienda de libros, como sus padres.

—Hermoso escaparate —dijo Henry.

—¿Ha leído *Una viuda paciente*? —preguntó la empleada, tomando el dinero de Henry.

—Sí —respondió, lanzándome una sonrisa divertida—. Ambos lo hemos hecho.

—¿No es encantadora? —dijo ella efusivamente—. También estoy medio enamorada del señor Dalton.

Henry se rió.

—¿Quién no lo estaría? Es el héroe perfecto.

—¿Ha oído el rumor que el autor le puso el nombre a ese personaje debido al famoso novelista de aventuras?

—¿Usted lo dice? —preguntó Henry—. ¡Qué interesante!

—No lo creo —continuó la empleada, envolviendo las compras en un grueso papel marrón. Le entregó a Henry nuestra pila de libros envueltos y atados con cordel—. Pero supongo que nunca se sabe. ¡Que tengan un hermoso día!

—Gracias. —Henry se puso los libros bajo un brazo, y me ofreció el otro—. ¡Qué rumor tan fantasioso!

Sonreí, salí y dejé que la cálida luz del sol bañara mi cabeza.

—Fantástico, ciertamente… —Respiré profundamente—. No puedo creer que finalmente recuperamos los derechos.

Caminamos calle abajo hacia nuestro carruaje, que nos esperaba.

—¿Quieres saber la mejor parte de recomprar tu manuscrito?

—¿Qué?

Henry se inclinó y me dio un beso en la parte superior de la cabeza.

—La expresión del rostro de Marbury cuando le dije que *"M. H."* era el mismo *"M. H. B."* que publicó *Una viuda paciente*, la novela más popular, en Inglaterra.

Me atraganté y la risa brotó de mi pecho.

—¡No hiciste eso!

Él me miró con afecto.

—No pude evitarlo. Es seguro decir que se arrepentirá de sus decisiones por el resto de su vida.

La satisfacción se acumuló cálidamente en mi estómago. Dejé que Henry me ayudara a subir al carruaje.

—No puedo decir que me arrepienta de sus decisiones. Si él lo hubiera publicado, nunca habríamos tenido un acuerdo.

Henry se sentó a mi lado en el estrecho banco.

—Es cierto, mi amor. ¡Gracias, Marbury!

—Y los libros. No podemos olvidar el rol importante que desempeñan.

Él se inclinó y me besó, mientras el carruaje avanzaba para llevarnos a casa.

—¡Gracias al Cielo por los libros!

El fin.

Una nota de la autora

Al investigar el proceso de publicación, durante la época de la Regencia, conseguí información sobre nuestra querida Jane Austen y el accidentado camino que recorrió hasta llegar a publicar sus libros. Su lucha duró demasiado tiempo, y debido a que ella era una mujer, sufrió limitaciones y obstáculos, que no hoy en día, las autoras no enfrentan. Al respecto, como homenaje a la señorita Austen, decidí incluir aspectos de ese proceso en mi libro. En cierto sentido, mi personaje Marianne es como Jane Austen.

Al igual que Marianne, Jane vendió su primer manuscrito por apenas diez libras. El mismo tampoco fue publicado y se negaron a volvérselo a vender. El hermano de Jane (que manejaba la mayoría de sus asuntos y se comunicaba con sus editores) visitó al editor, años después, y compró el manuscrito por las mismas diez libras. Al salir de la oficina del hombre, no pudo evitar revelarle que este era un libro de la misma autora, que había escrito *Sentido y sensibilidad*, el cual, en ese momento, fue un éxito. Imagino que el editor se arrepintió de esto por el resto de su vida.

Jane también revisaba sus manuscritos, escribiendo las nuevas frases y fijándolas en el papel con alfileres de costura. Al principio, no publicaba bajo su propio nombre, sino con el de: *"A Lady"* (Una dama), y aunque sus libros ganaron popularidad, mientras ella estaba viva, no se hizo muy conocida hasta mucho tiempo después. Sin embargo, he leído informes contradictorios sobre su popularidad, y creo que el hecho que fue invitada a visitar al príncipe regente, ya que él era un gran admirador de sus libros, probablemente demuestra que ella sí había alcanzado cierto nivel de fama, en ese entonces.

En mi humilde opinión, Jane Austen merece el agradecimiento por escribir la mejor historia de amor de todos los tiempos, y me encantó añadir el nombre de esa novela, en esta historia. En lo que respecta al señor Darcy, el gato, mientras él estaba preocupado, bueno, no podía hacer más nada por mí misma...

¿Quieres estar informado(a)?

Suscríbete al boletín de Kasey aquí para recibir actualizaciones, ofertas, nuevos lanzamientos y recomendaciones.

Sigue a Kasey en Facebook e Instagram.

¡Me encanta conectarme con los lectores! No dudes en enviarme un mensaje o comunicarte en cualquier plataforma de las redes sociales.

Agradecimientos

Cada libro requiere de una comunidad, y esta novela no fue la excepción. Estoy muy agradecida por todas las miradas que tengo sobre mis manuscritos, por mis amigos autores que me ayudan a pensar en ideas y resolver problemas, y por las almas bondadosas, que están dispuestas a leer borradores, no tan buenos, para darme su opinión, y ayudarme a mejorar muchísimo mis historias. Al igual que Henry, en este libro, he encontrado MUCHÍSIMO valor en los comentarios de amigos de confianza, y sé que los mismos mejoran considerablemente mi oficio.

Así que muchas gracias a mis tiernas lectoras beta: Brooke Losee, Nancy Madsen, Heidi Stott, Maren Sommer, Rebekah Isert, Martha Keyes, Kerry Perry, Jessica Boone y Kelsy Hinton, por su tiempo y sus comentarios, los cuales son alentadores y útiles, y también agradezco inmensamente su apoyo, al promocionar este libro.

¡Gracias Karie Crawford por la “pulitura” y tu experiencia de edición! Y a Stefanie Saw por una portada tan hermosa. Gracias a mi equipo de ARC por su disposición a ayudarme a promocionar este libro, y a todos los encantadores bookstagrammers, que publican amables reseñas. El mundo es un lugar mejor con sus hermosas imágenes. ¡Ustedes sí que transmiten alegría!

Gracias, Jon, por lavar tantos platos (sé que lo digo mucho, pero él realmente se merece una medalla por todo lo que hace por mí). Tuve suerte contigo, y creo que formamos el mejor equipo del mundo. #goteam

Gracias a mis hijos por su paciencia y apoyo. Gracias a mi familia por seguir leyendo mis libros. Gracias a mis amigos por ser tan amables de escucharme hablar tanto de libros. Y, por último, gracias a mi Padre Celestial por bendecirme con el mejor trabajo del mundo.

Antes que te vayas, quiero agradecerte por leer mi historia. Espero que te hayas enamorado de Henry, como lo hicimos Marianne y yo.

Otros libros de Kasey Stockton

En inglés:

Bradwell Brothers
Properly Kissed
Sensibly Wed, Book one.
Pleasantly Pursued, Book two.
Honorably Engaged, Book three (this book, in English).

Ladies of Devon
The Jewels of Halstead Manor, Book one.
The Lady of Larkspur Vale, Book two.
The Widow of Falbrooke Court, Book three.
The Recluse of Wolfeton House, Book four.
The Smuggler of Camden Cove, Book five.

Myths of Moraigh - Scottish Romance
Journey to Bongary Spring
Through the Fairy Tree
The Enemy Across the Loch

Women of Worth
Love in the Bargain, Book one.
Love for the Spinster, Book two.
Love at the House Party, Book three.
Love in the Wager, Book four.
Love in the Ballroom, Book five.

Stand-alone Historical Romance
His Amiable Bride, Featherbottom Chronicles novella.
A Forgiving Heart, Seasons of Change Book 2.
A Duke for Lady Eve, Belles of Christmas: Masquerade.
All is Mary and Bright, Belles of Christmas: Frost Fair.
An Agreeable Alliance, Sons of Somerset Book 4.

* * *

Contemporary Romance
I'm Not Charlotte Lucas.
Cotswolds Holiday.
Snowflake Wishes, A Holly Springs Romance.
His Stand-In Holiday Girlfriend, Christmas in the City 1.
Snowed In on Main Street, Christmas in the City 2.
Melodies and Mistletoe, Christmas in the City 3.

* * *

En español:

Sensiblemente casada, Libro uno.
Agradablemente perseguida, Libro dos.
Honorablemente comprometida, Libro tres (este libro).

Acerca de la autora

Kasey Stockton es una amante acérrima de todo lo romántico. No discrimina géneros y disfruta de una amplia variedad de historias que incluyen “felices para siempre”. Atraída por el período de la Regencia, a una edad temprana, cuando su abuela le regaló una copia de *Sentido y sensibilidad*, al principio, Kasey comenzó a escribir romances de la Regencia. Desde entonces, ha publicado en una variedad de géneros, pero todos sus títulos pertenecen al “clean romance”. Originaria del norte de California, ahora reside en Texas con su propio príncipe azul y sus tres hijos. Cuando no lee, escribe o mira películas para damas, le gusta correr, cortarse el pelo y cualquier cosa que sea chocolate.